



LA LUZ DE TU

MIRADA

JACKIE VALAND

LA LUZ DE TU MIRADA

JACKIE VALAND

Título: La luz de tu mirada

Copyright © 2016, Jackie B. Sánchez

All rights reserved.

Diseño y fotografía de cubierta: © Marce Palacio

Ésta es una obra enteramente original y ficticia, inspirada en personajes reales, cuyos apellidos han sido modificados. Todos los lugares y circunstancias que aparecen, pertenecen a la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Índice de Capítulos.

Prólogo

OTOÑO

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

INVIERNO

XXI

XXII

XXIII

XXIV

PRIMAVERA

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

VERANO

EPÍLOGO

DEDICATORIA

AGRADECIENTOS

Prólogo

Hay veces en la vida, en que un camino que creías erróneo, termina llevándote al lugar exacto donde debías estar. Algunas personas, pasan su existencia lamentando la manera en la que les tocó vivir, sin hacer absolutamente nada para cambiarlo. Otras, simplemente aceptan los hechos, como si la decisión no fuera con ellos. Pero en cambio, existen unas, escasas, pero aun sobrevivientes, que deciden tomar las riendas de su vida y hacer que cada decisión tomada, sea un paso firme dentro de su camino. Un camino que sólo ellos eligen.

Ese tipo de personas no abundan hoy en día, pero existen. Y no nos equivoquemos, esas personas no son seres divinos, dotados de una sabiduría superior, que tienen éxito en todo o carecen de problemas. Al contrario. Pero ahí se encuentra precisamente la diferencia, ellos eligen. No eligen su destino o las cosas que pueden suceder. Pero sí, deciden de qué forma exactamente van a afrontar lo que ocurra.

Esas personas, tarde o temprano, encuentran su camino y se dan cuenta de que cada aparente error, no es más que una prueba, un simple paso que te lleva a un lugar predestinado. Un sitio, una hora y un momento, en el que sólo tú debías estar.

Yo, Dulce Andrade, comencé perteneciendo al segundo grupo de personas, esas que aceptan los hechos como si la decisión no fuera conmigo.

Una chica introvertida, creativa, amante de la música, de la escritura, de la fotografía y de cualquier medio de expresión, mediante el cual, pudiera mostrarme como realmente soy, aunque simplemente sucediera en la soledad de mi cuarto.

Acepté ir a la universidad y estudiar una carrera que todo el mundo admiraba y sin embargo, a mí no me llenaba. O al menos eso creía... hasta aquel día. Ese día que simplemente fue el principio de un gran cambio, o más bien, de una revelación.

Aquí comienza la historia de una simple chica, estudiante de Psicología, conformista a la vez que soñadora, que a pesar de su corta edad, creía haber aprendido todo del ser humano, a través de libros y psicoanálisis, hasta que de un momento a otro, la vida se encargó de demostrarme que el único y verdadero aprendizaje, es la experiencia.

Fue entonces, cuando mi mundo dio el giro exacto y necesario, para situarme en el camino que debía recorrer. El único camino que me llevaba hacia... La luz de su mirada.

Una frase probablemente cursi a primera vista. Pero una frase, que esconde un significado mucho más importante de las aparentes palabras. Algo que tuve que descubrir poco a poco, día a día... Por ello, si esperan una simple historia de amor o un cuento de hadas con final feliz, les sugiero que no continúen leyendo estas líneas. Cierren el libro y sigan buscando.

Sin embargo, si lo que pretenden, es sumergirse en una aventura real, repleta de adversidades, tristezas y lágrimas, al mismo tiempo que experimentar emociones, sonrisas, lucha y sobre todo... amor. Les invito a que se adentren con todo su corazón y sus sentidos, en esta historia... mi historia.

OTOÑO

*“Las hojas secas hay que dejarlas caer,
Para que algún día puedan volver a crecer”*

I

Una mañana “cualquiera”

El chirrido de la cafetera me hace salir prácticamente corriendo del cuarto de baño. Esta maldita manía que tengo de tardar tanto en arreglarme, un día como hoy me puede pasar factura.

Estoy a unas horas de comenzar mi período de prácticas y de ninguna manera puedo llegar tarde. Así que, ¡aligera el paso, Dulce!

Detengo el molesto ruido y al mismo tiempo, siento como el delicioso aroma, abarca todo el departamento. Puedo notar un ligero temblor en mis manos, al agarrar la cafetera para servirme el negro y humeante café. Hoy es un día importante, pero a pesar de los nervios, algo me dice que todo va a salir bien.

Con mi taza favorita en mano, bebo pequeños sorbos, mientras continuo terminando de prepararme. Estoy segura de que mi estómago no aceptaría nada de alimento en este momento, por eso mi desayuno se reduce a este delicioso pero simple café, que como mínimo debe despertar mis neuronas. Adoro la hora del café. Esos minutos de tregua en los que el líquido calienta mi estómago y no importa nada más que eso. Ni siquiera importa lo ocupada que pueda llegar a estar o la cantidad de lecciones que tenga que introducirme en la cabeza a base de estudio. No importa, el café es mi respiro.

"No se trata de dónde estés, sino a dónde quieres llegar"

Curiosa frase para adornar una taza que veo todos los días, en varias ocasiones. Curiosa, porque cada vez que la leo, sonrío débilmente y me cuestiono precisamente eso: ¿A dónde quiero llegar? ¿Debería saberlo a estas alturas de mi vida? Probablemente.

Mientras comienzo a vestirme, observo mi reflejo a través del espejo y un millón de preguntas más, me asaltan; ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿En qué momento de mi vida decidí que la carrera de Psicología era la más adecuada?

¿Qué me voy a encontrar hoy? ¿Seré capaz de enfrentarme a personas con enfermedades mentales? ¿Servirá de algo todo lo que he estudiado durante los últimos años? ¿Y si, no? ¿Y si realmente aún no estoy preparada? ¿Qué haré entonces?

El sonido de un pequeño ladrido, me sobresalta, consiguiendo que esas absurdas preguntas desaparezcan. Miro a mi izquierda y lo veo ahí, sentado sobre sus patas traseras, observándome con su pequeña cabeza algo ladeada, y sonrío.

—No debería estar pensando tanto, ¿Verdad? —le pregunto tras un suspiro. Él vuelve a ladrar, y yo vuelvo a sonreír.

En ocasiones, me cuestiono si realmente entiende lo que le digo. Un pensamiento muy lógico para una Psicóloga... Lo sé.

¿Qué más da? Lo cierto es que con esa cara de no haber roto un plato en su vida, intenta advertirme de que, como siga un segundo más frente a este espejo, llegaré tarde, y entonces sí que empezaré con mal pie mi primer día de prácticas.

Pero me es inevitable no continuar haciéndome preguntas. Quizás no elegí la ropa adecuada. ¿Qué tipo de ropa se suele llevar a un primer día de trabajo? ¿Informal? ¿Cómoda? ¿Elegante? ¿Por qué no me dieron un manual sobre cómo vestirme en la universidad? Genial, ya comienzo a descubrir las diferencias entre la teoría que he estudiado durante cuatro años y la práctica real que empieza a partir de hoy.

¡Dios! Debe ser absurdo sentirme tan insegura por algo que nunca me ha preocupado demasiado, la vestimenta. Y... ¡mi pelo! Debería cortármelo un poco, ya me llega casi por mitad del abdomen y las puntas comienzan a agrietarse. Menos mal que en algún momento (no muy lejano) dejé de lado la faceta de experimentos con colores y mechas. Mi cabello lo agradece y ahora mismo, yo también. Definitivamente, el castaño oscuro innato (gracias a mi herencia materna), me da una imagen algo más... ¿madura? Aunque no sé si este gorro de lana marrón, contribuye demasiado a ello. Siempre he creído que me hace cara de niña. Pero estamos en otoño, es la época perfecta para llevar gorros y además, me gusta mucho como me destaca la mirada. La vuelve más... intensa. Pero... a lo mejor no es adecuado. Con estas botas sin tacón y estos "leggings", además del gorro y el fino jersey que me llega a la altura de una

minifalda, se podría decir que voy a un centro comercial, al cine o a pasear por la ciudad. A cualquier sitio, menos a trabajar.

Resoplo.

¡Por favor, Dulce! Deja de decirte estupideces a ti misma.

Mí misma, no eres precisamente de las que vaya por la vida preocupándose por lo que dicen los demás. Así que, deja de mirarte en el espejo y muévete, porque si llegas tarde, en lo último que se van a fijar es en tu ropa. Estás perfecta, no vas a ir al matadero y todo va a salir bien. Ya lo verás.

Después de estas lecciones de auto-ánimo, continúo terminando de prepararme, mientras mi pequeño "Husky Siberiano", completamente blanco y de ojos celestes (el más guapo del mundo), me persigue por toda la casa.

En apenas unos minutos, con todo listo, consigo llegar a la puerta de la entrada, asegurándome con un rápido recuento, de tener conmigo lo necesario; mis documentos, mi bolso... Otro ladrido me sobresalta y rápidamente miro hacia la dirección que intenta guiarme... ¡¡Las llaves!!

—¿Qué sería de mí sin ti? —lo acaricio con efusividad, mientras lame mi cara, contento. —Deséame suerte —le pido recibiendo un sonoro "Guau" por su parte.

Sonrío y le doy un pequeño beso de despedida. Abandonando seguida y definitivamente el departamento, para dirigirme esta vez sí, hacia mi destino.

Conduzco el coche a una velocidad moderada que no me permita ser impuntual, y gracias al Universo, no encuentro demasiados semáforos ni obstáculos en el camino. Pero lo cierto, es que el centro al que me dirijo, está en un lugar algo alejado y tranquilo de la ciudad. No obstante, tardo aproximadamente treinta minutos en llegar.

Aparco el coche donde puedo y me resulta inevitable respirar hondo, antes de decidirme a salir... Cuento hasta diez, con la intención de que mi cuerpo y mi mente lleguen a su máximo estado de tranquilidad (si es que es posible)... Y por fin, salgo del coche.

Apenas tengo que caminar unos pasos para llegar a la puerta principal de la residencia. Si no fuera por el enorme cartel que hay en la entrada, con el nombre de la misma, cualquier persona diría que es un hotel o algo por el

estilo. Numerosas ventanas adornan la fachada y una verja separa la calle, del edificio principal. Y además, un cartel de madera, perfectamente encajado sobre el césped, da la bienvenida al "Centro de Salud Mental: La Cascada"

Eso es... Una residencia de enfermos mentales. Este es mi destino.

Aquí tendré que trabajar los próximos cuatro meses del resto de mi vida. En este lugar, que si no fuera porque conozco su actividad, incluso me otorgaría paz y tranquilidad por su apariencia. Que irónico.

Atravieso la verja de la entrada y llego hasta la puerta principal del edificio, donde un hombre alto, vestido de guardia, vigila que todo permanezca en orden. El trabajador, simplemente me sonrío y después de corresponderle, continúo mi camino, dirigiéndome hacia la recepción, donde una chica teclea algo en el ordenador.

—Buenos días —saludo intentando captar su atención, y por suerte, consiguiéndolo.

—Buenos días —sonrío amablemente —¿En qué puedo ayudarla?

—Soy Dulce Andrade. Comienzo mis prácticas aquí hoy y...

—¡Oh sí! —exclama interrumpiéndome, como si supiera exactamente quién soy —Bienvenida, Dulce. La Doctora Andoni, la está esperando en su despacho. Permítame un minuto, para advertirle que ya está usted aquí.

No me da tiempo más que a ofrecerle una pequeña sonrisa a modo de respuesta, pues rápidamente, la chica presionó un pequeño botón del teléfono y esperó algunos segundos antes de comenzar a hablar por el micrófono que sobresalía de los auriculares.

—Doctora, la Srta. Andrade se encuentra aquí... —mientras ella habla y me observa, continúo sonriéndole y acto seguido, echo un vistazo a mi alrededor, descubriendo numerosas pinturas de paisajes, océanos, árboles y todo tipo de imágenes relajantes —Sí... Muy bien —finalizó la conversación, consiguiendo que devolviera mi mirada hacia ella.

A continuación, abandona la tarima tras la que se encontraba y se dirige hacia un elevador que hay justo detrás de mí. Introduce una pequeña llave y vuelve a sonreírme.

—Tiene que subir al segundo piso, avanzar hasta el final del pasillo y la

tercera puerta que encuentre, es el despacho de la Doctora. Hay un cartel en la puerta que lo indica, así que no tiene pérdida.

En cuanto asentí con una sonrisa, el sonido del ascensor, dio paso a que se abrieran las puertas y automáticamente me olvidé de cualquier pregunta que quisiera hacer.

La chica me deseó suerte, con una amable sonrisa y las puertas volvieron a cerrarse, alejándola de mi vista.

Entonces, observé los botones que indicaban los diferentes pisos del edificio y me maldigo, al darme cuenta de que no recuerdo las instrucciones que acaba de darme hace tan solo unos segundos.

—Al final del pasillo —trato de recordar en voz alta —Una puerta con un cartel, que anuncia el despacho de la Doctora Andoni... Pero... ¿Qué piso?! ¡Empiezas mal, Dulce! De verdad, que bonita Psicóloga pretendes ser, si no prestas atención a las personas. Que maldita manía tienes, de ausentarte en los momentos menos adecuados... —definitivamente, los reproches hacia mí misma, no van a conseguir que adivine el camino —¿Y si comenzamos por el número uno? Quizás allí haya alguien a quien le puedas preguntar... ¡Eso es!

Presiono decidida el botón que lleva al primer piso, y para mi sorpresa, sin siquiera hacerme sentir movimiento, el ascensor abre unas puertas que todo este tiempo habían estado detrás de mí. Justo en el lado opuesto por el que entré. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaban ahí, pero ahora, un largo pasillo, dónde aparentemente no hay ni un alma, me recibe. Dudo que fuera aquí donde me indicó la recepcionista. Pero aun así, quizás tengo suerte y encuentro a alguien que pueda guiarme.

Avanzo unos pasos, encontrando diferentes puertas a ambos lados. El pasillo parece interminable. Así que, comienzo a aligerar mi marcha a medida que avanzo, dándome cuenta de que en ninguna puerta pone el nombre de la doctora. Las paredes blancas, adornadas por más pinturas relajantes, no cesan.

Hasta que de pronto, llego a un enorme ventanal a través del cual puedo observar una especie de jardín con plantas, árboles y más cosas que mi vista no alcanza a apreciar.

También distingo personas. ¡Por fin encuentro seres humanos a los que seguramente pueda preguntar por el despacho de la Doctora! Aunque el hecho

de que vayan en pijama, me indica que probablemente son usuarios y no trabajadores del centro. Perfecto...

No obstante, si ellos están ahí, debe haber alguien a su cargo cerca, ¿No?

El siguiente paso, después de mi gran descubrimiento, es encontrar la puerta por la que pueda acceder a ese jardín exterior... Y mientras tanto, continúo perdiendo el tiempo, consiguiendo que la Doctora me espere "pacientemente" en su despacho. ¡Muy bien Dulce! Definitivamente, estás comenzando con muy buen pie.

Decido dejar de reprocharme a mí misma y giro a la derecha, para continuar avanzando por el inmenso pasillo, al tiempo que observo el jardín, a través de ese ventanal que ahora me acompaña todo el trayecto. Mi marcha aumenta a cada paso, buscando desesperada un acceso. Me pongo cada vez más nerviosa y los documentos que llevo en mis manos, ya comienzan a estorbar. ¡Esto parece un maldito laberinto!

Me desespero, justo un momento antes de sentir que mi cuerpo colisiona bruscamente con algo, lanzando por el aire todos los papeles.

En un acto reflejo, mis manos intentan sostener "eso" con lo que acabo de chocar y rápidamente me doy cuenta de que se trata de una persona. Una persona a la que en este momento, estoy agarrando de los brazos.

Nuestros ojos se encuentran...

Y por un instante, el tiempo parece detenerse y mi cuerpo sufre una especie de parálisis difícil de entender, incluso para mí.

Estoy frente a unos ojos azules, inmensamente profundos, que me observan fijamente de una forma fría, sin ninguna expresión aparente.

Es una mujer... Sus brazos son tan delicados que casi puedo sentirlos romperse entre mis manos. Su aroma es completamente distinto a este lugar. Sus ojos, son preciosos... Pero en cambio, su mirada, carece de luz, de expresión.

Detiene un momento el contacto visual que me está paralizando y dirige la vista hacia mis manos, que aún sostienen sus brazos. Entonces, devuelve el sentido que ella misma le robó al tiempo. Ese tiempo, que por unos minutos pareció haberse detenido.

—¡Disculpa! —me apresuro a soltarla, pudiendo observar por primera vez, algo que no fueran sus ojos. —No me di cuenta de que alguien venía, lo siento.

Ella volvió a mirarme.

Por un momento, pensé que había dado con la persona que me ayudaría a encontrar mi camino... Pero ese pensamiento desapareció de mi mente, en el preciso instante en el que, sin decir una sola palabra, continuó andando.

Me volteé para ver cómo se alejaba en la dirección opuesta, teniendo aún la esperanza de que dijera algo más, aunque sea en la lejanía. Pero eso tampoco sucedió.

—Gracias... —susurro frunciendo el ceño, completamente confundida y algo aturdida todavía

En cuanto ella desapareció completamente de mi vista, sacudí la cabeza, obligándome a despertar. Seguidamente me incliné para recoger los papeles que, gracias a la extraña y maleducada chica, hice caer al piso.

En ese momento, una luz pareció llegar a mi mente:

—¡Segundo piso! —recordé las palabras de la recepcionista —¡Avanza por el pasillo, tercera puerta! ¡A buena hora! —exclamé volviendo a reprochándome.

Avancé a toda velocidad, esperando que hubiera algún otro ascensor en el camino. Y por fin, parecía que el Universo iba a ponerse de mi lado, porque no tardé sino unos segundos en encontrarlo.

Presioné el botón para llamarlo, y en cuanto las puertas se abrieron, le indiqué que me llevara al segundo piso. Esta vez mi lógica funcionó. En cuanto abandoné el mismo, supe que no encontraría el largo pasillo frente a mí. Así que tuve que andar en sentido contrario al que había seguido hace unos minutos.

Y esta vez sí, apenas tardé unos instantes en encontrar la dichosa puerta, encabezada por una pequeña placa plateada que anunciaba:

"Dra. Marta Andoni"

Llamé suavemente, después de respirar hondo. Y al escuchar como una voz femenina me daba paso desde dentro, me decidí a abrir.

—¿Dulce Andrade? —preguntó en cuanto me vio aparecer.

—Siento la tardanza —me disculpé apresuradamente, antes incluso de presentarme —No recordaba las instrucciones que me dio la chica de la entrada... y estuve minutos andando por el primer piso... y después choqué con alguien... mis documentos cayeron al piso y... —exhalé aire, tratando de recuperar el aliento y disminuir el sentimiento de vergüenza —bueno, eso... que me perdí.

—No te preocupes —sonrió ella ofreciéndome su mano —Es normal que estés nerviosa. Soy la doctora Marta Andoni, directora del Centro "La Cascada" y tutora de tus practicas los próximos cuatro meses.

—De verdad que lo siento. No volverá a suceder —volví a disculparme estrechando su mano —Encantada, Doctora Andoni.

—Puedes llamarme Marta —sonrió —Toma asiento por favor. ¿Quieres café o algo de tomar?

—Café está bien, gracias.

Obedecí su petición y me senté en una de las sillas frente a su mesa, mientras ella se dirigía a una pequeña cafetera eléctrica que había en la oficina. Observé a mí alrededor, descubriendo numerosos diplomas encuadernados, con su nombre encabezando cada uno de ellos: "Master en no sé qué..." "Certificado de no sé cuánto..." "Reconocimiento estatal..." "Colegio de doctorados", etc.

Es una mujer aparentemente joven, de ojos y cabello negro, espectacularmente brillante, por debajo de los hombros, cuerpo atlético y a decir verdad, bastante bonita. ¿Qué edad podría tener para haber conseguido tantos diplomas? Desde luego no parecía mucho mayor que yo.

Y su despacho está adecuado al de una auténtica profesional de la Psicología, con un pequeño sofá, igual al de las películas. En mi universidad, se habían encargado de hacerme saber que eso no era más que un mito de Hollywood. Que en una terapia, los usuarios no iban a recostarse sobre un cómodo sofá mientras te contaban sus problemas.

—Aquí tienes —interrumpió ofreciéndome la taza de café y dándose cuenta al instante, de que no estaba en esta realidad —¿Qué piensas? —preguntó volviendo a su lugar al otro lado del escritorio.

—En mi universidad siempre me dijeron que lo del sofá en la consulta de un

Psicólogo, no era más que un mito de Hollywood.

—Y tienen razón —confirmó observando el objeto en cuestión —Pero aquí va tu primera lección; "A partir de este momento, tendrás que olvidar todo lo que aprendiste en tus libros, todo lo que tus profesores te enseñaron y abrir tu mente ante la realidad de la experiencia"

—¿Qué quiere decir eso exactamente? —pregunté intrigada con una sonrisa.

—Que yo también estudié lo mismo que tú, Dulce. Y aprobé cada materia con las mejores calificaciones. Pero cuando sales a la calle y ves el mundo real, te das cuenta de que vas a trabajar con seres humanos. Cada uno de nosotros, es un mundo completamente distinto. Y eso, no hay libro que lo pueda reflejar, ni enseñar... Tu trabajo, será precisamente tratar de entender ese mundo y ofrecerles las herramientas necesarias para que puedan ayudarse a sí mismos. Porque si en algún momento te hicieron creer que serás una superheroína, capaz de salvar a cualquier alma perdida, debo advertirte que ni siquiera estarás cerca de conseguirlo. La única persona que puede salvar a un ser humano, es ella misma. Por eso, nuestro trabajo consiste simplemente en ofrecerles las herramientas más adecuadas para que lo logren. Pero debes tener claro, que el mérito, nunca será tuyo. —concluyó —En cuanto al sofá... —se encogió de hombros —siempre quise tener un despacho como el de las películas.

Sonreí ante su comentario y me detuve unos segundos a reflexionar sobre cada una de sus palabras. Sin duda, esto va a resultar una experiencia inolvidable, aunque aún no estoy segura si será para bien, o para mal.

—Tú también tienes uno —continuó volviendo a captar mi atención.

—¿Un qué?

—Un sillón como ese... en tu despacho.

—¿Despacho? —volví a preguntar aún más confundida, a la vez que emocionada.

—¡Claro! Si vas a trabajar aquí, tendrá que ser con las mismas condiciones que cualquiera de los terapeutas que formamos el equipo. Por eso, antes de comenzar a darte instrucciones de tu trabajo y mostrarte todo el centro, tienes que firmarme esto.

Extendió sobre la mesa unas hojas de papel, al mismo tiempo que me ofrecía un bolígrafo.

—Perdón si hago demasiadas preguntas. Pero... ¿Qué es esto?

—Hacer preguntas es parte de tu trabajo —sonrió con complicidad —Este es tu contrato. En él, aceptas ejercer la obligación de sigilo profesional. Nada de lo que digas, hagas o escuches, podrá salir de los límites de esta residencia. El informe de cada paciente es absolutamente confidencial y en el momento en que firmes ese documento, tendrás acceso a ellos cada vez que lo necesites... Así que piénsalo bien, porque por suerte o por desgracia, elegimos una profesión en la que es difícil separar lo profesional de lo personal. En muchas ocasiones, te llevarás la frustración a casa y por eso es mejor que sepas de antemano, que nada de lo que te ocurra podrás comentarlo con alguien fuera de este lugar. Si quieres desahogarte, consultar dudas o comparar opiniones, tus compañeros son los únicos a los que debes dirigirte. Por todo ello, es tan importante haber creado un buen equipo de trabajo, en el cual podamos apoyarnos... Y a partir de hoy, tú serás parte de él.

—No creo que el sigilo profesional me resulte muy complicado —sonreí mientras firmaba dicho documento.

—¿Acaso eres una de esas chicas reservadas, que pasan la mayor parte del tiempo en su propio mundo?

Levanté un segundo la vista para observar con el ceño fruncido a esa mujer que acaba de hacer una exacta descripción sobre mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo años en esto —añadió guiñándome un ojo —He adquirido la capacidad de captar rápido a las personas.

—Pues debe ser un don... Porque diste justamente en el clavo.

Ella volvió a sonreír y después de que le entregara los documentos firmados, permaneció observándome unos segundos.

—Apuesto lo que quieras, a que tu personalidad reservada, no es lo único que soy capaz de adivinarte.

Vuelvo a fruncir el ceño, con una sonrisa de medio lado. No sé a lo que se refiere exactamente. Pero tampoco estoy muy segura de querer averiguarlo.

Además, en este momento, observándola mirarme sin borrar su expresión intensa y esa sonrisa de autosuficiencia, me pregunto si es así de amable o está coqueteándome sutilmente. Aunque lo cierto, es que tengo una asombrosa capacidad para no dejarme intimidar por ese tipo de cosas, ni siquiera ponerme nerviosa... Es extraño el "saber estar" y el control que tengo ante una situación así. Es como si... como si todo me diera igual.

—Bueno... ¿Quieres que pasemos a conocer tu despacho?

—¡Claro! —Acepté sonriendo y levantándome seguidamente para acompañarla.

La doctora me ofreció el paso antes de abandonar definitivamente su despacho y cerrar la puerta tras ella. Apenas tuvimos que avanzar unos metros, porque curiosamente, la puerta de al lado, que no tenía ningún cartel anunciante, fue la que se dispuso a abrir.

Nuevamente me ofreció paso, dejándome observar en primer lugar, un amplio espacio, iluminado por un ventanal, con un escritorio al frente y un sofá parecido al que minutos antes había visto en su despacho.

La oficina era prácticamente igual a la suya, con la diferencia de algunos adornos personales.

—¿Te gusta? —preguntó avanzando tras de mí.

—Si... —Respondí emocionada —Creo incluso que es demasiado para...

—Cuando lleves unos días aquí, descubrirás la importancia de tener tu propio espacio. Y lo bueno es que si necesitas algo, estoy justo al lado.

—Muchísimas gracias. De verdad estás consiguiendo que el pánico que sentía hace unos minutos empiece a desaparecer.

—Yo también estuve en tu lugar —sonrió —Y no hace mucho tiempo de eso.

—Lo cierto es que llevaba días imaginando que la doctora Andoni, sería una mujer bastante más mayor. Jamás imaginé encontrarme con alguien que prácticamente tuviera mi edad.

—La doctora Andoni "madre", si es una mujer algo mayor que nosotras —confirmó sonriendo de nuevo —Ella es la dueña y fundadora de esta residencia. Pero hace años que me cedió el cargo de directora y probablemente, sean pocas las veces que tengas el placer de verla por aquí.

—Entiendo... —asentí con una sonrisa. —Entonces, ¿"La cascada" es algo así como, un proyecto familiar?

—Esa será tu primera labor aquí; conocer nuestra historia, cómo y cuándo comenzó todo, nuestra metodología, aspiraciones y objetivos. Pero se podría decir que sí —afirmó con una sonrisa y brillo en los ojos —cuando tienes una madre que realmente ama su profesión y siente verdadera vocación, es difícil que no te transmita dicho amor.

—Me gusta la gente que actúa por convicción y vocación. Creo que ellos son los únicos con posibilidades de cambiar el mundo.

Incluso yo misma sentí cierto atisbo de nostalgia o duda en mi voz, cosa que desde luego no era mi intención mostrar. Pero para mi sorpresa, ella sonrió.

—Es el propio camino el que te va guiando hacia esa vocación. Nadie nace sabiendo lo que quiere. Y en esta sociedad tan cuadrículada, que nos impone un sistema del que no podemos desviarnos, lo único que se consigue es retrasar dicho descubrimiento. Si nos dejaran experimentar las diferentes posibilidades de nuestra propia educación, dejaríamos de estudiar para "ser alguien en la vida", cosa que ya somos, y comenzaríamos a hacerlo por simple amor hacia el conocimiento. Para descubrirnos a nosotros mismos. Así que, no tardarás en descubrirte, te lo aseguro.

Es curiosa la manera en la que esta mujer, parece saber exactamente lo que pienso. Sólo hace unos minutos que me conoce y es como si mi cerebro estuviera enviándole archivos repletos de información sobre mí, sobre mis dudas. Me gusta. Me gusta, porque con su cercanía y sus reflexiones, está logrando que minuto a minuto, mi inseguridad disminuya.

Le sonrío y dirijo mi mirada hacia el gran ventanal al que me acerqué en medio de nuestra conversación. Abarca prácticamente toda la pared que hay detrás del escritorio, llenando de luz cada rincón de la habitación.

A través de él, puedo observar como allá abajo se encuentra el jardín de "La Cascada". Ese mismo, al que apenas unos minutos antes intentaba acceder. No pensaba que fuera tan grande. Pero desde ésta posición, se ve completamente inmenso. Abarca toda la parte trasera del edificio, contiene numerosos bancos para sentarse, hierba, césped, árboles adornando los rincones, cuyas hojas secas se expanden por todas partes. Hasta una enorme

fuente central puedo distinguir.

Existe vida en este lugar... Una vida, que precisamente aportan esas personas paseando en pijama. Algunos acompañados por enfermeras, otros, en la soledad de la multitud.

—Y cuéntame... —volvió a interrumpir la voz de la doctora, que sin darme cuenta había llegado a mi lado —¿Ya tienes idea acerca del contenido que tratarás en tu proyecto de carrera?

—La verdad es que no —acepté tímida —Estoy un poco desorientada en ese aspecto. Ni siquiera sé si me centraré en algún paciente en concreto, o realizaré una tesis sobre algún problema predominante en el centro.

—Es normal que estés perdida con respecto a eso. Pero ya verás cómo en unos días, cuando te habitúes y te acomodes, las ideas comienzan a fluir por sí solas.

—Eso espero... —le sonreí, volviendo mi mirada hacia el paisaje que se veía a través de la ventana.

Entonces, en medio de toda aquella multitud, algo me hizo detenerme en un lugar concreto. Una imagen conocida, fue la culpable de que mi mente se perdiera, dejando de escuchar por un momento las palabras de mi acompañante.

Esa chica... Esa con la que hace unos minutos atrás colisioné en el pasillo y no fue capaz de pedir si quiera disculpas, o ayudarme a recoger los papeles.

Es ella... Se encuentra sentada sobre un banco de madera, bajo un árbol cuya apariencia pertenece al otoño más verdadero. En sus ramas, apenas quedan unas pocas hojas secas. Puedo distinguir perfectamente, cómo una de ellas se desprende y cae lentamente sobre las piernas de la muchacha. Pero ella ni se inmuta... Simplemente mira al frente. Aparentemente concentrada en algo, y en la más completa y absoluta soledad.

Por primera vez, puedo observarla con detenimiento, aunque sea en la lejanía. Su ropa es distinta a la de los demás. Viste una especie de pantalón y sudadera de deporte. Ambas prendas parecen ser bastante holgadas. Pero no lleva puesta ninguna bata blanca similar a la de la doctora, o el conjunto violeta que define a las enfermeras. Ese hecho, no sólo me sorprende, sino que me produce curiosidad.

—¿Quién es ella? —pregunté de pronto, como si mis pensamientos se hubieran verbalizado sin poder controlarlo.

—¿Quién?

—Esa chica que está sentada en aquel banco —señalé el lugar indicado —Justamente unos minutos antes de hallar tu despacho, me encontré con ella y tuvo una actitud algo extraña.

—¡Oh, ella! —exclamó al verla —Es Anahí... Anahí Valente.

—Anahí Valente —repito como si de esta forma, el nombre me fuera a resultar familiar —¿Es enfermera?

—¿Qué? —de pronto, la doctora pareció haberse sorprendido —¡No, claro que no! Anahí no es trabajadora del centro... —aclaró captando mi mirada confusa —Es... una paciente.

II

No sé cuánto tiempo estuve observando a través de la ventana, mientras recreaba en mi mente esa frase de la doctora: "Anahí no es trabajadora del centro, es una paciente".

La verdad, no sé por qué me sorprendí tanto. En cierta manera, eso explica la actitud que tuvo cuando nos encontramos; fría y ausente. Pero ahora me encuentro preguntándome; ¿Cuál será su problema? ¿Qué la habrá traído a este lugar?

—¿Te gustaría conocer las instalaciones? —interrumpió la voz de mi acompañante, recordándome al instante su presencia.

Dirigí mi mirada hacia ella, que esperaba con su habitual sonrisa y respondí de igual manera.

—Claro, me encantaría.

La doctora se dirigió amablemente hacia la salida del despacho, esperando que la siguiera. Cerramos la puerta a nuestro paso y continuamos andando por aquel largo pasillo, donde unos pocos metros más adelante, desaparecían las numerosas puertas y encontrábamos el famoso ascensor que me trajo a este lugar.

—Cómo ves, aquí termina la zona de oficinas del equipo —me explicó —Si sigues por este pasillo, un poco más adelante encuentras las salas de rehabilitación física. Digamos que esta planta es, la habilitada para dedicar a la salud de los pacientes, tanto mental como físicamente.

Con un ligero asentimiento, continúo observando todo a mí alrededor, cuando el sonido del elevador anuncia su llegada. La doctora me cedió el paso una vez más y juntas nos adentramos en el mismo.

—El edificio consta de tres plantas —prosiguió explicándome, al mismo tiempo que señalaba los botones del ascensor, que efectivamente, indicaba 3 pisos —La tercera, está dedicada a las habitaciones de los residentes y en la primera, tenemos dos divisiones, por un lado está la recepción; salida y entrada del centro, a la cual sólo puedes llegar introduciendo esta llave —me

mostró una llave muy pequeña —en esa ranura. Solamente tienes que girarla a la derecha para que se encienda una pequeña luz roja y automáticamente el ascensor bajará a la primera planta. Pero en vez de ésta —señaló la puerta por la que acabamos de entrar —se abrirá esa puerta que está detrás de ti.

Me giré ligeramente y en el momento en el que la vi, recordé que, efectivamente, antes había entrado por una puerta y salido por otra. Me volví hacia Marta Andoni, sorprendiéndome al encontrarla estrechando la pequeña llave frente a mis narices.

—¿Para mí? —le pregunté agarrándola como si en vez de una llave fuera un artefacto explosivo.

—Si no tienes una de estas, me temo que deberás usar el sofá de tu despacho como cama a partir de ahora. Y la verdad es que no te lo recomiendo... Es cómodo, pero bastante limitado en cuanto a posturas se refiere. —mis ojos se abrieron enormemente y creo que hasta me sonrojé por un momento. Sin embargo, ella sonrió con picardía —Al principio pasaba tantas horas aquí, que en algún momento tenía que dormir. Puedes volver a respirar y eliminar de tu mente cualquier imagen perversa que se te haya creado.

—Lo haces a propósito ¿verdad? —una mezcla entre risa nerviosa y alivio, acompañaron mi pregunta y aumentaron su sonrisa.

—Si te hubieras visto la cara, tú también lo habrías hecho.

—¿Eres así con todas tus alumnas en prácticas?

—¿Así de simpática y poco autoritaria? —asentí sonriendo y ella se encogió de hombros —Eres mi primera alumna en prácticas. Así que, aquí vamos a aprender la una de la otra. —me guiñó el ojo y seguidamente pulsó el botón del número uno —En el mismo piso pero tras la puerta contraria, está la zona de ocio. Creo que ya debiste verlo antes, pero es en esta planta desde dónde se puede acceder al jardín. En él, es donde las y los usuarias y usuarios pasan la mayor parte del tiempo cuando el clima lo permite. Cuando no es así, disponemos de salas interiores, donde pueden ver la televisión, hay una pequeña biblioteca, una sala de juegos... ¿Voy demasiado rápido?

—No —sonreí —Supongo que poco a poco me iré habituando y conociéndolo todo.

—¡Claro! Pero si ves que voy demasiado rápido me frenas. Te doy permiso.

—Está bien —acepté, escuchando nuevamente el sonido del ascensor, anunciando nuestra llegada al primer piso.

—Vamos a conocer el jardín. Allí están algunas de las enfermeras que quiero presentarte. Con ellas deberás contar siempre que necesites algo, son las que más relación directa tienen con los usuarios.

A medida que la doctora me daba su breve explicación, casi sin darme cuenta, llegamos a la puerta principal que daba acceso directo al jardín. Entonces me di cuenta de que no era tan difícil acceder como había creído antes, se encontraba a penas unos metros pasando el ascensor.

Una vez allí, observamos lo mismo que pude ver minutos atrás desde la ventana; un importante número de personas, algunos paseando, otros leyendo bajo la sombra de algún árbol casi deshojado, otros compitiendo en algún juego de mesa. Todo aparentemente muy... normal.

—¿Te sorprende tanta normalidad? —preguntó de pronto.

La miré y no pude evitar sonreír algo confusa.

—Sinceramente, sí... —acepté incluso avergonzada —Hay mucha más tranquilidad de la que esperaba.

—Normalmente este es un lugar muy tranquilo. Los usuarios están siempre bajo medicación y aunque no te voy a mentir y te advierto, que en estos meses, te tocará vivir bastantes crisis, por lo general, obviando esos momentos, esto es así usualmente. Por eso siempre me escucharás referirme a La Cascada como un centro o una residencia. Esto no es un hospital psiquiátrico, simplemente es un lugar dónde intentamos que personas con alguna enfermedad mental de cualquier tipo, convivan en armonía y lleven una vida lo más normalizada posible. Hay algunos que son muy independientes, les gusta leer bajo la sombra de un árbol y que nadie les moleste. Otros, sin embargo, tienen la continua necesidad de estar acompañados y se pasan el día jugando entre ellos. A otros, incluso los verás andando solos y hablando como si estuvieran acompañados, pero no molestan, ni hacen daño a nadie.

Aunque la doctora continuaba hablando, sus palabras comenzaron a perderse en algún lugar de aquel inmenso jardín, en el momento en que mis ojos se encontraron por tercera vez con esa muchacha. La culpable de que mis documentos salieran por los aires cuando llegué y la misma que minutos antes

estaba observando a través de la ventana del despacho.

Se encontraba en el mismo lugar, sentada en aquel banco y mirando al frente, como si nada de lo que hubiera a su alrededor consiguiera perturbarla. Ni siquiera esa enfermera que, junto a ella, parece estar diciéndole algo mientras sostiene una bandeja.

—...Y otros, como ves... —volvió de pronto, la voz de la doctora —Simplemente te ignoran y hacen como si no existieras.

Hice un esfuerzo sobrehumano para que mi mirada se apartara de esa chica y poder dirigirme hacia Marta, expresando con mi ceño fruncido, la profunda curiosidad que estaba comenzando a nacer en mi interior.

—¿Por qué? —es lo único que me atrevo a preguntar.

Ella se encogió de hombros y observó de nuevo la imagen de la enfermera tratando de mantener una conversación con la chica, pero siendo completamente ignorada. Parecía que ni siquiera se daba cuenta de que había alguien a su lado.

—Algunos pacientes pasan por ese proceso cuando ingresan en el centro. No quieren estar aquí. Es un cambio muy brusco en la vida de una persona y produce una especie de shock, que te demuestran con su más absoluto silencio... Pero poco a poco, se van habituando y entienden que quizás este sea el mejor lugar donde puedan estar. Aunque lo de Anahí, es completamente distinto. No lleva interna demasiado tiempo, pero se niega a pronunciar una sola palabra con alguno de nosotros. Ni siquiera te mira... es como si, simplemente no existieras. Y no está en ese estado de shock que te mencionaba. Ella sabe perfectamente donde se encuentra y por qué llegó a este lugar. Siempre la verás haciendo algo; leyendo, escribiendo en su cuaderno o simplemente escuchando música... Pero nunca la verás con alguien. O al menos no, hasta que ella así lo decida.

¿Por qué? Me volví a preguntar en mi interior mientras continuaba observando esa imagen. ¿Por qué una chica tan joven como ella está en un lugar como este? ¿Por qué no habla con nadie?

—Vamos, acerquémonos... —escuché la voz de la doctora que una vez más se encargó de interrumpir las numerosas preguntas que amenazaban con inundar mi mente.

La seguí, y avanzamos unos metros para encontrarnos con esa enfermera que comenzaba a expresar en su rostro, algo parecido a la frustración, mientras emitía algunas palabras, las cuales mi mente ya no escucha. Pues en este momento, teniendo a esa muchacha tan cerca, me es completamente imposible evitar detenerme a observarla y casi sin querer, el mundo comienza a detenerse, como mismo se había detenido cuando nos encontramos en el pasillo. O bueno, cuando la encontré en el pasillo. Porque ya no estoy segura de que ella estuviera muy presente en aquel momento.

Ella, continúa mirando al frente, ignora mi presencia, así como la de cualquier otro ser humano que pueda haber alrededor. Entonces, me permito a mí misma, observarla por primera vez con total detenimiento, analizando cada parte de su cuerpo.

Es una mujer delgada... algo que sentí cuando la agarré de los brazos y me pareció tan delicada, que pensé que en cualquier momento podía romperse. Pero en aquel instante y cuando la vi desde la ventana, realmente no asimilé del todo su casi extrema delgadez... parece una muñeca. Una muñeca frágil a la que hay que cuidar.

Su cabello es largo, prácticamente tan dorado como las pocas hojas que le quedan al otoñal árbol que le está dando sombra. Su rostro se ve tan fino y casi pálido, como sus manos; pequeñas y proporcionales a su cuerpo. Uñas muy cortas, bien arregladas, aunque soy capaz de distinguir una pequeña línea blanca en el centro de ellas. A decir verdad, a simple vista, tiene rostro y manos de princesa... Aunque si la observas un poco, es fácil darse cuenta de que, su piel no desprende vitalidad de una persona sana.

Lo cierto es que me confunde todo sobre ella. Es una chica realmente bonita... o al menos, eso me parece... Pero a su alrededor, no existe ni un solo ápice de luz.

—Dulce —escuché como mi acompañante me llama, casi sobresaltándome
—Te presento a María, ella es una de las enfermeras que trabajan en el turno de la mañana.

La chica, con una enorme sonrisa, extendió su mano.

—¡Encantada, Dra. Andrade!

—Por favor, llámame Dulce —pedí estrechando su mano a modo de saludo.

—Aún no asimilo del todo eso de ser doctora.

—Pues tendrás que irte acostumbrando —intervino nuevamente Marta
—Pronto todos comenzarán a llamarte así.

—Será cuestión de habituarme.

—No te costará demasiado —afirmó con su ya habitual sonrisa de complicidad —Bueno... ¿continuamos con el camino?

—¿Y qué hago con esto doctora? —le preguntó María, mostrando la bandeja con comida que tenía entre sus manos.

—Llévatelo y más tarde vuelves a intentarlo...Quizás entonces tengamos más suerte.

Cuando la enfermera asintió dispuesta a marcharse, se creó un incómodo silencio mientras las dos permanecieron observando a la chica, que continúa en su propio mundo sin inmutarse.

Un incontrolable impulso me hizo intervenir sin siquiera pensarlo.

—¿No pueden dejar la comida a su lado?

Mis dos acompañantes me miraron confundidas a la vez que sorprendidas gracias a mi extraña pregunta. Por lo que me vi obligada a continuar.

—Quiero decir que... si alguien estuviera encima de mí, esperando que haga algo, probablemente no lo haría... Quizás si dejan ahí la bandeja, ella decida comer cuando... le apetezca —me encogí de hombros dubitativa —No sé...

La doctora y la enfermera se miraron un segundo, ocasionando un silencio que me puso algo nerviosa. Quizás acabo de meter la pata, no debí entrometerme, ellas saben bien como hacer su trabajo.

—Creo que esto es un poco más complicado que eso, Dulce —me explicó Marta —Pero... sí... en cierto modo tienes razón. Si hay alguna posibilidad de que Anahí se coma eso, desde luego no ocurrirá mientras la estemos controlando.

—A nadie le gusta sentirse agobiado, presionado y mucho menos controlado...

—Tienes razón —aceptó con una sonrisa —María, sigamos la primera

intervención de la Dra. Andrade y dejemos la bandeja al lado de Anahí, hasta que sea ella misma quien decida comer.

La enfermera obedeció la indicación de la doctora y depositó la bandeja cuidadosamente en el banco, justo al lado de esa muchacha, que continuaba sin inmutarse, como si nada de esto tuviera algo que ver con ella.

Seguidamente después, mis acompañantes se dispusieron a continuar el camino, para mostrarme el resto del jardín. Pero yo, antes de seguir las, tuve el impulso de mirar a esa chica por última vez, estando absolutamente convencida de que me iba a ignorar, como mismo había hecho durante los últimos minutos.

Sin embargo... justo en el momento en el que iba a apartar mi mirada y continuar con el camino, sus ojos se dirigieron hacia los míos, clavándose en ellos de una forma tan intensa y directa, que sin darme cuenta, mi cuerpo sufrió una especie de escalofrío y temblor, nunca antes sentido.

Me observó fijamente, sin demostrar ni un solo atisbo de expresión en esa mirada azul y helada que posee... Simplemente me mira, consiguiendo que mi corazón, a pesar de la frialdad que desprenden esos ojos, lata a un ritmo algo más acelerado de lo normal.

Intenté sonreír, intenté pronunciar alguna palabra, pero nada sucedía. Mi tiempo se detuvo en sus ojos y la intensidad del nerviosismo me creó una extraña parálisis corporal y mental.

—¡Dulce! —escuché una voz llamarme en la lejanía.

Instintivamente volteé al escuchar mi nombre y observé como la doctora, que ya se había alejado unos metros, esperaba que llegara hasta ella.

Volví a darme la vuelta rápidamente hacia la chica, con la intención de encontrarme con su mirada aunque fuera una vez más antes de marcharme, pero como si solo hubiera sido producto de mi imaginación, ella ya había vuelto a su antigua posición, observando al frente. Perdiendo su vista en la lejanía de los árboles y olvidando por completo mi presencia.

Por puro instinto, sacudí ligeramente la cabeza, intentando que mi mente vuelva a la realidad. Pero algo de lo que acaba de suceder, me hace esbozar una leve sonrisa. Aunque por el momento, no soy plenamente consciente de, qué fue exactamente, eso que me hizo sonreír.

Minutos más tarde me encontraba de nuevo con la doctora, que me guía a través de ese jardín, presentándome a los diferentes doctores y enfermeras que forma el equipo de trabajo.

El resto del día transcurrió con total normalidad y a decir verdad, bastante más rápido de lo que esperaba. Conocí cada rincón de la residencia, así como a todos los empleados que a partir de ahora serían mis compañeros.

La doctora Andoni, me facilitó una especie de credencial que me permitía ser identificada como miembro del equipo de trabajo y además, tuvo la amabilidad de enseñarme como acceder a los informes digitalizados de los pacientes. Sólo necesitaba una contraseña y cada vez que lo necesitara, podría entrar desde la computadora que había en mi despacho.

Absolutamente todo había parecido ir viento en popa y ahora me encuentro regresando a mi apartamento, donde mi pequeño trasto empieza a ladrar contento mientras abro la puerta.

—¿Cómo has estado, pequeño?

El cachorro comienza a mover la cola, mientras deja húmedos "besos" por toda mi cara.

Hace aproximadamente un año que decidí adoptar a White, y creo que es la mejor decisión que he tomado en toda mi vida. Era un día como otro cualquiera, en el que acudí con mi familia a una fiesta en casa de unos viejos amigos. Generalmente, las multitudes no son mi especialidad, así que cuando quise darme cuenta, me había escabullido y me encontraba en el jardín de la casa, donde un columpio me estaba resultando más interesante que cualquier tipo de socialización con la humanidad.

De pronto, sentí unas ligeras cosquillas junto a mis pies y cuando miré hacia abajo, descubrí a una hermosa bola de pelo blanca, con los ojos azules más bonitos que había visto en mi vida, al menos hasta ese momento así lo creía.

El pequeño intentaba escalar por mis piernas y me resultó tan gracioso que tuve que cargarlo en brazos. Entonces fue cuando descubrí su babosa afición de lamerme la cara todo el tiempo.

Supe que en ese momento se había creado una conexión entre él y yo. Siempre me habían encantado los animales, sobre todo los perros y desde que

me independicé, sabía que algún día tendría uno. Pero probablemente fuera mi falta de tiempo la que me impedía aceptar esa responsabilidad.

A los pocos minutos, Claudia, la hija de los dueños de esa casa, me informaba que estaban intentando vender a la manada de cachorros que habían nacido dos meses antes. Al principio me resultó demasiado cruel separarlo de su madre y hermanos, aunque el hecho de que él no se despegara de mí ni un solo minuto durante el resto de la noche, me hizo decidirme por fin.

White se había ganado mi corazón y convertido en mi mejor amigo, apenas unos minutos más tarde de haberlo conocido, cosa que hasta ahora ningún ser humano había logrado. Así que, me lo llevé a casa con la condición de que pudiéramos visitar a su familia siempre que fuera posible.

Por ello, siempre que puedo, trato de organizar una cita con Claudia. Coincidimos en un parque cercano y dejamos que madre e hijo jueguen al menos durante un rato.

En cuanto a sus hermanos, diferentes familias los adoptaron y es prácticamente imposible que coincidamos alguna vez. Sobre todo, por el hecho de que, prácticamente todos viven en el pueblo.

White, un nombre algo extraño para un perro. Aunque con cierta lógica, ya que se trata de un Husky Siberiano completamente blanco. El único de su camada que nació con ese color. Pero lo cierto, es que la elección viene de White Fang, "Colmillo Blanco" en Inglés, el título de mi película favorita. Siempre soñé con tener un perro de esa raza, parecido a Colmillo Blanco y al ver que mi pequeño era completamente de ese color, quise aprovechar el nombre. Aunque mi primera opción fue en español, pero... digamos simplemente que, White sonaba mejor.

Así que, aquí lo tengo, moviendo su trasero frente a mí y observándome con esos ojos dormilones, que pone cuando está pidiéndome algo.

—¿Quieres ir a la calle? —pregunté sabiendo perfectamente la "respuesta".

Él comenzó a ladrar y rápidamente se dirigió hacia el mueble donde siempre dejo su correa, completamente feliz. Una vez allí, se detuvo a observarme con la lengua fuera.

—Eres demasiado inteligente —murmuré con el ceño fruncido.

Pero como siempre, accedí a su petición y minutos más tarde nos encontrábamos en el habitual parque por el que solemos pasear.

La tarde comienza a caer, unos rayos anaranjados de sol indican que pronto llegará la noche. Así que, empezamos a jugar con su pelota lo antes posible. Yo se la lanzo y él corre como loco a buscarla para que repita el movimiento una y otra vez.

Pero en una de esas, cuando estaba dispuesta a hacerlo una vez más, lo vi echar a correr en dirección opuesta, pasando por mi lado y consiguiendo que poco a poco me diera la vuelta para descubrir el motivo por el cual había decidido ignorarme.

Observo como Claudia me sonrío desde unos metros de distancia, mientras se aproxima y White recibe contento a su madre.

—No te esperaba por aquí a estas horas, Dul —me saludó con un beso en la mejilla.

—Hola Clau —le sonrío —Probablemente a partir de ahora solo pueda venir a esta hora de la tarde.

—Es cierto, hoy comenzabas tus prácticas ¿Verdad?

—Exacto. Hace menos de una hora que llegué a casa.

—¿Y qué tal fue ese primer día? ¿Tan terrorífico como creías?

Al realizarme esa pregunta, sin saber cómo, ni por qué, vino a mi mente la imagen de aquella chica, Anahí. Su rostro casi perfecto y el color de su mirada. No había vuelto a pensar en ella desde nuestro último encuentro, pero ahora me descubría sintiendo un extraño escalofrío por todo mi cuerpo, que casi sin querer, me hizo fruncir el ceño.

—Parece ser que sí —añadió mi amiga, recordándome que aún estaba ahí.

—¿Qué? Oh no, para nada... De hecho, fue muchísimo mejor de lo que esperaba... Todo demasiado... normal.

—¿Normal? —preguntó alzando una ceja —¿Ningún suceso interesante, digno de contar?

—Apenas fue mi primer día, Clau —volví a sonreír —Ya tendré tiempo de vivir emociones. Déjame disfrutar la tranquilidad de los comienzos.

Lo cierto es que le acabo de mentir. Porque si voy a ser completamente honesta, a pesar de la normalidad con la que transcurrió el día, en este momento hay algo que me mantiene intrigada; Anahí, probablemente lo más extraño e interesante que haya visto en ese centro. Pero como es de suponer, a Claudia no le iba a mencionar nada sobre ella. En primer lugar, porque tenemos terminantemente prohibido nombrar a los pacientes fuera de la residencia. Aunque podría hablar de ella omitiendo su nombre. Pero... ¿Qué iba a decirle?

"Pues mira, Clau resulta que hay una paciente que me resulta tremendamente preciosa. Sí... así es... No habla e ignora a cualquier ser humano que se le acerque. Pero no importa, porque es una de las chicas más bonitas que he visto en mi vida y gracias a ti acabo de acordarme de ella"

No...Por supuesto que no voy a decirle eso.

Claudia y yo hemos entablado una muy buena relación a partir de aquel día en el que decidí adoptar a White. Desde entonces, nos vemos prácticamente a diario en este parque y además, salimos de "fiesta" cada vez que nuestra universidad nos lo permite. Vamos a la misma facultad, aunque ella está un curso por detrás de mí.

Ella es mucho más alocada que yo. Le gusta ir a discotecas y pasarse la noche bailando sin parar. Yo sin embargo, soy bastante más tranquila. Obviamente me gusta salir y bailar, como a cualquier persona de 24 años, pero también necesito momentos de tranquilidad. Salir a tomar algo o a cenar, mantener conversaciones agradables y desde luego, no tengo tanto aguante como ella. Cuando vamos a alguna discoteca, me canso mucho más pronto de bailar que Claudia. Así que, la dejo acompañada y me retiro hacia algún lugar tranquilo de local, desde el que pueda analizar y observarlo todo.

Ella sólo se acerca, cuando se siente deshidratada y decide robarme mi bebida, acusándome además, de estar echándole el ojo a cuanta mujer se me pasa por delante. Cosa que por supuesto, no es cierta y aunque lo sabe perfectamente, le encanta molestarme.

Siempre me dice que una de las cosas que jamás logrará entender de mí, es mi soltería.

¿Acaso hay algo que entender? ¿Por qué el mundo está empeñado en vender

una vida en pareja?

Creo que ese es uno de los principales problemas de nuestra sociedad y la culpa de que tantas personas vivan terriblemente frustradas por no encontrar el amor.

Me gustan las mujeres, y además, me considero una chica romántica, que cree fiel y firmemente en el amor verdadero. Pero eso nunca es suficiente, porque a pesar de todo, hace tiempo que poseo una fuerte incapacidad para el compromiso. No soy capaz de tener una relación estable y mucho menos de enamorarme. Y lo más "extraño", es que ni siquiera se trata de que soy muy exigente y estoy buscando a la mujer perfecta. Para nada. Simplemente creo que existe algo que aún no he conocido. Un tipo de sensación que no me dará tregua para replantearme absolutamente nada. Un sentimiento que me abordará de súbito sin darme posibilidad de elección. Creo que eso es lo que busco... y lo que aún no he encontrado. Nadie, hasta el momento, ha sido capaz de introducirse en mi corazón de esa forma, aunque en algún tiempo creí que así había sido. Por eso, en este punto me es inevitable volver siempre al mismo pensamiento; puede que el problema lo tenga yo. Me paso la vida tan sumergida en mi propio mundo, que cuando alguien intenta entrar en él, se encuentra directamente con una barrera imposible de quebrantar. A veces me pregunto si existirá esa persona capaz de derribar la barrera.

Mantuve lo que se dice una conversación con Claudia, durante unos minutos más, los suficientes para que mi pequeño cachorro correteara de un lado para otro con su madre y compañera de juegos. Si llega a ser por él, probablemente me pasaría aquí el resto de la noche. Así que, me vi obligada a interrumpir la actividad antes de quedarme dormida en cualquier lugar, pues el cansancio estaba comenzando a afectarme y a la mañana siguiente tenía que volver a madrugar.

Me despedí de Claudia y nos dirigimos de vuelta a casa, donde mi primera acción fue ponerle agua a este pequeño terremoto que llegó jadeando como si hubiera corrido una maratón.

Seguidamente, decidí darme una ducha relajante antes de tumbarme en el sofá, porque de lo contrario, nada en este mundo tendría la fuerza suficiente para levantarme.

Minutos más tarde, introducida en un fresco pijama, con mi cabello

ligeramente húmedo y con una sensación de tranquilidad en mi cuerpo, comencé a preparar la cena, mientras el pequeño aguardaba a mis pies, esperando que algún pedazo de comida se me escapara y fuera a parar a su boca. Lo tengo demasiado consentido.

Una fresca y sana ensalada fue la elección de esta noche y con ella me dirigí al cómodo sofá que adorna mi sala, donde el televisor aguarda para relajarme durante unos minutos. Traté de buscar algún canal interesante, pero nada resultaba demasiado entretenido. Lo cierto es que con tantos exámenes, la televisión había quedado prácticamente olvidada para mí, y si tenía algún momento libre durante el día, prefería invertirlo en las profundidades de internet. No obstante, esperé a terminar la cena, mientras veía un programa de humor, antes de sumergirme en la red.

El sueño estaba acaparando cada espacio de mi mente, mientras comprobaba mi correo, así como las novedades de alguna red social, cuando White, ocupándose la mayor parte del sofá, alzó la cabeza para mirarme.

—El día que decida ponerte límites —le dije resignada, como si me entendiera —me mandarás a dormir a tu caseta

Él emitió un pequeño gemido, que ni siquiera llegó a ser ladrido, como si realmente estuviera de acuerdo con esa afirmación.

—Seguramente si alguien me viera hablando contigo, suspenderían mis prácticas de inmediato... ¿Qué tengo yo de psicóloga, White? ¿Qué tiene mi mente de racional y coherente? No soy más que una chica corriente hablando con su perro, ¿A quién demonios voy a poder ayudar yo?

El pequeño jugueteón ladeó ligeramente su cabeza, volviendo a emitir aquel extraño sonido y observándome con esos ojos azules, que le hacían parecer un ángel bajado del cielo, nada travieso y revoltoso.

Entonces, algo volvió a asaltar mi mente; aquellos ojos azules, que en un momento dado, se clavaron en mi mirada helándola al instante. Descubrí a mi corazón latiendo a una velocidad algo acelerada, mientras recordaba aquel encuentro en el pasillo y por unos segundos, sentí como mi mente se trasladaba a ese lugar.

—¿Sabes? Hoy conocí a una chica con los ojos azules, igual que tú... Bueno, los tuyos son más celestes... Los de ella son de un azul algo más oscuro,

aunque también tiene ligeros toques celestes alrededor de la pupila —expliqué, recreando en mi mente la imagen exacta de aquella chica y sorprendiéndome por los detalles que pude apreciar en tan solo unos segundos —¿Y sabes que es lo más curioso? Estoy completamente segura que en el fondo de esa frialdad que expresaba, se esconde un brillo y una luz que en este momento, simplemente se encuentran apagados... ¿Por qué? —le pregunté al pequeño cachorro —¿Qué crees que pueda haber apagado la luz de una mujer como ella?

De pronto, una idea llegó a mis pensamientos; quizás si introduzco su nombre en un buscador de internet, aparezca alguna noticia que me dé una pista ¿No?

—¿Cómo era? —pregunto mirando al techo, tratando de recordar —Anahí... ¿Anahí qué?

Trato de hacer memoria y volver al momento exacto en el que observando a través de aquella ventana, pude verla sentada sobre un banco, ignorando todo lo que ocurría a su alrededor y entonces la voz de la doctora Andoni, llegó a mí en el momento justo y necesario:

"¡Oh! Ella... Es Anahí... Anahí Valente."

—¡Valente! —grité más alto de lo que esperaba —¡Eso es! ¡Anahí Valente!

White emitió un ladrido algo más sonoro que los anteriores en cuanto comencé a teclear ese nombre en mi computadora. A lo cual, respondí mirándolo de reojo para descubrirlo observándome con una mirada algo...acusadora.

—Ya sé, ya sé... Estoy quebrantando la primera ley de la psicología "No mezcles lo profesional con lo personal" Pero no lo estoy mezclando —me defendí —Simplemente quiero ver si hay algún dato sobre ella en internet. Al fin y al cabo, mañana podré buscar su informe en mi despacho. Pero por el momento... la curiosidad me llama —finalicé sacándole la lengua, al mismo tiempo que presionaba el botón de "enter".

En cuestión de segundos, numerosas noticias encabezadas con el nombre de Anahí Valente, aparecían en mi pantalla. Simplemente tuve tiempo de leer el titular de una de ellas, cuando mi corazón comenzó a latir a demasiada velocidad por lo que allí se explicaba:

"Anahí Valente y su intento de suicidio"

Rápidamente pulsé sobre aquel titular, esperando que la página web se abriera de inmediato, aunque parecía ser que mi conexión de pronto se había vuelto demasiado lenta. Eso, o yo estaba completamente desesperada por continuar leyendo.

"Anahí Valente y su intento de suicidio", volví a leer.

"Como ya hemos venido anticipando, la hija menor del famoso empresario, Oliver Valente, intentó acabar con su vida, hace apenas unas semanas. Fuentes cercanas a la familia, aseguran que la joven Valente, lleva años sumida en un problema de drogas que la ha llevado a su deterioro físico y mental, hasta el punto de querer acabar con su propia vida. Se desconoce el método utilizado por la joven, pero los rumores apuntan a que una sobredosis controlada fue la causa del "accidente". Como podemos observar y como hemos comprobado a lo largo de los años, la fama y el dinero, adquiridos a una edad muy temprana, puede introducir a los adolescentes en un mundo de fiestas y oscuridad, donde siempre quieren recibir más. Al menos ese es el único motivo coherente que encontramos para que una persona que lo tiene todo, desprece su vida de tal forma."

Creo que permanecí minutos observando aquella pantalla, leyendo las mismas líneas una y otra vez. Algo no permitía a mi cerebro procesar ni asimilar la noticia que estaba leyendo.

Desde el primer momento en que la vi, sentí que Anahí no tenía ninguna enfermedad mental, al menos no una que la obligara a estar ingresada en un centro. Hay algo en ella que es diferente, puede que su mirada sea ausente en ocasiones, pero la he visto mirándome a los ojos. A pesar de todo, he sentido como me observaba fijamente y sé perfectamente, que hay algo en el interior de ella. No es una chica que tenga problemas con las drogas. Estoy segurísima de que ese no es el motivo de su estado. Pero entonces... ¿Cómo puede ser? ¿Qué cosa la hizo sentirse tan vacía, como para querer acabar con su vida?

¿Qué hay detrás de Anahí Valente?

No lo sé... Aún no lo sé.

Pero algo en mi corazón, repentinamente encogido, me dice que tengo que averiguarlo.

III

La puerta del ascensor se abre, mostrando frente a mí, el alargado pasillo que me recibió el día de ayer. El mismo por el que caminaba a toda prisa, perdida, sin tener la menor idea de hacia dónde me dirigía. Una situación no muy diferente a la de hoy, cabe decirlo. Ni siquiera estoy segura del motivo que me hizo detenerme en el primer piso, en vez de continuar hacia el segundo, que es donde se encuentra mi nuevo despacho. Aunque realmente, en algún lugar escondido de mi interior, puede que sí lo sepa.

Dicen que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Y yo, para confirmar la teoría, decidí venir a buscar mi propia piedra. Aunque en esta ocasión, mis documentos están a salvo y voy tan pendiente del camino, que sería imposible volver a chocar con ella. Pero entre divagación y divagación, la única realidad, es que estoy aquí para verla.

Un pensamiento bastante absurdo. Nada me da la certeza de que esa chica vaya a estar aquí hoy, como si hiciera el mismo recorrido cada mañana y yo fuera a tener la suerte de encontrarla a la misma hora, en el mismo lugar. Esas cosas sólo ocurren en las películas o en los libros, pero no en la vida real. Nada me indica que esta vez vaya a ser diferente, y aun así, yo, como buena humana en busca de mi piedra, aquí estoy. Pensando tonterías, a medida que avanzo y observo la pared repleta de cuadros relajantes que no relajan nada. Estoy incluso más nerviosa que ayer. Eso sí que es raro.

De pronto, siento unos pasos aproximarse aunque mi vista aun no ve a nadie, y por alguna extraña razón, comienzo a sentir también, unos golpes continuados en el interior de mi pecho. Parece que mi corazón decidió acelerarse de buenas a primeras como si acabara de correr una maratón. Con la diferencia, de que el oxígeno llega perfectamente a mis pulmones por el momento, evitando que me haga falta jadear como White..

Los pasos se oyen cada vez más cerca y en cuestión de segundos, mis latidos cobran un ilógico sentido, aunque ambos términos sean contradictorios en la misma frase, cuando la veo aparecer por una esquina.

Al instante, siento mi estómago contraerse, y algo me hace detener la respiración. No sé qué demonios está pasando para que mi cuerpo reaccione de esta forma. Pero me encuentro nerviosa, mucho más nerviosa de lo que estaba hace unos minutos. Estoy dispuesta a asegurar, y no exagero, que ni siquiera un examen de los más complicados, conseguía desestabilizarme de esta manera.

Ella se aproxima con paso firme, mirando al frente y sin siquiera reparar en mi presencia. Yo parezco haberme quedado absolutamente inmóvil o petrificada y no soy capaz de salir de ese estado, hasta que el olor que desprende su cabello al pasar, consigue despertarme, y es entonces, cuando me doy cuenta de que ya no está. Desapareció tan rápido como mismo había aparecido. Continuó de largo como si mi persona no existiera, no dijo "hola", "buenos días", ni siquiera llegó a mirarme. Nada.

Volteo confundida, casi exactamente igual que el día anterior, sólo para verla marchar y terminar desapareciendo por algún lugar de aquel pasillo.

Ahora, mis nervios de antes se transformaron en una profunda confusión. Puedo incluso sentir, como frunzo el ceño de forma casi involuntaria. Y lo peor del caso, es que no sé por qué. No sé qué pretendía encontrar viniendo aquí y no sé por qué esa chica, en dos simples encuentros, ha conseguido desestabilizarme tanto. La curiosidad que siento por ella, amenaza con volverme loca. A mí... A Dulce, la despreocupada.

Llegué apresuradamente a mi despacho y sin reparar en absolutamente nada más, me senté en la silla del escritorio, frente a la pantalla del ordenador. Cerré los ojos y respiré hondo. Quizás trataba de tranquilizarme, o quizás quería centrar un poco mis confusas emociones. O a lo mejor, simplemente trataba de reunir el valor necesario para lo que quiera que estuviera a punto de averiguar. No lo sé, lo cierto es que no tengo ni la más mínima idea de lo que quise conseguir durante los minutos de tregua que me regalé a mí misma. Creo que incluso siento algo de temor.

Pero el caso, es que pasados unos segundos, que perfectamente hubiera podido alargar, abrí los ojos y me dispuse a encender el aparato. Este fue bastante veloz en cuanto a ponerse en marcha, permitiéndome al instante poder comenzar a indagar entre aquellos archivos. Tecleé la clave de acceso al sistema, que ayer me fue facilitada por la doctora Andoni, y automáticamente

fui a parar a los informes médicos de los pacientes.

Tengo frente a mis ojos, cientos de historiales de diferentes personas, o quizás son miles. Sólo veo una interminable lista de nombres que ni siquiera alcanzo a leer. Probablemente a lo largo de los años, el número de usuarios que han convivido en esta residencia, ha sido bastante elevado. Decidí ahorrarme el tiempo de leer la lista completa, tecleando su nombre directamente en el buscador. Tras unos segundos de espera, bastante largos, (cuando estas ansiosa, el tiempo cobra el sentido que le da la gana) el ordenador me mostró una carpeta que llevaba por título "Valente, Anahí".

La abro con premura, sintiendo como mis ojos adquieren esa posición de concentración que suelen tomar cuando algo les interesa. Se entornaron ligeramente y comencé a indagar en las inmensidades de aquel informe. Lo primero que observo es una foto de ella, por la cual deduje que no debía ser demasiado actual. Había algo diferente en la expresión de su rostro. No se le ve un color tan blanquecino. Diría incluso que está bronceada. Además, no hay rastro de las ojeras que ayer y hoy he podido ver marcadas bajo sus ojos. Su pelo tampoco está recogido despreocupadamente como hace unos minutos. Al contrario, lo lleva suelto y se ve bastante cuidado y brillante. Incluso, creo que su cara no está tan delgada como ahora. Sus pómulos no se ven tan definidos. Pero lo que más me llamó la atención, fue su sonrisa. Una sonrisa que en las tres ocasiones en las que nos hemos encontrado, jamás he visto ni por asomo. Ese pensamiento me lleva directamente a preguntarme, por qué su semblante se ve siempre tan serio. Tiene una sonrisa preciosa. ¿Por qué ya no sonrío?

Junto a la fotografía, puedo ver escrito su nombre completo y apellido; "Anahí Gabriella Valente". Al leerlo no puedo evitar sonreír y dar de cabeza. ¿Odiará tanto su segundo nombre, como yo detesto el mío?

A continuación, su fecha de nacimiento junto a la edad que debe tener: 26 años. Seguidamente, motivo del ingreso: Atentado contra su propia vida. Por supuesto que todo ello está bastante más profesionalmente redactado, pero mi mente es incapaz de leer tecnicismos en este momento. Simplemente necesito averiguar y contrastar lo antes posible, la información que obtuve anoche a través de internet. Finalmente, llego al diagnóstico y necesito volver a tomar aire antes de leer. Hago bien...

"Trastornos de la conducta alimentaria: Ortorexia y Anorexia nerviosa con

episodios bulímicos, ansiedad depresiva y agresiones físicas contra sí misma".

Esas palabras van siendo procesadas por mi cerebro a medida que mi estómago se contrae y todo lo leído hace un momento como certezas, se convierten en preguntas para mi mente. ¿Anorexia nerviosa? ¿Ortorexia? ¿Bulimia? ¿Ansiedad depresiva? ¿Agresiones físicas a si misma? ¿Anahí padece trastornos alimenticios? Pero... ¿Cómo? ¿Por qué?

Por algún extraño motivo, no soy capaz de asimilar esta información. Y es justamente ahora, cuando comprendo lo lejos que puede llegar mi ignorancia, si lo único que pasa por mi mente es; ¿Cómo una chica tan bonita y delgada, puede estar enferma de anorexia? Creo que esa es la pregunta que cualquier persona se haría y al mismo tiempo, es la más absurda que nos podemos hacer.

Sé de sobra, que un trastorno de este tipo no se trata simplemente de verse gorda o flaca frente a un espejo. Es algo que hay mucho más allá, una enfermedad mental con consecuencias físicas y emocionales. Algo que no se soluciona simplemente con medicamentos o terapias. Es algo que debe estar tan escondido en su interior, que probablemente sea imposible llegar ahí, hasta que ella lo permita.

¿Qué puede haberla llevado hasta ese punto?

Me descubro sintiendo miedo y una ansiedad interior provocada por el mismo. Quizás en este momento, hubiera deseado que la noticia de ayer fuera cierta. A lo mejor, habría sido más fácil tratar un problema de adicción a las drogas, que una enfermedad como la anorexia, tan compleja y tan carente de respuestas. Lo único de lo que estoy segura, es de que siento un torbellino de emociones en mi estómago, que ni siquiera sé explicar bien. Y lo peor es que empiezo con mal pie, si me dejo afectar tanto por el primer historial, del primer paciente que leo. Definitivamente, no sé en qué maldito momento se me ocurrió escoger esta profesión.

En realidad, sí. Lo sé. Recuerdo perfectamente aquella mañana en la que tuve que tomar la decisión más importante de mi vida hasta ahora. Estaba en mi antiguo cuarto, de la casa de mis padres. Sentada en mi escritorio, como mismo me encuentro ahora. Pero en aquella ocasión, en vez de la pantalla de un ordenador, observaba a través de la ventana, los árboles que adornaban aquel jardín que tan cuidadosamente ha creado mi madre a lo largo de los

años. Tenía dos opciones sobre aquella mesa; estudiar Trabajo Social en la universidad de mi ciudad, permaneciendo en la misma casa, en el mismo barrio y viendo cada día a las mismas personas, durante los próximos cuatro años. O en cambio, optar por la carrera de Psicología, en la universidad de la capital. Independizarme con la ayuda de mis padres y comenzar a volar con mis propias alas, cosa que siempre había querido.

Para ellos, mis padres, la mejor opción era Psicología, pues encontraban que tendría un mejor futuro en esa profesión. Para mí, el Trabajo Social era lo que más me acercaría a la gente. Al fin y al cabo, eso era lo que quería, ayudar al mundo. Cambiar las cosas.

Entonces... ¿Qué me hizo decidirme por la segunda opción?

Probablemente, esas ganas de volar fueron las que me alentaron para irme a la gran ciudad, con la intención de comenzar, lo que yo creía que sería mi vida. Total, al final se supone que terminaría ayudando a la gente de alguna u otra manera.

No me fue nada mal. Estos cuatro años transcurrieron a una velocidad asombrosa. Dedicué mis días a estudiar cada asignatura de la carrera y en mis ratos libres, continué aprendiendo música y fotografía, eso que realmente me llena, al mismo tiempo que fui realizando trabajos de media jornada, para no depender tanto de la ayuda de mis padres. Supongo que gracias a todo ello, conseguí el equilibrio necesario para afrontar con fuerza mi nueva vida y sacarla adelante. Pero lo cierto, es que a pesar de superar cada asignatura con buenas calificaciones y aprender todo lo que esos libros trataban de enseñarme, yo tenía una concepción de la vida bastante diferente a la que pretendían inculcarme. Quizás por eso nunca he llegado a identificarme plenamente con esta profesión en la que, efectivamente, es todo muy coherente, muy racional. Mientras que yo, soy completamente todo lo contrario. Una rebelde, cuyo sueño siempre ha sido escribir y vagar por el mundo en busca de aquellos momentos perfectos, dignos de capturar para siempre en el interior de mí cámara.

—¡Dulce! —interrumpió una voz consiguiendo que me sobresaltara y automáticamente saliera de mi propio mundo interior.

Cuando alcé la cabeza pude ver a la doctora Andoni frente a mí, con los brazos cruzados sobre su pecho y el ceño fruncido de una forma en la que

parecía querer introducirse en mi mente.

—Doctora Andoni...

—Marta —corrigió —Perdona que haya entrado así, pero llevo minutos llamándote y no me hacías caso, dejaste la puerta entreabierta.

—No, discúlpame tú a mí, estaba completamente ausente.

—De eso ya me di cuenta —continuó sentándose frente a mí —¿Ocurre algo?

—Nada importante —le aseguré sonriendo para tranquilizarla, aunque sin querer dejé escapar un suspiro —Simplemente estaba recordando el momento en el que decidí estudiar esta carrera.

—¡Oh! ¿Ya comienzas a arrepentirte y apenas has pasado un día aquí?

—No es eso. Si en algún momento me hubiera arrepentido, te aseguro que no ha sido desde que conocí este lugar.

La doctora permaneció observándome en silencio, mientras mi mente hacía el intento de volver a viajar, cuando vi de nuevo la imagen de aquella chica en mi ordenador, junto a todo lo que había leído sobre ella apenas unos minutos antes. Y entonces las mismas sensaciones recorrieron mi cuerpo, llegándome a producir incluso un ligero escalofrío.

Volví a mirar hacia Marta Andoni, que en ningún momento había abandonado su posición y me hacía entender que de alguna forma, trataba de analizarme.

—Parece que me estás analizando —me atreví a decir con la única intención de romper ese incomodo silencio.

—Es lo que intento, ya que eres una chica de pocas palabras.

—Soy de pocas palabras. Pero si quieres saber algo... —sonreí encogiéndome de hombros —No tienes más que preguntarlo.

—Lo mismo te digo. Porque tengo la ligera impresión de que quieres preguntar algo y no te atreves... ¿Me equivoco?

Su afirmación me hizo fruncir el ceño automáticamente, cosa que la hizo sonreír. Al final iba a ser verdad que es capaz de leerme la mente.

—No —confirmé —Extrañamente, no te equivocas. Me gustaría saber algo.

—Soy toda oídos.

Dudé algunos segundos, hasta que finalmente, entendí que la incertidumbre no me iba a dejar tranquila.

—Verás... estaba aquí, leyendo el informe de... Anahí Valente. —me detuve un momento para observarla, después de haber sido tan obvio el tono de duda en mi voz. No quería demostrar un excesivo interés en esa paciente, ya que no era la primera vez que preguntaba por ella. Pero al mismo tiempo, necesitaba saber. Conocer todo lo que no decía en ese informe. La expresión de Marta, no cambió ni un ápice en cuanto pronuncié el nombre de la chica, cosa que me ayudó a continuar con más normalidad. —¿Anorexia y bulimia?

—Así es —confirmó asintiendo y consiguiendo que un hormigueo nada agradable ascendiera por mis esófago. Supongo que aún tenía la esperanza de que no fuera cierto —Por eso ayer, cuando llegamos hasta ellas, la enfermera María, estaba en la lucha diaria e inútil de conseguir que se comiera su almuerzo.

—Siento haberme entrometido —me disculpé realmente apenada —No sabía que padeciera ese trastorno. Y aunque lo supiera, lo cierto es que no tengo ni idea de cómo debe tratarse.

—No te preocupes por eso —sonrió —Los trastornos de la conducta alimentaria, son una enfermedad muy complicada. Y si te soy sincera, probablemente nadie sepa la pócima secreta para tratarla. Sobre todo cuando el paciente no pone absolutamente nada de su parte, como es el caso de Anahí. De esa forma, es prácticamente imposible, así que cualquier nueva idea u opción, siempre será bienvenida.

—Pero... ¿Por qué está aquí? Quiero decir... Esta residencia es para otro tipo de enfermedades. ¿No debería estar en un centro especializado en trastornos alimenticios?

—Debería. Y seguramente sea la mejor opción para ella, ya que dispondría de profesionales especializados en ello, no solo Psicólogos, sino también nutricionistas y personas que padecen lo mismo que ella. Pero si Anahí llegó a parar a este lugar, no fue tanto por su enfermedad, sino por su intento de suicidio. De hecho, creo que fue una decisión tomada entre su médico y su padre, sin barajar ninguna otra opción.

—¿Puedes contarme... como sucedió? —el tono de duda y miedo en mi voz, resulta demasiado evidente —¿Qué fue lo que hizo para... tratar de acabar con su vida?

—Ingirió 26 pastillas, nada más y nada menos. 26 antidepresivos de una sola sentada —sus ojos se abrieron enormemente mientras me informaba, consiguiendo que los míos reaccionaran de igual forma —Pero si lo que tú quieres saber es, qué fue exactamente lo que la llevó a eso, creo que sólo ella te lo podría responder. Aquí la única información que tenemos, es que hace aproximadamente un mes, ingresó en el hospital por una sobredosis de somníferos y antidepresivos. Por suerte, o por desgracia para ella, la encontraron a tiempo. Creo que ni siquiera había perdido la conciencia todavía. Aunque no estoy segura al cien por cien. El caso es que, le hicieron rápidamente un lavado de estómago y en cuanto estuvo recuperada, su padre decidió internarla en un centro donde continuamente estuviera vigilada, para asegurarse de que no pudiera intentarlo de nuevo. Junto a ella llegó su informe médico, en el que se detallan una serie de análisis que tienen un notable empeoramiento a lo largo de los últimos años. Pero según el mismo informe, no fue hasta el año pasado cuando diagnosticaron oficialmente; Anorexia nerviosa restrictiva y posteriormente, todo eso que acabas de leer. Aunque yo tengo la sensación, de que el comienzo de la enfermedad y su diagnóstico, están muy alejados en el tiempo.

—¿Y ella no ha dicho nada al respecto?

—No sabemos prácticamente nada de su vida antes del ingreso. Según lo poco que nos ha contado su novio, la vida de Anahí era bastante normal. Por otro lado, su padre, no es muy colaborador que digamos. Así que, es bastante difícil actuar con este panorama, cuando además, hemos intentado llegar a ella de todas las formas posibles, sin lograr absolutamente nada. Era sumamente importante que Anahí experimentara algún tipo de emoción los días posteriores al accidente; lágrimas, risa, cualquier sentimiento que la hiciera volver a sentirse viva... Pero eso no sucedió. No lo consiguieron sus amigos, su padre y tampoco su novio. Se niega a hablar o a dirigirse a cualquier persona que intente acercarse a ella. Ni siquiera mira al resto de seres humanos. Es como si ignorara la presencia de todo el mundo. Ya ha pasado un mes desde entonces y mientras más tiempo transcurra, más difícil será devolverle sus emociones. Así que, lo único que podemos hacer ahora mismo,

es vigilarla en todo momento para que no intente acabar con su vida de nuevo, procurar que ingiera algún tipo de alimento aunque sea una vez al día y por supuesto, no permitir que vaya sola al cuarto de baño, ni que tenga objetos peligrosos a su alrededor, ya sabes. —suspiró encogiéndose de hombros —Es muy complicado, por no decir imposible, tratar a alguien que se niega a sentir y desactivó el interruptor de sus emociones.

Me detuve unos segundos a pensar para analizar con cuidado cada palabra que acaba de decir Marta, y aunque mi cerebro las comprenda a la perfección, algo dentro de mí es incapaz de aceptarlo, ni asimilarlo.

—Pero... Pero eso no se controla ¿No? Quiero decir, ella no puede controlar lo que siente y lo que no siente. Es más, me resulta imposible creer que no sienta absolutamente nada, aunque sea en cuanto a sí misma.

—Dulce, en este momento, es como si Anahí no estuviera en el mismo plano que nosotras. Puede que físicamente lo esté, pero emocionalmente, es como si hubiera fallecido en vida. Los médicos consiguieron reanimarla y hacer que su corazón volviera a latir, pero ella no se tiene ningún aprecio a sí misma, ni a nada de lo que la rodea. Simplemente se desconectó... Se desconectó del mundo y lo que es peor... de la vida.

Aparté la mirada de la doctora, volviéndola a dirigir hacia la pantalla del ordenador, en la cual, seguía estando ella. Permanecí así unos segundos, observándola. Anahí es una de las chicas más bonitas que he visto en mi vida. Incluso el azul de sus ojos, es diferente al de cualquier otra persona que haya conocido con ojos azules. De hecho, creo que solamente hay una cosa más en el mundo que lleva ese color y que brille con tanta intensidad. No lo entiendo...Definitivamente, observando esta imagen, no soy capaz de entender qué pudo llevarla hasta ese extremo. Qué era aquello que la había convertido, en la mujer apagada que a día de hoy, camina sin rumbo por los pasillos de un centro de salud mental.

Dejé de observar la fotografía por un momento y descendí la mirada hacia mis propias manos, que permanecen apoyadas sobre el escritorio. Siento un extraño escalofrío recorrer mi piel, fruto de un sentimiento de tristeza y miedo desconocidos. Algo que no recuerdo haber sentido nunca. Al menos no por una persona a la que ni siquiera conozco, con la que jamás he cruzado una palabra. Siento una especie de impotencia y rabia, que me hacen suspirar mientras

niego ligeramente con la cabeza.

—¿Te puedo dar un consejo? —Volvió de pronto la voz de la doctora, cosa que me hizo ascender la mirada nuevamente.

—Claro...

—No comiences a dejarte afectar por los problemas de los demás, Dulce. Porque si decides dedicarte a esto para siempre, tendrás que escuchar muchísimas historias tristes a diario. Y no me gustaría en un futuro, verme en la obligación de reservarte una plaza en La cascada porque te hayas vuelto completamente loca.

Dijo esto último guiñándome un ojo con complicidad y yo no pude hacer más que sonreír y asentir. Al fin y al cabo, ella tenía razón. Esto no ha hecho más que empezar, y yo ya me estoy sintiendo mal por una persona a la que no conozco. Pero lamentablemente, no puedo evitarlo y aunque no la conozca, hay algo...algo en Anahí, que no soy capaz de explicar.

—¡Ey! —exclamó, sobresaltándome —Me va a resultar más complicado de lo que creía mantener una conversación contigo. No pasan ni dos minutos y ya estás ausente de nuevo, pensando en quien sabe qué.

—Lo siento... Lo siento mucho. Es algo que a veces no puedo controlar.

—Tranquila —sonrió con cierto atisbo de ternura —Solo bromeaba para que volvieras a la Tierra. Intuyo que no eres así siempre, sino cuando algo te preocupa de verdad. Pero bueno, ya tendremos tiempo de que me des la razón. Lo cierto es que vine para buscarte.

—¿A mí? ¿Necesitas que te ayude en algo?

—Sí. Acostumbro a hacer una ronda por las habitaciones de los usuarios algunas veces a la semana, desde primera hora de la mañana. Me gustaría que vinieras conmigo hoy, para que vayas conociendo cada historia, cómo funcionamos, las tareas a realizar cada día y de paso puedes comenzar a hacerte una idea de hacia dónde quieres encaminar tu proyecto final.

—Mi proyecto... —recordé de pronto —Casi lo había hasta olvidado.

—Bueno, aún tienes bastantes meses para desarrollarlo. Pero sé por experiencia, que cuanto más pronto tengas claro el tema que quieres desarrollar, antes podrás comenzar y disfrutarlo sin agobios

—En eso tienes razón. Además, me gustaría conseguir resultados reales, aunque sean insignificantes. Quiero contribuir aquí y hacer algo por ellos. No simplemente limitarme a obtener una calificación positiva más para el final de mi carrera. Gracias, doctora Andoni —le sonreí con complicidad e incluso algo de confianza para "molestarla".

—Entonces... ¿Quiere acompañarme, doctora Andrade?

—Por supuesto.

Con una sonrisa, ambas abandonamos el despacho para dirigirnos hacia la planta de habitaciones.

El resto de conversaciones fueron sobre temas relacionados con el centro y su funcionamiento. Conocí cada dormitorio, así como a los pacientes que en ellos habitan, y que aún no habían decidido salir al jardín. Algunos se encontraban muy sonrientes y otros, sumidos en su propio mundo. Marta se encargó de hacerme un breve resumen sobre el historial de cada uno, explicándome qué tipo de enfermedades padecen.

Me llamó poderosamente la atención, la historia de un señor de avanzada edad, que cuando entramos en su habitación, lo encontramos de pie junto a la ventana, observando a través de ella las vistas del jardín. A su lado había una mujer, de unos pocos años menor que él, aparentemente.

Ella simplemente lo miraba, mientras él parecía completamente concentrado en el paisaje, ajeno a cualquier cosa que ocurriera a su alrededor. Marta, se acercó para hablarle amablemente, y con ayuda de la enfermera, comenzaron las revisiones que debía hacerle. Sin embargo, yo sentí la necesidad de acercarme a aquella entrañable mujer, que no apartaba de su rostro esa sonrisa cansada que poseía.

—¿Necesita usted algo? —le pregunté arrodillándome a su lado.

Ella, ladeó su rostro para encontrarme. En ese instante, pude ver el paso implacable de los años, en las arrugas del mismo. Había cansancio en su expresión, pero también pude distinguir un brillo intenso que iluminaba sus ojos. Me recordó tanto a alguien, que le sonreí, como si la conociera de mucho tiempo atrás.

—No... —respondió con una voz plagada de dulzura, volviendo la vista al señor —Tengo todo lo que necesito.

Jamás había visto a una persona mirar a otra de esa forma, con ese brillo, con esa admiración. Entonces entendí lo que ocurría.

—¿Es su marido?

—Mucho más que eso —sonrió volviendo su mirada hacia mi —Ese hombre que ves ahí, es el amor de mi vida.

Después de corresponder a su sonrisa, dirigí mi mirada hacia él por un instante. Mi cabeza había comenzado a analizar esas palabras, mientras observaba la interacción entre la doctora y el paciente.

—¿Existe alguna diferencia en ello? —pregunté casi sin pensar y volví a mirarla.

—Bueno, hay personas que deciden casarse con alguien que no es el amor de su vida. Y otros que viven eternamente junto a al amor de su vida, sin llegar a casarse, ¿No crees?

—Tiene usted razón —asentí sonriendo.

—La juventud de hoy en día suele confundir ambos términos, llegando incluso a olvidar lo que significa amar de verdad.

—Bueno, quizás es que hacen falta demasiados años para saber si alguien es o no, el amor de tu vida. Ese que dura para siempre, ¿No? Las personas hoy en día no están dispuestas a esperar tanto. Incluso nos equivocamos con bastante frecuencia.

—Yo lo supe desde el primer segundo en que lo miré a los ojos —aseguró captando aún más mi atención —El matrimonio, los hijos y todo lo que vino después, no fue más que una confirmación de eso que mi corazón me anticipó, cuando lo miré por primera vez. Y te aseguro que también me equivoqué en más de una ocasión. Dudé y me pregunté un millón de veces, si la lucha merecía la pena. Pero al final, cuando dos personas desean pasar juntos toda su vida, tarde o temprano, lo consiguen, sin que nada más importe ¿Alguna vez te has enamorado?

Por un momento no supe qué responder y los segundos de silencio lo hicieron notable.

—Lo cierto es que no estoy segura.

Ella sonrió, como si estuviera frente a una niña inocente a la que tenía que explicar el funcionamiento de la vida. Cosa que también me hizo recordar la cantidad de años que han pasado desde la última vez que alguien me miró así.

—Si hubiera ocurrido, lo sabrías con certeza. —aseguró llevando una de sus manos hacia mi mejilla para acariciarme —Así que, cuando lo hagas... No temas. Te aseguro que a veces puede ser muy complicado, muy difícil y con obstáculos que te hacen querer tirar la toalla. Cuando sientas eso, ponte una mano en el corazón y si sientes que los latidos de éste, traspasan tu pecho con fuerza, créeme que entonces valdrá la pena. Porque el amor, en todas sus formas, es el único sentimiento capaz de hacerte ver en cualquier momento, lo hermoso de la vida. Y prométete a ti misma, que siempre estarás junto esa persona. A su lado. Que siempre tendrás una sonrisa para ofrecerle. Prométete, que jamás te perderá —volvió la vista hacia su anciano esposo —Incluso cuando llegue a perderse a sí mismo.

Aquella mujer, después de un instante, volvió a dirigir su vista hacia mí y sonrió. Probablemente debió sorprenderse al encontrándome ligeramente emocionada. No sé si fueron sus palabras, la sabiduría que había en ellas, la pasión con que la que habla, o el amor que expresa a través de su voz y de sus gestos. O tal vez, es su forma de mirarme y de acariciarme, haciéndome sentir una dulzura en su manera de tratarme, que no había vuelto a experimentar desde la muerte de mi abuela. Me recuerda mucho a ella. Y también me recuerda cuanto la extraño.

—Así lo haré —le prometí —Doña...

—Rosa. Me llamo Rosa.

—Encantada, Rosa, yo soy Dulce. Y aunque ahora me tengo que ir, si en algún momento necesita cualquier cosa, estaré por aquí. No tiene más que llamarme y la ayudaré en lo que haga falta.

Ella asintió y volvió a agarrar mis mejillas, haciéndome sentir al instante la calidez de sus manos.

—¿Sabes, Dulce? Algo me dice que pronto encontrarás al amor de tu vida. Porque solo las personas que en el fondo de nuestro corazón, creemos en él, somos capaces de reconocerlo cuando llega. Y tus ojos me dicen que crees

realmente en él.

—¿Continuamos con la ronda, doctora Andrade? —la voz de Marta interrumpió, llamándome desde la puerta.

Ni siquiera me di cuenta del momento en el que había terminado y se dispuso a abandonar la habitación. Pero ahí estaba, esperando por mí. Así que, había llegado el momento de despedirme de la entrañable mujer.

Abandoné mi posición, poniéndome de pie y observando esos ojos llenos de cariño, deposité un cálido beso en su frente.

—Gracias... —susurré, recibiendo una sonrisa por su parte. Observo por última vez a su esposo, aún junto a la ventana, y salgo definitivamente de aquella habitación.

En pocos segundos me reúno con mi acompañante, cerrando la puerta del dormitorio a mi paso, y seguramente, aún con el pensamiento en las palabras de la señora.

—La viva imagen del amor ¿No es cierto? —escuché la voz de la doctora, mientras avanzábamos por el pasillo.

—¿Perdón?

—Doña Rosa y Don Enrique —aclaró — Toda una vida juntos.

—Sí. Ella lo mira como si... como si él lo fuera todo para ella.

—Supongo que debe serlo. No ha habido un solo día de estos años, en el que no haya venido a acompañarlo, Casi siempre es la primera en llegar y la última en marcharse. A veces nos preocupamos demasiado por ella y le sugerimos que debe hacer su vida y que no puede estar todo el tiempo metida aquí. Pero ella nos mira como si fuéramos unos ilusos, —sonrió —nos sonríe y responde que si supiéramos a la hora que se despierta, entenderíamos que sus días dan para mucho. Y que, a partir de cierta hora, en su casa estaría perdiendo el tiempo frente al televisor, sola. En cambio, aquí tiene la posibilidad de hacer lo que siempre solían hacer juntos; compartir el silencio aunque cada uno estuviera haciendo lo suyo. Acompañarse. Además, dice que también le gusta el jardín y que los jardineros le dan muchas ideas para mantener bonito el de su casa. Me pregunto a qué hora se levanta esa mujer, para que pueda dedicarse a tantas cosas sin descuidar ninguna.

—¿Qué le ocurre?

—¿A Don Enrique? —asentí, esperando respuesta —Alzheimer. Por momentos no recuerda absolutamente nada de su vida, ni de sí mismo.

Entonces volví a recordar las palabras de la señora, "Prométete que jamás te perderá, Incluso cuando llegue a perderse a sí mismo" Y las entendí.

—Jamás la perdió... —repetí en voz alta.

—¿Cómo?

—Que él no recuerda nada. Ni siquiera a ella o a sí mismo, y aun así, jamás ha dejado de acompañarlo. A pesar de saber, que no va a recibir absolutamente nada a cambio.

—Supongo que piensa, que su amor es la única forma de lograr que no se sienta solo, en medio de la soledad que significa haberse perdido a sí mismo.

Simplemente pude asentir. Me quedé sin palabras, porque no considero que se pueda decir demasiado, ante una situación así, con una historia como esa. Son ese tipo de personas, las que realmente tienen mucho que enseñar al mundo. Y ese mundo, incluida yo, deberíamos aprender de ellas.

Marta observó el reloj de su muñeca. Cosa que me hizo pensar en la posibilidad de que tuviera prisa, y sobre todo, me hizo recordar que existe el tiempo, aunque para mí, esté tomando un sentido extraño. Ni siquiera sé qué hora es, ni cuánto tiempo llevamos andando por esas habitaciones.

—Es la hora del almuerzo —informó como si hubiera leído mi mente..

—Vaya, creo que el tiempo transcurrió demasiado rápido.

—Eso es buena señal, quiere decir que no te aburraste durante la ronda.

—¡Para nada! —exclamé sorprendida porque pudiera siquiera pensarlo —Es más, gracias por permitirme acompañarte. Ahora me siento un poco menos perdida aquí dentro.

—Y apenas es tu segundo día. Te estás adaptando mejor de lo que esperaba. Quizás descubras que esta profesión te gusta más de lo que creías.

Esas palabras me obligaron a alzar una ceja mientras cruzo los brazos sobre mi pecho.

—¿Por qué das por hecho que no me gusta?

—Te dije que suelo captar rápido a las personas, Dulce. Eres bastante diferente a cualquiera de los alumnos en prácticas que he visto pasar por aquí. Y se ve a leguas que la psicología no es tu gran pasión. Pero al mismo tiempo, creo que tienes una humanidad muy potente y quizás en algún momento, logre encontrar el equilibrio con la parte profesional para que puedas aprender a disfrutarlo. Llegando incluso a descubrir en esto, una vocación.

—No sé si logre hacerlo tanto como tú —sonreí —Porque mucho tienes que amar esto, para conseguir psicoanalizar a las personas con tan solo mirarlas. No deja usted de sorprenderme, doctora Andoni.

—Eso es un don —alardeó guiñándome un ojo, a lo que respondí sonriendo mientras negaba con la cabeza —Dulce, tengo que salir un momento para organizar unos asuntos de papeleo horriblemente aburridos. Así que hoy no almorzaré en el centro. No sé si te lo llegué a decir en algún momento, pero solemos reunirnos en la cafetería, donde Carmen realiza unas comidas deliciosas, ya verás. Si quieres te acompaño antes de irme y te quedas allí con el resto de compañeros, o también puedes almorzar en el jardín, en tu despacho... donde quieras. Aunque esto último no te lo recomiendo. Al principio lo hacía para adelantar trabajo y después de unos meses, me di cuenta que esa hora de descanso, es absolutamente necesaria para entablar relaciones con la humanidad y despejar un poco la mente.

—Me lo puedo imaginar —dije sonriendo por su comentario —Pero no es necesario que me acompañes, ve a hacer lo que tengas que hacer. Seguramente ahora mismo voy a comer, porque ya estoy empezando a notar el paso del tiempo en mi estómago.

—Está bien —aceptó riendo —Si necesitas cualquier cosa, pídeselo a alguno de nuestros compañeros. No soy la única simpática y agradable de este lugar, lo prometo. Que aproveches tu almuerzo, nos vemos en un rato.

Dicho esto y recibiendo una sonrisa por mi parte, Marta desapareció, rumbo a su despacho.

Yo, sin embargo, después de entrar también a mi oficina para coger el pequeño ordenador portátil, bajé a la cafetería del primer piso. Al entrar observo que aún no han llegado el resto de médicos y enfermeras, cosa que

agradezco. No tenía demasiadas ganas de reunirme con ellos ahora mismo. Y no es por salvaje, aunque pueda parecerlo. Es sólo que necesito un poco de espacio a solas. Mi momento, para asimilar todo lo que está sucediendo, procesarlo y continuar.

Carmen, la amable cocinera, me sirvió la comida en una bandeja para que pudiera trasladarla. Así que, abandoné la cafetería volviendo al pasillo, en el que puedo observar a mi derecha, los grandes ventanales que dan al jardín.

Avanzo unos pocos pasos y de pronto, siento mi corazón aumentar considerablemente el ritmo de sus latidos, cuando la veo a ella. Anahí, sentada en el mismo banco que el día anterior. Dando la espalda a este lado del pasillo, porque la tiene apoyada en la barra lateral del banco, con las piernas sobre el mismo y las rodillas flexionadas. Puedo distinguir que tiene un libro entre sus manos. Algo en el interior de mi cuerpo, me ordena que comience a caminar con sigilo en su dirección. Siento un aire frío en cuanto accedo al jardín, aunque el sol está irradiando con fuerza por cada espacio. Pero no es un frío atroz, ni molesto. La temperatura es agradable.

Llego hasta ella en cuestión de segundos y entonces, viene la parte más difícil... Qué hacer o qué decir. Permanezco unos instantes observándola, esperando que mi mente decida si voy a hablar, o por el contrario, pretendo sentarme sin decir nada. Me parece un poco maleducado tomar directamente la segunda opción, pero al mismo tiempo, sé que probablemente, no va a servir de nada dirigirle la palabra. Porque sumida en su lectura, ignora por completo mi presencia. No obstante...

—Hola, Anahí... —comienzo algo nerviosa —Sé que probablemente quieras estar sola, o quizás te dé absolutamente igual si estoy aquí o no... Pero lo cierto, es que no tengo muchas ganas de almorzar en la cafetería con el resto de médicos. Y por tu capacidad de concentración en ese libro, parece que aquí se está bastante bien. Así que, voy a sentarme contigo. Pero... si en algún momento te incomoda mi compañía, házmelo saber y simplemente, me iré.

Finalicé mi pequeño y solitario discurso, esperando que, aunque sea con una mirada, me indique si está de acuerdo o no. Pero transcurrieron segundos, y el único movimiento que esa chica hizo, fue el de pasar la hoja de su libro para continuar leyendo la siguiente. Así que, sin más dilación me senté en el otro extremo del banco, subiendo mis piernas para quedar frente a ella. La volví a

mirar una vez más, descubriéndome nuevamente ignorada. La veo tan sumida en su lectura y ajena al mundo, que casi sin darme cuenta y por alguna extraña razón, sonrío... Sonrío mientras la observo y siento que no importa si ella ignora mi presencia o no. En este momento, lo único que deseo es acompañarla. Porque quizás ahora, no somos tan diferentes la una de la otra. Ambas buscamos una especie de tranquilidad a la que algunos llaman, soledad. Es ahora, cuando comienzo a descubrir y entender, que puede existir, la soledad en compañía.

Una hora más tarde, me encuentro llamando con insistencia a la puerta del despacho de la doctora Andoni. Acabo de descubrir algo. Una especie de revelación sobre mí misma. Y no es precisamente porque haya ocurrido nada relevante durante esa hora, en la que después de almorzar, simplemente comencé a escribir unas líneas en el ordenador. No, pero necesito hacerlo. Por alguna extraña razón, necesito comenzar de inmediato, con aquello a lo que vine a este lugar.

—¡¡Adelante!! —escuché que decía desde el otro lado.

Abrí apresuradamente la puerta y antes incluso de llegar hasta ella, mis labios comenzaron a dejar escapar sonidos en forma de palabras.

—¿Puedo hacerlo sobre ella?

Marta, que se encontraba concentrada escribiendo algo en un papel, alzó la vista para mirarme confundida.

—¿Hacer el qué, sobre quién? —preguntó divertida al ver cierto temor en mi actitud.

—Mi proyecto —aclaré —¿Puedo hacerlo sobre ella?... ¿Sobre Anahí?

De pronto, se creó un momento de silencio, durante el cual, ella sólo me observa, tratando de descubrir algo en el fondo de mis palabras. Siento mi pecho agitado y mi respiración acelerada, a causa de la carrera con la que llegué hasta aquí. Pero su silencio parece estar durando más de lo debido.

—¿Estás segura de eso? —me preguntó por fin.

—Completamente.

IV

Correr por las calles de mi pueblo, me transporta directamente a la infancia. Y no precisamente porque cuando era una niña, me dedicara a hacer deporte a primera hora de la mañana. No, pero aun así, la sensación no es demasiado distinta de aquellos momentos en los que solía salir a pasear, bajo unos auriculares, acompañada por mi más fiel y mejor amiga, la música. Pero si algo diferencia aquellos años de este momento, es que ahora, mi más fiel y mejor amigo, es White.

El pequeño cachorro, corre como un loco por delante de mí, olfateando todo a su paso. Apenas es capaz de alejarse unos metros antes de alzar su cabeza buscándome y retroceder hasta llegar a mi altura. Da un par de vueltas a mí alrededor y vuelve a adelantarse, para repetir el mismo movimiento una y otra vez durante estos diez kilómetros.

Es un domingo bastante tranquilo. El pueblo está completamente en calma y apenas se ven coches en movimiento. También puede ser debido a que la única que decidió madrugar un domingo por esta zona, fui yo. Pero sin duda, era algo que necesitaba. Comenzar el día corriendo, es la única forma de ganar energía, para afrontar el resto del día junto a mi familia. Y además, desde que White me acompaña, he descubierto que es un deporte mucho más relajante de lo que creía.

Llego a mi casa al cabo de aproximadamente una hora. Abro la puerta con sigilo, intentando no despertar a nadie.

—¿Dulce, eres tú? —pregunta mi madre desde la cocina, haciéndome entender que mis intentos fueron en vano.

Siempre he tenido la impresión de que mi madre es la primera persona del pueblo en despertar.

—¡Si, mamá!

Al recibir la respuesta, asoma su cabeza por el umbral de la puerta, mientras White pasa a su lado jadeando, en busca de agua.

—¿Era absolutamente necesario que trajeras a tu perro? —lo observa de reojo.

—Indiscutiblemente. Es un ser vivo. Necesita que lo alimenten y que lo saquen a pasear.

—¿Y no podías encargárselo a ninguna amiga?

—¿Cómo crees que voy a dejar a mi muñeco precioso con alguien más?
—pregunté recibéndolo de vuelta, con cariñosas caricias —Claro que no, ¿Verdad, pequeño?

—Creo que desde que adoptaste a ese perro, te relacionas todavía menos con la humanidad. Si es que eso era posible.

Alcé la mirada dispuesta a contraatacar. Pero descubrí a mi madre con los brazos cruzados sobre su pecho y muy seria después de haber expresado su opinión. Por lo que simplemente, me limité a suspirar para calmar mis impulsos.

—¿Recuerdas que soy psicóloga? Trabajo con personas... ¡todo el tiempo!

—No es lo mismo trabajar que relacionarse, Dulce. Deberías... no sé, ¡buscarte un novio! ¡Sí! Ya va siendo hora de que decidas compartir tu vida con alguien ¿no crees? No serás una veinteañera toda tu vida.

—Mamá... —volví a suspirar, esta vez hasta con una sonrisa incrédula
—Compartiré mi vida con alguien, cuando encuentre a la MUJER indicada ¿De acuerdo? Por si ya se te había olvidado, que supongo que no, me gustan las ¡MUJERES! Y ya... —continué dirigiéndome hacia las escaleras —Me voy a mi cuarto, porque en dos minutos consigues que recuerde por qué motivo, no vengo más a menudo a pasar el fin de semana en casa.

Sin más, abandono el lugar, siendo seguida por White y dejando a mi madre prácticamente con la palabra en la boca. Esta mujer tiene la gran habilidad de lograr exasperarme con tan solo abrir la boca.

Al llegar al dormitorio, mi cachorro corrió a acomodarse en la pequeña cama que tenía a los pies de la mía. Ahí permaneció echado, mirándome con cierta expresión de lo que yo interpreto como comprensión.

—No te preocupes, en unas horas más volveremos a casa, —le informé recibiendo un ladrido como respuesta.

—Cada vez aguantas menos tiempo aquí ¿eh?

Me doy la vuelta muy rápido, al escuchar la voz de mi hermano pequeño, Daniel, y lo encuentro apoyado en el umbral, con su eterna y pícaro sonrisa.

Daniel siempre fue mi cómplice, a pesar de lo que casi siempre ocurre cuando tienes un hermano pequeño (hombre), que suele creerse el "jefe indio" de la familia y quiere pasar por encima de ti, aunque sea un renacuajo. Él también atravesó de puntillas esa época, no lo voy a negar. Pero quizás el hecho de que yo, la mayor parte del tiempo, trataba de ignorar lo que había a mi alrededor, sumiéndome en mi propio mundo, provocó que sus esfuerzos por ser parte del mismo, aumentaran. Y con ello, la típica "competencia" que existe entre hermanos con poca diferencia de edad, desapareció. Aunque también, puede haber influido el hecho de que somos muy diferentes. Con lo cual, nunca hemos tenido nada por lo que competir y nos complementábamos de una forma especial. Ni siquiera nos atrae el mismo tipo de chicas, y eso que a él le gustan casi todas.

—¿Y te sorprende? —pregunto sonriendo con resignación.

—Sinceramente, no. Siempre has sido... ¿Cómo definirte? —preguntó mirando hacia arriba —Un alma libre. Y mamá nunca ha sabido respetar tu espacio.

—No... Definitivamente, para nuestra madre nunca seré lo suficientemente buena.

—Eso tampoco es cierto, Dul. Ella está muy orgullosa de que hayas conseguido sacar adelante tu carrera llevando una vida independiente y sin recibir prácticamente ayuda.

—Ella se enorgullece de lo que ella quería que consiguiera, Dan. No de lo que en realidad soy. Quiere que sea la mejor psicóloga, la mejor mujer, la mejor esposa... de un buen hombre. Nunca se interesó por lo que realmente me hacía feliz y desde luego, nunca perderá la esperanza de que algún día, me gusten los hombres. Créeme que me encantaría pasar más tiempo aquí, contigo, con papá. Pero cada vez que vengo, siento como si todo el tiempo tuviera que estar defendiendo lo que soy. Y te aseguro que eso es realmente agotador.

—Si te sirve de consuelo, yo si estoy orgulloso de lo que eres, de cómo eres y de lo que has conseguido por ti misma. Siempre has sido la hermana

valiente.

—Tú también eres valiente. Un poco más cómodo, pero valiente. Además, aquí te va bien ¿no? Tienes todo lo que quieres.

—Sí. Hasta ahora no me quejo —se encogió de hombros —Pero me gustaría que mi hermana, pasara algo más que dos días en casa.

—Ya sabes que no me voy por mamá, a pesar de todo. Pero mi fin de semana termina hoy y mañana tengo que volver al trabajo temprano.

Dan asiente con la cabeza y entra definitivamente en la habitación, dirigiéndose hacia mi cama para sentarse en ella. Ahora, observándolo zarandear el pelo de White mientras este muerde juguetonamente sus manos, me alegro de nunca haber querido llamarlo "Dani". Siempre odié ese diminutivo y no me arrepiento de ello, porque al ver cómo ha crecido, me parecería ridículo llamarlo así en este momento. Mi pequeño y revoltoso hermano, se ha convertido en un hombre. Y tengo la impresión de que eso sucedió durante los últimos cinco años. Cuando me marché, seguía siendo un niño ¿Cómo es posible? El único que siempre lo llamó y llamará "Dani", es nuestro padre. Porque mamá, asegura que bastante le costó poder llamar "Daniel", a uno de sus hijos, como para estar abreviándole el nombre. Además, toda nuestra vida ha luchado porque el mundo entienda, que el nombre de mi hermano lleva la fuerza de acentuación en la primera sílaba y no en la última. Vamos, que a ella le gustaba la versión americana del nombre y se niega rotundamente a que lo llamen de otra forma. Siempre me reía mucho con esas discusiones, porque él simplemente se encogía de hombros, dando a entender que le era absolutamente indiferente dónde acentuaran su nombre, y ella parecía estar presenciando el fin del mundo. Mi madre es así, tremendamente exagerada y algo controladora. Quiere que todo y todos, sigamos sus normas.

—¿Y cómo te está yendo en tus practicas? —volvió a preguntar mi hermano, trayéndome de vuelta al presente.

No pude evitar detenerme unos segundos a observar por la ventana antes de responder. En cierto modo, venir a pasar el fin de semana en casa, había sido un fallido intento de mantener mi mente ocupada y olvidar un poco todo lo que

tuviera que ver con "La cascada" y mi trabajo allí.

Pero definitivamente, el suspiro que lanzo al aire, confirma que no había funcionado en lo más mínimo.

—Bien... —respondí simplemente.

—¿Ah sí? Pues ese suspiro no está demasiado de acuerdo.

—Me va bien. Tengo compañeros excelentes, una jefa que te encantaría y un equipo de trabajo muy bueno...

—¿Pero...? —interrumpió alzando una ceja.

—Pero nada. Simplemente que me está costando bastante más de lo que creía, olvidar todo aquello cuando tengo días libres.

—Bueno, quizás sea normal, ¿No? Sólo llevas dos meses trabajando ahí. Al principio querrás salvar al mundo, pero con el paso del tiempo, tú misma tendrás que poner la línea que limita el trabajo, de tu vida.

—Supongo —volví a suspirar —Además, estoy aprendiendo muchísimo. Creo que ni siquiera durante los cuatro años de carrera aprendí tanto.

Daniel asiente, pero continua mirándome, como si eso le importara un pimiento y quisiera saber algo más.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo que no me estás contando?

—No lo sé —sonreí encogiéndome de hombros —A lo mejor eres un psicólogo frustrado.

—¿Ves? Y te defiendes con sarcasmo. Eso es que tengo razón. Además, mi "sexto sentido masculino", me dice que tiene que ver con una mujer.

Permanezco en silencio, observándolo con los ojos entrecerrados, esperando que esa mirada sea lo suficientemente amenazante, para que mi hermano entienda, que la conversación debe cambiar de rumbo. Pues nunca me ha gustado demasiado hablar sobre mí. Ni siquiera con él. Al menos, cuando estoy pasando por ese proceso en el que no me entiendo ni yo misma.

—¡Está bien, está bien! —exclamó levantándose y dirigiéndose hacia la puerta —Algún día, llegará alguien, que rompa ese caparazón de mujer reservada inquebrantable que tienes.

No pude hacer más que poner los ojos en blanco y sonreír mientras lo veo

marchar sacándome la lengua triunfante. Entonces observo a White, que me recibe con su mirada atenta e inocente.

—Tú eres ese alguien, ¿verdad?

Él emitió un pequeño ladrido como respuesta y sonreí satisfecha. Pero seguidamente, mis ojos hacen un recorrido por toda la habitación. Ésta es la que, durante tantos años me había refugiado por horas. Mi cuarto era mi segundo lugar favorito del mundo. Es el lugar donde viví mi niñez y mi adolescencia, donde me dedicaba a escribir, a componer, donde hice mis primeras fotos desde la ventana. Donde elevaba tanto el volumen de la música, que era capaz de sentirme en otro mundo.

No fue fácil crecer en una familia, donde todo el tiempo esperaban algo de mí, con lo que no me identificaba. Siempre sentí que por mucho que hiciera, mi madre jamás tendría suficiente. Siempre iba a esperar un poco más. Eso, por no mencionar su creencia, de que mi orientación sexual, no era más que parte de la rebeldía que me caracterizaba. Sé que hoy en día, aún mantiene esa esperanza. Por ese motivo, no frecuento mi pueblo tanto como me gustaría. Adoro a mi hermano y a mi padre, y los extraño continuamente al pasar tanto tiempo lejos, pero cuando la ocasión me lo permite, prefiero invertir mis días libres en la casa del lago. Mi lugar favorito del mundo. Ese sitio, sí que define a la perfección lo que es y siente, Dulce Andrade.

Recuerdo cuando solía viajar allí en vacaciones, para visitar a mi abuela. Adoraba pasar los días con aquella entrañable y sabia mujer, que lejos de estar apagada y sin fuerza, a causa de la edad, siempre me pareció un ser humano lleno de vida. Ella me daba los mejores consejos que alguien me podía dar. Y siempre sentí que me aceptaba y me quería, tal como soy. También fue gracias a ella, que me llegó ese momento de por fin aceptarme a mí misma. Ella fue mi fuerza entonces. Y es gracias a su recuerdo, que nunca he necesitado la aprobación de nadie, ni siquiera la de mi madre. Mi abuela, era un ser especial que sabía ver el corazón de las personas, y en mi caso, tenía una extraña habilidad para descifrar lo que sentía en cada momento. Cómo la extraño.

Seguramente, ahora mismo, ella tendría la palabra indicada para hacerme sentir mejor en cuanto a lo que me está ocurriendo, o al menos, sé que se esforzaría para que dejara de hacerme preguntas y de exigirme tantas

respuestas a mí misma. Preguntas como; por qué cuando debía estar disfrutando de mi fin de semana libre, junto a mi familia, a la cual solo veo una vez al mes, mi mente no deja de pensar qué estará ocurriendo en "La cascada". Cómo se encontrarán los usuarios, y sobre todo, cómo habrá transcurrido el fin de semana para ella... para Anahí.



Las puertas del ascensor se abren en el primer piso de este centro de salud mental, como cada mañana de los últimos dos meses. Exactamente igual que aquel primer día en el que comenzaba nerviosa mis prácticas.

Desde ese momento, todos los días, hago el mismo recorrido; me detengo en el primer piso y comienzo a avanzar por el pasillo, mientras los latidos de mi corazón se aceleran con cada paso. Es extraño, que siempre ocurra igual y que este órgano no se haya acostumbrado ya, a los acontecimientos. Me hace sentir como una adolescente nerviosa y llena de ansiedad.

Exactamente igual que en este momento, en el que lo siento golpear mi pecho con fuerza, a medida que avanzo y escucho los pasos de alguien acercándose. Puedo saber de quién se trata, porque si no, él no latiría tan rápido.

Es ella.

Apenas transcurren unos segundos, cuando la veo aparecer por una esquina. Contengo involuntariamente la respiración, mientras la veo aproximarse con su mirada al frente y comienza a llegarme el olor que desprende su cabello recién lavado.

Sonrío.

No puedo controlar esa sonrisa que se dibuja en mis labios cuando camina a mi lado, dejando el aire impregnado con su aroma y continua andando como si ignorara mi presencia. En el fondo, sé que no lo hace. Ella sabe que estoy aquí. Siempre ocurre igual, nos encontramos cada mañana a primera hora y no me dirige ni siquiera una mirada. Pero por algún motivo, ambas continuamos haciendo lo mismo cada día. Desde aquel primer momento, algo me hizo

querer que sea ella, lo primero que vea al llegar a trabajar y quiero ser yo también, lo primero que ella "vea" al comienzo de su día. Aunque sus ojos ni siquiera me miren.

Una vez volvió a desaparecer en la lejanía, continuo caminando hacia el ascensor, con una sonrisa y una sensación de bienestar que invade mi interior.

La extrañaba.

Curiosamente, la había extrañado mucho. Más incluso de lo que debería, y sé que es una locura, porque nunca he cruzado una sola palabra con ella, y desde aquella vez, nuestras miradas no se han vuelto tampoco a encontrar, a pesar de que sigo de cerca sus movimientos y actitudes. ¿Se puede extrañar a alguien con quien lo único que compartes es silencio? Ojalá tuviera la respuesta. Lo único de lo que estoy segura, es de que Anahí ya me resulta familiar. Es una parte importante de mi vida actual y también de mí. Es mi proyecto.

Entre tanto pensamiento, llego a la planta de despachos y antes de adentrarme en mi "guarida", decido ir al despacho de Marta para saludarla. En estos dos meses, nuestra relación se ha vuelto bastante estrecha. Además de mi jefa y compañera, se ha convertido en una buena amiga con la que puedo contar para cualquier cosa que necesite.

—¡Adelante! —escucho desde el otro lado, segundos después de haber llamado a la puerta.

—Buenos días, doctora Andoni.

—¡Doctora Andrade! —alza la cabeza para recibirme con una sonrisa mientras me guiña un ojo —¿Ya regresó usted de su visita familiar?

—Aquí estoy, lista para comenzar a trabajar.

—Eso suena como si realmente hubieras conseguido alejar el trabajo de tu mente durante el fin de semana. Cosa que seguramente no sea verdad.

—¿Te he dicho alguna vez que me recuerdas a mi hermano? —le pregunté alzando una ceja —Eres algo así como, su versión femenina. Debería presentarlos.

—¿Es guapo?

—No lo sé —me encogí de hombros confundía —Es mi hermano. Lo que sí puedo asegurarte, es que tiene éxito y es un mujeriego. Pero oye... —alcé una ceja como si acabara de caer en la cuenta de algo —Según mi última información, tú también jugabas en otro campo. En ese en el que los hombres tienen pocas oportunidades.

—Bueno, pero el amor puede llegar en cualquier momento y con cualquier apariencia, ¿no crees?

Frunzo el ceño durante unos instantes, pero una sonrisa no tarda en dibujarse en mis labios.

—La doctora Marta Andoni, siempre con la frase adecuada.

Ella simplemente sonrío y me observa durante unos segundos.

—Te has enamorado alguna vez, Dulce?

La verdad es que esa pregunta me coge desprevenida, es la segunda vez que me la hacen en este lugar y es también, la segunda vez que me encuentro sin saber qué responder. Rápidamente intento hacer un retroceso con mi mente, para recordar a todas las personas con las que he mantenido una relación, o lo más parecido a esta, En especial, a una de ellas. Alguien de quien en su momento, creí estar enamorada. Aunque ahora, años más tarde, no lo sé.

—Probablemente no.

—¿Y eso por qué? ¿Ninguna de las chicas con las que has estado, te llenaban completamente?

—"Llenar" no creo que sea la palabra adecuada, porque cada persona es diferente y todas tenemos algo que aportar. Pero digamos que... siempre he tenido la capacidad de elegir.

—¿Elegir qué? —preguntó alzando una ceja —¿Mujeres?

—No —negué sonriendo —Quiero decir que, cuando una chica me gusta y yo le gusto a ella, siempre he tenido voluntad para elegir si quiero seguir adelante o no. Si deseo que esa atracción del principio, se convierta en algo más, ¿entiendes? Pero, yo creo que existe un amor, en el que esa capacidad de elección se esfuma. Cuando aparece esa persona en tu vida, te sumerges en una corriente que sin darte cuenta, te arrastra. Al principio no razonas, no piensas, no eliges... Simplemente sientes.

Ella asiente, aparentemente de acuerdo y me observa con algo de misterio.

—Entonces, nunca te has visto sumergida en esa corriente.

—No... —me encogí de hombros —Soy bastante fría en el aspecto de las relaciones. Aunque hace varios años, estuve con alguien durante un largo tiempo, y creo que eso es lo más parecido al amor de pareja, que he llegado a sentir. Pero bueno, ¿A qué viene esta dosis filosófica tan temprano?

—Simple curiosidad —rió mientras se apoyaba sobre el respaldo de su silla —Solo quería asegurarme de que supieras lo que es enamorarse, por si acaso te fueras a ver sumergida en esa corriente, sin siquiera darte cuenta.

Tras esa afirmación me guiña un ojo, con una sonrisa descarada y un aire de superioridad, indicándome que va un paso por delante de mí. Así es Marta; picara, directa y coqueta. Sé que por su mente, probablemente esté pasando algo que a mí se me haya escapado. Pero también sé, que en algún momento dado, cuando crea que es el adecuado, me lo soltará como un jarro de agua fría, sin ningún tipo de anestesia.

—¿Me acompañas a hacer la ronda? —cambia de tema como si tal cosa —¿O tienes otras cosas que hacer?

—Uhm... No. Ni siquiera he pasado por mi despacho aún, así que te acompaño encantada.

—Perfecto —exclamó levantándose.

—Pero dame un minuto para dejar las cosas y ponerme algo más profesional.

Señalo mi atuendo de calle, consiguiendo producirle una risa y a continuación, salimos del despacho para dirigirnos hacia el mío.

En tan solo dos minutos me da tiempo de poner el portátil sobre la mesa, colgar la chaqueta en el perchero, vestirme bajo la bata blanca, que me otorga un aire de importancia en este lugar y salir de nuevo a su encuentro para encaminarnos hacia el tercer piso.

—¿Ya viste a Anahí? —preguntó interrumpiendo el silencio que nos acompañaba, así como mi mirada fija en la nada.

—Sí... ya la vi. ¿Por qué la pregunta? ¿Ocurrió algo con ella?

—No. —me sonrió —Solo era curiosidad.

—¿Ha estado bien el fin de semana?

—Ha estado exactamente igual que en los dos últimos meses, Dulce. No hay ningún cambio en ella, ya lo sabes.

—Entiendo...

Bajo la mirada pensativa.

—Aún estás a tiempo de cambiar.

Vuelvo a alzar la vista confundida, para encontrarme con la mirada segura de mi amiga.

—¿Cambiar el qué?

—Tu proyecto. Sólo han pasado dos meses. Estás a tiempo de elegir otro tema y comenzar a desarrollarlo.

—No voy a cambiar de proyecto, Marta. Eso ni siquiera es una opción.

—Dulce, no pretendo hacerte cambiar de opinión, pero quizás hayas elegido el tema demasiado pronto. Antes de saber cómo iban a desarrollarse las cosas. Hay decenas de pacientes en este centro, con enfermedades muy diferentes a la de Anahí, de los cuales, podrías conseguir una investigación perfecta, con la que lucirte ante los examinadores y lograr una nota brillante. Sabes que probablemente, con Anahí no consigas absolutamente nada y está en juego tu reputación como psicóloga. Crees que la realización del proyecto no es importante, que no es más que otro examen dentro de la carrera. Pero no es así. Una buena investigación puede darte una fama y reputación bastante trascendente dentro de este campo. Y con el proyecto que elegiste, probablemente no consigas lucirte como sé que puedes hacerlo.

Siento mi mandíbula fuertemente contraída. Una parte de mí, no quiere continuar con esta conversación, porque no es un asunto que esté en discusión. Pero no se puede negar que hay cierta parte de razón en las palabras de Marta. No he conseguido absolutamente nada de Anahí en dos meses y el objetivo de mi proyecto, está resultando un fracaso.

—Solo te pido que lo pienses —finalizó captando mi mirada.

Simplemente soy capaz de asentir, queriendo de verdad aparcar el tema por

el momento. Así que, nos adentramos en la habitación del primer paciente y una automática sonrisa se apodera de mis labios en cuanto vi a aquella mujer, acomodada en el sillón, exactamente igual que cada día.

—Buenos días, doña Rosa —susurré llegando hasta ella.

—Dulce bonita —sonríe acariciándome el rostro.

Así había comenzado a llamarme desde hace algún tiempo; "Dulce bonita". Una gran relación de cariño se ha creado entre nosotras. Siempre me aseguro de que tenga todo lo que necesite para estar lo más cómoda posible y cuando dispongo de algunos minutos libres, subo para hacerle compañía y conversar. Ella nunca tiene una palabra desagradable o un mal gesto, al contrario, sus conversaciones me hacen aprender mucho.

—¿Cómo ha estado estos días?

—Bien... Ya sabes que por aquí nunca hay mucha novedad. ¿Y a ti, bonita, como te fue en el fin de semana?

—Bien —le sonreí —Pero, ¿Le digo algo y no me regaña? —pregunté jugando al misterio, observando cómo asentía —Extrañé un poco el trabajo.

Ella comenzó a reír y volvió a acariciarme el rostro con ternura. Lo cierto es que no sabía qué le había causado gracia, pero su risa conseguía que yo también sonriera.

—No creo que haya sido precisamente el trabajo lo que extrañaste, pequeña.

Yo no puedo hacer más que sonreír, aunque su comentario me obliga a ausentarme por un instante.

—Te noto preocupada.

—¿Qué? —pregunté regresando al presente —Oh no. Simplemente estoy un poco confundida por algo. Ya sabe, esos momentos en los que una no está segura de estar yendo por el camino correcto, o si debe abandonar a tiempo.

—Entiendo lo que quieres decir. Pero, ¿Tú crees en ese camino al que te refieres?

Intenté meditar durante un instante, intenté encontrar respuestas a todas las dudas, pero en el caos de mi mente sólo puedo encontrar confusión.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes, Dulce. Eres la única que puedes saberlo. Así que, piensa... Por algo habrás escogido ese camino en lugar de otro, ¿no? A menos que te haya sido impuesto de alguna forma.

—No...no. Yo misma lo elegí, aun sabiendo que podía no ser el indicado, que podría no conseguir absolutamente nada, pero...

—Entonces, sólo tú tienes la respuesta —me interrumpió —Todos podemos cometer errores, tenemos derecho a equivocarnos. Puede que te hayas equivocado al elegir. Pero si tu corazón cree en ese camino que estás recorriendo, te aseguro que es el correcto. Aunque debo advertirte, que no por ello, tiene que llevarte al destino que habías esperado en un principio. Pero eso no hace, que deje de ser el indicado. Así que, pregúntate porqué escogiste ese en lugar de otro, y averigua si crees en él o no. Sólo así sabrás si debes cambiar de rumbo o luchar contra las tempestades.

Tengo que sonreír, al observar la sabiduría que transmite la mirada de esta mujer y aunque le hubiera dicho muchísimas otras cosas, lo único que me sale es un simple.

—Gracias...

Al que corresponde con una delicada pero tierna sonrisa.

Horas más tarde terminamos de realizar la ronda por las habitaciones y llegó la hora del almuerzo. Como ya es rutina, busqué los alimentos que, cuidadosamente, Carmen me tiene listos cada día a la misma hora, saludé a mis compañeros reunidos alrededor de una misma mesa y me dirigí al jardín, como hago cada tarde.

Al principio, me resultó fácil escaquearme del almuerzo en grupo. Nadie me conocía aún. Pero con el paso del tiempo, comenzaron a preguntar, por qué nunca me sentaba con ellos a charlar, ya que era el único tiempo libre que teníamos durante el día. ¿Mi excusa? Lo único que se me ocurrió decir, fue que disponía de muy poco tiempo para realizar el proyecto y tenía que aprovechar cada minuto para adelantarlo. Por eso había decidido almorzar en el jardín, para ver y analizar la conducta de cada paciente en su entorno habitual. Lo curioso es que pareció convencerles aquel pobre argumento. Y dado el hecho de que nadie, además de Marta, conocía en qué consiste dicho proyecto, no

tuve más problemas.

Llego al jardín y con un rápido vistazo alrededor, trato de buscar mi lugar.

¿Que cuál era mi lugar?

Pues aquel, en el que se encuentre... ella.

Segundos más tarde, consigo verla a lo lejos, sentada bajo la sombra de un árbol en el que a menudo pasa las tardes. Suele cambiar de sitio diariamente. A veces se sienta en el mismo banco del primer día, otras, al pie de la fuente central, que simula la cascada artificial que da nombre al centro, y otras, bajo la escasa sombra de este árbol casi deshojado por el otoño, que al estar un poco alejado de la multitud, aporta la intimidad que quizás ella esté buscando. Los primeros días, me costó bastante trabajo decidir si acercarme o no, cuando la veía ahí, aparentemente queriendo estar sola. Pero terminé arriesgándome, porque como mismo le había dicho en la primera ocasión; "Si en algún momento te incomoda mi presencia, házmelo saber y me iré" Nunca lo hizo, y nunca se cambió de lugar. Así que, aquí estoy, un día más de estos dos últimos meses, invirtiendo mi tiempo de almuerzo y descanso, en estar a su lado. Sin mediar una sola palabra más, que el saludo inicial. Saludo que por supuesto, nunca es correspondido.

—Hola, Anahí.

Aquí estamos de nuevo. Ella, absolutamente callada y sumida en su lectura. Yo, con un hormigueo en el pecho, casi habitual a estas alturas. Mentiría si dijera que me hace falta verla, para que eso suceda. A veces, basta con que el recuerdo de su olor llegue hasta mí, estando incluso muy lejos de aquí.

Me siento frente a ella, sobre la hierba, dejando un poco de distancia entre ambas para no agobiarla. La observo durante un instante, tan concentrada en su lectura como siempre. Es curioso como todos los libros que he visto entre sus manos desde que estoy aquí, son novelas con mensajes alentadores, de esperanza y de sueños. Libros y autores que yo misma acostumbro a leer. Ese hecho, me hace preguntarme aún más, qué es lo que pudo haberla llevado a querer acabar con su vida. Probablemente, eso, ni siquiera ella lo sepa, y está tan guardado en su corazón, que averiguarlo no podría ser tarea fácil.

Cualquier ser humano que presencie esta situación y conozca la realidad de las circunstancias, pensaría que es algo triste. Pero contradictoriamente a todo

lo que debería suceder, en este momento y en todos los que estamos así, sonrío. Ella tiene algo en su presencia que me hace sentir bien. Aunque para el resto del mundo pueda ser una locura. En este momento, las dudas que sentía hace unas horas, la incertidumbre, los miedos, no existen.

Tras un suspiro, comienzo a comerme este delicioso almuerzo, que con mucho cariño, seguramente haya preparado Carmen. En este momento, cada una está sumida en su tarea, como si realmente no hubiera nadie más aquí.

Debo decir, que paradójicamente, me encanta la comida que hace esa mujer. Me recuerda a ese tipo de comida casera que solo comes en tu hogar. Cuando uno se independiza, la comida sabe de una forma distinta. No es lo mismo cuando cocinas para ti mismo, siempre vas con prisas, no disfrutas y lo primero que encuentras es lo que sueles ingerir. En cambio en casa, o cuando cocinas para alguien, todo se hace con cariño y ciertamente, sabe de manera diferente.

Termino de ingerir hasta el último grano de arroz en cuestión de minutos, para a continuación, llevar a cabo la última de mis rutinas diarias. Cojo la pieza de fruta que sirven como postre, en el caso de hoy, es una manzana, y procedo a quitarle toda su cascara, para seguidamente comenzar a cortarla en pequeños pedazos que caen a un también pequeño y hondo recipiente.

Coloco en su interior un tenedor, pinchando uno de los pedazos. Y simplemente estirando mi brazo, deposito el recipiente lo más cerca posible de ella.

Sé la enfermedad que padece y sé perfectamente que la comida no es su mejor amiga. Si alguien me pregunta por qué decidí comenzar a hacer eso, seguramente no sabría qué responder. Simplemente fue la única forma que encontré de compartir mi comida con ella, pues sabía que si le ofrecía algo, iba a ignorarme como acostumbra a hacer. Pero de esta forma, no lo sé, simplemente dejo la fruta ahí, lista para ser ingerida sin demasiado esfuerzo y está en su mano el hecho de comérsela o no. Lo cierto es que nunca he llegado a saber si lo hace y tampoco es que haya querido controlarlo. No es un acto que realice con la intención de obligarla a comer, no. Simplemente quiero compartirlo con ella.

Como ya es habitual, no hace ningún gesto al sentir como realizo dicho movimiento. Pero es algo a lo que ya estoy acostumbrada y honestamente,

tampoco espero que lo haga. Así que, una vez finalizado mi almuerzo, como aun me quedan cuarenta y cinco minutos de descanso, agarro la última novela que he comenzado a leer, inclino mi cuerpo hacia atrás, dejando mi espalda caer cuidadosamente sobre la hierba y con ese olor a tierra y naturaleza que invade el espacio, comienzo a dejarme llevar por la lectura. Mientras ella, continúa apoyada en el tronco de este árbol que nos proporciona la sombra idónea, para que este instante en solitaria compañía, sea extrañamente perfecto.

V

Hoy, la rutina de mi día iba a comenzar algo diferente. Un miércoles, cada dos semanas, tengo que asistir muy temprano a mi universidad, a una especie de tutoría que simplemente sirve para que los profesores lleven un seguimiento de las prácticas y el proyecto de cada alumno.

Me resulta bastante aburrido dicho trámite. Es más, ni siquiera leen lo que hemos escrito de nuestra investigación hasta el momento. Se limitan a visionar el informe que cada quince días realiza nuestro tutor de prácticas, en mi caso Marta, y con ello te aportan consejos y una especie de guía por la cual puedes continuar. Siempre me he preguntado como lo hacen, sin saber realmente en qué consiste la investigación. Pero bueno, supongo que será cosa de psicólogos.

Afortunadamente, la tutoría solamente dura dos horas, así que a las diez de la mañana, ya estoy dispuesta a volver al trabajo. Pero teniendo en cuenta, que es justamente la hora del descanso para los universitarios, decido acercarme a la cafetería del campus para saludar a Claudia. A ella aún le queda un año de carrera, probablemente el más duro de los cuatro, porque en lo único que piensas es en terminar rápidamente tus exámenes para comenzar las prácticas. Y eso te crea una ansiedad algo incontrolable.

Puedo verla a lo lejos, desayunando con algunos de sus compañeros, pero decido esperar unos minutos hasta que ella misma me vea, para no interrumpir la plática. No tarda ni siquiera unos segundos en alzar la vista y encontrarme junto a la puerta. Hace un gesto de saludo algo exagerado con uno de sus brazos mientras sonrío y yo doy de cabeza. Siempre me ha resultado simpática la poca discreción de mi amiga.

En unos pocos instantes llega a mi lado, sonriendo como siempre.

—¡Dulce! ¡Dichosos los ojos!

—¿Cómo estás, Clau? —sonríó dándole un beso en la mejilla.

—Bien. Aquí descansando un poco la mente antes de volver a clase. ¿Y tú? ¿Ya saliste de la tutoría?

—Afortunadamente sí, vine a saludarte antes de volver al centro.

—Últimamente no paras ¿eh? A ver cuando salimos a tomar algo. Podrías hablarlo con Marta y dar una vuelta o ir a cenar este fin de semana. Así las tres nos relajamos. Ustedes por su trabajo y yo por mis exámenes.

Desde que las presenté, Claudia y mi jefa se cayeron bastante bien. Así que, digamos que las tres nos hemos convertido en un buen trío de cómplices que de vez en cuando, nos dedicamos una noche de copas, una tarde de café o alguna cena imprevista.

—Uhm... sí, supongo que no será una mala idea. Marta se apunta a cualquier cosa, ya lo sabes. Después averiguo si no tiene planes y te aviso ¿Ok?

—¡Perfecto!

—Bueno, te dejo terminar tu desayuno, que ya no quiero retrasarme más. Hablamos después.

—Está bien, chica responsable. Que tengas un buen día.

Con un último beso en la mejilla, seguido de una sonrisa, nos despedimos. Ella volvió a su lugar, con sus compañeros y yo me dirigí a la salida del campus, donde mi coche esperaba prácticamente calcinándose al sol. Lo bueno de todo esto, es que "La cascada" estaba apenas a unos kilómetros de la universidad, más cerca de esta que de mi propio apartamento.

Así que en cuestión de unos minutos, me encuentro aparcando nuevamente. Pero esta vez, en un lugar con sombra. Y a continuación, me adentro en las puertas de aquel bonito edificio, que como advertí el primer día, parecía de todo menos un centro de salud mental.

—¡Buenos días! —Saludé a la secretaria, que me dedicó una sonrisa en cuanto alzó la vista para encontrarme.

—¡Buenos días, doctora Andrade!

Doctora Andrade, aún no terminaba de acostumbrarme a que me llamaran de esa forma. Debe ser porque no me sentía doctora de nadie. Más bien, aún continuaba sintiéndome alumna y creo que toda mi vida sentiré que me queda mucho por aprender.

Una vez en el ascensor, observé un instante los números de las diferentes plantas, dudando por un segundo si ir a la primera, como cada mañana, o

dirigirme directamente a mi despacho. Siempre me encontraba con la misma cuestión, a pesar de saber que cuando llego a esta hora, Anahí ya se encuentra en el jardín, cosa que me hace decantarme finalmente por ir directamente a mi despacho. Pero aun así, no puedo evitar esos segundos de duda, antes de pulsar el botón que me lleva al segundo piso.

Cuando llego a mi oficina, sin necesidad de colgar el abrigo, ya que hoy es un día bastante caluroso, me enfundo en mi ya acostumbrada bata blanca y me dirijo al escritorio, donde pulsando un simple botón, el ordenador se pone en marcha.

Me acomodo en mi silla, mientras espero que los diferentes archivos aparezcan en aquella pantalla. Y cuando eso sucede, voy directamente al que estaba buscando: mi proyecto.

Dentro de mi maletín de trabajo, busco la carpeta donde hace aproximadamente una hora, guardé el informe hecho por Marta, en el que los profesores hicieron las anotaciones necesarias para que continuara guiándome en la realización de mi investigación. Leí atentamente alguna cosa, como que debía centrarme en la estructura que habíamos estudiado, ya que parecía estar llevando un camino diferente.

—Si ni siquiera yo, sé que camino estoy llevando —Pensé en voz alta. — Mucho menos deben saberlo ellos, que no han leído ni una sola línea de las que he redactado.

Observé un momento la pantalla con aquel documento abierto, mostrándome las palabras que yo misma había escrito. Volví a mirar el informe, y tras un suspiro, agarré el papel, arrugándolo entre mis manos y lanzándolo seguidamente a la basura.

—Quizás estoy cometiendo una locura —Susurré —Pero comencé esto a mi manera y lo continuaré a mi manera.

Estaba dispuesta a volver a escribir, cuando sentí la imperiosa necesidad de buscarla. De sentir que su imagen inspiraría esas palabras que debían ser escritas en aquel documento.

Así que me levanté de la silla y me dirigí hacia la ventana, esperando encontrarla como siempre, en algún lugar del jardín. A solas, leyendo o simplemente mirando a la nada, preguntándome qué cosas deben estar pasando

por su mente. Pero cuando mi vista consigue encontrarla, siento como mi ceño se frunce, expresando mi confusión al verla acompañada. Una imagen completamente distinta a la que estoy acostumbrada a ver.

Observo a un hombre de pie junto a su habitual banco. Dándome la espalda, por lo que no puedo verle el rostro. Pero definitivamente no parece alguien del hospital. A su lado, hay otro hombre, algo más alto y musculoso, vestido de negro, como si fuera una persona de seguridad. Se mantiene en completo silencio, mientras el primer mencionado, habla con Anahí, sin recibir respuesta de esta. La situación me extraña. Me extraña tanto, que no puedo evitar después de unos segundos, dirigirme al despacho de Marta, dispuesta a averiguar lo que está pasando.

Por primera vez desde que trabajo aquí, abrí la puerta del despacho sin siquiera llamar primero. Creo que la impaciencia me hizo perder los modales por un instante.

—¿Quién es el que está con Anahí? —pregunté sin más.

Marta alzó la vista confundida encontrándome frente a ella. Pero al descubrir la expresión confusa de mi mirada, exhaló un suspiro.

—Creía que no ibas a llegar a tiempo.

—¿Llegar a tiempo para qué?

Ella se levantó de su asiento, seguramente para quedar a mi altura y explicarme con calma lo que quiera que fuese a explicarme.

—Ese hombre es el padre de Anahí, Dulce.... —Claro, su padre, ahora lo entiendo, a veces incluso olvido que ella tiene familia —Vino a solicitar su alta.

En ese instante, la última frase de mi amiga, atravesó mis oídos, como una auténtica punzada en mi corazón. Incluso la podía escuchar una y otra vez, en forma de eco, "Vino a solicitar su alta" "Vino a solicitar su alta".

—¿Co... como que a solicitar su alta? —Pregunté, deseando haber escuchado mal.

—Pues eso. Que vino a primera hora, pidiéndome que organizara los papeles cuanto antes para poder llevársela a su casa. Según él, Anahí lleva aquí más de dos meses y ha sido suficiente tiempo. La prensa está comenzando a

especular... Cree que su hija está perfectamente y que ya no tiene sentido que permanezca en el centro.

—¡Pe... pero Marta, eso no es cierto! ¡No puede hacer eso! ¡No puede llevársela sin más! ¿Verdad que no puede?

—Si puede, Dulce. Es su padre y tutor legal. Él mismo la ingresó aquí, así que, él mismo puede llevársela cuando se le antoje.

—¡Eso no es posible! ¡Ese hombre no ha venido a visitarla ni una sola vez en dos meses! ¡No sabe absolutamente nada de lo que ella necesita! Marta, que Anahí se vaya ahora... es una completa locura y tú lo sabes. ¡Ella aún no está bien! ¿Cuánto tiempo crees que tardará en volver a intentar acabar con su vida? Y lo peor de todo.... ¡En conseguirlo! No... no puede ser. ¡Tenemos que hacer algo!

—Lo siento, pero no hay nada que podamos hacer... Ni tú, ni yo. Dulce, créeme que esto me parece tan absurdo como a ti. Pero así son las cosas a veces...

—¡No, no! —Negué llevándome ambas manos a la cabeza —Así no pueden ser las cosas. Yo no voy a permitir que ese hombre se la lleve.

—Ese hombre es su padre, Dulce. Y además, un hombre muy importante. Deja de buscarte problemas, por favor. Este asunto se te está yendo de las manos.

—¿Y si hablo con él? ¿Y si intento hacerlo entrar en razón? ¡Joder Marta, es que esto no puede ser!

—Ya hablé con él. Ya le advertí que eso podía ser muy peligroso y aun así está completamente convencido.

De un momento a otro, me había invadido una sensación de miedo y ansiedad casi imposible de explicar. Mi corazón latía a un ritmo tremendamente veloz, creando un hormigueo en mi cuerpo, que nada tenía que ver a esa sensación que experimentaba cuando la veía a ella. Incluso puedo decir que mis ojos querían humedecerse con cada palabra y lo único que los retenía, era yo, apretando fuertemente mi mandíbula, para que ese terrible miedo no saliera a la luz. Pero no era posible, algo no me permitía pensar con claridad. La simple idea de que se la llevarían de este lugar, me angustiaba, y no podía permitirlo. No puedo permitirlo.

—Tiene que haber algo... —Insistí —Alguna otra opción, por pequeña que sea, de que no pueda llevársela. Ella es mayor de edad, Marta, no puede decidir sobre su vida, así sin más.

—Es mayor de edad, tienes razón... Pero su voto de silencio desde el accidente, hizo que los médicos le otorgaran ese poder a su padre. La única forma en la que puede permanecer en el centro, es que ella misma me firme un documento, autorizando su ingreso voluntario. Pero Anahí no habla, Dulce. Ni siquiera creo que le importe estar aquí o no... Así que, si a ella no le importa, debería comenzar a dejar de importarte a ti. Porque vas a terminar muy mal, si sigues por ese camino.

—¿Cuál camino? —Sonreí con ironía —¿Qué maldito camino? ¿El de querer ayudarla? ¿El de saber que si vuelve a su casa, en pocas semanas tendremos la noticia de que esta vez, sí se tomó el número de pastillas adecuadas para acabar con su vida?

—No puedes ayudar a alguien que no quiere ser ayudada, Dulce. Fue una de las primeras cosas que te advertí cuando llegaste aquí y cuando elegiste hacer tu proyecto acerca de Anahí.

—Está bien. —Acepté —Pero el problema, es que no voy a dejar de intentarlo.

Marta permaneció callada, observándome. Poniéndome más nerviosa de lo que ya estaba, con su mirada que ni siquiera sabía lo que quería expresar. Pero no podía aguantar ni un segundo más en esa oficina, de brazos cruzados, viendo como todo sucedía y yo no hacía nada.

Así que, sin saber aun lo que quería hacer, salí de allí, dirigiéndome prácticamente corriendo hacia el ascensor. Una vez dentro, pulsé el botón del primer piso. Y entonces sentí que el tiempo parecía estar yendo en mi contra, pues los minutos que normalmente tarda el ascensor en llegar a su destino, me parecieron eternos. En cuanto las puertas se abrieron ante mis ojos, comencé a correr por aquel pasillo, que a esta hora estaba un poco más transitado que cuando llego cada mañana. Las enfermeras que acompañaban a los pacientes, me observaban de una forma un tanto extraña. Pero ni siquiera eso me importaba.

Llegué al jardín en cuestión de minutos y tuve que respirar hondo antes de adentrarme en él. No solo para recuperar el oxígeno perdido durante el trayecto, sino para calmar un poco los nervios que en este momento sentía y que me podían hacer decir cualquier barbaridad.

Rápidamente me encontré a espaldas de ese hombre, que continuaba tratando de hablar con Anahí, sin éxito alguno.

—Buenos días, señor Valente —Fue lo único que mi garganta pudo pronunciar.

El hombre se dio la vuelta al escuchar mi voz y me observó unos segundos, probablemente preguntándose quién era.

—Buenos días...

—Dulce Andrade —interrumpí presentándome.

—Buenos días, Doctora Andrade. ¿Puedo hacer algo por usted?

En ningún momento me presenté como doctora, y aún así, él lo dio por hecho. Pero bueno, no es algo que me importara en este momento, y desde luego no venía a informarle sobre mi labor en el centro. Ni siquiera sé bien a qué vine.

—Por mí no, pero por su hija sí —Automáticamente recibí una mirada de confusión por su parte, cosa que me obligó a continuar con lo que quiera que fuese a decir —No es demasiado conveniente que su hija salga aún del centro, señor Valente.

—Ya hablé con su compañera de esto, doctora. Y no es algo que esté en discusión. Es una decisión tomada.

—¿Sin escuchar ni siquiera la opinión de los profesionales?

—Señorita, mi hija lleva aquí más de dos meses y sinceramente, no veo ningún tipo de mejoría en ella. Mantiene su voto de silencio y por lo que veo, las cosas no van a cambiar. Así que no tiene ningún sentido que continúe gastándome el dinero en un centro, donde va a estar exactamente igual que en nuestra casa.

—Ella no está igual —Rebatí ofendida y harta de que todo el mundo se empeñara en lo mismo —Puede que usted no lo vea, porque lleva dos meses sin venir a visitarla. Pero Anahí ha avanzado progresivamente y lo seguirá

haciendo mientras permanezca aquí.

—¿Avanzado en que, doctora? ¿En el tiempo que es capaz de quedarse callada, sumida en un mundo paralelo, ignorando a las personas que están a su alrededor? En eso también puede avanzar en casa... Y ya está bien. Ya me ha supuesto demasiado dinero el capricho de Anahí.

—¿Capricho? ¿A qué capricho se refiere usted exactamente? ¿Al de su enfermedad? ¿O al de haber querido acabar con su vida?

—A ambos.

No pude evitar mirar al cielo mientras sonreía irónicamente, ante lo que estaba escuchando.

—Usted no tiene ni idea —Expresé con algo de rabia —Usted no la conoce. No tiene ningún derecho a decir que se quiso suicidar por un capricho. ¡Joder! —Exclamé —¡Es su hija! ¡La tiene aquí delante! ¿Y no está sorda, sabe? Está escuchando absolutamente todo... ¿Acaso no tiene corazón?

—Lo que si tengo es muy poca paciencia. Y definitivamente, ya me cansé de escuchar su forma de hablarme. Así que me voy a ir de aquí, antes de que su actitud me obligue a conseguir que le abran un expediente y la echen de este centro.

—Me importa un pimiento lo que usted quiera hacer conmigo, señor Valente. Estoy hablando de su hija, y sus amenazas no van a impedir que le diga lo que pienso.

—Siendo así, me retiro —Informó dispuesto a irse —Infórmele a la doctora Andoni que volveré en cuanto esos papeles estén listos. Y que espero sea lo antes posible.

Sin más, sin decir una sola palabra, ni dedicarle una última mirada a su hija. Aquel hombre abandonó el jardín. Y con ello, supongo que también el centro. Dejándome con una sensación aún peor a la que tenía antes.

Mientras emitía un suspiro, me senté en aquel banco, justamente a su lado, dejando prácticamente caer mi cuerpo, apoyando los codos en mis propias rodillas y escondiendo la cabeza entre mis propias manos, completamente abatida.

—Esto es una locura... —Susurré negando con la cabeza.

Volví a alzarla y miré hacia mi izquierda, encontrándola a ella en la misma posición en la que llevaba todo el tiempo. Apenas parpadeaba, tenía la vista clavada sobre su libro, pero sabía perfectamente que no estaba leyendo, pues llevaba minutos en la misma página. Unas nuevas lágrimas amenazaron con salir, y una vez más, las retuve presionando mi mandíbula con fuerza.

Siento impotencia. Una increíble y desesperante impotencia, que después de unos segundos observándola y pasándoseme mil cosas por la cabeza, me hace arrodillarme en el suelo, frente a ella, tratando así de que mi rostro quede por debajo del suyo y aumente las posibilidades de que me mire, o me escuche, o... algo.

—Por favor, no te vayas...

Esas fueron las primeras palabras que salieron por mis labios. Probablemente ni siquiera fueron procesadas por mi cerebro. Creo que era mi propio corazón, el que hablaba en este momento.

—Anahí, te lo pido por favor, no te vayas —Repetí, llegando al límite de la súplica —Sé que estás ahí. Sé que me estás escuchando. Y también sé que has estado aquí desde el principio, desde el día que llegué y me miraste en el pasillo, aquella primera vez. O en este mismo banco, la última vez que lo hiciste. En aquel instante quisiste hacerme saber que estabas aquí, que estabas presente y que por mucho que quieran hacérmelo ver, aún no te has ido. Puede que no quieras hablar con nadie, que tu propio mundo sea mejor que este, donde todos esperan que hagas algo, o que actúes de una determinada manera. Pero también sé, que aquí has conseguido estar en paz, aunque sea por pequeños momentos. Que este centro te mantiene en equilibrio, y en cierta forma, alejada de ese mundo exterior al que no consigues verle nada bueno.

Me mantuve en silencio unos segundos, observándola y por primera vez, deseando con toda mi alma que me devolviera la mirada, que hablara, que hiciera algo que me indicara lo que estaba sintiendo en este momento. Pero nunca abandonó su posición y entonces sentí que quizás ya no habría marcha atrás. La decisión estaba en sus manos, no en las mías. Así que por un momento, dejé que mi cerebro se desconectara definitivamente y permití a mi cuerpo, dejarse llevar por sus emociones.

Observé sus delicadas y pequeñas manos, sosteniendo aquel libro. Y no pude evitar el impulso de acariciar una de ellas, sintiendo el tacto de su piel

por primera vez, y experimentando al instante un cosquilleo que me invadió de pies a cabeza. La agarré con fuerza, permitiéndole sentir como mi cuerpo temblaba nervioso y queriéndole transmitir algo a través del contacto. O quizás simplemente queriendo sentirla.

—Nunca te he pedido nada —volví a hablar —Y no lo estaría haciendo ahora, de no ser porque estoy segura, que es lo que realmente quieres. O al menos así lo siente una parte de mí... Quizás no sea más que una ilusa —Suspiré —La única forma que existe para que no te den el alta, es que tú misma firmes un papel autorizando tu ingreso voluntario... Y seguramente todo el centro debe pensar que estoy completamente loca, si creo que una persona preferirá estar aquí, "encarcelada", a ser libre. Puede que sea verdad, puede que me haya vuelto loca. Y que ya no sepa qué es lo que realmente necesitas... Así que, simplemente me puedo limitar a decirte lo que yo necesito. Necesito que no te vayas, Anahí... No sé lo que sientes con respecto a la vida, ni a ti misma, y no necesito saberlo a menos que tú quieras contármelo. Pero si te vas... si dejas que tu padre te lleve, antes quiero que sepas algo; que existe al menos, una persona en este mundo, a la que le importas. Y que si sales de aquí, no voy a dejar de intentar acercarme a ti, aunque corra el riesgo de que tu padre me meta presa o consiga que me ingresen a mí también, por acosadora. No me importa, pero no voy a alejarme de ti... ¿Y sabes por qué? —Pregunté sin intención de obtener respuesta —Porque sé, que a pesar de todo, de lo terrible que veas la vida y de lo vacía que te sientas, han existido momentos, tan simples como estar bajo un árbol leyendo mientras me escuchas tocar la guitarra a tu lado, en mi intento de componer algo, momentos, que le han devuelto aunque sea un atisbo de luz a tu mirada. Quizás, porque esas cosas sencillas, te hicieron sentir viva... Así que, por favor, permíteme seguir demostrándote que existe un mundo más allá del que estamos acostumbradas a vivir, déjame demostrarte, que vale la pena conocerlo.

Esas fueron mis últimas palabras. Ya no había nada más que decir, ni una sola palabra más que pudiera añadir, iba a explicar de mejor forma lo que mi corazón encogido necesitaba expresar. Ella ya lo sabía. Por primera vez, en estos dos meses, le dirijo algo más que el simple "hola", cuando llego a su lado. Por primera vez, le pido, le suplico, algo. Por primera vez la toco... Y ahora, simplemente la observo unos segundos antes de apartar mi mano de la suya, después de una última caricia y me levanto.

Su posición continua siendo la misma, mirando atentamente ese libro en el que parece muy concentrada y el que sin embargo, lleva largos minutos sin leer. La miro una vez más... y exhalo un suspiro. No puedo evitarlo. No sé de qué forma llegar a ella y sin embargo, mi corazón se resiste a rendirse.

Así que con esa extraña sensación de tristeza, impotencia, miedo y cierto alivio, por haber permitido que las palabras expresaran mis sentimientos por primera vez, me alejo del jardín, volviendo al lugar donde realmente debo estar. Pero no puedo simplemente regresar a mi despacho y esperar a que un milagro suceda. Ni siquiera podría escribir una sola palabra en aquel documento que continua abierto en la pantalla de mi ordenador. Así que, una vez más acudo al despacho de Marta, donde observo que olvidé la puerta abierta cuando salí desesperada hace unos minutos. La encuentro de pie, apoyada en la ventana, con los brazos cruzados sobre su pecho y observando algo a través de esta.

—Lo siento... —Es lo único que se me ocurre decir, después de haber cerrado la puerta a mí paso.

Ella apartó su vista de la ventana y pareció querer buscar algo en el fondo de mi mirada.

—¿Qué sientes?

—Haberme comportado como una desesperada. A veces olvido que antes que mi amiga, eres mi jefa... Y parece que me ciegan mis ganas de cambiar el mundo.

—Tú no quieres cambiar el mundo, Dulce. Tú quieres cambiar su mundo.

Bajé la mirada, con algo de tristeza. Probablemente Marta tuviera razón, hacía ya mucho tiempo que esto había dejado de ser un simple proyecto de universidad. Y un mero trabajo de psicología.

—Crees que estoy loca, ¿Verdad?

—Sí —Afirmó, consiguiendo que alzara mi mirada nuevamente —Pero eso solo quiere decir que eres un ser humano. Ninguno de nosotros seríamos capaces de vivir sin cierto grado de locura.

—No sirvo para esto, Marta. No puedo ver a Anahí como un simple proyecto.

—Lo que me duele de la situación, es que te aferras a rescatar a alguien, que no quiere ser rescatada. ¿Sabes? Desde el primer día he pensado que puedes llegar a ser una gran psicóloga. Al ver tu forma de comportarte con Doña Rosa, la mujer de Don Enrique o con la misma Anahí. Tu empatía y tu humanidad, puede hacerte ser una profesional diferente, con verdadero poder para ayudar. El problema es que con ella, estás cruzando todos los límites que separan lo profesional de lo personal... Y es ahí cuando te ciegas y no ves la realidad. Tienes una imagen de ella, que tú misma te has creado, Dulce. Y estás sufriendo... Mírate —Exclamó señalándome a mí misma —Estás sufriendo y eso es lo único que no podías permitir.

—Sufro porque soy humana, Marta. Y ella también lo es... No es un proyecto, no es una investigación, es una simple chica que está perdida en la vida.

—¿Y tú quieres hacer que se encuentre?

—Sí...

—¿No te has parado a pensar, que si ella quisiera dejar de estar perdida, te habría aunque sea mirado hace unos minutos, cuando te arrodillaste frente a ella? ¿No crees que hubiera intervenido cuando discutiste con su padre? ¿O que en algún momento de estos dos meses que has pasado almorzando a su lado, te hubiera dirigido aunque sea una palabra? Dulce... —Suspiró —Si te aconsejé que cambiaras la investigación de tu proyecto, no fue porque no quisiera ayudar a Anahí. Si lo hice, fue porque llevo mucho tiempo viendo como todo esto es mucho más que un trabajo para ti. Y soy tu jefa, sí... Pero también soy tu amiga. Y no me gusta verte sufrir. Verte sentir esa impotencia que ahora mismo estas sintiendo. No me gusta ver cómo te juegas tu trabajo y tu carrera en apenas unos minutos, enfrentándote a ese hombre... Respóndeme algo ¿Realmente te merece la pena?

—No lo sé, Marta... No sé si merece o no la pena. No sé si elegí el camino correcto o debí retirarme a tiempo, como me sugeriste. Lo único que sé, es que yo creo en ella... Y aunque estoy aquí, aunque no me dirigiera ni una sola palabra hace unos minutos, sigo creyendo en ella... Y alguien me dijo hace muy poco, que si yo creo en el camino que estoy recorriendo, ese es el correcto, aunque no me lleve al lugar que tenía pensado en un principio.

Marta guardó silencio unos instantes, mientras me observaba fijamente, con

sus ojos algo empequeñecidos. Parecía que continuaba buscando algo en el interior de mi mirada.

—¿Qué...? —pregunté con un suspiro.

—Hay algo... —Comenzó agitando su dedo índice frente a su nariz —Hay algo en ti, que admiro, Dulce.

En ese instante, alguien llamó a la puerta interrumpiendo nuestra conversación.

Yo avancé unos pasos, y completamente saturada emocionalmente, apoyé mis brazos sobre el respaldo de una de las sillas que había frente al escritorio de Marta. Esas, donde los familiares o incluso los mismos pacientes, se sientan cuando tienen alguna consulta. Esa, donde yo misma me había sentado la primera vez que estuve en este despacho. Aquel día de hace dos meses, cuando aún no sabía en lo que me estaba metiendo y lo que ocurriría a partir de ese día. El cambio, que sin esperarlo, comenzó a sufrir mi vida. Dejé caer mi cabeza hacia delante, otorgándome un respiro de pensamientos, mientras Marta, daba paso a la persona que había llamado. Y en cuestión de segundos mi mente amenazó con hacer un recorrido en el tiempo, preguntándome; en qué preciso momento había comenzado a ocurrir todo esto. En qué instante, Anahí dejó de ser un proyecto y se convirtió en una parte de mi vida sobre la cual no tenía control. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

Entonces, vino a mi mente, el recuerdo de aquel primer día en el pasillo, cuando nuestros cuerpos colisionaron y nuestras miradas se encontraron. Es cierto, no había sido hoy la primera vez que tuve contacto físico con ella. Aquel día, le agarré los brazos, temerosa de que pudiera caer incluso antes de haberla visto. Desde entonces, comencé a protegerla sin darme cuenta. Ahora lo sé, fue en ese instante, cuando comenzó todo.

—¿Dónde tengo que firmar para autorizar mi ingreso permanente?

El sonido de esa voz, dulce y pausada, que jamás había escuchado, detuvo mi corazón de una manera súbita, para instantes después hacerlo latir a una velocidad ensordecedora, como jamás lo había sentido latir.

Mi mundo se detuvo, sí. Se detuvo en las palabras de esa pregunta que probablemente fuera lo que más deseaba escuchar en este momento. Se detuvo hasta el punto de que ni siquiera yo, era capaz de moverme a una velocidad

considerada normal.

Todo sucedía más despacio, y era tanta la ansiedad que tenía por voltearme y encontrarla, que mis movimientos eran lentos, quizás temiendo que esto no fuera más que un invento de mi mente.

Pero no. No lo era... Ahí estaba ella, de pie junto a la puerta, mirándome fijamente una vez más. Haciéndome sentir única en el universo por unos segundos.

Quería gritar, quería llorar, quería responderle... Pero mis cuerdas vocales, no eran capaces de pronunciar ni una sola palabra.

Y no sé cuánto tiempo transcurrió de esta forma, ni siquiera sé qué órgano era el que estaba dando las órdenes a mi cuerpo en este momento. Porque como si hubiera habido un paro en el tiempo, como si hubiera ocurrido una desconexión momentánea en mi ser, cuando quise darme cuenta, tenía su cuerpo entre mis brazos. Rodeando su cuello con fuerza y sintiendo como mis ojos se humedecían al verme impregnada por el olor de su cabello. Ese, que jamás había sentido tan cerca.

La abracé... como probablemente nunca hubiera abrazado a nadie... y ella permaneció completamente inmóvil. Ni siquiera esperaba mi reacción, ni siquiera yo fui consciente de la misma, hasta que me descubrí haciéndolo... No podía hacer, ni decir absolutamente nada. Solo quería tener la sensación de su cuerpo junto al mío, durante un tiempo indefinido. Transmitirle con mi abrazo, que nada malo iba a sucederle.

—Gracias... —Susurré en su oído, dejando que las palabras salieran por fin
—Gracias, Anahí.

VI

—No puedo respirar...

Esa fue la frase clave para que mis brazos dejaran de presionar su cuerpo como si la vida se me fuera en ello.

Ni siquiera sé si transcurrieron minutos o simplemente fueron segundos. Solo sé que de no haber sido por estar cortando el paso de su oxígeno, hubiera permanecido en esa misma posición incluso horas.

—Lo... lo siento... —Me disculpé apartándome rápidamente —Yo...yo...

Y no. No me salió ni una sola palabra más, en el momento en el que me encontré con sus ojos observándome tan de cerca.

Ella me mira atenta, incluso confundida me atrevería a decir. Probablemente, el repentino abrazo que acabo de darle, no haya sido nada en comparación a lo que debe pensar, mientras observa el brillo que seguramente tengan mis ojos en este momento. Un brillo que le otorgan las lágrimas, que a toda costa intento contener desde hace minutos.

—¿Estás segura de que quieres quedarte aquí, Anahí?

La voz de Marta interrumpió el contacto visual entre ambas, haciéndonos recordar, o haciéndome recordar, que no estamos solas en esta habitación.

—No demasiado. Pero... por algo debo estar aquí.

—Está bien... —aceptó la doctora, extendiendo unos papeles sobre la mesa —Entonces firma este documento.

—Hay una cosa más. —Advirtió ella —No quiero terapias, ni charlas, ni absolutamente nada de lo que intentaron hacer conmigo cuando llegué a este lugar.

—¿Entonces, como pretendes que podamos ayudarte?

—No necesito ayuda. Solo quiero... —Dirigió su mirada hacia mí antes de continuar —Mantenerme lejos de ese mundo exterior, al que no consigo verle nada bueno.

La observé en completo silencio, mientras la escuchaba repetir las mismas palabras que yo le había dicho anteriormente. Y una extraña emoción invadió mi pecho.

Lo cierto, es que no sé si no intervenía porque quería limitarme a escuchar, o porque realmente parecía haber olvidado la forma en que debían ser articuladas las palabras.

—Pues lamento informarte de que esto es un centro de salud mental, no una residencia de verano. Y tú eres una paciente que necesita ayuda.

—Marta... —Intervine por fin, sin apartar la vista de Anahí.

—Dulce, no —Sentenció mi amiga, adivinándome como siempre.

—Marta... —Volví a repetir, esta vez sí, volteando para mirarla —...Confía en mí.

Ella me observó con el ceño fruncido, tratando seguramente de aniquilarme con la mirada, o advertirme de lo que está pasando por su cabeza; "No haces más que echarle tierra sobre ti misma y meterte en un terreno que no conoces". Pero la insistencia de mis ojos, expresando una especie de súplica, emoción y alegría, fueron suficientes para que segundos más tarde, suspirara resignada y le ofreciera un bolígrafo. Anahí se acercó, aceptando el objeto y procediendo a firmar allí donde Marta le indica.

—Solo les voy a advertir una cosa... —Amenazó con su dedo índice acusador, mientras intercalaba la mirada entre ambas —Cuando tu padre venga hecho una furia, ustedes se van a hacer cargo.

—¿No tienes otro papel para autoprohibirme las visitas?

En ese instante, se produjo un repentino silencio. Marta la observaba con una ceja alzada, esperando que algún gesto suyo le hiciera entender si se trataba de una broma o hablaba realmente en serio. Ni siquiera yo lo sabía, pero el comentario me hizo ahogar una risa entre mis manos y Anahí como si nada, prosiguió firmando el documento mientras mi amiga rodaba los ojos.

—¿Eso es todo? —preguntó una vez había terminado de firmar.

—Si. Con esto ya nadie podrá sacarte de aquí, hasta que tú misma decidas que te quieres marchar.

—Muy bien... —Finalizó volteando para marcharse —Entonces voy a volver

al jardín.

Caminaba hacia la puerta, en el momento exacto en el que la voz de Marta volvió a interrumpir, justo cuando comenzaba a pasar por mi lado.

—Bienvenida, Anahí.

La interrupción hizo que se detuviera a mi altura. Me observó fijamente durante unos segundos en los que definitivamente, el tiempo se detuvo junto con su marcha.

—Siempre he estado aquí... —Susurró.

Y una vez más, mi corazón se acelera, sintiendo nerviosismo a la vez que emoción, al escucharla repetir aquellas palabras que yo misma le dije hace unos minutos. Este órgano, comienza a tener vida propia. Y lo curioso, es que yo misma estoy empezando a disfrutar de su sonido, así como, de la desconocida sensación que me provoca.

Le ofrecí una media sonrisa, que fue más producto de los nervios que de cualquier otra cosa. Y ella, después de permanecer un largo instante observándome fija e intensamente, abandonó el despacho.

En cambio yo, permanecí en esa posición, sin mover un solo músculo y sin ser capaz siquiera de pestañear. Por momentos hasta dejo de respirar para asegurarme de que sigo viva, y de que esto acababa de ocurrir realmente.

—¿No vas a correr tras ella para comértela a besos? —preguntó la voz de mi amiga, consiguiendo detener de forma súbita mi corazón.

—¿Perdona?!

Volteé confundida y la encontré nuevamente con los brazos cruzados sobre su pecho y observándome de una forma algo extraña.

—Si con su primera frase, consiguió que la abrazaras como si tu vida fuera en ello, cuando te sonría, tendré que amarrarte para que no te la comas a besos. O peor aún, para que...

—Espera, espera, espera —la detuve antes de que dijera una barbaridad —¿De...de qué estás hablando, Marta? La abracé porque me dio emoción. Porque no la esperaba. Y sobre todo, porque esto significa que no está tan perdida como creías.

—Ya claro... —suspiró sentándose nuevamente y llevándose ambas manos a la cabeza. Parece aturdida —Esto es una completa locura.

—¿Qué ocurre?

Mi amiga guardó silencio durante unos instantes, detuvo su mirada en aquel documento que hace apenas unos minutos había firmado Anahí y volvió a clavar su mirada sobre mí.

—Ocurre que ahora soy yo, la que está perdida.

—¿Por qué?

—Porque Anahí ha estado interna en este centro casi tres meses y nunca, le ha dirigido si quiera una mirada a ninguno de los que trabajamos aquí. Por no decir, que cada vez que alguno de sus familiares o amigos la visitaron los primeros días, los ignoró por completo. Además, a todo eso debes sumarle, que llevo años trabajando como psicóloga, especialmente en "La Cascada" y nunca he conocido a un paciente que prefiera permanecer internado, antes que volver a su casa... Y bastaron unas simples palabras tuyas, para conseguir en ella, todo lo que nadie ha conseguido en meses. Así que sí, estoy completamente perdida. Y me pides que confíe en ti, Dulce. Ahora sé que probablemente tú seas la única persona que consiga llegar a ella, pero al mismo tiempo me da miedo... porque has estado acompañándola diariamente, en completo silencio y aunque tú no lo veas con claridad, durante estos dos meses has tenido que crearte una imagen de ella en tu mente, de su personalidad, de su forma de hablar... ¿Qué ocurre si esperas demasiado? ¿Y si ella resulta no ser como tu creías? Creo que en este momento, harías cualquier cosa que Anahí te pidiera, y no sé hasta qué punto eso es bueno para ella, ni para ti.

—Marta, te aseguro que no tengo ni la más mínima idea de qué fue exactamente lo que la hizo reaccionar. Y también te aseguro, que no, no haría cualquier cosa que Anahí me pidiera. Todo lo que pasó hoy, es simplemente porque haría cualquier cosa para protegerla, pero no voy a influir en la forma en la que ustedes decidan tratar su enfermedad, si es eso lo que temes. No voy a esconderle la comida si llega a pedírmelo, ni a permitirle ir sola al cuarto de baño, rompiendo las reglas que hay con ella, ni voy a encubrirle en ningún sentido. No sé absolutamente nada de lo que ella necesita y no estoy siguiendo un patrón de ningún tipo a la hora de tratarla... simplemente la he estado

acompañando. Eso no puede tener nada de perjudicial, ni para ella, ni para mí.

—No, eso no es perjudicial. Lo que es perjudicial, es que llegues a interesarte por una mujer a la que realmente no conoces, simplemente por una imagen que tu mente se hizo de ella.

—¡No estoy interesada en Anahí, por dios!

—Puede que aún no.

—Vamos Marta, apenas he cruzado tres frases y cuatro miradas con ella.

—Solamente te voy a pedir un favor; ten siempre presente, que esto es un centro de salud mental, donde hay pacientes enfermos, entre los cuales se encuentra Anahí. No es un cuento de hadas, no va a surgir el amor y todo será color de rosa, no es una película romántica en la que después de dos horas, los protagonistas solucionen todos sus problemas y son felices para siempre. Esto es una realidad. Una realidad incluso más cruel que la que existe en el mundo, tras cruzar las puertas de este centro. Ayúdala, haz todo lo que consideres necesario y todo lo que tu corazón te dicte, pero ya que no puedo pedirte que mantengas tus sentimientos al margen, al menos prométeme que vas a estar preparada, para cualquier cosa que pueda suceder a partir de ahora.



Sí, definitivamente, iba a estar preparada para cualquier cosa que ocurriera, o al menos eso creía.

En cierto modo, creo que Marta exageró bastante en cuanto a sus deducciones y temores. Puede que sienta por Anahí un cariño que no siento por el resto de los pacientes. Pero también pienso que no tiene por qué ser nada diferente a la ternura que me inspira Doña Rosa. Simplemente son personas con las que conecté desde el primer momento, o que llegaron a mí, de una forma distinta que el resto. Obviamente, Anahí es el objeto de mi proyecto, y aunque mi amiga opine lo contrario, estar a su lado y observarla diariamente durante estos dos meses, me ha hecho conocerla de una forma en la que probablemente no la conozca ningún otro trabajador de esta residencia. Y sí, también es cierto que sentí pánico cuando creí que su padre se la

llevaría. El pánico que debe sentir cualquier doctor, cuando cree que la vida de un paciente corre peligro y no podrá hacer nada por evitarlo. Esa angustia que se crea en el pecho, presionando tus órganos y entorpeciendo el paso del oxígeno. Estoy segura, de que es una sensación completamente normal en una situación límite. Por no hablar, del latido desenfrenado que experimentó mi corazón cuando escuché su voz a mi espalda. Así como la cantidad de emociones que recorrieron mi cuerpo en cuanto entendí el significado de sus palabras y de mis hombros desapareció ese peso, que no eran más que kilos y kilos de miedo. Además, también debo mencionar la sensación que me produjo tenerla entre mis brazos...

No. Mejor no voy a recordar esa sensación.

Y en este preciso instante, voy a obligarme a dejar de pensar en cosas que no tienen sentido. Al fin y al cabo, le hice esa promesa a Marta. A partir de este momento, iba a estar preparada para todo lo que pudiese ocurrir. Para todo.

Suspiro, observando frente a mí aquel jardín. Creo que nunca he estado tan nerviosa antes de entrar, y probablemente mi comida se encuentre completamente revuelta en el interior de este recipiente, a causa del temblor que invade mis manos. No la he vuelto a ver desde lo ocurrido en el despacho. Podría perfectamente haber ido tras ella para resolver todas las dudas que en ese y este momento me asaltan. Pero decidí actuar como cada día, y esperar que llegara la hora de nuestra "cita" diaria. Además, ni siquiera sé si lo que ocurrió significa que ya abandonó el voto de silencio, o por el contrario, va a continuar ignorándome cuando la salud.

Quizás por eso, es que mis pasos se volvieron más lentos de lo normal mientras camino a su encuentro, pareciendo que en vez de metros, estoy recorriendo kilómetros.

Pero esos metros llegan a su fin. Y aquí estoy una vez más, frente a ella, más perdida que nunca en cuanto a lo que debo hacer o decir. Tanto, que mis cuerdas vocales deciden ponerse en huelga en el peor de los momentos, y por mucho que lo intento, no soy capaz de emitir ni una sola palabra.

Tiene entre sus manos el mismo libro que hace unas horas y su mirada está clavada en él una vez más. Pero debió sentir mi presencia en el mismo instante que aparecí frente a ella, y mi silencio sepulcral, tuvo que ser suficiente para

que alzara la mirada y me encontrara.

Ahí estaba, mirándome a los ojos una vez más, consiguiendo que mi cuerpo se helara y me maldijera por volverme tan estúpida en los momentos más inoportunos.

—Hola... —Dijo al ver que mi vocabulario pareció haberse perdido en algún lugar del camino.

"Hola", "Hola"... Eso es exactamente lo que yo he estado diciéndole durante dos meses. Un simple "Hola". Y ahora... esto quiere decir que su voto de silencio llegó a su fin y que además, debe pensar que soy la mujer más tonta del mundo en este momento.

—Hola... —Sonreí ligeramente.

¡Por fin! Gracias al cielo pude hacer y decir algo, parece que mi cuerpo y mi mente volvían a sintonizarse. Así que segundos más tarde, cuando volvió la vista a su libro, me senté a su lado, de la misma manera en que cada día lo hacía. Y comencé a destapar mi comida, dispuesta a intentar que algún alimento llegara a mí estómago.

—Creí que hoy no vendrías —Volvió a hablar después de unos instantes.

Dirigí la vista hacia ella para encontrarla observándome fijamente.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Bueno, tenía la seguridad de que venías a almorzar conmigo, porque aquí tienes el silencio que no existe en ese comedor lleno de ruido.

—Si lo que tú quieres es permanecer con ese silencio... —Me encogí de hombros —No tengo problema. No hay porqué decir nada.

Ella me miró entrecerrando los ojos, confundida, descolocada e incluso sorprendida.

—Eres muy extraña, Dulce —Finalizó y devolvió la vista a su libro.

Obviando por un momento, la emoción que sentí al escucharla pronunciar mi nombre por primera vez, no pude evitar reírme antes de preguntarle:

—¿Por qué lo dices?

—Porque cualquier otra doctora —Volvió a mirarme —hubiera corrido detrás para atiborrarme a preguntas. Y sin embargo, tú no sólo no viniste, sino que

además te da igual continuar sin decir absolutamente nada.

—Bueno, para empezar, aún no soy doctora —le aclaré —Así que no entro del todo en ese grupo al que acabas de hacer referencia. Y para continuar... Sí, claro que me gustaría saber cosas y hablar contigo. Pero todo tiene su momento. Y sinceramente pienso, que nunca han hecho demasiada falta las palabras entre nosotras.

Ella asintió, con la mirada aún confundida y volvió su vista a la lectura. El gesto no parecía haber sido una forma de estar de acuerdo con mis palabras, más bien resultaba una manera de finalizar la conversación.

Permanecí observándola unos instantes, descubriendo que no podía apartar la mirada de ella. Es cierto que no me importaría continuar con nuestro silencio el resto de la tarde, porque con sentir su compañía me es más que suficiente. Pero también es cierto, que fácilmente podría acostumbrarme a la sensación que me produce, tener su mirada clavada en la mía.

—Gracias... —susurré sin siquiera pensarlo, consiguiendo que abandonara su lectura una vez más y se dirigiera hacia mí con confusión. —Por haber reaccionado a tiempo y... firmar ese documento.

—Me lo agradeces por segunda vez, como si te hubiera salvado la vida —Se encogió de hombros —Y lo único que hice fue aceptar, que este lugar probablemente sea mejor que cualquier otro.

—¿Por qué?

—Bueno, aquí todos están locos, puedo pasar desapercibida fácilmente.

—Sea como sea, me alegra que estés aquí.

Se produjo un silencio que me resultaba un tanto incomodo al descubrir que no apartaba sus ojos de mí. No es que me molestara, en absoluto. Pero en este momento, estoy descubriendo que cuando me observa con esa intensidad con la que parece estar buscando algo en el fondo de mi mente, me intimida.

Y al mismo tiempo, me resulta curioso descubrir, que son las propias palabras, las que vuelven incómodos los silencios.

—¿Cuál es tu plan? —Preguntó después de unos segundos completamente callada.

—¿A qué te refieres exactamente?

—¿Qué pretendes hacer conmigo? ¿Ganarte mi confianza con paciencia y dulzura, para un día comenzar a ofrecerme charlas de lo hermosa que es la vida y la importancia de sentirme bien conmigo misma?

—¿Es eso lo que crees?

—No lo sé, por eso te lo pregunto. No sé lo que pretendes conseguir desde el primer momento que te sentaste frente a mí, sin esperar absolutamente nada. No creo que esto sea gratis, no creo que no tengas ningún fin.

—¿Quieres que te responda la verdad? ¿O lo que estaría bien decir?

—La verdad.

Observé hacia el frente, exhalando un suspiro, justo momentos antes de dirigir mi vista nuevamente hacia esos ojos azules, con la intención de comenzar a explicar lo que quiera que fuese a explicar.

—La verdad es que el primer día que me senté a tu lado, lo único que buscaba era acompañarte y que me acompañaras. Por alguna razón me daba... paz, compartir ese silencio contigo. Sentía que no hacía falta absolutamente nada más. Pero te mentiría, si te dijera que no me pregunto a diario lo que piensas, lo que sientes, qué es lo que hay dentro de tu corazón para que dejaras de verle sentido a la vida. Me lo pregunto, al igual que me pregunto, si existe algo que yo pueda hacer para cambiar eso —suspiré —Pero no. No pretendo conseguir nada, ni llevar a cabo un plan maestro para acercarme a ti. Mi único propósito es que, al menos los pocos momentos en los que estés conmigo... la vida no te parezca tan terrible. Simplemente eso.

Segundos después de mis palabras, habiendo permanecido completamente atenta e incluso algo desorientada durante las mismas, apartó su vista de mí sin decir nada, ni expresar una sola emoción de acuerdo o desacuerdo.

—¿Desconfías de mí? —Pregunté deseando leerle la mente en este momento.

—No confío ni en mi misma, Dulce.

—¿Desconfías de mí? —insistí.

Ella, volvió a clavar su mirada sobre mí, entornando los ojos ligeramente, como si tratara de averiguar algo.

—No.

Esa respuesta, fue todo lo que necesité escuchar. Aunque quizás para ella no era suficiente, ya que cuando bajé la mirada dispuesta a continuar con mi almuerzo, su voz me obligó a volver a enfrentarla.

—Hay algo que me obliga a confiar en ti, cuando ni siquiera me fío de mi misma.

Sin duda, eso fue mucho más de lo que esperaba escuchar de sus labios.

Si ella confía en mí, significa que esos momentos de silencio que hemos compartido durante los últimos meses, crearon una conexión real. Algo que no sólo me ha ocurrido a mí. Y eso es más de lo que podía esperar o pedir.

—Anahí, ¿Qué crees que vaya a pasar con tu padre, cuando se entere de lo ocurrido?

—Que pondrá el grito en el cielo y hará hasta lo imposible por sacarme de aquí.

—Por suerte eso ya no puede hacerlo.

—Lo sé, Dulce. Pero no te enfrentes a él. Es muy testarudo y podría buscarte problemas.

—Yo no le tengo miedo —Afirmé alzando una ceja.

—De eso ya me di cuenta, créeme. Pero no te origines un problema innecesario.

—Está bien —Acepté no muy convencida —Me mantendré al margen, siempre y cuando no se pase de la raya contigo.

—Cuando se te mete algo en la cabeza, no hay quien te lo saque, ¿verdad?

—¡No puede ser! ¿Apenas una hora hablando y ya me descubriste? —Exageré riendo.

—Te descubrí desde el primer minuto —Corrigió —Pero he tenido dos meses para confirmarlo.

Pues sí. Aunque aún continua causándome emoción, saber que no he sido la única aquí presente en estos dos meses, una parte de mí se sigue sorprendiendo, por esa extraña sensación de que a pesar de ser esta, la única conversación que hemos mantenido, la conozco... y ella me conoce a mí.

Había terminado de almorzar hacía bastante tiempo y automáticamente, había decidido triturar la pieza de fruta que tocaba hoy; pera, dejándola cuidadosamente preparada a su lado, como cada día. Fue prácticamente un acto reflejo, algo que hice sin pensarlo, mientras manteníamos esta pequeña conversación en la que ni siquiera sabía cuánto tiempo había transcurrido exactamente. Observé el reloj de mi muñeca y cierta sensación de decepción me invadió al descubrir que era hora de marcharme.

—Será mejor que vuelva al trabajo —Informé con desgana —O le daré una excusa más a tu padre para que mis prácticas terminen antes de lo esperado.

—Y no queremos eso.

Simplemente sonreí, y al ver su semblante serio, me asaltó un pensamiento: algún día, más tarde o más temprano, conseguiría arrancarle una sonrisa sincera. Algún día, estando a mi lado, su corazón dejará de sentir ese peso y podrá ser libre, aunque sea por un instante.

Me levanté de aquel banco y permanecimos mirándonos unos segundos, sin saber qué decir, ni como despedirme.

—¿Nos veremos mañana? —Pregunté torpemente.

—No creo que tenga muchos otros lugares a los que ir.

—Claro... —Volví a sonreír —Espero que tengas un buen resto de día.

—Igualmente, Dulce.

Sin más, dispuesta a marcharme, avancé unos pasos. Pero al instante, sentí la necesidad de decir algo más antes de perderla de vista definitivamente.

—¡Anahí! —Llamé al tiempo que volteaba, captando su atención rápidamente —Me gustó mucho hablar contigo.

Y ahora sí, sin recibir nada más que una fija y aparentemente intrigada mirada por su parte, me alejé de allí, sabiendo que no sólo el resto de este día iba a ser diferente, sino el resto de los días que vendrían a partir de ahora, supondrían un cambio importante en lo que hasta ahora había sido mi vida.

VII

Considero que en este momento, soy absolutamente capaz de cerrar los ojos y recrear en mi mente, todas y cada una de las manchas y marcas que tiene el techo de mi habitación. Debo llevar horas en esta misma posición. Acostada boca arriba, como si estuviera observando el cielo estrellado más interesante del mundo. Ya he contado ovejas, cerditos, cabras, incluso leones, y ni siquiera esa granja ha conseguido que sea capaz de pegar ojo. Morfeo parece no querer visitarme esta noche y la desesperación comienza a impacientarme.

Dado que además de eso, mi estómago comienza a crujir por el hambre, después de resoplar completamente resignada, decido levantarme a la cocina en busca de un vaso de agua y algo de comida, con la esperanza de que actúen como somnífero. Son las 4:03 de la mañana, eso quiere decir, que si me durmiera en este preciso instante, dormiría 2 horas y 57 minutos. Pero obviamente a eso debemos restarle el tiempo que tardaré en ir a la cocina, comer y volver. No, mejor no calculo el resultado. Además ¿Por qué demonios no puedo dormir, si no soy capaz ni de mantener los ojos abiertos cuando me levanto?

Observo como White está acostado sobre su cómoda cama para perros, situada en la sala y alza la cabeza en cuanto siente mi presencia.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

¿Será cierto eso de que las mascotas, concretamente los perros, son capaces de dejarse influenciar por el estado de ánimo de su dueño? ¿Y que reciben las buenas o malas vibraciones de cualquier ser humano?

No sé si será cierto o no, pero si es así lo compadezco, pues sus únicas preocupaciones deberían ser; comer-dormir-salir a la calle, y no aguantar mi insomnio y mis quebraderos de cabeza.

Me sigue hasta la cocina, sabiendo que seguramente recibirá algo de comida él también. Así que lo primero que hago es servir un poco de ese pienso que tanto le gusta, en su recipiente, al que rápidamente ataca como si llevara semanas sin ser alimentado.

Busco entre los armarios algo rápido y fácil que no precise de preparación, pero al ver que lo único apetecible son unas galletas a punto de acabarse, recuerdo que debo hacer la compra. Los supermercados deberían estar abiertos a esta hora, así al menos, mi insomnio resultaría productivo.

Una vez de vuelta en la sala, decido tumbarme en el sillón y encender la tele mientras disfruto de mis últimas galletas y un vaso de leche caliente, que terminó siendo la sustituta del agua. En la televisión a estas horas no hay más que programas de tele-tienda en absolutamente todos los canales. Juegos de cuberterías, milagrosos aparatos que te hacen parecer culturista sin necesidad de pisar un gimnasio, otros extraños aparatos que no sé para lo que sirven, y dada su forma, prefiero no saberlo. Y así, un largo etcétera de productos que probablemente alguien esté comprando en estos momentos.

White no tarda sino unos minutos en aparecer de un salto sobre el sofá, dispuesto a hacerme compañía y apartar mi atención de esos anuncios publicitarios tan "interesantes", nótese la ironía.

—¿Por qué no podemos dormir? —Pregunto observando cómo recuesta su pequeña cabeza sobre mi estómago.

Nunca he sufrido de insomnio, de hecho, mi capacidad para quedarme dormida es bastante rápida y profunda. Y no son muchas, por no decir ninguna, las ocasiones en que algo ha conseguido robarme el sueño. Aunque si es cierto, que siempre he sido una especie de ave nocturna, para quien la inspiración aflora en las noches con más intensidad.

Hace algunos años, cuando pasaba las vacaciones en la casa del lago, podía perfectamente estar despierta hasta las 3:00 y 4:00 de la mañana, escribiendo cualquier cosa que por mi mente pasara. Mi abuela solía despertarse en plena madrugada y al ver encendida la luz de la sala, siempre me preparaba un vaso de leche caliente y se sentaba a mi lado, esperando que le leyera lo que quisiera que estuviera escribiendo. Adoraba compartir esos momentos con ella, porque era la persona más sincera que podía existir y siempre tenía tanto elogios, como críticas constructivas. Ella aseguraba que con el paso de los años, mi expresión y vocabulario mejorarían a la hora de escribir. Pero siempre me decía, que yo poseía algo que no se ganaba con los años, ni con la experiencia. "Escribes con el corazón —Me decía. —Consigues que con cada palabra, me sienta parte de ti y de tus emociones. Eres increíblemente sensible, Dulce... y

la persona que consiga conquistar tu corazón, se estará llevando el mejor regalo que la vida le pueda dar."

Claro que, era mi abuela, prácticamente como mi madre, ¿Qué podía pensar ella de su nieta favorita? Si me viera ahora, después de tantos años y sin haber encontrado aún a esa persona, seguramente tendría nuevas y alentadoras palabras que me impedirían perder la fe.

No es que la haya perdido. Pero a veces pienso que he idealizado tanto el amor durante toda mi vida, creándolo en historias imaginarias, que si cuando alguien se acerca a mí, no siento eso, simplemente no pierdo el tiempo. Pero en ocasiones pienso... ¿Cómo voy a encontrarlo, si ni siquiera doy la oportunidad de que alguien entre en mi vida el suficiente tiempo para que pueda comprobarlo? A lo mejor me equivoco al pensar que es algo súbito e inesperado, algo que te controla sin que puedas controlarlo. Así como mismo no puedo controlar el hecho de llevar horas recordando todo lo sucedido el día de hoy, o el de ayer, dada la hora que es.

—Habló... ¿Sabes? —Me dirijo al cachorro, dejando suaves caricias en su cabeza —Y tiene una voz... perfecta. Perfecta para ella, igual de dulce y delicada que su apariencia. Definitivamente, no podría haber tenido otra voz que no fuera esa. —No puedo evitar suspirar, con un sentimiento de preocupación, mientras observo a la nada —White, es tan hermosa...tan frágil... ¿Cómo puedo ayudarla, pequeño? ¿Cómo puedo hacerla abandonar ese infierno que debe estar viviendo? Siento tantas ganas de protegerla cuando está a mi lado... cuando me mira, con esa tristeza que expresan sus ojos... con ese vacío, te juro que solo tengo ganas de abrazarla. Abrazarla y que nada ni nadie pueda dañarla mientras esté entre mis brazos.

Sin mucho ánimo de volver a la cama para continuar dando vueltas, recuesto mi cuerpo sobre el sofá, mientras continúo recreando en mi mente cada imagen de lo ocurrido hace apenas unas horas. Cada momento, cada palabra, cada mirada...

—Esto es una locura... —vuelvo a suspirar —Déjame ayudarte, Anahí... Permíteme intentar conseguir que veas el mundo con otros ojos. Déjame llegar a ti, déjame rescatarte.



8:00 de la mañana y aquí me encuentro un día más, andando por el pasillo de la primera planta, como si de un zombi me tratase. Debo haber dormido una hora en toda la noche. A ciencia cierta, no estoy segura, solo recuerdo que el sonido del despertador me sobresaltó haciéndome creer que hacía apenas cinco minutos que había cerrado los ojos. Gracias al café, estoy un poco más despierta en este momento, pero aun así, presiento que la traspasada me pasará factura a lo largo del día.

Unos pasos aproximándose ponen alerta mis sentidos, y mis órganos parecen despertarse por arte de mi magia, sabiendo que en unos segundos la tendré frente a mí. El corazón ya se acelera por sí solo, recibiendo ese ya común hormigueo que sube desde mi estómago, produciéndole a mis manos una nueva sensación de sudor frío y temblor.

Y entonces la veo aparecer, igual de bonita que siempre, con su cabello aparentemente recién lavado, pues cae húmedo sobre sus hombros y no me hace falta acercarme para que me invada ese olor a fruta tan característico y adictivo.

Me observa fijamente mientras se acerca, incluso con una extraña seriedad que me inquieta de un momento a otro. Ambas nos detenemos, al llegar una frente a la otra, pero no decimos absolutamente nada. Un simple "buenos días", sería la mejor opción, y de hecho, es lo que llevo toda la mañana practicando. Pero su forma de mirarme, descolocó por completo mis planes.

—Tienes mala cara —Afirmó simplemente.

Sorprendida por su actitud, no pude hacer más que sonreír al mismo tiempo que alzaba ambas cejas, confundida.

—Buenos días a ti también...—Respondí irónicamente —Y gracias por tu sinceridad.

—¿Qué ocurre?

Su insistencia me hizo fruncir el ceño, tratando de averiguar qué pasaba por su mente. ¿Estaba preocupada? ¿Preocupada por mí?

—Una mala noche... —Sonreí con la intención de tranquilizarla.

—¿Muchas cosas en las que pensar?

—Seguramente.

—El mejor remedio para eso, es tomarse un vaso de leche caliente. Ayuda a relajar el cuerpo y conciliar el sueño.

—Ese fue mi truco... Pero no fue hasta las 4:00 de la mañana que decidí llevarlo a cabo.

—De ahí la explicación a tus ojeras.

—Vaya... —alcé una ceja —gracias otra vez. Veo que hoy te levantaste con la sinceridad a flor de piel.

—No hay de qué.

Su pasotismo, además de causarme cierto nivel de gracia, que por supuesto no le iba a demostrar, me hizo rodar los ojos. Me resultaba increíble cómo podía pasar de la preocupación a la indiferencia en cuestión de segundos.

—Bueno, pues... dado que tu amabilidad hoy brilla por su ausencia, voy a comenzar a trabajar —Finalicé, dispuesta a continuar mi camino con fingida frustración. Pero algo me impulsó a voltearme por última vez, para descubrirla con el semblante serio, viendo como me marchaba. No fue hasta entonces, que supe lo que quería decirle —¿Sabes? Es una pena que con una cara tan bonita, tengas tanta mala leche —Sus ojos se entrecerraron, prácticamente queriendo matarme con la mirada, cosa que me hizo sonreír triunfante —Deberías sonreír más a menudo —Concluí dándole un toque pícaro y cariñoso con mi dedo índice en su nariz. Y salí definitivamente de allí, antes de que su boca se abriera con la intención de protestar.

Minutos más tarde, me encontraba en la segunda planta, dirigiéndome hacia mi despacho, cuando alcé la vista y vi a Marta de frente, saliendo del suyo y observándome de una forma extraña.

—No sé por qué debo preguntar primero... —Decía mientras llegaba hasta ella —Si por esa mala cara que tienes, como si no hubieras dormido en toda la noche, o por la sonrisa de estúpida que te acompaña.

—¿Hoy añadieron un plus de simpatía al café del centro? —Pregunté incrédula, con ironía —Porque no es normal que todas estén tan amables, de

verdad.

—Voy a permitirme deducir que en ese "todas", me estas comparando con Anahí. Y... ¡Es más!, me la jugaré apostando que esa sonrisa de estúpida, tiene algo que ver con ella.

—Lo que me faltaba... —Resoplé rodando los ojos.

—Acompáñame a tomar un café, anda. Necesito un descanso y quiero saber por qué hoy viniste disfrazada de mapache.

—Obviando por unos segundos tu comentario —Alcé una ceja ofendida —Está bien, —Me encogí de hombros —Tú eres mi jefa.

—¡Vaya! ¡De repente la muchacha se volvió obediente!

Entre risas, nos dirigimos a la cafetería del centro, donde pedimos a Carmen que nos sirviera dos deliciosos y humeantes cafés, que a continuación llevamos hacia el jardín. Marta prefirió tomar un poco de aire fresco, así que nos acomodamos en una de las mesas donde algunos pacientes solían jugar a sus habituales juegos.

Al ser tan temprano, el jardín aún no estaba muy concurrido. Por lo que pudimos disfrutar de una agradable vista y conversación.

—Oye, ayer con todo lo sucedido, se me olvidó comentarte lo que pasó en la universidad.

—¡Sí, es cierto! ¡Ni siquiera me enseñaste las anotaciones de tus profesores!

—Este... uhm... bueno, eso va a estar un poco difícil ya.

—¿Qué hiciste? —Preguntó alzando una ceja.

—Pues... lo leí —Informé viendo como asentía de acuerdo —Lo arrugué y... lo tiré a la papelera.

—Oh...¿Y se puede saber por qué hiciste eso?

—Marta, porque quiero hacerlo a mi manera, no como ellos digan.

—Pero es que ellos son los que te van a aprobar o suspender, ¿Entiendes?

—Sí, entiendo. Pero creo que si voy a tener que defender una investigación delante de esas personas, lo más lógico es que sepa de lo que estoy hablando y

que defienda algo que hice yo, a partir de mis convicciones y mi trabajo, ¿No crees?

—Sí, lo creo, pero también creo que eres una rebelde y una cabezota sin remedio. ¡Ni siquiera me dejaste leerlo!

—No decía nada interesante, créeme.

—¿Sabes, Dulce? Tú eres de esas personas a las que solo les puede ocurrir dos cosas en la vida; o triunfan, o fracasan... Pero nunca te vas a quedar en el medio. No sirves para vivir sin arriesgarte.

—Lo curioso, es que ni te imaginas cuantos años llevo conformándome y aceptando las cosas como vienen. Creo que esa rebeldía, murió junto a mi abuela, y es apenas ahora, cuándo la estoy volviendo a recuperar. Y ni siquiera sé por qué.

En ese instante, sentí una presencia caminar a nuestro lado, obligándome a mirar hacía mi izquierda.

Entonces la vi, era ella. Nuestras miradas se clavaron la una sobre la otra, sin decir absolutamente nada, en esos segundos en los que, mientras continuaba su camino, el tiempo había parecido detenerse. Así como la voz de Marta, y el resto de los sonidos, desaparecieron. Me observaba con intensidad, únicamente a mí... Y yo solamente podía mirarla a ella. Como si en este jardín, no existiera absolutamente nada más.

Y así, segundos más tarde, me descubrí a mí misma sonriendo, mientras ella procedía a sentarse en su ya habitual banco, perdiéndome de vista. Un incontrolable suspiro se apoderó de mis pulmones y negué ligeramente con la cabeza, al mismo tiempo que volvía la mirada hacia mi amiga, encontrándomela observándome expectante.

No dijo ni una sola palabra. Simplemente me observó. Y yo, tampoco tenía mucho que decir, esperaba que hiciera alguno de sus comentarios, o se quejara porque dejé de escucharla un instante. Pero no... absolutamente nada.

—¿Ocurrió algo más en la universidad? —Preguntó después de unos segundos, consiguiendo que recordara nuestra conversación.

—Uhm... Vi a Claudia. —Eso me recordó también otro hecho —¡Es cierto! Me sugirió que fuéramos este fin de semana a cenar o a tomar algo, para

distraernos de trabajo y exámenes.

—Me parece una buena idea. Creo que a las tres nos hará falta. ¿Qué te parece ir a cenar mañana, y después a donde la noche nos lleve?

—Está bien. Si la veo esta tarde en el parque, le informaré sobre el plan.

—¡Perfecto! —Exclamó guiñándome el ojo —Y ya, creo que es hora de que volvamos. Si no, después me vas a reclamar que no te dejo trabajar.

—Oh... dudo mucho que eso llegue a ocurrir en algún momento, doctora Andoni.

Entre risas una vez más, subimos a la planta de despachos, donde nos despedimos para cada una ir a hacer su trabajo. Por fin, pude encender mi ordenador y esperar pacientemente a que el archivo se abriera, para continuar redactando mi proyecto. Me resulta curioso darme cuenta de que Anahí, ocupa probablemente el 90% de mis pensamientos a lo largo del día. Cuando no es porque estoy redactando esta investigación de la cual es protagonista, es porque ocurrió algún hecho con ella que no sale de mi mente. Sea cual sea el motivo, la tengo en mis pensamientos cada minuto del día

Pasaron algunas horas entre letra y letra, frase y frase, café y café. Y un día más, me encontraba entrando en el jardín, esta vez yendo directa y sin titubear hasta su lado.

—Creo que estás en la misma posición que cuando me fui esta mañana —Comenté sentándome frente a ella, apoyando mi espalda en el posa-brazos del banco y subiendo las piernas, para quedar cara a cara.

—¿Y tu almuerzo? —Se extrañó al levantar la vista de su libro y verme con las manos casi vacías.

—Hoy no tengo hambre. Llevo toda la mañana tomando café para combatir mi sueño. Pero... —Añadí rebuscando en el bolsillo de mi bata, con cierto tono de misterio —¡Si traje el postre!

En cuanto pronuncié esa frase, dejé a la vista dos "paletas", en forma de corazón, que parecieron llamar poderosamente su atención, ya que abrió los ojos de inmediato.

—¿Paletas de corazón? —Preguntó casi incrédula.

—Exacto —Le ofrecí uno de ellos.

—Ni te imaginas cuantos años hace que no como uno de estos.

—Pues no sé a qué estás esperando.

Mientras decía esas palabras, el caramelo ya había sido introducido en mi boca, dispuesta a disfrutar de su adictivo sabor.

Ella permaneció mirándome algo dudosa, durante unos instantes.

—Como no te des prisa, me va a costar aguantarme las ganas de robártela.

—Pero si tú ya tienes la tuya —Se defendió entrecerrando los ojos.

—Sí, y se acaba muy rápido. Así que, aprovecha antes de quedarte sin ella.

Le guiñé un ojo al tiempo que sonreí, y ella, mirándome aún desconfiada, como una niña pequeña, introdujo el caramelo en su boca. Dejándome observar un brillo en sus ojos, en cuanto el sabor llegó a su paladar.

—Eran mis favoritas —Comentó.

—¡Es que son las más ricas!

Asintió de acuerdo y pude observar como durante unos segundos se concentraba en saborear aquel caramelo, como si realmente hiciera años que no disfrutaba comiendo algo. Un hecho que me resultó bastante extraño. Pero entonces, un ruido procedente de mi boca, la distrajo y me observó confundida.

—¿Qué estás haciendo?

—Comerme mi paleta —Respondí sin entender su pregunta.

—¿Pero la estás mordiendo? ¿Por qué la estás mordiendo? ¡Así se te acaba más rápido!

—Por eso te aconsejé que te dieras prisa.

—Pareces un ratón. —Finalizó sacándome la lengua.

Al instante, continuó saboreando concentrada su caramelo. Y yo permanecí observándola, absolutamente atontada por el gesto que acababa de hacerme y por la ternura que me inspiraba verla disfrutar de la golosina, como si realmente fuera una niña pequeña.

Después de unos minutos, su mirada se detuvo en mí, durante un largo instante. Dando la apariencia de que algo pasaba por su mente, algo que me encantaría averiguar. Sin embargo, no pronuncié ni una palabra, simplemente dejé que me observara y no aparté mi vista de ella en ningún momento.

—¿Realmente eres tan diferente como aparentas? —Preguntó de pronto.

—¿Qué quieres decir exactamente con "diferente"?

—Eres distinta a todos los que hay por aquí y a todos los profesionales que alguna vez han intentado acercarse a mí. Me tratas diferente... me miras diferente... Tú no me miras como si fuera un trabajo a llevar a cabo.

—Eres una chica. —Me encogí de hombros —Y aunque te parezca extraño, debajo de esta bata de doctora importante, no hay más que otra chica.

—No es por desanimarte, Dulce. Pero si vas a ver a todos tus pacientes como simples personas, creo que te equivocaste de profesión.

—¿Sabes? Eso mismo llevo pensando yo durante cuatro años —Sonreí ocasionándole confusión —Pero hace poco alguien me dijo, que el camino que tú eliges, no siempre tiene que llevarte al lugar que esperabas. Sin embargo, eso no hace que deje de ser el camino correcto, mientras tú creas en él. Aun no entiendo bien el significado de esas palabras y aún no sé si a todos los pacientes los veré de la misma forma que te veo a ti. Pero probablemente tenga que averiguar ambas cosas.

—Eres una chica curiosa.

—En dos días me has dicho, curiosa y extraña —Alcé ambas cejas sonriendo —Solo espero que con el tiempo, esos adjetivos te parezcan algo bueno.

—Yo nunca he dicho que sean malos.

En ese momento, se produjo un silencio en el que nuestras miradas permanecieron la una sobre la otra nuevamente. Me pareció ver un atisbo de sonrisa en sus labios, pero si esa fue su intención, no terminó de llevarla a cabo. Simplemente me observaba, mientras mi corazón sufría un hormigueo al que aún me resulta imposible acostumbrarme.

—Así que es cierto eso de que ya hablas —Afirmó una voz, mientras se aproximaba hasta nosotras.

Cuando alcé la vista y ella volteó a medida que se levantaba, habiendo reconocido dicha voz. Observé como su padre llegaba hasta nosotras en cuestión de segundos, con el semblante serio y acompañado por ese hombre alto y fuerte del día anterior.

—¿Qué estás haciendo aquí, papá?

—¿Cómo que, qué estoy haciendo aquí? Vine para llevarte a casa en este preciso instante.

—No puedes. Ya firmé un documento autorizando mi propio ingreso.

—Sí, ya me informaron de esa nueva estupidez tuya. Pero en este momento vamos a ir al despacho de la doctora para que revoque dicho documento.

—Ya dije que no. No me quiero ir de aquí.

—¡Me importa un comino lo que tú quieras, Anahí! —Gritó agarrándola por los brazos. —¡Ya está bien de caprichos!

En el momento, en el que vi las manos del señor Valente, sosteniendo los brazos de su hija con brusquedad, un insoportable calor interno recorrió mi cuerpo, consiguiendo que en un acto reflejo saltara del asiento y lo apartara aún con más brusquedad de la que hubiera pensado.

—Será mejor que no vuelva a agarrarla así o tendré que llamar a seguridad —Sentencié posicionándome entre ambos, protegiendo su cuerpo con el mío.

—¿Otra vez tú?! Muchacha, ya te dije que te mantuvieras al margen o me encargaré de que te quedes sin trabajo en cuestión de minutos.

—Y yo le dije a usted que no me importa lo que quiera hacer conmigo y que como vuelva a agarrarla así, voy a llamar a seguridad.

—¿Tú no sabes con quien estás hablando verdad? Eres demasiado joven para saber las consecuencias que esto puede traerte.

—Dulce, por favor... —Susurró Anahí a mi espalda, agarrándome el brazo con la voz algo temblorosa —No te busques problemas, déjalo así.

—No, Anahí —Me giré para encontrarme con su mirada asustada —No voy a permitir que nadie te hable, ni te trate de esa forma. Así sea tu padre o el

presidente del país.

La seguridad en mis palabras, así como la de mi mirada, hicieron que permaneciera en silencio, simplemente observándome.

—Eres una inconsciente, muchacha —volvió a interrumpir la voz del hombre —Ni siquiera sé cómo te atreves a intervenir en lo que quiero para mi hija.

—Intervengo porque no se trata de lo que usted quiera, señor Valente. Se trata de lo que ella quiere y necesita. Anahí está enferma y precisa de ayuda. Una ayuda que desde luego no va a recibir en su casa. ¿Acaso se ha parado a preguntarle en algún momento lo que quiere?

—¡No necesito saber lo que ella quiere! ¡Necesito que mi hija, esa niña que siempre lo ha tenido todo, deje de comportarse como una cría y crezca! ¡Que deje de hacer espectáculos y llamar la atención! Si tu madre viviera, se avergonzaría completamente de ti —Finalizó rudamente, dirigiéndose a ella.

—¡Ya basta! —Volví a ordenar —Lárguese de aquí. Porque si alguien da vergüenza en este momento, es usted y su actitud. No se hace ni una idea de lo equivocado que está...

—¿Qué está ocurriendo aquí? —Intervino la voz de Marta, que de pronto apareció con el personal de seguridad.

—Ocurre que el señor Valente, no entiende que su hija ya tomó la decisión de permanecer en el centro. Ocurre, que es un egoísta, y lo único que le importa, son sus propios intereses.

—¡No le voy a permitir que me siga faltando el respeto!

—¡Y yo no voy a permitir...

—¡Por favor, se acabó! —Volvió a interrumpir Marta —Señor Valente, acompáñeme a mi despacho para explicarle la situación.

El hombre la miro de mala gana, supongo que sin mucho ánimo de hablar, ni saber absolutamente nada. Jamás había conocido a una persona tan cerrada e insensible con su propia hija. Volvió a mirar a Anahí, que por estar a mi espalda, no supe que expresión tenía, y de ninguna manera iba a apartar mi vista de ese hombre. Y por último, se dirigió hacia mí, con semblante serio y extremadamente frío. Encontrándose recibido por una mirada desafiante que sin querer, llevo minutos sin abandonar.

—Esto no se va a quedar así —Finalizó volteando al instante, dispuesto a marcharse.

—Algún día, ella va a recuperarse, va a salir adelante... Y usted se arrepentirá de todo lo que acaba de decir y hacer.

Detuvo unos segundos su marcha al escuchar mis palabras. Pero ni siquiera volteó. Simplemente esperó un instante y continuó su camino sin decir una sola palabra, seguido por Marta y el resto de personas. Me di cuenta entonces, de que en el jardín se había creado un extraño ambiente de expectación, pues nunca sucedía nada parecido.

Sentí mi pecho completamente agitado y me resultó extraño no haberme dado cuenta de ello hasta este momento. Mi corazón latía con fuerza, furioso y nervioso. Mis puños estaban cerrados, ejerciendo mucha fuerza sobre mí misma. Entonces volteé, tratando de controlar mi respiración y calmar mis nervios. Pero en el momento en que la vi, todo mi mundo se vino abajo.

Tenía la mirada fija en el suelo, y podía distinguir algunas lágrimas descendiendo por sus mejillas.

Esa imagen, simplemente me rompió el corazón. Y la rabia que sentía hace unos segundos, desapareció transformándose en una absoluta ternura. Dicha ternura, me hizo extender los brazos y refugiarme junto a mi cuerpo, en un intento de ofrecerle cobijo, protección, comprensión, o lo que quiera que necesitase en este momento. Ella no me correspondió. Al igual que el día anterior en el despacho de Marta, su cuerpo permaneció inmóvil, además de tensarse en el instante en que sintió mi calor.

Pero no desistí ni un segundo. Me mantuve firme en mi deseo de protegerla y poco a poco, sus músculos se fueron relajando, dándose cuenta, de que nada le iba a suceder, de que no pretendía hacerle daño.

Entonces, sin esperarlo, sentí sus brazos rodearme y aferrarse a mi cuerpo con tanta fuerza, que parecía no querer que nada ni nadie la hiciera abandonar esa posición. Sus lágrimas comenzaban a mojar mi ropa. Pero no dije absolutamente nada. Simplemente permití que desahogara sus sentimientos. Que dejara salir hacia afuera, todo eso que tanto tiempo lleva guardando. Permití que sus emociones se apoderaran una a una de ella, y que por fin, recuperara su humanidad. Sintiendo en todo momento, que mi cuerpo, mi mente

y sobre todo mi corazón, estaban aquí, a su lado, acompañándola.

VIII

La ronda de esta mañana, resulta algo diferente. Mi mente está más distraída de lo normal. Seguramente sea debido a todo lo sucedido estos días y en concreto, ayer. O quizás estoy preocupada. Hoy, a pesar de hacer el mismo recorrido que todas las mañanas, no encontré a Anahí en el pasillo del primer piso. Sé perfectamente que no le ha ocurrido nada, pero aun así, es la primera vez que falta a nuestra "cita". Bueno, aunque seguramente, sólo yo veo ese casual encuentro como una "cita" No sé de qué manera vaya a afectar todo esto en su estado de ánimo. Jamás la había visto con tanta tristeza, como cuando lloraba mientras la abrazaba. Lo cierto, es que jamás había visto ni una sola emoción en ella. Y que esa haya sido precisamente, la tristeza, me preocupa.

No es fácil escuchar a tu propio padre tratándote como si fueras una vergüenza. Sin duda, no debe ser nada fácil, por mucho que quiera aparentar fría y sin emociones. Su corazón ayer se rompió, y aunque era necesario que ella tuviera contacto con algún sentimiento lo más pronto posible, no estoy segura de hasta qué punto, eso es bueno. No tengo ni la más mínima idea de cómo ayudarla y la impotencia me consume cada día más.

—Dulce bonita —Escuché la voz de doña Rosa, sacarme de mis pensamientos —¿Qué te preocupa?

Observé la mirada comprensiva de aquella mujer que permanecía en su incómoda silla, como cada día, acompañando eternamente al amor de su vida.

—Nada... —Sonreí —Simplemente estoy distraída.

—Te quedaste ausente durante minutos mientras hablábamos. Puede que sea vieja, cariño, pero no soy tonta.

—Usted no es vieja. Solo... Tiene más experiencia —Volví a sonreír —Estoy algo preocupada por todo esto, creo que en ocasiones no sé dónde está la línea que separa el trabajo, de mi vida. Y temo que pueda llegar a afectarme más de lo debido.

Ella, por un momento, observó a su marido que estaba siendo revisado por Marta y una enfermera. Permaneció en silencio unos segundos, y volvió su

vista hacia mí.

—¿Puedes acompañarme hasta el jardín? —Preguntó sorprendiéndome
—Necesito tomar un poco el aire. Y así te contaré unas cuantas cosas que creo debes saber.

—Claro. Vamos.

Observé un momento a mi amiga y con un gesto le hice saber, que íbamos a ausentarnos unos minutos. Seguidamente, ayudé a doña Rosa para que se levantara y agarrada de mi brazo, nos encaminamos hacia la salida.

Llegamos al jardín después de unos largos minutos, pues su paso era lento y me aseguré de que fuéramos con mucho cuidado.

—Hace un día espléndido —Comentó mirando hacia el cielo soleado.

—Así es. Debería salir más a menudo al jardín. Se está muy a gusto.

—¿Por eso almuerzas aquí cada día, con esa chica? —Preguntó al tiempo que señalaba hacia un lugar.

La pregunta de esta señora me sorprendió, sí. Me dejó bastante descolocada, pero el hecho de ver a Anahí sentada sobre aquel banco, como siempre, me hizo olvidar cualquier cosa que estuviera ocurriendo a mí alrededor. Pero en cuanto mi cerebro hubo reaccionado, volví a mirar a doña Rosa, con confusión.

—Te veo todos los días desde la ventana —Explicó al ver mi expresión
—¿Me la presentas?

—Claro.

Procurando que nuestros pasos fueran firmes y seguros, mientras se agarraba de mi brazo caminábamos hacia ella, que en algún momento del trayecto debió sentir nuestra presencia, pues una vez llegamos a su lado y alcé la vista, la encontré observándonos.

—Hola... —Fue lo único que mis labios pudieron pronunciar.

—Hola —Respondió observándome fijamente.

—Quiero presentarte a alguien; Doña Rosa, ella es Anahí. Anahí, Doña Rosa.

—Oh, eso de "Doña" me hace parecer mucho más mayor de lo que en realidad soy.

La mujer, se acercó con una tierna sonrisa, mientras ella aguardaba con cierto atisbo de confusión en su expresión.

—Encantada, Anahí. —susurró agarrándole las mejillas.

—Igualmente, Doña Rosa.

—Eres muy bonita ¿Sabes?

Ella bajó la mirada ligeramente, sin responder. Y acto seguido, la mujer se dirigió a mí, que observaba la escena a su lado en completo silencio.

—¿Verdad que es bonita, Dulce?

Esa pregunta me pilló completamente desprevenida, pero al ver que la mirada de ambas recayó sobre mí, mi cuerpo reaccionó ocasionándome un ligero estado de nervios. Observé fijamente a Anahí, que permanecía con su mirada clavada sobre mis ojos, como si le produjera curiosidad lo que fuera a responder.

—Si... Es... es preciosa. —Sentenció seriamente. Aunque realmente, no estaba demasiado segura de lo que acababa de decir.

Nuestras miradas no se evitaron en ningún momento. Permanecieron así, segundos en los que mientras parecía que el tiempo no transcurría, yo me moría por saber qué podría estar pasando por su mente. Pero entonces, la anciana mujer rompió el contacto visual, dirigiendo la vista de Anahí hacia la suya propia.

—Eres hermosa. Y sé que pronto encontrarás luz en tu camino, solo tienes que abrir el corazón.

La adorable mujer, sentenció sus palabras depositando un tierno beso, en la frente de una Anahí cada vez más confundida y se dirigió hacia mí.

—Voy a continuar con mi paseo, Dulce bonita.

—Yo la acompaño —Me apresuré agarrándola del brazo.

—No es necesario. Quédate aquí si quieres. Puedo ir sola.

—De ninguna manera. Además, ¿Usted no tenía algo que decirme?

—Oh, sí es cierto... —Recordó —Pero...

—Pero nada —Interrumpí sonriendo y a continuación miré hacia Anahí
—¿Nos veremos luego?

Ella asintió, dándome a entender que estaría aquí, esperándome. Cosa por la cual no pude evitar sonreír.

Es cierto que desde el principio, ella ha pasado sus tardes en este jardín, incluso antes de que yo llegara. Pero a pesar de eso, siempre he tenido la impresión de que nuestro encuentro es algo esperado y deseado por ambas. La pregunta fue una simple forma de asegurarme de que todo iba bien, y su ausencia esta mañana en el pasillo, no significaba nada extraño.

—Hasta pronto, hermosa —Se despidió la mujer, ofreciéndole una última sonrisa.

—Que disfrute su paseo, Doña Rosa.

Así, la anciana mujer, agarrada de mi brazo emprendió su camino. Al tiempo, que con una última mirada me despedía de Anahí en silencio.

Continuamos paseando por ese hermoso jardín, mientras observábamos a enfermeras y usuarios transitar por el mismo. Se había creado un silencio desde que nos alejamos de Anahí. Supongo que cada una estaría pensando en sus cosas.

—Cuidala mucho. —Dijo de pronto, captando una mirada confundida por mi parte —Esa muchacha... necesita que la cuiden.

—Lo sé —Suspiré —Pero no es sencillo.

—Nadie dijo que lo fuera, pero tú encontrarás la manera.

—¿Por qué está tan segura de ello?

—Dulce, yo no tengo nietos, como ya sabes... Y cuando te conocí, te vi tan fuerte y frágil a la vez, que me hiciste sentir como si necesitaras que te explicara un poco en qué consiste la vida.

—Ya le he dicho en alguna ocasión, que usted me recuerda mucho a mi abuela —Sonreí, a pesar de no saber muy bien a donde quería llegar.

—Me lo has dicho, sí. Y lo siento cuando me miras con ese cariño que expresan tus ojos. Por ello es que siempre trato de adquirir ese papel de

abuela que ya no tienes y en ocasiones tanto necesitas. Por ello, te hablo como le hablaría a mis nietos si los tuviera.

—Y yo se lo agradezco...

—Lo que te quiero decir con esto, cariño, es que si algo me ha enseñado esta vida, es que cualquier corazón, por muy dañado, vacío u oscuro que esté, se cura con amor. Es difícil, hay que ser muy paciente, estar preparado para salir lastimado en ocasiones, correr riesgos y ser consciente de que quizás, nunca recibas nada a cambio. Pero tu corazón no se equivoca. Él, elige mucho antes de que tú seas consciente de ello. Y elige porque sabe que tiene la fuerza para sanar.

—¿Y qué ocurre si un corazón no quiere ser sanado? Entonces solo hay sufrimiento... Y de nada sirve lo que intentes.

—Puede que la persona crea no querer ser sanada. Pero como te acabo de decir, es el corazón el que elige. Y te aseguro, que ninguno quiere una vida vacía y sin luz.

—Mi corazón se cree un superhéroe y eso terminará trayéndome problemas —sonreí.

—O quizás te traiga una felicidad que aún no conoces. Así que no intentes luchar y separar tu trabajo de tu vida, porque quizás tu vida fue la primera que entró a este lugar. Eso era lo que quería decirte. Que eres una simple chica, y la profesión que hayas elegido, no va a poder nunca, alejarte de tus sentimientos.

La observé durante un instante, analizando sus palabras. Probablemente tuviera razón, probablemente esa elección nunca estuvo en mi mano y por mucho que me esforzara, por mucho que temiera, ya era demasiado tarde para que las cosas de Anahí no me afectaran.

Entenderlo, no hace que me resulte menos peligroso, pero quizás el hecho de saber que no es nada extraño, me tranquiliza.

—Es curioso como siempre consigue hacerme ver las cosas desde otra perspectiva.

—Es que el mundo ha cambiado mucho, Dulce. El ser humano ha perdido su esencia, su rumbo... Lo único esencial en esta vida, lo único que tendremos

seguro el día de mañana, es el amor. Tanto el que le demos a las personas de nuestro alrededor, como el que ellos nos den a nosotros. El resto desaparecerá con el tiempo, créeme. Y parece que las personas ya no entienden eso. Hacen la vida más difícil de lo que realmente es, olvidando cual es la esencia de la misma.

—Estoy completamente de acuerdo con eso. No creo que hoy en día exista nadie capaz de hacer lo que usted hace; acompañar a su marido cada día, aun sabiendo que no recibirá nada a cambio. Usted... simplemente está ahí.

—Dime una cosa, bonita; crees que hoy en día no existe nadie capaz de hacer algo así por otra persona. Pero, ¿Qué diferencia encuentras entre lo que yo hago, con lo que tú llevas haciendo cada día de los dos últimos meses, al venir a este jardín?



¿Diferencia? Probablemente la diferencia principal fuera que esa mujer, permanece cada día junto a su marido y amor de su vida, acompañándolo y observándolo en silencio. Entonces, si la pregunta es tan sencilla, ¿Por qué no fui capaz de dar una respuesta? ¿Por qué permanecí en silencio, como si realmente no supiera cuál es esa diferencia?

—¿Vas a venir en algún momento? ¿O te piensas quedar ahí todo el día?

El sonido de su voz me hizo salir rápidamente de mis pensamientos, dándome cuenta de que llevaba minutos parada a unos metros de distancia de ese banco. Pensando y preguntándome un centenar de cosas mientras la observaba en silencio.

Sin responder, me acerqué y me senté como siempre, a su lado, ofreciéndole el espacio y la intimidad suficientes, mientras observo cualquier cosa que hubiera en el frente.

—¿Por qué no estabas esta mañana en el pasillo? —Pregunté después de unos segundos de silencio, en los que sentía su mirada clavada sobre mí.

—¿Tengo por obligación hacer el mismo recorrido cada mañana?

La miré una vez más, al sentir el tono desafiante de su pregunta.

—Por supuesto que no. Solo quería saber si te había pasado algo.

—¿Es eso en lo que pensabas?

—Entre otras cosas.

—Pues no, no me pasaba nada. Pero parece que a ti sí. Así que, va a ser mejor que dejes de esperar algo de mí.

Su forma de responderme hoy, me está resultando bastante cortante y en cierta forma hiriente. No estoy acostumbrada a que me hable así. Bueno, en realidad creo que aún no estoy acostumbrada a que me hable.

—¿A qué viene eso, exactamente?

—A que últimamente tengo la sensación de que esperas que actúe de una determinada manera. Al igual que todo el mundo. Y si no es así, algo va mal. ¿No pueden simplemente dejarme vivir en paz?

—Que irónico que eso lo diga alguien que quiso matarse hace tres meses ¿No? —Su mirada se clavó en mis ojos, haciéndome sentir algo de rabia en su expresión. Pero ni siquiera eso fue suficiente para que callara lo que debía decir —¿Tú realmente sabes lo que quieres, Anahí?

—Quiero que pares de comportarte como una super-heroína que pretende rescatarme, y que me dejes en paz.

—Está bien —Acepté levantándome —Si quieres que te deje en paz, es lo que haré. Pero yo no soy tu enemiga. Y antes de juzgar las intenciones de alguien tan gratuitamente, deberías aceptar tu dolor, deberías reconocer que la actitud de tu padre te hace daño, que sientes y sufres como cualquier ser humano. Y deberías aceptar, que sólo estás intentando calmar tu rabia y tu sufrimiento, con la única persona que ha estado a tu lado durante los dos últimos meses, escuchando tu silencio y acompañándote, sin esperar, ni recibir absolutamente nada.

Dicho esto, sin darle siquiera tiempo a responder e invadida por el coraje que me había ocasionado sus palabras, me dirigí hacia mi despacho con un enfado interior que no sabía si era con ella, o conmigo misma.

Llegué a él en cuestión de minutos y por algún lugar de la mesa, lancé la comida que ni siquiera había sido descubierta aún. Sentándome a continuación en mi escritorio. ¿Qué demonios le pasa? ¡Solo quiero ayudarla! ¿Cómo se atreve a decir que espero algo de ella? Definitivamente, no ha sido capaz de

ver nada diferente en mí. Cree que soy como el resto de psicólogos que la han tratado. Quizás me excedí al mencionarle ciertas cosas. Pero no pienso tratarla como a una niña y aceptar lo que diga o haga sin rechistar. Anahí necesita que alguien le hable claro, no que le tengan compasión. No le tengo compasión y nunca se la he tenido.

—¡Adelante! —Indico al escuchar como llaman a la puerta, mientras apoyo la cabeza entre mis propias manos.

El simple hecho de pensar tener una conversación ahora, con Marta o con quien fuera, me resultaba agotador.

—Gracias... —Susurró el sonido de su voz, haciendo que mi corazón latiera a toda velocidad de un segundo a otro.

Alcé la vista confundida, y la encontré junto a la puerta, observándome. ¿Gracias por qué?, me pregunté. Me hubiera sorprendido menos una disculpa. Pero ¿Un agradecimiento? No lo entiendo.

—Gracias por lo de ayer —Continuó, mientras yo la observaba expectante —Por defenderme frente a mi padre, por arriesgarte a perder tu trabajo, por preocuparte siempre por lo que yo quiero. Gracias, por ese primer día, en el que trataste de ponerte en mi lugar sin siquiera conocerme y convenciste a la enfermera de que dejara la comida a mi lado en vez de obligarme a comer. Gracias por mirarme diferente cuando chocamos en el pasillo por primera vez y por no cambiar tu mirada después de saber mi historia. Gracias por acompañarme cada día en silencio y conseguir que permanezca en este mundo. Gracias por hablarme claro y nunca tenerme lástima.

Sus palabras me pillaron tan desprevenida que ahora no sabía exactamente qué decir.

—Yo...No...

—Nunca te lo había dicho, y ya era hora de que lo hiciera —Interrumpió —No he hecho más que comportarme como una egoísta, con la única persona que no merece que lo haga. Porque he visto, valorado y analizado, cada una de las cosas que has hecho por mí desde que llegaste. Y aunque no entiendo el motivo, aunque me comporte como una estúpida insensible todo el tiempo, quiero que sepas que te agradezco cada cosa. Y si te hablo como una imbécil, es porque tú eres lo que me mantiene en este mundo, Dulce. No sé por qué,

pero así es. Y eso me asusta. Antes de que tú aparecieras, era como un robot; fría, ausente, ida, vacía. Nada me importaba y nada me afectaba. Y de pronto aquella mañana... —hacía aspavientos con las manos, cómo si no supiera de qué manera explicarse —y entonces, fuiste consiguiendo que regresara, ni siquiera sé de qué forma. Pero ahora me encuentro atrapada entre dos mundos; Uno, en el que no existe nada, ni las emociones, ni los sentimientos, ni el dolor... Y otro, en el que todo duele, en el que a todos decepciono.

Tras escuchar sus palabras y observarla durante unos segundos, me levanté de mi asiento y caminé hacia ella, que me miraba expectante, esperando quizás que dijera algo.

—Tú y yo no somos del todo diferentes ¿Sabes? —Comencé sin saber realmente lo que quería decir y provocándole confusión —me he pasado toda mi vida escuchando; "Tendrías que estudiar esta carrera, no deberías pasar tanto tiempo sola, ¿No tienes amigos?, sal, diviértete, eres una niña, se te está pasando la vida entre libros, tu guitarra y tu silencio, esa no es forma de vivir, ¿Por qué no puedes ser como el resto de chicas?" —Suspiré y me di cuenta de que me miraba atentamente —No recuerdo un solo día, en el que me dejaran ser simplemente yo, sin hacerme sentir que mi personalidad, nunca iba a ser suficiente para nadie. Así que te aseguro, Anahí, que no espero que seas o actúes de una determinada manera, y mucho menos me permito el lujo de decepcionarme, cuando ni siquiera conozco cómo piensas o cómo sientes. Nunca te he juzgado y no voy a empezar a hacerlo ahora.

—Lo siento. —bajó la mirada.

—No lo sientas. En cierta forma, entiendo que desconfíes de las intenciones de cualquier persona que se te acerque.

—No desconfío de ti, Dulce. No es eso. Pero... no quiero que esperes algo de mí y decepcionarte a ti también. No mereces vivir preocupada por este... —sus manos se agitaron frente a su pecho señalándose a sí misma y cerrando a continuación sus puños con fuerza —desastre, en el que me he convertido. Ni que eso te haga daño de alguna manera.

—Anahí, —susurré mientras me acerco y agarro sus manos, con la intención de que elimine esa tensión que hay en ellas. Respiro hondo antes de levantar la vista para encontrarme con su mirada una vez más —No espero nada de ti... Solamente quiero que seas tú misma, que me dejes conocerte tal y como eres.

Pero no me pidas que no me preocupe o que desaparezca de mi mente el deseo de hacerte ver la vida de diferente manera. Porque no puedo. Y tampoco puedo dejar de tirar de tu mano para hacerte permanecer en este mundo. Sé que no tengo ningún derecho, pero es que... creo en ti, Anahí. Y eso no significa que espere nada. Significa simplemente eso, que creo en ti. Así que, no tengas miedo, por favor.

Ella, bajó su mirada hacia sus propias manos, que estaban siendo sostenidas por las mías. Me vi en la obligación de tragar saliva, intentando deshacer el nudo que se había formado en mi garganta. Quizás este es el momento en el que se soltará bruscamente y se alejará a kilómetros de mí. Eso es lo que haría una persona que está perdida y no quiere que la encuentren. Esa sería la reacción que todo el mundo esperaría que tuviera. Sin embargo, ella, las presionó fuertemente y después de unos instantes, ascendió la vista para encontrar mis ojos.

—Si esas personas que mencionaste, pudieran ver lo que en realidad eres, no podrían sentir otra cosa más que admiración y orgullo.

Sus palabras, se adentraron en mis oídos haciendo que mi corazón, al contrario que otras veces, aminorara el ritmo de sus latidos desenfrenados. Me produjo una especie de calma que hasta ahora, solo he sentido en esos momentos de silencio junto a ella, cuando simplemente la observaba.

De alguna manera, fue como si me liberara de algo, de un miedo que tuve durante muchos años, y dejara espacio para que esa tranquilidad que sólo ella me ha hecho sentir, entrara, apoderándose de mí y produciendo al instante, una sonrisa en mis labios.

Solté una de sus manos, y con la otra, la dirigí hacia el sofá, invitándola a sentarse a mi lado.

—¿Qué tal si empezamos desde cero? —le pregunté al tiempo que extendía mi brazo —Soy Dulce, estudiante de psicología y trabajadora en prácticas de este centro.

Ella permaneció en silencio un instante, observándome como si fuera una tontería lo que estoy haciendo. Pero finalmente accedió y estrechó mi mano.

—Anahí Valente. Graduada en Administración de empresas, niña rica y loca suicida interna en este centro.

—Encantada de conocerte por fin, Anahí.

Apartó su mirada de mis ojos y observó lo que había a nuestro alrededor durante unos segundos. Como si estuviera analizando cada cosa con detenimiento.

—Tiene usted un bonito despacho, doctora Andrade.

—Sí, ¿verdad? Como el de toda una psicóloga.

Su mirada volvió a recaer sobre mí, algo confundida.

—¿Acaso no lo eres?

—Bueno... Es cierto que solo me falta el proyecto para graduarme, pero no es que tenga precisamente el perfil de mujer racional que estructura y analiza cada paso que da o que dan. Hablo con mi perro, soy soñadora, idealista, impulsiva...

—Y tremendamente cabezota —Agregó.

—Y tremendamente cabezota —Confirmé sonriendo.

—¿Te gusta lo que haces? ¿Era este tu sueño?

—Tengo la impresión de que lo que ambas decidimos estudiar, está lejos de ser nuestro sueño. Pero no me disgusta —Me encogí de hombros —Todo pasa por algo.

—Entonces crees en el destino. En que todo está escrito.

—No exactamente. Creo que nosotros somos dueños y escritores de nuestra vida. Cada paso que demos, nos guía hacia un lugar o hacia otro. Es cierto que hay cosas que no podemos cambiar y si están destinadas a ocurrir, ocurrirán. Pero también es cierto, que está en nuestra mano decidir de qué manera afrontamos esos hechos. Podemos aceptarlos y resignarnos, aceptarlos y enfrentarlos o por el contrario, huir.

—¿Y tú a qué grupo perteneces?

—Al primero. Acepto y me resigno.

—No estoy para nada de acuerdo. —Rebatió negando con la cabeza —Es más, ni siquiera creo que llegues a aceptarlo. Creo que directamente te enfrentas a aquello con lo que no estás de acuerdo y no te detienes hasta cambiarlo.

—¿Ves cómo no sirvo para esto? Ahora resulta que una futura psicóloga está siendo analizada por su paciente.

—Tu paciente es muy observadora.

—Me consta. —sonreí —Pero, ¿dejará en algún momento, que sea yo, quien la conozca?

—¿Estás dispuesta a esperar?

—Toda la vida, si es preciso.

Me observó en absoluto silencio después de que mis labios pronunciaran esa frase que realmente ni siquiera llegué a pensar. Me miraba fijamente, como si tratara de descubrir en el interior de mis ojos, qué había significado eso. Cosa que por otro lado, ni siquiera yo misma sabía.

Darí­a lo que fuera por poder decir algo en este momento. Porque mi cuerpo no se congelara cada vez que esos ojos azules me miran con esa intensidad. Creo que podría estar horas observándolos y aun así, mi piel no llegaría a encontrar un estado de calma, en el que no haga temblar cada centímetro de mi cuerpo. Entonces, sin siquiera esperármelo, sentí sus labios posarse sobre mi mejilla, dejando en su lugar un cálido beso con el cual, mi estómago se contrajo y mi respiración se detuvo. Cerré los ojos casi involuntariamente, con la única intención de que los segundos no transcurrieran y sus labios no se separaran de mi piel aún.

Pero eso no sucedió. Mi mejilla dejó de sentir su calidez segundos más tarde. Por lo que me vi obligada a abrir los ojos y encontrarla frente a mí, una vez más. Nos observamos fijamente durante un instante en el que el tiempo no existía y acto seguido, sin decir una sola palabra, se levantó del sofá y abandonó el despacho bajo mi atenta mirada.

Al verla desaparecer y cerrar la puerta a su paso, descubrí como mi pecho agitado trataba de recuperar un oxígeno perdido en algún momento. Me dejo caer hacia atrás sobre el respaldo del sofá y llevo ambas manos a mi cabeza, completamente aturdida.

—¿Qué te está pasando, Dulce? —Me pregunté mientras bajaba una de las manos hacia mi propio pecho y permití que los latidos de mi corazón acelerado, la golpearan.

La respuesta, llegó en forma de una involuntaria sonrisa, que mis labios decidieron dibujar por sí mismos.

IX

Sábado por la noche.

Finalmente, nuestra cena de amigas decidió retrasarse un día. Estuvimos de acuerdo en que el sábado aprovecharíamos más el tiempo, ya que el viernes seguramente estaríamos más cansadas.

Por el momento, está resultando una noche entretenida. Marta y Claudia, están completamente locas, y el hecho de que hayan congeniado tan bien desde que las presenté, lo hace todo más fácil. A decir verdad, siempre se me han parecido bastante, en cuanto al carácter. Aunque la corta diferencia de edad, hace a Marta un tanto más madura, pues Claudia es prácticamente como una adolescente revolucionada. No quiere decir que mi jefa sea una mujer seria y recatada, al contrario, es completamente descarada, pero sabe disimular su descaro y darle un aire de misterio. Cosa que por lo que he podido ver, atrae bastante, tanto a mujeres como a hombres.

En cuanto a mí, a pesar de estar disfrutando de la noche y de la compañía de mis amigas, soy incapaz de mantener la mente con ellas durante un tiempo indefinido. Cuando quiero darme cuenta, me encuentro viajando a kilómetros y escuchando sus voces como un eco en la lejanía. Así es mi forma de ser, a estas alturas no es necesario fingir. Pero lo cierto, es que esta noche en concreto, mi mente está más ausente de lo común.

Estamos en un pequeño bar, después de haber disfrutado de una deliciosa cena, la música es agradable, el ambiente parece tranquilo, la bebida está fresca, amenizando esta calurosa noche. Y yo, no puedo evitar que mi mente se escabulla como la mismísima sombra de Peter Pan, hacia ese lugar donde paso casi todos los días de la semana. Al centro de salud mental, La Cascada. Preguntándome una y otra vez; ¿Cómo estará Anahí? ¿Estará pasando un buen fin de semana? ¿Se aburrirá sola tanto tiempo? O quizás ya esté dormida.

Observo un reloj que hay frente a la barra y me doy cuenta de que aún no son las 10 de la noche, por lo que dudo mucho que ya esté durmiendo. Pero...

¿Qué estará haciendo entonces? Seguramente leyendo alguno de sus libros. ¿Se acordará de mí, en algún momento del día? ¿Extrañará mi compañía los días que no estoy allí?

—Creo que estoy a punto de empezar a ver humo saliendo de tus neuronas —Dijo la voz de Marta, sacándome aturdida de mis pensamientos. Por lo que la observé con cierta confusión —¿Eres consciente de que estas ignorando a tus amigas?

—Eso no es cierto —Me defendí —Porque me quede pensativa unos segundos, no quiere decir que esté ignorando a nadie.

—Pues no sé qué tan interesantes sean tus pensamientos, Dul —Intervino Claudia —Pero te están haciendo perderte cosas muy divertidas.

—¿Ah sí? ¿Cómo cuáles?

—Como ese grupo de chicos que no nos quitan la vista de encima desde que llegamos. Marta y yo apostamos a que están planeando su ataque. Y nosotras seremos sus víctimas.

—¡Divertidísimo! —Exclamé riendo —Me encanta ser víctima de un grupo de hombres.

—No, lo divertido, querida amiga, vendrá al verles la cara cuando sepan que somos lesbianas.

—¡Oye! Yo no soy lesbiana —exclamó Marta.

—Pero no te gusta ninguno. O sea que vas a olvidar tu bisexualidad por esta noche y serás completamente lesbiana.

—¡A sus órdenes!

—¿Saben que les digo? Que ustedes son unas aburridas. Voy a hablar con ellos.

Y así, sin decir absolutamente nada más, Claudia se encaminó hacia esos hombres, dispuesta a hacer quien sabe qué. Precisamente a eso me refiero cuando comparo su madurez y la de Marta.

—No tiene remedio —Dije viéndola marchar.

—Y tú tampoco.

Giré el rostro hacia mi amiga y al ver su mirada acusatoria no pude hacer

más que alzar una ceja.

—¿Y yo qué hice?

—Pasarte toda la santísima noche en tu mundo, pensando y sin ser capaz de llevar a cabo lo que pretendíamos al salir hoy; distraerte.

—Me estoy distraendo. Me lo estoy pasando bien, pero yo soy así, me ausento por momentos, ya me conoces.

Ella simplemente rodó los ojos, aparentemente desesperada por algo y bajo mi atenta y confundida mirada, rebuscó en el interior de su bolso.

—¿Por qué no la llamas? —Preguntó ofreciéndome su teléfono y dejándome aún más confundida.

—¿Qué llame a quién?

—Ya sabes a quien, Dul. El teléfono del hospital está grabado en la memoria. Llama y pide que te comuniquen con su habitación.

—Marta, ¿te sentó mal el tequila? Por supuesto que no voy a hacer eso. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque te resulta imposible dejar de preguntarte como está, que estará haciendo, si se encontrará bien o si necesita algo. Porque no eres capaz de permanecer aquí más de diez minutos sin pensar en ella y porque necesitas aunque sea, escuchar su voz y asegurarte de que todo va bien.

Fruncí el ceño, observando fijamente ese teléfono móvil. En ocasiones, la capacidad que tenía Marta de leerme la mente, llegaba a asustarme.

—¿Y si está durmiendo?

—No lo está. Aún son las 10 y ella suele ser la última en dormir.

—¿Y tú como sabes eso? —Pregunté frunciendo el ceño aún más si era posible.

—Porque me paso ahí prácticamente toda mi vida, Dulce. Y aunque no lo creas, tengo constancia de todo lo que ocurre y no ocurre.

—Pe... pero, Marta ¿Qué demonios voy a decirle? "Eh...Hola, ¿Cómo estás? Yo aquí, con unas amigas en un bar. Y mientras ellas se divierten, yo no dejo de pensar en ti."

—Por ejemplo.

—Estás loca.

Mientras yo negaba una y otra vez con la cabeza, completamente en contra de esa opción e intentando convencerme más a mí misma que a ella. Mi jefa y amiga, agarró mi mano y depositó en ella su propio teléfono, consiguiendo que detuviera los movimientos de mi cabeza y observara dicho gesto. Alcé la vista hacia sus ojos y con una sonrisa, que sinceramente no sé a qué se debía, hizo un gesto con su cabeza hacia la salida del local. Algo se desconectó entonces en mi interior. Y tras un suspiro de relajación, me levanté del asiento y comencé a escabullirme entre la multitud, hasta que minutos más tarde, me encontraba a las afueras del bar, con el teléfono de Marta en la mano y mi corazón latiendo a toda velocidad, como si nunca hubiera hecho una llamada telefónica.

Busqué en la memoria el número de La Cascada y al poner el teléfono junto a mi oído, podía escuchar al mismo tiempo los tonos de la llamada, como los palpitos de mis latidos, sincronizándose con la misma.

—Centro de Salud Mental, La Cascada, buenas noches —Respondieron al otro lado.

—Buenas noches, soy la Doctora Andrade ¿Podría comunicarme con la interna Anahí Valente?

—Buenas noches doctora, permítame unos minutos en lo que alguien le lleva el teléfono a la paciente.

—Gracias...

Muy bien, el primer paso ya estaba dado. Ahora no hay marcha atrás. No hay marcha atrás y los minutos se me están haciendo eternos.

¿Cómo se te ocurre llamarla, Dulce? Estás rompiendo las reglas. Estás aprovechándote de tu cargo para un beneficio personal. Y lo peor del caso es que fue tu propia jefa la que te impulsó a hacerlo. Pero bueno, supongo que no hay nada extraño en querer saber cómo se encuentra una paciente ¿no?... ¡Claro! ¡Eso es! Es un asunto, meramente profesional.

—¿Diga?

Escuchar el sonido de su voz al otro lado de la línea, no solo detuvo mis

pensamientos de golpe, sino además, mi respiración se cortó súbitamente y mis latidos ya no eran siquiera audibles.

—¿Diga? —volvió a repetir.

—Buenas noches.

Se produjo un instante de silencio, en el que probablemente se estaría preguntando, quien demonios la había llamado a esta hora.

—¿Dulce?

—Si hubiera querido gastarte una broma, la habrías arruinado por completo.

—Oh... ¿Entonces tenía que fingir no reconocerte para que pudieras reírte de mí a gusto?

—No... —Sonreí, volviendo a crear un instante de silencio en el que no sabía cómo continuar. —¿Te desperté?

—No. Creo firmemente que soy la última de esta residencia en cerrar los ojos.

—Entonces no me arrepiento de haber llamado.

—¿Tenias pensado arrepentirte?

—¡No! Para nada... Pero tenía miedo de despertarte.

—Entonces ya no tienes nada que temer.

No pude evitar sonreír al tiempo que negaba con la cabeza, por lo irónico que me había sonado ese comentario.

—¿Ocurre algo? —Volvió a preguntar.

—Solo quería saber si todo iba bien.

—Doctora Andrade, es sábado por la noche, debería estar usted divirtiéndose en cualquier lugar y no pensando en su trabajo. Voy a creer que está obsesionada con él.

—¿Te sorprendería saber que en este preciso instante, estoy con dos amigas en un bar? Y no —Suspiré —Créeme que no estoy obsesionada con mi trabajo. Simplemente necesitaba saber cómo estabas, eso es todo.

—Estoy bien... Algo aburrída, ya que los fines de semana aquí, no son precisamente una fiesta. Pero bien.

—Puedo hacerme una idea. ¿Y qué estabas haciendo?

—¡Adivina!

—¿Leer? —Pregunté sonriendo.

—¡Un punto para la doctora! Aunque más bien, se podría decir que estoy pasando las hojas de un libro. Porque creo que me sé de memoria toda la biblioteca.

—Apuesto a que, por lo menos la sesión de Paulo Coelho, me la recitarías con los ojos cerrados.

—Que observadora es usted...

—¿No te creerías que ibas a ser la única?

Ella no respondió, simplemente se volvió a crear un silencio, en el que tuve la ligera sensación de que estaba sonriendo. Pero dicho pensamiento fue interrumpido por su voz una vez más.

—Entonces, tú si estás de fiesta ¿No?

—Uhm bueno... no creo que a esto lo puedas llamar fiesta. Solo fue una cena con amigas y ahora unas copas en un bar tranquilo.

—¿Estabas aburrída?

—Con estas dos es imposible aburrirse, te lo aseguro.

—Y aun así, te estabas preguntando por mi estado.

—Así es.

—¿Por qué?

—¿Tan raro te resulta que... te extrañe?

—¿Me extrañas?

—Sí, Anahí. Aunque te parezca un hecho completamente imposible, los fines de semana, te extraño. Pero bueno... ese no es el tema, quizás estabas a punto de irte a dormir y yo solo... solo quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Yo también te extraño.

En ese momento, creo que como nunca antes lo había hecho, mi corazón se

volvió completamente loco al escuchar sus palabras. Tanto, que ya ni siquiera sentía el paso del oxígeno hacia mis pulmones. Creo que incluso sentí unas ganas enormes de gritar, en plena calle y en plena noche.

—Dulce, no te escucho respirar —Dijo de pronto, con un tono que me resultó diferente.

—¿Estás sonriendo? —pregunté sorprendida.

—Podría ser.

—No es posible que la primera vez que sonrías, sea cuando estoy al otro lado del teléfono.

—Bueno, ¿Qué más da cuando haya sido la primera vez?

—Prométeme que el lunes volverás a hacerlo.

—Intenta hacerme reír y quizás lo consigas.

—Anahí, te aconsejo que no me retes, porque soy capaz de presentarme vestida de payaso y ponerme a cantar y bailar en medio del jardín.

—¡No serías capaz! —exclamó incrédula.

—¿Para que vuelvas a sonreír?

Se produjo un silencio, durante el cual, una sonrisa estúpida se había quedado dibujada en mi rostro y tenía nuevamente esa extraña sensación, de que ella también estaba sonriendo. Cosa que a pesar de no poder verla, me producía una felicidad inexplicable.

—Voy a dejarte para que puedas dormir... —anuncié después de unos segundos. Sin ningún ánimo de colgar el teléfono, pero sabiendo que tarde o temprano, debía hacerlo.

—Espero sigas disfrutando de tu noche.

—Gracias. Yo espero que duermas bien y que no te aburras demasiado mañana.

—No te preocupes por mí. Siempre me las ingenio para mantenerme entretenida. Nos vemos el lunes.

—Hasta entonces.

—¡Dulce! —se apresuró a decir, antes de colgar —Gracias por llamar...

No pude hacer más que sonreír, cerrar los ojos y presionar con fuerza el teléfono, tratando de controlar el suspiro que luchaba por salir de mis pulmones.

—Buenas noches, Anahí —susurré.

—Buenas noches.

Y finalmente, ambas cortamos la llamada, dejándome con una sensación extraña dentro de mí. Una emoción diferente, que se mezclaba con cierto alivio y liberación, pero al mismo tiempo, desesperación y deseos por verla de nuevo.

Con ese cúmulo de sentimientos, me adentré en el bar, en busca de mis compañeras de noche. Las divisé a lo lejos, en el mismo exacto lugar donde las había dejado. Claudia ya se encontraba junto a Marta de nuevo. Así que, sin más dilación, me adentré entre la multitud, dispuesta a llegar hasta ellas.

—¡Hasta que por fin aparece la señorita! —Exclamó Claudia a mi llegada.

—¿Tanto me retrasé?

—No —Se encogió de hombros mientras bebía un sorbo de su copa —Solo era por molestar.

No dije absolutamente nada, simplemente permanecí en silencio y sentí la mirada de ambas clavarse sobre mí, con una expresión algo extraña. Seguramente, se estén preguntando por qué demonios estoy sonriendo tontamente desde que volví.

—Marta, ¿Por qué no protesta? —Preguntó codeando a mi jefa, como si yo no estuviera delante —¿Y por qué no para de sonreír? ¿Quién tiene el poder de dejarla así con una simple llamada telefónica?

—Pronunciar su nombre, me está absolutamente prohibido en este lugar.

—¡Oh no! —Exclamó al tiempo que abría enormemente sus ojos y su boca —Una...una —Observó a Marta incrédula y esta simplemente se encogió de hombros —¿Estás liada con una paciente?!

—¡Shh!! —me apresuré a callarla —¿Te importaría bajar la voz? ¡No estoy liada con nadie!

—¡No te creo nada! Ya me estaba resultando extraño que llevaras toda la

noche en la Luna, como para que encima, en cuanto me descuido, te vas a hacer una misteriosa llamada telefónica, tras la cual, llegas con una sonrisa de estúpida que no te la crees ni tú.

—Marta ¿Te importaría aclarar esto?

—¿Qué cosa? —pregunta ella como si no tuviera nada que ver con el tema.

—Dile a esta loca antes de que empiece a hiperventilar, que no estoy liada con una paciente, ni con nadie.

—No está liada con una paciente, ni con nadie.

—Gracias... —dije irónicamente por la poca convicción de su comentario.
—¿Saben qué? Ustedes dos juntas, me estresan.

—¿Pues tú sabes qué? Sigo pensando que algo ocultas. Se te ve en la mirada, amiga.

Tras decir eso, Claudia dio un pequeño golpe en mi hombro y comenzó a caminar tras de mí.

—¿Se puede saber a dónde vas ahora?

—Al servicio. Mi vejiga urinaria está a punto de estallar.

—No me hacían falta los detalles, pero gracias.

Negué ligeramente con la cabeza, mientras la veía marchar sin haber agregado nada más.

Claudia podía ser la persona más intensa del mundo en un segundo, y al minuto siguiente, haber cambiado de tema como si fuera algo completamente normal. No podía evitar sonreír, porque me parecía que estaba realmente loca. Aunque también pienso, que eso es parte de su encanto, como mujer y como amiga. Pero lo cierto es que, desde hace unos minutos, me estaba resultando bastante difícil no sonreír por cualquier cosa. Aunque ese pensamiento se esfumó en cuanto volteé y la imagen de Marta me hizo recordar todo lo que acababa de suceder. Por lo que inevitablemente, fruncí el ceño al observarla.

—No me mires así que soy tu jefa.

—Bonita jefa estás hecha —Respondí con ironía —Saltándote una de las primeras normas que tú misma me impusiste.

—Perdone, Doctora Andrade, pero en ningún momento pronuncié el nombre

de la susodicha. Y no soy yo, la que está completamente loca por una paciente.

—Yo no estoy loca por nadie. —espeté.

—Está bien —aceptó levantándose de su asiento y pasando a continuación, su brazo por mi hombro mientras yo continuaba observándola aparentemente ofendida. —Vamos a comprobarlo.

—¿Y ahora que se te ocurrió?

—Quiero que busques entre todas las personas de este local, a una mujer. Solamente una —Recalcó —Que te parezca más bonita que Anahí.

La miré confundida, dándole a entender que no le veía demasiado sentido a su repentino juego.

—Una... —repetió señalando a la multitud.

Así que, con un suspiro, deseando que esto terminara lo antes posible, no me quedó más remedio que acceder a dicha tontería y comenzar a observar detenidamente cada una de las mujeres que había en este bar.

Había chicas de todos los estilos, altas, bajas, rellenas, delgadas, rubias, morenas, etc. Todas sumidas en sus conversaciones y en su mundo, sin imaginarse siquiera, que yo las tenía que analizar. Descubrí, a unos pocos metros de nosotras, a una mujer que charlaba animadamente con su grupo de amigas. Era de estatura media, no mucho más alta que yo, cabello oscuro, prácticamente negro, ojos claros. Desde esta distancia, puedo apreciar que son verdes y los lleva maquillados de una forma en que los hace parecer rasgados, como si de una mirada felina se tratase. Era bonita, sin duda. Pero desde luego, su mirada salvaje, no tenía ni punto de comparación, con el azul que invadía los ojos de Anahí. Que lejos de salvaje, no importaba si estaba enfadada, triste o rabiosa, la dulzura era su principal característica. Y mis ganas de protegerla cuando me mira, son prácticamente inaguantables.

Unos metros más alejada, descubrí a otra chica, algo más joven que la anterior y por lo que puedo apreciar, unos centímetros más baja que yo. Su cabello es rubio, su complexión delgada. Así, a primera vista, podría parecerse a ella en cuanto a estatura y complexión. Desde aquí, puedo escuchar sus carcajadas y observo como deja caer su cabeza ligeramente hacia atrás, mientras su boca emite esa risa que algo le debe estar produciendo. También es bonita, y parece tremendamente alegre. Pero sin duda, esa risa, por

muy escandalosa que sea, no consigue que mi corazón palpite al ritmo que palpitaba hace apenas unos minutos, por el simple hecho de imaginar al otro lado del teléfono, una pequeña sonrisa dibujada en sus labios.

Analiqué a alguna mujer más durante unos minutos, sin llegar a ninguna conclusión determinante. Por lo que simplemente pude suspirar, habiendo incluso olvidado cuál era el objetivo principal de este juego.

—Ahí tienes la respuesta... —susurró la voz de Marta, prácticamente rozando mi oído

X

¡Por fin lunes!

Nunca pensé que algún día, me alegraría por ese hecho. Es más, nunca pensé estar todo un fin de semana, deseando que llegara la rutina de los lunes. Y menos aún, creía llegar a sentir una ansiedad tan grande como la que sentía mientras conducía el auto hacia aquí, volviendo el camino prácticamente eterno. He pasado las últimas 48 horas deseando volver al trabajo, estar en este lugar, sintiendo como mi corazón se acelera con el simple pensamiento de saber que de un momento a otro, la encontraré a ella frente a mí.

Escucho sus pasos y sonrío incluso antes de que aparezca. Definitivamente, mis días comienzan de una forma muy distinta cuando ella es una de las primeras cosas que veo. Me hace sentir como si no importara lo que sucediera las próximas horas. Nada iba a conseguir que esta sensación de bienestar me abandonara.

Segundos más tarde, aparece doblando la esquina del ya conocido pasillo de la primera planta y queda ante mi vista, consiguiendo que todas las sensaciones de hace unos minutos, se multipliquen desmesuradamente. Camina en mi dirección, sin dejarme ver ninguna expresión aparente en su rostro. Yo también continúo caminando, mientras trato de disimular esa ansiedad por verla que llevo días sintiendo.

Ambas nos detenemos al llegar a la misma altura. Una frente a la otra. La observo fijamente, tratando de decirle con la mirada, cuanto la extrañé. Y ella me mira con esa intensidad que caracterizan sus ojos. Permanecemos en silencio y entonces siento que no hace falta que mis labios pronuncien cuánto la eché de menos, así como tampoco hace falta que ella me lo diga. En este momento, simplemente lo sabe y yo lo sé.

—Buenos días. —sonríó por fin.

Me estoy dando cuenta de que sonreír, es lo que más hago cuando la tengo enfrente.

—Buenos días. ¿Qué tal resultó tu fin de semana?

—Uhm bueno... ¿Me creerías si te digo que ya quería volver?

—Te creería. —confirmó, produciendo un silencio después.

—Por cierto, te traje algo —observé su cara de confusión al ver como introduje mi mano en una bolsa y saqué de ella tres libros. —Ten. Así tendrás historias nuevas con las que entretenerte.

—¿Son para mí? —preguntó sorprendida mientras los recibía entre sus manos y ojeaba las portadas, para a continuación volver a mirarme —Pero no tenías por qué...

—Hace mucho tiempo que los leí. Y los tenía en mi casa llenándose de polvo. Un final un poco triste para tres de mis libros favoritos. Así que, lo mejor es que alguien más pueda disfrutarlos. Y estoy segura de que te gustarán mucho.

—Gracias... —susurró mirándome fijamente —Muchas gracias.

—Hay algo más.

—¿Más regalos?

—Algo así —sonreí con misterio mientras encontraba lo que parecía ser una especie de pelota muy pequeña, roja, y de goma espuma.

—¿Eso qué es? —preguntó extrañada.

Mi respuesta, llegó con un alzamiento de cejas, que acompañó a una sonrisa llena de picardía, tras la cual, coloqué el objeto en mi propia nariz y al ver su cara de incredulidad, agarré su mano dispuesta a dirigirla al jardín.

—¡Espera, espera! —exclamó presionando mi mano para que me detuviera. Al voltear, me encontré con esos ojos azules, completamente abiertos, siendo bañados por un brillo que no había visto en ellos hasta este momento. —Estás loca.

—Puede ser... —me encogí de hombros —Pero una vez le dijeron a Alicia, la del país de las maravillas, que las mejores personas lo están.

Entonces llegó.

Esa tan esperada sonrisa, se dibujó en sus labios, ocasionando que mi corazón, después de haber encontrado su tranquilidad, volviera a latir desenfrenado. Mientras mi mano, que aún sostenía la suya, comenzó a temblar como la de una quinceañera, cuando su amor secreto, le sonrió por primera vez.

Puedo asegurar con total convicción, que esta imagen, es la más hermosa que he visto en toda mi vida. Sus ojos se iluminan con el reflejo de esa sonrisa escondida durante tanto tiempo. Los pequeños pliegues que se forman en los laterales de los mismos, mientras estos se vuelven más pequeños, la hacen incluso más bonita de lo que ya me parecía.

—¿Ves? —preguntó al tiempo que dirigía su mano libre hacia mi nariz y sacaba el objeto de la misma —No te hacía falta hacer de payaso ahí fuera para verla.

—Bueno, pero ya viste que si soy capaz.

—Si... —volvió a sonreír con dulzura —Me quedó bastante claro.

Nuestras miradas, como ya era habitual, volvieron a clavarse una sobre la otra durante un tiempo que no sabría determinar bien. Era fácil sentir como todo desaparecía cuando me encontraba con sus ojos. Y al mismo tiempo, es difícil entender que eso sucede continuamente, desde que decidió despertar de su anterior estado.

Instantes más tarde rompió el contacto visual, dirigiendo su vista hacia nuestras manos. Entonces recordé que continuaban unidas y con miedo a incomodarla, la solté lentamente.

—Será mejor que comience a trabajar. No quiero seguir sumando cosas a mi lista de posible despido.

—Apuesto a que tu amiga, la doctora Andoni, ya se encargaría de anular dicha lista.

—¿Por qué dices eso? —pregunté alzando una ceja divertida.

—Ya te dije que era muy observadora —se encogió de hombros —Por lo tanto, observo.

—Gracias por la aclaración, chica observadora. —reí con ironía —Espero que disfrutes tu lectura.

—Y yo espero que te sean amenas las próximas horas de trabajo.

Sonreí en forma de agradecimiento y me di la vuelta, dispuesta a continuar mi camino hacia el segundo piso, cuando volví a escuchar su voz.

—¡Dulce! —Exclamó haciéndome voltear y descubriéndola empezando a alzar los libros —Gracias otra vez.

Asentí ligeramente con la cabeza mientras le ofrecía una sonrisa. No puedo controlar la felicidad que siento en estos pequeños momentos, en los que nuestra cercanía se hace tan evidente. Y tampoco puedo controlar las ganas que tengo de volver a verla, cuando ni siquiera he dejado de hacerlo todavía.

—¿Nos vemos en la hora del almuerzo? —le pregunté a riesgo de parecer desesperada.

Ella asintió.

Y por estúpido que parezca, mi corazón volvió a esa mezcla de tranquilidad y nerviosismo que experimenta desde que esta chica, trajo la bipolaridad a mi vida. Tranquilidad porque sé que volveré a verla en unas horas. Y nerviosismo...por lo mismo.

Después de unos segundos, decidí continuar mi camino antes de parecer aún más estúpida.

Al llegar al segundo piso y dirigirme hacia mi despacho, encontré a Marta, aparentemente a punto de entrar en el suyo, hasta que me vio y se detuvo.

—¿Y tú donde demonios te metiste? —preguntó mientras llegaba hasta ella. —Le pedí a Carla que me avisara en cuanto llegaras y hace como quince minutos que lo hizo. El mismo tiempo que llevo esperando que aparezcas.

—Lo siento, me entretuve en el camino. —me encogí de hombros con cierta timidez.

Ella, antes de hacer cualquier comentario, detuvo su mirada en mis manos y frunció el ceño confundida.

—No sé si me atrevo a preguntar qué estás haciendo con una nariz de payaso en la mano.

—Mejor no. No lo preguntes. —reí —Pero, ¿Para qué me necesitabas?

—¡Ah sí! ¿Podrías ayudarme a analizar estos informes? Te juro que no doy abasto. Sabía que eso de tomarme el fin de semana libre, terminaría estresándome. Todo se me acumula y en dos horas necesito tenerlos listos.

—¡Bueno, bueno! Tranquila, doctora. Lo terminaremos a tiempo y nos sobrarán unos minutos para tomarnos un café. Ya verás.

Ella alzó una de sus cejas y me miró de una forma que no supe interpretar.

—Como se nota que ya la viste, que te regresó el optimismo y el buen humor.

—Si no lo dices, explotas ¿Verdad? —espeté.

—Oye, que estoy estresada, pero eso no me va a impedir molestarte.

—¿Entramos antes de que me arrepienta?

—Si te arrepientes, te despido.

Escuchar esa frase, me hizo mirar al suelo y sonreír casi involuntariamente, al recordar lo que minutos antes me había dicho Anahí sobre Marta. Cuando volví a alzar la vista, mi amiga me estaba mirando con una sonrisa burlona dibujada en su rostro.

—Estás perdiendo la cabeza. —informó divertida.

—¡Shh! Vamos a trabajar.

La empujé ligeramente, guiándola hacia el interior de su propio despacho.

—¿No me vas a contar lo que hiciste con esa nariz de payaso?

—No.



Unas horas más tarde, no sólo habíamos terminado cada uno de esos informes, sino que además, como bien anticipé, tuvimos tiempo para disfrutar de un café y una interesante conversación a media mañana.

Pero las horas continuaron transcurriendo hasta este momento, en el que me encuentro caminando hacia uno de los árboles que adornan el jardín, puesto que Anahí decidió sentarse hoy bajo su agradable sombra.

Alzó la vista, en cuanto escuchó mis pasos, no sin antes, marcar la página del libro que estaba leyendo, seguramente con temor de que sin querer se le

cerrara.

—¿Hoy toca música? —preguntó al ver la guitarra colgada a mi espalda.

En alguna que otra ocasión, he traído la guitarra con la intención de aprovechar la hora de descanso para practicar y componer, ya que últimamente en casa, no le dedico demasiado tiempo a la música.

—Si. No te imaginas como me inspira este lugar para componer.

—¿Te inspira un centro de enfermos mentales?

—No —sonreí —Me inspira estar aquí, sentada bajo el árbol, escuchando el agua caer de la fuente y tocando acordes mientras tú lees, aparentemente ignorándome.

—No te ignoraba —sonrió observando cómo me sentaba frente a ella. —De hecho, disfruto mucho leer mientras escucho tu música de fondo. Es hasta irónico, encontrar una situación tan... bonita, en un lugar como este.

—Creo que con música, lectura y buena compañía, cualquier infierno, se convierte en un paraíso.

—¿Siempre ves algo positivo a las cosas?

—Bueno, no creo que sea eso. Pero pienso que la vida puede ser tan hermosa, como nosotros le permitamos serlo. Solo es cuestión de saber ver aquello que realmente puede darnos felicidad.

—No creo que sea tan fácil.

—Nadie dijo que lo fuera. —sonreí.

Devolví mi mirada hacia los recipientes de comida que Carmen me había preparado con tanto cariño y segundos más tarde, aún sentía su mirada clavada sobre mí. Pero decidí no hacer caso y llevé el recipiente hacia mi nariz, oliendo su contenido. Tenía esa fastidiosa manía de oler todo antes de ingerirlo. Pensaría que es culpa de White, si no llega a ser porque lo hago desde que tengo uso de razón. Seguramente a él se le haya pegado de mí. Un pensamiento bastante lógico, tratándose de un perro.

Entonces, alcé la vista. Y descubrirla sonriendo, me hizo contener la respiración involuntariamente al sentir como mi corazón se aceleraba. No entendía de qué se estaba riendo, pero lo cierto es que me daba absolutamente

igual, mientras continuara haciéndolo.

—Pareces un perro oliendo la comida.

—El otro día parecía un ratón y ahora un perro. A este paso, vas a crear un zoológico sólo conmigo.

Ella amplió su sonrisa y dio de cabeza como si en su interior estuviera pensando; "estoy descubriendo lo tonta puedes llegar a ser". Y lo cierto es que, si mi recompensa es verla sonreír de esta forma, me temo que me voy a convertir en la persona más estúpida del planeta.

—¿Qué tocó hoy? —preguntó sin embargo, refiriéndose a mi comida.

—Uhm... Creo que es una especie de... —Dudé mientras observaba el interior del recipiente —algo así como... No tengo idea —Decidí sonriendo y mostrándole la comida —Pero huele bien. Así que debe estar bueno. ¿Quieres?

Ella negó con la cabeza y yo comencé a comer, tratando de que no se creara ningún silencio incomodo a continuación. En ocasiones, olvido su enfermedad. Pero lo cierto, es que en el fondo me aterroriza saber que existen millones de incógnitas en cuanto a ello, que no sé si algún día podré descubrir.

Cuando alcé la vista nuevamente, me di cuenta de que Anahí había vuelto a concentrarse en la lectura. Pero lo que descubría al observar el libro que tenía entre sus manos, me dejó completamente atónita.

—¡No puedo creer que ya hayas leído casi la mitad del libro! —exclamé asombrada.

Volvió a encontrar mis ojos y se encogió de hombros, quitándole importancia a mi perplejidad.

—No es que tenga demasiadas cosas que hacer por aquí.

—A este paso, voy a tener que comprar una biblioteca sólo para ti.

Ella volvió a sonreír ante mi comentario.

Como no deje de hacer eso, me va a resultar imposible borrar de mi rostro, la expresión estúpida que debe quedárseme, cada vez que en sus labios se dibuja esa tierna sonrisa.

—¿Y te gusta? —pregunté haciendo un gesto con la cabeza para señalar el libro.

—Está muy interesante —asintió —Diste de lleno en el clavo.

Asentí, dejando que a continuación se creara el silencio que le permitiera regresar a su lectura, mientras yo terminaba de comer.

Minutos más tarde, una vez los alimentos ya se encontraban en dirección a mi estómago y la manzana del día había sido cuidadosamente pelada, despedazada y colocada a su lado, abrí la funda de mi guitarra y saqué de ella un cuaderno y un bolígrafo para dejarlos abiertos sobre el césped, mientras acomodaba la guitarra entre mis brazos.

Comencé presionando algunas cuerdas, asegurándome de que estuviera correctamente afinada y a continuación, recordé con sonidos, aquellas anotaciones de acordes que hice la última vez. Era exactamente como la recordaba. Y al mismo tiempo que la música llegaba a mis oídos, leía en mi mente la pequeña estrofa que hasta ahora había escrito. Continué repitiendo los mismos acordes, definiendo así, la melodía de este proyecto de canción. Cerré los ojos, dejando que la música me guiara hacia ese lugar de mi interior, donde debía esconderse la letra perfecta. Se me ocurrían algunas frases. O más bien, tenía bien claro lo que quería contar, pero no estaba siendo capaz de ordenarlo de una forma adecuada, ni encontraba las palabras exactas para expresarlo. Así que, sin dejar de tocar la melodía, abrí los ojos y encontré a Anahí frente a mí, con su vista aun puesta sobre el libro. Aparentemente ajena a todo lo que ocurría a su alrededor y sumida en un mundo paralelo, en el que su vida, no era realmente su vida. Un mundo en el que podía ser quien ella quisiera y como ella quisiera. Un lugar en el que ni su enfermedad, ni su vacío, ni esas personas que no sabían verla realmente, existían. Ese es el poder de la lectura.

Entonces, las palabras comenzaron a fluir por si solas, y fui apuntando cada una de ellas, mientras continuaba con la melodía y alternaba mi vista entre ella y la hoja de papel.

"Míralo, es eso lo que ves,

Acéptalo, puedes ser quien tú quieras ser.

No tengas miedo, yo estoy aquí..."

No sé exactamente cuánto tiempo transcurrió, mientras continué escribiendo las frases que poco a poco se fueron convirtiendo en estrofas. Sólo sé, que me

encontraba completamente concentrada en mi labor y las palabras iban fluyendo acompañando a mi inspiración, cuando volví a escuchar su voz.

—Estoy segura de que ya hasta olvidaste mi presencia. —dijo consiguiendo que mi atención se desviara hacia ella.

—Para nada. —sonreí —Pero cuando escribo, me introduzco en mi propio mundo y es difícil sacarme de él.

—Acabo de darme cuenta. Porque llevo minutos observándote y no has levantado la vista de ese papel ni un segundo. ¿Te afloró la inspiración?

—Algo así. Hay que aprovechar esos momentos en los que las palabras fluyen.

—¿Estás escribiendo una canción?

—Bueno... No sé si terminará siendo una canción o un bonito papel en el fondo de una papelería. Porque está desordenada y hay que ver si la melodía encaja. Así que, digamos que estoy escribiendo lo que me viene a la mente, ya después se verá en qué termina.

—¿Puedo leerlo? O... ¿Es privado?

—Claro. —acepté ofreciéndole el cuaderno —Ten. Pero no seas muy exigente, aún no está definida y las letras de canciones no son mi fuerte.

Aceptó el cuaderno y sin decirme nada más, empezó a leer en voz alta.

—"Míralo, es eso lo que ves,

Acéptalo, puedes ser quien tú quieras ser.

No tengas miedo, yo estoy aquí.

Respira, agarra mi mano, estoy de tu lado.

Abre tus alas y comienza a volar.

No hay nada que te impida avanzar.

La vida es una ruleta, no dejes que esta te venza.

Lucha hasta el final. Allí vamos a llegar

Déjame demostrarte, que nunca es tarde para soñar.

Busca en cada amanecer, la ilusión de tu corazón.

Siente en tu interior, que todo sucede por alguna razón.

Abrázame, no te dejaré caer.

Escúchame, solo en tus ojos encontrarás la fe.

Mírame, si te sientes perdida.

Te mostraré el camino, curaré tus heridas.

Te abrazaré cuando la tormenta golpee a tu puerta.

Y te seguiré abrazando, cuando sientas que la lucha sigue siendo en vano."

Al finalizar de leer, alzó rápidamente su vista para encontrarme y permaneció en silencio unos instantes que me hubieran resultado eternos, de no ser porque en sus ojos, el tiempo perdía todo el sentido.

—Tienes mucha sensibilidad.

—Mi abuela solía decir exactamente eso —sonreí con timidez.

—Pues le doy la razón a tu abuela. La persona por la que sientas eso... —suspiró pareciendo querer ganar tiempo para pensar —sin duda, es muy afortunada.

Yo simplemente la observé. Ni siquiera supe qué más decir. Fue ella misma la que me inspiró para escribir esa letra, independientemente del sentido que se le dé a la misma. Es ella la que me hace sentir ganas de protegerla, de cuidarla y de abrazarla, más allá de mil tormentas.

—¿Podré escucharla algún día? ¿Me la cantarás?

—En cuanto esté acabada... te lo prometo. —Sonrió, esta vez, sin que yo lo hiciera primero. Lo hizo simplemente porque así lo sintió. Y eso me obligó a ir un poco más allá. —Y vas a ser la primera persona que me escuche cantar algo que yo misma escribí.

—¿Nunca has cantado delante de nadie?

—Algo escrito por mí, no. De hecho, mi abuela es la única persona que ha leído las cosas que alguna vez he escrito. Bueno, mi abuela y ahora tú.

Dicha confesión pareció sorprenderle.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que cualquier persona que se exprese mediante la escritura, está exponiendo gran parte de sí misma en esas letras. Y a mí, en lo personal, no me gusta sentirme expuesta. A no ser que...Bueno...que esa persona me inspire la seguridad necesaria, para poner mi corazón en sus manos, por muy cursi que pueda llegar a sonar.

—Entonces, ahora soy yo la afortunada, porque hayas decidido poner tu corazón en mis manos. —esbozó una leve sonrisa —Por muy cursi que pueda llegar a sonar.

Me quedé observándola con intriga.

Ninguna de las dos dijo nada más. Ni siquiera me atrevo a pensar en su última frase, porque no estoy en capacidad de explicar cuanto tiene eso de real para mí.

—Tengo que volver al trabajo —informé con cierto atisbo de tristeza y resignación.

—No te preocupes. Yo me quedaré aquí leyendo. Gracias a alguien, tengo suficiente material para estar entretenida varios días.

—A esa velocidad que llevas, no sé yo qué decirte —sonreí —Espero que los disfrutes.

—Lo haré, descuida.

Recogí mis cosas y me levanté del césped dispuesta a marcharme. Aunque lo cierto, es que hubiera dado cualquier cosa, porque del cielo me callera una excusa que me permitiera quedarme.

—Bueno, pues... Si necesitas algo... cualquier cosa, estaré en mi despacho ¿Vale? Creo que ya sabes dónde encontrarlo.

—Perfectamente —confirmó mirándome desde abajo.

Yo simplemente asentí y con una leve sonrisa cargada de nervios, sabiendo que no podía detener más el momento, por mucho que deseara pasar el resto del día junto a ella, me di la vuelta dispuesta a marcharme.

—¡Dulce! —escuché su voz obligándome a detenerme y voltear —Gracias por todo.

Volví a sonreír.

Esta vez sin nervios. Esta vez con una plena satisfacción. Cada pequeño gesto que me hace sentir un poco más cerca de ella, me provoca una felicidad imposible de explicar con palabras.

—Espero que tengas una buena tarde, Anahí.

Y así, observando esa última sonrisa dibujada en sus labios, emprendí mi camino de vuelta al trabajo. Ese trabajo que irónicamente, se había convertido en un motivo secundario para venir a este centro cada día.

El principal motivo, lo estaba dejando atrás en este preciso instante. Pero curiosamente, todo comenzaba a cobrar sentido. Todo eso que Doña Rosa mencionó una vez, de que el camino correcto no siempre lleva hacia donde habíamos esperado, empieza a tener un significado para mí. Ahora, por primera vez desde hace cuatro años, estoy comenzando a sentir algo, dedicándome a esta profesión. Por fin, encuentro un motivo que le da sentido a todo esto. Y ese motivo es ella. Esa sonrisa que tanto tiempo estuvo apagada y esta sensación de poco a poco ir encontrando, la luz de su mirada.

XI

Han transcurrido dos semanas.

Dos semanas en las que, ni un solo día, he faltado a una de nuestras citas. De hecho, estoy segura de que no podría hacerlo. Los pequeños momentos que paso con ella, en los que me sonrío o nuestras miradas se cruzan manteniéndose en completo silencio y disfrutando de la simplicidad del mismo, se han convertido en instantes que llenan mi vida. Nunca lo imaginé. Nunca creí que cosas tan sencillas, pudieran hacerme sentir tan viva, tan "parte de algo".

Ni siquiera sé desde cuándo o cómo ocurrió, y tampoco sé el por qué. Pero de un momento a otro, mi día a día comenzó a basarse en hacer todo lo posible por conseguir una sonrisa suya, en el instante, de la forma y por el motivo que sea. Solo pienso en hacerla reír o en conseguirle libros que le aporten entretenimiento y además le gusten. En resumen: Lo único en lo que mi mente piensa todo el tiempo, es en hacer su vida más fácil. Y lo más curioso, es que a pesar de todo, creo estarlo consiguiendo. Al menos en esos instantes en los que estamos juntas, sé que está tranquila, en paz, incluso poco a poco, he ido conociendo todas sus facetas, sus cambios de humor, su bipolaridad e incluso su locura. Sí, Anahí es probablemente la persona más bipolar del planeta. Y eso, lejos de asustarme, me produce cada vez más curiosidad. Es un ser tan complejo, que para cualquier psicólogo sería todo un reto. En cambio, para mí es una simple niña que necesita encontrar su sitio.

Caso aparte, son las sesiones que tres veces a la semana hacemos en mi despacho. Ahí sí que no puedo sentirme orgullosa de llegar a ella, profesionalmente hablando. De hecho, todavía me parece un milagro haber conseguido convencerla

Llevo minutos recostada sobre la hierba, bajo este árbol que ya se ha convertido en nuestro lugar habitual para pasar la hora del almuerzo. Observo el cielo soleado y el movimiento que hacen las hojas a causa de la ligera brisa, volviendo el día y el momento, incluso más perfecto. Ella está a mi

lado, probablemente sumida en su lectura, como cada día. Entonces vuelvo a sentir que no necesito absolutamente nada más. Y que la simplicidad de este instante, le da un extraño y absoluto sentido a mi vida.

Suspiro.

—¡Juguemos a algo! —la escuché exclamar, sacándome rápidamente de tanto pensamiento.

Dirigí mi vista hacia el lugar de donde procedía su voz y la encontré sentada, observándome desde arriba y en el sitio exacto donde cubría el sol con su cuerpo, evitando así que me cegara pero volviendo su silueta un tanto oscura.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí mirándome?

—Varios minutos —se encogió de hombro —Y como parecía que estabas queriendo arreglar el mundo con tanto pensamiento, decidí interrumpirte.

—¡Vaya, que considerada! —sonreí irónicamente —¿Y a qué quiere jugar la niña?

—Uhm... Yo te hago preguntas y tú respondes lo primero que te venga a la mente.

—Eso no es un juego —entrecerré los ojos —Eso es una entrevista. Y no me parece nada divertido.

—Y tú eres una aguafiestas —espetó.

A continuación, acompañando su berrinche, imitó mi postura y se recostó a mi lado. Permanecí segundos observándola mirar al cielo, con esa expresión de niña pequeña en su rostro, a la que me era imposible resistirme.

—Bueno, juguemos. —acepté captando de inmediato su atención —Pero con una condición.

—¿Cuál condición?

—Tendrás que responder las mismas preguntas que me hagas.

—Eso se llama trampa —se quejó con desconfianza, alzando una ceja —Así no me gusta.

—Eso se llama igualdad de condiciones, guapa.

Entrecerró los ojos al ver mi sonrisa de medio lado y la seguridad que expresaba mi mirada. Cosa por la cual, se vio obligada a ponerlos en blanco segundos más tarde.

—Está bien, "guapa" —aceptó enfatizando la última palabra —Jugamos con tus condiciones. Pero yo empiezo.

—¡Adelante!

Mi triunfo me hizo sentir orgullosa. Aunque lo cierto, es que muy aburrida o cotilla tiene que estar para haber aceptado mis condiciones.

—¿Tienes hermanos o hermanas? —comenzó.

—Un hermano.

—¿Mayor o menor?

—Menor que yo. —informé —¿Y tú, tienes?

—Soy hija única. ¿Mascotas?

—Un perro. —pude sentir mis ojos iluminarse al mencionarlo —¿Tú?

—Un pez —Se encogió de hombros. —Suponiendo que siga vivo.

Su forma tan casual de decirlo, me causó automáticamente una carcajada imposible de controlar. Cosa que a ella también la hizo sonreír, aunque frunza el ceño tratando de hacerse la ofendida.

—Ahora yo —me adelanté —¿Color favorito?

—Azul. —respondió de manera automática —¿El tuyo?

—Calipso.

En cuanto pronuncié ese nombre, la vi entrecerrar los ojos con una expresión de desconfianza.

—Eso no es un color.

—Claro que lo es. Créeme que si de algo sé, es de colores.

—¿Y a qué color se parece el...?

—Calipso —interrumpí para ayudarla y permanecí un instante observándola fijamente. —Es el color del que se ponen tus ojos cuando te da la luz del sol. Un tipo de azul, casi turquesa, con una especie de reflejos verdosos alrededor

de la pupila.

Le pequeña explicación o análisis, pareció haberla sorprendido.

—Vaya, siempre creí que mis ojos eran... simplemente azules.

—No lo son, te lo aseguro. El color de tus ojos no tiene nada de simple, Anahí. Dependiendo de si sonríes, si estás bajo el sol, si hay más oscuridad o si... estás triste, puedes llegar a tener muchas tonalidades diferentes.

Ella se tomó unos segundos después de escuchar mis palabras. Unos segundos, en los que me observaba y parecía estar analizando cada una de ellas. Lo cierto, es que ni siquiera yo era consciente de que conocía tan a la perfección los diferentes colores y tonalidades de sus ojos, hasta este instante.

A continuación, asintió, indicándome que había entendido la explicación. Pero su mirada me decía que sigue sin estar demasiado segura de ello. Ese atisbo de desconfianza que refleja en cada cosa, es muy habitual en ella y supongo que ni siquiera lo puede controlar.

—¿Y es ese, el que más te gusta?

—Es un color precioso. Lleno de vida. Pero solo lo he encontrado en dos lugares, y como te digo, uno de ellos es en tus ojos.

—¿Y el otro?

—El otro... —dudé antes de responder —Algún día te lo mostraré.

Claramente se sorprendió aún más con mi respuesta. Así como con la seguridad de la misma. Sin embargo, algo había cambiado, transformando la desconfianza en curiosidad.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Volvió su vista al cielo soleado, permitiéndome ver desde un lateral, ese color Calipso, tan especial que jamás había visto en los ojos de alguien. Ni siquiera en los de White, que los tiene completamente celeste. Sin duda, tenía que mostrárselo. Ella debía conocer ese lugar, donde el agua adquiriría el color de su mirada cuando es iluminada por el sol. Quizás se lo estuviera imaginando en este momento. Quizás, deseara realmente que se lo enseñara, como hace un momento le prometí.

—¿Pasarías un fin de semana completo conmigo?

Ahora la sorprendida soy yo. Porque esas palabras ni siquiera fueron procesadas por mi cerebro, antes de ser emitidas por mis labios.

Ella volvió a clavar su mirada en mí, algo confundida por la repentina pregunta y suspiró.

—Ni siquiera puedo salir de aquí, Dulce.

—Pero si pudieras, si tuvieras la posibilidad, ¿lo harías? —Insistí.

Sus ojos, se dirigieron hacia el cielo una vez más, y permaneció en silencio unos instantes, queriendo parecer que buscaba la respuesta en algún lugar de la inmensidad, o quizás en el vuelo de algún pájaro.

—Si. Lo haría.

No pude evitar, que al escuchar eso, en mis labios se dibujara una sonrisa de completa felicidad. Por lo que después de un instante, también volví mi mirada al cielo, contemplando ese azul que por hermoso que fuera, poco tenía que ver con el color de sus ojos.

—Te sacaré de aquí en algún momento. —aseguré completamente convencida.

—¿Y por qué quieres hacer eso?

—Porque necesito que conozcas el sentido de la vida.

Sentí su mirada posarse sobre mí al instante. Pero decidí no corresponderle. Pues en este cielo encuentro motivos que me hacen estar segura de que, a pesar de la desconfianza que ella pueda estar expresando en este momento, yo la sacaré de este lugar. Y le mostraré todo aquello, por lo que merece la pena querer permanecer en este mundo.

—Un país al que te gustaría viajar. —preguntó de pronto, haciéndome recordar que el juego que había olvidado.

—Tailandia. —la miré —¿Y a ti?

—Cualquiera que tenga mar. ¿Libro favorito?

—El Alquimista de Paulo Coelho.

—Precioso. —confirmó.

Asentí con una sonrisa. La había visto leerlo en alguna ocasión cuando aún permanecía con su silencio.

—¿El tuyo? —continué.

—Verónica decide morir.

—¿Te sientes identificada?

—¡Idiota! —exclamó lanzándome una mirada amenazante al tiempo que golpeaba mi hombro.

—¿Qué?! —pregunté fingiendo inocencia —Tienen historias similares.

Ella alzó una ceja entre ofendida y divertida.

—¿Eso del tacto, tú no lo llevas muy bien, verdad?

—Perfectamente. Pero tú me inspiras a hablarte sin tapujos.

Al decir eso, le saqué la lengua como una niña pequeña hace entre travesura y travesura. Cosa que pareció abrir una veda y ofenderla o picarla aún más.

—¿Ah sí? ¿Quieres que dejemos los tapujos y el tacto? —Comenzó a incorporarse para intimidarme con su mirada vengativa —Muy bien... —Y entonces, soltó la bomba —¿Te gustan las mujeres?

Sentí en ese momento que mis pulmones dejaron de recibir aire y mi rostro, debió tornarse de un color pálido, porque la sonrisa de triunfo que adornaba sus labios, así me lo indicaba.

Pero no, no me iba a dejar intimidar, ni por su sonrisa, ni por su mirada, ni por su descaro. Ni por absolutamente ningún gesto, que impidiera a mi cerebro pensar con normalidad.

—Sí. —vi como mi seguridad la sorprendió, cosa que me hizo sonreír triunfante dispuesta a contraatacar. —¿Y a ti?

—No. —me sacó la lengua y antes de que pudiera pensar en nada, volvió a hablar. —¿Te gusta la Doctora Andoni?

—¿Qué?! —me dejó absolutamente perpleja su pregunta y no pude evitar lanzar una sonora risa al aire —¿Estás loca?

—¿Sabes qué te digo? Que voy a hacer que me llames loca con razón.

Tras decir eso, terminó de incorporarse bajo mi atenta y confusa mirada. Sus cambios repentinos de actitud me producen gracia y miedo a partes iguales. O más bien, expectación, al preguntarme cuál sería su siguiente paso. Pero dicha expectación y risa, se detuvieron súbitamente, en el momento en el que colocó sus manos y piernas a ambos lados de mi cuerpo, posicionándose completamente sobre mí, con una sonrisa descarada y una mirada de picardía, que realmente me estaba intimidando. Su pelo cae sobre mi rostro, impregnándome con su olor y haciendo que mi corazón lata a mucha velocidad. Ya no sé si es a causa del miedo, de la vergüenza, o por el simple hecho de que su cara esté tan cerca de la mía, separadas por unos escasos centímetros.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté nerviosa. —Todo el mundo está comenzando a mirarnos.

—¿Y crees que eso me asusta? —rebatí —Estoy loca, ¿no? Ellos también están locos. Es la excusa perfecta para hacer cualquier cosa que desee.

—¿Y qué es lo que deseas?

Me arrepentí de mi valentía en el mismo momento en el que pronuncié la pregunta.

—A lo mejor deseo saber qué sentirías, si te beso en este preciso instante.

El simple hecho de escuchar "te beso" pronunciado por sus labios, creó una barrera en la entrada de aire hacia mis pulmones. Por su expresión, estoy completamente segura de que sabe perfectamente que ya no estoy siquiera respirando.

El problema, es que a orgullosa no me gana nadie. Y aunque por dentro esté temblando como un flan recién salido del horno, su descaro no va a poder conmigo.

—O a lo mejor, lo que realmente quieres saber, es lo que tú sentirías al hacerlo, ¿no crees?

—¿Quiere que lo haga, doctora? —obvió mi pregunta, descendiendo su rostro y acercándose cada vez más al mío —¿Deseas que tu paciente loca y suicida, te bese aquí, ahora, delante de todos los que nos deben estar mirando?

Tragué saliva al sentir su respiración tan cerca de la mía, y sus ojos

clavados en mi mirada como una flecha firme. Es cierto que cada centímetro de mi piel, temblaba como si un sismo estuviera teniendo lugar en mi interior. Es cierto que cada órgano de mi cuerpo me suplicaba a gritos que rompiera la distancia y atrapara sus labios, saciando el deseo que me produce tenerla tan cerca.

Pero hubo algo, en lo más profundo de esa mirada azul, que me impidió hacerlo. Un atisbo, que marcó la diferencia entre dejarme llevar por el momento, y detenerme justo a tiempo.

—¿Crees que me importa que nos estén mirando? —le pregunté siendo esta vez yo, la que comencé a ascender mi rostro, acercándome a ella y sintiendo como automáticamente se ponía en tensión —¿Crees que si quisiera, no te besaría en este preciso instante? ¿Qué no rompería definitivamente, la poca distancia que separa tus labios de los míos? ¿Piensas que no permitiría a mi lengua, explorar cada centímetro de tu boca... haciéndote sentir una mezcla entre pasión y dulzura, que nadie te ha hecho sentir jamás? Dime, Anahí —susurré golpeando sus labios con mi respiración —¿Te parece que tengo miedo? —Ella negó ligeramente con la cabeza y la sentí tragar saliva mientras me miraba fijamente a los ojos, haciéndome entender que luchaba porque su mirada no descendiera hacia mis labios. —No...No tengo miedo. Pero tampoco lo haré. —le informé volviendo a recostar mi cabeza —No te voy a besar. ¿Y sabes por qué? Porque tus ojos acaban de decirme, que estás acostumbrada a conseguir siempre lo que tú quieres, cuando tú quieres y cómo tú quieres. ¿Y quién sabe? Quizás por eso estás aquí. Quizás nunca has sabido lo que realmente necesitas y por eso tu vida se llenó de vacío poseyendo tantas cosas. Así que no, no me importa en absoluto lo que digan o piensen todas las personas que en este momento nos están mirando como si fuéramos completas dementes. No me importa lo que piensen ellos, ni el resto del mundo. Pero tampoco voy a ceder a tu juego. Más bien... ¡tú vas a ceder al mío!

Tras finalizar mi discurso, antes de darle tiempo siquiera para quejarse, protestar o simplemente enfadarse, llevé ambas manos a sus costados y comencé con un ataque de cosquillas que además de pillarla completamente desprevenida, la hizo retorcerse entre risas incontroladas.

—¡¡Cosquillas no, por favor!! —me suplicaba dificultosamente entre carcajadas.

—¿Ah no?! ¿Y por qué no? Ya no la veo tan arriesgada, señorita Valente.

Me estaba resultando imposible no contagiarme con su risa, y por el sonido de la misma, me era imposible parar.

—¡¡Dulce, para por favor!! Eres una abusadora.

—¿Abusadora yo?! ¿Quién estaba hace unos minutos provocándome, creyendo que se saldría con la suya?

—¡Está bien! —aceptó respirando con dificultad sin poder parar de reír —Lo siento.

Muy a mi pesar, pues hubiera estado horas torturándola, por el simple hecho de escucharla reír, detuve poco a poco el ataque, al darme cuenta de que realmente le costaba trabajo respirar. Incluso llegué a preocuparme por un momento. Quizás la obligué a hacer un sobreesfuerzo para su cuerpo.

Se dejó caer hacia un lado, sobre la hierba, completamente exhausta y me observó riendo mientras su respiración comenzaba a normalizarse poco a poco.

—Ya no eres mi doctora favorita. —replicó

—No me importa, —me acerqué despacio y dejé un sonoro beso en su mejilla —Tú sigues siendo mi chica favorita.

Su mirada fija en mí, me nubló cualquier pensamiento e hizo que me resultara imposible abandonar la posición. Todo lo contrario, sentí el enorme impulso de acariciar suavemente su rostro. Con una suavidad con la que nunca había acariciado a nadie. Como si sus mejillas se fueran a deshacer entre mis manos.

Esas mejillas y ese rostro, que en ocasiones pertenecía a una loca descarada, sin sentido de la vergüenza. Otras veces, pertenecía a una mujer frágil, que todo el tiempo quería aparentar ser fuerte, y en otras ocasiones, como esta, pertenecía a una niña. Una simple e inocente niña, capaz de reír a carcajadas y hacer latir el corazón de cualquier ser humano, a cientos de kilómetros por hora.

—Dulce. —interrumpió una voz, haciéndome regresar de golpe al mundo real.

Dirigí mi vista hacia el lugar del cual procedía y encontré a Marta, de pie a

unos metros de nosotras. No podía distinguir bien la expresión de su rostro, ya que el sol me lo impedía. Pero seguramente, no estaría expresando nada bueno.

—¿Tienes un minuto? —preguntó seguidamente.

Yo simplemente asentí y vi cómo se daba la vuelta dispuesta a alejarse. No sé si para permitir que me despidiera, o simplemente porque no deseaba estar ahí ni un segundo más. Fuera por lo que fuese, había llegado el momento.

Dirigí nuevamente mi mirada hacia Anahí y la encontré con una expresión diferente en su rostro. Diferente a la de hace unos minutos. Pero tampoco sabría adivinar bien lo que expresaba.

—Te reclaman —Informó.

—Tengo que volver a trabajar —Confirmé tras un suspiro.

Ella asintió y sin más, me puse en pie, ofreciéndole a continuación mi mano para ayudarla a levantar.

En pocos segundos, la tenía otra vez en frente, casi a mi altura, con nuestros ojos, una vez más, clavados los unos sobre los otros. Mi mano aún no había dejado libre la suya y sentí el enorme deseo de acariciar ligeramente su piel con uno de mis dedos. Acompañé dicho gesto de una sonrisa. Ni siquiera sé lo que pretendía transmitirle haciendo eso. Solo sé que no quería irme de ese lugar, de su lado, y deseaba que ella lo supiera.

Ella correspondió la sonrisa. Y así supe que lo había entendido, a pesar de no haber pronunciado una sola palabra. Cosa que me dio la liberación necesaria para despedirme.

—Hasta después.

—Que pases una buena tarde —Susurró.

Asentí con una sonrisa, haciéndole saber que deseaba exactamente lo mismo para ella.

Acto seguido, mirando sus ojos por última vez antes de marchar, solté su mano y emprendí el camino que me llevaría hacia una ya muy adelantada Marta.

La seguí hasta el final del jardín, atravesó la puerta y cuando conseguí

llegar hasta ella, caminamos juntas por aquel largo pasillo en completo silencio. No decía absolutamente nada, y yo, por no saber exactamente lo que pensaba, tampoco dije nada. Simplemente la seguí, hasta donde quiera que fuese a ir.

Cuando quise darme cuenta, habíamos entrado en el ascensor que está al principio del pasillo, introdujo su llave en la pequeña ranura y automáticamente, se cerraron unas puertas, abriéndose las otras que nos llevaban directamente a la recepción.

—Buenas tardes, Carla —saludó a la recepcionista y secretaria.

—Buenas tardes, Doctora Andoni —Respondió esta, apartando la vista de su ordenador y ofreciéndonos a ambas una sonrisa —Doctora Andrade.

—Hola de nuevo, Carla —Respondí también, correspondiendo a la sonrisa.

Marta continuó su camino hacia el exterior y yo tras ella.

Bajamos los pequeños escalones, caminamos unos pasos, y atravesamos la cerca que indicaba los límites del centro. Entonces se detuvo, observando por un instante a nuestro alrededor sin reparar si quiera un segundo en mi presencia. Solo nos acompañaba una hilera de coches estacionados al otro lado de esta larga carretera. El mío estaba entre ellos. Aunque dudo mucho que Marta haya venido hasta aquí solo para mirar coches y asfalto. La observé apoyar su espalda en la cerca, al tiempo que introducía una mano en el bolsillo de su bata blanca. Me sorprendió mucho descubrirla dejando a la vista una caja de tabaco, de la cual, extrajo un cigarro y lo encendió, llevándoselo seguidamente a los labios.

—No sabía que fumaras. —me decidí a romper el silencio por fin.

—Solo cuando estoy estresada.

Dio la primera calada al cigarrillo y acto seguido, observé el humo abandonar su boca y esparcirse por el espacio lentamente.

—¿Por qué estás estresada?

Entonces, por primera vez desde que había comenzado a seguirla en el jardín, dirigió su vista hacia mí, deteniéndose ahí varios segundos.

—Porque tengo un conflicto interno bastante grande.

—¿Estás molesta por... lo que sucedió en el jardín? Solo... solo jugábamos, Marta. Ya sé que no está bien y que como jefa tienes que...

—Ni siquiera sé lo que tengo que hacer como jefa, Dulce —me interrumpió —Nunca ha sucedido nada así. Nunca me he enfrentado a la situación de ver a una trabajadora jugando de esa forma con una paciente, frente a todo el mundo. Y no es el hecho de jugar, es el hecho de que llevas meses sobrepasando los límites sin siquiera darte cuenta. Sales al jardín y actúas como una niña. Anahí no es tu paciente, ni siquiera es tu proyecto. Me estas poniendo en una situación que no sé cómo afrontar, ¿entiendes?

—Lo siento... —me disculpé bajando la mirada.

Al fin y al cabo ella tiene razón y lo último que quiero es perjudicarla. No tengo ningún derecho y desde luego, es la última persona que lo merecería.

—No quiero que lo sientas, Dulce. Joder, ni siquiera sé lo que quiero. —exclamó llevándose una mano a la cabeza —Porque sí, como tu jefa y tutora, tengo que darte un sermón y exigirte que te comportes, que es inadmisibles tener esas conductas con una paciente. Debes mantener las distancias. Cosa que sabes a la perfección. Pero por otro lado, ya ni siquiera es eso lo que me preocupa. Me preocupas tú.

—¿Qué pasa conmigo?

—Tengo en mi despacho los últimos análisis médicos hechos a Anahí —me informó consiguiendo poner mi cuerpo en tensión al instante —Por eso fui a buscarte, quería hablarlo contigo. Estaba preocupada por cómo iba a afectarte y resulta que te encuentro haciéndole cosquillas como si de una niña pequeña se tratase. Y después... tu forma de mirarla. Si ya me preocupaba lo afectada que podrías resultar, ahora... ahora no sé ni lo que debo hacer.

—¿Qué dicen los análisis, Marta?

Suspiró.

Y cuando alguien suspira y aparta la mirada antes de comenzar a hablar de algo importante, asusta.

—Que no hay ninguna mejoría en ella. Sus defensas bajan, sus nutrientes bajan, su hierro baja, su peso baja. Y esto no puede seguir así. Se niega completamente a recibir algún tipo de ayuda. No quiere escuchar ni hablar con

nadie que no seas tú, y parece que no te estás dando cuenta de eso. Me pediste que confiara en ti, que te diera tiempo... Pero es que no puedes curarla tú sola. Ni si quiera yo podría, Dulce. No sacas nada en claro de las sesiones que están teniendo y Anahí, al igual que cualquier persona con su tipo de trastornos, necesita ayuda de diversos profesionales que trabajen en conjunto. Pero sobre todo, necesita querer curarse también en los momentos en los que tú no estés con ella.

—¿Crees realmente que no me estoy dando cuenta? —le pregunté, queriendo deshacer el nudo que se había formado en mi garganta —¿Qué no la veo cada día más delgada, débil y con las ojeras cada vez más pronunciadas? Sí, Marta, lo veo a diario y no me hace falta que unos análisis me confirmen como se siente. Porque lo vivo en primera persona cada minuto de mi vida. Y me paso las noches en vela, preguntándome de qué forma puedo ayudarla, sin obtener una maldita respuesta.

—Entonces, ¿cuál es tu plan, Dulce? Porque yo lo único que veo, es que cada día estas más implicada en esto y no sé hasta qué punto, eres consciente de ello. No sé si te das cuenta de que Anahí está sumida en un hoyo, al que fácilmente puede arrastrarte sin siquiera ella quererlo. Porque si no fuiste capaz de abandonar cuando te sugerí que cambiaras de proyecto, dudo mucho que puedas hacerlo ahora.

—Probablemente no pude abandonarla desde el primer momento en que la tuve frente a mí —reconocí y vi su mirada expresar algo más de comprensión, lo que me permitió exhalar un suspiro —No tengo ningún plan y si en algún momento hice uno, se me viene abajo cada vez que la miro a los ojos. Ni siquiera yo lo entiendo, ¿vale? No sé lo que me pasa. Dios, ella rompe todos mis esquemas. Consigue que actúe inconscientemente, que ceda ante sus juegos sin importarme las consecuencias. Logra que olvide si estamos o no, rodeadas de personas y hace que mis ojos solo puedan verla a ella. Es la persona más bipolar que he conocido jamás. Puede pasar de la nostalgia o la tristeza, al descaro y la locura en cuestión de segundos. Una vez me advertiste que quizás estaba esperando demasiado, que quizás me había creado una imagen inexistente de una persona inexistente. Nunca creé en mi cabeza una determinada imagen de su personalidad, pero de haberlo hecho, te aseguro que habría superado por completo mis expectativas. Es observadora, atenta, sumamente inteligente. Siempre va un paso por delante. Puede aparentar estar

a miles de kilómetros emocionales de distancia, pero la realidad es que siempre está ahí, conmigo. Está completamente loca, Marta, aunque esa palabra esté terminantemente prohibida para nuestra profesión, y me está volviendo loca a mí. Ni siquiera me reconozco cuando estoy con ella, porque siento que si el mundo se derrumbase en ese momento, no me importaría. No me importaría si lo último que escuchara fuera su risa. Esa que tanto me costó llegar a conseguir. ¿Y sabes que es lo peor? —le pregunté sin esperar respuesta, viéndola observarme atentamente —Que me encanta. Me encanta sentirme así. Me encanta que ella me haga sentir así, y saber que cuando está conmigo, sus problemas desaparecen. Que al menos durante unos minutos al día, puede y quiere ser ella misma. Así sea caprichosa, bipolar, desquiciada, miedosa, dulce, tierna o inocente. En cualquiera de sus facetas. Me encanta que cuando me mira a los ojos, solo pueda ver paz. Mis preocupaciones también desaparecen. Todo se esfuma cuando la tengo en frente. Me encanta luchar a diario por conseguir sacarle una sonrisa y me encanta ser el motivo de ella... —volví a suspirar —Ni siquiera me he detenido ni un solo minuto de los últimos meses, a pensar en lo que estoy sintiendo, Marta. Porque tal vez en el momento en que lo haga, tenga que darte la razón, tal vez tenga que apartarme. Y también porque creo sinceramente, que eso carece de importancia. Mis sentimientos personales no son vinculantes, porque si vuelves a preguntarme cual es mi plan, simplemente podría responderte; darle lo mejor de mí.

Ni siquiera el sonido de la puerta me hace levantar la cabeza del portátil. Puedo sentir mis sienes en tensión y un dolor agudo de cabeza debido a las horas que llevo tecleando con los ojos entornados. No es que no vea la pantalla, de hecho, utilizo lentes para no realizar un sobreesfuerzo con la vista. Pero creo que adquirí esa manía mucho antes de graduármela y terminó convirtiéndose en un signo de concentración.

Vuelven a llamar.

—¡Adelante!

La puerta se abre al instante de dar el permiso.

—Te iba a preguntar si estabas sorda, pero viendo como parece que le estás lanzando "rayos x" a esa pantalla, creo que lo que estás, es excesivamente concentrada.

Al escuchar la voz de Anahí, esta vez sí, aparté la vista del monitor y la descubrí de pie frente a mi mesa. Por un momento se me olvidó lo que estaba haciendo hace tan sólo unos segundos y por un momento también, se me olvidó preguntarme qué está haciendo ella aquí. Pero su expresión de extrañeza y su media sonrisa, me devolvieron al mundo real.

—Anahí... ¿Qué estás haciendo aquí? Quiero decir, ¿ocurre algo?

—Vaya, parece que tu concentración no te ha dejado ni ver la hora. —miré un momento el reloj del ordenador. 18:15 p.m.

—¡Nuestra sesión! ¡Lo olvidé por completo!

—Creía que te encontraría hecha una furia por mi retraso y resulta que si no vengo, tampoco te hubieras enterado.

—No creo que esperaras verme hecha una furia.

—No... —sonrió encogiéndose de hombros —Doña diplomacia nunca se altera.

—No soy tan diplomática como piensas y sí puedo llegar a alterarme. Pero cómo te habrás dado cuenta, soy humana y también olvido las citas.

—¿Y qué es eso que consigue acaparar toda tu atención y sacarte del mundo?

—Trabajo —respondo cerrando el portátil y poniéndome en pie —mucho trabajo. Como al resto de la sociedad. ¿Empezamos?

Extendí la mano hacia el sofá, invitándola a acomodarse y cambiando el tema de una forma muy obvia. Se ofrecería a intercambiar el puesto de interna conmigo, si se llega a enterar de que es ella precisamente, "eso", que consigue sacarme del mundo haciéndome olvidar incluso nuestra cita.

Como viene haciendo desde hace algunas sesiones, se sienta en el sofá subiéndolo y extendiendo las piernas como si estuviera en el de su propia casa, pero no llega a recostarse del todo. Deja caer su espalda sobre el apoyabrazos para quedar más erguida y las manos sobre la mitad de su propio cuerpo, entrecruzando los dedos.

Después de acercar la silla y sentarme justamente a su lado, hago algunas anotaciones en mi cuaderno antes de comenzar.

—¿De verdad es necesario que apuntes incluso cómo me siento? Puedo describirte mi personalidad sin que tengas que analizar mi postura.

Alzo un poco la mirada y sonrío. Es demasiado inteligente.

—La postura que adoptas al sentarte, seguramente me revele cosas que ni tú misma sabes que sientes ahora mismo.

—¿Cómo cuáles?

—Estado de ánimo, reacción y sensación ante la terapia, ante la terapeuta.

—Oh... ¿Y qué sensación tengo ante la terapeuta?

—Dímelo tú.

—Vamos, dime lo que apuntaste en el cuaderno. —insistió —De esa forma comprobaremos si tus teorías psicológicas funcionan o son un fraude.

—No puedo decirte qué me hace saber cada cosa, porque de esa forma condicionaría tu actitud y estamos aquí precisamente para que dejes de condicionar tu actitud y seas simplemente tú misma.

—Lo entiendo. Pero sólo dime las conclusiones, no me expliques cómo llegaste a ellas. ¿Cómo dice mi cuerpo que debo sentirme respecto a ti?

Dudé un momento. Sé perfectamente que no debo darle detalles, porque si

en este momento, le doy la impresión de saber más de su persona, que ella misma, pondrá una barrera aún mayor de la que ya tiene. Y eso es lo último que necesitamos. Pero al mismo tiempo sé, que si no respondo algo, será imposible mantener una conversación y esta tarde, no me siento con las fuerzas suficientes para intentar de manera sutil, que se abra.

—Tu cuerpo me dice que todo el tiempo quieres llevar el control. Te fías de mí como persona, pero no como profesional. Entrás por esa puerta y automáticamente levantas un muro entre ambas, que sesión tras sesión, me impide llegar a ti. —sus ojos se hicieron más pequeños, haciéndome ver que se había percatado de mi seriedad —Estudio, estudio y vuelvo a estudiar mil veces los diferentes tipos de terapia que existen, para encontrar el más adecuado, pero es inútil. Por algo tan sencillo como que estás aquí por mí, porque yo te lo pedí. No porque tú quieras estar. No tienes ninguna intención de dejarme profundizar en tus emociones. Al menos, no entre estas cuatro paredes. —permaneció seria, atenta —¿Tengo o no tengo razón?

—Esto es lo que tú querías, ¿no?

—Aquí no importa lo que yo quiero. Sino lo que tú necesitas.

—Yo no necesito nada. Cuando firmé el ingreso voluntario, advertí claramente que no quería charlas, terapias, ni nada por el estilo. Y sin embargo, aquí estamos, conseguiste que accediera a tener tres sesiones semanales únicamente contigo. —de pronto, su expresión cambió, como si hubiera descubierto un gran hallazgo, aunque lejos de expresar sorpresa, me miró entornando sus ojos —Esto se trata de ella, ¿verdad? Estás así por ella.

—¿Ella?

—La doctora Andoni. ¿Qué te dijo cuando salieron del jardín? ¿Qué no podías seguir involucrándote conmigo? ¿Que tenías que hacer tu trabajo? A leguas se ve que le molesta verte cerca de mí.

—La doctora Andoni desea que te recuperes, tanto como lo deseo yo.

—Oh, entiendo. Porque es psicóloga y tú también lo eres. Eso es todo lo que quieres, curar a una paciente.

—¿Qué estás tratando de hacer, Anahí? —le pregunté comenzando a impacientarme —¿Intentas manipularme? Estamos hablando de ti, no de mí. Así que no intentes desviar el tema. Marta se preocupa por ti y lo único que hace

es ponerme los pies en la tierra, cuando se me olvida mi labor en este lugar. Que por si te interesa, ocurre cada vez que estoy contigo. Lo que pasó en el jardín, estuvo totalmente fuera de lugar y no tendría que haber ocurrido. Tú sabes que no debería cruzar la línea y resulta que lo hago continuamente.

—Entonces no lo hagas. —se encogió de hombros con indiferencia —No cruces más la línea.

—¿Eso es realmente lo que quieres? ¿Qué me aleje? ¿Quieres que sea otro compañero quien se haga cargo de tu caso?

—¿Qué te hace pensar que aceptaría a otra persona?

—Entonces, ¿Qué demonios quieres, Anahí?

Tras mi pregunta, su mirada se perdió en algún punto de la ventana que tenía frente a ella. No creo que desde el lugar en el que nos encontramos, debido a la lejanía, pueda ver algo más que cielo y nubes. Pero ahí permanece en completo silencio.

—Dulce, —escucharla pronunciar mi nombre en este momento de tensión, hace que mi corazón se acelere. —No seas tan cabezota y haz caso de lo que te dicen; tratando de ayudarme, sólo lograrás destruirte.

Definitivamente, su actitud de hoy no está ayudando en absoluto y a mí se me acaban las opciones.

—¿Y acaso eso te importa? ¿Lo qué me pase? ¿Significa algo para ti?

Volvió a dirigir su vista hacia mí y se detuvo unos segundos que se me hicieron realmente eternos. Sentía el bolígrafo temblar entre mis dedos, pudiendo caer al suelo en cualquier momento. Sentía sus ojos azules helando cada parte de mi cuerpo, nublando mi mente y en este momento, produciéndome enfado hasta tal punto, que me siento bloqueada.

—Sólo intento advertirte de algo que ya he visto antes.

Suspiré y aparté la mirada de ella para anotar algo en mi cuaderno.

—Sesión terminada —finalicé sin ánimo de continuar con este absurdo — Eres libre.

—Curiosa tu definición de libertad. Esto es una cárcel... con bonitos jardines y una fuente que en las noches se ilumina. Pero sigo estando presa, al fin y al

cabo.

—No, Anahí, te equivocas. —volví a enfrentar sus ojos —La única cárcel que te mantiene presa, es esa que llevas dentro de ti.

Me lanzó una mirada inexpresiva. O al menos, sería inexpresiva para el resto del mundo. Pero yo, que he aprendido a interpretar sus silencios, puedo ver perfectamente como contrae su mandíbula y contiene la rabia.

Sin decir más, abandona la oficina con un portazo y siento la necesidad de lanzar por los aires el dichoso cuaderno de anotaciones que tan mal está haciendo su trabajo.

En este instante gritaría. Lanzaría un grito ensordecedor al vacío que sacara toda la impotencia que llevo dentro. Pero una vez más, mis emociones se quedan ahí, en el interior de mi pecho, acumulándose en una bola que crece y crece con el paso del tiempo.

XII

De un sobresalto me despierto, completamente aterrorizada. Puedo sentir mi respiración agitada y una especie de sudor frío recorriendo mi frente. No era más que una pesadilla y a pesar de eso, aún continúa invadiéndome la sensación de temor.

No es la primera vez que sueño lo mismo. Últimamente, me despierto en plena madrugada, habiendo vivido una experiencia horrible mientras dormía. En ocasiones, recibo una llamada telefónica de Marta, diciéndome que encontraron a Anahí desmayada en el piso de su habitación. Otras veces, soy yo misma, la que va a buscarla y la encuentra en dicha posición, quedándome absolutamente paralizada. De diferentes maneras, mi subconsciente desarrolla este temor interno que me es imposible controlar. Aunque lo cierto, es que al abrir los ojos y darme cuenta de que sólo fue un sueño, mi corazón vuelve a sentir liberación.

Me siento en la cama aún algo aturdida y dirijo mi mirada hacia el reloj despertador, que marca exactamente las 6:55 a.m, apenas faltan cinco minutos para que suene. Así que decido apagarlo antes de que su sonido me rompa los tímpanos.

White aparece rápidamente por la puerta, moviendo su cola con entusiasmo, como si le resultara completamente indiferente lo temprano que es.

—Buenos días, pequeño —comienzo a acariciar su cabeza mientras recibo lametones en mis manos. —Es hora de comenzar un nuevo día ¿No crees?

Verlo a él, tan contento como siempre, sin duda hace que olvide por completo el miedo que minutos atrás sentía.

Es cierto lo que acabo de decir, ahora comienza un nuevo día. Y a pesar de la pesadilla, el simple pensamiento de que en una hora la veré, me hace levantarme con fuerza, dispuesta a empezar el ritual de cada mañana, para estar junto a ella, lo más pronto posible.

Una hora más tarde, me encuentro absolutamente desesperada en medio de una hilera de coches que parece no avanzar. Ya debería estar llegando a La

Cascada y sin embargo, llevo minutos sin que mi coche se mueva más de dos centímetros. Por lo que decido pulsar el altavoz de mi teléfono y seguidamente, la tecla de abreviación que me comunica directamente con el centro.

—Centro de salud mental, La cascada, —responden después de varios tonos
—Buenos días, ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días Carla, soy Dulce. ¿Podrías comunicarme con el despacho de la doctora Andoni?

—Por supuesto, Doctora Andrade, aguarde un segundo en lo que desvíó la llamada a la oficina de la doctora.

—Gracias.

Transcurren unos segundos hasta que comienzo a escuchar de nuevo la señal indicando que la llamada está entrando. Un tono, dos tonos...

—¿Dulce? —Escucho justo antes de que suene el tercer tono —¿Estás bien? ¿Ocurre algo?

—No Marta, tranquila, es solo que llevo treinta minutos parada en el tráfico y esto parece no avanzar. Quería avisarte de que me iba a retrasar.

—¡Ah! No te preocupes. ¿Estás muy lejos?

—A unos diez minutos simplemente. Pero no entiendo lo que sucede, debe haber habido un accidente.

—Está bien, tranquila. Te esperaré para hacer la ronda. Pasa por mi despacho cuando llegues.

—Vale, gracias.

—Que te sea leve la espera —dijo riendo.

—Si en cinco minutos esto no se mueve, dejo el coche aquí y llego caminando.

—Dulce, no puedes dejar el coche en medio de la carretera, salvaje.

—Ya lo sé —suspiré —Por eso sigo aquí hablando contigo y no estoy llamando a tu puerta. Esto es desesperante.

—Bueno, tómatelo con paciencia, mira que eso se te da de maravilla.

Fruncí el ceño aunque era consciente de que no me estaba mirando.

—Muy graciosa. —me quejé con ironía, escuchando su risa al otro lado.

—Llámame para cualquier cosa, anda.

—Gracias otra vez, doctora. Nos vemos en unos minutos.

—Hasta ahora. —se despidió.

Dicho esto, colgué el teléfono y subí el volumen de la música, deseando que la espera se volviera más amena.

Al cabo de otra media hora, ya estaba entrando por las puertas de La Cascada. Después de saludar a Carla, entré al ascensor y sabiendo que dada la hora, ya no encontraría a Anahí en el pasillo, pulsé directamente el botón del segundo piso.

Llegué al despacho de Marta y llamé a la puerta, recibiendo automáticamente su permiso.

—Siento el retraso —me disculpé sin siquiera saludar —Te prometo que a partir de mañana, saldré antes de casa, por si acaso.

Ella, que había levantado la vista y detenido su escritura en cuanto me escuchó, me miraba ahora de una forma algo divertida.

—Deberías respirar. Parece que viniste corriendo desde tu casa. Oh... —se detuvo con expresión de susto, como si hubiera descubierto algo —No me digas que al final dejaste el coche en medio de la carretera y llegaste corriendo hasta aquí.

—Tranquila, que deseché esa idea en cuanto el resto de autos comenzaron a moverse. Pero odio llegar tarde al trabajo.

—Dulce, sólo llevas media hora de retraso, no es para tanto. Le puede pasar a cualquiera y fue por culpa del tráfico. No todo lo vas a poder controlar, ¿verdad?

—Supongo que no —me encogí de hombros resignada. —¿Comenzamos la ronda?

—Si quieres puedes ir a tu despacho, dejar las cosas, ponerte tu uniforme, beber un vaso de agua y... —hizo un gesto exagerado de inhalar aire profundamente para luego expulsarlo muy despacio —respirar. Que no me voy

a ir de aquí. Te noto un poco nerviosa esta mañana.

—Creo que mi mala noche trajo consigo algo de ansiedad. —dejé caer mis hombros con resignación —Y parece que mientras más pronto quieres llegar a un sitio, más obstáculos aparecen en el camino.

—Así es el Universo, siempre poniendo a prueba nuestra paciencia.

—Siempre... —sonreí por fin. —Mejor te hago caso y voy a beber agua. A ver si me relaja.

—Aquí te espero.

Sin decir más, abandoné el despacho de mi jefa y amiga, dirigiéndome al mío, donde lo primero que hice fue colgar el bolso en un perchero y ponerme la bata blanca. Seguidamente, serví agua en un vaso y mientras la bebía, caminé hasta la ventana, intentando centrarme y relajarme, pues es cierto que esta mañana estoy un poco nerviosa, algo no demasiado habitual en mí. O al menos, no a simple vista. Dada la tranquilidad que me caracteriza, mis nervios siempre han sido interiores. Pero desde luego, observar el paisaje a través de la ventana, lejos de tranquilizarme, consiguió que mi cuerpo se tensara aún más, al no ver a Anahí en su sitio habitual. No tenía por qué preocuparme, si hubiera ocurrido algo, Marta me lo habría dicho en seguida. Pero aun así, el hecho me extrañó. Así que volví a abandonar mi despacho, entrando en el de al lado.

—¿Dónde está Anahí? —pregunté apresuradamente.

Marta alzó la vista confusa por mi nueva interrupción.

—¿A qué te refieres exactamente con, "dónde está"?

—No está en el jardín. ¿La has visto?

—No, no la he visto, Dul. A lo mejor hoy se le pegaron las sabanas, quien sabe.

—No lo creo. —negué repetidas veces con la cabeza —Ella se acuesta muy tarde y se levanta muy temprano.

—Si hubiera ocurrido algo te habría informado. A lo mejor está en la biblioteca, o en su habitación. A lo mejor incluso se está bañando.

Me detuve un momento a analizar las opciones.. Cada una de ellas tenía su

lógica.

—Si... Puede ser. —suspiré —Estoy paranoica, ¿verdad?

—Estás preocupada. Y es absolutamente normal. —aseguró poniéndose en pie —¿Qué te parece si empezamos la ronda y así puedes buscarla cuanto antes?

—Me parece una idea perfecta.

Marta llegó hasta mí y pasó su brazo por mis hombros, dirigiéndome hacia la puerta.

—Ay... —suspiró —¿Qué voy a hacer contigo, eh?

—Puedes ir reservándome una plaza aquí. Creo que la voy a necesitar.

—No sería tan mala idea.

Me encogí de hombros resignada y con una sonrisa tierna por su parte, abandonamos el despacho, dispuestas a comenzar la ronda del día.

Aproximadamente dos horas, estuvimos de habitación en habitación, revisando que todo estuviera en orden. Mi nerviosismo no había disminuido en absoluto. Al contrario. Incluso Doña Rosa se percató de ello nada más verme. No hizo falta ni que la saludara, para que me preguntara qué me ocurría hoy. Y yo, al igual que a Marta, solo le dije que había pasado una mala noche. Cosa que la perspicaz anciana no creyó en absoluto. Pero tampoco insistió demasiado, pues a pesar del poco tiempo que hace que me conoce, sabe perfectamente cuando quiero hablar de algo y cuando no. Y precisamente hoy no es un buen día para hablar de nada. Solo quiero llegar al jardín y comprobar que está ahí, como cada mañana, leyendo o simplemente mirando el paisaje.

Camino a toda prisa por el pasillo del primer piso, dispuesta a llegar cuanto antes a ese jardín. Pero al pasar por una de las puertas que están a ambos lados del mismo, escucho un ruido que me hace detenerme. Dicha puerta se encuentra entreabierta. Miro a mi alrededor, esperando encontrar a alguien merodeando, pero estoy completamente sola. Entonces, vuelvo mi vista hacia ese lugar del que provino el sonido y descubro que mis prisas, me hicieron pasar por alto el hecho, de que es uno de los servicios que se encuentran en el primer piso, pues su cartel así lo indica. Frunzo el ceño con algo de

desconfianza. Sé perfectamente que los baños siempre están cerrados con llave y ningún paciente puede acceder a ellos sin compañía de una enfermera. Algo extraño sucede, y es inevitable que un mal presentimiento se instale dentro de mí, antes incluso de que pueda detenerme a pensar, durante al menos un segundo, en lo que podía estar pasando.

De pronto volví a escuchar ese sonido de minutos antes y sin racionalizar absolutamente nada, abrí completamente la puerta y pasé al otro lado, cerrándola tras de mí. Justo enfrente, hay otra puerta que separa el inodoro del resto del cuarto. Esta, también se encuentra entreabierta. Y fue el mismo impulso que me había llevado hasta allí, el que me hizo abrirla definitivamente, sintiendo como el latido de mi corazón se detenía en el instante en el que descubrí, lo que había al otro lado.

Anahí...

Arrodillada en el piso, escondiendo su cabeza casi en el interior del propio inodoro, con el cabello cayendo a ambos lados de su rostro, tratando de sacar con cada arcada, todo el dolor de su corazón.

Está vomitando.

Está expulsando de su interior, cualquier resquicio de soledad o preocupación que la invade... Está lanzando su propia alma hacia las alcantarillas con cada impulso de su garganta. Y con ello, con esa imagen, mi corazón se rompió en mil pedazos, creando un nudo en mi pecho que apenas me permite respirar.

Es... es realmente imposible transmitir con palabras, lo que se siente en un momento como ese. Por mucho que trate de expresarlo en unas líneas, la impotencia y el dolor de ver a alguien que quieres, en el máximo punto de su destrucción, es un sentimiento absolutamente insoportable. Tanto, que me hace sentir el peso del mundo sobre mis hombros.

No pude hacer nada durante unos instantes. El tiempo se había detenido y mi cuerpo era incapaz de responder al movimiento. Sólo podía observarla vaciar su interior, mientras sentía mi alma quebrarse con esa imagen. Quizás ni siquiera transcurrieron unos segundos. Quizás mi estado de shock fue más corto de lo que pienso. Solo sé que cuando mi cuerpo decidió por fin reaccionar, cogí una pequeña toalla y me coloqué detrás de ella. Agarré su

pelo con mis manos y al no ver ningún movimiento por su parte, me pregunté si había sentido mi presencia en algún momento. Pero ella escondió su rostro de mí y trató de apartar mis manos de su pelo. No se lo permití. Volví a insistir y ella volvió a empujarme, sin decir nada, simplemente tratando de esconderse aún más.

Entonces, comencé a escuchar sollozos y su cuerpo se movía ligeramente, haciéndome entender que estaba llorando. Fue en ese instante, en el que mis piernas dejaron de sostenerme. Caí a su espalda, quedando arrodillada en su misma posición. Mis manos se dirigieron a sus brazos y una vez más, intenté apartarla de aquel lugar que ahora me parecía un infierno. Esta vez, su cuerpo pareció darse por vencido, y simplemente dejó de ejercer presión. Fue entonces cuando puse la toalla en sus manos, y mientras ella misma se la llevaba hacia la cara, atraje su cuerpo hasta el mío, consiguiendo que se diera la vuelta y ambas cayéramos definitivamente, quedando completamente sentadas.

Con mi espalda apoyada en la pared, refugié su cuerpo entre mis brazos y permanecí en silencio mientras ella limpiaba de su propio rostro, los restos de su odiada soledad. Escucho su llanto desesperado sobre mi cuello. Siento las pequeñas convulsiones que sufre su cuerpo, y eso me hace abrazarla cada vez más fuerte. Aferrarla a mí, o aferrarme a ella, mientras las lágrimas que habían estado bañando mis ojos, comienzan a descender mejilla abajo.

No podía soportarlo.

No era capaz de aguantar su dolor ni un segundo más. No podía seguir sentada, observando cómo su vida se desvanecía mientras yo intentaba encontrar una solución.

Sentí que poco a poco, comenzó a despegar su rostro de mi cuello, ascendiendo su mirada hacia a mí. Por un momento, me invadió el pánico y permanecí con la mirada al frente. No puedo mirarla, porque siento que en el momento en el que lo haga, las lágrimas comenzaran a brotar de mis ojos sin control alguno. Pero mis mejillas están mojadas, y continúo sintiéndolas descender por mi piel, lo que me recuerda, que ya no tengo control alguno.

La observé entonces, y por primera vez desde que entré en este cuarto de baño, vi sus ojos, completamente enrojecidos y bañados en lágrimas. Me mira con confusión, al ver que yo también lloro. Y también con vergüenza, como si

sintiera haberme decepcionado. Pero sobretodo, me mira con miedo. Un profundo temor, se había apoderado de su mirada triste.

Así que, sintiendo como unos escasos centímetros, separan su rostro del mío, llevé una de mis manos a su mejilla y acaricié su piel con dulzura, secando las rebeldes gotas de agua salada que continúan cayendo.

—Se acabó... —le susurré. Le supliqué —Por favor, no te hagas más esto.

—No puedo... —escuché su voz entrecortada —no puedo evitarlo.

Quise llorar como una niña pequeña. Sentía mis ojos cada vez más empapados y mi vista cada vez más nublada. Quería llorar y suplicarle que no siguiera dañando su vida. Sentía mi labio inferior temblar mientras esos ojos azules me miraban como si toda ella, estuviera a punto de romperse.

—No voy a permitir que te sigas haciendo daño, —aseguré agarrando su mejilla con decisión y clavando mis ojos en los suyos —¿entiendes? No lo voy a permitir.

—Tengo miedo, Dulce. Mucho miedo —yo asentí, haciéndole ver que lo sabía perfectamente, y entonces su boca se abrió, como si algo más estuviera a punto de salir de ella, pero ni un solo sonido salió de sus labios. Disminuí la presión de mi mano en su mejilla y simplemente la acaricié. Con la intención de hacerle saber, que no había nada que temer, yo estaba aquí, yo... —Ayúdame... —suplicó entre lágrimas —Por favor, ayúdame.

Y no hizo falta nada más.

Deposité en su frente, el beso más honesto y protector que jamás le había dado a nadie. Y sin decir una sola palabra más, volví a atraer su cuerpo, permitiendo que mis brazos respondieran cualquiera de sus dudas. Por supuesto que iba a ayudarla. Por supuesto que iba a protegerla. Por supuesto que iba a sacarla de su oscuridad. Y sólo encontraba una forma de hacerlo; mis brazos, a partir de ahora, llenarían su vida de instantes inolvidables. Estoy completamente dispuesta a conseguir, que vea la vida a través de mis ojos, que toque con mis manos y que sienta con mi propio corazón. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano, y no voy a parar, hasta lograr llenar de color, su gris existencia.

—Va a desaparecer, cariño. —le aseguré dejando suaves caricias en su pelo —Te prometo que el dolor, va a desaparecer. Lo vamos a conseguir.

Sus manos se aferraron fuertemente a mi pecho y continuó desahogando sus lágrimas en mi cuello durante minutos. Hasta que todas y cada una de ellas, salieron. Hasta que ya no había nada más que expulsar de su interior.

Por el momento.



Abrí la puerta del despacho de Marta, como si mi refugio se encontrara en ese lugar. La cerré al pasar y apoyé mi espalda en ella, echando la cabeza hacia atrás. Ni siquiera sé si mi amiga estaba observándome, ni siquiera sé si se pregunta qué demonios me impulsó a entrar así en su despacho. Siento como una lágrima moja mi mejilla en su descenso. Después de esa, otra... y así, una sucesión de gotas de agua salada, que no son más que la expresión del dolor que en este momento siento. Incorporo mi rostro y puedo observar la silueta de Marta a unos metros, algo borrosa a causa de las lágrimas. Está en completo silencio, observándome, esperándome.

—Ya lo entiendo... —hablé por fin, mientras ella continuaba mirándome en silencio, esperando que prosiguiera. —Su dolor, es mi dolor. Su sufrimiento, es mi sufrimiento. Y su felicidad, es mi felicidad. Pero si ella cae, yo la levanto. Si tropieza, la sostengo. Si quiere hablar, la escucharé y si quiere callar, simplemente la abrazaré. Quizás no sea una maldita "super heroína", quizás no pueda salvarle la vida. Pero hay algo que sí puedo hacer; enseñarla a amarse a sí misma. Porque no creo que exista otra forma. No creo en la posibilidad de que esa mujer se mire al espejo y no sea capaz de ver lo que yo veo. Si se viera a través de mí, Marta. Si logro que se vea a través de mis ojos, no podrá hacer otra cosa más que amarse. ¿Y sabes qué? Ni siquiera sé cómo lo voy a lograr. Pero voy a conseguir que Anahí conozca una vida a la que también pueda amar. No sé si suspenderé el proyecto, si me despedirán, si tiraré por la borda cuatro años de carrera o si me volveré completamente loca en el intento. Pero nada me importa ya. Ahora entiendo que la vida me trajo a este lugar por ella, que el Universo quería hacerme conocer mis límites. Y si se trata de ella, no tengo límites. Creo en esa niña como jamás he creído en nadie y sé que su

corazón está ahí, esperando impaciente un motivo para volver a latir. Así que, yo me encargaré de darle un nuevo motivo... cada día.

Marta permaneció en absoluto silencio, observándome incluso segundos después de haber terminado de hablar. Quizás ya no tenía nada que decir, o quizás simplemente prefería ahorrarse su opinión.

—Estoy segura de que cuando se dé cuenta de lo afortunada que es —comentó —su existencia no le resultará tan insignificante.

—¿A qué te refieres?

—A que son escasas las veces, que amamos realmente en la vida. Y son aún más escasas, las veces que alguien nos ama sin condiciones... Y Anahí, por muy mediocre que le pueda resultar su existencia, está siendo amada por una de las mejores personas que he conocido jamás. Y te aseguro que he conocido a muchas personas, Dulce.

—Yo no he dicho que...

—No importa —interrumpió —Eso no importa. Tienes razón en algo, y es algo que admiro de ti desde que te conozco; no tienes ningún tipo de miedo a las consecuencias. El proyecto, tu carrera, incluso lo que todo el mundo pueda pensar, te da absolutamente igual. Tu deseo de ayudarla a ella, siempre ha estado por encima de todo y nunca te has siquiera planteado otra opción. Eres rebelde, cabezota y tremendamente imprudente. Pero te dejas guiar por tu corazón y eso te hace fuerte.

—No creo que sea una característica de psicólogo, dejarse guiar por su corazón —sonreí con ironía.

—No. Es una característica de Ser Humano. Y lo que estudias, no define lo que eres.

Estaba en lo cierto. Lo que estudias, no define lo que eres. Si en algún momento consigo acabar mi proyecto y finalizar la carrera, no seré psicóloga, me dedicaré a la psicología. Dos conceptos muy diferentes y que en ocasiones confundimos.

—Marta... —comencé a decir en tono de súplica —Déjame llevármela el fin de semana.

—Oh, no. Ahí sí que no voy a poder ayudarte. —sentenció ella, dirigiéndose

hacia su asiento.

—Por favor —volví a suplicar mientras la seguía —Sólo serán unos días. Marta. tengo que sacarla de aquí.

—Dulce, ella decidió permanecer en este lugar. Y por si ya lo han olvidado, esto es un centro para enfermos mentales, no un hotel de cinco estrellas del cual, sales y entras cuando se te antoja. Hay unas reglas.

—Reglas que tú impones. —le recordé arrodillándome junto a su silla —Sé que tiene que haber una forma. Y tú sabes que no te lo pediría, si no fuera realmente necesario. Esto no tiene nada que ver conmigo, Marta, ni con mis sentimientos. Tiene que ver con ella, con que necesito llevarla a un lugar, en el que se sienta libre por fin. En el que pueda ser ella misma. Y conozco el lugar perfecto. Sólo necesito que le des un permiso de fin de semana y te prometo que haré hasta lo imposible porque en esos tres días, Anahí le encuentre sentido a la vida.

—Dulce...

—Por favor... —insistí.

Me observó durante unos segundos en completo silencio, mientras yo, arrodillada a su lado, sólo podía suplicarle con mi mirada.

—Quizás haya una forma —suspiró, creando en mis ojos un brillo de esperanza —Pero aún no estoy segura de que sea lo más correcto en su estado.

—¿Cuál es la forma?

—Como doctores, podemos decidir de qué manera tratar a los pacientes, y sacarla del centro podría ser una especie de terapia especial. La única forma de que pueda salir, es que sea por un motivo relacionado con su recuperación. Pero aún sigues siendo una alumna en prácticas y no sé si te incluye...

—Inténtalo —sugerí —Por favor, inténtalo. Di que es parte de mi proyecto, que es absolutamente necesario para el desarrollo del mismo.

—Desde el momento en el que salgas por esa puerta con ella, quedará absolutamente bajo tu responsabilidad, Dulce. Cualquier cosa que le ocurra, tú deberás hacerte cargo, ¿entiendes? Es demasiada responsabilidad y no sé si puedes asumirla.

—Marta, ¿crees realmente, que permitiría que algo le ocurriera?

Realicé esa pregunta sabiendo que en mis ojos encontraría la respuesta. Y con la esperanza de que eso, fuera lo suficientemente convincente para que me diera ese voto de confianza.

—Está bien —aceptó exhalando aire y dando de cabeza —Prepararé el papeleo.

Me puse en pie y con total efusividad, agarré su rostro, dando numerosos besos en su mejilla.

—¡¡Gracias, gracias, gracias!! —exclamé incontrolablemente. —Voy a decírselo en este preciso momento. Que prepare sus cosas. O... que no prepare nada, da igual. ¿Cuándo... cuándo comienza supuestamente esa terapia?

—Desde mañana podrán partir. Pero el lunes a primera hora, debe estar aquí, Dulce.

—Descuida —aseguré dirigiéndome hacia la puerta. —Gracias por todo, doctora.

—Sólo por curiosidad... ¿A dónde la piensas llevar?

—Al único lugar en donde me encuentro cuando estoy perdida.

Con una sonrisa misteriosa, recibiendo una de aprobación por su parte, me di la vuelta, dispuesta a marcharme. Pero justo en el momento en que iba a hacerlo, escuché su voz una vez más.

—¡Dul! —exclamó haciéndome voltear —Sálvala.

—Lo haré.

Sonreí por último y esta vez sí, abandoné el despacho de Marta, dirigiéndome seguidamente al ascensor que me llevaría al tercer piso, donde se encontraban las habitaciones. Sabía perfectamente cuál era la suya, aunque nunca había estado en ella. Anduve por el pasillo durante unos minutos y no tardé demasiado en encontrarla.

Una vez frente a la puerta, llamé y esperé a que me diera paso.

Al abrir, la encontré sentada en la cama, apoyada en la cabecera y leyendo el último libro que le regalé.

Así que me acerqué despacio, sabiendo que había reconocido perfectamente mi presencia, y me senté a su lado, donde permanecí unos instantes

observando a mi alrededor. Analizando cada espacio de esa habitación.

No estaba adornada de ninguna forma especial. De hecho, poseía el estilo neutro que el resto de habitaciones, con la diferencia de que algunos pacientes tienen objetos personales, fotografías, recuerdos... Y ella no tenía absolutamente nada más que una pila de libros sobre una mesa.

—No resulta demasiado acogedora ¿Verdad? —preguntó interrumpiendo el silencio.

—Bueno, —dirigí mi vista hacia ella —Si sabes que este no es tu sitio, es normal que no le aportes nada de ti.

—No estoy muy segura de que exista "mi sitio".

—Todos tenemos un sitio. —aseguré —De hecho, vengo precisamente a pedirte que prepares tus maletas. Mañana nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? ¿A dónde nos vamos?

—Eso es una sorpresa.

—Pero no puedo salir de aquí, Dulce. ¿Te volviste loca?

—Probablemente desde el momento en el que te conocí —Afirmé levantándome y observando cómo alzaba una de sus cejas. —Pero ese no es el tema. Te prometí que te iba a sacar de aquí y eso es lo que voy a hacer. Dijiste que podrías pasar un fin de semana completo conmigo ¿No?

—Sí, eso dije... ¿Pero cómo me vas a sacar de aquí y a dónde me vas a llevar?

—¿Confías en mí?

—¿Eso que tiene que ver?

—¿Confías en mí, Anahí?

—Sí.

—Pues entonces no te preocupes por nada. Encárgate de estar lista mañana a primera hora. Te recogeré por la mañana.

Me dirigí a la puerta, dispuesta a marcharme sin dar más explicaciones. Pues me encantaba intrigarla con mi misterio.

—¿Pero qué ropa debo llevar?

—La que tú quieras —Volteé —No creo que te dure demasiado.

La forma en la que sonrió y alzó una de sus cejas, completamente divertida, consiguió que al darme cuenta de lo que acababa de decir, mis mejillas adquirieran un color prácticamente púrpura.

—Te prometo que en mi cabeza no sonaba tan pervertido —asegué observando cómo continuaba sonriendo —Yo... no...no quise decir que... no pienses mal... es solo qué... ¡Ya lo verás! —Finalicé agobiada por mis propios balbuceos.

Sin decir una sola palabra más, le guiñé un ojo y desaparecí, cerrando la puerta a mi paso.

Permanecí en aquel lugar durante unos segundos, sonriendo mientras sostenía el pomo de la puerta a mi espalda. No sabía lo que me depararía el futuro, no sabía lo que sucedería en los próximos días. Pero si de algo estaba completamente segura, era de que cada minuto, cada segundo, cada instante, iba a ser absolutamente inolvidable para ambas.

XIII

Todo estaba completamente listo para comenzar el fin de semana. Estacioné mi coche, como cada mañana, frente a la puerta del centro, pero esta vez, dejé la ventana medio abierta y me dispuse a entrar en su busca. Esperaba no tardar demasiado. Pues lo cierto es que estoy bastante impaciente por comenzar esta pequeña aventura. Saludé a la secretaria con una sonrisa y una vez en el ascensor, en vez de pulsar el botón del primer piso, como habitualmente, fui directamente al tercero. Hoy, mi destino eran las habitaciones.

Llegué al cuarto de Anahí. Me detuve frente a la puerta y respiré hondo unas cuantas veces. No sabía por qué pero estaba nerviosa.

Después de unos minutos, me decidí a llamar por fin.

—Adelante —escuché como me daba paso.

Abrí la puerta de inmediato y la encontré sentada en la cama, con un libro entre sus manos y un pequeño bolso ya cerrado a su lado.

Y... además, me encuentro en plenas facultades de asegurar, que esta mañana, está especialmente hermosa. Su cabello no estaba húmedo como habitualmente, ni recogido. Caía ondulado sobre sus hombros, demostrando que era considerablemente largo. Vestía con ropa de calle. Comúnmente, aunque nunca la había visto con el pijama del hospital, solía llevar ropa más informal, deportiva o más cómoda. Pero hoy, tenía puesto unos *jeans* ajustados a su cuerpo y una camiseta celeste, que resaltaba enormemente el color de sus ojos. Su rostro, estaba ligeramente maquillado. No había rastro de ojeras, y la línea de sus ojos, estaba marcada de forma que estos, parecieran más intensos y rasgados. Creo que me quedé absolutamente hipnotizada desde que la vi, porque no fue hasta que llegué a su mirada, que me di cuenta de que esta vez no había continuado con su lectura, como hizo ayer. Esta vez, su vista estaba puesta en mí, y en la cara de absoluta estúpida que seguramente debo tener.

Una vez más, mi vocabulario parece haber desaparecido.

Tic-tac... tic-tac... ¡Despierta, Dulce!

—¿Lista? —sonreí por fin.

—Para lo que venga —aseguró respondiendo a la sonrisa.

—Eso me gusta. Entonces vamos. Aún tengo que ir al despacho de la Doctora Andoni para firmar los documentos y como tardemos demasiado, alguien terminará calcinado en mi coche.

—Espera, espera. —me detuvo —¿Cómo que alguien? ¿Acaso no vamos solas?

—¡Claro que no! —exclamé mostrando excesiva felicidad —Nos acompaña el amor de mi vida.

Esa información pareció no agradarle demasiado, ya que cruzó los brazos sobre su pecho y me observó con el ceño fruncido, en una expresión realmente graciosa. No voy a negar que me estoy aprovechando del momento.

—Yo no voy a ningún sitio, lo siento.

—Claro que vendrás. Es parte de tu terapia. No tienes elección.

—Me importa un pimiento mi terapia. Tú me dijiste que íbamos solas, en ningún momento mencionaste a ningún amor de tu vida.

Su repentino cambio de humor me estaba ocasionando tanta gracia y ternura, que no pude hacer más que acercarme a ella lo máximo posible. Y en un acto casi involuntario, agarré sus mejillas, observando cómo me desafiaba con su mirada.

—Vamos... —le susurré a modo de petición —Sé que él te caerá bien. Solo dale una oportunidad.

—¿Él?! —exclamó apartando mis manos y mirándome aún más confundida —¿Pero tú no eras... no eres...?

Obvié su acto y volví a colocar mis manos sobre sus mejillas, obligándola a mirarme con esa cara de berrinche que lleva minutos expresando.

—¿Puedes dejar de hacer preguntas y quejarte de una vez, y venir conmigo? Sabes perfectamente que nunca haría nada que te incomodara.

Permanecí con una sonrisa inocente, dejando que me observara y poco a poco, la expresión de sus ojos cambiara.

—Que conste, que no voy a hacer lo que quieras cada vez que me pongas esa

cara de ángel, que no ha roto un plato en su vida.

—Me basta con que lo hagas hoy. —sonreí, viendo como continuaba con su ceño fruncido —Anda, vamos.

Esperé a que agarrara su bolso, observando cómo continuaba con esa expresión que pone una niña pequeña cuando quiere hacer algo, que se niega a aceptar, porque simplemente es más fácil quejarse. En cuanto todo estuvo listo, agarré su mano y la dirigí hacia la salida de su habitación.

—Te noto un tanto impaciente —comentó en tono burlón.

—El camino es largo y quiero comenzar ya.

—¿Comenzar a qué?

—¡A vivir!

Sin decir más, emprendimos el camino hacia el despacho de Marta, al que llegamos en cuestión de unos minutos. Llamé a la puerta y esperé a que me diera paso para entrar.

—Buenos días —saludé.

Mi amiga alzó la vista.

—¿Listas para su viaje?

—¿Ella sabe a dónde me vas a llevar? —susurró Anahí muy cerca de mi oído.

Giré mi rostro hacia la derecha, encontrándola más cerca de lo que esperaba. Pero con una sonrisa, negué ligeramente con la cabeza.

—Completamente listas —volví a dirigirme a Marta. —Venimos a despedirnos y a firmar los documentos que necesitas.

—Aquí están.

Al ver como extendía unos papeles sobre su mesa, avancé dispuesta a firmarlos, mientras Anahí permaneció en su sitio. Cosa que me hizo recordar, que nuestras manos estaban unidas. Así que volteé, observando mi propio brazo extendido, la miré a los ojos, y simplemente sonreí, viendo como ella me devolvía una también tímida sonrisa. A continuación la solté y llegué hasta la mesa de mi amiga, que me observaba con una de sus cejas levantada y sonreía, al mismo tiempo que daba de cabeza y me ofrecía un bolígrafo.

Rápidamente firmé cada hoja, en el lugar indicado.

—¿Esto es todo?

—Así es. Según estos documentos, la terapia consistirá en una convivencia con la naturaleza y un momentáneo aislamiento de la vida en la ciudad. Como te dije ayer, todo lo que suceda desde que crucen las puertas de este centro, quedará bajo tu responsabilidad. Y además, tuve que insistir mucho y firmar también yo, asegurando que tenía plena confianza en tus facultades como profesional y que estabas completamente preparada para llevar a cabo este tipo de trabajo. Así que, más te vale no hacer que me arrepienta.

—No lo haré. —le aseguré sonriendo.

—Pues no me queda más que desearles un buen fin de semana.

—Gracias, Marta, de verdad. El lunes a primera hora estaremos de regreso.

Ella asintió seriamente, aparentemente mostrando su autoridad, o quizás su preocupación. Pero yo sabía que en el fondo, se alegraba y confiaba plenamente en mí.

—Cuídense —finalizó observándonos a ambas.

Con una última sonrisa, me di la vuelta y emprendí el camino hacia la puerta, abriendo la misma y permitiendo que Anahí pasara primero. Justo antes de salir definitivamente, observé una vez más a Marta y esta me sonrió, al tiempo que asentía ligeramente, supongo que tratando de transmitirme tranquilidad o aprobación. Exhalé un suspiro, dejando allí cualquier rastro de duda que pudiera poseer, y salí de su despacho.

Nos dirigimos al ascensor, y una vez dentro, llevé a cabo la rutina necesaria que nos llevaría hacia la salida. Segundos más tarde, la puerta trasera del ascensor se abrió, dándonos paso a la recepción del centro.

Ella salió primero, bajo mi petición, encontrando como siempre a Carla, muy sumida en su labor de teclear algo en el ordenador. Labor que detuvo un instante al sentir nuestra presencia para mirarnos.

—Que pasen un buen fin de semana, Doctora Andrade.

—Gracias Carla, igualmente.

Ofreciéndole una leve sonrisa y recibiendo otra por su parte, nos dirigimos

hacia la salida. Comenzando a abandonar definitivamente La Cascada.

En cuestión de segundos, llegamos a la cerca donde observé mi coche justo al frente. Nos dirigimos hacia él y pulsé el control que automáticamente abría las puertas. Agarré su bolso y lo introduje en el maletero, observando como ella permanecía de pie junto al coche, sin saber muy bien qué hacer.

Volví a la parte delantera y le abrí gentilmente la puerta para que pudiera entrar. Pero entonces, un sonoro ladrido y la imagen de White en el asiento del copiloto, la sobresaltaron consiguiendo que diera un pequeño brinco.

—¿Y tú qué haces aquí, pequeño travieso? —le pregunté mientras zarandeaba su pelo.

Observé a Anahí, que había permanecido absolutamente atónita mirándolo, como si en vez de un perro, estuviera frente a un extraterrestre.

—Mira, White... te presento a Anahí —continué —Anahí, este es White, el amor de mi vida.

Recordar esas palabras, pareció ser suficiente para hacerla reaccionar. Pues me miró con los ojos más amenazantes que hasta ahora le había podido ver.

—Tú eres imbécil —exclamó dándome un pequeño golpe en el hombro. Tras el cual, se acercó más al pequeño —Y tú eres una cosa preciosa.

Zarandeaba el pelo de su cabeza, mientras él, dejaba numerosos lametones y babas por su rostro. Ella cerraba los ojos y reía, pero en ningún momento se apartaba. Creo que me quedé absolutamente idiotizada observando semejante imagen.

—Me parece que le caíste bien.

—¿Tú crees? —preguntó mirándome insegura.

—Solo conmigo se pone de esa forma. Así que, sí, está claro que le gustas.

—Bueno... él a mí también me gusta —continuó acariciándolo —Eres precioso, White.

Estoy segura, de que por primera vez en mi vida, durante unos instantes, sentí envidia de mi propio perro. Pues la manera en la que lo acariciaba y se dejaba dar cariño por él, era absolutamente enternecedora. Seguramente podría pasarme el resto del día, observando esto. Pero en algún momento,

debíamos comenzar el viaje. Así que me dirigí a la puerta trasera y la abrí, dando numerosas palmadas en el asiento para que el cachorro acudiera a mi llamada. En cuanto me hizo caso, lo amarré a la correa de seguridad y automáticamente se recostó. Entonces volví a la parte delantera, donde aún continuaba Anahí de pie.

—Está lleno de pelos —Informé sacudiendo como pude el asiento. —Te vas a poner perdida.

Ella detuvo el movimiento de mis manos. Cosa que me sorprendió, y poco a poco me incorporé mirándola. Por algún motivo, que en ese instante no pude descifrar, me acarició el rostro mientras me sonreía, consiguiendo que mi cuerpo temblara a causa de su gesto y simplemente pudiera mirarla nerviosa.

—Está bien así. Gracias.

No pude hacer nada más que volver a sonreír y extender mi mano para que entrara definitivamente en el coche, antes de que la tentación de permanecer horas mirándola, me superara. A continuación, se sentó en el asiento del copiloto y cerré la puerta, dirigiéndome rápidamente a mi sitio. Una vez dentro del auto, observé por el espejo retrovisor que White siguiera cómodamente echado sobre el sillón. Me puse el cinturón de seguridad, encendí el motor y con él también el reproductor de música.

—No sé si te guste este estilo. Pero a tu derecha hay un estuche con varios CD's, elige el que prefieras y cámbialo cuando te canses. Te cedo el cargo de DJ.

—Ese que suena me gusta —Sonrió —Pero aun así, voy a cotillear, a ver qué estilo de música suele escuchar la doctora.

—Tienes todo un viaje por delante, para cotillear lo que quieras —Respondí a la sonrisa.

Sin decir más, observando cómo se concentraba en su tarea de inspeccionar uno a uno los CD's, emprendí la marcha, que nos llevaría hacia las afueras de la ciudad.

El viaje transcurría prácticamente en silencio, pues subió tanto el volumen de la música, que era prácticamente imposible escucharnos la una a la otra. Pero lo cierto es que ninguna de las dos, pretendía hablar. La observaba de reojo de vez en cuando, encontrándola contemplando el paisaje muy

concentrada. Cada vez que eso sucedía, no podía evitar preguntarme lo que debía estar pasando por su cabeza. Pero a pesar de todo, me gustaba esa imagen. Y sabía perfectamente, que estaba disfrutando del viaje, del silencio, de la música, del paisaje, de la brisa que entraba por su ventanilla, consiguiendo ondear su cabello con libertad. Quizás se sintiera libre en estos momentos. A lo mejor hacía mucho tiempo que no se sentía de esta forma. En alguna que otra ocasión, alcanzó a preguntarme hacia donde nos dirigíamos. Pero yo simplemente sonreía y continuaba conduciendo. Entonces la veía sonreír a ella también, mientras daba de cabeza y volvía su vista al paisaje.

Aproximadamente una hora después, comencé a detener el coche a la derecha de una carretera, donde aparentemente, no había absolutamente nada.

Me miró confundida.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Detener el coche.

—Eso ya lo veo, gracias. ¿Pero aquí? ¿Ya llegamos? Aquí no hay nada.

Quedé libre del cinturón de seguridad y me giré hacia el asiento trasero, donde vi a White levantarse, emocionado al creer que ya habíamos llegado.

Agarré una mochila que había allí y salí del coche, sugiriéndole que hiciera lo mismo.

—Acompáñame. —Le pedí.

Avancé unos metros por la carretera, situándome junto a un cartel que daba la bienvenida a un sitio llamado "Lago Turquesa".

Segundos después, mientras observaba el acantilado, escuché como la puerta del coche se abría y ella comenzaba a caminar hacia mí.

—¿Ahora es el momento en el que me confiesas que eres una asesina en serie y que vas a tirar mi cuerpo al vacío?

La miré completamente sorprendida por su pregunta y se encogió de hombros sonriendo.

—Creo que tanto leer está comenzando a afectarte. —sonreí —Quítate la ropa.

—¡Vaya! —exclamó alzando una ceja —Me hubiera sorprendido menos lo de

asesina en serie, que lo de perversa sexual.

—Vamos, quítate la ropa —supliqué abriendo la mochila y ofreciéndole ropa nueva que había dentro. —Aquí tienes lo necesario para cambiarte.

—Dulce... Tú te volviste completamente loca, ¿verdad? ¿Por qué iba a quitarme mi ropa para ponerme esa?

—¿Ves ese cartel? —pregunté señalando el mismo.

—Bueno, dicen que estoy algo demente, pero por el momento creo que no soy ciega.

—Ese cartel... —continué ignorando su comentario —Es el comienzo del pueblo donde vamos a pasar los próximos tres días. Quiero que hagamos un juego... o... un trato, como prefieras llamarlo.

—¿Qué tipo de trato?

—Desde este instante, vamos a dejar aquí, en este preciso lugar, todo lo que significa nuestras vidas. Vamos a jugar durante estos días, a ser exactamente quienes queremos ser. No van a existir problemas, ni enfermedades, ni vacío, ni miedos, ni confusión, ni carrera, ni trabajo, ni proyecto, ni prácticas. Tú vas a dejar de ser Anahí y serás simplemente... Any, una chica que desde el momento en el que cruce la línea que limita este pueblo, será únicamente quien desea ser. Y yo, dejaré de ser la doctora Dulce Andrade, para ser simplemente...Dul. Así que cámbiate de ropa, tírala al vacío. Y con ella envía todo lo que alguna vez te hizo infeliz. Yo te prometo... —Me acerqué aún más a ella —Que me encargaré de llenar tus días de nuevos momentos y nuevos recuerdos, que simplemente te aporten felicidad.

Se detuvo unos segundos a observarme, completamente atónita.

—Estás absolutamente chiflada —Aseguró.

—Puede ser —Acepté —Puede que cuando regresemos tengas que solicitarme una habitación junto a la tuya. De hecho, creo que Marta ya comenzó con los trámites. Pero no perdemos nada con intentarlo. Son sólo tres días. Cuando volvamos a este lugar, el lunes, tú podrás decidir, si vuelves a ser Anahí, o sigues siendo... simplemente Any.

Lo pensó durante unos instantes. La observé en silencio, dándole tiempo a recapacitar sobre cada palabra que le acababa de decir, pues todo fue muy

rápido. Ella, por un momento, dirigió su vista alrededor, observó el acantilado, las montañas, los árboles, el cartel, la carretera que continuaba más allá de lo que nuestra vista podía distinguir, y volvió a observarme a mí, quien esperaba expectante.

—Muy bien —Aceptó —No perdemos nada con intentarlo.

Dicho esto, antes de que yo pudiera aunque sea sonreír satisfecha o emocionada, comenzó a levantarse la camiseta, dejando su estómago al descubierto. Cosa que amenazaba con volver a dejarme atontada.

—¡Espera, espera, espera! —Me apresuré inconscientemente a detenerla, pasando mis manos alrededor de su cintura, en un extraño intento por cubrir su cuerpo con el mío —¿Qué estás haciendo?

—Quitarme la ropa —Sonrió con picardía a muy pocos milímetros de mí —¿No es eso lo que me pediste?

—S...si... Pero no así. ¿Quieres que te vea todo el mundo? Traje una toalla para cubrirte.

—Entonces... —susurró —¿A qué estas esperando?

"A que mi cuerpo decida moverse" era la respuesta correcta, pues sentirla tan cerca de mí, susurrando a unos milímetros de mis labios y mirándome tan fijamente, consiguió que, como ya había anticipado, ninguna parte de mi cuerpo respondiera a mis gritos de auxilio.

Y es en este mismo momento, cuando me pregunto; ¿Cómo demonios voy a soportar tenerla tan cerca durante tres días? No pensaste en eso, ¿verdad Dulce?, en tu maravilloso plan, no se te ocurrió pensar cómo vas a hacer para que tus sentimientos por ella no crezcan imparablemente a cada minuto. Pero definitivamente, ya no había marcha atrás. Así que, sin demorarme un segundo más, ordené a mi cuerpo reaccionar y saqué una toalla que había en el interior de la mochila, la extendí, y cubrí el cuerpo de Anahí, rodeándolo con la misma. Ella comenzó a desvestirse nuevamente, sin importarle que yo aún la estuviera mirando, cosa que me hacía más imposible poder apartar mis ojos hacia otro lado. Por eso, me vi obligada una vez más, a ordenarles que reaccionaran y miraran a cualquier otra parte.

Después de unos minutos, estaba completamente lista, con su cuerpo bajo un vestido fresco, celeste, casi del mismo color de la camiseta que antes llevaba.

No me equivoqué en la talla, ni en el estilo, y mucho menos en el color. Pues la prenda le queda absolutamente perfecta.

—¿Contenta?

Tras haberme pasado unos segundos observándola con aquel vestido, el sonido de su voz me hizo alzar la vista para encontrarme con la suya, que esperaba alguna reacción.

—Estás preciosa —aseguré, siendo lo único que mis labios pudieron pronunciar.

—Parece que la doctora tiene buen gusto. Es cómodo, bonito y además acertaste con la talla.

—Nada de doctora a partir de ahora.

—Tienes razón... —sonrió —Gracias...Dul.

Con una simple sonrisa, agarré su mano y nos dirigimos hacia el coche. Abrí su puerta y le indiqué que entrara, dirigiéndome a continuación hacia la mía.

Me senté en mi asiento, encendí el motor del auto y la miré una vez más. Ella me sonrió, haciéndome interpretar que estaba preparada. Aún no sé exactamente para qué, pero ambas estamos preparadas para lo que el destino tenga planeado, desde el momento en el que nos adentremos más allá de ese cartel de bienvenida. Correspondí la sonrisa y sin dudarlo un momento más, emprendí la marcha, dejando que el coche avanzara.

Recorrimos unos kilómetros más de carretera, hasta que empezamos a observar numerosas casas a nuestro alrededor, comercios, personas andando, parques, y en definitiva, civilización. Ya estamos definitivamente adentradas en el pueblo. Hoy, parece que está todo más vivo que nunca. Los habitantes caminan de un lado para otro, las calles están adornadas con luces, banderas y muchos colores.

—¿A qué se debe tanto alboroto? —Preguntó mientras avanzábamos despacio por las calles.

—El pueblo celebra sus fiestas anuales —Informé —Están preparando todo para el resto del día. Los vecinos suelen reunirse en las calles, hay fuegos artificiales, música, comida, bebida, cada uno aporta algo. Desde que amanece, salen de sus casas y no vuelven hasta bien entrada la noche. Es

realmente mágico, porque aunque no pertenezcas a la comunidad, el pueblo te acoge como un habitante más.

—¿Por eso me trajiste aquí? ¿Es donde tú vives?

—No. He pasado aquí la mayor parte de mi infancia. Pero mi familia vive en otro lugar. Pensaba traerte igualmente en cualquier otro momento, pero tuvimos la suerte de que dicho momento, coincidiera con las fiestas. Esta noche vendremos a ver los fuegos artificiales, son realmente impresionantes.

—Parece todo muy bonito —Comentó observando a nuestro alrededor.

—Pues te aseguro que no has visto nada aún.

Observando de reojo la intriga en su mirada, sonreí mientras continuaba conduciendo. Ella volvió su vista hacia las calles, donde los habitantes continuaban de un lado para otro, observándolo todo. Podía apreciar una mezcla de emoción e intriga en ella, y eso, sin duda, me gustaba. Pues no pretendía más, que enseñarle un nuevo mundo y si este lugar había conseguido hacerme feliz a mí durante tantos años, estoy segura de que con ella, también lo conseguirá.

Continuamos avanzando carretera adentro, mientras el pueblo, sus casas y sus habitantes, quedaban cada vez más atrás y nos aproximábamos a nuestro destino. Sé perfectamente que ese hecho le extrañó, quizás creía que el pueblo era nuestro lugar. Pero definitivamente, en algún momento había decidido confiar en mí y dejar de hacer preguntas.

Minutos más tarde, comenzamos a ver a través de los árboles, el agua perteneciente al lago que daba nombre al pueblo. A pesar de la frondosidad del bosque que lo acompaña montaña arriba, el agua del lago, es completamente turquesa. Si una cosa me encantaba de este lugar, era ese tipo de agua, limpia y tranquila. Sin duda, por muchos años que transcurrieran, este siempre iba a ser mi sitio, mi lugar favorito del mundo.

Comencé a detener el coche, en un espacio donde ya no podíamos apreciar el lago, ya que unos altos arboles lo alejaban de nuestra vista, aunque seguía estando ahí. White emitió un ladrido. Haciéndonos saber que estábamos en nuestro destino. Anahí, al no esperarlo, dio un pequeño y gracioso brinco sobre su asiento, tras el cual sonreí.

—Llegamos... —informé.

—¿Me trajiste a dormir al interior de un bosque?

—Vas a tener que aprender, que no todo es lo que parece.

Con una sonrisa misteriosa, bajé del auto y me dirigí a la puerta trasera, solté la correa de White, mientras Anahí abandonaba su asiento, y este salía rápidamente del coche, empezando a correr hacia algún lugar, al otro lado de los árboles.

A continuación, saqué del maletero todas las cosas que necesitaríamos, incluidas unas bolsas con comida. Ella, vino rápidamente a ayudarme y le ofrecí el bolso de la ropa. Una vez todo estaba listo, cerré el maletero, presioné el botón que activaba el seguro del coche y comenzamos a caminar hacia el mismo sitio por el cual había desaparecido el cachorro. Sólo tuvimos que avanzar unos metro para descubrir, al otro lado de los árboles, el lugar más hermoso que seguramente habría en este mundo.

El lago, con sus aguas azules y tan calmadas como siempre. Sobre él, una pasarela de madera, que llevaba hacia una pequeña casa situada en la superficie del agua. White, ya había cruzado dicha pasarela y esperaba ansioso en el porche de la pequeña cabaña. Observé por un momento a Anahí, encontrándola mirando hacia el lugar, completamente hipnotizada.

—Bienvenida a la casa del lago —susurré tratando de hacerla volver.

—¿Es... es esta tu casa?

—Y durante los próximos tres días, también la tuya.

Su mirada abandonó el lago, clavándose en mí, con toda esa intensidad que la caracterizaba.

—He estado en lugares bonitos alrededor del mundo. Pero esto, es...
—Volvió su vista hacia la casa —Simplemente mágico.

Asentí sonriendo y ella volvió a mirarme.

—¿Estás preparada para conocer el resto de la magia?

Tras escuchar esa pregunta, fue ella la que esta vez asintió. Así que, agarré su mano y juntas comenzamos a caminar sobre la pasarela de madera que nos lleva hacia ese lugar, donde tantos momentos he vivido y en el cual, pretendo crear nuevos y mágicos recuerdos junto a ella.

XIV

Una vez llegamos al porche, White esperaba ansioso en la entrada, moviendo su cola y dando vueltas alrededor de nosotras. Anahí lo acaricia mientras yo saco las llaves y abro la puerta, dándole paso a ambos. El cachorro corrió hacia el interior y ella lo siguió, adentrándose por fin, en aquella pequeña pero acogedora casa.

Lo primero que hice fue dejar las bolsas en el suelo y correr las cortinas, para que la luz iluminara el espacio. Anahí permaneció junto a la puerta, observándolo todo a su alrededor, mientras White iba de un lado para otro, reconociendo y olfateando cada rincón.

—No hay mucho que mostrar —digo volviendo hasta ella —Pero te enseñaré dónde está todo, antes de empezar a guardar las cosas.

Asintió y seguidamente agarré el bolso de la ropa, pasando una de mis manos por su cintura para que avanzara hacia la izquierda, donde encontramos el cuarto principal. Bueno, realmente es el único que tiene la casa.

Al entrar, observamos una cama de matrimonio, bajo un gran ventanal desde el cual, se veía absolutamente todo el lago. Estaba cubierto por una fina cortina blanca, que comenzó a ondear ligeramente en cuanto lo abrí.

—Que bonita... —susurró aparentemente impresionada.

—Este es el dormitorio, y aquí mismo tenemos el cuarto de baño —indiqué dirigiéndome hacia una puerta que había dentro de la propia habitación.

Era amplio, cada pieza relucientemente blanca, y los azulejos pintados en un color celeste. También había una pequeña ventana sobre la bañera, que automáticamente me hacía recordar lo relajante que resulta un baño de espuma mientras observas la calma del lago.

Sin duda, lo único que aporta cada rincón de este lugar, es una paz absoluta.

—Hay algo que no entiendo —me dijo mientras nos encaminábamos de nuevo a la sala —¿Vives aquí siempre? ¿Cada mañana haces este recorrido para ir a trabajar?

—No. Claro que no. Yo vivo en la ciudad. Ya me gustaría poder estar aquí cada día —sonreí —creo que la vida sería bastante diferente. De hecho, se vuelve distinta cada vez que estoy en este lugar.

—Entonces... Esta casa...

—Pertenece a mis abuelos —le aclaré —Mi abuelo era un conocido pescador del pueblo, que un día, cuando su hijo, mi padre, se independizó, decidió construir su hogar en el lugar que más amaba del mundo, este lago. Nunca quiso nada ostentoso. Y por eso construyó esta casa que siempre fue suficiente para ellos. Cuando él murió, mi abuela se negó a venderla y a irse a cualquier otro sitio. Esta era su casa y había aprendido a amarla. Así como me enseñó a amarla a mí. Ellos me traían aquí cada verano, desde que tengo uso de razón. Lo adoraba —por su forma de mirarme, supe enseguida que la nostalgia ya debía haber hecho aparición a través mis ojos —Al contrario que mi madre —suspiré y negué ligeramente con la cabeza —Pasar un solo día aquí, ya le resultaba lo suficientemente aburrido, por lo que siempre convencía a mi padre de hacer algo diferente en vacaciones, y con ellos arrastraban a mi hermano. Pero como ya te imaginarás, yo siempre me rebelaba y terminaba consiguiendo que me dejaran venir con mis abuelos. Continué haciéndolo incluso después de él haber fallecido. Siempre intenté que mi abuela pasara sola el menor tiempo posible. Así que, hace unos años, cuando ella también murió, sorprendió a todos al dejarme a mí, su única posesión. Sabía perfectamente que cualquier otro miembro de la familia vendería la casa y se desentendería completamente. Sin embargo, ella tenía muy claro que yo, siempre la cuidaría. —me detuve un momento a mirar los alrededores de aquella sala, descubriendo en sus paredes, mucho más que una simple casa —Este es el único lugar del mundo, donde he podido ser yo misma, sin necesidad de aparentar. Si en algún momento me pierdo, solo me hace falta venir aquí para encontrarme... Este sitio, es especial por muchísimas cosas. Así que, siempre que mi tiempo me lo permite, White y yo venimos a pasar aunque sea el fin de semana en total armonía. —volví mi vista hacia Anahí —Quizás por eso tengo tantas esperanzas de que tú, al igual que yo, seas capaz de ser tu misma aquí, sin temer que nadie te juzgue.

Ella, que había permanecido observándome y completamente atenta a la explicación, sonrió.

—Por el momento me siento bien. Eso debe significar algo.

—Si. —sonreí —Significa mucho. Como ya pudiste ver antes, esta es la sala.

Nos encontrábamos en un pequeño salón, compuesto por dos sillones situados bajo otra ventana, por la cual se ve también el lago. A su izquierda, hay un gran piano de color blanco, que probablemente sea el objeto más hermoso de toda esta casa. Pertenece a mi abuela. Y aún, cuando observo ese rincón, puedo verla a ella acariciando sus teclas.

En el otro lado, junto a nosotras, hay un alto mueble repleto de libros, pequeñas fotografías, un televisor y algunos CD's de música. Además, las paredes de madera que nos rodean, están adornadas por los mismos cuadros desde hace muchos años. Marcos que en su interior portan enormes fotografías de todo tipo. Y los sillones, repletos de cojines de todos los tamaños y colores. Un estilo bastante, yo.

Y por último, hay una pequeña escalera que lleva hacia el piso de arriba. Cosa que no se le pasó por alto.

—¿Qué hay arriba?

—La buhardilla. —le informé —Ahora te la enseño. Primero voy a guardar la comida que necesita frío para que no se nos eche a perder.

—Te ayudo.

—¡Ey, ey, ey! —Me apresuré a detenerla en su intento por agarrar las bolsas, posando mis manos en sus hombros y dirigiéndola hacia otro lugar —Usted relájese —susurré en su oído —curiosear y disfrutar, que de esto me encargo yo.

Giró ligeramente su rostro a la derecha, encontrándose con el mío a su espalda y muy cerca.

—No me vas a tratar como a una inútil durante todo el viaje, ¿verdad?

—Claro que no. —reí —Pero acabamos de llegar. Relájate, que yo hago esto en un momento.

—¡Ah! O sea, ¿Que reconoces estar tratándome como a una inútil? —alzó una de sus cejas y me ofreció una leve sonrisa.

Mi única respuesta, fue darle un cálido beso en la mejilla. Creo que ni siquiera pensé en las palabras que me estaba diciendo. El simple hecho de

tener su piel tan cerca, me incitó a besarla inocentemente. Ella al principio pareció extrañarse por el repentino gesto, pero seguidamente, sonrió. Y yo también sonreí. Permaneciendo así durante unos instantes, en los que mi mente quiso perderse de nuevo en el interior de esos ojos azules, que aquí, eran incluso más bonitos.

Dejé libre sus hombros y agarré las bolsas dirigiéndome a la cocina, que estaba simplemente a unos metros. Era pequeña, igual que cada espacio de la casa y lo único que la separa de la sala, es una barra americana en la cual deposité las bolsas para comenzar a extraer los productos.

Mientras yo almacenaba la comida, observé a Anahí, mirando atentamente cada detalle de la sala.

—Hay muchas fotografías —comentó observando los cuadros que adornaban las paredes.

—Sí. Así es.

La vi acercarse lentamente a uno de ellos y observarlo con detenimiento, pareciendo estar analizando cada detalle. En dicha foto, se podía apreciar un pequeño lugar que estaba situado en este lago. Una orilla, que no estaba cubierta por la sombra de los árboles. Por ello, cada mañana a cierta hora, irradiaba el sol con mucha fuerza e intensidad. En ese lugar, cada amanecer, el agua adoptaba el mismo color que sus ojos cuando eran iluminados por el sol, el mismo color que se reflejaba en el cuadro, ese mismo color del que ya le había hablado... Calipso.

—Este es hermoso —comentó mientras continuaba analizándolo. —Espera, ¿tú la tomaste? —me miró sorprendida —Hay una firma con tu nombre.

—Sí —sonreí —Yo la tomé, al igual que todas las que tienes a tu alrededor.

—¿Todas? —me miró absolutamente sorprendida —¿Todas estas fotografías son obra tuya? Pero si prácticamente tienes una galería.

—Bueno, no sé si se puede considerar exactamente una obra. Pero sí, todas las hice yo. Algunas de ellas, cuando era una adolescente. Mi abuela se empeñaba en colgar cada cosa que hacía, aunque fuera un garabato en un papel, o una foto de mi hermano haciendo el idiota. Y después, se volvió una costumbre. Creo que le dan un toque más personal a esta casa.

—Son preciosas, Dulce, tienes mucho talento. Y créeme que he estado en numerosas exposiciones fotográficas a lo largo del mundo. No sé qué haces estudiando psicología.

—¡Vaya, gracias! —exclamé con ironía, ofreciéndole una sonrisa.

Ella, volvió a mirar a su alrededor. Pero después de unos segundos, nuevamente, detuvo su mirada en mí.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de estar aquí?

Detuve mi labor de guardar la última lata de atún en el estante para atenderla.

—¿Qué cosa?.

—Que por fin puedo conocer a... Dul, tal y como es.

Al escuchar eso, guardé el objeto definitivamente y me acerqué una vez más. Me detuve frente a ella y permanecí un instante mirándola fijamente.

—Nadie, excepto mi abuela, y ahora tú, porque White no estoy muy segura de que cuente, han conocido jamás a esta Dul.

—¿Por qué?

—Quizás por lo mismo que nadie ha conocido a Any. —le sonreí —¿Nos conocemos mutuamente?

Ella, aunque en un principio pareció dudar, correspondió la sonrisa y asintió de acuerdo.

—¡Vamos! —cambié de forma súbita el tema de conversación —Quiero enseñarte la parte de arriba.

La dirigí hacia las escaleras de madera y subí primero, para poder abrir la pequeña puerta que daba acceso a la buhardilla. Una vez arriba, le ofrecí mi mano para que terminara de subir, pues no eran unas escaleras demasiado cómodas, y sus ojos comenzaron a agrandarse en cuanto vio lo que había a nuestro alrededor.

El pequeño cuarto, situado en la parte superior de la casa, estaba rodeado por una enorme cristalera que no tenía fin, desde la cual, se podía apreciar el paisaje más hermoso que cualquier ser humano pudiera ver. A cualquier dirección a la que miraras, veías el lago, árboles, y naturaleza en estado puro.

—¡Esto es impresionante! —exclamó.

—Si la vista desde abajo es bonita, en las alturas, sobrepasa los límites.

—Sin dudar. —confirmó observándolo todo perpleja.

En un lugar del suelo de madera, había láminas de dibujo. Algunas ya pintadas, otras en blanco, acompañadas por botes de pintura de diferentes colores y un caballete de dibujo situado frente a la cristalera. Junto a él, había otro más pequeño, sosteniendo una cámara fotográfica.

—¿También pintas?

—No. No estropeemos esa visión de mujer perfecta que lo hace todo bien, que tienes sobre mí —le guiñé un ojo y negó ligeramente con una sonrisa — Son de mi abuela. Ella sí que era toda una artista y este era su santuario. Solía sentarse frente al caballete y realizaba todo tipo de pinturas. A veces el paisaje desde los diferentes puntos de vista que abarca toda la buhardilla. Y otras veces, pintaba una réplica exacta de alguna foto que yo había tomado. Me encantaba perderme por cualquier rincón, descubriendo paisajes nuevos para fotografiarlos y que ella pudiera pintarlos.

—Hablas con nostalgia.

—Bueno, es que a veces nos acostumbramos tanto a las cosas, que olvidamos explorarlas como hicimos la primera vez. Los lugares, las personas, los libros, nosotros mismos, siempre hay algo nuevo por descubrir en todo ello. Y pocas veces nos damos esa oportunidad. Absolutamente todos los recuerdos que tengo de mi abuela y de los momentos que viví con ella, son felices. Y la extraño mucho. Por eso la nostalgia. Pero no creo que sea malo tenerla. Al contrario, pienso que deberíamos llenar nuestra vida de momentos, que algún día nos hagan sentir esa nostalgia. Porque eso significará, que en cada uno de esos momentos, fuimos inmensamente felices.

Ella permaneció mirándome en completo silencio durante varios segundos. Segundos en los que daría lo que fuera por saber lo que está pasando por su mente. A veces me produce inseguridad mi forma de pensar, temo el que se pueda sentir abrumada. Aunque por otro lado, pienso que de ser así, no estaría aquí. No me miraría así. Sin embargo...

—¿Demasiado irritante tanto pensamiento filosófico? —le pregunté con una sonrisa, tratando de ocultar mi temor.

—Interesante —corrigió. —Esa sería la palabra. ¿Desde aquí tomas tus fotos?

Su cambio de tema y el hecho de que apartara la mirada de mis ojos para dirigirla hacia el caballete con la cámara, impidieron que me quedara idiotizada...otra vez.

—A veces sí. Estas vistas inspiran a cualquiera y puedes captar los mejores amaneceres y atardeceres del mundo.

—Cada cosa que me enseñas, me impresiona más que la anterior.

—Entonces debo estar consiguiendo mi propósito.

Se volvió hacia mí para mirarme divertida, alzando una de sus cejas.

—¿Tu propósito es alucinarme con paisajes y palabras bonitas?

—Mi propósito es que seas capaz de ver, la belleza que poseen las cosas más sencillas del mundo.

Ella suspiró y volvió a dirigir la vista hacia el paisaje a través del ventanal.

—Ojalá fuera el mundo real así de hermoso.

—Lo es, Any. Solo tenemos que aprender a mirar y descubrir.

Volvió a mirarme y a permanecer en silencio, simplemente observándome. Seguramente le parecería una idealista y soñadora, que siempre tenía la necesidad de ver el lado positivo de las cosas. Así soy cuando estoy con ella, es cierto. Aunque en ocasiones como esta, me sigue aterrorizando lo que pueda pensar de mí. Lo que pasa por su mente, cuando me mira tan fijamente y sólo puedo dedicarle una débil sonrisa.

Debo parecer idiota, pero con ella experimento sensaciones que nunca antes había experimentado. Ese hecho tan simple, de no sentirme incómoda por la mirada fija de otra persona. No, con ella, simplemente sonrío. Sonrío porque ella me hace sonreír. Porque estando frente a sus ojos, la vida pasa a tener otro objetivo, una sola preocupación, darle felicidad.

—Es hora de que volvamos abajo —le informé rompiendo el silencio
—Empiezo a tener hambre. Y hay que reponer fuerzas para el resto del día.

—Está bien. —aceptó con una pequeña sonrisa.

White nos esperaba al pie de las escaleras, yendo de un lado para otro.

—Creo que él también tiene hambre.

—Y seguramente también tenga sed —añadió ella acariciándolo.

Sabiendo que tenía razón, me dirigí a la cocina y serví un poco de comida y agua en dos recipientes, depositándolos a continuación en un lugar para él, que rápidamente acudió a beber agua como si hubiera corrido horas en el desierto.

—Tenías razón —confirmé riendo, mientras quitaba el seguro del pequeño acceso que yo misma construí en la puerta de la casa, para que él pudiera entrar y salir a su antojo. —¿Me ayudas con el almuerzo?

—Faltaría más.

Ambas nos dirigimos a la cocina de nuevo, donde comencé a seleccionar los recipientes adecuados para preparar el almuerzo. Una rica y fresca ensalada había sido mi decisión.

—¿Hay algún ingrediente de las ensaladas que no soportes?

Ella me miró con inseguridad y duda, permitiéndose unos segundos para analizar esa tan simple pregunta. Y a continuación se encogió de hombros y negó con la cabeza sin demasiado ánimo. Sé que se acerca, el que probablemente vaya a ser el momento más difícil de todos los que vivamos, pero no iba a dejar que ni él, ni ningún otro, arruinaran nuestro fin de semana.

—¿Puedes ir alcanzándome los del frigorífico?

—Dime lo que necesitas —indicó mientras abría el mismo.

—Tú vete escogiendo los que más te gusten, que ya verás cómo al final hacemos una mezcla extraña pero deliciosa.

Comenzó con lechuga, tomates, cebolla, pimientos, atún, frutas, queso, etc. Ella extraía los ingredientes, mientras yo los iba cortando y colocando cuidadosamente en una fuente bastante grande.

Por un momento, cuando todos los alimentos ya estaban a mi alrededor y los picaba concentrada, me extrañó su silencio y decidí buscarla con la mirada, encontrándome aun frente al frigorífico, observando con detenimiento una hoja de papel que había pegada en el mismo, desde hace muchos años.

—¿Qué es esto?

—Mi lista de sueños —respondí mientras continuaba con mi labor.

—¿Puedo leerla? ¿O...

—Puedes leerla —acepté, observando como la desprendía del pequeño imán que la mantenía sujeta al electrodoméstico.

—*Aprender a tocar la guitarra.* √

Componer una canción. √

Escribir algo importante.

Tener un perro. √ —alzó su vista para mirarme —¿Por qué algunas, tienen a su lado esta marca?

—A medida que voy realizando algo de esa lista, le pongo una señal, que me indique que está conseguido.

—¿Desde cuándo la tienes?

—Desde los 16 años aproximadamente.

—¿Y son estos todos tus sueños?

—En realidad, la escribí en un momento de mi vida en el que mis sueños se veían un poco distorsionados. Quería hacer muchísimas cosas, en una edad en la que no podía hacer nada y no sabía bien qué rumbo tomar. Entonces decidí ir escribiendo en un papel, las cosas que obligatoriamente tenía que hacer antes de morir, aunque no tuvieran sentido o carecieran de una importancia vital para el resto del mundo. Digamos que fue una forma de guiarme y saber lo que siempre he querido, por si en algún momento llegaba a olvidarlo. Nuestro mayor problema, es que cuando crecemos, olvidamos nuestros sueños de infancia, esas cosas simples que un día quisimos conseguir, y tomamos otro rumbo.

—En eso tienes razón... —asintió de acuerdo —Aún hay cosas que no están marcadas. —Continuó leyendo: —Plantar un árbol, Vivir en el Lago, Encontrarla. —volvió a mirarme —¿Encontrar a quién?

Sonreí sin poder apenas controlarlo, negando ligeramente con la cabeza y a continuación, devolviendo mi vista a la ensalada para continuar con la labor de prepararla. No esperaba que me preguntara precisamente por eso... y puedo

decir que incluso me intimidó.

—A... Ella —respondí tras un suspiro, volviendo a mirarla —A la mujer de mi vida.

Su mirada permaneció congelada. No supe descifrar bien lo que pretendía expresar, ni lo que podía estar pensando. Simplemente se creó un incómodo silencio, que me hizo apartar los ojos de ella y continuar cocinando una vez más. Hasta que segundos después, volvió a hablar.

—¿Hay alguna mujer en tu vida?

—Muchas. —volví a ascender la vista, encontrándome con su ceño fruncido, por lo que decidí aclarar la respuesta —Pero ninguna de esa forma, a la que seguramente te estés refiriendo.

—No te creo.

Su seguridad me produjo gracia y curiosidad al mismo tiempo.

—¿Por qué no?

—Eres una mujer independiente, Dulce —se encogió de hombros —Fuerte, estudiosa, trabajadora, soñadora, dulce, inteligente. Estás a punto de terminar una carrera importante. Eres la mejor persona que he conocido nunca, y además... preciosa. No creo que las mujeres de este planeta estén tan ciegas, como para no pelearse por ti. Incluso esa amiga tuya...la doctora Marta Andoni. No puedes negarme que entre ustedes dos hay algo.

Esa afirmación que ya había dejado caer otras veces, me hizo obviar por un momento todo lo que acababa de decir.

—No hay absolutamente nada más que una amistad entre Marta y yo, te lo aseguro.

—¿Por qué no? —insistió incrédula —Es... bonita, creo, y se ve a leguas que eres su debilidad. Haría cualquier cosa por ti.

—Any, el hecho de que me gusten las mujeres, no implica que me gusten todas las mujeres —le sonreí —Puedo perfectamente tener amigas, sin la necesidad de llevármelas a la cama. Y si no tengo pareja, es porque nunca he llegado a sentir nada más allá, por ninguna de las chicas con las que he estado. En algún momento de mi vida, llegué a sentir algo "importante", — enfaticé las comillas con mis dedos y me encogí de hombros —pero se acabó hace muchos

años.

—Entonces, ¿nunca te has enamorado?

Simplemente negué con la cabeza, tratando de volver a mi labor y evitar el tema, pero ella parecía no querer finalizarlo.

—¿Y qué es lo que debe tener esa mujer perfecta para enamorarte?

—Eso es imposible de averiguar, pero te aseguro que la perfección no está en lo que busco.

De pronto, sentí sus manos posarse sobre las mías, deteniendo el movimiento continuado que había estado haciendo el cuchillo para cortar el tomate. Observé confundida ese gesto, dándome unos segundos de tregua antes de enfrentar su mirada, que me esperaba más cerca de lo que pensaba... atenta, expectante.

—¿Y qué es "eso" que buscas?

—Sólo alguien que no me dé la oportunidad de elegir cuánto soy capaz de ofrecerle. —expliqué mirándola fijamente —Creo que el amor es una corriente imparable, que cuando llega, se vuelve incontrolable. Siempre he tenido en mis manos la posibilidad de medir cuánto y hasta qué punto de mí, le doy a otra persona. Pero cuando esté enamorada, sé que no podré evitar darle todo y entregarme sin medida. No sé bien cómo explicártelo, porque puede estar pareciendo que necesito sentirme dependiente de alguien para aceptar que estoy enamorada. No es eso. La dependencia emocional está muy lejos de lo que quiero. Sólo... sé que es algo incontrolable, que cuando quiera darme cuenta, me tendrá hasta el cuello. Y quizás sea loco, arriesgado, o incluso idealista, pero eso es lo que creo. Así veo el amor.

Intenté evitar sus ojos por tercera vez. Pero justo en el momento en el que aparté la vista, volvió a hablar.

—Eso es lo que esperas sentir tú. Pero, ¿qué esperas de la otra persona?

—Simplemente que tampoco pueda elegir. Que cuando me mire a los ojos, esa corriente nos arrastre y nada más importe, mientras estemos juntas.

Durante unos instantes, nuestras miradas permanecieron observándose fijamente, en completo silencio. Aún podía sentir la calidez de sus manos sobre las mías. Y esa profunda necesidad que tengo de abrazarla todo el

tiempo, aumenta a cada segundo. Aunque también es cierto, que en momentos como este, ese tiempo ya antes mencionado, ni siquiera tiene sentido alguno.

—La encontrarás... —aseguró sin más. Apartando seguidamente su mirada y sus manos de mí.

Tardé un instante en reaccionar.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque lo mereces.

Su repentina reacción y seriedad, me confundieron.

En ocasiones, o más bien, siempre, daría lo que fuera por saber qué pasa por la mente de esta chica, que tan indescifrable me resulta a veces.

Sin embargo, sentí que había llegado el momento de finalizar el tema y no hacerme preguntas.

—La comida está lista —informé sonriendo. —¿Puedes llevar la ensalada?

Le ofrecí el recipiente mientras yo buscaba algunos manteles y servilletas en el interior de unos cajones.

—¿A dónde?

—Ahora lo verás. —Le guiñé un ojo con misterio, dirigiéndome hacia el exterior de la casa con la intención de que me siguiera.

Una vez en la pasarela de madera, comencé a extender un mantel en el suelo, dejando sobre él las servilletas, los platos y los vasos que con cuidado conseguí transportar. Cuando alcé la vista, Anahí se encontraba a unos metros, observando asombrada el picknic improvisado, con la fuente de ensalada entre sus manos.

—Puedes ponerla por aquí y acomodarte en lo que voy a buscar algo para beber. —Indiqué señalando el lugar —¿Quieres algo en especial?

—Lo que tú tomes está bien.

Con una sonrisa, acudí de nuevo a la cocina, donde un zumo de frutas me pareció la mejor opción para acompañar el almuerzo.

Minutos después, salí de nuevo al exterior, deteniéndome súbitamente con la imagen que encontré frente a mí. Sin poder evitar que una sonrisa profunda, se

exteriorizara a través de mis labios. Anahí ya se había acomodado sobre el mantel. Observa hacia el horizonte del lago, mientras acaricia a White, que había conseguido un pequeño hueco en el que acostarse cómodamente a su lado. En el fondo, no quiero interrumpir la escena. Pero si me quedo así durante mucho tiempo, cuando note mi ausencia y me vea, voy a parecer una completa imbecil.

—¿Te gustan los animales?

—Los adoro —respondió observando cómo me sentaba frente a ella —Y White se ve un perro muy especial.

—Lo es. —le sonreí —Y tú también debes parecerle especial a él.

—Se comporta como si me conociera.

—De hecho te conoce. —me miró confundida, creándosele esa pequeña y adorable arruga de su frente, que se le forma cuando no entiende algo. —Le he hablado tanto de ti, que seguramente te conozca casi tanto como yo. —le guiñé un ojo con complicidad y continué hablando antes de darle tiempo siquiera a responder —Pero oye, será mejor que empecemos a comer antes de que se enfríe.

—Dulce... es una ensalada.

—Ya lo sé, pero fue lo primero que se me ocurrió para cortar la conversación con misterio.

Me encogí de hombros, observando cómo al instante, una contagiosa risa se apoderaba de ella, amenazando con dejarme absolutamente hipnotizada. Intentando que eso no sucediera, comencé a atrapar con mi tenedor algunos pedazos de comida, para que me distrajeran por un momento, que seguidamente llevé a mi boca. Pero cuando volví mi vista hacia ella, la encontré observando la fuente en completo silencio y bastante pensativa. Iba a hablar en el preciso momento en el que alzó su mirada, encontrándome. Entonces, preferí callar hasta que llegara el momento.

—No estoy segura de poder hacerlo —me dijo con cierto tono de preocupación en su voz —Te agradezco que hayas preparado esto. Pero yo... Es complicado. No sé... no sé cómo...

—Paso a paso —interrumpí —Sí puedes hacerlo. Y yo estoy aquí para

ayudarte.

—No quiero que vuelvas a presenciar lo mismo de ayer. No lo controlo, Dulce. Y si me obligo... —suspiró con desánimo —Simplemente no quiero arruinarlo todo. Arruinar esto.

—No lo voy a presenciar porque no va a suceder. ¿Recuerdas lo que pactamos al llegar? Aquí eres Any.

—No es tan sencillo.

—Nadie está diciendo que vaya a serlo. Pero créetelo... Simplemente mira a tu alrededor y cree que esto es diferente, porque lo es. Haz que desaparezcan tus problemas, disfruta de cada pequeña cosa de esta vida, Any, incluso de la comida. No pienses. No escuches esa voz que ve esto —señalé la ensalada —como un arma de destrucción masiva. Esta noche, pretendo hacerte bailar hasta que tus piernas no sean capaz de sostenerte... y para eso, necesitamos energía. Porque no vamos a permitir que nada nos arruine cada uno de los momentos que vivamos juntas en este lugar, ¿verdad?... Cree en ti —pedí mirándola fijamente —Cree, como yo creo, y verás lo que yo veo en ti. Es más, ¡Te lo voy a demostrar!

Sin darle otra opción, me puse en pie y me adentré de nuevo en la casa, buscando unas monedas, con las que un minuto más tarde, estaba de vuelta. Sentándome frente a ella, la observé divertida con las monedas en mi mano, al darme cuenta de su confusión.

—¡Vamos a hacer un juego! —exclamé viéndola alzar una de sus cejas —Tú eres la chica de los juegos inventados en el acto ¿No?

—Que graciosa estás últimamente —refunfuñó.

—Lanzaré esta moneda al aire. Si sale "cara", te doy un poco de comida y te hago la pregunta que quiera. Si sale "Cruz", seré yo la que coma y tú me preguntarás lo que te apetezca. ¿Qué te parece?

—Pues... que voy a descubrir tus más profundos secretos.

—Eso ya lo veremos. —sentencié guiñándole el ojo, al tiempo que lancé la moneda al aire.

Ambas esperamos expectantes, como si el tiempo estuviera transcurriendo más despacio de lo usual, mientras la moneda caía. La atrapé entre mis manos,

dejándola ahí durante unos segundos, al tiempo que la miraba fijamente, exagerando el misterio de la situación. Lo cierto es que me encanta ver ese atisbo de desesperación e intriga en sus ojos, con algo tan simple como este juego inventado. Poco a poco, separé mis manos, dejando a la vista de ambas, esa moneda que automáticamente me hizo sonreír con malicia, en cuanto la descubrí mostrando el lado que a mí me beneficiaba.

—¿Qué decías? —le pregunté con chulería.

—No cantes victoria —resopló frunciendo el ceño —Es solo el primer lanzamiento.

Con una sonrisa de triunfo, ignorando por completo sus quejas, agarré un tenedor y atrapé con él, algunos pedazos de comida, que comencé a dirigir hacia su boca, imitando el recorrido y el sonido de un avión.

—Y ahí va la pregunta, para que pienses la respuesta mientras el avión aterriza.

—¿Es esto necesario?

Quiso parecer fastidiada, pero en realidad estaba sonriendo.

—No. Pero es divertido. ¿Qué es lo que más te gusta hacer del mundo?

Sin darle tiempo a responder, acerqué el tenedor hasta sus labios, que se abrieron ligeramente para recibirlo e ingerir la comida, mientras aparentaba estar pensando una respuesta que darme.

—Música —respondió después de unos segundos —Tocar música.

Esa respuesta me sorprendió bastante. Pues hubiera esperado muchas cosas, excepto que compartiéramos esa afición, ya que nunca había mencionado nada.

—¿Tocas algún instrumento?

—Me temo que esa moneda va a tener que estar de nuevo a tu favor, si quieres seguir averiguando. —sentenció guiñándome un ojo con descaro.

Desafiándola con la mirada y una sonrisa, volví a lanzar la moneda al aire.

—Te salvaste —Informé dejándola a la vista —Cruz.

Con una expresión de triunfo en su rostro, agarró el tenedor y lo llevó hacia mis labios, imitando el gesto que yo hice anteriormente. A pesar de lo ridículo de la situación, este momento tiene algo que simplemente me encanta.

—¿Has estado alguna vez con hombres?

Por un momento, sentí que la comida se atascaba al inicio de mi garganta, pero la sonrisa juguetona que expresaba, me hizo controlar los nervios y aparentar indiferencia. Una indiferencia con la que simplemente asentí, observando cómo sus ojos se abrían enormemente, al tampoco esperarse dicha respuesta.

Sin darle tiempo a decir nada más, lancé la moneda nuevamente, recibiendo con orgullo la "cara" que me daba ventaja una vez más.

—¿Tocas algún instrumento? —Pregunté mientras llevaba el tenedor a sus labios.

—Sí.

La vi ingerir la comida, y sabiendo que sus respuestas iban a ser cortas y concretas, sin perder tiempo, volví a lanzar la moneda, que una vez más calló a mi favor.

—¿Qué instrumento?

—El piano.

Definitivamente, me sorprendió aún más esa confesión. Pero quería seguir averiguando.

—Hay un piano aquí. —le informé.

—Lo sé. Lo vi cuando llegamos.

—Me gustaría escucharte tocar.

—Hace mucho que no lo hago.

—Bueno, si decides que estos días, son un buen momento para volver a hacerlo, estaré encantada de escucharte.

Permaneció unos segundos observándome en silencio mientras llevaba un nuevo pedazo de comida hacia mi boca. En este momento, había conseguido olvidar un poco el juego y continuamos, dándonos comida inconscientemente.

—¿Sabes que es lo que más me gusta de ti? —preguntó de pronto.

Me sorprendió tanto, que casi detengo el camino del tenedor hacia sus labios. Pero no.

—¿Qué cosa?

—Que nunca me presionas para hacer nada. Simplemente me ofreces la oportunidad de realizar las cosas y dejas en mis manos la libertad para hacerlo.

—Eso es porque confío en ti. Y sé que cuando estés preparada para hacer algo, lo harás, sin necesidad de que nadie te lo pida.

—No creo que haya demasiada gente que haya confiado en mí, a lo largo de mi vida.

Sin siquiera pensarlo, me acerqué a ella y deposité un cálido e inesperado beso en su mejilla. Tan inesperado para ella, como para mí misma.

Entonces, me alejé unos centímetros y la mire fijamente a los ojos.

—Pues esas personas nunca supieron a quién tenían delante.

Dicho esto, dirigí a propósito mi mirada hacia la fuente de ensalada, que de un momento a otro, había quedado completamente vacía.

Volví a observarla y su expresión era de asombro, como si no creyera haber conseguido comerse toda la comida.

—¿Lo ves? —susurré recibiendo una vez más su mirada y observando un nuevo brillo en la misma. —Puedes conseguir cualquier cosa que te propongas, Any.

XV

Unas horas más tarde, estábamos de vuelta en el pueblo, donde el ambiente de fiesta había dificultado un poco estacionar el coche. La mayoría de las calles estaban cortadas y el poco espacio de las mismas, lo ocupaban los peatones. Aun así, después de varios minutos y alguna que otra vuelta, conseguimos aparcar en un buen lugar, desde el cual, accedíamos directamente a la plaza central. Avanzamos entre la multitud, observando todo a nuestro alrededor. Lo cierto, es que el pueblo estaba precioso en estos días. La música, otorgaba un ambiente diferente. Consiguiendo animar a cualquier persona que paseara, fuera cual fuese su estado de ánimo.

En los alrededores, había pequeñas tiendas de artesanía, ropa e incluso artículos de segunda mano. Además, cada vecino organizaba su propio espacio, en el que ofrecían comida preparada por ellos mismos y completamente gratuita. Esa es una de las cosas que vuelven estas fiestas diferentes y especiales; Absolutamente todo el mundo, adquiere las bebidas en alguna de las pequeñas tiendas, y a medida que caminan, van probando las diferentes comidas que cada amigo y vecino, amablemente ofrece. A esta hora de la tarde, aún no resulta demasiado difícil transitar entre la multitud. Pero el sol está comenzando a caer y casi todo el mundo empezará a venir a partir de ahora. Ya que los eventos de la noche, son los más divertidos para la juventud y por lo tanto, los más concurridos. No obstante, quise traer a Anahí un poco más pronto para que pudiera disfrutar del ambiente, pasear en tranquilidad y sobretodo, llenarse de la vida que contagia cada una de estas personas.

Andamos algunos metros en completo silencio. Así somos nosotras. Así hemos sido desde que nos conocimos, cada una sumida en sus pensamientos, disfrutando de lo que sucede alrededor, sin dejar de sentir la compañía de la otra. Siempre me ha encantado, y más aún cuando observo de reojo su sonrisa, mientras ve corretear a los niños, atravesándose en nuestro camino sin ningún cuidado.

Le gusta esto, puedo sentirlo, y eso me hace inmensamente feliz.

Llegamos hasta el centro de la plaza con la intención de husmear un poco lo

que ocurre en el interior de un círculo humano que de pronto se había formado. Descubrimos en él, a un grupo de niños jugando al juego del avión, ese en el que se dibujan cuadrados con números en el piso y cada uno debe ir saltándolos. Me sorprendió verla observando con expresión de sorpresa e incluso emoción, como si jamás lo hubiera visto. Algo muy curioso, pues creo que es el juego más antiguo de la historia infantil.

—Siempre quise jugar a eso —confesó dejándome perpleja.

—¿Nunca has jugado al avión?

—Te sorprendería saber lo aburrida que fue mi infancia.

La observé un instante, tratando de averiguar cuanta verdad tenían sus palabras. Pero entonces, algo vino a mi mente.

—¿Alguna vez has comido algodón de azúcar?

—Ni siquiera sé que es eso —se encogió de hombros..

—¡No puede ser!

Completamente asombrada, agarré su mano y a toda prisa, comencé a dirigirla entre la multitud. Llegamos a un pequeño puesto, donde un señor, ya algo mayor, nos recibió con una amable sonrisa. No tardé en indicarle lo que deseaba y él seguidamente, comenzó a preparar un rosado y gran, algodón de azúcar que dos minutos después, estaba entre mis manos.

—Eso tiene todo el aspecto de ser muy dulce y muy pringoso —comentó mirándolo con extrañeza.

—Ambas cosas —confirmé —Y lo de pringoso, es lo más divertido. Después de comerlo, sientes como si te hubieras pintado los labios con pegamento.

—Oh, suena divertidísimo. —sonrió con ironía.

—Anda, coge un poco y pruébalo.

Se quedó completamente inmóvil, observando el algodón como si fuera un extraterrestre que de un momento a otro iba a saltar sobre su cuello.

—¿Qué pasa? —le pregunté al tiempo que desprendía un pedazo de algodón y acercaba mis labios a su oído para susurrarle —¿Hay por ahí, alguna parte de ti, diciéndote que el algodón es tu enemigo número uno? Porque puedo pasarme el resto de la tarde susurrándote al oído lo increíblemente delicioso

que es, hasta que dejes de oírla a ella y sólo puedas escucharme a mí.

Giró su rostro encontrando el mío más cerca de lo que esperaba. O quizás ella sí lo esperaba, fui yo la que me puse nerviosa al ver sus labios tan próximos a los míos de un momento a otro.

—Estaba pensando que no sé cómo hacerlo, porque si metía mi boca ahí, iba a terminar pareciendo la versión rosa de Pitufina. Pero oye, si te apetece pasarte toda la tarde susurrándome al oído, lo increíblemente delicioso que está, yo no tengo problema.

En ese momento, no sabía si reírme o asesinarla con la mirada por estar vacilándome y de paso, poniéndome nerviosa con esa sonrisa de triunfo tan irritante que tiene. Sin embargo, decidí callar esa chulería, llevando el pedazo de algodón hacia sus labios. En cuanto mis dedos llegaron a su destino, abrió la boca y atrapó el pedazo de dulce. Parecía una misión imposible que el algodón abandonara mis dedos y se quedara en su boca, debido a lo pegajoso que está. Creo que nos sentimos tan idiotas durante esa pequeña batalla, que no pudimos evitar reírnos de nosotras mismas.

Esperaba impaciente una reacción por su parte, de gusto o desagrado, cuando al mirarme, sus ojos se abrieron enormemente como si hubiera descubierto la cosa más deliciosa del mundo.

—¡No puede ser! —exclamó incrédula.

—¿A que es una delicia?

—¿Cómo es posible que me haya perdido algo así durante tantos años?

—Eso me pregunto yo. ¿Vivías en una especie de urna aislada de la sociedad?

—En una urna no lo sé, pero en una jaula de cristal, seguramente.

Aunque ella pareció no darle importancia, esa última frase suya, me confundió bastante. Por lo que no pude evitar quedarme observándola, mientras mis pensamientos amenazaban con dispersarse y ella continuaba con su guerra para despegar otro pedazo de algodón. Pero ni siquiera me dio tiempo a pensar en nada, pues sus manos se dirigieron con el dulce, esta vez hacia mi boca, que automáticamente se abrió para recibir la delicia.

Su rostro, no transmitía otra cosa más, que pura e inocente emoción. Como

una niña pequeña, cuando descubre por primera vez algo que le encanta. Probablemente, fuera ese hecho, el que me hacía olvidar preguntarme, cómo ha sido su infancia y su vida, para que nunca haya probado un simple y común algodón de azúcar, o nunca haya jugado a un juego tan habitual entre pequeños. Eran muchas las preguntas que tenía acerca de su existencia antes de conocerla, demasiadas. Pero el simple hecho de verla disfrutar este tipo de cosas, por primera vez, con esa ilusión y ese brillo en los ojos, que sólo pueden otorgar las nuevas experiencias, me era más que suficiente para dejar de hacerme dichas preguntas.

Continuamos andando por aquellas calles cada vez más repletas de personas. Mientras yo transportaba el famoso algodón, ella se encargaba de desprender pedazos para ambas, volviendo sus dedos cada vez más pegajosos. Cosa que parecía no importarle. No obstante, no llegamos a terminar de comerlo entero. Creo que ella habrá ingerido dos pedazos más, como mucho. Los otros fueron a parar todos a mi boca, pero llegó un momento en el que ni siquiera yo pude más y decidimos dárselo a un niño que correteaba por el lugar, por supuesto con permiso de sus padres.

Paseamos junto a unos puestos de artesanía que venden diferentes objetos; prendas de vestir en uno, sombreros en otro, "souvenirs" del pueblo en otro, pulseras, collares, etc. Ambas, como si hubiera sido previamente pactado, nos detuvimos al mismo tiempo, observando una de las mesas que dejaban a la vista numerosos collares, hechos con caracolas marinas y rellenos con diferentes piedras que les daban color..

—Son como el tuyo... —comentó sorprendida, volviendo la vista hacia mi cuello.

—Si. Mis abuelos me lo compraron aquí cuando era pequeña.

—¿Por eso sólo te desprendes de él cuando es estrictamente necesario?

Esa pregunta me sorprendió bastante. O más bien, su apreciación.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, es que lo llevas cada mañana cuando llegas al centro vestida normal. Pero después, cuando te vuelvo a ver ya no lo tienes. Siempre supuse que no te permitían llevarlo en horas de trabajo.

—Tienes razón —le confirmé con una sonrisa —No me permiten llevar

encima ningún tipo de joya, reloj, pulsera o collar. Puede ser peligroso si llega a ocurrir algo. Así que, sólo me lo quito en las horas de trabajo. Pero nunca imaginé que te hubieras dado cuenta de ello.

—Ya te he dicho que soy muy observadora. —sonrió con misterio —¿Por qué es tan importante para ti? ¿Tiene algún significado?

—No lo sé —me encogí de hombros —supongo que me acostumbré a tenerlo desde hace ya muchos años. De hecho, me lo compraron en una de estas fiestas. Aquel día me detuve justamente aquí, como mismo acabamos de hacer y me llamaron mucho la atención estos collares. Me parecieron diferentes al resto de productos. Y de entre todos, este era el único que no tenía relleno de ningún color. ¿Ves? —se lo mostré —Completamente blanco. Creo que por eso lo elegí. Me gustó su sencillez.

Observó fijamente el objeto. Un caparazón de caracol partido a la mitad, de forma que en la parte central, se ve una espiral hueca. Completamente blanco, con algún que otro destello amarillento, causado por los años. Cuelga de un cordón negro, que únicamente tiene dos pequeñas piedras de un tono verde oscuro y algunas otras negras para terminar de adornarlo. Absolutamente simple.

Detuvo su análisis para mirarme.

—Siempre he creído que ese collar, es como tú.

—¿Cómo yo?

—Sencillo, pero especial. Único. Exactamente igual que tú —apartó la mirada seguidamente, dejándome con una especie de emoción, que no me permitió otra cosa más que continuar observándola, mientras ella volvía a analizar los collares con detenimiento —Son muy bonitos.

Decidí acercarme a la vendedora bajo su, ahora atenta mirada, hice un intercambio con la mujer dándole la cantidad de dinero necesaria y escogí el collar que según mi gusto, creía que era el indicado.

—¿Te gusta este? —pregunté mostrándoselo.

Era un collar exactamente igual que el mío, pero estaba relleno por unas piedras que le otorgaban un color entre azul y turquesa, absolutamente precioso.

—Es hermoso. Pero no puedo...

—Este también es como tú —le interrumpí comenzando a colocarlo con cuidado en su cuello, mientras ella me observaba atentamente —Sencillo, pero especial. Y de un color parecido, a tu característica más representativa, —no hizo falta que mencionara sus ojos, era demasiado evidente que me refería a ello —Así, vayas a donde vayas, y pase lo que pase, llevarás en él, el recuerdo de este día, y por tanto... de mí.

Ascendió la vista y me miró fijamente, encontrándome con una leve sonrisa esperándola.

—No me hace falta nada para llevarte conmigo, allá a donde vaya. Te lo aseguro.

No soy muy capaz de explicar lo que sintió mi corazón, al escuchar esa frase y verla observarme seriamente, como si esas palabras fueran lo más real que me había dicho hasta ahora. Un hormigueo imparable en el pecho, transportó mi cuerpo, hacia un estado de emoción absoluta. Comienzo a darme cuenta, de que lo más hermoso que he vivido en mi vida, es que esta mujer me permita llegar a ella, como sé que nadie más puede llegar en este momento. No sé desde cuándo, ni por qué motivo, pero lo hace. Me deja entrar. Y la unión que estoy sintiendo con Anahí, cada minuto que paso junto a ella, es tan impresionante, como mágica.

Con una simple y sincera sonrisa, pues no supe muy bien que más decir en un momento como este, continuamos caminando por aquella calle del pueblo. La conduje hasta una fuente, donde ambas lavamos nuestras manos, con la intención de que el agua se llevara lo pegajoso del ya finalizado algodón de azúcar.

A penas sin darnos cuenta, la noche había llegado y con ella, la mayoría de asistentes a esta fiesta. La música se escuchaba ahora con más intensidad, todos bailaban en algún lugar de la plaza central y pronto sería la exhibición de fuegos artificiales. Disfrutamos durante unos minutos de la pequeña orquesta. que cantaba sobre el escenario algunas canciones muy conocidas. El lugar comenzaba a adquirir un buen ambiente nocturno y tanta música me dieron ganas de hacerla bailar. Pero quizás aún era muy pronto para atreverme.

—Voy a buscar algo de tomar —le informé —¿Me prometes que no te mueves de aquí?

Su mirada, me hizo entender que no le agradaba demasiado la idea. Pero aun así, sonrió y asintió ligeramente.

—No tardes... —pidió.

Después de una sonrisa tranquilizadora, la dejé en aquel lugar, dirigiéndome hacia los pequeños chiringuitos organizados exclusivamente para esta ocasión. La cantidad de personas que se agolpaban alrededor, era desmesurada. No entiendo como cabe tanta gente en un pueblo tan pequeño. Con la intención de que el lugar se vaciara un poco, me dirigí hacia alguna de las mesas donde los vecinos ofrecían comida. En un pequeño envoltorio, puse un canapé de algún tipo de queso que tiene una pinta exquisita. Seguidamente, volví a la tienda y me coloqué en la fila para ser atendida lo antes posible.

Transcurrieron varios minutos. La desesperación comenzaba a impacientarme, pues no quería dejarla tanto tiempo sola. Pero durante un largo periodo, esta fila parecía no avanzar. Hasta que por fin, instantes más tarde, llegué hasta el camarero que muy rápidamente me ofreció la cerveza que le ordené. Por un momento dudé en si comprar dos o simplemente una, pero pensé que probablemente Anahí no quisiera tomarse una ella sola, además, con los pocos nutrientes que debe haber en su organismo, temo que el alcohol no le siente demasiado bien. Y si queremos más, siempre estamos a tiempo de volver a comprar. Así que, mi decisión fue que compartiéramos la cerveza y llevarme también una botella de agua por si lo prefiere. Ni siquiera esperé por la devolución antes de salir apresuradamente en su busca.

Llegué muy rápido al lugar donde estábamos hace unos minutos y en un primer momento, mi corazón se apresuró nervioso al no encontrarla a simple vista. Pero eso solo duró unos segundos. Conseguí verla unos metros desplazada de donde la había dejado. Estaba de espalda y observaba hacia todos lados, como si estuviera buscando alguna cosa.

—¿Se te perdió algo? —le pregunté en tono bromista.

En cuanto volteó, observé una expresión de auténtico pánico en su rostro, cosa que consiguió asustarme de verdad.

—¿Qué ocurre, Any? ¿Te sientes bien?

—Yo... te estaba buscando. ¿Dónde estabas? Creía... que te habías marchado.
—decía en tono vacilante e inseguro —Tardaste mucho. Pensé... que me habías dejado sola.

—Lo siento. Había demasiada gente comprando bebidas y decidí hacer tiempo, yendo a buscar algo para comer. No creía que fuera a tardar tanto...

No parecía convencida, me miraba asustada, de una forma muy extraña.

—Está bien. —susurró con apenas un hilo de voz y apartando la mirada —No te preocupes.

Su reacción seguía pareciéndome extraña, pero en este momento, lo único que siento la necesidad de hacer, es acercarme a ella. Con mi mano libre, sostuve su barbilla y la dirigí con delicadeza al frente, hasta que nuestros ojos se volvieron a encontrar. La miré un momento, percatándome del temor que aún expresaba en el interior de su mirada.

—No te voy a dejar sola. Ni ahora, ni nunca... ¿Lo entiendes?

Sentí la imperiosa necesidad de acariciar con mis dedos su mejilla, en un intento de tranquilizar ese repentino miedo que había sufrido. En un intento de hacerle entender, que siempre iba a protegerla, que siempre iba a estar con ella.

—¿Lo entiendes? —repetí.

Por fin, y no sé si para tranquilizarme o porque realmente lo entendía, esbozó una muy ligera sonrisa, que me bastó para responder de la misma forma y hacer unas últimas caricias a su rostro, dispuesta a no darle más importancia al tema. Aunque por dentro me siguiera preguntando; "¿Qué hay detrás de ti, Anahí?"

—¿Te gusta la cerveza? —pregunté dejando al descubierto la pequeña botella —Cuando llegué allí, me di cuenta de que ni siquiera te había preguntado. Pero traje agua de todas formas, por si lo prefieres.

—Hace mucho que no tomo —sonrió mirando la botella —Pero sí. Una espumosa y refrescante cerveza, después de tanto tiempo, estará bien.

Totalmente de acuerdo con su decisión, abrí la botella y se la cedí, para que fuera ella quien diera el primer sorbo. Sus ojos se volvieron vidriosos en cuanto ingirió el líquido, no sé si por lo fría que estaba o por el tiempo que

lleva sin beber alcohol. Aunque he de decir que los grados de alcohol que tiene esta bebida, son casi insignificantes. Pero lo importante es que no expresó desagrado ni nada por el estilo.

—Creo que es la segunda vez en mi vida que pruebo la cerveza —comentó sorprendiéndome.

—¿No te gusta beber alcohol?

—Sí. Solía beber en ocasiones, como cualquier chica. Pero no precisamente cerveza. Mi primer contacto con el alcohol fue a través de una copa de vino.

—¿Te parecía más intelectual el vino que la cerveza?

—No fue precisamente por eso. Pero se puede decir que en mi mundo, te acostumbras desde muy temprano a relacionarte con vinos, cócteles...

—O sea, que nunca has sufrido una borrachera adolescente a base de cerveza barata, en la que al día siguiente no recuerdas ni tu nombre.

—¡No! —exclamó riéndose —creo que me habrían desheredado.

—Pues algún día lo haremos. Mi economía no me permite emborracharte a base de vinos, cócteles, ni bebidas de las que no conozco ni el nombre. Así que, tendrás que emborracharte con simple, sencilla y barata cerveza.

—Tienes algún interés especial en emborracharme —preguntó mirándome con picardía.

—Mi único interés es que vivas.

—¿Y para vivir tengo que acabar borracha como una cuba?

—Bueno, son cosas que todos deberíamos experimentar por lo menos una vez en la vida. No digo que beber alcohol sea algo bueno, pero es parte de la adolescencia, hacer alguna idiotez que cuando crezcas, te haga llevarte las manos a la cabeza y reírte de ti misma.

—Creo que ya hace bastante que dejé atrás mi adolescencia.

—Ya, pero si en su momento no la viviste como debías, tal vez sea hora de que empieces a hacerlo.

Bebí un sorbo de la cerveza que en algún momento ella misma había puesto en mis manos, y sentí el líquido refrescar todo mi interior a su paso, cosa que logró apaciguar la sensación que me produce su mirada aún clavada en mis

ojos.

—¡Oh! —exclamé poco después, volviendo a extraer algo de la bolsa
—Tienes que probar esto.

Seguidamente, dejé a la vista el pequeño canapé y antes de que pudiera decir algo, lo llevé a sus labios, donde fue rápidamente recibido con un mordisco. Esperé unos segundos para ver su reacción, pero fue tal, el cambio paulatino que dio su rostro hacia la satisfacción, que sentí la gran necesidad de probar esa delicia yo también. Comprobando que efectivamente, estaba riquísimo. Nos lo terminamos en nada, porque era realmente pequeño, pero creo que lo suficiente para ganar un poco de energía.

Los efectos del alcohol comenzaron a hacer su aparición. Nada del otro mundo, obviamente no me iba a emborrachar con media cerveza, pero empezó a vagar por mi cuerpo, esa sensación de libertad, con la que la vergüenza o timidez, desaparecían progresivamente.

Entonces, se empezó a escuchar la melodía de una canción, que me resultaba bastante conocida. Los primeros acordes de aquella salsa, incitaban a cualquier cuerpo a moverse casi sin permiso y el hecho de que la letra, me recordara tanto a ella, hicieron que la emoción se apoderara de mí.

—¡Tenemos que bailar esto! —le pedí emocionada agarrando su mano y obligándola a dar una vuelta sobre sí misma, que creo, solo sirvió para marearla al haberla pillado desprevenida.

Pero lejos de detenerse, entre risas, comenzó a mover su cuerpo al ritmo de la música y de una letra preciosa, que comenzaba algo despacio.

"Hallé una flor, un día en el camino, que apareció marchita y deshojada. Ya casi pálida, ahogada en un suspiro, me la llevé a mi jardín para cuidarla.

Aquella flor, de pétalos dormidos, a la que cuido hoy con toda el alma, recuperó el color que había perdido, porque encontró un cuidador, que la regara."

Flor pálida, una canción muy antigua. En los últimos meses, sonaba gracias a Marc Anthony que había conseguido hacer una versión preciosa de la misma. No pude evitar tararear la letra, mientras nos sincronizábamos en los pasos y vueltas, que el ritmo, esta vez más rápido, requería.

"Le fui poniendo un poquito de amor, la fui abrigando en mi alma. Y en el invierno le daba calor, para que no se dañara.

De aquella flor, hoy el dueño soy yo, y he prometido cuidarla, para que nadie le robe el color, para que nunca se vaya."

Ella reía en ocasiones, pero al mismo tiempo me miraba con mucha curiosidad, quizás prestando atención a la letra que podía escuchar a través de los altavoces y también de mis labios. Esa letra, que desde el primer momento en que la escuché, trajo su imagen a mi mente, convirtiéndola casi, en la BSO de esta historia.

Luego de una vuelta, con la que pretendí alejar su mirada de mí unos segundos, el ritmo se volvió más lento y me encontré con nuestros cuerpos unidos. Sus ojos, estaban tan clavados sobre los míos, que podría haberme congelado en cualquier momento. Pero lejos de eso y a pesar de nuestra cercanía, esos ojos, al igual que toda ella, me daban calor, seguridad y paz.

"De aquella flor, surgieron tantas cosas. Nació el amor, que ya se había perdido. Y con la luz del sol, se fue la sombra. Y con la sombra, la distancia y el olvido."

Regresó el estribillo. Y con él, el ritmo aumentó en la estrofa más veloz que hasta ahora había tenido la canción. Cosa que me obligó a separar nuestros cuerpos una vez más, haciéndole dar otra vuelta con la que además de reír, contraatacó, consiguiendo que yo hiciera lo mismo. Pero el ritmo continuaba aumentando. Y con su máxima velocidad, llegó algo que ella no esperaba. El famoso cambio de parejas que probablemente nunca haya presenciado. Así que, con una sonrisa y un guiño de ojos, hice que diera una vuelta quedando en brazos de un sonriente hombre, que la recibió con amabilidad y delicadeza. En un primer momento, buscó confundida mi mirada, pero al ver que aún seguía a su lado, sonriéndole y simplemente bailando con otra persona, comenzó a dejarse llevar por la música, el baile y también el juego.

A pesar de bailar con otras personas; chicas, chicos, hombres, mujeres e incluso mayores, en ningún momento dejé de vigilar que estuviera bien, ni perdí de vista su presencia. Podía darme cuenta de que había conseguido relajarse y bailar sin miedo, confiando en que nada iba a sucederle. Pero cuando los minutos transcurrieron y supe que probablemente ya había sido suficiente, conseguí que intencionadamente, los bailes me fueran conduciendo

hacia ella una vez más.

Aparecí inesperadamente a su espalda y con un movimiento rápido, la hice voltear, quedando entre mis brazos. Esta vez, mucho más cerca que anteriormente. Sus ojos se iluminaron en cuanto me vio. Adquirieron una luz diferente. Una, que no estaba acostumbrada a ver en su mirada. Esa luz, que jamás me cansaría de buscar. La única, capaz de conseguir detener el tiempo, desaparecer la música, evadir a las cientos de personas que en este momento debe haber a nuestro alrededor y que sin embargo, ahora no existen. Porque solo existe su mirada, sobre la mía. Su cuerpo, entre mis brazos. Sus manos, abrazando con fuerza mi cintura, como si en estos pocos minutos, me hubiera extrañado tanto, como yo a ella.

—Lo mejor de estas fiestas, son las preciosas chicas que vienen a verlas. —interrumpió una voz masculina, consiguiendo irritarme en el acto, por haber roto el momento. Miré a mi derecha dispuesta a lanzarle la peor mirada de la historia, pero su radiante sonrisa me lo impidió —Siempre es bueno conocer gente nueva.

Un chico de unos veinticinco años, bastante atractivo y con una resplandeciente y amable sonrisa, que en el momento te hace olvidar toda la mala leche que puedas llegar a tener. A su lado hay otro muchacho, sonriendo de la misma manera, pero un poco más tímido. Desde el primer momento, siento sus ganas de ser amables y simpáticos, por lo que no puedo lanzar sobre ellos todo el mal humor que me ocasiona su aparición en el momento menos adecuado.

Además, no sé en qué instante ocurrió, lo cierto es que aún me encontraba sumida en un pequeño y confuso trance, por el que no me di cuenta, de que el cuerpo de Anahí ya no rozaba el mío.

—¿Y cómo se llama la mujer más bonita que hay en el pueblo? —volvió a irrumpir uno de los chicos, estrechando su mano hacia mí.

—Dulce —reaccioné por fin, correspondiendo al gesto con una sonrisa.

Pero parece ser, que un estrechamiento de manos, no era suficiente para él. Cuando quise darme cuenta, lo tenía besando mi mejilla sin permiso.

—Mucho gusto, Dulce. Yo soy Carlos.

El otro chico no decía absolutamente nada, aunque observaba a Anahí de

una forma, en la que me obligaba a mantenerle la mirada como un perro guardián, no sea que con esa cara de santo, resultara en realidad un obstáculo que en cualquier momento tenga que abatir. O dicho de otra forma; tengo ganas de darle un cogotazo para que espabile y deje de babear mientras la mira.

Dirigí mi vista un segundo hacia ella y me sorprendió encontrarla con el ceño fruncido. Lo cierto, es que la situación se había vuelto un poco extraña en apenas un momento.

—¿Quieres bailar, Dulce? —susurró el tal Carlos, consiguiendo que me percatara de la repentina cercanía que había tomado.

En cuanto abrí la boca dispuesta a responder, un sonoro "¡No!", me lo impidió, dejando las palabras al borde de mis labios.

—Es lesbiana —continuó la voz de Anahí, esta vez sí, consiguiendo que la mirara perpleja. —Y además, es mi novia.

Ella miraba al chico seriamente, y yo la miraba a ella con mis ojos y boca como platos, expresando una mezcla de sorpresa, confusión y diversión, bastante extraña. Sentí la mirada del muchacho sobre mí, durante un instante. Probablemente al ver que mi sorpresa era incluso superior a la suya, algo no le había encajado.

—Eso no me lo creo. —la retó.

Y eso fue lo peor que pudo haber hecho.

La mirada desafiante que ella le había estado dedicando todo el tiempo, se dirigió hacia mí. Y por algún motivo, cada centímetro de mi cuerpo sufrió un temblor inexplicable e incontrolable y mi corazón se aceleró de sobre manera, al verla observándome de esa forma, como si estuviera a punto de hacer algo.

Efectivamente, con toda decisión, avanzó unos centímetros hasta conseguir que nuestros cuerpos se unieran. Clavó su mirada en mis ojos, con una intensidad que me heló de pies a cabeza. Se detuvo unos segundos, dándome tiempo a reaccionar, hablar o incluso salir corriendo. Pero al ver que no fui capaz de mover ni un solo músculo, posó una de sus manos en mi cuello y se acercó despacio, tan despacio, que parecíamos estar separadas por kilómetros de distancia, en vez de por unos escasos centímetros. Su respiración golpeaba mis labios y lo único que era capaz de escuchar en todo el lugar, era el latido de mi corazón, martillando mi pecho con fuerza. Me quedé completamente

inmóvil en esa posición y ella permaneció exactamente igual. Si una de las dos abriera los labios en este momento, ambos chocarían y entonces no podría parar de besarla hasta quedarme sin aliento.

Pero ninguna de las dos se movió.

La vi cerrar los ojos y apretar fuertemente sus párpados. A continuación, se separó ligeramente y giró su rostro hacia el lugar donde estaban los chicos. Por su expresión de satisfacción, adiviné que ya se habían ido. Entonces volvió a mirarme y sonrió levemente.

—¿Ves que rápido te salvo de situaciones incómodas?

—¿Tengo que darte las gracias? —susurré sin abandonar la seriedad de mi rostro.

Ella hizo ademán de evitar mi mirada y cambiar de tema, cuando agarré su mano con decisión y la obligué a dar otra vuelta, sorprendiéndola y volviendo a comenzar un nuevo baile, que al igual que hace unos minutos, trajo risas en medio de cada paso sincronizado.

Bailamos durante minutos. Una canción tras otra. Ritmos actuales y no tan actuales, que conseguían divertir al pueblo entero. Desde los mayores, hasta los más pequeños. Sabía que se estaba divirtiendo. Podía verlo a través de sus ojos y en sus eternas y contagiosas carcajadas. Jamás la había visto reír y disfrutar tanto, como esta noche. A lo mejor también se debía al efecto de la cerveza. O quizás, ambas perdimos completa conciencia de quienes somos realmente y estamos siendo simplemente, dos chicas disfrutando la una de la otra, en una noche mágica.

Sí. Puede que nunca la haya visto reír y bailar como si el mundo se fuera a acabar esta misma noche. Pero lo más increíble y sorprendente, es que tampoco yo había sido tan feliz, como en este instante, mientras la observo, simplemente...viviendo.

De pronto, la música fue perdiendo volumen, indicándonos que había llegado el momento más esperado de la noche. Anahí se detuvo a observarme confundida porque todas las personas pararon de bailar al mismo tiempo, y se colocaron muy cerca unos de otros, mirando hacia el cielo como si algo estuviera a punto de acontecer en él. Algo que ella, parecía no saber. Le dediqué una sonrisa a su mirada confusa, que se vio apagada en cuanto ambas

dimos un pequeño brinco, asustadas por el repentino estruendo que se escuchó, tras el cual, todo el mundo comenzó a aplaudir.

Señalé hacia el ahora iluminado, cielo, para que pudiera observar la belleza que se estaba comenzando a crear. Y efectivamente, después de girarse ligeramente y dirigir su vista hacia el lugar donde los fuegos artificiales estaban siendo expuestos, sus ojos se agrandaron de sobre manera, al mismo tiempo que sus labios se abrieron sorprendidos, mientras observaba el inicio del espectáculo. Antes de que su mirada volviera a descender para buscarme, me acerqué a ella, quedando a su espalda. Desde dicha posición, coloqué mis brazos alrededor de su cintura y junté nuestros cuerpos, abrazándola desde una posición trasera. No sé qué fue exactamente, lo que me llevó a hacer eso, como tampoco sabía cuál iba a ser su reacción, hasta que giró simplemente el rostro, sabiendo que me encontraría muy cerca. Nos observamos fijamente. Bajo un cielo de luna llena, repleto de estrellas y fuegos artificiales que iluminaban su cara en medio de la oscuridad.

Todo mi cuerpo tiembla. Soy consciente de ello, y probablemente, ella también lo sea. Pero no pronunció ni una sola palabra. Simplemente me sonrió y entonces, comencé a sentir una cómoda sensación de calidez, creada por sus brazos rozando los míos, de una forma en la que me abraza...y se abraza también a sí misma. Sus manos llegan a la superficie de las mías, entrelaza nuestros dedos y se aferra fuertemente a ellas...a mí. Es como si ni siquiera un huracán, pudiera ser capaz de separarnos en este momento. Y es entonces cuando lo entiendo... Ahora todo cobra sentido. Observando sus ojos lo descubro.

Descubro lo que siento desde el primer día en que la vi. Entiendo lo que ocurre en este instante, mientras su cuerpo se cobija entre mis brazos, mientras sus ojos me miran y mi cuerpo tiembla. Ocurre, que mi corazón palpita, como nunca antes lo ha hecho... diciéndome a gritos su nombre.

Rompería nuestra distancia en este preciso instante... y la besaría.

No es la primera vez que ese deseo me invade. Ocurrió hace un momento y también hace pocos días, cuando jugaba a provocarme. Y seguramente, habrá ocurrido en alguna otra ocasión, en la que no fui capaz de reconocerlo. Pero ahora, existe una diferencia con esos momentos. Ahora, no tengo el simple deseo de besar a una chica atractiva que me está provocando. Ahora, quiero

besarla a ella, a Anahí Valente. Quiero besarla, como nadie la ha besado jamás. Con la simple y única intención, de explicarle a través de mis labios, lo que aún no soy capaz de explicar con palabras.

Sin embargo, una vez más, no lo hago.

Decido apartar mi mirada, dirigiéndola hacia el cielo para contemplar el espectáculo de fuegos artificiales. Durante varios segundos, puedo sentir sus ojos aún clavados sobre mí. Hasta que llegado el momento, se rinde. Decide darme una tregua, imitando mi posición de vista ascendente. Lejos de volverse incomoda la situación, sus manos se unen más a las mías, si aún era posible y nuestros cuerpos casi se funden el uno con el otro. Contemplamos juntas el cielo, disfrutando de las diferentes figuras que aparecen dibujadas en él; fuegos artificiales que forman palmeras, simples explosiones llenas de colorido. Algunas figuras más pequeñas, otras más grandes y estruendosas, a las que aplaudían con más efusividad. Anahí sonreía, daba pequeños brincos cuando el ruido era muy potente, se sorprendía cuando la figura era espectacular y también suspiraba, completamente emocionada, a medida que avanzaba el espectáculo.

De pronto, observamos cómo tras una explosión muy fuerte, el oscuro cielo, se llena de pequeñas estrellas que rápidamente lo iluminaron, sorprendiéndonos a todos, incluso a mí, que había visto este espectáculo en alguna ocasión. Pero esa última demostración, debía ser algo preparado especialmente para este año, pues todos los habitantes parecían igual de sorprendidos cuando comenzaron a aplaudir el final del espectáculo.

—Nunca había visto algo tan espectacular —comentó aun observando cómo los restos de esas estrellas de fuego, caían en forma de ceniza sobre algún lugar del lago.

—Acabo de descubrir que yo tampoco.

Al decir eso, giró su cuerpo sobre sí misma, quedando cara a cara y sin llegar a separarnos demasiado. Se detuvo a observarme fijamente, como si quisiera decirme algo. Miró al cielo durante unos segundos...y tras un suspiró, volvió a clavar sus ojos en mí.

—¿Sabes? Tú... —comenzó con tono de duda —No es sólo que tú hagas mis sueños realidad, Dulce. Es que tú, directamente, consigues hacerme soñar.

—confesó aparentemente emocionada —Esto es real. Ese cielo existe, estas personas existen, esta fiesta existe, tú... existes. Y haces que sea capaz de soñar, que una vida así, también existe.

La miré fijamente un instante, dejándome invadir por esas palabras que tan reales me resultan, mientras observo esos ojos cada vez más transparentes para mí.

—¿Qué te parece si seguimos soñando juntas?

Su sonrisa fue mi respuesta. Pues como siempre ha ocurrido con nosotras, hay momentos en los cuales, las palabras están de más.

La música volvió a hacer su aparición y justamente en ese instante, sentí unas ligeras gotas de agua, caer en mi cuerpo desde algún lugar, cosa que me hizo recordar automáticamente, la parte de la fiesta que debía continuar. La miré con cierta mezcla de diversión y miedo en mi rostro, una expresión que sin duda consiguió confundirla.

—¡Corre! —exclamé agarrando su mano y comenzando una huida forzosa.

—¿Qué pasa?! —gritó mientras corríamos sin parar.

—¡Acaba de comenzar la fiesta del agua! ¡Terminaremos empapadas!

—¡No mencionaste ninguna fiesta del agua!

—¡No la recordaba!

En ese momento, algo la hizo detenerse bruscamente, obligándome a hacer lo mismo. Confundida, voltéé para buscarla, encontrándola absolutamente empapada y observándose a sí misma de arriba abajo. La imagen fue tan graciosa, que tuve que controlarme para no emitir una carcajada. Así que, decidí emplear mis fuerzas en agarrar un cubo lleno de agua que había en el suelo y lanzar su contenido sobre los chicos traviesos que habían decidido comenzar la guerra. Estos ya estaban suficientemente mojados, por lo que mi ataque les hizo reír y continuar corriendo en busca de sus próximas víctimas. Era completamente imposible que alguien se salvara de acabar empapado en una fiesta como esta. Y juraría que fue ese mismo pensamiento, el motivo por el cual, segundos después sentí una lluvia de agua caer sobre mí misma.

Confundida, voltéé hacia Anahí, encontrándola con un cubo vacío entre sus manos y una gran sonrisa plasmada sobre su rostro.

—Así que, ¿te volviste en contra de tu salvadora?

—Igualdad de condiciones. —aclaró, enseñándome la lengua.

Sin decir una palabra más, comencé a perseguirla mientras huía entre carcajadas a través de la multitud, tratando de escapar.

Corrimos por toda la plaza y prácticamente por todo el pueblo, tratando de esquivar las lluvias de agua, que sin lástima alguna, caían sobre nosotras. Así que, sin darnos cuenta, nuestra lucha se convirtió en una unión, mediante la cual nos defendíamos y atacábamos a nuestros adversarios.

Transcurrió así el resto de la noche; entre risas, música, carreras, bailes. Me sorprendía realmente su aguante, cualquier otra persona con su condición física, estaría arrastrándose desde hace rato. Tampoco es que no haya tenido cuidado durante las últimas horas, he estado muy pendiente de eso y cuando la veía cansada, sugería que nos detuviéramos un momento hasta recuperar fuerzas. Pero aun así, yo estoy agotada y no deja de sorprenderme que siga en pie. Creo que ha estado tan bien esta noche, que por primera vez, ha luchado contra cualquier cosa que le pudiera impedir estarlo.

Cuando sentimos que ya no podíamos más, llegamos exhaustas hasta el lugar donde habíamos estacionado el coche unas horas antes.

—Ni siquiera puedo respirar —comentó riendo, mientras apoyaba su cuerpo en el auto.

—Creo que nunca había corrido tanto como esta noche.

—¿Viste la cara del señor cuando quedó completamente empapado? No tienes consideración con la tercera edad.

—¿Yo? —pregunté ofendida, riendo —A ver quién es la que lanzaba agua a todo el mundo y se echaba a correr como una niña traviesa, dejándome en la obligación de cubrirle las espaldas.

—Jamás en mi vida me había reído tanto. Te lo aseguro.

La miré sin decir nada, simplemente sonriendo, mientras dejaba que el oxígeno volviera a transitar con normalidad hacia mis pulmones. Me gustaría poder hacerle entender a través de esta sonrisa, lo feliz que me hace esa confesión, esa realidad.

—¿Volvemos? —le pregunté —¿O quieres más fiesta?

Ella, miro al cielo y dejó escapar un suspiro repleto de aire, de cansancio y también...de algo más.

Volvió a mirarme y sonrió, exhausta.

—Creo que por esta noche, es suficiente.

Asentí de acuerdo y correspondí a su sonrisa. Seguidamente, me incorporé, dirigiéndome hacia la puerta del copiloto para facilitarle la entrada. En cuanto la abrí, se sentó en su asiento y yo me dirigí hacia el mío, encendiendo rápidamente el motor.

—Espera... —me detuvo, consiguiendo que la mirara y la descubriera sorprendida, tratando de ocultar una risa algo "tonta", pero graciosa —¿Vas a conducir borracha?

—Solo nos hemos bebido una cerveza. —respondí alzando una de mis cejas, divertida —No estamos borrachas.

Esa confesión, pareció sorprenderle mucho porque frunció el ceño, no demasiado convencida con lo que le había dicho.

—Entonces, ¿por qué me siento así?

—¿Así cómo?

—¡Como... eufórica! —exclamó abriendo enormemente sus ojos —¡Con ganas de bailar, saltar, correr sin parar, reírme de todo! ¡Con ganas de no parar!

Esbocé una pequeña sonrisa mientras la miraba.

Una sonrisa cargada de ternura y satisfacción absoluta.

—Eso que sientes, cariño. Se llama felicidad.

Su mirada pasó a expresar confusión. Como si no fuera hasta este momento, que había entendido el significado real de esa palabra. Como si nunca se hubiera sentido de tal forma. O al menos, no lo recordaba.

Pero no dijo nada. Simplemente me devolvió la sonrisa y asintió ligeramente, volviendo su mirada al frente, sin cuestionarse absolutamente nada más. Así, con esa perfecta imagen en mi retina, pisé el acelerador, tomando el camino que nos llevaría de vuelta a casa.

Nos demoramos apenas unos minutos en llegar y abrimos la puerta entre

risas que pretendían ser silenciosas para no despertar a White. Aunque en cuanto encendimos la luz de la sala, el cachorro nos esperaba sentado sobre sus patas traseras, con la cabeza ligeramente ladeada, cosa que nos hizo reír aún más y a él le sirvió para acercarse contento y girar a nuestro alrededor, queriendo ser acariciado.

—¿Nos extrañaste? —le preguntó Anahí mientras se ponía de cuclillas y permitía que White dejara lametones por su cara. —Estoy empapada —me dijo volviendo a ponerse en pie y abriendo los brazos para que la observara de arriba abajo.

—Ven, —agarré su mano y la dirigí hacia el cuarto —En el estante tienes toallas y un secador de pelo. Será mejor que le quites un poco la humedad, porque si te acuestas así, mañana amanecerás con una pulmonía.

—Probablemente —me sonrió de acuerdo —¿Pero qué me pongo para dormir? Dejaste toda mi ropa en el coche.

Abrí el armario y extraje de él una gran camiseta de publicidad, que probablemente pudiera utilizar como vestido debido a su tamaño, y un pantalón corto.

—¿Te sirve esto?

Recibió la prendas y se detuvo a observarlas con detenimiento, dándose cuenta de lo que yo misma anticipé.

—Es imposible que esta camiseta sea tuya. La puedo utilizar como vestido.

—Tengo varias así —sonreí al ver como la colocaba sobre su cuerpo y efectivamente, casi llegaba hasta sus rodillas —Las suelo usar para dormir en noches muy calurosas. Son muy cómodas. Pero si quieres busco otra cosa o puedo ir al coche para traer tu ropa. .

—No, no. No es necesario —me ofreció una sonrisa —Así está perfecto.

Sin más, se dirigió al cuarto de baño para cambiarse, mientras yo permanecí buscando algo que ponerme para dormir. Encontré un pantalón corto de rayas azules y una pequeña camisa de tirantes a juego. Creo que es el único pijama a juego que me queda. Tengo la extraña manía de utilizar siempre prendas que pertenecen a diferente conjunto.

A continuación, extraje del armario una manta, una almohada y volví a la

sala para comenzar a preparar una cama improvisada. Quité algunos cojines y estiré la manta como pude.

—¿Qué estás haciendo?

Su inesperada voz desde atrás, me hizo voltear rápidamente dispuesta a responder, pero algo impidió que las palabras salieran de mis labios. Podía esperar cualquier cosa, excepto que con esa apariencia tan sencilla... me fuera a resultar tan hermosa.

El pequeño short, deja a la vista sus cortas pero delineadas piernas. Y la camisa, que pretendía parecer un vestido, ahora se encuentra anudada a un lado de cintura, permitiendo que unos centímetros de su abdomen, queden sin querer a la vista. Además, su cabello continúa algo húmedo y cae sobre sus hombros, demostrando que acababa de ser peinado y desenredado.

—Dul... —susurró, queriendo hacerme despertar.

Dejé de hacerle una radiografía y la miré a los ojos. Estaba sonriendo divertida.

—¡Oh! sí... —reaccioné por fin —Este... Estoy preparando el sofá, para dormir yo en él. Sólo hay una habitación y por lo tanto, una cama.

Me encogí de hombros, para quitarle importancia al asunto y tratar de ocultar el nerviosismo que me provocó su aparición, pero sin decir nada, se acercó lentamente, agarró mi mano y consiguió que nos miráramos fijamente durante unos segundos.

Sonrió. Y con esa sonrisa, comenzó a dirigirme de vuelta al dormitorio, mientras yo no era capaz de hacer otra cosa, más que dejarme llevar.

Una vez llegamos junto a la cama, apartó las sábanas y se acostó. Habiendo dejado el hueco justo y necesario para que yo lo ocupara, tiró de mi mano, que en ningún momento había soltado, indicándome que me acostara al otro lado. No hizo falta una segunda petición para que mi cuerpo reaccionara. Ni siquiera lo dudé. Me introduje en la cama, junto a ella.

Ambas quedamos de perfil, con nuestros rostros sobre una misma almohada, mirándonos de frente, tan fijamente como si estuviéramos hablando en silencio. En el pequeño hueco que había entre ambas, dejé mi brazo izquierdo

descansar, con la palma de la mano extendida hacia arriba. Ella, no tardó absolutamente nada, en cubrirla con la suya propia. Y como si ambas lo deseáramos de igual manera, entrelazamos nuestros dedos con tanta intensidad, como la que expresan nuestros ojos.

—Gracias por esta noche mágica. —susurró con un hilo de voz, casi dejándose vencer por el sueño.

—Mañana nos espera más magia.

Con una sonrisa de satisfacción, permitió por fin que sus ojos se cerraran, dejando en el aire, un suspiro de cansancio que me hizo sonreír a mí también.

—Buenas noches, Dul.

—Buenas noches, Any. Que descanses.

Y así, el sueño llegó a ella en cuestión de segundos.

Segundos en los que permanecí observándola, hasta que mis ojos tampoco pudieron resistir más la tentación de cerrarse y permitir que de esta forma, con nuestros rostros frente a frente, nuestras respiraciones casi golpeando una con la otra y nuestras manos unidas, Morfeo llegara hasta nosotras, sumiéndonos en un sueño tan profundo, que nos permitiría descansar, para mañana poder afrontar un nuevo y mágico día.

XVI

No soy capaz de recordar la última vez que dormí tan profundamente. Estoy dispuesta a asegurar, que no he conseguido tal cosa desde que trabajo en La Cascada. Pero tenerla a ella a mi lado, sentir su mano entrelazada con la mía, escuchar en la lejanía, el sonido de su respiración pausada, me proporcionó la seguridad necesaria para ser capaz de descansar toda la noche, sin tener ni una sola de esas pesadillas que ya se habían convertido en costumbre. Todo resultó ser paz y tranquilidad. La misma paz que sentí en el momento de abrir los ojos y encontrarme de frente con su rostro dormido. Algo que me hizo sonreír en el acto. Ninguna de las dos había cambiado de posición durante el sueño. Permanecimos todo el tiempo así, una frente a la otra, con nuestros dedos entrelazados, disfrutando de la calma. Que su rostro sea lo primero que veo al despertar, es probablemente la sensación más hermosa que jamás he sentido. Y perfectamente podría acostumbrarme a ella cada mañana. Es más, en el momento en el que abrí los ojos y descubrí una media sonrisa dibujada en sus labios, aún dormida, deseé con todo mi corazón, despertar así, cada día del resto de mi vida.

Fue imposible no preguntarme al instante, qué estaría soñando para hacerla sonreír de esa forma. Me lo pregunté durante varios minutos, hasta que me di cuenta, de que no iba a averiguarlo, por mucho que la observara mientras dormía. Cosa que me hizo abandonar la cama antes de que despertara y pudiera sentirse incomoda. No obstante, antes de irme, dejé un cálido beso sobre su frente y después de preparar café, haciendo el menor ruido posible, vine hasta aquí, donde llevo aproximadamente una hora contemplando el lago bajo mis pies, sentada sobre la madera, con White echado junto a mí, mientras acaricio su pequeña cabeza y la cafetera al otro lado, lista para llenar la taza sin tener que levantarme.

Corre una ligera brisa, que convierte en perfecta la incidencia del sol mañanero. El sonido de este lugar, siempre ha sido una de las cosas que más me ha gustado de esta casa. No importa la hora que sea, lo único que se escucha es el canto de los pájaros y el vaivén de un agua tan tranquila, como inmensa. Un sorbo de café, resulta más que perfecto en una situación como

esta. En un paisaje como este. Respiro hondo, sintiendo como el oxígeno abarca todo mi interior, mezclándose en algún lugar con el aroma de mi café. Es imposible que una persona no se sienta enamorada de este lugar, de este paisaje, de esta paz y de esta sensación.

—Es extraño que despiertes tan temprano, habiéndonos acostado tan tarde.

El sonido de su voz, hizo que mi corazón tranquilo hasta el momento, adoptara un ritmo acelerado, que sin querer, me hizo sonreír al tiempo que volteaba para mirarla.

La encontré en el umbral de la puerta, observándome con cierto atisbo de intriga y empezando a acercarse, mientras White, incorporaba su cabeza y comenzaba a mover el rabo dispuesto a recibirla con alegría.

—Buenos días —saludé sonriendo.

—Buenos días —me devolvió la sonrisa y se sentó junto a nosotros, acariciando al cachorro con dulzura. —¿Dormiste mal anoche?

—No había dormido tan bien, desde hace meses, créeme.

—Entonces es que te gusta salir aquí temprano y disfrutar de la calma mañanera.

—Va a resultar que me conoces más de lo que creía.

—Y seguramente más de lo que yo también creía —sonrió.

La observé fijamente, tratando de averiguar algún significado a aquellas palabras, mientras ella continuaba acariciando a White de una forma muy tierna.

—¿Qué tal dormiste? —le pregunté captando su mirada.

—Te confieso, que también hace mucho tiempo que no dormía tan... —suspiró, observando a la lejanía un instante, antes de volver su mirada hacia mí —...en calma.

—Entonces debo alegrarme.

Ella asintió, con una media sonrisa algo tímida y continuó acariciando a White durante unos segundos, en los que su mirada permanecía contemplando al cachorro.

—¿Café? —pregunté.

En cuanto volvió a alzar la vista, se encontró con la taza llena y lista para ella. La aceptó, dedicándome otra sonrisa y antes de beber, volvió a hablar.

—¿Qué planes tenemos para hoy?

—Uhm... Yo no suelo hacer planes. Y mucho menos cuando vengo aquí. Lo que deba suceder, sucede. Pero si te apetece hacer algo en especial...

—Oh, ya claro —interrumpió mirándome con ironía —Porque nada de lo de ayer, lo tenías preparado.

—¿Qué te hace pensar que sí?

Se encogió de hombros antes de responder.

—Todo fue demasiado...mágico.

—Planeé traerte aquí y quise llevarte al pueblo para que te contagiaras un poco del ambiente de este lugar. Pero toda esa magia que se creó después... fue obra del universo. —le dije con misterio, guiñándole un ojo. —Y lo que había pensado para hoy, es pasar el día en la casa, me gustaría enseñarte algunas cosas. Si te parece bien, claro.

—Creo que todo lo que me propongas, me parecerá bien.

—Solo para que lo tengas en cuenta en un futuro; —comencé a advertir frunciendo el ceño y sonriendo —Decirle ese tipo de cosas a una lesbiana, puede resultarte algo peligroso.

—¿Ah sí? —preguntó abriendo los ojos, exagerando su sorpresa —¿Y qué me vas a hacer?

—Por el momento, voy a darme un baño —informé levantándome —Es lo mejor para despertarse.

—Eso, eso, —se quejó mientras dejaba la taza en el suelo y solicitaba mi mano para también levantarse —Tú cambia de tema y huye como una cobarde.

—Yo no he cambiado de tema. Y mucho menos voy a huir como una cobarde. —le sonreí con picardía —Preguntaste qué iba a hacerte y dije que iba a bañarme, pero resulta...

Sin terminar de hablar, abracé su cintura, ejerciendo la fuerza suficiente y necesaria para alzar ligeramente su cuerpo y dirigirlo lo más cerca posible del borde de la pasarela, donde con un simple: "¡Que tú te vienes conmigo!",

ambas caímos al agua, dejando el sonido del chapoteo como respuesta, en lugar de su protesta.

A los pocos segundos la observé emerger, justo después de mí y me preparé para cualquier reacción que pudiera tener. Mientras tanto, White ladraba emocionado desde la madera, corriendo de un lado a otro, advirtiéndome que en cualquier momento, también él, saltaría.

—¡Estás loca! —exclamó mientras movía los brazos bajo el agua para mantenerse a flote —¿Qué pasa si no hubiera sabido nadar?

—Para eso estoy yo aquí. Para rescatarte.

Mi sonrisa burlona parecía no ser lo más ideal para mantenerla tranquila. Frunció el ceño y comenzó a acercarse peligrosamente, con el misterio de un tiburón.

—Te vas a enterar... —amenazó.

—¿Qué me vas a hacer?

—Pienso ahogarte, hasta que me pidas perdón por haberme lanzado al agua con ropa incluida.

—Míralo por el lado positivo; la cara de dormida que tenías, desapareció al instante.

—¿Encima te ríes de mí? —susurró estando ya a unos centímetros de mi rostro. —Que descaró el tuyo.

Yo movía los brazos bajo el agua, tratando también de mantenerme a flote, cuando ella, al llegar frente a mí, depositó ambas manos sobre mis hombros. Con una sutileza y misterio, que me hacían temerla incluso más. Se puede decir que su cercanía, así como su mirada tan fija, consiguieron que no hiciera ningún intento de huir, nadar en sentido contrario, o cualquier otra cosa que significara alejarme de ella. Que idiota. Algo me impedía apartar mis ojos de los suyos, mientras el ladrido de White se escuchaba cada vez más en la lejanía. Estaba alerta, nerviosa, por si de pronto se le ocurría hundirme bajo el agua, pero al mismo tiempo, siento que podría hacer conmigo lo que se le antojara en este momento, y no sería capaz de mover ni un solo músculo. Es en estos instantes, cuando siento que el mundo se detiene por completo. Cuando el resto de sonidos, pierden volumen y sentido paulatinamente. ¿Cómo es

posible que exista una sensación así? ¿Cómo puede ser, que el simple encuentro de dos miradas, consiga parar el tiempo?

Pero de pronto, todo regresó cuando sentimos que algo muy pesado caía justamente a nuestro lado, haciendo que el agua, en su ascenso, nos golpeará la cara. Ni siquiera me dio tiempo a comprobar que mi perro había decidido saltar, uniéndose a nosotras, cuando sentí esas manos ejercer presión sobre mis hombros, consiguiendo hundirme bajo el agua.

Pocos segundos después, emergí, encontrándola alejada unos metros, con una sonrisa de triunfo bastante irritante dibujada en su rostro.

La miré lo más amenazante que pude. O por lo menos lo intenté.

—Eso se llama traición.

—Eso se llama venganza.

White, movía feliz sus patas delanteras para poder desplazarse por el agua como un auténtico nadador. Llegó hasta mi lado y zarandé un poco su pelo blanco completamente empapado.

—Parece que le gusta la venganza —le dije al cachorro. —¿Le damos venganza?

—No te tengo miedo —replicó ella desde su posición. —Y ya deberíamos estar en paz.

—¿Me suplicas paz?

—¿Quién ha dicho eso?

Tras su pregunta, me mostró la lengua como una niña traviesa y retadora. Eso me bastó para aspirar el mayor oxígeno que pude y hundirme bajo el agua rápidamente. No sé cuál de las dos es más orgullosa, pero desde luego, me encanta picarla y que sea tan terriblemente cabezota.

Buceé muy rápido hasta llegar a su lado, tan rápido que no había sido capaz ni de alejarse. Seguramente aún se estaba preguntando qué pretendía. Así que, con la misma rapidez, agarré su cintura bajo el agua, y la atraje hasta mí, sumergiéndola al instante. Pero no me alejé, permanecí en el mismo lugar, dejando que su cuerpo llegara a mi altura, quedando prácticamente abrazadas.

Me hubiera vuelto a perder en sus ojos, de no ser porque la falta de oxígeno

impidió esta vez, que el tiempo se detuviera más de lo debido. Así que, agarrando su mano, nos hice emerger y entre risas, ambas comenzamos a jugar, chapoteándonos agua, hundiéndonos la una a la otra por momentos, como dos niñas pequeñas en una piscina, mientras White nadaba alrededor de nosotras, participando en el juego.

Minutos más tarde, o quizás transcurrió algo más que simples minutos, nos encontramos recostadas boca arriba sobre la pasarela. Completamente exhaustas. Aun riendo y tratando de respirar entre bocanadas de aire.

Nuestros cuerpos están posicionados en sentido contrario, de forma que sus pies apuntan hacia la casa y los míos hacia los árboles, pero nuestros rostros, se encuentran uno al lado del otro. Ambas observamos el cielo completamente despejado, con la única imagen del sol alumbrando con intensidad y algún que otro pájaro, volando rumbo hacia la arboleda..

—No tienes compasión. —me acusó con su respiración entrecortada.

—No te hagas la inocente, que acabo de tragar litros de agua por tu culpa.

—¿Perdona? ¿Quién lanzo a quién primero?

Rápidamente me di la vuelta, apoyando los codos en la madera y quedando con mi cara justo encima de la suya. Al verla desde esta perspectiva, sentí un incontrolable impulso que me llevó a agarrar sus mejillas, comenzando a dejar numerosos y sonoros besos por todo su rostro.

—¿Vas a dejar de quejarte ya? —pregunté, mientras esa risa contagiosa volvía a apoderarse de ella —¿O quieres que te haga cosquillas?

—¡No! —exclamó —¡Cosquillas no!

De pronto, alzó sus manos y detuvo en seco el movimiento continuado de mis besos, para obligarme a mirarla a los ojos, haciéndome descubrir una carita de fingida inocencia, en la que hasta miedo parecía tener. Traté por todos los medios de resistirme. Pero me resulta prácticamente imposible no sonreír con ironía, al tiempo que doy de cabeza.

—Haces chantaje emocional con la mirada, ¿lo sabías?

—Solo funciona contigo.

—Genial... —suspiré frunciendo el ceño —encima recuérdame, que soy la única idiota que se deja chantajear por tu fingida inocencia.

—No es idiota. —me sonrió —Es adorable. Y tampoco es una "fingida inocencia". Un ataque de cosquillas ahora, se llevaría toda mi energía, y no sería justo eso de no estar en igualdad de condiciones.

—Uhm... ¡Tienes razón! —acepté acercándome a su nariz y dejando un pequeño beso en ella antes de levantarme —Eso de la energía hay que solucionarlo.

—¿A dónde vas?

—A buscar unas cosas, enseguida vuelvo.

Sin decir más, me adentré en la casa, dejándola a ella tranquilamente recostada y con White haciéndole compañía.

Llegué hasta la cocina, sin tener demasiada idea de lo que podía preparar para comer. Sé perfectamente que aún debo tener demasiado cuidado con eso y que de la noche a la mañana no va a aceptar comerse un solomillo. Necesito preparar algo ligero, sabroso y que sea fácil de ingerir. Además, si todo sale como espero, la cena de esta noche, será la mejor que haya disfrutado en su vida. Así que el almuerzo de hoy, no será más que un intento de distraer al estómago y recuperar un poco las energías perdidas durante la noche anterior y esta mañana.

Al abrir la nevera, me doy cuenta de que compré comida para casi un ejército entero. Pero lo que más me llama la atención, es la cantidad de diferentes frutas que recolecté. Así que la mejor opción, me parece que es preparar una fresca y ligera ensalada con frutas. Si la de ayer le gustó, esta le va a encantar.

Minutos más tarde, justo cuando había terminado y me disponía a salir, sentí los pasos de White, que se adentraba en la casa y corría directo hacia el recipiente de su comida, engulléndola como si llevara días sin ser alimentado.

—Glotón —le dije siendo completamente ignorada.

Cuando único me ignora, es cuando come. Cosa que me ha llevado a la conclusión de que su alimento, es bastante más interesante que yo.

Asegurándome de llevar el resto de utensilios necesarios, volví al exterior, donde encontré a Anahí en la misma posición que yo estaba unas horas antes; sentada en la pasarela, con sus pies colgando sobre el agua y observando la

inmensidad del lago. El crujir de la madera a mi paso, hizo que saliera de sus pensamientos, volteando para mirarme.

—Estaba comenzando a pensar, que decidiste huir por la ventana trasera.

—No creo que nadando hubiera llegado demasiado lejos. —le sonreí aproximándome —Y menos aún, para alejarme de ti. Pero veo que decidiste disfrutar un poco de la paz de este lugar.

—Es muy relajante, además de hermoso. Ya entiendo por qué te gusta tanto.

Asentí, mientras me arrodillaba a su lado, colocando cuidadosamente en la madera, la bandeja en la que traía la comida y el resto de cosas.

—¿Por qué no me avisaste para ayudarte a preparar el almuerzo? Creía que sólo habías entrado para buscar algo.

—Porque esto ni siquiera es un almuerzo. Sólo es una ensalada de frutas y algún acompañamiento para que recuperemos un poco la energía. Si todo sale bien, esta noche disfrutaremos de una deliciosa cena en la que sí necesitaré tu ayuda.

—Te preguntaría qué estás tramando, pero creo que le estoy cogiendo gusto a eso de que me sorprendas.

—¡Muy bien! —sonreí satisfecha, —¡Así me gusta! Además, lo descubrirás en cinco minutos.

Volví a ponerme en pie, observando como sus ojos y su boca se abrieron enormemente, fingiendo una sorpresa exagerada.

—¿Me abandonas de nuevo?

—Te prometo que no me voy a escapar nadando. —le guiñé un ojo —Por cierto, ¿Te gusta la carne o el pescado?

Ella alzó una ceja divertida y permaneció observándome en completo silencio, hasta que yo misma me di cuenta del sentido en el que pudo interpretar mi pregunta. Cosa que me sonrojó en el acto.

—No entiendo por qué formulé así la pregunta —murmuré regañándome a mí misma —Quiero decir... ¿que si te gusta el pescado? —ella sonrió aún más, no ayudando en absoluto —El pescado de comer. O sea, el que nada, ya sabes...

aletas, mar, peces... ¡Any! —exclamé desesperada —Deja de liarme.

—¡Yo?! —se río descaradamente —Fuiste tú solita la que se puso nerviosa. No tengo la culpa de que tu subconsciente te haya traicionado de una forma tan cruel. Y en cuanto a tu pregunta; no estoy segura... Hace muchos años que no como pescado, de ese que tiene aletas y nada —dijo en tono burlón —Así que, supongo que dependiendo de la forma en la que esté preparado.

—¡Entonces perfecto! ¡Enseguida vuelvo!

Justo en el momento en el que iba a cruzar la puerta, White salía feliz, moviendo su rabo en cuanto nos encontramos. Me incliné ligeramente para zarandear su pelo, que aún permanecía algo húmedo.

—¿Ya comió el señorito?

Se lamió su propio hocico como respuesta, mientras yo le apretujé la cara con cariño, justo antes de liberarlo para que volviera junto a ella.

—Vigila que no se coma nuestra comida —fue lo último que dije, en tono semi amenazante y con un dedo acusador, apuntando al pequeño que parecía ir directo a la ensalada.

Ella rio y lo agarró antes de que se pusiera a husmear, permitiéndome así, continuar con lo que pretendía ir a buscar.

Subí a la buhardilla rápidamente y en apenas unos minutos, estaba de vuelta con todo lo necesario. Esta vez, su expresión al verme aparecer, indicaba una mezcla entre sorpresa, confusión e incluso algo de emoción.

—¿Vas a pescar?

Era un hecho bastante obvio, ya que acabo de llegar con dos cañas y un cubo repleto de artículos de pesca.

—Vamos, a pescar —Recalqué.

—¿Yo? No he pescado en mi vida, Dul.

—Y yo no lo hago desde hace años. Así que, vamos a tener que aprender, si queremos conseguir nuestra cena.

—Oh... Estilo "Náufrago".

—Algo así. Pero nosotras tenemos cañas de pescar, anzuelos, cebo... Por lo que, teóricamente, debería resultarnos más fácil.

—¡Vamos, pues! —exclamó poniéndose en pie —¡Ilústrame con tu sabiduría! Aunque no lo creas, estoy hasta emocionada —rio —Nunca he pescado.

—Ya sé que tus quejas, no son más que fallidos intentos para hacerte la dura. Sabes que en el fondo, todo esto te encanta.

—Lo bueno es que no me hace falta decirlo para que tú lo sepas —me guiñó un ojo —¿En qué te ayudo?

—¿Puedes colocar esta caña en ese soporte? Como mismo estoy haciendo yo.

—¿Por qué esta es más pequeña?

—Porque esa era la mía. Y esta —señalando la que yo sostengo —Pertenece a mi abuelo. Los domingos eran nuestros días de pesca. Solíamos colocarlas en los soportes y sentarnos a hablar toda la tarde, mientras los peces comenzaban a llegar.

—¿Y no te aburrías de esperar?

—Al principio sí. Pero mi abuelo siempre tenía alguna historia interesante que contar. Ese hombre vivió tantas aventuras, a pesar de estar siempre en este pueblo tan pequeño, que podría haber escrito una saga de libros.

—Lo admirabas ¿No es cierto?

—Tanto al uno, como a la otra —confirmé con una sonrisa —No les hacía falta nada más que estar juntos, para ser felices. Y eso lo contagiaban al mundo. Estoy segura, que de ahí viene esa idealización que tengo del amor.

—Bueno, es que así debería ser siempre.

—Completamente de acuerdo.

Mientras hablábamos, ambas habíamos conseguido colocar perfectamente los artilugios en su lugar correspondiente. Bien sujetos, para que si algún pez llegaba a morder el anzuelo, no se llevara las cañas en su intento de huida.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora colocamos un poco de cebo en el anzuelo, y desenrollamos el nailon, hasta que la pequeña bolla flote en el agua.

—¿Y no va a flotar también el anzuelo?

—¿Ves esa cosa gris que tiene en el extremo? —le pregunté, observando como la buscaba y asentía —Es plomo. Con ello conseguimos que se hunda la parte que queremos, y la bolla, que se quedará flotando, será la encargada de avisarnos cuando un pez muerda. Así que cuando se empieza a mover de forma sospechosa, tenemos que esperar unos segundos, hasta que se hunda por completo. Entonces la sacamos con fuerza, y si no es más inteligente que nosotras, habremos pescado nuestra cena.

—¡Qué emoción! —exclamó con los ojos brillantes, mientras dejábamos caer el nilón sobre el agua. —¿Así? ¿Ya está? ¿Ahora a esperar?

—Bueno, si no hacemos nada más, podremos estar esperando días a que lleguen los peces. —sonreí ante su inocencia —Tenemos que lanzar pan, para así atraerlos más rápido.

Así fue, adquirimos pequeños pedazos de miga de pan, que previamente traje en el interior de aquel cubo y lanzamos algunos al agua.

—Ahora sí —me senté a los pies de la caña de mi abuelo, indicándole que hiciera lo mismo —A esperar.

En cuanto estuvo a mi lado, atrapé un poco de fruta con el tenedor y lo llevé a sus labios.

—Me tratas como a una niña de tres años —espetó recibiendo el alimento.

—Si fuera así, no estarías aquí.

—En eso te doy la razón —sonrió —Entonces digamos que eres sorprendentemente atenta.

—¿Sorprendentemente? ¿A caso no me he comportado así desde el primer momento?

—Sí. Y siempre me va a sorprender. —esta vez fue ella, quien llevó un poco de fruta hacia mis labios, que rápidamente fueron bien recibidos.—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Uh... Siempre que alguien dice eso, me tiemblan las piernas —le sonreí —Adelante, ¿Qué quieres saber?

—Se te iluminan los ojos cada vez que hablas de tus abuelos. Sin embargo, son pocas las veces que has mencionado a tus padres. ¿Ocurre algo con ellos?

Esa pregunta me pilló completamente desprevenida y pensar la respuesta me obligó a dejar escapar un suspiro, pero no abandoné la sonrisa.

—Supongo que nada que no ocurra en cualquier familia. Mis padres y mis abuelos eran personas muy diferentes. Siempre me identifiqué más con los últimos. Ellos, simplemente me aceptaban tal y como soy, sin esperar que fuera otra persona.

—¿Tus padres no?

—Mi madre, no —corregí —Es una mujer... digamos, algo...especial. Y siempre he sentido que somos completamente incompatibles. A día de hoy, sigue esperando que sea alguien que no soy.

Ella asintió, pareciendo entender perfectamente lo que quería decir.

—¿Y qué hay de tu padre?

—Mi padre, es el pacífico de la familia —le volví a sonreír —Siempre trata de entender ambas partes. Pero nunca se posiciona. Quizás eso es lo que siempre necesité; que se posicionara en algún momento. No obstante, lo adoro. Igual que a mi hermano, aunque no los veo demasiado. Cada vez que voy a esa casa, siento que tengo que estar continuamente a la defensiva, ¿entiendes? Siempre alerta, para no ser atacada por los comentarios fuera de lugar de mi madre.

—Ella no acepta tu condición sexual, ¿verdad?

—Verás, realmente, nunca le di la opción de aceptarlo o no. Quizás ese haya sido mi fallo. Estaba tan acostumbrada a que no aceptara nada de lo que yo era, de lo que me gustaba, que un día solté la bomba sin más, sin detenerme a buscar una forma con algo más de tacto. A día de hoy, sigue soñando con la idea de que una mañana, apareceré del brazo de un hombre guapo e importante, anunciándole que me voy a casar y que mi homosexualidad no fue más que parte de una rebeldía adolescente.

—¿Y eso te duele?

—Yo sé que cuando nacemos, nadie les entrega un manual de cómo ser padres. Pero supongo que siempre necesité simplemente, sentirme comprendida y no juzgada todo el tiempo. Obligándome a crear una coraza para defenderme de mi propia madre. Me dolió, sí. Durante muchos años. Y

aunque ya no me afecte, sigo teniendo la esperanza de que un día, cuando me vea enamorada de la mujer de mi vida, al menos sienta felicidad por mí.

Sonreí, tratando de no demostrarle lo ilusa que realmente me siento con ese pensamiento.

—¿Sabes algo que siempre he pensado de ti? —me preguntó.

—¿Qué cosa?

—Es muy extraño. Pero creo que si te hubiera conocido en otra situación, sin esa bata blanca, y hubiera visto todo esto de ti, jamás me habría imaginado que fueras psicóloga.

—Es que no soy psicóloga. Y no me refiero a que aun no me haya graduado. Quiero decir que, aunque haya estudiado esa carrera, creo que una persona no se define sólo por lo que estudia. Somos exactamente lo que queremos ser, aunque no nos dediquemos a ello de forma profesional. Si algo nos debe definir, son nuestras pasiones, nuestros sueños. Y si algo realmente me apasiona desde que tengo uso de razón, es el arte y la fotografía. Aunque no me gane la vida con ello.

—Tienes una forma muy esperanzadora de ver la vida.

Suspiró mirando hacia el horizonte.

—¿Por qué no iba a tenerla?

—¿Y por qué sí? —contraatacó, volviendo a mirarme —¿Qué le ves de hermoso a este mundo, donde la corrupción supera a la honestidad cada día? ¿Dónde hay miles de niños pasando hambre? Enfermedades, soledad, vacío. ¿Qué te hace mantener la esperanza?

—Tienes razón. Todo eso es una realidad. Pero el amor también lo es. Eso, es lo que mantiene viva la esperanza; los sueños... el ser humano. Todavía existen personas buenas, que no se dejan corromper. Mira esto —indiqué abriendo mis brazos —¿Eres capaz de decirme, que no has conseguido verle algo bueno a la vida, desde que estamos aquí?

—Si, lo he visto. Pero este no es el mundo real, Dulce. Esto, todo, simplemente es como sueño.

—Esto es real, Any. Tan real como tú quieras que sea. Es tan real, como la persona que ahora mismo tienes enfrente. Ese juego que hicimos de convertir

este pueblo en una especie de burbuja donde somos simplemente quien queremos ser, no es más que eso, un juego. Una forma de demostrarte, que sólo tienes que creer, para que todo sea posible. La vida es una lucha constante. No importa la gravedad, ni el tamaño de tus problemas. Todos los seres humanos, nacemos luchando... Luchando por salir del vientre materno cuando llega nuestra hora. Y también debemos crecer luchando, afrontando cada día como una nueva aventura, una nueva oportunidad de cambiar aquello que no está bien. Es muy difícil. Existen días y épocas en las que, todos perdemos la fuerza y dejamos de encontrarle sentido a nuestro alrededor. Creemos estar solos... ¿Pero sabes qué es lo curioso? —le pregunté, viéndola observarme expectante —Que seguramente en otra parte del mundo, haya alguien que se sienta igual de solo, igual de abatido y sin esperanza. Y en otro lugar, habrá una persona luchando con uñas y dientes por conseguir un cambio. Rescatando a un animal abandonado, adoptando a un niño que no tiene familia, luchando por salvar la vida de alguien. Eso también es el mundo real. Ese es el mundo en el que yo creo.

—Joder, Dulce... —se quejó —¿Por qué eres así? ¿Por qué haces que todo resulte más fácil? Me haces replantearme todo de la noche a la mañana. Y no lo entiendo... Te juro que no lo entiendo.

—¿Replantearte qué, Any? Dime, ¿qué fue lo que te llevó a este punto? ¿Qué te hizo perder la esperanza?

—¡Todo! —exclamó riendo con ironía —La pregunta quizás deberías formularla así: ¿Qué te quedaba, para mantener la esperanza? Y entonces sí, mi respuesta sería: Nada... Absolutamente nada.

—¿En qué momento empezaste a sentir eso?

Ella no respondió. Simplemente bajó la mirada hacia la profundidad del lago y suspiró. Entonces sentí la imperiosa necesidad de agarrar su mano y permanecer en silencio, hasta que decidiera volver a mirarme. Esos segundos, fueron los necesarios para prepararse. Quizás había llegado el momento de recordar cosas que llevaban guardadas durante mucho tiempo.

Y así lo hizo, levantó su mirada y provocó que nuestros ojos se encontraran.

—Tal vez llegó el momento —le susurré —Es hora de que saques todo lo que llevas dentro. Lo necesitas. Necesitas desahogarte para poder seguir adelante.

—Llevo muchos años encerrada en mi misma, Dulce. No sé cómo hablar, no sé cómo explicar algo que ni siquiera yo entiendo.

—No hace falta que expliques nada. Sólo tienes que lanzar a este lago, todo eso que llevas dentro y que en algún momento llegó para llevarse tu esperanza, arrebatándote la sonrisa. Cuando lo hagas, el peso que ahora mismo hay en tus hombros, se sentirá mucho más ligero. —llevé mi mano libre a su mejilla, acariciándola con dulzura mientras nos mirábamos —Puedes hacerlo. No te vas a hundir, porque yo estoy aquí para sostenerte. Te lo prometo.

Ella, entrelazó nuestros dedos y ambas apretamos fuertemente. Con tanta intensidad, que incluso llegué a sentir cortarse el paso de mi circulación. Pero eso ya no me importaba.

Se crearon unos segundos de silencio, en los que continuaba mirándome, justo antes de lanzar un suspiro al aire y desviar su mirada hacia la lejanía.

—Mi madre murió cuando yo tenía cinco años —comenzó, provocándome un golpe en el corazón al conocer ese nuevo dato —Los dos se dirigían hacia nuestra casa, cuando un conductor borracho se interpuso en su camino sin que mi padre pudiera evitarlo. Y aunque fue el cuerpo de ella, el que murió horas más tarde, el que hasta ese momento había sido mi padre, también falleció en aquella carretera. Al menos, los vagos recuerdos que guardo de padre amoroso y atento. Nunca superó haberla perdido y yo... le recordaba demasiado a ella. Supongo que no puedo culparlo.

—Tampoco tú, tuviste la culpa.

—Pues por extraño que te pueda parecer, siempre lo he sentido así. —confesó —Y por algún motivo, creo que él también. De todas formas, era demasiado pequeña como para tener conciencia de lo que había ocurrido. Crecí con el pensamiento de que mamá se había ido al cielo y papá estaba tan ocupado con su trabajo, que ya no tenía tiempo para ser cariñoso conmigo. Ni siquiera para llevarme al parque o a mis primeros días de colegio. Así que, prácticamente me crio mi abuela materna. La mujer más amorosa que he conocido en este mundo, —podía ver el brillo de sus ojos al mencionarla, aunque estuviera de perfil —mi protectora. Con ella no me faltaba de nada. Fue quien me enseñó a descubrir cuánto me llenaba la música. Solíamos pasar horas y horas tocando el piano, componiendo sinfonías. Siempre se encargó de completar ese vacío, que la pérdida de mis padres había dejado. Aunque no

siempre lo conseguía —bajó la mirada con tristeza —Era una niña. Extrañaba a mis padres. Pero cuando él llegaba de alguno de sus viajes, mi abuela hacía todo lo posible para que no me entristeciera por su indiferencia. —la observé apretar su mandíbula con fuerza —Al poco tiempo de cumplir 17 años, enfermó. Y un año después, también a ella la perdí. Fue entonces cuando sentí que ya no me quedaba nada, pero aun así seguí adelante. No quería aceptarlo, quería ser fuerte y seguir. Entre en la universidad y sin embargo, comencé a perderme sin darme cuenta. Descubrí que no sabía afrontar el mundo yo sola. Y créeme que lo intenté, Dulce. Por todos los medios, traté de sacar adelante mi carrera y lo hice. Pero estudié Administración y Dirección de Empresas, simplemente porque quería recuperar el afecto de mi padre. Quería demostrarle que era capaz y hacer que se sintiera orgulloso de que siguiera sus pasos. Y él, lo único que hacía era ingresar en mi cuenta una cantidad considerable de dinero cada mes, para que pagara la universidad y para que hiciera lo que me diera la gana con el resto. Podría haberme drogado y emborrachado cada fin de semana con esas sumas, y él no se hubiera dado ni cuenta.

—Pero no lo hiciste.

—No. No lo hice. Ni siquiera tocaba a penas su dinero. Sólo pagaba la universidad y el resto de gastos los costeaba con lo poco que me pagaban haciendo prácticas en su empresa.

—¿Y qué pasó luego?

—Al terminar los estudios, comencé a trabajar en la empresa de la familia. Estábamos más cerca, relativamente hablando, porque entonces empecé a darme cuenta, de que mi propio padre no era capaz de mantenerme la mirada. ¿Y sabes por qué? —me preguntó volviéndose para enfrentarme —Porque no era capaz de mirarme, sin que le recordara a ella. —pude ver a través de sus ojos, todo ese dolor que tenía acumulado. Pero volvió a apartar la vista —Ahí me di cuenta, de que no era lo suficientemente fuerte para afrontar eso sin mi abuela. Ya no la tenía a ella para que le quitara importancia o me distrajera. Para que con su cariño, cubriera y compensara el odio que veía en los ojos de él. Mi padre me odiaba. —hizo una pausa para suspirar y controlar esas lágrimas que comenzaban a asomar, antes de continuar —Recuerdo que un día, al salir de la ducha, me miré al espejo y sentí verdadero asco de lo que allí se

reflejaba. No quería tener esta cara tan parecida a la de mi madre... —llevó sus manos hacia la misma —ni esta mirada, ni el pelo como el suyo, ¡Nada! —exclamó esta vez sí, perdiendo el control de sus emociones y dejando que las primeras lágrimas comenzaran a descender mejilla abajo —¡Me veía como un monstruo! Y supongo que ahí comenzó todo. Ese, debió ser el momento exacto en el que mi corazón se oscureció y ya no era capaz de reconocer ni siquiera mi propio reflejo. Porque ese día, sentí un nudo tan fuerte en mi garganta y en mi estómago, que me impedía respirar, y necesitaba hacerlo desaparecer como fuera. Así que, ese día, me arrodillé junto al inodoro... y me provoqué el vómito por primera vez. Nunca debí haberlo hecho. Nunca debí rendirme de esa forma, porque el alivio que sentí en ese instante, fue la clave para no poder dejar de hacerlo nunca más. —hizo una pausa, no sé si para respirar o para recordar. Sólo sé que durante esos segundos, descubrí mis mejillas humedeciéndose, a causa de las lágrimas que en algún momento habían comenzado a descender sin darme cuenta. Pero ella continuó —Además, en algún momento después de la muerte de mi abuela, comencé a obsesionarme con la comida saludable. En ese entonces no le veía nada malo al hecho de querer cuidarme, siempre me había gustado hacer deporte y mantenerme en forma. Nunca me vi gorda, Dulce, —me miró permitiéndome verle una mezcla de dolor y rabia contra sí misma en sus ojos —nunca. Simplemente, necesitaba calmar mi ansiedad con algo y en ese momento, ese "algo", fue la comida. Se convirtió en una obsesión. Así que, no sabría decirte cuál de todos mis desórdenes llegó primero, cual se escapó antes de mi control. Sólo sé, que todo se convirtió en una costumbre. Mi apetito disminuía. Ya era algo físico, ¿entiendes? Mi estómago parecía haberse reducido al tamaño de una nuez, y cada día se saciaba con menos cantidad de comida. Si volvía a sentir ese nudo en mi garganta, me pasaba horas delante del inodoro, con una parte de mí, recordándome la calma que sentí aquella vez al vomitar y la otra, recordándome el sentimiento de culpa que venía después. Al final, la calma momentánea seguía ganando. Sigue ganando —aclaró, volviendo a desviar la mirada, perdiéndola en la lejanía y lanzando una punzada directa a mi pecho —Pero encontré una manera de reducir la culpa; si no comía, no tenía nada que vomitar. Así que, podía hacerlo sin expulsar nada y de esa forma no me sentía culpable. Que estúpidos y ciegos nos volvemos —sonrió con ironía, secándose algunas de las lágrimas —Dejé de distinguir sabores... No era capaz de encontrar placer, ni siquiera en mi comida favorita. Y entonces, llegaron los

cambios físicos; Mis mejillas perdieron volumen, mi rostro comenzó a apagarse, mi cuerpo desaparecía paulatinamente y eso me gustaba. Me gustaba, porque significaba que ya no me parecía a ella... Aunque tampoco me parecía ni siquiera a mí misma. No puedes siquiera imaginar, lo que supone mirarte al espejo y no encontrarte... Ver a una persona, que definitivamente, no eres tú. Ni tu boca, ni tu mirada, ni tu pelo, en el que cada vez había menos cantidad y se partía de sólo mirarlo. Todo era irreconocible. Siempre me habían dicho que parecía una princesa de cuento; rubia, delgada, con los ojos azules. Pero en ese espejo, yo sólo era capaz de ver a una bruja. Ya no había rastro alguno de aquella princesa. Así que, cómo mismo, en un principio deseé aquel cambio, después lo temí. Traté de pararlo a tiempo, en el momento exacto en el que no quise cambiar más. Pero ya era demasiado tarde. No sabía cómo... No podía hacerlo sola. Trataba de alimentarme y mi estómago pesaba toneladas. Ahí fue donde encontré el gran problema. Cuando descubrí que no sabía cómo salir, dejé que me consumiera aún más. ¿Qué importaba? Si no tenía nada por lo que luchar. —en este momento siento que soy yo, la que no puede respirar —Así que, continué dejándome arrastrar. Hasta que, después de numerosos desmayos continuados y una evidente pérdida de peso, me llevaron hasta la consulta de un doctor, el cual, después de infinitas pruebas, test y charlas, me diagnosticó; "Anorexia nerviosa" ¡Qué imbécil! —volvió a sonreír con ironía, volviendo a encontrar mis ojos —No tenía anorexia nerviosa, Dulce. Tenía una bomba nuclear dentro de mí. Por supuesto, mi padre se encargó de que nadie conociera ese primer diagnóstico. Por eso no consta en mi informe. Pero te podrás hacer una idea de todas las cosas que me dijo. Fui obligada durante un año, a visitar cuanto psicólogo fue posible, en completa discreción. Todo el mundo, se daba el lujo de opinar. Los medios de comunicación acosaban a mi padre, mencionaban cuanta barbaridad se les pasaba por la mente. Y creo que eso, lo hizo odiarme aún más. —apartó la vista nuevamente y la sentí tragar saliva, antes de continuar —Comencé a no soportar la compañía de nadie, a encerrarme en mí misma. No permitía que se atrevieran a tenerme lástima. Eché a mi novio de mi vida. Bueno, ni siquiera estoy segura de haberlo dejado entrar alguna vez —en ese momento recordé aquel dato que Marta me dio el segundo día. Un dato en el que hasta ahora, no había vuelto a pensar. No dejo de preguntarme; cómo él lo permitió. Yo no hubiera permitido que me alejara —Me puse una coraza tan grande, que nadie podía quebrantar. No volví a querer saber nada del piano, ni de la música.

Comencé a odiar también mi profesión y cada día tenía menos fuerzas para levantarme de la cama. No sólo físicas, sino mentales. No existía ni un solo motivo en esta vida, que me hiciera despertar con un atisbo de ilusión para afrontar un nuevo día. Nada. Todo era vacío, soledad, oscuridad... Me perdí de tal forma, que un día, sentí que no podía soportarlo más. Sólo quería que todo acabara. Que el dolor se detuviera. Que el miedo desapareciera... Y estuve a un paso de conseguirlo. —recordó con la mirada perdida —Estuve tan cerca, que si lo hubiera vuelto a intentar, seguramente lo habría logrado. No estaríamos aquí hablando —esa posibilidad me encogió el corazón aun más —Cuando desperté en aquel hospital, después de haberme tomado las pastillas, todo se multiplicó; el dolor, el sentimiento de fracaso, los reproches de mi padre, todo, aumentó. Y la única manera de hacer que dejara de doler, fue apagando todo ese ruido que había a mi alrededor. Ni siquiera sé cómo lo hice, pero lo conseguí. Deje de escuchar, dejé de ver, dejé de sentir. Pero entonces, cuando todo estaba apagado, cuando no era capaz de sentir pena, ni dolor, ni ninguna emoción humana, —enfrentó por fin, su mirada con la mía —Tú.

Tragué saliva en el instante en el que sus ojos, en este momento grises, se clavaron en los míos. No estoy muy segura de poder hablar ahora mismo. Aunque debo intentar decir algo.

—Yo —repetí.

—Tú. —confirmó, asintiendo ligeramente —Accidentalmente, irrumpiste en mi mundo, haciendo que aunque sea por un segundo, volviera a estar en este. Chocamos en aquel pasillo y me miraste a los ojos, de una forma diferente a como me habían mirado nunca. Haciéndome sentir visible, después de tanto tiempo. Me mirabas... Dulce, me mirabas como si tuvieras enfrente lo más bonito que habías visto jamás. Y yo también te miré. Fui capaz de ver mi reflejo a través de tus ojos. No sabías quien era, y sin embargo, te detuviste a observarme. Después de tantos años, sentí que alguien era capaz de ver a la verdadera Anahí. Y muy a mi pesar, ya no pude volver más a ese mundo propio, por mucho que lo intenté. Ya era incapaz de elegir. Porque tú seguías estando ahí, seguías mirándome así, seguías acompañándome... y empezaste a arrastrarme. ¿Por qué?

El nudo de mi garganta seguía impidiéndome hablar. Su mirada confusa,

incrédula y expectante, esperaba por una respuesta.

—Porque me importas.

—No me conocías. —rebatíó.

—Tal vez. Pero tienes razón en algo.

—¿En qué?

—Eras lo más bonito que había visto en mi vida. Pero también lo más frágil y quizás entonces no te conocía, pero te conozco ahora. No puedo explicarte por qué me acerqué a ti, al igual que tú no puedes explicar por qué ya no pudiste volver más a ese mundo del que hablas. Sólo sé, que ninguna de las dos pudo elegir. Y que ahora mismo tengo el corazón encogido, de tan sólo imaginarme lo que pudiste haber sufrido. Tengo ganas de partirle la cara a tu padre y también a tu novio, por no haber sabido...

—No quiero que me tengas lástima, Dulce. —interrumpió, frunciendo el ceño como si me estuviera dando una orden. —Ellos no tenían ningún tipo de acceso a mí.

—Ellos ni siquiera lo intentaron, ¡maldita sea! —exclamé con desesperación —No te tengo lástima, Anahí. Nunca te la he tenido, así que no pretendas ponerte a la defensiva conmigo. Sólo digo que no entra en mi cabeza la posibilidad de que alguien pueda desentenderse así. Me estoy muriendo por abrazarte y no entiendo cómo ellos, teniendo la oportunidad, no lo hicieron.

Al ver que intentó apartar sus ojos, agarré con delicadeza sus mejillas y prácticamente la obligué a encontrarse con mi mirada.

—Me importas —le repetí y suspiré —Mucho. Y no solo no te tengo lástima, sino que sé, que eres una mujer fuerte. Padesces una de las enfermedades más complicadas del ser humano. Una enfermedad, que no se cura con medicamentos u operaciones. Una enfermedad, cuya "cura", solamente la tienes tú y cuya recuperación, depende únicamente de ti. Pero eso no quiere decir que vayas a estar sola en el camino. En ese camino, que aunque no lo creas, ya comenzaste a recorrer. Ahora ya sé, que cuando te quedas pensativa observando la comida, no estás preocupada por las calorías que vas a ingerir. Ahora sé, que lo único en lo que estás pensando, es en encontrar una manera de no sentir la necesidad de correr a vomitar porque el peso que llevas dentro es más de lo que puedes soportar. Y la hemos encontrado. ¿O acaso lo has

hecho, desde que estamos aquí? —negó ligeramente con la cabeza —No has tenido la necesidad. ¿Y sabes por qué? Porque estás feliz. Porque has conseguido liberar el peso de tus hombros, compartirlo conmigo y olvidar tus preocupaciones, aunque sea por pequeños momentos. Y de eso se trata. De pequeños momentos. Paso a paso, Anahí. Paso a paso, cuando te quieras dar cuenta, habrás recorrido kilómetros. Y escúchame bien —le pedí —Nunca más, volverás a estar sola ¿Entiendes? Nunca más.

Acaricié su rostro con tanta dulzura como me fue posible. Quiero abrazarla, quiero besarla, quiero hacer cualquier cosa, que calme su dolor y le haga sentir cuanto es que realmente me importa. En este momento, al tenerla frente a mí, observándome con esa mirada indefensa, no puedo evitar imaginarme a esa niña de apenas 17 o 18 años. Una niña, que tenía toda su vida por delante y sin siquiera darse cuenta, comenzó a dejar de verle sentido a la misma. Cuánto habría dado por estar ahí, a su lado y no permitir que se hundiera en el vacío.

Aunque pensándolo bien, quizás entonces no podría haber hecho nada para ayudarla. Quizás, la encontré en el momento justo y necesario. Quizás nos encontramos, para salvarnos... mutuamente.

De pronto, White comenzó a ladrar desesperado, sobresaltándonos y consiguiendo que ambas volteáramos confundidas. Emitía ladridos dirigidos hacia el agua. Tanto ella como yo, miramos rápidamente en esa dirección y en el acto recordé nuestro intento de pesca ya olvidado.

La punta de la caña más pequeña, estaba ligeramente doblada y la bolla, se hundía en el agua de forma continuada.

—¡Pescamos! —grité levantándome y dirigiéndome hacia el artilugio de pesca, el cual, seguidamente agarré.

A continuación le indiqué que me ayudara y comencé a enredar el nilón en el carrete, de forma que el anzuelo ascendiera. Poco a poco, iba quedando a la vista un pez bastante más grande de lo que esperaba.

El animal, aleteaba desesperado, intentando escapar, cuando conseguí acercarlo hasta nosotras. Pero entonces, sentí los brazos de Anahí rodear mi cintura desde atrás y esconderse a mi espalda.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté riendo.

—Estoy segura de que eso muerde.

—¡Oh Sí! ¡Cuidado con el tiburón blanco, que te puede arrancar un brazo!

Ante mi burla, su respuesta fue darme un golpe en el hombro, tras el cual, también rio.

—Eres una idiota.

El pez, continuaba aleteando en el aire, completamente desesperado por huir.

—Así te estás haciendo más daño —le dije como si fuera capaz de entenderme.

—Si pudiera responder, seguro que te mandaría a un lugar muy poco agradable.

Lanzándole una mirada fulminante, introduje al animal en el interior del cubo para que me fuera más fácil sacar el anzuelo de su boca. Cosa que conseguí con bastante esfuerzo, pues era muy resbaladizo.

Una vez "liberado", continuó aleteando mientras nosotras lo observábamos en silencio y con una sensación algo extraña.

—Voy a echarle agua —informó Anahí.

La miré alzando una de mis cejas.

—¿Y eso con qué intención? Si se puede saber...

—¡Se está ahogando! —exclamó con preocupación.

—Se supone que nos lo queremos comer, Any.

—¿De verdad eres capaz de comerte a ese indefenso animal, que solamente está tratando de luchar por su vida?

—¡Any! —exclamé sorprendida, a la vez que aturdida —Es nuestra cena.

No le hizo falta nada más que observarme con mirada de tristeza y chantaje, sabiendo perfectamente que de esa forma, conseguiría cualquier cosa de mí.

Volví a observar al pez, que continuaba aleteando sin parar, luchando hasta el último segundo. Y suspiré.

—Devuélvelo al lago —le susurré, habiéndome rendido.

Sin esperar ni un solo segundo, agarró el cubo y lanzó el pez al aire, que una

vez volvió a su lugar, comenzó a nadar alejándose lo más rápido posible de nosotras.

—¡Se libre, Willy! —gritó Anahí.

—¿Willy? ¿Le pusiste nombre?

—Así se llamaba mi pez.

—Oh... ¿Le pusiste a un pez de seis gramos, el nombre de una Orca de seis toneladas?

Se encogió de hombros inocentemente y frunció el ceño aparentemente ofendida.

—Tú llamaste White a un perro blanco. Así que no vengas a darme lecciones de creatividad.

Me encogí de hombros analizando su argumento, el cual estaba completamente en lo cierto y ambas explotamos en una carcajada.

—¿Y ahora que cenaremos? —me preguntó algunos segundos después, cayendo en la cuenta de que había liberado nuestra cena.

—Compré pescado en la pescadería, antes de venir.

Alzando ambas cejas, me miró de una forma tan acusadora que simplemente pude sonreír con inocencia.

—¿Y si ya habías comprado lo necesario, por qué llevamos una hora aquí sentadas, esperando conseguir un pez para después devolverlo al lago?

—Para empezar, —le dije, dispuesta a aclarar la situación —el pescado lo compré con la intención de prevenir que nuestras dotes de pesca, no dieran ningún resultado. Tenía la firme intención de aprender a cocinar la famosa receta que mi abuela preparaba los domingos de pesca. Pero en ningún momento se me ocurrió pensar, que me harías tener remordimiento de conciencia por cazar a un indefenso animal.

Ella sonreía mientras me observaba. Una sonrisa que además de confundirme, podía llegar a irritarme. Parecía que se estaba riendo de mí.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Eres adorable... —finalizó, negando ligeramente con la cabeza.

Y sin decir absolutamente nada más, ni darme tiempo a reaccionar, se abalanzó sobre mi cuerpo y me sumió en un tierno abrazo. Sus brazos rodearon mi cintura y aunque al principio me ocasionó confusión, en cuanto sentí el calor de su cuerpo, el olor de su cabello y la rodeé con mis manos, sintiendo en ellas la humedad del mismo, fue imposible evitar el hormigueo producido en mi corazón y la sonrisa de absoluta felicidad, que comenzaba a apoderarse de mí.

XVII

Una pequeña mesa plegable que guardábamos en la buhardilla, junto a dos sillas. Todo cuidadosamente colocado en el porche de la casa, eran ahora, el escenario perfecto para disfrutar de la próxima cena.

La tarde comenzaba a caer, dejando a la vista sus últimos y anaranjados rayos de sol, incidiendo sobre el lago de una forma espectacular. Preparé la mesa lo mejor que pude, teniendo en cuenta el poco material del que disponía; dos copas, para servir el vino que permanecería en el frigorífico hasta el último momento, la cubertería que mi abuela guardaba para ocasiones especiales. Y en un primer momento, también se me ocurrió adornar el ambiente con alguna que otra vela. Pero al permanecer durante más de cinco minutos observando la mesa, llegué a la conclusión de que no quería extralimitarme, ni hacerle sentir que esto era una cena romántica, o un penoso intento por conquistarla. Porque realmente, no se trataba de eso.

En cuanto volví al interior de la casa, la observé salir del dormitorio, secando con una toalla la humedad de su cabello recién lavado. Por algún extraño motivo, mi corazón se aceleró en cuanto nuestras miradas se cruzaron, y aunque por un instante, parecía que me iba a quedar hipnotizada otra vez, una sonrisa, fue mi tabla de salvación. Recientemente, he descubierto esa extraña manía que tengo, de eliminar los momentos de tensión sonriendo. Una curiosa manera de escapar cuando me pongo nerviosa ante ella.

—¿De qué te ríes?

—Te sienta bien mi ropa —le respondí dirigiéndome hacia la cocina.

—Gracias. La verdad es que me hace sentir más... libre.

—¿Libre?

En cuanto volteeé intrigada, la encontré justo detrás de mí, mucho más cerca de lo que esperaba, ya que ni siquiera la había sentido seguirme.

—Durante prácticamente toda mi vida he intentado ser la chica perfecta, vistiendo ropa exclusiva y tan ajustada, que a veces ni te permiten respirar. Ya sabes, tratando de parecer una princesa. Pero tu ropa es más... ¿Cómo decirlo?

"Hippie" no llega a ser la palabra, pero sí más... despreocupada... libre.

—Bueno, en eso tienes razón, no me gusta demasiado ir por la calle aprisionada en mi propia ropa —le sonreí —Supongo que hay momentos para todo. Pero en cuanto a ti, no creo que el tipo de ropa que lleves, haga que dejes de parecer una princesa.

Desde que una sonrisa se apoderó de sus labios y permaneció observándome con intriga, mi cerebro fue consciente de lo que acababa de decir y mis mejillas quisieron sonrojarse, cosa que pude evitar a tiempo.

—Debería aprender a controlar estos extraños momentos de cursilería que me invaden. —comenté regañándome a mí misma.

—Al menos ya controlas no sonrojarte —se encogió de hombros sonriendo —algo es algo.

—Todo un detalle por tu parte esa apreciación.

Fruncí el ceño, con la intención de apoyar el tono irónico. Pero ella, simplemente volvió a sonreír.

—¿En qué puedo ayudarte? —cambió de tema, señalando con su cabeza el pescado que había sobre la encimera.

—Ahora acabas de sonar como una telefonista de "Atención al cliente"

Después de sacarme la lengua como una niña pequeña, se acercó más, pretendiendo husmear todo lo que había preparado a mí alrededor. Lo malo, es que trajo con ella, ese olor que desprende su cabello recién lavado y que automáticamente me recuerda nuestro encuentro de cada mañana. Una vez más, no puedo evitar que una ligera sonrisa se apodere de mis labios.

—¿Y ahora de que te estás riendo? —alzó una ceja divertida.

Decidí decirle lo primero que se me vino a la cabeza, para no quedar de nuevo como una imbécil embobada.

—Es la primera vez en mi vida que preparo esta receta.

—O sea, que corremos el riesgo de quedarnos sin cena.

—¿Qué sería de la vida sin sus riesgos? —sonreí guiñándole un ojo.

—¿Y cómo se llama la famosa receta?

Mientras le indicaba que pelara un tomate, yo comencé a cortar la temida cebolla.

—Pescado al horno Andrade. Porque no es un simple pescado al horno. Lleva un ingrediente secreto, que sólo los miembros de la familia conocen. —le expliqué con misterio —Cuando pertenezcas a mi familia, te será desvelado.

—¡Oh! ¿Y cómo puedo pertenecer a tu familia, para ganarme tan grande honor?

—Bueno... —me encogí de hombros —Tengo un hermano con el que podrías casarte.

En cuanto terminé de decir esto, la oportuna cebolla comenzó a hacer su efecto sobre mis ojos, ocasionando un fuerte picor, acompañado de lágrimas. Hice el intento de llevarme ambas manos a ellos para calmar dicho picor, pero la acción fue detenida rápidamente por Anahí. Que sostuvo mis manos con una de las suyas, mientras con la otra, mojaba un paño de tela en el agua que caía del grifo. Con mucha delicadeza, llevó el paño húmedo hacia mis ojos y comenzó a dar pequeños y ligeros toques en ellos, consiguiendo que poco a poco se refrescaran, calmando así el malestar.

Mientras eso sucedía y las lágrimas dejaban de brotar, pude conseguir mantenerlos abiertos para observar cómo me trataba con esos dulces gestos, y clavaba sus ojos azules sobre mí.

—No llores... —susurró al tiempo que sonreía —No tengo ninguna intención de convertirme en tu cuñada.

Yo también sonreí. No sé por qué, pero lo hice.

—¿Mejor? —preguntó, refiriéndose a mis ojos.

—Odio la cebolla. —protesté.

—Déjame a mí, yo continuo con eso.

—Oh no, —me negué rápidamente —que entonces, la que terminará llorando serás tú.

—Bueno, pero así nos turnamos y no sufres tanto.

—De ninguna manera, señorita —insistí.

—Eres una cabezota.

Sonreí triunfante sin siquiera voltear a mirarla y continué en mi tarea de cortar la endemoniada cebolla. Esta vez, haciendo un esfuerzo sobrehumano porque el escozor no me afectara demasiado. Podía sentirla sonreír a mi lado mientras negaba ligeramente con la cabeza y continuaba desarrollando sus propias tareas. Ya debía estar completamente acostumbrada a mi cabezonería.

Nos demoramos apenas unos minutos en acomodar todos los ingredientes en el interior de una bandeja metálica, dejando el hueco justo y necesario para colocar el pescado. A continuación, con algunas especias y un par de ramas, pertenecientes a una planta que mi abuela cultivaba desde siempre, le di el toque final a lo que sería en unos minutos, nuestra cena. Introduje la bandeja en el horno precalentado, puse en funcionamiento el cursor de tiempo y listo. En unos instantes, un delicioso aroma, comenzaría a invadir toda la casa.

—Bueno, creo que aprovecharé para darme un baño rápido, en lo que se termina de cocinar el pescado.

—¡Perfecto! —exclamó —El olor a lago que tienes, ya estaba comenzando a marearme.

Mis ojos y mi boca se abrieron enormemente, expresando sorpresa. Por lo que agarré un mechón de mi propio pelo e inhalé fuertemente su aroma. Pero al no distinguir nada extraño en él, volví a mirar a Anahí, descubriéndola con una sonrisa juguetona.

—¿Estás jugando conmigo? —le pregunté entrecerrando los ojos.

—¡Jamás se me ocurriría!

Le lancé una mirada fulminante a su burla, recibiendo como respuesta una mueca algo extraña que consiguió hacerme reír al instante. De esta forma me marché hacia la habitación, dando de cabeza. Busqué algo de ropa en el armario y decidí adentrarme en el cuarto de baño rápidamente. Esperaba no tardar demasiado, o corríamos el riesgo de quedarnos sin cena, esta vez de verdad.

Apenas fueron unos minutos, en los que el agua pudo recorrer mi cuerpo, relajando y refrescando cada músculo y centímetro de piel a su paso. La sensación que otorga un baño, después de un día tan largo e intenso, a la vez que bonito, resulta tremendamente agradable. Después de secar mi cuerpo y

vestirme con la ropa seleccionada, sacudí un poco mi cabello con la toalla, para arrebatarme la humedad sobrante y terminar de peinarlo con delicadeza y suavidad. Una vez completamente lista, abrí la puerta del cuarto de baño, sorprendiéndome al instante por los sonidos que llegaban a mis oídos. Un sonido que hacía años no escuchaba.

El piano de mi abuela... Tan dulce e intenso como lo recordaba.

Mis ojos se humedecieron casi sin poder controlarlo. Es demasiado intensa la sensación, que la melodía de esas teclas siempre me había producido.

Caminé despacio hacia la sala y encontré a Anahí de espalda, sentada sobre el pequeño sillón del piano, balanceando ligeramente su cuerpo al mismo tiempo que sus dedos acariciaban las teclas. White, se encontraba tranquilamente recostado a sus pies, observándola atentamente, disfrutándola, como mismo estoy haciendo yo en este momento.

No podía creer que estuviera tocando. Ella misma me había confesado que nunca volvió a hacerlo desde que falleció su abuela. Yo nunca volví a escucharlo desde que falleció la mía. Y ahora, ese mágico instrumento, volvía a cobrar vida, gracias a ella. La única capaz de conseguir que me emocionara como solía hacer de niña.

Me aproximé con sigilo hacia su espalda, tratando de ser lo más cuidadosa posible. No quería que absolutamente nada, consiguiera distraerla. Podía ver el rápido y perfecto movimiento, que ejecutaban sus ágiles manos. Tenía los ojos cerrados y parecía estar sintiendo la música en lo más profundo de todo su ser. De un momento a otro, descubrí mi piel erizada, materializando así, las mil y una sensaciones que mi cuerpo debía tener.

—Ven... —susurró sobresaltándome —Siéntate conmigo.

Sin pronunciar palabra, obedecí su petición y me senté a su lado, en el espacio que aún quedaba libre de aquel pequeño sillón. Nuestros cuerpos se rozaban casi por obligación. Pues la cercanía así lo ordenaba. Entonces volví a sentir mi corazón acelerarse y una especie de extraña corriente invadió mi cuerpo, consiguiendo que comenzara a temblar ligeramente. Anahí continuó permitiendo a sus manos bailar por esas teclas, con tanta sutileza y ligereza, que apenas podía apartar la mirada de ellas. Cada vez que hacía un movimiento con su cuerpo, el olor de su cabello impregnaba mi espacio y la

suma de todos esos factores, hacían que me sintiera incluso, por encima de las nubes.

Alzó la vista y giró su rostro a la derecha para encontrarme. Por un momento, fui capaz de apartar mis ojos de sus manos para enfrentar su mirada. La descubrí sonriendo. Sonriendo como si esto, la llenara más que cualquier otra cosa en el mundo. Como si quisiera hacerme saber a través de esa amplia sonrisa, que esto la hacía feliz. Nunca en mi vida, algo me ha resultado tan sensual como el momento que ahora estoy viviendo. Debe darse cuenta de lo que me provoca. Debe ser perfectamente consciente de lo hipnotizada que me tiene mirando sus ojos, su sonrisa, con el único sonido de su música en mis oídos y el vaivén de su cuerpo rozándome.

Volvió a descender la vista hacia el piano, para concentrarse en el aumento de velocidad de la melodía. Para sentir al máximo las notas que sus manos están ejecutando. Esas perfectas manos, de las que una vez más, no puedo apartar los ojos. Podían ser pequeñas y aparentemente delicadas. Manos de princesa. Podían ser, las que la llevaran a su infierno más profundo en ocasiones. Pero lo cierto, es que sus manos, están consiguiendo erizar mi piel sin siquiera tocarme. Unas manos que consiguen eso, y que después de años, son capaces de recordar una melodía y hacerla vibrar de esa forma, no son unas manos frágiles. Son fuertes. Tan fuertes, como lo es ella. No tiene manos de princesa. Tiene manos de guerrera.

Poco tiempo después, la rápida melodía comenzó a descender en su ritmo, anunciando así, la llegada de las últimas notas. Y con un final mágico, terminó de tocar aquellas teclas y regalar a mis oídos, una de las mejores demostraciones musicales que había escuchado jamás.

Se produjeron unos segundos de silencio, en los que mi mente aún continuaba recreando la música, mientras esperaba que fuera ella la que hablara en primer lugar. A mí no me salían las palabras y creo absolutamente, que en este instante, están de más.

—Creía que no iba a ser capaz de recordar cómo tocar el piano.

—Si eres capaz de hacer eso, habiendo estado años sin tocar, no puedo llegar a imaginar lo que eras capaz de hacer antes. Tienes un talento increíble.

—Fueron muchos años de práctica. Es sólo eso.

—¡No! No es sólo eso. ¡Está muy lejos de ser sólo eso! —exclamé captando su mirada —Anahí, existen dos formas de tocar un instrumento; Ejecutando las notas con perfección, o sintiendo la música con pasión. Tú lo haces de la segunda manera. —le aseguré perdiendo mi mirada entre las teclas con nostalgia —No creí jamás, que alguien pudiera volver a emocionarme tocando este piano.

—Yo tampoco creía que volvería a tocar un piano. Ni siquiera recordaba cómo me hacía sentir esto. Y todo gracias a ti. —dijo consiguiendo que volviera a mirarla —Siempre, gracias a ti.

La luz que estoy viendo ahora, en el interior de esa mirada azul, es quizás, lo más parecido a la luz que he estado buscando desde el momento en el que la conocí. Un brillo resplandeciente, que lejos de clavarse como una espada de hielo, llena mi corazón de un calor, que solo ella, podía transmitirme.

—Ya no hueles a lago —susurró cerrando los ojos, al tiempo que en un suspiro inhalaba mi aroma y seguidamente los volvía a abrir.

Creo que es el momento en el que me toca responder. Pero me siento incapaz de apartar mis ojos de ese lugar, cada vez que nuestra vista se encuentra. Algo muy dentro de mí, me hace sentir que si lo hago, si aparto la mirada de sus ojos y la desciendo hacia sus labios... no seré capaz de detenerme ni un segundo más. Y menos aún, si percibo la calidez de su mano acariciar mi mejilla, como lo está haciendo en este instante. Todo mi interior se siente como un volcán a punto de estallar. Un volcán, que a pesar de estar en plena ebullición, encuentra paz en esa mirada. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puedes hacerme sentir dos emociones tan contradictorias en un mismo momento?

De pronto, un insoportable sonido proveniente de la cocina, nos sobresalta, consiguiendo que frunza el ceño realmente fastidiada por la inesperada interrupción. Los repentinos ladridos de White, que parecía igual de confundido, se suman a dicho sonido. Ambas dirigimos nuestra mirada hacia el lugar del que provenía el dichoso ruido. Y fue sólo entonces, cuando mi mente supo relacionar el motivo, haciéndome sonreír justo antes de volver a mirarla.

—La cena está lista —anuncié en un susurro.

Desesperada por comprobar si mis dotes de cocinera eran hereditarias, me

dirigí apresuradamente hacia la cocina. Donde después de apagar el horno y colocarme unos gruesos guantes, extraje cuidadosamente la bandeja y la llevé hacia el exterior, indicándole a Anahí con la mirada, que me siguiera. El cachorro, decidió auto invitarse al banquete, y enseguida se levantó para seguirla.

—¿Cuándo preparaste esto? —preguntó sorprendida, refiriéndose al pequeño comedor que había organizado.

Coloqué la bandeja de pescado en el centro de la mesa y me quité los guantes, observando cómo White llegaba olfateando el ambiente.

—Mientras te bañabas. No es demasiado. Pero... espero que te guste.

—¿Bromeas? —comenzó a acercarse —Una noche preciosa, una cena bajo las estrellas, una comida aparentemente exquisita, una compañía inmejorable, el amigo más hermoso del mundo olfateándolo todo... Si hubiera vino, sería la cena más perfecta de mi vida —bromeó.

—Oh...Entonces, señorita —dije al tiempo que le ofrecía gentilmente la silla para que se sentara —Vaya usted acomodándose y preparándose —me incliné ligeramente para susurrar en su oído —Porque está a punto de llevarse a cabo, la cena más perfecta de toda su vida.

Con un aire de misterio, me dirigí a la cocina en busca de una de las botellas de vino pertenecientes a mi abuelo, que aun guardaba y había decidido poner a enfriar unas horas antes.

Él no soportaba tomar sus vinos a una temperatura demasiado baja. Aseguraba que el frío, anulaba todo su sabor. Por eso, de niña, se obsesionó con enseñarme a comparar la temperatura ambiente, con las indicaciones que había en la etiqueta de la botella. Si estábamos en épocas muy calurosas, como la de esta noche, el vino debía bajar aproximadamente unos 10 grados, para adquirir su temperatura ideal.

Regresé rápidamente al exterior, donde encontré a Anahí, observando el cielo, muy concentrada.

—En la ciudad apenas se visualizan las estrellas —comenté.

—Ni siquiera sabía que podían haber tantas estrellas en un mismo cielo.

Antes de tomar asiento, descorché la botella de vino y serví un poco en su

copa para que diera su aprobación. Un acto de pura cortesía, porque lo cierto, es que si no le gustaba, no había otro para elegir.

Lo saboreó ligeramente, antes de asentir, indicándome que podía servir un poco más en su copa. Cosa que no dudé en hacer, para después sentarme y servir también en la mía. En cuanto terminé la tarea, levanté la vista y la encontré mirándome fijamente, mientras alzaba su copa dispuesta a hacer el primer brindis de la noche.

—Por esta noche. —indicó —Y por las horas que me has hecho vivir en este bonito lugar.

—Pues yo quiero brindar por la vida. Esa vida que sin esperarlo y sin buscarlo, me hizo conocerte, Anahí.

Ambas hicimos un gesto de aprobación finalizando el brindis. Y sin detener nuestro intenso cruce de miradas, llevamos la copa hacia nuestros labios y absorbimos el líquido que tenía un color, un olor y un sabor, exquisitos.

—Tiene la temperatura perfecta para una noche como esta. —comentó refiriéndose a la bebida.

—¿Entiendes de vinos? —le pregunté al tiempo que comenzaba a cortar el pescado para servir un pedazo en su plato y otro en el mío.

—Si no entendiera de eso, ya estaría posiblemente desheredada —bromeó —Bueno, puede que aun así, ya lo esté.

Antes de continuar, hizo una pequeña pausa que nos permitió a ambas llevarnos un pedazo de pescado a la boca, deseosas de saber, si nuestro trabajo había resultado como deseábamos.

En cuanto la comida rozó mi paladar, un viejo y conocido sabor, invadió mis sentidos. No obstante, la observé, esperando impaciente su reacción.

Parecía muy concentrada, hasta que alzó su mirada para encontrarse con la mía, completamente expectante, al ver como sus ojos se habían agrandado considerablemente.

—¡Esto está delicioso! —exclamó haciéndome sonreír aliviada —Ahora sí que me voy a pensar eso de casarme con tu hermano, para adquirir el secreto familiar.

Sin siquiera controlarlo y mucho menos desearlo, sentí como mis ojos se

empequeñecían y mi cejo se fruncía, ocasionándole en el acto, una risa muy dulce.

—Me alegro de que te guste. Pero volviendo al tema de antes, ¿Cómo es eso de que si no entendieras de vinos, ya estarías desheredada?

—Es el negocio por excelencia de mi familia, desde tiempos inmemoriales. Además del orgullo de cada miembro. Ya sabes, la tradición va pasando de generación en generación.

—Pero, ¿Entonces tu familia fabrica vinos?

Ella asintió, llevando otro pedazo de pescado a sus labios, antes de continuar con la explicación.

—Mis abuelos paternos, son poseedores de uno de los viñedos más inmensos que existen en La Toscana.

—¡Claro! Ahora entiendo por qué tu apellido es italiano. ¿Entonces, toda tu familia paterna es italiana?

—Así es. Aunque mi padre lleva desde su adolescencia viviendo aquí y manejando en su empresa, la exportación de los Vinos Valente alrededor del mundo.

—Si... —asentí cuando un vago recuerdo llegó a mi mente —Es verdad. Creo haber leído algo del empresario de exportación e importación de vinos, Oliver Valente, cuando busqué tu nombre en internet. —en ese momento, una nueva luz pareció llegar a mi cerebro, en cuanto la imagen de la botella que estábamos bebiendo, apareció frente a mi —Espera... ¿Vinos Valente? ¡No! —exclamé sorprendida —¿De verdad que tu familia es la encargada de cultivar y fabricar el que era el vino favorito de mi abuelo, que a su vez, es el que estamos bebiendo en este momento y uno de los más importantes del mundo?

Sonrió con ternura, como si mi sorpresa ante la noticia fuera excesiva. No es excesiva. Los vinos Valente, además de haberlos estado viendo desde que tengo uso de razón, son una cadena de vinos con mucho prestigio alrededor del mundo. Y lo último que esperaba, es que la chica que tengo frente a mí esta noche, sea la futura heredera de esa compañía.

—Parece que las piezas comienzan a encajar en tu puzle.

—Vaya... ¿Alguna sorpresa más que quieras mencionar? Es el momento.

—Creo que por ahora, sabes todo lo que necesitas saber. Más bien, eres tú la que deberías contarme, qué significa eso de que buscaste mi nombre en internet.

—Oh, bueno. El primer día que llegué a La Cascada, después de enterarme que eras paciente del centro... Ni siquiera sé por qué lo hice, no es demasiado profesional. Pero necesitaba saber si en internet, había alguna referencia de los motivos por los que estabas interna en un centro de salud mental.

—¿Y qué encontraste?

—"¡Anahí Valente y su intento de suicidio!" —exageré el titular con las manos —Era una nota de prensa y recuerdo que mencionaban que eras hija de un conocido empresario de importación y exportación de vinos. Pero claro, no le presté demasiada atención a ese dato, como tú comprenderás. Y ya lo había hasta olvidado. O tal vez no fue ahí donde lo leí —dudé, tratando de recordar.

—O sea, que al día siguiente, cuando volviste y nos encontramos de nuevo en el pasillo, ya sabías por qué estaba ahí.

—Sabía lo que había leído. Pero no tuve nada confirmado hasta horas más tarde.

—Y me miraste igual... —comentó.

—¿A qué te refieres?

—Aquella mañana, me miraste igual que la anterior, aun teniendo en tu mente un rumor de lo que hice.

—¿Y por qué iba a ser diferente? —pregunté confundida sin saber a dónde quería llegar.

—¿Ves? A eso me refiero. ¿Tú nunca viste en mí a una loca, niña de papá y caprichosa, que en un arrebato intentó matarse?

—Anahí —la miré, esta vez sí, seriamente —Yo lo único que vi en ti, desde el primer segundo, fue a una simple chica, con la mirada más fría y ausente que había tenido jamás frente a mí. Y lo único que podía preguntarme era: ¿Qué hecho de su vida, ha podido ser tan poderoso, como para acabar de esa forma, con el brillo de su mirada?

—Bueno... —se encogió de hombros —Ahora ya sabes que no fue ningún gran, ni poderoso motivo en concreto.

—El motivo, es el más grande y poderoso de este mundo; dejaste de creer. Y cuando una persona deja de creer, se sumerge en un abismo, en el que se pierde incluso a sí mismo. Pero, te guste o no, señorita, te encontré —le sonreí —Y no me lo dice el hecho de que estés disfrutando de esta cena, que es una delicia por cierto. Me lo dicen tus ojos. Esos, que desde el primer momento, se encargaron de hacerme saber que aún seguías ahí, en algún lugar, perdida, pero sin irte del todo. ¡Así que, brindemos por ello! —exclamé alzando mi copa.

—Y por ti.

—Siempre me llevas la contraria en los brindis —bromeé guiñándole un ojo, al tiempo que una vez más, llevábamos la copa hacia nuestros labios. —Por cierto... Aún no me has contado la historia de tu novio.

—Esa, te aseguro que no es una historia demasiado interesante —rio mientras volvía a beber.

—¿Sigues enamorada de él?

La pregunta me sorprendió a mí, en igual medida que a ella. Ni siquiera fue aceptada por mi cerebro cuando mis labios ya la estaban pronunciando.

—Nunca lo estuve. —aclaró.

Y con esa aclaración, algo dentro de mí pareció liberarse automáticamente.

—¿Y por qué estabas con él?

—Bueno, es que David y yo, nos hicimos novios el primer año de universidad. Y ya sabes cómo son esas cosas al principio; mucha ilusión, estudiábamos juntos, mismo grupo de amigos, siempre estábamos cerca y éramos algo así como, mejores amigos. A veces, cuando te das cuenta de eso, ya es demasiado tarde.

—Pero la amistad es parte del amor, ¿no crees?

—Por supuesto. Y no lo dudo, pero hay algo, que simplemente sucede o no sucede. Algo que llega y te arrastra como una corriente imparable. No lo puedes controlar. No lo puedes evitar. Ni siquiera lo puedes medir. Simplemente sucede... y con David, no sucedió.

—¿Y cuándo lo supiste?

—Creo que nunca llegué a planteármelo realmente. Era fácil estar juntos, cómodo para todos. Pero... no lo sé, supongo que mi intento de suicidio fue una pista para darme cuenta, de que ni siquiera él, me resultaba un motivo de peso para aferrarme a esta vida. Entonces empecé a plantearme los años anteriores y mi forma de comportarme, de alejarme. Siempre fui muy fría, distante. Y ahora me doy cuenta de que nunca fui capaz de soñar, estando junto a él. Y si ese alguien no te hace soñar, entonces... ¿De qué sirve?

—De nada... —sonreí, sabiendo que tenía razón —No sirve de nada. ¡Hablando de sueños!

Como si una bombilla se hubiera iluminado en el interior de mi mente, me levanté bajo su mirada divertida, a la vez que confusa y me adentré en el interior de la casa, donde tras buscar una hoja de papel y un lápiz, volví a su encuentro.

—Te dan unos arrebatos algo extraños, eh. —comentó en cuanto me vio aparecer.

—Es que la conversación sobre soñar, me recordó algo que quería pedirte que hiciéramos juntas.

Arrastré mi silla aprovechando que entre charla y charla, la cena había terminado, para sentarme esta vez a su lado, colocando la hoja de papel sobre la mesa.

—¿"Lista de Sueños"? —preguntó observando la frase que da título a la hoja.

—Es como la mía. —aclaré —Bueno, ésta aún está en blanco... Pero por eso te la entrego. Me gustaría que algún día, cuando se te ocurra algo o simplemente cuando te apetezca, comenzaras a rellenarla. Y aquí... bajo este cielo estrellado —comencé a interpretar exageradamente, como si estuviera en pleno Broadway representando el musical de la historia —Yo te prometo, que haré hasta lo imposible por ayudarte a cumplir todos y cada uno de esos sueños.

Se rio exageradamente, observándome como si estuviera loca.

—Estoy segura de que hasta hace muy poco tiempo, ni si quiera tú eras consciente de cuán payasa podías llegar a ser. —comentó.

Yo solamente sonreí de acuerdo, mientras la observaba con el papel entre

sus manos. Papel que analizó durante unos segundos, antes de responder.

—Está bien. —aceptó —Me gusta el trato. Así que, ya que estamos juntas, empiezo en este mismo momento.

—¡Adelante! —exclamé sorprendida a la vez que emocionada.

Llevó el lápiz a sus labios, dándose pequeños golpecillos mientras sus ojos miraban al cielo, dando a entender que está pensando.

Adorable... Absolutamente, adorable.

—Dicen que una persona antes de morir, tiene que haber hecho tres cosas fundamentales; escribir un libro, tener un hijo y plantar un árbol. Vamos a empezar por lo suave ¿No? Plantar un árbol —escribió.

Asentí, satisfecha.

—Tocar el piano, como mínimo, una vez en semana —sugerí.

Me miró, alzando una ceja sin comprender.

—¿Y cómo pretendes que toque el piano dentro del centro?

—¿Qué fue lo que te dije hace un minuto al estilo "musical de Broadway"?

—Que tú me ibas a ayudar —repitió —Está bien... Tocar el piano, una vez a la semana, como mínimo.

Mientras ella termina de escribir la frase, otra idea asaltó mi mente de forma súbita.

—¡Espera, espera! Tienes ascendencia italiana. Por lo tanto, es un deber legal, que comas pizza también, al menos una vez en semana.

—¿Esto es una lista de sueños? —preguntó alzando una ceja —¿O de obligaciones?

—Any, comer pizza, te aseguro que es un auténtico sueño.

Rodó los ojos sonriendo y volvió a escribir en el papel.

—Muy bien, entonces... Comer pizza, sobre una "Scooter" de color celeste, mientras recorremos la única y maravillosa, Toscana italiana.

—¡Wou! —exclamé alzando mi mano para que chocáramos nuestras palmas

—Eso sí que es un sueño.

Mientras parecía estar pensando algo más para apuntar, ascendió su mirada hacia el cielo estrellado que se encontraba sobre nosotras. Observó durante unos segundos, cómo esas estrellas le daban el toque especial a esta noche y volvió a escribir algo en el papel.

—Algún día, vivir en un lugar, en el que cada noche pueda observar las estrellas como mismo se pueden observar desde aquí.

Al escuchar tal deseo, no pude hacer otra cosa más que sonreír con ternura, mientras la observo escribir ese último sueño. Al fin y al cabo, Anahí no era más que una niña. Una simple niña, que se deja maravillarla con las cosas más sencillas de este mundo. Al contrario, de los que todos a su alrededor siempre habían pensado, ella no está tan perdida. No puede estarlo, una persona que se ilusiona como un niño, ante cada nuevo descubrimiento.

—¡¡Dul!! —me llamó, sacándome aturdida de mis pensamientos —¿Estás ahí?

—Perdona, —me disculpé sonriendo y sacudiendo la cabeza —me distraje un momento. ¿Estabas diciéndome algo?

—Si. Te preguntaba, que si el resto lo podemos ir rellenando con el tiempo.

—Claro. Es mejor que vayas despacio. Pequeños pasos crean grandes caminos.

—Que bonito habla usted siempre, doctora. —dijo sonriendo —¿En qué estabas pensando?

—En que necesito ir urgentemente al cuarto de baño. Las dos copas de vino luchan por salir disparadas de mi vejiga urinaria.

—Vaya, que imagen más gráfica acabas de crear en mi mente. Hoy estás un poquito mentirosa.

—¿Por qué me dices eso?

—Ya es como la tercera vez que te pregunto en qué piensas o de qué te ríes, y siempre cambias el tema, o directamente lo evades creyendo dejarme satisfecha. Subestimas mi inteligencia.

Pues... hay dos opciones; o es demasiado inteligente, o va a resultar que me conoce más de lo que creía. O quizás, haya una tercera opción que implique

ambas cosas.

—No la subestimo —le sonreí —Pero te aseguro que si no voy al cuarto de baño en este preciso instante, tú misma vas a comprobar cómo no miento.

—¡Está bien, está bien! —aceptó levantando ambas manos —Huya, doctora.

Dándole un rápido y fugaz beso en la mejilla, me fui prácticamente corriendo hacia el interior de la casa, escuchándola casi gritar:

—¡Si claro! ¡Tus besos no me van a hacer cambiar de opinión!

Podía haber respondido algo que súbitamente iba a conseguir su silencio. Pero lo cierto, es que si no llegaba rápidamente al cuarto de baño, podría ocurrir una desgracia. Realmente, las dos copas de vino que habíamos tomado, hicieron un efecto fulminante sobre mi vejiga urinaria.

Minutos más tarde, cuando pasé por la sala de camino al exterior, donde supuestamente iba a encontrarla de nuevo, no solo observé a White profundamente relajado en su pequeño espacio (en algún momento de la cena, debió decidir abandonarnos y con tanta charla, ni siquiera me había percatado), sino que además, visualicé a Anahí de espaldas en la cocina. El sonido del agua caer, me dio a entender que debía estar lavando la vajilla de la cena. Me acerqué sigilosamente a su espalda. Con tanto cuidado como haría un felino, segundos antes de dar caza a su presa. Se veía concentrada y no parecía haber notado si quiera mi presencia. Entonces, agarré con decisión su cintura, sintiendo como se sobresaltó en el acto. Y una vez en esa posición, no supe bien lo que pretendía hacer. Quizás el vino trajo consigo algún que otro efecto, además de las repentinas ganas de orinar.

—¿Qué crees que estás haciendo? —susurré en su oído.

—Lavar los platos...

—Eres demasiado lista. Aprovechaste que me fui al cuarto de baño, porque sabías que no te iba a permitir hacerlo.

—Así es... —confirmó riendo.

—Déjame terminar, anda. Ve a relajarte un rato.

—Ahora nos relajamos juntas. —insistió —En un minuto acabo.

Su cabezonería, a veces era incluso peor que la mía. Con la diferencia, de

que ella sabe perfectamente que me irrita. Y por eso me permite apreciar su sonrisa provocativa, aunque esté a su espalda.

—No me dejas otra opción, que utilizar las armas que no quería usar —le advertí, comenzando un movimiento rápido de mis manos sobre su cintura, en un repentino ataque de cosquillas que la hizo reír desesperada, mientras trataba de dejar los platos en un lugar seguro.

—¡Eres una tramposa! —acusó entre carcajadas —¡Sabes que no soporto las cosquillas!

—Bueno, bonita. —volví a susurrar con misterio —No me dejaste otra opción.

Sin saber realmente cómo, consiguió darse la vuelta y quedar frente a frente, con mis manos aún en su cintura provocando que siga retorciéndose entre risas. Las suyas en cambio, están en el aire, completamente enjabonadas y llenas de espuma. Pero en un intento por defenderse y hacerme parar, decidí restregar esas manos por todo mi rostro, dejando la espuma en él. Por un momento, me detengo ante su repentino gesto. Y después de mirarla con los ojos de venganza más reales que pude expresar, arrebaté el jabón que aún le quedaba en las manos, e hice lo mismo con su rostro, dando comienzo a una guerra de espuma y cosquillas, en la que predominaba la risa ante cualquier otra cosa. A leguas se nota mi ventaja sobre ella. Pues el ligero peso de su cuerpo, me permite ejercer la fuerza suficiente para siempre salir vencedora. Aunque lo cierto, es que me encanta ver como no se rinde nunca, en su intento por ganarme.

—¡Te voy a cortar las manos! —exclamó riendo.

—¡No por favor! —supliqué —Córtame lo que quieras, pero las manos no.

Ni siquiera sé por qué dije tal cosa. Supongo que estaba bromeando entre tanta risa. Pero esa simple frase, fue suficiente para que detuviera en seco nuestro juego y la expresión de su mirada cambiase súbitamente. Me observa fija y seriamente, como si algo le hubiera molestado. Como si algún pensamiento desagradable, hubiera abordado de pronto su mente. Como si en este momento, me tuviera todo el coraje que se le puede tener a una persona. Pero a pesar de eso, no abandonó su posición. Así como yo tampoco abandoné la mía.

Mis manos habían vuelto a su cintura en algún momento y allí permanecen. Las suyas, se encuentran agarrando fuertemente mi camisa, a la altura del estómago. Nuestros ojos se desafían mutuamente. Nuestra respiración acelerada por el esfuerzo del juego, trata de volver a la normalidad. Pero, al menos en mi caso, estoy sintiendo que ocurre exactamente el efecto contrario. Cada vez se me hace más difícil respirar, cada vez, siento su cuerpo más cerca del mío y comienza a golpearme su aliento, como si una fuerza magnética, estuviera uniéndonos más y más. Su mirada sigue expresando cierto atisbo de rabia. Y aunque aún no soy totalmente consciente de lo que está sucediendo, me es imposible poder controlar ni un segundo más, que esta vez sí, la dirección de mis ojos descienda hacia ese lugar al que tanto tiempo he estado evitando mirar. Observo sus labios, ligeramente entre abiertos para dejar paso a su dificultosa respiración y entonces, permito que un suspiro, lleve algo de oxígeno a mis pulmones y coherencia a mi corazón. Aunque en este instante, no estoy segura de que exista demasiada coherencia en ese órgano. Su mano, presiona con más fuerza cada vez mi prenda. Sin pretender acercarme, pero tampoco trata de alejarme. Simplemente la presiona con fuerza, como si estuviera desahogando en ella, lo que sea que esté sintiendo en este momento.

—No puedo más... —susurré cerrando los ojos —Te juro que no puedo más, Anahí.

De pronto, siento como una de sus manos deja de ejercer esa presión sobre mi ropa para colocarse cuidadosamente en mi mejilla, dejando cálidas caricias sobre ella. No me atrevía a abrir los ojos. Solo deseaba que de una vez por todas, esta distancia, que a pesar de ser cada vez más pequeña, estaba resultando igual de larga que cientos de kilómetros, desapareciera de una vez.

Pero de un momento a otro, sin siquiera entender el por qué, Anahí apartó mi cuerpo con brusquedad, y salió corriendo hacia el exterior, dejándome absolutamente aturdida.

Me llevo ambas manos a la cabeza, y siento la necesidad de golpear ligeramente la encimera. Permanezco apoyada en ella, a riesgo de que mi cuerpo se desvanezca por toda esta situación. No entiendo lo que está pasando. Ni mi reacción, ni mis ganas incontrolables de besarla, ni sus caricias, ni su repentina huida. ¡Nada! Lo único de lo que estoy segura, es de que en este momento, mi cuerpo tiembla, como nunca antes había temblado.

Minutos después, decido ir a su encuentro. Al asomarme por el umbral de la puerta, la observo sentada al borde de la madera, con los pies colgando sobre el lago y su mirada perdida en algún lugar de aquel cielo estrellado.

Me aproximo a ella, con pasos minúsculos y silenciosos, tratando de pensar durante el camino, qué es lo que voy a decir. Pero al llegar allí, todo lo que pude haber pensado, se esfuma de mi mente. Solo puedo sentarme a su lado y observar también el cielo, esperando que él y el silencio, traigan consigo, alguna idea de lo que puedo decir.

—Lo siento... —me disculpo por fin, después de unos minutos de completo silencio —Ni siquiera sé lo que ocurrió ahí adentro... Ni nada de lo que está ocurriendo conmigo. —vuelvo a guardar silencio un instante...y suspiro. —Pero mañana a primera hora te llevaré de vuelta. Lo último que quiero, es que te sientas incomoda.

—El simple hecho de pensar en separarme de ti, me produce pánico, Dulce. —la miré absolutamente confundida. No entiendo el significado de sus palabras. A decir verdad, no comprendo nada de lo que ocurre esta noche. —El mismo pánico, que me produce hacerte sufrir.

Cuando me miró, sus ojos estaban ligeramente humedecidos, notándose que unas pequeñas lágrimas se habían escapado de ellos. Entonces, toda mi confusión pareció esfumarse de nuevo, dejando en su lugar, unas profundas ganas de abrazarla y cuidarla, como siempre he hecho.

—No estoy sufriendo —le aseguré mientras secaba con mi dedo pulgar, una de esas rebeldes lágrimas.

—Ahora quizás no, pero tarde o temprano lo harás. —aseguró —Es lo único que se me da bien, Dulce. Hacer sufrir a la gente que le importo. No sé querer a nadie. ¿Entiendes lo que significa eso? Destrozo todo lo bueno que sucede en mi vida. Soy un desastre, Dulce. ¡Un completo desastre emocional! ¡Subo y bajo, voy y vengo! ¡No tengo estabilidad! —continuó desesperada —Ni siquiera puedo cuidar de mi misma... —suspiró, haciendo una breve pausa que pareció calmarla —Y a pesar de sentir lo que siento cuando estoy contigo, me produce terror hacerte daño, y conseguir que termines odiándome el día menos pensando. Me importas tanto, que el simple pensamiento de verte sufrir... me paraliza. Eres... —se detuvo a buscar las palabras exactas —¡Dios, Dul, eres la mujer de la cualquier persona podría enamorarse! Hay miles de chicas bonitas

en el mundo, dispuestas a entregarte todo eso que tú mereces. Dispuestas a llenar tu vida de sueños. Pero yo... yo no soy más que un juguete roto... que lo único, que puede traer a tu vida, es oscuridad.

Sus palabras, en algún momento comenzaron a crear una fuerte presión en mi pecho. Y a pesar de seguir viendo las lágrimas correr por sus mejillas a través de la borrosa visión de mis ojos. Algo me duele. Algo me está irritando y haciendo un daño, que apenas soy capaz de explicar. Por lo que, guiada por un impulso, me vi en la obligación de agarrar su mano y hacerla levantar junto conmigo, con la intención de dirigirla hacia quién sabe dónde. Aunque al principio quiso poner un poco de resistencia en medio de la confusión, no se opuso demasiado y me permitió guiarla hacia el interior de la casa, donde cerré definitivamente la puerta antes de continuar nuestro camino.

Llegamos al cuarto de baño en cuestión de segundos y la posicioné frente al espejo, quedando yo a su espalda, ambas mirando nuestro reflejo a través de él, mientras mis manos se colocaron delicadamente sobre sus brazos. A pesar de estar frente a sí misma, sus ojos están intensamente clavados sobre los míos y viceversa. Podía darme cuenta perfectamente, de que no era capaz de mirarse. Y eso, también me dolía.

—¿Por qué no eres capaz de ver lo que yo veo? —le pregunté, acariciando sus brazos con dulzura —Mírate, Anahí... Eres la mujer más hermosa que he conocido jamás. ¿No lo ves? ¿No te ves? —ella bajó la mirada en un intento por escapar de mis palabras, pero con mucha delicadeza, conseguí que su barbilla ascendiera nuevamente, haciendo que sus ojos se encontraran frente a frente con su propio reflejo —Mírate —volví a pedirle —No importa a quien te parezcas. No importa a quien recuerdes... Observa tu mirada y siéntete capaz de ver, lo mismo que yo veo en ella. A una chica valiente y preciosa. No es sólo el color azul que tienen tus ojos, Anahí. Ni esa risa de bruja contagiosa, que me hace sentir en las nubes —reí entre lágrimas, consiguiendo que ella también lo hiciera —Tampoco es el olor de tu pelo, que consigue hacerme parecer una completa estúpida cuando pasas a mi lado. Ni la forma en la que arrugas la frente cuando quieres protestar, haciendo que únicamente desee abrazarte, hasta dejarte sin respiración. Es tu mirada... Esa, que poco a poco ha ido recuperando el brillo que había perdido. Míralo. —volví a pedir —Ahí está. Eso no puede hacer daño a nadie. Al contrario. —suspiré —Anahí, cuando yo te miro a los ojos... de repente, encuentro sentido a todo lo que ocurre.

Cuando tú me miras a mí... cuando nuestras miradas se encuentran, es como si... como si todo pasara a suceder dentro de nosotras. El exterior, simplemente desaparece. Tienes razón, hay miles de chicas bonitas repartidas por todo el mundo. El problema, —con mucha delicadeza, la volteé para que quedáramos frente a frente, y detuve la huida de una lágrima rebelde que bajaba por su mejilla —El problema, es que en la única mirada que quiero perderme y encontrarme al mismo tiempo, es en la tuya. A la única que quiero cuidar y proteger, es a ti. Y probablemente, no había sido consciente de ello, hasta este momento. Pero ahora lo sé y sé que tienes miedo. Seguramente tanto como yo misma tenga. De hecho, estoy totalmente muerta de miedo en este momento —le sonreí, sintiendo mis labios temblar —No sé lo que te ocurre, y tampoco sé lo que me ocurre a mí desde que te conozco. Esto es una completa locura y probablemente, el mundo entero estaría en contra. Pero me enfrentaré al mundo, una y mil veces, si tú eres la razón. Eso... eso es lo único de lo que siempre he estado segura. Es lo único que tengo claro en este momento. Mi mente, mi cuerpo y sobretodo, mi corazón, me están pidiendo a gritos que... —bajé la mirada a sus labios, y suspiré, antes de volver a enfrentar sus ojos —Déjame amarte, Anahí. Tan sólo déjame amarte... Y te prometo que te amaré, hasta que aprendas a amarte a ti misma.

Ella me miraba fijamente, atenta a cada palabra que pronuncié, dejando el curso de sus lágrimas incontroladas, correr mejillas abajo. No hace nada por detenerlas, así como tampoco emite ni una sola palabra. Sólo me observa, sin ninguna expresión que pueda distinguir, a través de mi vista borrosa y mis ojos empañados. Nuestras respiraciones comienzan a acelerarse una vez más, como mismo habían hecho hace apenas unos minutos en la cocina. Ella cierra los ojos, y deja un pequeño beso en la mano con la que le acaricio el rostro, quedándose después en esa posición. Yo, no puedo evitar también cerrar los míos y dejarme invadir por el tacto de su piel, mojando mi mano.

Suspiro... Y en medio del silencio, mis labios se acercan a su frente, para dejar un cálido y protector beso sobre ella.

Después de eso, detengo mis caricias, me aparto de su cuerpo y salgo a toda prisa del cuarto de baño. Algo me hace sentir que ella necesita estar sola ahora mismo. Y yo... yo simplemente debía tomar aire, antes de que esta extraña sensación, me hiciera explotar por dentro.

Pero justo en el momento en el que voy a cruzar la puerta para abandonar el dormitorio, siento como agarra mi mano, haciéndome voltear con decisión, o quizás con desesperación. Su cuerpo, se encontró con el mío, sin que apenas tuviera tiempo de analizar lo que estaba pasando. Mis brazos rodearon su cintura. Y los suyos, agarraron mi cabello y mis mejillas, evitando a toda costa, que nuestros rostros pudieran separarse más de un centímetro. Vuelvo a sentir su respiración acelerada golpear mis labios. Al mismo tiempo, que el latido de su corazón, parece querer salir de su pecho para introducirse en el mío.

—Hazlo de una vez... —susurró —Ámame, Dulce... Ahora... y para siempre.

Y antes de que pudiera responder, pensar, o simplemente reaccionar, sus labios atraparon a los míos de una forma dulce, a la vez que desesperada.

Me besó...

Haciéndome sentir, que mi corazón se detenía justo en ese instante, para comenzar a latir como jamás antes lo había hecho.

Una intensa demostración de necesidad, estaba dando lugar en nuestros labios. Me necesita... Me necesita tanto, como yo la necesito a ella. Ya no hay marcha atrás, ya no hay nada que pueda detenerme. Su boca, resucitó mis músculos, consiguiendo que me aferre aún más a su cintura, pretendiendo que su delicado cuerpo y el mío, se fundan en uno solo. Es entonces, cuando sus dedos se enredan en mi cabello y cualquier tipo de distancia que aún pudiera existir, es eliminada por completo. Nuestros labios, se abren paso al mismo tiempo, como si de una coreografía, previamente ensayada, se tratase. Y nuestras lenguas se encuentran, produciendo un hormigueo imparable, que asciende desde mi estómago, hasta el corazón. Un corazón, que en este momento, ya no me pertenece.

Nuestras lenguas se acarician suavemente, haciendo que la desesperación calme poco a poco y traiga consigo, simple y pura dulzura. Exploro cada rincón de su boca, dándome cuenta con cada paso, que éste, es el lugar en el que durante tantos años, había deseado estar. Esto, es exactamente lo que anhelaba sentir con un beso. Con un simple beso, que está siendo capaz de remover todo mi interior, como si tuviera burbujas de jabón, flotando de un lado para otro.

Mis manos auto-dirigiéndose, comienzan a rozar su piel por debajo de la ropa. Ya no soy capaz de controlarme. No soy capaz de parar siquiera a respirar, aunque el aire ya no esté llegando a mis pulmones. Ella pareció percatarse de ese hecho, y separa un poco nuestros labios para que ese olvidado oxígeno, hiciera su labor.

La vi sonreír al abrir los ojos y acaricia mi cabello, continuando por mi rostro.

—Si te asfixias, me voy a quedar sin ti —bromeó —Y no estoy dispuesta a quedarme sin ti.

—Lo siento —sonreí respirando con dificultad —No estoy siendo muy capaz de pensar, ni de razonar... y mucho menos de controlarme.

Ella también sonrió, antes de dejar un pequeño, cálido, inocente y tranquilo beso, sobre mis labios temblorosos.

—Nadie te ha pedido que te controles —finalizó en un susurro.

Y esa frase, pareció ser el detonante perfecto. El permiso necesario. La clave que me hacía falta, para volver a besarla. Esta vez, mucho más tranquila... Con una dulzura que jamás antes había ofrecido. Saboreando sus labios de la forma más cuidadosa en la que pude hacerlo. Transmitiéndole amor en cada movimiento. Probablemente, todo el amor que yo, fuera capaz de transmitir. Mis manos, volvieron a jugar con la piel bajo su ropa, sintiendo como ésta se eriza ante el roce de mis caricias. Poco a poco, levanto la prenda con suavidad, dejando a la vista centímetro a centímetro su cuerpo. Ella, alzó los brazos para facilitarme la tarea y en cuestión de segundos, después de haber separado nuestros labios un instante más, su camisa fue a parar hacia algún lugar de la habitación.

Queriendo hacer lo mismo conmigo, aprovechó el momento de separación, para desprenderse también de mi prenda superior. Se detuvo a mirar fijamente mi cuerpo semidesnudo. Con tanta intensidad, que me estremezco por el simple hecho de verla observándome de tal forma. Analiza cada parte de mí, como si nunca antes hubiera visto un cuerpo desnudo frente a ella. Exactamente igual que yo. Que me es imposible poder dejar de observarla, resultándome aún más hermosa de lo que había imaginado. Su abdomen se encuentra ligeramente marcado, como si el ejercicio fuera parte de su rutina

diaria. Quizás lo seguía siendo y yo aún no lo sabía. Su ombligo perfecto, me incita a acariciarlo y jugar con él cuanto me sea posible. Sus pechos, no son demasiado voluptuosos y no por ello, menos hermosos. Al contrario, creo que absolutamente todo de ella, tiene las proporciones perfectas, acorde a su peso y estatura. Realmente, no sabría decir si Anahí es tan perfecta para el resto del mundo, como a mí me lo parece. Y no, tampoco es que a mí me resulte perfecta... Puede que tenga millones de defectos que aún deba descubrir. Pero no se trata de perfección... Se trata de que Anahí, es una persona única. Tan única, como todos los seres humanos que habitamos la tierra. Tan única, como cada una de las personas que lean estas líneas. Y todas esas "imperfecciones", que a ella la convierten en una mujer única, son las mismas que ante mis ojos, la convierten en una mujer perfecta.

De pronto, siento como poco a poco, lleva sus dedos hacia mi estómago, acariciando la piel que encuentra a su paso. Esos pequeños juguetones, se pasean realizando círculos. Provocando que todo el bello de mi cuerpo se erice, igual que ocurriría en un invierno feroz. Su mirada va ascendiendo, al igual que había hecho la mía con ella. Pasa por mis pechos, mis labios... volviendo a encontrarse con mis ojos. Esos, que la esperan impacientes. Entonces, mientras clavamos nuestras miradas la una en la otra, aprovecha para agarrar el borde de mi pantalón y atraerme con decisión hacia ella. Consiguiendo que por fin, nuestras pieles casi desnudas se rocen y nuestros labios se vuelvan a unir, casi sin permiso. En medio de ese nuevo y dulce beso, desabrocha el botón de mi pantalón, dejando que éste caiga hasta mis tobillos, donde yo misma me encargo de apartarlo. A continuación, aprovecho para hacer lo mismo con el suyo, mientras sus brazos se anclan a mi cuello y seguidamente, mis manos acarician su espalda, cuando ni ese pantalón, ni absolutamente nada más, era ya un estorbo. Es entonces, cuando siento la profunda necesidad de girar su cuerpo con decisión, dejando su espalda pegada a mi pecho. El gesto pareció extrañarle en un principio. Pero sin retirar una de mis manos de su cintura, aparto su largo cabello, dejando libre el lado derecho de su cuello, y me inclino ligeramente, comenzando a besar su piel, como mismo había hecho con sus labios. Con dulzura y cuidado. La piel de su costado se erizó en cuanto mi lengua empezó a jugar con su cuello, dejando un número importante de húmedos besos en él. Su respiración se acelera a cada paso de mi boca. Lleva una mano hacia atrás, consiguiendo

encontrar mi cabello y vuelve a enredar sus dedos en mi pelo, acercándose aún más a ella. Cosa por la cual, decido experimentar, realizando pequeñas y suaves mordidas en su piel, consiguiendo estremecerla como deseaba. Analizo poco a poco, cada parte de su firme espalda. Acaricio su piel con una de mis manos, mientras mis labios recorren cada espacio que queda a mi alcance. Esa misma mano, comienza a ascender despacio por su cuerpo. Desde el principio de su trasero hasta el broche de su ropa interior superior, la cual desabrocho con agilidad, deslizando a continuación, las tiras por sus brazos, muy suavemente. Consiguiendo que de una forma muy sensual, la prenda caiga definitivamente al suelo.

Con la misma agilidad y rapidez que antes, vuelvo a darle la vuelta, sintiendo esta vez, como sus pechos desnudos colisionan con los míos, haciendo temblar cada poro de mi piel. Nuestras miradas se encuentran de frente una vez más, permitiendo que nos observemos fijamente.

Es tan hermosa, que no puedo evitar el temblor que sufre mi cuerpo en este momento. Teniéndola junto a mí. Deseando besar cada centímetro de esa piel y hacerle el amor como nadie se lo ha hecho jamás. Como a nadie se lo he hecho jamás.

Trago saliva nerviosa, intentando que eso, traiga consigo alguna fuerza divina, alguna fórmula secreta que me indique cómo debo seguir ahora. ¿Qué debo hacer para que realmente sienta lo que deseo hacerle sentir? Es cierto que no es la primera vez que tengo a una mujer entre mis brazos. Pero hasta este momento, ninguna me había hecho temblar como lo está haciendo ella. Con ninguna me he sentido tan vulnerable. Tan deseosa de amarla, que no sé siquiera por dónde empezar.

Comienzo a andar hacia adelante, provocando que ella vaya hacia atrás hasta llegar al borde de la cama, donde cuidadosamente, y de una forma suave y lenta, ambas quedamos recostadas. Saber que la tengo debajo de mí, con una simple y diminuta prenda cubriendo su cuerpo, me paraliza de un momento a otro. Probablemente es tanto lo que deseo hacerle sentir, que no sé cómo, de qué manera, ni por dónde empezar.

Ella debe notarlo mientras me observa fijamente, porque sonrío con dulzura y lleva sus dedos a mi rostro, acariciándome con suavidad.

—¿Tienes miedo? —susurró

—Estoy aterrorizada.

—¿Por qué exactamente?

—Me haces vulnerable. —reconocí —Desde que nos conocimos, consigues que no razone. Y ahora que te tengo así, tengo miedo de ir demasiado deprisa, hacer algo que no quieras, decepcionarte. Siento que estamos cometiendo una locura y al mismo tiempo, sólo... sólo deseo cometer mil locuras contigo. Y que conmigo, logres encontrar el sentido de la vida. Quiero que lo sientas todo. Y no sé si yo...

—Cariño... —susurró, haciéndome temblar de pies a cabeza —Eso, es exactamente lo que me estás haciendo sentir; todo. Y solamente tú, tienes el poder para conseguirlo, te lo seguro. Así que, ¿decepcionarme? Ni siquiera si te lo propusieras —sonrió. —Estoy haciendo esto, porque no hay nada en el mundo, que desee más ahora mismo.

Cariño. Qué bien suena esa palabra al ser pronunciada por sus labios. Qué manera de llevarse todos mis temores con unas simples palabras. Que hermosa se ve desde esta perspectiva; completa y únicamente mía.

Ahora lo entiendo... yo soy suya. Probablemente desde el momento en el que me miró por primera vez a los ojos. Y esta noche, en esta casa dónde siempre he podido ser yo misma, la voy a hacer mía. Entregándole todo eso que nunca le entregué a nadie.

Me incorporo ligeramente, apoyando mis rodillas en la cama, a ambos lados de su cintura. Y aprisiono sus manos a la altura de su cabeza. La observo fijamente a los ojos, mientras entrelazamos nuestros dedos con tanta fuerza, como si no quisiéramos que nada nos separara jamás. Mi cabello, que antes caía sobre su rostro, comienza a rozar su piel en cuanto desciendo para que mis labios puedan besar con facilidad su cuello. Empiezo a hacer un recorrido descendente por su anatomía. Besando la piel de su cuello, su hombro... Me desvío hacia el centro de su pecho, permitiendo que mi lengua juegue y erice su piel, al tiempo que mis oídos comienzan a inundarse por sus sonidos de placer. Desciendo por la parte superior de su abdomen. Despacio, dedicándole el tiempo necesario a cada centímetro. En el momento en el que me encuentro frente a frente con su ombligo, mi lengua decide que es el lugar perfecto para jugar durante unos segundos. En un instante, su estómago se

contrae y ella emite una risa muy dulce, haciéndome entender que le hago cosquillas. Cosa por la que no pude evitar ascender la mirada un segundo y sonreír con malicia, antes de continuar bajando con mis besos. En cuanto me encuentro con su ropa interior, la deslizo suavemente por sus piernas, observando esta vez sí, todo de ella, hasta lograr que desaparezca por completo. Entonces, vuelvo a colocarme sobre su cuerpo. En esta ocasión, teniéndola completamente desnuda. Sintiéndola en cada poro de mi piel.

Vuelvo a ascender hasta la altura de su rostro y me detengo a observarla, permitiendo que nuestras miradas hablen por sí mismas una vez más. Pero ella sonríe, y no es una sonrisa dulce como las anteriores. Es una sonrisa llena de picardía, que no tardo en descubrir a qué se debe. Sus manos comienzan a bajar por mi cuerpo, hasta llegar a la parte baja de mi ropa interior.

—Igualdad de condiciones... —fue lo último que dijo, antes de deslizar la prenda por mis piernas y conseguir que yo misma, terminara deshaciéndome de ella.

Enseguida, vino la hora de deshacerse de la última pieza de ropa que cubría mi cuerpo. Y de esta forma, ambas quedamos completamente desnudas, con nuestras piernas enredadas, sintiendo cada parte de nuestros cuerpos temblorosos. Ahora sí pude detenerme a observarla, mientras una de sus manos, hacia un recorrido ascendente por mi espalda. Por primera vez, nuestros pechos desnudos se rozaban y a pesar de la excitación del momento, de los deseos por hacerla completamente mía. Algo me impedía dejar de mirarla.

Eso, pareció otorgarle unos segundos de ventaja, que aprovecha para darme la vuelta rápidamente y colocarse sobre mí, aprisionando mis manos a ambos lados de mi cabeza, como mismo hice yo hace unos minutos. Su cabello era el que caía esta vez sobre mi rostro. Nuestros dedos volvieron a enlazarse con fuerza antes de que sus labios descendieran hasta casi rozar los míos. En ese lugar se detuvo. A dos milímetros de mi boca. Haciéndome sentir su agitada respiración y estremeciéndome con su mirada. Entonces, no pude detenerme ni un segundo más, alcé mi rostro ligeramente y atrapé sus labios como si hiciera siglos que no la besaba. Como si fuera la última vez que pudiera hacerlo. Como si tratara de decirle en movimientos, que no importaba lo que sucediera en las afueras de esta casa, ni en el pueblo, ni en la ciudad, ni en su vida, ni en

la mía... No importaba lo que sucediera mañana, porque hoy... Hoy era completamente mía y yo era únicamente suya.

Consigo liberar mis manos para abrazar su espalda y de esta forma, alzo ligeramente mi cuerpo, provocando que ambas quedemos sentadas. Su cuerpo sobre el mío, nuestras intimidades rozándose, nuestros cuerpos deseándose, comienzan un lento baile acompañado de caricias y besos eternos.

Hacer el amor, es mucho más que tener sexo con alguien a quien quieres. Hacer el amor, es entregar tu alma en cada movimiento, besar cada poro de piel con el corazón y no sólo con los labios. Es decir sin palabras, que el mundo adquiere sentido esta noche, en esta cama, en esos ojos... El vaivén de caderas, los gemidos desesperados, el placer, las caricias, todo pasa a ser un simple conjunto de sensaciones, llevándote al lugar más mágico donde jamás has estado. No es simplemente sentir un orgasmo y disfrutar la calma que llega al cuerpo justo después. Es el proceso, el camino... el ascenso hacia ese clímax que te hace entender en un segundo, por qué no te había ocurrido antes. Es ahora cuando entiendo la respuesta. Cuando sus dedos se enredan en mi cabello con fuerza y mis dedos se clavan en su espalda, recibiendo ese estado de máximo placer, que nos lleva a caer hacia atrás completamente exhaustas, inmediatamente después.

Es observando sus ojos, cuando entiendo, que no podía haber ocurrido antes. No supe lo que era hacer el amor, hasta este momento, en el que sus ojos me miran mientras tratamos de recuperar el aliento. Su cuerpo se encuentra cobijado entre mis brazos, mientras su mano posada en mi pecho, siente los latidos de mi acelerado corazón.

Y entonces lo descubro... Descubro esa luz que tanto había buscado. No es la luz que emitía al observar los fuegos artificiales, ni al bailar, ni siquiera al tocar el piano. Es la luz, que sólo puede emitir una persona, cuando se siente amada, cuando ama... Esa, que en medio del silencio, me hace entender lo que siento.

La amo.

Como nunca pensé llegar a amar en esta vida. De esa forma en la que, el significado de esa palabra tan importante, cobra sentido por fin.

—Parece que buscas algo... —me susurró.

Yo sonreí y negué ligeramente con la cabeza.

—Ya la encontré.

—¿El qué?

—La luz de tu mirada.

Me miró fijamente, mientras acaricia el borde de mis ojos con la yema de sus dedos, antes de suspirar y sonreír.

—No la encontraste, mi amor. —corrigió —Tú la creaste.

Y con esa frase, que trajo a mi corazón un soplo de aire cargado de emoción. Continué observándola durante minutos, o quizás fueran horas. Acompañando el silencio de caricias y miradas, el sueño llegó a nosotras en algún momento. Un sueño carente de preguntas o de dudas. Un sueño en el que lo único existente, era su respiración junto a mi oído. La calma de su cuerpo al abrazarme. La paz, que te produce estar en tu lugar. En el único lugar de la tierra, donde deseas y eliges estar.

XVIII

Esos segundos al despertar, justo antes de abrir los ojos, es un momento extraño en el que te preguntas qué ocurre, dónde estás, qué está pasando. Son apenas unos instantes, en los que tu mente trata de separar la realidad del sueño. Intenta situarse en el tiempo y el espacio.

Mi cerebro en este momento, se encuentra luchando frenéticamente con mi corazón. Este último, siente una sensación de bienestar, libertad y felicidad, que jamás antes había sentido. Sin embargo, mi mente me hace barajar la posibilidad de que esa sensación, no haya sido más que fruto de un sueño. Un hermoso sueño que desaparecerá en cuanto abra los ojos.

Aun así, debo hacerlo. Debo enfrentarme a mi realidad, sea cual sea.

Abro despacio los ojos, parpadeando numerosas veces para que la claridad no haga estragos en ellos. Y cuando consigo que mi vista sea completamente nítida, encuentro frente a mí, esa mirada azul que produce un automático hormigueo en mi pecho.

Me observa fijamente sin decir absolutamente nada. Exactamente igual que me observaba justo antes de dormir. Con su mano posada sobre mi pecho, algo de lo que no me había percatado hasta ahora. Me pregunto cuánto habrá estado mirándome. Pero lo cierto es que eso carece de importancia, porque es real... esto es real... y todo lo que sucedió hace unas horas, también es real.

Después de unos minutos, dirige su mano hacia mi rostro y me acaricia con dulzura.

—¿No me piensas dar los buenos días? —preguntó rompiendo el silencio.

—Aún estoy asimilando que esto es real.

—¿Y por qué no iba a serlo?

—No lo sé... Parece un sueño.

—Entonces quizás sea un sueño hecho realidad —Sonrió.

Correspondí la sonrisa y asentí, mientras un nuevo y nada incómodo silencio amenazaba con volver.

—Buenos días, guapa.

—Uhm... —musitó posicionándose sobre mi cuerpo —eso está mucho mejor.

Su pelo caía completamente sobre mi rostro, por lo que me vi en la obligación de colocar un mechón detrás de su oreja para poder observar debidamente, cómo me sonríe.

—¿Preparada para comenzar un nuevo y diferente día?

Ella asintió sin dejar de sonreír. Pero ahora puedo apreciar algo diferente en esa sonrisa, ya no tan alegre.

—¿Qué ocurre? ¿Ya te aburriste? ¿Demasiados días aisladas? ¿Quieres que...?

—Todo lo contrario —interrumpió posando un dedo en mis labios —Me muero por comenzar un nuevo día en este lugar contigo. CONTIGO —repitió enfatizando la última palabra —De esta forma. Pero no puedo evitar sentir tristeza porque es el último día... Y porque hayamos esperado tanto, para estar así.

—¿Y por qué no te lanzaste a mis brazos desde el primer día que llegamos? —bromeé queriendo hacerla sonreír.

—¡Eso es lo peor! —exclamó mostrando indignación, —Que yo lo hice. Pero no tengo la culpa de que tú seas una lenta.

—¿Perdona?! ¿En qué momento te lanzaste a mis brazos? Porque no lo recuerdo.

—En la fiesta del pueblo. Casi te beso. Me acerqué peligrosamente... —comenzó a descender sus labios hasta casi rozar los míos —Y me quedé así un buen rato... —susurró —¿Lo vas recordando ahora? —sólo fui capaz de asentir, al sentir su respiración golpeando mis labios —Pero tú permaneciste absolutamente inmóvil. Ni parpadeabas. —se rio apartándose —Así que...

—Eso no fue más que un extraño y absurdo ataque de celos. —la interrumpí frunciendo el ceño —No cuenta como lanzarse a mis brazos. Lo que hiciste anoche... —sonreí con picardía —Eso, sí fue lanzarte a mis brazos.

—¿Quieres que lo haga de nuevo?

—Lo estoy deseando.

Y antes de que pudiera decir algo más, su boca atrapó a mis labios, consiguiendo que un escalofrío recorriera mi cuerpo de pies a cabeza. No pude evitar estremecerme en cuanto la humedad de su lengua acarició la mía. Se extrañaban, sin duda.

Agarré sus mejillas con delicadeza, queriendo unirla a mí lo más posible y ni siquiera sé cuánto tiempo es que transcurrió. Únicamente estaba concentrada en explorar cada centímetro de su boca. Sentirla, saborearla, acariciarla.

—Admiro profundamente la enorme capacidad de tus pulmones —comentó riendo y respirando con dificultad —Pero al menos yo, necesito oxígeno de vez en cuando.

—Cuando te beso... Me olvido de todo. Incluso de respirar.

—Creo que ya almacené oxígeno suficiente —concluyó sonriendo y volviendo a besarme.

Transcurrieron unos minutos antes de separar nuestros labios otra vez y darnos cuenta, de que el deseo no hacía más que aumentar.

—A este ritmo, nos quedaremos todo el día en la cama. —susurré tratando de respirar con normalidad.

—No creo que eso sea una idea tan descabellada.

—No... Definitivamente, no lo es.

Justo en el momento en el que íbamos a besarnos de nuevo, algo o alguien, se abalanzó sobre la cama como si acabara de ser invitado.

White llegó coleteando hasta nuestro lado y comenzó a reclamar con lametones, la falta de atención que estaba sufriendo en los últimos días.

—¿Qué te tengo dicho acerca de subirte en las camas, sofás y cualquier otra cosa blanda y cómoda que no sea tu lugar para dormir? —pregunté fingiendo que lo regañaba.

—¿Ahora es cuando finges haberle puesto límites? —comentó Anahí, con una sonrisa burlona —Se nota a leguas, que este pequeño es tu niño mimado y le consientes absolutamente todo.

—Bueno, es mi fiel compañero. —reconocí orgullosa —Pero te aclaro, que sí

le pongo límites; muy amablemente, le pido que baje de la cama o el sofá y vuelva a su sitio. Pero se niega —me encogí de hombros —No puede separarse de mí.

—Eres adictiva... —susurró ella, volviendo a descender pícaramente hacia mis labios.

—¿Eso crees?

—Si...

La inminente unión de nuestros labios, fue interrumpida por un sonoro ladrido, que casi consigue matarnos de un infarto. Ambas miramos a White, queriendo cometer un delito al instante, pero no pudimos hacer otra cosa más que reír en cuanto lo vimos moviendo el rabo juguetonamente.

—Está bien, está bien —acepté —Ya nos levantamos.

Ambas nos resignamos y decidimos abandonar la cama de una vez.

Lo primero que hice fue dirigirme al cuarto de baño, mientras ella, después de haber buscado su ropa interior por algún lugar de la cama, comenzó a jugar con White como si de una niña pequeña se tratase. Escuchaba su incontrolable risa y los jadeos del cachorro, tan fuertes, que no pude evitar la tentación de asomarme al umbral y ver lo que estaba pasando, olvidando por completo lo que iba a hacer. La imagen que descubrí, me enterneció al instante; El pequeño, se revolvía y mordía sus manos con cuidado, llenando absolutamente todo de pelo canino. En algún que otro momento, me habría lamentado porque dentro de cinco minutos, mis estornudos serían imparables. Pero en este instante, la visión me parece tan perfecta, que cualquier mal, pierde absolutamente todo su sentido. Y yo, también amenazo con perderme definitivamente al mirarlos jugar. Pero es el momento perfecto. Quiero que esa imagen se quede conmigo toda la vida. Así que, con mucho cuidado de no distraerlos, salgo del dormitorio, en busca de mi cámara fotográfica. No tengo que subir a la buhardilla, porque la que utilizo normalmente, ha estado dentro de la mochila todo el tiempo.

Cuando regreso a la habitación, descubro que han comenzado una lucha de fuerza por hacerse con uno de los cojines que había en la cama. Él lo sostiene con la boca y ella con sus manos. Ríe sin parar y es esa risa, la que me hace olvidar las ganas de matarla por estar permitiendo que destroce mi cama.

Coloco la cámara frente a mi rostro, observo la imagen a través del visor, ajusto los anillos ligeramente para lograr el enfoque perfecto y... capturo una imagen. Y otra. Y otra. Desde diferentes ángulos, captando una gran variedad de sus movimientos, sus expresiones, sus risas. Todo, está quedando grabado en esta cámara, como mismo está grabado en mi retina y en mi corazón. No se ha percatado de mi presencia porque tengo el flash desactivado. La luminosidad que entra a través de la ventana a esta hora, es perfecta. Y además, ambos parecen estar muy concentrados en su juego. Pero de pronto, ella alza la vista y me descubre. Observa la cámara, que aún apunta en su dirección y me sonrío, haciéndome comprender al instante, que soy yo, la que no tenía la más mínima idea sobre el sentido de la vida, hasta hace apenas unas horas.

Correspondo la sonrisa sin más y ella extiende su mano, invitándome a que regrese a la cama. No lo dudo ni un instante. Me acerco y White emite un ladrido, pidiéndome a su manera, que participe en el juego. Anahí me quita la cámara de las manos, lo que me permite poder sentarme sin dañarla y rápidamente tumbo al cachorro boca arriba, comenzando a acariciar efusivamente su panza, haciéndolo retorcer. Entonces escucho un chasquido familiar y detengo un momento el juego, para comprobar cómo acaba de hacer un *selfie* de los tres. Le sonrío, me sonrío. Y continuamos jugando, entre risas, caricias, e instantáneas de esta bonita y perfecta familia que el destino trajo a mi vida.

Al cabo de unos minutos, recuerdo mis ganas de ir al baño y abandono el juego, dejando que ellos continúen en la cama. Aprovecho para darme una ducha rápida con la intención de refrescar mi cuerpo. Pero cuando vuelvo al dormitorio para vestirme, no hay rastro de ninguno de los dos. Por lo que, después de ponerme algo fresco y cómodo, decido salir a la sala. Y exactamente igual que la noche anterior, la observo de espaldas, haciendo algo sobre la encimera de la cocina. Me acerco sigilosamente. Tiene su cabello estratégicamente recogido y enredado en una especie de lápiz. Nunca he sabido hacer eso. Pero lo cierto es que le sienta, extremadamente bien. Mis manos se dirigen solas hacia su cintura, sintiendo un pequeño brinco por su parte, al no esperarme. Pero dicha sensación de susto, debe comenzar a desaparecer en cuanto acerco los labios hacia su cuello completamente descubierto. Ella ladea su cabeza, permitiéndome más acceso. Por lo que

comienzo a ascender con mis labios a escasos centímetros de su piel, prácticamente rozándola, jugando con mi aliento y su cuerpo, mientras mis manos juntan nuestras cinturas.

—Es demasiado peligroso que tengas el cuello tan descubierto... —amenacé en susurros.

—¿Por qué?

—Porque existe una fuerza... —comencé a jugar con mi lengua y su piel —Que me impide separarme de él.

Su respiración comenzaba a acelerarse, sus ojos ya estaban cerrados y para este entonces, lo que quiera que estuviera haciendo previamente, perdió toda su importancia. Se dio la vuelta con decisión para encararme. Y ante mi sonrisa inocente, a la vez que repleta de picardía, respondió comenzando a acariciar mi labio inferior con su dedo pulgar. Analizando con sus ojos, cada centímetro de mi rostro. Llevando sus manos por el mismo recorrido que hace su vista, hasta detenerse en mi mirada.

Allí permanece durante segundos, dejando que el silencio se apodere de la situación, dándome a entender que algo debía estar pasando por su mente. Pues su mirada adquirió cierto atisbo de seriedad.

—Nunca había sentido lo que me hiciste sentir anoche. —confesó —No sé qué es lo que tienes o como lo haces, pero consigues que no quiera estar separada de ti más de 10 segundos. ¿Es eso normal?

—No tengo ni idea —sonreí —Pero si no lo es, te aseguro que me encanta no ser normal.

—¿Y no tienes dudas? ¿Preguntas? ¿No te gustaría saber cómo o por qué sucedió esto?

—Hoy no. —asegué —Las dudas, las preguntas, las complicaciones... Ya habrá tiempo para ellas mañana. Hoy, eres para mí. Y eso es lo único que me importa.

—¿Y tú eres para mí? —preguntó con tono de inseguridad —¿Eres mía?

—Completamente.

Esa simple palabra, pareció ser suficiente para que la seguridad apareciera en su mirada. Anahí podía tener mil problemas de autoestima, de seguridad en

sí misma, o de lo que fuera. Pero a pesar de todos esos fantasmas que podían atormentarla, algo era seguro; ella confía en mí Desde el primer instante. Incluso cuando no confía ni en sí misma.

Me ofreció una sonrisa, mientras acaricio su mejilla con ternura durante algunos segundos.

—¿Qué hacías?

—Prepararte el desayuno —sonrió orgullosa.

Husmeé por encima de sus hombros, descubriendo una gran jarra con zumo de naranja natural, junto a algunas piezas de fruta picadas y mezcladas en un recipiente.

—¡Vaya pinta más deliciosa tiene eso!

—Para que veas, que sé pelar y cortar la fruta desde muy pequeña.

—¿Y por qué no ibas a saber? —le pregunto mientras busco dos vasos para servir el zumo.

—Bueno, como llevas más de dos meses, dejándome la fruta de tu almuerzo, tan cuidadosamente despedazada, como si se la estuvieras preparando a un bebé. Creía que igual alguien te había contado que no sé pelar fruta.

Volteé a mirarla entrecerrando los ojos, observando cómo sus labios dibujaban una sonrisa burlona.

—Además de guapa, resultó graciosa —me quejé mostrándole la lengua —¿Alguna vez te la comiste?

—¿Qué importa eso?

—¿Lo hiciste? —insistí, deteniendo mi tarea de servir zumo para mirarla.

—Alguna vez —confesó, encogiéndose de hombros —A veces pensaba, que si tú creías y esperabas que hiciera algo, quizás podía hacerlo.

—Puedes hacerlo —le aseguré, ofreciéndole uno de los vasos —Cualquier cosa que desees... Puedes hacerla.

Ella me ofreció una pequeña sonrisa, justo antes de llevarse el vaso a los labios para ingerir la bebida. Yo hice lo mismo y me dispuse a abandonarla un momento para acercarme al reproductor de música. Siempre he creído, que no hay mejor manera de empezar el día, que con una pegadiza y divertida canción

a todo volumen. O por lo menos, lo creía hasta que mis días, comenzaron con ella a mi lado. Entonces descubrí que esa, era la mejor manera. No obstante, me apetece contagiarle la alegría que desprende este CD, que acostumbro a escuchar con el volumen al máximo, cada mañana que despierto aquí. Lo mejor de tener una casa tan aislada de la sociedad, es que los vecinos no van a quejarse.

Le doy al play y comienzan a sonar los primeros acordes de una movida canción, a la que rápidamente empiezo a subirle el volumen, con la intención de que no pueda escucharse ninguna otra cosa.

—¡Tú madre está sorda! —le grita a White.

La miro y la veo con el ceño fruncido, sosteniendo con una mano el vaso de zumo y con la otra, tapando su oído. White a sus pies, no deja de moverse contento, completamente acostumbrado a esto y viene hacia mí coleteando. Entonces acerco el vaso a mis labios, y como si fuera un micrófono y la sala mi escenario, comienzo a gesticular la letra de la canción, mientras camino hacia ella.

—No sé qué tiene tu voz, ni el porqué de ese mal humor. Tan distante y tan molesta... —Su cara de pocos amigos al recibirme, me hace sonreír. —¡Pero no hay otra mejor! —sonríe y da de cabeza —Tienes fama de mujer, diferente a las demás. Por eso es que me gustas... ¡cada día más! —extiendo mi mano y la invito a bailar por toda la sala —Eres fuego y eres mar. Si me miras; ¡ay, ay, ay! —su incontrolable risa ante mis exagerada interpretación, me impide parar de hacer la payasa —Tan imperfecta, que eres perfecta. ¡Esa es la verdad! Eres lluvia y eres sol, calma y tempestad de mi corazón. —le doy una vuelta y continuamos bailando por la sala.

Por supuesto, sin olvidarnos del desayuno. Entre vuelta y vuelta que nos regresa a la cocina, un pedazo de fruta va a parar a su boca. Otro a la mía. Y así, entre risas de complicidad, miradas repletas de dulzura, música a todo volumen y pequeños juegos en los que el tenedor, terminó resultando un auténtico Boeing 747, continuamos desayunando, bailando y disfrutando.

Yo nunca había sido así; tan ridícula y payasa, con esta continua necesidad de hacerla reír a carcajadas, de lograr que se relaje y se deje llevar. Mis continuos intentos por alegrarle cada minuto de su vida, están haciendo que conozca una parte desinhibida de mí, de la que hasta ahora no tenía constancia.

Pero me gusta. Me encanta que estando juntas, perdamos el control y nos falte oxígeno para reír.

Reír, es la mejor terapia.

Minutos más tarde, habiendo apagado primero el reproductor de música, agarro su mano y nos dirijo hacia el exterior de la casa, donde nada más cruzar el umbral de la puerta, observamos como el sol mañanero irradia su luz sobre el lago. En un principio, la luminosidad tan intensa afecta mis ojos, ocasionando que parpadee con frecuencia y apenas pueda abrirlos. Pero al dirigir mi mirada hacia Anahí, la descubro sonriendo de lo más tranquila.

—¿Cómo es posible que teniendo los ojos tan claros, no te afecte la luz?

Sin responder absolutamente nada, se acerca despacio, con su aire sugerente, seductor, a la vez que dulce, rodea mi cuello con su brazo y une nuestros labios en un beso cálido e inocente, que no por dicha sencillez consigue que mi estómago, deje de sufrir ese hormigueo incontrolable que lo invade cuando se me acerca, cuando me toca o simplemente cuando me mira. Para este entonces, cualquier otra cosa pasa a un segundo plano.

—¿Mejor? —preguntó al separar nuestros labios, permitiéndome sentir aún su calidez muy cerca de mí.

—No hagas eso si un día discutimos, ¿vale? Porque luego no voy a recordar ni por qué estaba enfadada...

Su risa llegó, volviendo este paisaje y esta mañana, aún más perfecta de lo que ya era.

—Tienes los ojos muy sensibles.

—Lo sé. A veces resultan un auténtico fastidio. Pero bueno, olvidemos mis faceta de vampiro por un momento —volví a agarrar su mano —¡Vamos! ¡Quiero enseñarte algo!

—¡Espera, espera! ¿Dejamos la puerta abierta? Estoy en pijama.

—¡Oh! No, claro que no.

En este pueblo nunca ocurre nada. De hecho, son escasas las personas que transitan por esta carretera y descubren mi casa. Pero no sé cuánto tiempo vamos a tardar en regresar, así que prefiero no correr el riesgo de llegar y no encontrar si quiera las almohadas.

Cierro la puerta y vuelvo a su encuentro, agarrando nuevamente su mano.

—Vale, ya solucionaste uno de los problemas. ¡Pero sigo estando en pijama!

—Eso no es un pijama. —corregí sonriendo —Es un pantalón corto y una camiseta. Así que, ¡vamos! —exclamé agarrando su mano y consiguiendo que comenzara a andar con paso apresurado.

—Definitivamente, correr a primera hora de la mañana por un bosque solitario y en pijama, es algo que sólo podría haber hecho contigo —rio. —Pero oye... ¿Dónde está White?

—No te preocupes por él. Suele salir a olfatear los alrededores cuando le apetece. Volverá a casa en cuanto se aburra o tenga hambre. Por eso construí su pequeña entrada. ¡Ahora, corre!

Sin dar más explicaciones, aceleré el paso, ocasionando que empezáramos a correr por en medio de los árboles y arbustos, bordeando el lago. Lo cierto es que no había ningún motivo para ir tan rápido. Pero me gustaba la sensación de libertad que produce hacerlo y la euforia que Anahí comienza a sentir. Es curioso darse cuenta, cómo todo lo que antes disfrutaba, adquiere un nuevo sentido realizándolo junto a ella. Lo que parecía bueno, pasa a ser perfecto. Y sentir la unión de nuestras manos, corriendo en libertad por este lugar, en el que tantas veces he estado para olvidarme del mundo, hace que juntas creemos un nuevo mundo.

En cuestión de minutos, avanzamos por un pequeño camino que poco a poco deja atrás los árboles, dando paso nuevamente a una vista del lago, aún más hermosa de la que habíamos apreciado hasta ahora. Una pequeña orilla, completamente despejada de árboles, hace que la profundidad sea inferior, y el color, de un azul mucho más claro que el resto del agua. De todos los kilómetros que rodean el lago, sin duda, este es mi rincón favorito. Y sólo durante las primeras horas de la mañana, el agua adquiere este color que le da nombre.

Anahí lo observa todo completamente hipnotizada y maravillada.

—Este lugar es precioso...

—¿Ves el color del agua? —le pregunté observándola asentir —Pues de ese color se ponen tus ojos, cuando les da el sol.

—¿Calipso?

—¿Lo recuerdas? —me sorprendió que recordara aquella conversación.

—¡Por supuesto! Prometiste que un día me lo enseñarías.

—Y aquí estamos.

Me miró con una sonrisa cargada de curiosidad y permaneció así un instante, hasta que volvió la vista hacia esa agua casi transparente.

—Así que, este es tu color favorito.

—Y mi lugar favorito —añadí. —Solía venir cada mañana a disfrutar de la vista o bañarme en la orilla.

—¿Tú sola? —asentí ante su pregunta —¿Y cómo lo descubriste?

—Seguramente, en alguna de mis solitarias excursiones cuando era pequeña. Solo sé que se convirtió en costumbre venir cada día a primera hora, para disfrutar del único momento en que el sol le daba este color al lago. Solo ocurre en días soleados y las primeras horas de la mañana. Así que, me gustaba aprovechar esos momentos.

—Entonces... Nunca has venido aquí con nadie. Soy la primera con quien lo compartes.

—A no ser que consideres a White como "alguien" —le sonreí —Sí, eres la única a la que he querido mostrarle este lugar.

—¿Y eso por qué? —insistía, mostrándome confusión y curiosidad —¿Por qué nunca has querido mostrárselo a nadie?

—Soy muy celosa con mis cosas, Any. Siempre he tenido la sensación de que si comparto mis lugares con alguien, cada vez que esté en ese lugar, inevitablemente recordaré a esa persona. Y necesitaba tener un rincón neutro, que solo me perteneciera a mí, dónde mi mente pudiera desconectarse del mundo.

—Entonces ¿por qué a mí, sí? ¿Y si un día no quieres recordarme? Ya no te vas a sentir bien en este lugar.

—Ahí está la diferencia; contigo siento que no importa lo que suceda a partir de ahora, porque el recuerdo de lo que estamos viviendo, de lo que hemos vivido estos días, no va a traerme otra cosa más que felicidad. Quiero

compartirlo todo contigo, enseñarte todo lo que soy, que conozcas a una Dulce, que pocas personas o nadie, han conocido. Además, soy consciente de que recordaré todo esto, aunque huya a miles de kilómetros de distancia. Así que, lo único que nos queda, es disfrutarlo juntas. Quiero que entiendas algo —la volteé, agarrando sus mejillas para mirarla fijamente a los ojos —Esto que está pasando, es la locura más increíble que podría llegar a vivir. Y aunque me saques un lado cursi que creía que sólo podía mostrar escribiendo; cada sonrisa que me regalas, hace que cualquier cosa en esta vida, merezca la pena. De verdad... es que no puedes hacerte una idea de lo que significa verte reír, tus ojos brillar, correr sin importarte nada. Vivir... Vivir siendo feliz... Es... Es...

—Por favor... —interrumpió agarrando mis mejillas con decisión —Ven aquí.

Y sin dejarme decir una sola palabra más, sorprendiéndome incluso a mí misma, atrapó mis labios con desesperación. Como si hiciera días que no me besara. Como si necesitara de mis labios para sentirse viva. Consiguiendo que una vez más, olvidáramos el significado de la palabra respirar y de cualquier otra palabra que pudiera existir.

Segundos más tarde, separó nuestros labios y la observé cerrar los ojos.

—No es posible que seas así —me dijo respirando agitadamente —No es posible que me estés haciendo esto...

—¿Qué te estoy haciendo? —le susurré, juntando nuestras frentes con su misma desesperación.

Abrió los ojos. Y sentí su mirada clavarse en la mía, tan cerca, tan intensa.

—Me estás enloqueciendo...

—Ya estabas loca, ¿recuerdas? Vives en un manicomio.

—Ya... Pues tú no te quedas atrás; seduciendo a tu desquiciada paciente.

—Y me encanta —aseguré —Pienso seguir seduciéndote... y enloqueciéndote... para no dejar de vivir nuestra... ¡bonita locura!

Tras decir eso, la abracé por la cintura, haciendo la fuerza necesaria para cargar su cuerpo y contagiándome de su risa al haberla pillado desprevenida, nos metimos poco a poco en el agua.

—¡Dios, está congelada! —exclamó en cuanto sus pies se hundieron en el frío

lago.

—Aún es demasiado temprano. El sol no ha tenido tiempo de templarla.

En el lugar en el que estamos, el agua apenas nos llega un poco por debajo de las rodillas. Se encuentra tan calmada y transparente, que perfectamente podemos ver nuestros propios pies sobre la mezcla de arena y piedras.

Anahí se desprendió de mí y avanzó unos pasos hacia el interior, donde se quedó observando al frente, la inmensidad del lago Turquesa, rodeado de árboles y montañas hasta donde nuestra vista alcanza. Pero el agua continuaba creciendo en la lejanía, hasta quien sabe dónde. La imagen de estos momentos, es propia de una hermosa postal promocional de vacaciones. Con la diferencia, de que este lugar no era ni mucho menos de tránsito turístico. Es más, parte de su encanto, es la intimidad que encuentras y la escases de turismo. Me pregunto entonces, ¿Cuántos lugares habrá en la tierra, tan hermosos como este y desconocidos para el mundo? Sin duda, una gran aventura sería, salir en busca de esos lugares. Disfrutar de los rincones hermosos que tiene nuestro planeta y que aún no hemos podido destruir.

—No te haces una idea de lo interesante que resultas, cuando tu mente se ausenta para filosofar sobre vete a saber qué cosa.

Ni siquiera me había percatado del momento en el que se dio la vuelta y comenzó a observarme. Ahora, tendía su mano con una sonrisa, esperando que dejara de "filosofar" como había dicho, y me reuniera con ella. Cosa que por supuesto, ni siquiera dudé en hacer.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó mientras me recibía.

Como si estuviéramos en una pista de baile, giré su cuerpo sobre sí misma para que pudiera volver a observar el paisaje que teníamos enfrente. Perdió un poco el equilibrio, cosa que nos hizo reír a ambas, pero fui capaz de sostenerla y quedarme en aquella posición; a su espalda, con mis brazos rodeando su cintura, y su cabeza apoyada sobre el lado izquierdo de mi rostro.

—Algún día, te llevaré a descubrir más rincones como este, alrededor del mundo.

Ella levantó la vista para observarme a los ojos. Deteniéndose en ellos algunos segundos.

—Es tan grande tu capacidad de soñar.

—¿Y es eso malo?

—No... —negó ligeramente —Pero hoy en día, las personas suelen tener los pies atados al piso. En cambio tú, continuamente quieres volar.

—El secreto está, en que tus pies pisén el suelo y tu mirada roce el cielo... —le dije, dirigiendo mis ojos hacia el mismo y suspiré antes de volver a mirarla —No sé en qué momento, nuestra vida comienza a limitarse en pasar las hojas de un calendario. Tachas un día, esperando que llegue el siguiente. Vives un lunes, deseando que sea viernes. Y así, sucesivamente. No sé a qué edad empieza a ocurrir, pero llega un momento en el que te das cuenta, que estás viviendo de esa forma y el problema es que tienes demasiadas cosas en juego para cambiarlo ahora. Te acostumbras, es lo más fácil... entonces continuas.

—Sí. Es difícil cambiar algo a lo que estás acostumbrado.

—Muy difícil —confirmé —Pero no nos damos cuenta de que, la elección está en nosotros. Las opciones son únicamente dos; vivir o sobrevivir. Y los resultados también son dos; puede salir bien o puede salir mal. Pero la decisión de arriesgarnos, es nuestra. No quiero limitarme a sobrevivir más.

—Soy un globo. —afirmó seriamente.

Aquella repentina y extraña frase, además de hacerme reír sonoramente, me confundió bastante.

—¿Perdón?

—Sí. Soy un globo. —repitió —Cuando hablas, siento que mis pies se van despegando de la tierra con cada palabra, y comienzo a flotar sin siquiera darme cuenta. Sin manejarlo... Simplemente al escucharte e imaginar ese tipo de vida, me siento volar. Y lo más extraño del asunto, es que consigues que lo desee. Que desee empezar a partir de este momento, a volar de tu mano.

No pude evitar observarla con una sonrisa de estúpida absolutamente incontrolable. Un globo —reí en mi interior —¿Es esta chica real? Agarré sus mejillas con ternura y después de mirarla unos segundos. Me arrodillé, hundiendo una de mis piernas bajo el agua y mojando en el acto el pequeño pantalón que tenía puesto.

—Anahí Valente. —mencioné, extendiendo los brazos hacia los laterales, como si estuviera a punto de recitar el poema más romántico de la historia. O en cualquier caso, de pedirle matrimonio — Aquí, en mi rincón favorito, frente a mi chica favorita... Yo te prometo; que vas a ser un globo, por el resto de tu vida.

Su rostro pasó a dibujar una especie de sonrisa e incredulidad, que expresaban algo así como: "Que estúpida eres, pero como me gusta", mientras rodeaba mi cuello con sus brazos, y se dejaba caer, consiguiendo que mi cuerpo arrodillado perdiera el equilibrio, y ambas quedáramos sentadas, sin importar en absoluto la ropa que ya estaba empapada.

—Que estúpida eres... —confirmó uniendo nuestras frentes.

—¿Pero cómo te gusta?

—Como me encanta...—susurró —Me encantas.

No pude esperar ni un segundo más para demostrarle quien encanta a quien. Atraje su cintura hacia mi cuerpo, consiguiendo que casi accidentalmente, nuestros labios se unieran con deseo... Y allí, en aquel pequeño rincón del lago, entre juegos de risa y complicidad, con los árboles y montañas de testigo, con el agua bañando nuestros cuerpos; Le hice el amor. De la misma forma en que se lo había hecho la noche anterior. Pues no había una manera diferente en la que pudiera hacérselo. Mis manos, no conocían otra forma de acariciarla. Mis labios, de besarla. Y mi corazón, de amarla.

XIX

Unidas de la mano, y riendo sin parar, corrimos entre los árboles hasta llegar a la casa. El camino de vuelta fue perfecto para que nuestra ropa, a causa de la pequeña brisa, perdiera un poco de humedad y dejara de soltar agua. Cosa que no sucedió con nuestro cabello, que continuaba empapado.

No habíamos puesto un pie en la pasarela de madera, cuando White apareció por aquella pequeña puerta que le daba acceso a la casa y corrió hacia nosotras, entre ladridos de alegría y movimientos exagerados de su cola. Se nos abalanzó y dio varias vueltas a nuestro alrededor mientras avanzábamos hacia la entrada. Esa siempre era su forma de dar la bienvenida. Y Anahí parecía adorarla, ya que se entretuvo a jugar con él mientras yo abría la puerta.

—¡Dios! ¿Por qué se le cae tanto el pelo? —exclamó, al entrar dos segundos después de mí.

—Me hago la misma pregunta cada vez que veo la alfombra de mi casa —sonreí —Y el sofá... y el asiento del coche... y...

—Vale, vale, lo capto —interrumpió —Tienes un perro con alopecia.

El comentario y verla intentando despegar las matas de pelo blanco de su cuerpo mojado, me hicieron expulsar una risa casi inevitable.

—La verdad es que últimamente desprende más de lo habitual. A lo mejor es como los árboles, cuando pierden sus hojas en otoño —me encogí de hombros y me incliné para acariciarlo —O quizás está estresado. ¿Estás estresado, guapo?

—Oye, oye, oye —me detuvo Anahí, apartando mis manos del cachorro y colocándolas alrededor de su propia cintura —Así que, ¿no soy la única a la que llamas guapa?

—Sí. Al él lo llamo guapo y a ti guapa. Así que, eres la única.

—¿Y quién es más guapo de los dos? —susurró acercándose a mis labios de forma sugerente.

—Me defenderé de esa pregunta recordándote, que ya te había advertido, que es el amor de mi vida.

Sus labios y sus ojos se abrieron enormemente, al tiempo que se separaba a observarme, con una expresión de total indignación.

—¿Sabes lo que te digo? Que me voy a bañar. Ahí te dejo con tu guapo.

Antes de que pudiera alejarse demasiado, llegué hasta ella y la abracé por la espalda, consiguiendo que se detuviera al sentir mis brazos rodear su cintura.

—Celosa... —susurré en su oído.

—Idiota... —contraatacó.

Con un movimiento rápido, giré su cuerpo para que quedáramos cara a cara. Observando una sonrisa en su rostro.

—Oh... ¿Ahora quieres un beso?

—Es que, él es muy guapo —me encogí de hombros —Pero tu besas demasiado bien. No me puedo resistir.

—Con que...¿no te puedes resistir?

Negué ligeramente con la cabeza y una sonrisa, mientras sus labios se acercaban peligrosamente a mi boca.

—Eres la única adicción que no puedo controlar.

—¿Por qué resulta tan difícil estar separadas más de un minuto? —preguntó, haciéndome sentir su respiración golpeando.

—Porque yo te molesto, tú finges indignación, pones cara de niña berrinchuda, me derrites, te encanta derretirme... —sonreí —Y la cadena vuelve a empezar una y otra vez...

—Me gusta esa cadena —susurró.

Nuestros labios volvieron a unirse de una forma casi inevitable. Lo cierto es que ninguna de las dos parecía querer evitarlo. ¿Cómo voy a querer evitar, algo que me hace sentir una especie de explosión dentro de mi cuerpo? La sensación es tan indescriptible. He llegado a pensar que lo emocional y lo físico se unen. Mi corazón se acelera notablemente cuando siento la calidez de sus labios sobre los míos. Se acelera, consiguiendo que al aumentar el ritmo

de sus latidos, la sangre corra por mis venas a una mayor velocidad, llevando esa energía a cada espacio de mi cuerpo y haciéndome sentir más viva, más fuerte.

—Será mejor que me despegue de ti, si quiero bañarme en algún momento del día —sonrió mientras abríamos los ojos.

—Estoy de acuerdo en todo, menos en lo de que será lo mejor.

—Bueno... También podrías bañarte conmigo.

—Tentador... —suspiré dejando caer mis hombros —Y seguramente me arrepentiré toda la vida de rechazar esa oportunidad. Pero tengo que hacer algo.

Separó su cuerpo del mío unos centímetros para mirarme con el ceño fruncido y los brazos en jarra, agarrando su propia cintura.

—¿Qué tienes que hacer, más importante que bañarte conmigo?

—Empezar a cumplir tus sueños.

Con una sonrisa misteriosa, me acerqué para darle un beso en la frente y después de guiñarle el ojo, me dirigí hacia la puerta.

—¡Vuelvo enseguida! —fue lo último que dije antes de abandonar la casa, sin voltear a ver su reacción.

En menos de un minuto, llego hasta mi coche y emprendo el camino hacia el pueblo. Aún hay ambiente de fiesta por estas calles. Los niños corretean en la plaza y los ancianos se reúnen para jugar a alguno de sus juegos favoritos.

Mientras conduzco el auto, me asaltan los recuerdos de la última vez que estuvimos aquí. Apenas ha pasado una noche y parece que ha transcurrido mucho tiempo desde entonces. No puedo evitar sonreír al recordar. En aquel momento, mientras bailábamos entre la multitud, mientras huíamos de los ataques de agua o mientras observamos abrazadas los fuegos artificiales, ni siquiera podía llegar a imaginar lo que sucedería justo una noche después. Y muchos menos, podía imaginar la felicidad que iba a sentir en este momento. La sensación de libertad... Algo que me dice, que todo sucede por alguna razón. Todo ocurre cuando debe ocurrir. Y sea lo que sea, ese algo, me está explicando que ella estaba destinada a llegar a mí. Y que todo lo sucedido, es

parte de un plan ideado por alguna fuerza, para que dos simples seres humanos sin rumbo, descubrieran el auténtico significado de la palabra felicidad. Puede resultar algo egocéntrico este pensamiento. Pero lo cierto, es que no lo creo. Estoy convencida al cien por cien, de que todos y cada uno de los seres humanos, tenemos derecho a sentir esa felicidad, al menos una vez en la vida. Al fin y al cabo, esa es nuestra conquista. Y no importa que dure unos minutos o toda una vida. Porque eso, es por lo que todos comenzamos a luchar, desde el momento en que venimos a este mundo.

Entre tanto pensamiento, llego al lugar que buscaba y detengo el coche justo en la puerta. Suerte que el establecimiento se encuentre abierto hoy domingo. De no ser por las celebraciones del pueblo, hoy estaría absolutamente todo cerrado.

Al entrar, la campanilla que hay sobre la puerta, anuncia mi presencia, como mismo ha hecho desde que soy muy pequeña. El recuerdo de ese sonido, siempre ha venido acompañado por un particular olor a vida y naturaleza, que me invade en cuanto pongo un pie en esta floristería. Al fondo, la imagen de aquella anciana, por la cual han pasado los años y sin embargo, continúa haciendo lo mismo que siempre ha hecho. Tijeras en mano, cuida de sus hermosas plantas y dedica su vida a este lugar que mi abuela tanto adoraba.

Ella levanta la vista, en cuanto siente mi presencia. Sonrío y eso es motivo suficiente para que abandone su tarea y se dirija hacia mí.

—¿Dulce? ¡Oh por Dios! ¿Eres tú?

—Doña Olga —avanzo para darle un profundo y cariñoso abrazo.

—No has cambiado nada, cariño.

—Tampoco hace tanto tiempo que no nos vemos.

—Oh sí... Ya hace algunos años que no vienes a visitar a esta anciana.

—Tiene razón. —acepté sonriendo —Prometo venir a verla cada vez que visite la casa del lago.

—Te tomo la palabra, jovencita. Si desapareces, no podré heredarte esta floristería.

Ese recuerdo me hizo reír casi incontrolablemente. Doña Olga era la mejor amiga de mi abuela. Durante mi infancia y adolescencia, pasaba mucho tiempo

en esta floristería, haciéndole compañía y dejando que me enseñara todo acerca de su oficio. Me gustaba preparar ramos y tomar fotografías de ellos y de cualquier flor o planta que me resultara especial. Ella tiene razón y hace algunos años que no vengo a verla. No sé el motivo exacto; falta de tiempo, tal vez. Dejades, quizás. A veces ocurre, cuando creces y aumentan tus responsabilidades, vas con prisa a todos lados y olvidas detenerte a disfrutar aquellas cosas realmente importantes, como por ejemplo, dedicar tiempo a una persona y un lugar, que tan feliz me hizo alguna vez.

—¿Aún se acuerda de eso?

—Por supuesto. Todos los veranos me repetías que algún día, cuando yo ya no pudiera, tú te harías cargo de este lugar. Asegurabas que no podía haber un trabajo mejor que cuidar y oler las flores cada día.

—Y sigo creyéndolo. Este lugar tiene un olor y una magia especial, que perdura aunque pasen los años.

—Así es. —confirmó asintiendo —Pero te aseguro que eso, no es lo más hermoso de trabajar en este lugar.

—¿Ah, no?

—No, cariño. Lo más especial, es que durante todos estos años, he sido testigo de cómo cada una de las personas que han venido a comprar flores, buscaban el ramo perfecto para regalar a alguien importante. Ya fuera en vida, o para llevar a un cementerio. Pero siempre, llegan hasta aquí pensando en otra persona. Y creo que de ahí viene la magia. En cuanto alguien pisa esa puerta y suena la campana, en su mente, hay otro ser humano al que quiere sorprender. Como probablemente también esté en la tuya ahora mismo... —aseguró con una tierna sonrisa —¿O Me equivoco? ¿Qué te trae por aquí? Porque por muy doloroso que resulte reconocerlo, no creo que vengas simplemente a verme.

—Muchas veces he venido simplemente a verla. Pero en este caso, no —sonreí con cierta culpabilidad —No se equivoca. Aunque sinceramente, no estoy buscando flores. Quiero algo que pueda plantar junto al lago; un árbol pequeño o una planta. Algo que no necesite atención diaria, pero que pueda crecer. —la miré con duda —No sé si estoy pidiendo demasiado.

—En la vida, cualquier cosa que quieras hacer crecer, precisa de cuidados, cariño.

Analiqué por un momento ese comentario, dándome cuenta de que estaba completamente en lo cierto y a pesar de todo, no me había detenido a pensarlo.

—Tiene usted razón... —suspiré dejando caer mis hombros —Mi problema es que solo puedo venir al lago los fines de semana. Por eso estaba buscando algo que no necesitara atención diaria. Pero sí, definitivamente, tiene razón.

—Bueno, si es por eso, no te preocupes. Yo me encargaré de cuidarlo cuando tú no estés. Además, creo que tengo algo perfecto para ti. Acompáñame.

Sorprendida a la vez que intrigada, seguí a doña Olga hacia un pequeño rincón repleto de macetas. Una vez allí, escogió directamente una de ellas y la puso en mis manos, permitiéndome observar como un diminuto brote verde, sobresalía por la tierra arenosa.

No es realmente lo que esperaba. Vine buscando un árbol pequeño o algo realmente fuerte. Ella pareció notar la primera decepción en mi mirada.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —explicó mientras sonreía —Lo que tienes en tus manos, es un brote de bambú.

—¿Bambú? —me sorprendí observándolo con detenimiento —¿Esta cosa tan pequeña?

—Esa cosa tan pequeña, con los cuidados y la atención adecuada, se convertirá en una de las plantas más resistentes que existen alrededor del mundo. El bambú, por su gran elasticidad, es capaz de soportar huracanes, tormentas y terremotos, volviendo seguidamente a su posición inicial. De ahí, que los sabios orientales, de las zonas más propensas a catástrofes naturales, construyan sus edificaciones a base de esta caña. Dicen, que tener espíritu de bambú, significa saber adaptarnos a las situaciones con las que nos encontramos, para más tarde, salir airosos de dichos momentos difíciles. —Me observó en silencio un instante y seguidamente, sonrió con esa ternura que la caracterizaba —Sea cual sea el motivo por el que decidiste plantar algo en el lago justamente ahora y no en otra ocasión, creo que debe ser bastante importante en tu vida. Así que desde la humilde opinión de esta anciana, que tantas cosas ha visto a lo largo de los años. Te aconsejo que plantes bambú. Te

darás cuenta cómo durante mucho tiempo, no lo verás crecer ni un centímetro. Probablemente incluso creas que lo plantaste mal. ¿Pero sabes por qué? Las raíces, durante muchos años, crecen y se fortalecen anclándose con mucha fuerza a la tierra. Una vez eso esté conseguido. Una vez la base sea fuerte y resistente, comenzará a crecer y en apenas unos meses parecerá querer llegar al cielo. Este árbol es lo más parecido que existe a la vida, al amor e incluso a nosotros mismos, Dulce. Siempre, hay que construir una buena base, dedicarse a ella, cuidarla, anclarla a la tierra... Solo de esta forma, conseguiremos que crezca algo fuerte, resistente y eterno.

No sé en qué momento de esta historia, mi corazón había aumentado el ritmo de sus latidos y mis ojos observaban emocionados esta pequeña planta verde que tenía entre mis manos. En cierta forma, algo conseguía que me recordara a ella; pequeña, aparentemente delicada, pero con un interior fuerte y capaz de soportar cuanta tormenta ha llegado a su vida en los últimos años.

—Esto es justamente lo que vine a buscar —confirmé por fin.

—Llevo años sin verte, y sigues siendo la misma niña ilusionada que se dejaba maravillarla por las cosas más simples.

—Si supiera que hasta hace muy poco, ni siquiera yo lo recordaba.

—¿Y qué ocurrió?

—A veces, mientras intentas ayudar para que una persona se encuentre, sin darte cuenta, te reencuentras a ti misma.

La anciana mujer sonrió, entendiendo perfectamente el significado de mis palabras. Seguramente no fuera un secreto para ella, dada la experiencia que debía tener en la vida.

—¿Cuánto le debo por esto? —pregunté refiriéndome a la planta.

—Nada, cariño. Eso es un regalo.

—Oh no, de ninguna manera. Esta es su tienda y yo en este momento soy una cliente.

—Dulce, ¿Cuántas flores has vendido en este lugar sin nunca recibir nada a cambio? ¿Crees de verdad que voy a cobrarte una planta, después de años sin verte?

Conseguir que esta mujer cambiara de idea, era una misión absolutamente

imposible. Así que, me limité a sonreír mientras negaba con la cabeza y ella mostraba una expresión de satisfacción en su rostro lleno de ternura.

—Debo irme, doña Olga. —informé con un poco de tristeza. —Pero le prometo, que vendré a verla más a menudo.

—Iré cada dos días al lago, para asegurarme de que el bambú recibe los cuidados necesarios.

—No me gustaría que se molestara, usted está...

—¿Vieja? —interrumpió sonriendo.

—Cansada —corregí con la misma sonrisa —Iba a decir cansada.

—Aún tengo mucha vitalidad, jovencita. Además, me vendrá bien tener una excusa para visitar ese lugar tan hermoso. Desde que tu abuela murió, son pocas las veces que he ido a pasear.

—Sabe que está invitada a esa casa, siempre que lo desee.

—En algún momento te haré una visita, para que me cuentes todas esas novedades que seguramente tienes.

Asentí y me acerqué a ella para abrazarla como mismo hice al llegar.

—La esperaré encantada —susurré.

Y con una última sonrisa por parte de ambas, salí de aquella tienda que tantos recuerdos me traía, con un pequeño brote de bambú entre mis manos. Antes de volver al coche, me acerqué a uno de los pequeños puestos que había por toda la calle, y adquirí lo último que necesitaba para definitivamente emprender el camino de vuelta a casa, donde ella me esperaba.

Tardé apenas unos minutos en llegar a mi destino. En cuanto apagué el motor del coche, escuché los ladridos de White, que salía a mi encuentro para darme la bienvenida. Pequeños zarandeos en su cabeza, fue mi forma de darle las gracias por recibirme con tanta alegría como siempre lo hacía. A medida que me iba acercando a la puerta, captaba un extraño y aparentemente delicioso aroma, que se hizo más patente en cuanto atravesé el umbral introduciéndome en la casa.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —pregunté olfateando el espacio.

Anahí, que estaba de espaldas en un principio, preparando algo en la

cocina, se dio la vuelta en cuanto me escuchó hablar.

Se había puesto otra ropa al salir de la ducha, aunque por algún motivo había decidido permanecer con el mismo estilo. Una camiseta de andar por casa y un pantalón corto, ajustado. Simples prendas, que a mí me harían parecer una vagabunda, a ella le sentaban a la perfección. O al menos, así era ante mis ojos. Además, lleva el pelo recogido despreocupadamente, dejando a la vista la gran mayoría de su rostro, que por algún motivo, hoy está bañado por un brillo especial. Su amplia y luminosa sonrisa, hace que de un instante a otro, olvide por completo aquello por lo que pregunté en cuanto atravesé la puerta. Algo que yo no controlo, me impulsa a llegar hasta a ella y sumergirla en un abrazo intenso. Provocando, que ese olor que había percibido segundos antes, pierda absolutamente toda su importancia en cuanto soy invadida por su propio y fresco aroma. Ella corresponde automáticamente el abrazo, ejerciendo exactamente la misma fuerza que yo. Permanecemos en silencio durante varios segundos. Hasta que algún tiempo de después, la siento desprenderse mientras agarra mi rostro para obligarme a mirarla.

—¿Estás bien? —pregunta con cierto tono de preocupación pero sonriendo.

—¿Me crees si te digo que te eché de menos?

Su sonrisa se amplió considerablemente.

—Yo también a ti, mi amor.

Y otra vez, ese ya conocido hormigueo, cuyo camino avanzaba desde alguna parte cerca de mi estómago, hasta algún lugar en el interior de mi pecho, al escucharla decir esas dos últimas palabras.

Por un momento, en el que mi cerebro amenazaba con perderse de nuevo en su mirada, recordé ese peculiar olor, que cada vez invadía más la casa.

—¿A qué huele? —le pregunto, intentando volver a olfatear al más puro "estilo White".

—A nuestro almuerzo.

—¿Estás cocinando?!

Tras mi sorpresa, asintió con una sonrisa de orgullo. Me acerqué al fogón y descubrí en el interior de una cacerola repleta de agua, una especie de cestitas flotantes, que en mi vida había visto.

—Cappelloni al prezzemolo —"aclaró" después de ver mi expresión de confusión.

—Oh... —Asentí —Creo que acabas de dejarme aún peor —ambas reímos —Cape...¿Qué?

—*Cappelloni al prezzemolo* —repitió aquel nombre, con un sensual acento italiano, que con tal de escuchárselo de nuevo, le repetiría la pregunta cien veces. —Vas a disfrutar por primera vez en tu vida, de una receta *tradizionale* de la auténtica Toscana italiana.

—¿Qué gran privilegio! —exclamé sorprendida —No me habías contado que te gustaba cocinar.

—Adoraba hacerlo con mi abuela. De hecho, esta receta la aprendió ella, durante el tiempo que vivió en Italia cuando mis padres se conocieron. Pero ya sabes que, desde hace mucho tiempo no soy capaz de disfrutar la comida, por lo que cocinar no entraba dentro de mis aficiones favoritas. —se acercó a la cacerola y comenzó a sacar las pequeñas cestitas para escurrirlas —Pero tenías que probarlo. Estoy segura de que te va a encantar, aunque tuve que improvisar un poco con los ingredientes que encontré.

—Tienen un aspecto delicioso. ¿Necesitas ayuda?

—No te preocupes. Sólo falta untarlos de mantequilla y estarán listos. También hay una especie de ensalada de pasta y fruta en el frigorífico.

—Entonces voy preparando la mesa —sugerí sacando el recipiente del lugar que me dijo, observando una mezcla bastante elaborada y con un aspecto también delicioso —¿Tanto tardé, que te dio tiempo de hacer todo esto?

—Si, tardaste bastante —sonrió —¿A dónde fuiste, por cierto?

—Necesitaba comprar algo en el pueblo y me entretuve hablando con una vieja amiga de la familia. Me habría gustado que la conocieras.

—Entonces no haberme abandonado —volvió a sonreír, haciéndome fruncir el ceño.

—No te abandoné. Solo quería sorprenderte. Pero en algún momento iremos para que la conozcas. Pasé gran parte de mi infancia con ella ¿sabes? Es dueña de la floristería del pueblo. Y cuando era pequeña, aseguraba que ese era el mejor trabajo del mundo —reí —Estar rodeada de flores y árboles, huele tan

bien. Pura naturaleza.

En cuanto terminé de hablar, se creó un repentino silencio que me hizo buscar su mirada, y la encontré observándome fijamente, con el plato lleno de esas cestitas entre sus manos.

—¿Por qué me miras así?

—A veces me pregunto, como demonios tu vida dio un giro tan grande para que terminaras estudiando psicología, cuando eres algo completamente contrario a eso. Pero de pronto, recuerdo que si no hubiera sido así, no nos habríamos conocido, y entonces, dejo de preguntármelo.

La observé en absoluto silencio, analizando la seriedad con la que acababa de pronunciar esas palabras. Y la forma en la que dejaba el plato sobre la barra americana que hoy nos serviría de comedor.

—No tengo nada más que añadir —sonreí.

Y de esta forma, después de que ella correspondiera la sonrisa, sin nada más que decir al respecto, procedimos a sentarnos para comenzar a disfrutar de un almuerzo que por el momento, promete bastante.

Fui la primera en probar las cestitas, bajo su expectante mirada. Saboreé un pedazo muy despacio, porque todavía estaba algo caliente. Pero a medida que el alimento adquiría la temperatura de mi boca, el paladar iba captando un sabor a queso fundido, que debió otorgar algún brillo diferente a mis ojos, pues en su rostro, comenzó a dibujarse una sonrisa de satisfacción absoluta.

—Sabía que te gustaría —comentó.

—No he dicho nada aún. —espeté, tratando de llevarle la contraria. No puede ser tan lista.

—No hace falta que lo hagas. Sé descifrar perfectamente tu mirada.

—¿Ah sí? ¿Y qué dice ahora mismo?

—Que te encantan esos Cappelloni, —repitió —Pero no tanto como yo.

Fruncí el ceño tratando de intimidarla antes de contestar, pero en ningún caso, hizo desaparecer esa sonrisa de su rostro, por lo que me vi en la necesidad de sonreír también y dar de cabeza, al tiempo que llevo otro pedazo de ese alimento hacia mis labios.

—Absolutamente deliciosos —confirmé. —Deberías dedicarte a esto. Abrir un restaurante solamente de Cape...

—*Cappelloni al prezzemolo* —volvió a repetir, queriendo ayudarme.

—Puedo pasarme el resto del día fingiendo no recordar el nombre, sólo para que me hables con ese acento italiano.

Mi mirada inocente, provocó que ella negara ligeramente con la cabeza, al tiempo que me ofrecía una sonrisa y a continuación, comenzó también a disfrutar de sus cestitas rellenas de queso y algún que otro condimento, que le otorgaban un sabor realmente exquisito y diferente. Lo cierto es que todo estaba delicioso. Para tratarse de una persona que ha estado años sin cocinar y lo que es peor, sin sentir gusto por ningún tipo de alimento, tanto la curiosa forma en la que preparó la pasta, como estas desconocidas cestitas de queso, estaban resultando un auténtico manjar. Mi rostro debía expresarlo de esa forma, pues durante todo el almuerzo permaneció con una sonrisa de satisfacción en sus labios, orgullosa de su trabajo.

Tardamos apenas unos minutos en devorarlo todo. O más bien yo, porque ella, continuaba alimentándose con lo justo y necesario. Y a decir verdad, no podía exigirle más de eso en tan poco tiempo. Bastante ha logrado por el simple hecho de conseguir saborear y disfrutar la comida. Por lo tanto, en este momento, la cantidad era lo de menos. Y sin duda, este es un trabajo que requerirá esfuerzo y mucho tiempo. Pero ella está en el camino correcto.

—¡Llegó la hora! —exclamé mientras terminaba de poner la vajilla en el fregadero y sacaba del mueble, un instrumento que mi abuela solía utilizar para hacer sus plantaciones.

—¿La hora de qué?

—De comenzar a cumplir tu lista de sueños.

Seguidamente, agarré su mano y la conduje hacia la salida, no sin antes, llevarme el pequeño bambú que previamente había puesto sobre la mesa de la sala. Ni siquiera sé el motivo, pero me siento emocionada, prácticamente como una niña pequeña cuando está a punto de recibir un regalo.

Tanta era dicha emoción, que en cuestión de segundos conseguí que abandonáramos la pasarela, llegando hasta una porción de tierra entre el lago y los árboles. Comencé a buscar a nuestro alrededor, el sitio perfecto, hasta

que me detuve en ella y descubrí que me miraba atenta y confundida.

—Debes buscar el lugar perfecto para plantarlo —informé cediéndole la pequeña maceta. La cual, simplemente observó en completo silencio —Es bambú.

—¿Bambú? ¿Esto tan pequeño?

—Yo dije exactamente lo mismo —reí —Pero doña Olga, me contó una historia por la cual no pude resistirme.

—¿Qué historia?

—¿Sabes por qué parece tan pequeño y delicado? —ella se encogió de hombros a modo de negación, mientras intercalaba su mirada entre la planta y yo, demostrando intriga —Dicen que durante muchos años, sólo crecen sus raíces, de forma que se pueda crear una buena base, un interior fuerte y resistente, el cual sirva de agarre cuando lleguen tormentas, huracanes o incluso terremotos. Es por ello, que los orientales construyen sus edificaciones a base de bambú, porque gracias a su flexibilidad, cuando llega una catástrofe, tiene la capacidad de adaptarse y volver a su lugar más tarde. Creo que no hay otro árbol en el mundo, que pueda definir mejor tu espíritu. Eres aparentemente delicada, y sin embargo, has sido capaz de soportar cuanta tormenta ha llegado a tu vida en los últimos años. No importa cuántas veces hayas tropezado, sigues aquí, luchando por vivir. Quiero que tu interior esté tan sano y cuidado, que pueda agarrarse a la tierra como hacen las raíces del bambú. Para que crezcas tan alto, que llegues hasta donde desees y ni siquiera la tormenta más grande pueda derrumbarte.

Al ver que no pronunciaba ni una sola palabra, extendí mi brazo, ofreciéndole la pequeña pala para que comenzara a plantar el brote. Sin dejar de observarme, aceptó el instrumento, miró un instante la maceta que tenía entre sus manos y volvió su vista hacia mí.

—Quiero que lo plantes conmigo —sentenció, creando una expresión de sorpresa en mi rostro —Quiero que construyamos nuestra base, tan fuerte y resistente, como la que creará este bambú. Y que ocurra lo que ocurra, esto sea la prueba, de que lo que ha sucedido estos días, es real. Lo más real que me ha ocurrido jamás.

Como mismo yo había hecho anteriormente, al ver que la observaba sin

pronunciar una palabra, notablemente emocionada, me ofreció la pala con la que íbamos a cavar el pequeño hoyo. No pude hacer otra cosa más que sonreír. Pues no había mucho que pudiera decir. Es cierto que no tengo frente a mí, a la mujer más sencilla del mundo. Esa con la que podré vivir una vida perfecta, libre de complicaciones, en la que todo será fácil o lleno de alegrías. Es cierto que esto que está creciendo, se encuentra muy lejos de ser un cuento de hadas perfecto. A decir verdad, cualquier relación, está lejos de ser tal cosa. Pero también es cierto, que cuando la miro, como en este instante, siento que es a la única persona a la que deseo estar mirando. No quiero que haya otra mujer menos complicada, más sencilla frente a mí. La quiero a ella, únicamente a ella.

Con una sonrisa, que en nuestro idioma era la única señal que necesitábamos, ambas nos arrodillamos sobre la tierra arenosa y comenzamos a cavar un pequeño hoyo en el que juntas, comenzamos a trasplantar el bambú.

Después de unos minutos, logramos acabar la tarea, observando como el pequeño brote de hojas verdes, sobresalía ligeramente por encima de la tierra.

—Es muy pequeño —me dijo con tono de preocupación —¿Qué ocurre si alguien lo pisa?

Miré un momento a mi alrededor, tratando de buscar solución a esa posibilidad, que sin duda podía ocurrir.

—¡Tengo una idea! —exclamé poniéndome de pie y comenzando a reunir piedras de un tamaño considerable, pero que no pesaran demasiado. Una vez había conseguido el número suficiente, volví junto a ella y comenzamos a colocarlas alrededor de la planta, de forma que dejaran a la misma en el interior de un círculo —Así estará protegida. Pero creo que deberíamos hacer una especie de cartel, ¿No te parece? Así también servirá para que doña Olga sepa ubicarlo cuando venga a cuidarlo. Me aseguré que se haría cargo cuando yo no estuviera.

—Me parece perfecto —confirmó ilusionada.

Prácticamente corriendo, como dos niñas que parecían estar a punto de jugar con su juego favorito, subimos a la buhardilla, donde guardaba las pinturas de mi abuela y algunas herramientas que aún conservaba de mi abuelo. Adquirimos los materiales necesarios para pintar y pedazos de madera

que nos servirían para crear un cartel improvisado.

De la misma forma, entre risas y carreras, llegamos al mismo lugar, donde el bambú se encontraba rodeado y protegido por aquel círculo de piedras. En ese lugar, comenzamos a dar forma al cartel localizador, uniendo dos tablas de madera y adornándolo a nuestro gusto.

Así transcurrió el resto de la tarde; entre risas, juegos que consiguieron que hubiera más pintura en nuestra piel que en la madera, etc. Teniendo como resultado, un bonito cartel, que anclado junto a la planta, lleva plasmado un mensaje: "Corazón de bambú. AyD". Nuestras iniciales no podían faltar, por supuesto.

—¿Y ahora qué? —me preguntó.

—Ahora ya puedes marcar como cumplido, el primer sueño de tu lista.



Al cabo de unas horas, la oscuridad nocturna había cubierto nuestro cielo, dejando a la vista esas miles de estrellas, que cada noche alumbraban este lugar, aportándole una magia que probablemente no tuviera ningún otro sitio.

Anahí observa el cielo desde el que parece haberse convertido en su lugar favorito los últimos días; la pasarela, que le permite dejar sus piernas caer sobre el lago, mientras White permanece a su lado, reclamando muestras de cariño y yo los observo a ambos desde el umbral.

Un atisbo de miedo me invade, al pensar si algún día tendré la oportunidad de poder volver a disfrutar esta imagen. Nadie sabe lo que ocurrirá a partir de mañana. Esta es la última noche del fin de semana más increíble que he vivido en toda mi vida, y aunque hasta este momento me había negado a mí misma, la oportunidad de pensarlo, es cierto que no quiero que esto termine. No quiero salir de este mundo. Nuestro mundo.

Me acerco sutilmente a ellos, observando cómo White alza la cabeza en cuanto siente mi presencia. Sin decir una sola palabra, me siento a espaldas de Anahí, consiguiendo que su cuerpo quede entre mis piernas.

Ella, deja caer su espalda sobre mi pecho, probablemente para sentirme más cerca. Acaricio un momento la cabeza del cachorro y a continuación, rodeo su

cintura con mis brazos, dejando que un incontrolable suspiro desaparezca en algún lugar de la inmensidad del lago.

—Cuando te traje a este lugar —comencé a hablar, mientras ella se aferraba también a mis brazos —tenía la esperanza de que consiguieras encontrar tu sitio en el mundo. Y no sé, si todo esto haya funcionado. No sé si en algún momento de estos últimos días, has conseguido encontrarle algún tipo de sentido a la vida. Lo que sí sé, es que en tus ojos hay una luz que antes no veía. —ladeó su rostro para mirarme —Y quiero decirte, que si es esto lo que necesitas, si es aquí donde encuentras un mínimo de felicidad, si es este lago, o este cielo, este pueblo, no sé, lo que sea... Es tuyo, Anahí, ¿entiendes? No necesitas perderte de nuevo. Todo esto existe, y te estará esperando hasta que quieras regresar.

—Esto es hermoso —comentó, volviendo su vista hacia la nada —Como dices; este lago, el cielo, lleno de tantas estrellas como no había visto jamás, el pueblo hermoso, repleto de habitantes que sin siquiera conocerte te ofrecen su sonrisa, White... Todo, es probablemente, lo más bonito que me haya tocado vivir jamás —volvió a mirarme —Pero a pesar de todo eso, donde realmente encuentro mi lugar, es aquí, Dulce... entre tus brazos. ¿Alguna vez has sentido que te encuentras en el único lugar dónde desearías estar? —preguntó sin intención de obtener respuesta —Yo no. Hasta este momento. Y no puedo evitar sentir, que podría enfrentar al mundo entero con una sola mano, siempre y cuando, tú estés sosteniendo la otra.

Son tantas, las palabras que quiero decir, que no puedo pronunciar siquiera una de ellas. Solamente soy capaz de mirarla. Y es en sus ojos, en los que entiendo el significado de un sentimiento, que jamás antes había conocido.

Siempre he sido capaz de elegir en el amor. Elegir conocer a alguien, elegir salir con alguien. Elegir alejarme si sale mal. Durante los cuatro años en los que he estudiado psicología, me han recalcado una y otra vez, que el amor es una elección. Puede que en algunos casos sea así. Tú decides cuando comenzar algo o cuando terminarlo. Pero desde el momento en el que conocí a Anahí, comencé a entender, que ya no era capaz de elegir absolutamente nada. Cuando la miro, cada centímetro de mi piel me pide a gritos que la proteja, que la cuide, y simplemente... que la llene de amor.

Apartó repentinamente su mirada de mí, consiguiendo que aquellos

pensamientos me abandonaran un instante.

—¿Qué es eso? —preguntó sorprendida, señalando hacia un lugar en el cielo, en el cual se observaban pequeños faroles luminosos comenzando a volar hacia las estrellas.

—El cierre de las fiestas —comunicué —Hoy el pueblo termina sus celebraciones. Y es tradición hacerlo, lanzando un farol luminoso que asciende hacia el cielo con un deseo escrito en su interior. Es cuestión de fe, creer que dicho deseo se cumplirá en su ascenso hacia las estrellas.

—Mira qué hermoso... —susurró emocionada —Ojalá estuviéramos allí para lanzar uno.

—¿Qué te hace pensar que desde aquí no podemos hacerlo?

Rápidamente me miró sorprendida y con una sonrisa misteriosa, busqué una bolsa que previamente había colocado a mi espalda antes de sentarme. De dicha bolsa, extraje lo que parecía ser uno de esos farolillos, aún doblado y por supuesto, sin encender.

Su expresión pasó a mostrar una mezcla de sorpresa e ilusión al mismo tiempo, que convirtieron este momento en algo aún más mágico de lo que iba a resultar. Con una sonrisa, le ofrecí un rotulador de color negro y seguidamente, me arrodillé un poco más atrás, dejando espacio para que el farol quedara entre ambas, posado sobre la madera.

White trataba de husmear, igual de emocionado que nosotras.

—Debes escribir lo que más desees —informé.

Me miró en completo silencio, con aquel rotulador entre sus manos, aumentando mi expectación. Y después de unos segundos, comenzó a escribir sobre la superficie de aquel farolillo de papel.

Una vez finalizada, me ofreció el rotulador, con la misma sonrisa que yo lo había hecho previamente. Después de aceptarlo, me atreví a descender la mirada para descubrir lo que había escrito, sintiendo como mi corazón se aceleró en el momento en que mis ojos descubrieron esa frase:

"Tú y yo... Más allá de las estrellas"

Volví a observarla, más emocionada que sorprendida, sintiendo ese hormigueo en mi pecho que solo ella podía provocar. Solo sus ojos, podían

provocar. Solamente la...

Descendí la vista una vez más y comencé a escribir allí mi deseo. Aquello que anhelaba convertir en eterno. Eso, que se ha convertido en el fin de cada cosa que hago. Aquello, por lo que todo ha adquirido un nuevo sentido.

"La luz de tu mirada"

Cuando alcé la vista, ella continuaba observando la frase, hasta segundos después, en los que sus ojos me encontraron y ambas sonreímos.

Nos pusimos en pie al mismo tiempo, agarrando cada una un lado del farol para que se inflara con el viento. Nos colocamos de frente al lago, observando como a lo lejos, los que eran lanzados en el pueblo continuaban ascendiendo cielo arriba, iluminando el espacio como si de pequeñas estrellas de fuego se tratase.

Le ofrecí a Anahí un encendedor, para que prendiera ella misma la llama que lo hiciera volar. Pero justo en el momento en que iba a hacerlo, mientras yo sostenía el farolillo, me miró fijamente, ofreciéndome una sonrisa e indicándome que lo hiciéramos juntas. No esperé ni un segundo en cuanto entendí lo que pretendía. Coloqué una de mis manos sobre la suya, y presionamos juntas el encendedor, consiguiendo que rápidamente la llama ardiera. Nos volvimos a dedicar una mirada acompañada de una sonrisa, que era la señal necesaria, para soltar al mismo tiempo el farolillo, permitiendo que comenzara su ascenso hacia las estrellas.

Es una emoción indescriptible observar como esa pequeña luz, que transporta en ella nuestros sueños y deseos, vuela en la inmensidad. Dejándose dirigir por el aire, hacia quien sabe dónde.

Es imposible adivinar cuantos sueños se encuentran ahora mismo sobre nosotras. Cuantas personas han escrito en esos faroles, lo que desean con todo su corazón. Es increíble, observar ese farol iluminado alejarse y darme cuenta, de que mi mayor deseo, mi más grande sueño, lo tengo justamente aquí, a mi izquierda, entrelazando en este momento sus dedos y los míos, presionando con fuerza y observando cómo nuestros sueños, llegan mucho más allá de las estrellas.

XX

Hay muchas formas en las que dos personas pueden hacer el amor. Hasta hoy, siempre había pensado que se trataba de sexo, de entregar tu cuerpo a alguien que amas con el fin de sentir placer. El placer de las caricias, de los besos o incluso de las miradas. Sin embargo, llevo horas con el rostro de una mujer a la que conozco hace apenas tres meses, apoyado sobre mi pecho, ascendiendo y descendiendo al ritmo de mi respiración, sintiendo la calidez de su aliento golpeando mi piel, acariciando su pelo. Y no hay una sola persona en el mundo, capaz de asegurarme, que esto no es hacer el amor.

Lo último que pretendo es parecer una chica cursi, que toda su vida ha soñado con cuentos de hadas y finales felices, que cree encontrar al amor de su vida en la primera persona que produce mariposas en su estómago.

Alguna vez, mientras estudiaba en la universidad, me explicaron que esas famosas mariposas, existen; se trata de una alta producción de adrenalina, a causa de un estado de nerviosismo, que provoca en tu cuerpo ese hormigueo momentáneo al que llamamos "mariposas revoloteadoras". También me aseguraron, que esa sensación física, dura apenas unos meses cuando comienzas una relación o cuando conoces a alguien que te gusta. Estoy completamente convencida de la veracidad de esa teoría. Tanto, como lo estoy de que hay algo más allá de esas mariposas. Hay una sensación, que está lejos de poder ser explicada por médicos o psicólogos. Y es la que siento en este momento. No siento que tengo entre mis brazos a mi media naranja, mi alma gemela, aquella persona de la que me separaron en alguna otra vida, y en algún momento debíamos volver a reunirnos para que mi vida se sintiera completa. Yo soy una persona absolutamente completa, que en este momento, tiene entre sus brazos, a otra mujer igual de completa. No me siento la mitad de nada. Me siento parte de algo. Un "algo" hermoso, verdadero, sano, intenso y fuerte. Tan fuerte como nada que haya sentido antes.

—Me gustaría escuchar tus pensamientos, de la misma forma en que puedo escuchar a tu corazón.

El susurro inesperado de su voz, hizo que el mismo mencionado, se

acelerara de un momento a otro.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —le pregunté, dejando un tierno beso en su cabello.

Alzó ligeramente su rostro, apartándolo de mi pecho y recostándolo a la altura del hombro, de forma que pudiéramos quedar cara a cara. Entonces, me encontré con sus ojos una vez más, y toda la lógica que debe poseer una estudiante de psicología, fue olvidada al instante.

—No creo que ninguna de los dos hayamos dormido más de una hora esta noche. —aseguró ofreciéndome una tierna sonrisa.

—¿Cómo estás tan segura de que no he dormido?

—Porque el sonido de tu corazón disminuye cuando lo haces, al igual que tu respiración se vuelve más pausada. Y sé perfectamente que llevas toda la noche despierta. Pero parecías tener mucho en lo que pensar, así que no quise interrumpirte.

—La mitad de la noche la he pasado disfrutando de la sensación que me produce tenerte entre mis brazos. Y la otra mitad, pensando y analizando dicha sensación.

Llevó una de sus manos a mi rostro y acarició el borde de mis ojos, mientras permaneció observándome fijamente un instante.

—No puedes evitar buscarle la lógica a todo, ¿verdad?

—¿Es así como me ves? —le pregunté con intriga.

—No. Creo que vives en un conflicto continuo, entre lo racional que te han enseñado y lo irracional que tu corazón te enseña.

—¿Y cuál crees que lleva la ventaja?

Con algo de seriedad en su rostro, introdujo muy lentamente una de sus manos por el interior de mi camiseta. Ocasionalmente, no sólo que mi piel se erizara a su paso, además, yo misma pude sentir como los latidos de mi corazón, aumentaron considerablemente en cuanto posó su mano sobre mi pecho y sonrió al notarlo.

—Él es el líder —concluyó con una sonrisa.

Asentí y permanecí inmóvil mientras su mano descendía despacio,

bordeándome el rostro hasta mis labios. Cuando llegó a ese lugar y sus ojos se posaron en ellos, una especie de fuerza magnética, nos atrajo la una a la otra. Nos besamos de una forma dulce y pausada. Como si el tiempo se detuviera en los movimientos de ese beso. Como si fuera un pacto que en este momento, alguna parte de nosotras estaba realizando. Un pacto de unión, más allá de estas paredes y mucho más allá de los límites de este pueblo. En cualquier lugar, en cualquier momento, este sentimiento, sería tan real como en este preciso instante.

Nos besamos hasta que la falta de oxígeno se hizo notable. Aunque yo hubiera seguido haciéndolo a pesar de ello. Sin embargo, tuvimos que separar nuestros labios y cierto atisbo de tristeza me invadió, en cuando me encontré de nuevo con sus ojos y ese brillo que siempre tienen después de besarnos. Ese, al que tan adicta me estoy volviendo.

—Aún ni siquiera amanece y ya debemos irnos.

—Nos espera un largo camino por delante —respondió sonriendo.

En un principio, no entendí el motivo de su sonrisa. Es cierto que el camino de vuelta a la ciudad dura aproximadamente sesenta minutos, y a primera hora de la mañana, debemos estar en La cascada, pero no entiendo qué tiene eso de bueno. Aunque después de unos segundos, en los que su sonrisa no disminuía, entendí el significado tras esa frase. Ciertamente, puede que el fin de semana haya terminado y que en unas horas, todo volverá a la rutina del mundo real. Pero no existe preocupación alguna, cuando veo en sus ojos, que realmente, nos espera un largo e intenso camino, juntas.

Abandonamos la cama de muy mala gana, como mismo terminamos de preparar el resto de cosas. White se vio sorprendido al sentir movimiento tan temprano, pero no le costó demasiado levantarse y rondar a nuestro alrededor mientras reuníamos las mochilas, nos vestíamos y dejábamos la casa completamente lista.

Echamos un último vistazo a la sala. Yo, para asegurarme de que todo estaba en orden, luces y llaves apagadas, etc. Ella, probablemente para recordar cada rincón de este lugar que ciertamente, poseía una magia especial.

Cerré la puerta minutos después y comenzamos a avanzar agarradas de la mano, por el camino de madera que llevaba hasta el final del lago. White iba

unos pasos por delante, siendo completamente consciente de que nos dirigiáramos al auto para comenzar el camino de vuelta a "casa". Cosa que probablemente, tampoco le hiciera demasiado feliz.

Aún se podían apreciar algunas estrellas en un cielo ya no tan oscuro. El sol comenzaría a aparecer de un momento a otro, aunque por ahora, nos permitía seguir apreciando estos últimos minutos de una noche hermosa como ninguna otra. Ambas observamos hacia la lejanía y probablemente el mismo recuerdo de hace algunas horas, nos asaltó a las dos; esos miles de farolillos iluminados, volando hacia algún lugar de la inmensidad. Llenando el cielo de un color anaranjado, lleno de deseos que en algún momento se llegarían a cumplir.

Le permití unos minutos de soledad, que aproveché para llegar al coche, guardar las cosas en el maletero y dejar que White ocupara su sitio en el asiento trasero. Cuando volví a su encuentro, se encontraba de espaldas, contemplando atentamente la casa, el lago y absolutamente todo lo que tenía frente a ella. Rodeé su cintura con mis brazos y abracé su cuerpo, permitiendo que reposara un instante su nostalgia sobre mi pecho. También yo, me permití un momento de observación, de relajación, de simplemente disfrutar la vista de esta casa, que en tantas ocasiones he abandonado y sin embargo, en ninguna de ellas me había causado tanta nostalgia como ahora.

—Volveremos... —le aseguré después de unos segundos.

Su rostro se giró a la derecha para mirarme y pude percibir cierto atisbo de duda e inseguridad en su mirada.

—¿Me lo prometes?

Con una sonrisa ante su cara de confusión, entendí que no había otra forma de hacerle sentir seguridad, más que uniendo nuestros labios con dulzura y dedicación, desterrando el miedo hacia cualquier lugar lejos de nosotras. Cuando abrí los ojos, su mirada a pesar de tornarse diferente y vacía de inseguridad, continuaba esperando una respuesta o confirmación.

—Promesa sellada con un beso —sentencié —Son irrompibles.

Eso pareció ser suficiente, para que sus labios volvieran a dibujar una sonrisa. Y de esta forma, comenzamos a dejar atrás el lugar, dirigiéndonos definitivamente hacia el coche, que durante los próximos minutos nos llevaría

de vuelta al mundo. Un mundo, que probablemente siguiera exactamente igual que hace tres días, mientras que en nuestro propio mundo, absolutamente todo, había cambiado por completo.



Nuestras manos permanecieron entrelazadas durante todo el trayecto. Trayecto que recorrimos en absoluto silencio, disfrutando de la suave música que emitía el reproductor y del paisaje, que nos permitió ver un amanecer progresivo, avanzando al mismo tiempo que los kilómetros. El tacto de su mano bajo la mía y el simple conocimiento de que está a mi lado, observando concentrada nuestro avance por carretera, es probablemente la mejor sensación que pueda experimentar durante un viaje. Nuestro silencio nunca resultará incómodo. Al contrario, es la compañía perfecta.

Y es precisamente durante ese silencio, cuando entiendo que el amor, al contrario de lo que asegura la conocida frase; "Los amores reñidos, son los más queridos", debe ser sinónimo de paz, de tranquilidad. Si tu mente experimenta una constante sensación de perturbación o angustia, algo anda mal. Por eso estoy tan segura de lo que siento y de lo real que ha sido esto. Porque si ahora mismo, alguien me preguntara; ¿qué es lo que me hace querer luchar? Respondería sin dudar, que en su mirada, encuentro paz. Y así lo confirmo cuando su vista abandona la ventanilla para descubrirme observándola de reojo. Aprecio una ligera sonrisa en sus labios. Suspira y nuestras manos se unen con más fuerza, mientras continuamos avanzando hacia adelante en la carretera.

Al cabo de unos minutos, nos encontramos estacionando el vehículo en la entrada de "La Cascada". Ella continúa en la misma posición; observando por la ventanilla la fachada de ese edificio, que durante los últimos meses ha sido su casa. No puedo evitar preguntarme qué estará pasando por su mente, aunque puedo llegar a imaginármelo. Le cedo unos minutos de tiempo y espacio, hasta que sus ojos están preparados para enfrentarme y se da la vuelta para mirarme. Me muestra una expresión mezcla de tristeza, resignación y aunque suene extraño, también felicidad.

—Lo único que me consuela, es saber que estar ahí dentro, significa estar cerca de ti.

Una de mis manos sostiene fuertemente el volante, con la intención de que esa presión sea suficiente, para que el ritmo de mi corazón disminuya después de haber escuchado esa inesperada frase. A pesar de lo que está a punto de ocurrir, no tengo miedo y a través de mis ojos, intento transmitirle tranquilidad, para que ella tampoco lo tenga.

—Aún ni siquiera has salido del coche y ya estoy deseando comenzar mi turno —sonreí.

—Será mejor que entremos. Porque estoy teniendo demasiada fuerza de voluntad, para controlar las ganas de obligarte a conducir sin parar por donde mismo acabamos de venir.

Asentí de acuerdo, sin dejar de mostrarle una sonrisa tranquilizadora a pesar de su seriedad. Seguidamente, abandoné el coche para dirigirme hacia el maletero, donde aún continúa el pequeño bolso que ella había preparado para este fin de semana, el cual, sigue intacto. Desde esta posición, la observo despedirse cariñosamente de White, mientras él lame sus manos haciéndola reír de una forma absolutamente encantadora. En cuanto decide abandonar también el auto, entiendo que es el momento idóneo para volver junto a ella y comenzar a avanzar hacia el interior de la residencia.

Apenas son las 7:00 a.m, por lo que todo a nuestro paso es invadido por un absoluto silencio. El personal de seguridad me ofrece una sonrisa en cuanto cruzamos la puerta del recibidor. La secretaria aún no ha comenzado su turno, por lo que el resto del camino, se compone de nuestra simple y propia compañía. Una vez en el ascensor, pulso el indicador que lleva al tercer piso y sentimos como éste, se pone en marcha y nos eleva hasta la planta indicada, continuando con la ausencia de nuestras voces. Cuando las puertas se abren, le cedo el paso y observo como camina por delante de mí unos metros, hasta llegar a su habitación. La sigo, accediendo a ella. Después de avanzar hasta adentrarse completamente, se da la vuelta, y nuestras miradas se enfrentan una vez más, sabiendo que llegó el momento.

Quiero decirle tantas cosas al mismo tiempo, que mi sistema nervioso sólo es capaz de permitirme observarla. Esta situación resulta cada vez más confusa y extraña. Nos observamos en silencio, a una distancia prudencial, sin

saber qué decir, ni qué hacer. Como si en vez de en un dormitorio, nos encontráramos en la terminal del aeropuerto, a punto de tomar un vuelo hacia algún lugar al otro lado del mundo. Lo peor del caso, es que la sensación parece ser la misma. Y parece serlo para ambas.

Después de unos segundos, es su cuerpo el que reacciona con más rapidez, y se dirige hacia a mí apresuradamente, anclándose a mi cuello y consiguiendo que mis brazos, automáticamente rodeen su cintura, sumiéndonos en un profundo e intenso abrazo. Siento su cuerpo temblar junto al mío y lo único que puedo hacer es aferrarla a mí con intensidad, pretendiendo que ese abrazo sea para siempre.

—Gracias —susurró junto a mi oído, ocasionando que me separara ligeramente para tener contacto visual y expresarle así mi confusión —Por haberme concedido los mejores días de toda mi vida.

—Te aseguro que haré todo lo que esté en mi mano, para que cada uno de tus días a partir de ahora, sean los mejores de toda tu vida.

—Eso es todo un reto.

—¿Qué le voy a hacer? —pregunté encogiéndome de hombros —Me gustan los retos.

Se creó un silencio durante el cual, simplemente somos capaces de mirarnos fijamente. A veces me resulta increíble esa naturalidad con la que puedo estar observándola durante largos instantes, sin apartar la mirada. Sin sentirme intimidada, incomoda, sabiendo simplemente, que ese es mi lugar.

—Desgraciadamente tengo que irme ya —anuncié con tristeza —Debo llevar a White al apartamento, dejar el equipaje y estar aquí nuevamente en una hora. ¿Seré capaz de abandonar este estado de tranquilidad en el que me encuentro para volver a las prisas y estrés del trabajo? Presiento que hoy estaré algo torpe —suspiré —Parece que llevamos fuera un mes.

En medio de mi agobio, sentí sus manos agarrar mi rostro para que nuestras miradas se encontraran. La descubrí sonriendo y la calma volvió a hacer acto de presencia.

—Serás capaz —susurró —Y si en algún momento del día te sientes perdida, yo estaré aquí para devolverte la calma.

—¿Te has dado cuenta del extraño equilibrio que formamos? Cuando tú estás preocupada, yo saco seguridad de algún lugar escondido para transmitírtela. Y cuando yo estoy estresada, tú buscas paz para tranquilizarme.

—De eso se trata —sonrió encogiéndose de hombros —¿No?

Asentí y me acerqué despacio a sus labios para dejar en ellos un pequeño beso. Aunque en un principio no tenía la intención de profundizarlo, cuando ambas entramos en contacto, resulta imposible no dejarse llevar. Nuestros labios actúan por si solos, con la necesidad de sentirse los unos a los otros, con una complicidad, que sería prácticamente imposible poder describir en unas líneas. Hay que sentirlo. Simplemente, hay que experimentar la sensación que produce un beso, dado con el corazón y no sólo con los labios. Sólo entonces, entenderán de lo que hablo.

—Si no dejas de besarme —suspiré, abriendo los ojos —no podré irme nunca.

—Y si tú no dejas de besarme, no podré dejarte ir nunca.

Sólo pude sonreírle, mientras acaricio su mejilla con ternura. Esta despedida me está costando más de lo normal. Y resulta extraño, teniendo en cuenta que dentro de una hora volveremos a vernos. Pero probablemente, ambas sepamos que en el momento en el que nos perdamos de vista, dejaremos atrás ese maravilloso fin de semana que acabamos de vivir. Y por mi parte, quiero que la imagen de su mirada, observándome de esta forma, permanezca para siempre en mi retina y en mi memoria.

—Ya me voy —anuncié dejando un cálido beso en su frente, tras el cual, asintió con una sonrisa —Nos vemos en una hora.

Por fin, saqué la fuerza suficiente para separarme de ella. Y con la imagen de sus labios dibujando una sonrisa y su rostro expresando verdadera felicidad, abandoné la habitación, sabiendo que dejaba en ella, a la única mujer capaz de conseguir, que mi estómago experimentara un constante e imparable hormigueo, al mismo tiempo, que una tonta sonrisa había decidido instalarse en mi rostro indefinidamente.

Me mantuve unos segundos sosteniendo el pomo de la puerta después de haberla cerrado, con un extraño temblor invadiendo mis manos. Sé que ella está al otro lado. Pero si vuelvo a entrar en esa habitación, presiento que ya no

seré capaz de volver a salir.

Sonrío y un suspiro incontrolable, llega acompañado de unas palabras que hace bastante tiempo luchan por salir:

—Te quiero, Anahí.



Al abrir la puerta de mi pequeño apartamento, White corre como loco hacia algún lugar en el interior de la cocina, desapareciendo de mi vista. Aunque ni siquiera me permite dar dos pasos, cuando aparece de nuevo, portando en la boca su recipiente para el agua. Mueve la cola y me observa, esperando que deje cualquier cosa que pretenda hacer y calme antes que nada su sed.

—Ni siquiera me das tiempo a entrar —repliqué zarandeando su pelo y quitándole dicho recipiente.

Lo llené de agua y lo coloqué en su lugar, mientras él daba vueltas a mí alrededor, completamente desesperado, como si acabara de llegar del mismísimo Sahara y no hubiera probado una gota de agua en días.

En cuanto el cachorro asaltó aquel recipiente, volví a la sala y me dispuse a llevar el pequeño bolso hacia el dormitorio, observando en el camino, como una luz roja parpadeaba incesantemente en el teléfono. Seguro debe ser mi madre —pensé —Menos mal que le advertí, que iba a pasar el fin de semana en la casa del lago y no iba a llevarme el teléfono móvil, ni nada que perturbara mi tranquilidad. Descuelgo el auricular y presiono el botón que hay junto a la luz, donde rápidamente una voz de teleoperadora me anuncia que tengo tres mensajes nuevos recibidos en los últimos dos días. Tras un agudo sonido, llega el primero de los mensajes, en el que, como había anticipado, escucho la voz de mi madre.

"Dulce, ya sé que te fuiste a la casa del lago, ¿Pero cómo demonios se te ocurre no llevarte el teléfono? Tu padre está en el hospital."

Esa frase, detiene por un segundo mi respiración, impidiendo casi, que escuche lo que quiera que haya dicho después

"Llámame en cuanto escuches esto, por favor."

El siguiente mensaje salta automáticamente, mostrándome otra voz

conocida, y mi capacidad de reacción se ve absolutamente nublada.

"Dulce, soy Marta. Tu madre me acaba de llamar completamente desesperada. Algo le ocurrió a tu padre y no puede localizarte de ninguna forma. Llámame en cuanto llegues y ni se te ocurra venir por aquí, tienes que ir directa a tu casa para estar con tu familia. Hablamos pronto."

Mi corazón latía cada vez a más velocidad y el tercer mensaje, tras anunciar la fecha de esta misma mañana, volvió a mostrar la voz de mi madre.

"Hija, por favor, aparece. Necesitamos que estés aquí. Llámame, Dulce"

Con las manos temblorosas, comencé a marcar el teléfono de mi madre, que consiguió desesperarme aún más, al sonar una y otra vez sin que nadie lo descolgara. Decidí entonces intentarlo con Daniel. Gracias a quien sea, después del tercer tono, escuché la voz de mi hermano.

—¡Por fin apareces! —exclamó dispuesto a continuar hablando.

—¿Qué demonios le pasó a papá, Daniel?!

—Parece que fue un infarto, pero aún no tengo demasiadas noticias. Mamá y los médicos están con él y yo aún no sé cuál es su estado exacto. Así que, será mejor que vengas cuanto antes.

—Pero, ¡Joder! ¿Cuándo ocurrió esto?!

—Ayer por la noche. Hemos estado intentando localizarte durante toda la madrugada, incluso llamamos a tu trabajo y mamá habló con tu jefa. No creo que te ponga ningún impedimento para venir.

—No, no. Ya lo sé... —respondí llevándome una mano a la cabeza aturdida
—Tengo que... Tengo que hacer algo y estaré de camino en menos de una hora.

—Está bien, pero conduce con cuidado, que te conozco.

—Nos vemos en un rato —finalicé colgando el teléfono.

Rápidamente, volví a coger las llaves, la correa de White, que es la única señal necesaria para que entienda que vamos a salir, y recogiendo las bolsas que previamente había puesto en el suelo, abandoné nuevamente mi apartamento, con un perro, que a pesar de su confusión, me seguía a todas partes.

Una vez en el coche, pusimos rumbo hacia La Cascada, pero me detuve en

un centro comercial cercano. Antes de encaminarme a casa, tenía que encargarme de algo. Esperé impaciente durante media hora, hasta que las tiendas abrieron. Compré lo que necesitaba comprar y volví al coche, emprendiendo una vez más, la marcha hacia la residencia.

Casualmente, detuve el auto en el mismo lugar en el que lo había aparcado hace una hora. Me bajé de él, dejando a White en su interior porque no pensaba tardar demasiado. Extraje del maletero una enorme caja, que a pesar de su tamaño no pesaba demasiado y me adentré en el edificio, saludando al guardia y a la recepcionista, que no pudo evitar sorprenderse al verme cargar con semejante artilugio.

—Buenos días, doctora Andrade.

—Buenos días, Carla —le sonreí casi forzosamente.

Ni siquiera le di tiempo para iniciar una conversación, rápidamente me adentré en el ascensor y pulsé el botón que en menos de un minuto, me llevó al segundo piso. Las puertas se abrieron y con paso ligero, caminé por el pasillo hasta el despacho de Marta, donde llamé a la puerta y abrí en cuanto me dio paso.

Su cara casi se desencajó al verme, demostrando que esperaba de todo menos mi aparición.

—¿Pero tú no deberías estar ya en tu casa? —preguntó sorprendida.

—Necesitaba pasar por aquí primero. Salgo para allá en unos minutos. —respondí apoyando la caja en el suelo —No podía irme sin más, Marta.

—Dulce, eres de lo que no hay. Tu madre lleva toda la noche desesperada por localizarte. ¿Ya sabes lo que le ocurrió a tu padre?

—Hablé con mi hermano hace menos de una hora y parece que fue un infarto, pero no tiene demasiada información. Por eso salgo en este momento para allá. Pero no podía irme y dejarlo todo así... Esto es una locura. Hace unas horas todo era perfecto. Te juro que estoy completamente desubicada, aturdida, no sé... no sé...

—Dulce, —se levantó de su asiento llegando hasta mi —Creo que tienes muchas cosas que contarme. Pero ahora debes estar junto a tu familia. Así que olvídate de la residencia y vete a tu casa, que el mundo seguirá girando cuando

vuelvas.

—Necesito que me hagas un favor.

—El que quieras.

—¿Puedes dejarme algo para escribir?

Sin responder, se acercó a su escritorio y buscó un bolígrafo junto a una hoja de papel que me entregó sin siquiera preguntar.

Suspiré, tratando de que el oxígeno me inspirara para escribir en unas pocas líneas, todo lo que deseaba decir.

"Mi amor;

Tengo que pedirte perdón por marcharme de esta forma. No puedo contarte con exactitud el motivo, porque ni yo misma lo sé aún. A mi padre le ocurrió algo grave y debo estar junto a mi familia en estos momentos. Odio tener que dejarte así, sin despedirme. Pero te prometo que te llamaré en cuanto pueda y espero volver lo antes posible. Necesito saber que estarás bien. Por favor, no dejes atrás a esa "Any" que ambas hemos conocido en estos últimos días.

Te prometí que iba a cumplir todos y cada uno de tus sueños, así que antes de irme, te regalo este pequeño órgano. Aunque no sea un precioso piano, servirá para que cumplas el objetivo de tocar cada día y dejarte impregnar por esa magia que tienes al hacerlo.

Se fuerte.

Creyendo en ti, siempre... Dulce."

Doblé cuidadosamente el papel y se lo entregué a Marta, que había permanecido todo el tiempo mirándome atentamente.

—¿Puedes entregársela a Anahí junto con esa caja? Es un órgano, para que pueda tocar mientras esté aquí.

—Claro. —asintió, con cierta confusión en su rostro —Pero, ¿por qué no lo haces tú misma, ya que estás aquí?

—Porque si vuelvo a verla aunque sólo sea una vez, no voy a poder evitar pedirle que venga conmigo. Y sé que lo hará con los ojos cerrados. Pero lo último que necesita Anahí en estos momentos, es encerrarse en un hospital y

vivir un drama que no le corresponde. Bastante tiene con lo suyo. Ahora le toca seguir luchando por su recuperación. Aquí.

Marta volvió a asentir, aunque de su rostro no se ha desvanecido esa expresión de sentirse absolutamente perdida.

—Soy consciente de que estoy tres capítulos atrasada en esta historia. En algún momento tendrás que contarme lo que ha ocurrido en estos tres últimos días. Pero ahora me conformo con que me respondas sólo una cosa; ¿sabes ya, lo que sientes por ella?

Me quedé en silencio un instante, sabiendo que cualquier cosa que le dijera, iba a resultar insignificante.

—La quiero.

Marta cruzó los brazos bajo su pecho y me miró entrecerrando los ojos.

—Creo que tu boca y tu corazón no van al mismo ritmo. —aseguró —Hace un mes, habría aceptado que me dijeras "la quiero". Pero ahora... ¿Por qué te cuesta tanto decir lo que realmente sientes?

—Marta, —suspiré —Ni siquiera estaba segura del significado de esa palabra, hasta ahora. Cuando digo "quererla", significa desear cuidarla y protegerla, apoyarla, seguir sus sueños, darle la mano cuando caiga. Ambas sabemos que eso ocurrirá en muchas ocasiones. Yo quiero estar ahí cuando suceda, cuando me necesite. Impulsarla a volar, acompañarla en su camino. Quererla significa, ser feliz cuando la veo sonreír, sea cual sea el motivo. Puede que me cueste pronunciar otras palabras. Porque nunca lo he hecho, porque no sé cómo hacerlo y porque me gustaría que fuera ella, la primera en escucharlas. O tal vez, simplemente tengo miedo, porque en el momento en el que lo diga en voz alta, ese sentimiento dejará de ser sólo mío. Y la verdad, es que soy una acojonada de la vida —me reí con ironía —Cuando la tengo delante, me siento invencible. No necesito explicarme nada. Pero cuando no es así, no soy más que una chica, enloquecida por otra chica. Y eso acojona. No necesito ponerle un nombre a mis sentimientos y mucho menos entenderlos. Sea lo que sea, lo entienda o no, solo sé que quiero a esa chica, como nunca he querido a nadie.

Mi amiga permaneció en silencio, simplemente observándome. Hasta que asintió y se dispuso a volver a su asiento sin mediar palabra. Cosa que me

inquietó.

—Di algo —le pedí, casi suplicando. Volvió a mirarme.

—Sabes que esto siempre me ha parecido una locura. —asentí y suspiré, intuyendo lo que venía a continuación —Llevo casi tres meses observando cómo te ibas metiendo solita en la guarida del lobo y no sabía cómo sacarte. A medida que nuestra amistad iba creciendo, más me aterrorizaba ver cómo mirabas a Anahí, porque no creía que algo así, pudiera llegar a buen puerto. Es difícil querer a alguien que está en un mundo tan oscuro como en el que está ella. Y no te quiero decir con esto, que Anahí no merezca que alguien la quiera o se enamore de ella, todo lo contrario. Pero te comencé a ver tan involucrada desde el minuto uno, que temía que llegaras a sufrir un daño demasiado grande por culpa de la situación. No he dejado de temerlo, porque no puedo evitar sentirme como tu hermana mayor. Pero ahora, sin saber si esta locura terminará bien, o acabará en desastre, reconozco que nunca he visto tus ojos brillar, como cuando miras a Anahí. Y eso por ahora, es suficiente para mí. —sonrió —Pero te advierto, que no voy a dejar de ser el "Pepe grillo" de este extraño cuento. Necesitas uno encarecidamente.

Sonreí tras un suspiro.

—No creo que esto sea demasiado parecido a un cuento de hadas.

—Yo tampoco te veo precisamente como un príncipe azul —se encogió de hombros —Pero, ¿Quién sabe? Tal vez seas la princesa, que rescate a la otra princesa. Sería un cuento de hadas bastante... peculiar. Pero divertido. Yo se lo contaría a mis hijos sin dudarlo.

—Me conformo con que la princesa en apuros, aprenda a rescatarse a sí misma. Si tuvieras la oportunidad de conocerla realmente, Marta. Es tan...—volví a exhalar aire en forma de suspiro —sumamente especial.

—Nunca lo he puesto en duda. Aunque lamentablemente, estoy segura de que ella, sólo se muestra tal cual es, contigo. Ni siquiera consigo misma lo hace.

—Ahí empieza mi trabajo.

—Es difícil cambiar a alguien. Lo sabes, ¿verdad?

—Esa es la diferencia. No deseo cambiarla a ella. Sólo su visión de sí misma. En cuanto eso cambie, podrá amarse como... como cualquier persona

podría amarla.

—Es un bonito reto —sonrió mientras asentía. —Y tú eres la adecuada.

Le ofrecí otra sonrisa. A pesar de la poca claridad de nuestra conversación, sé perfectamente que Marta entiende lo que digo y también lo que no digo.

—Tengo que irme ya —anuncié —Porque siento que como sigamos hablando de ella, no voy a ser capaz de aguantar un minuto más sin correr a su habitación. Además, se me echa el tiempo encima y me espera un buen rato en la carretera. Mi familia me necesita. Aún no soy capaz de procesar, cómo ha dado un giro tan radical el mundo en tan solo una hora.

—Así es el mundo. Cuando menos te lo esperas, cambia. Pero no tienes que intentar procesar nada. Vete para tu casa, acompaña a tu familia. Eso es todo por lo que debes preocuparte ahora. Y por favor, en cuanto puedas, llámame para saber cómo está tu padre.

—Lo haré.

Con una sonrisa cansada, me dirigí a la puerta, dispuesta a abandonar definitivamente aquel despacho. Pero antes de cruzarla, sentí la imperiosa necesidad de decir una última cosa.

—Marta... —volteé para mirarla —Cuida de ella, por favor.

—Está en buenas manos —aseguró.

—Si ocurre algo, cualquier cosa, por mínima que sea...

—Serás la primera en saberlo —me interrumpió —Vete tranquila, Dulce. Ella va a estar bien.

Asentí, al tiempo que exhalaba un suspiro. Y con una última sonrisa que me dedicó mi amiga para tranquilizarme, abandoné el despacho con algo de inseguridad todavía. Es cierto que mi deber en este momento, es estar junto a mi familia y que necesito saber cómo está mi padre. Pero no puedo evitar, que la sensación de estarla abandonando, se haya depositado en mi interior. Porque ni siquiera puedo despedirme

No obstante, cumplo mi deber y continúo mi camino. Salgo de la residencia, cruzo la calle, me subo en el coche, agarro con fuerza el volante y observo a White por el espejo retrovisor, que sentado en el asiento trasero, me mira esperando que mis manos tengan la voluntad suficiente, para girar la llave y

encender el motor de este auto.

Devuelvo la vista hacia ese edificio una vez más y con un último suspiro, emprendo la marcha definitivamente.

La vida es así de extraña; puede cambiar de un momento a otro, sin siquiera esperarlo. Puedes pasar un fin de semana de absoluta perfección y cuando vuelves al mundo real, resulta que ha seguido girando sin ti y han ocurrido cosas. Muchas cosas. La vida no se detiene a esperarnos. Los accidentes están ahí. Ocurren todo el tiempo, en cualquier parte del mundo, y hay que saber vivir con ellos. Hay que saber encontrar el equilibrio. Los últimos tres días en el lago, han sido maravillosos y reales. Absolutamente reales. Honestamente, nunca en mi vida había sido tan feliz, y dado que ahora me encuentro conduciendo rumbo a un hospital, podría pensar que esos días, que esa magia, no fue más que un sueño. Pero no. No lo fue. Fue tan real como esta catástrofe que me encontré al volver. Así que, tal vez la vida consista en eso; en llenarte de esos momentos mágicos. Luchar por vivirlos una y otra vez, el mayor número de veces posibles. Porque al final del día, cuando ocurra algo que te haga estar triste, será precisamente el recuerdo de esos momentos, los que te den una chispa de esperanza. Una sonrisa en medio de las lágrimas. Un motivo para seguir adelante. Todos tenemos momentos felices en nuestra memoria. Y todos tenemos el deber de luchar incansablemente, por seguir coleccionando instantes de felicidad.

Detengo el auto y me encamino a toda prisa hacia el interior del hospital. Pero un ladrido de White me tiene, haciéndome voltear para mirarlo. Lo veo ahí, al otro lado de la ventanilla ligeramente abierta y me acerco. Introduzco mis dedos en el interior para acariciarlo, y no tardo en sentir la humedad de sus lametones por toda mi mano. Suspiro.

—Te prometo que no tardaré —le susurro recibiendo otro ladrido.

Él ni siquiera lo sabe, pero es el que siempre consigue que me detenga, que respire, que logre encontrar un segundo de calma en medio de cualquier tempestad. Él, con su ladrido, consigue que me pare a mirarlo, a acariciarlo y que sepa, que pase lo que pase, siempre está aquí. En los mejores momentos y también en los peores.

Cuando siento que me ha dado la fuerza suficiente y que además, entendió que volveré en un momento para llevarlo a casa, me encamino directamente hacia el hospital de la pequeña ciudad donde vive mi familia.

No tardo ni tres segundos en ver a Daniel, sentado en una de las sillas de la

sala de espera de urgencias, con su teléfono móvil en la mano y aparentemente escribiendo algo en él. Se percató de mi presencia antes incluso de llegar a su altura. Alza la vista y se pone en pie para recibirme con un abrazo.

—Por fin... —susurra mientras me envuelve entre sus brazos.

—¿Cómo está papá?

—Fuera de peligro —respondió, trayendo consigo un respiro automático a mi corazón —Mamá continúa con él, pero en un momento tendrá que salir porque están a punto de operarlo.

—¿Operarlo?! —pregunté asustada —¿Del corazón?

—Apendicitis —corrigió mi hermano, con una sonrisa de incredulidad —Resulta que estaba sufriendo agudos dolores en el abdomen por la inflamación del apéndice, pero no había dicho nada. Y su corazón no soportó tanto revuelo. Así que, anoche casi le da un infarto. Pero por suerte, sólo quedó en amago. Los médicos lo descubrieron y ahora hay que operarlo para extraerle el apéndice.

—No me lo puedo creer...

—Mamá casi lo mata. ¿Cómo se le ocurre no quejarse del dolor?

—Ya lo conoces. Siempre ha sido igual.

—Igual que tú. —añadió provocando que lo mirara con el ceño fruncido —¿Cómo estás?

—Bien. Más tranquila ahora que estoy aquí y sé lo que ocurre.

—Casi tenemos que llamar al FBI para localizarte. Ya que no te llevas el móvil, podrías por lo menos, volver a poner teléfono en la casa de la abuela.

—¿Tú crees que tengo dinero para pagar la factura de un teléfono que no utilizo? Además, cuando voy allí es para desconectar. Y en esta ocasión... era todavía más necesario.

Mi mirada amenazó con perderse en la lejanía, pero la voz de Daniel me trajo de regreso al mundo real.

—¿Y lo conseguiste? —preguntó captando mi mirada —¿Lo que necesitabas?

Asentí. Y la sensación de alivio que provocó su recuerdo, dibujó una pequeña sonrisa en mis labios.

En ese momento, las puertas metálicas se abrieron, dejando ver a mi madre que salía directa hacia nosotros.

—Dulce... —pronunció en cuanto me vio. Su voz parece cansada —Menos mal que estás aquí.

La verdad es que me sorprendió su calma y la ausencia de reclamos. Esperaba que me dijera de todo y lo único que hizo fue darme un beso en la mejilla y dejarme ver el agotamiento en su mirada.

—¿Cómo está papá? —le pregunté.

—Acaban de llevarlo a quirófano. La intervención es sencilla, pero dicen los médicos que nos preparemos para un largo y pesado postoperatorio. Con eso del amago de infarto, los riesgos son más altos y hay que tener cuidado.

—¿Cómo es posible que no dijera nada?

—Me dijo que le dolía el abdomen. Pero no le dimos importancia. Yo, —corrigió —No se la di. Tendría que haberme dado cuenta.

—No es culpa tuya, mamá —intervino Daniel, rodeándola con sus brazos —Todos sabemos cómo es papá y lo poco que se queja cuando le ocurre algo.

—Por eso mismo —repitió ella —Lo conozco mejor que nadie. Y si hace dos días me dijo que le dolía un poco el abdomen, es porque ya no estaba soportando el dolor. ¿Cómo pude creer que eran simples gases o que le había sentado mal alguna comida? Casi le da un infarto.

—Pero no le dio. —concluí yo, captando su mirada —Eso es lo importante ahora.

—Dulce tiene razón. Además, ese hombre es demasiado inteligente, seguro que hizo todo esto para traerla. —me miró —Tiene nuestro padre que llamar la atención, para que te dignes a visitarnos.

Le lancé a mi hermano la mirada más asesina que me salió en ese instante.

—Si cada vez que vengo, dejaras de echarme en cara que nunca vengo, tal vez vendría más a menudo.

—Psicóloga e inventora de trabalenguas. Tenemos el futuro asegurado contigo, hermanita.

—¡Sh! —exclamó mi madre, dándonos un pequeño manotazo a ambos —Dejen

de pelear.

—No estamos peleando. —aclaró él —Es nuestra forma de demostrarnos amor.

Me lanzó una mirada cómplice y me guiñó un ojo, a lo que correspondí ofreciéndole una sonrisa. Lo cierto, es que poco a poco ha ido desapareciendo esa tensión que tenía acumulada mientras venía de camino.

—¿Por qué no vamos a comer algo en lo que papá sigue en el quirófano? —volvió a hablar mi hermano —Me muero de hambre y seguro que hasta dentro de un rato, no vamos a tener noticias.

—Sí, —confirmó mi madre —Estar aquí parados no va a conseguir que terminen más pronto. Mejor vamos a recuperar un poco de fuerzas.

—Vayan ustedes. —sugerí —Más tarde los alcanzo. Tengo que llamar a mi trabajo.

—No te preocupes por eso. —intervino Daniel, alzando su teléfono —Tu jefa está al tanto de todo.

La información, sumada a la cara de triunfo y picardía que expresaba mi hermano, consiguió confundirme bastante.

—De todas formas quiero hablar con ella personalmente. Además, tengo que ir un momento a casa para llevar a White. Debe estar desesperado por ver algo más que el interior de mi coche.

Ambos asintieron sorprendidos. Supongo que hasta el momento, ni se habían detenido a pensar que vine con el pequeño.

—Estaremos en la cafetería del hospital. —informó mi madre —Llámanos cuando vayas a regresar, para pedirte algo de comer.

—Está bien.

Mi hermano me dio un pequeño beso en la frente justo antes de que ambos se encaminaran hacia la mencionada cafetería. En cuanto los vi desaparecer, busqué mi teléfono, lo miré fijamente durante un instante, y respiré hondo, tomando la fuerza necesaria para llamar a Marta.

Decidí comunicarme directamente con su móvil personal, en vez de llamar a

La Cascada, porque de esta forma era más rápido. Efectivamente, al segundo tono, la voz de mi amiga apareció al otro lado.

—¿Dulce? —preguntó sin siquiera saludar —¿Cómo va todo?

—Lo están operando ahora —informé —Creo que mi hermano ya te contó más o menos lo que había pasado.

—Sí. En cuento te fuiste, le avisé para que estuviera pendiente de tu llegada. Y ha estado toda la mañana manteniéndome al tanto. ¿Pero hay alguna novedad?

—Hay que esperar a que salga de la operación para ver cómo fue todo. Mi madre dice que es sencilla, pero los médicos dijeron que el postoperatorio sería complicado por lo del amago de infarto.

—Es normal. Deberá cuidarse mucho más a partir de ahora. Pero bueno, lo importante es que sólo fue un susto.

—Así es. No sé si pueda volver hoy, me gustaría primero asegurarme de que todo está bien.

—Dulce, ni se te ocurra regresar hasta que tu padre salga del hospital. Va a necesitar muchas atenciones y mientras más personas sean, más podrán compartir la carga. Así que, tómate el tiempo que necesites.

—Marta, pero las prácticas. Estoy en el último periodo y no puedo...

—Ya hablaremos de eso más tarde. —interrumpió —Ahora despreocúpate.

Se formó un pequeño silencio en el que solamente se escuchó un suspiro por mi parte. En realidad, las prácticas no son mi mayor preocupación en este momento. Y por algún motivo, tengo miedo de preguntar...

—Ya se lo entregué —comentó, como si hubiera escuchado mis pensamientos —En cuanto te fuiste, fui a llevarle tu regalo y le di la nota.

—¿Te dijo algo?

—Nada. Probablemente ni siquiera me esperaba a esa hora. Pero... la noté distinta.

—¿Distinta en qué sentido?

—En su aspecto físico y su expresión. Había un brillo en sus ojos... No sé cómo explicarlo, pero parecía una Anahí completamente distinta.

—Esa es la verdadera Anahí —sonreí orgullosa. —¿Sería demasiado pedir que me dejaras hablar con ella?

—En realidad, sí. Porque no sólo me estás pidiendo que le lleve mi teléfono personal a una paciente, para que pueda recibir una llamada personal de una de nuestras doctoras, sino que además, para ello tengo que levantarme de mi cómoda silla.

—Por favor...

—Odio cuando pones esa cara de cachorro desvalido —se quejó.

—No me estás viendo.

—¡Pero te imagino! —exclamó —Y eso es peor. Dame un minuto.

—Gracias... —susurré con una sonrisa.

Se volvió a crear un instante de silencio, pero sentía movimiento al otro lado.

—No la veo en el jardín —informó —Tal vez aún siga en su habitación. Supongo que ahora que no estás tú, no tendrá mucha prisa por bajar. Voy a mirar.

—Gracias —repetí.

—Bueno y cuéntame; ¿Qué edad me habías dicho que tiene tu hermano?

—Pequeño —informé frunciendo el ceño —es muy pequeño. Y muy mujeriego.

—Yo también soy muy mujeriega —se rio —y “hombrieriega”, que es peor.

—Ni siquiera existe esa palabra.

Un pequeño sonido al otro lado del teléfono, me advirtió de que seguramente, Marta estaría llamando ya a la puerta de Anahí. Acto seguido, un chirrido y nuevamente su voz.

—No hay nadie en su habitación —informó, provocándome una automática decepción —Tal vez esté en la biblioteca. En seguida bajo.

—No —me apresuré —No te preocupes. Más tarde lo vuelvo a intentar. Tú ya has hecho bastante y puede estar en cualquier parte.

—¿Segura? No me importa.

—Sí, —mentí —No voy a quitarte más tiempo. Además, tengo que llevar a White a la casa de mis padres. Aún lo tengo en el coche y como siga haciéndolo esperar, me voy a quedar sin sillones, sin tapicería, sin volante y sin nada.

—Está bien —la escuché reírse —Vete a llevar al trasto y más tarde hablamos.

—Gracias por todo, Marta.

—No hay de qué. Avísame cuando tu padre salga de la operación y trata de descansar un poco. Estás teniendo un día muy pesado.

—Lo haré. En un rato te vuelvo a llamar.

Terminamos de despedirnos y colgué el teléfono para comenzar a dirigirme hacia el coche.

Encontré a White tumbado en el asiento trasero, donde mismo lo había dejado, completamente tranquilo y empezando a mover la cola en cuanto me sintió llegar.

Al acceder al interior, me di cuenta de que no había rastro de destrozo, ni absolutamente nada había cambiado desde que lo dejé.

—Eres el mejor perro del mundo —le dije acariciándolo desde mi asiento.

Después de recibir unos cuantos lametones de su parte. Coloqué ambas manos en el volante y me tomé un momento antes de emprender nuevamente la marcha.

Una sensación de agobio está instalada en mi pecho desde hace algunas horas. Me hubiera encantado poder escuchar la voz de Anahí. Sé que por mucho que traten de tranquilizarme o de bromear, por muchas voces alentadoras que escuche, lo cierto es que sólo hay una que puede darme la calma que necesito. Es su voz, la que deseo escuchar en este momento. Su voz diciéndome que todo está bien, que no me preocupe, que va a estar perfectamente en mi ausencia. Su risa, consiguiendo que cualquier cosa en el mundo, por grave que sea, pierda importancia.

Cuanta falta me haces en este momento, mi amor.

INVIERNO

*“El frío más feroz, no es el de la estación,
Sino aquel que crece dentro del corazón.”*

XXI

Dos semanas.

14 días.

400 horas para ser exactos.

Ese es el tiempo que llevo viendo las cuatro paredes de esta habitación de hospital. Con mi ordenador portátil sobre las rodillas, cómo en este mismo instante, haciendo lo único que puedo hacer para sentirme un poco útil profesionalmente, redactar mi proyecto. Eso es lo único productivo que hago desde que llegué al pueblo de mis padres. Además, claro está, de cuidar a mi padre prácticamente las 24 horas del día. Lo cierto es que son escasos los momentos en los que estoy sola. Ninguno de los tres ha querido abandonar el hospital por demasiado tiempo en las últimas dos semanas. Quizás Daniel es el que más va y viene, ya que, aún tiene que asistir a algunas clases de la universidad. Pero restando eso y los momentos en los que lleva a nuestra madre hasta la casa, para que descanse, se bañe o simplemente realice sus pendientes, el resto del tiempo está aquí con nosotras.

Realmente, tanta dedicación no es del todo necesaria. Mi padre ya está en un proceso avanzado de recuperación. El susto no fue más allá de un amago de infarto y una apendicetomía, pero aun así, los médicos han decidido mantenerlo ingresado para realizarle diversas pruebas que creen necesarias y para controlar un poco su proceso de recuperación tras la operación. Y yo, con la insistencia de Marta, decidí quedarme hasta que le den el alta médica. Aunque ya no hay demasiado peligro, este estrés diario es demasiado para que mi madre y mi hermano lo afronten solos. Ella se niega a que su marido permanezca solo en esta habitación ni un segundo. Y en el fondo, esa dedicación y amor repentino hacia él, me resulta graciosa e incluso entrañable. Probablemente, esta sea la primera vez en la que nos siento como una verdadera familia. Y eso me gusta.

No obstante, a pesar de estar a kilómetros de distancia, contacto diariamente con Marta por correo electrónico para seguir con mi proceso de prácticas. Ella se encarga de enviarme expedientes y casos, solicitando mi opinión o

punto de vista, y después de estudiarlo a fondo, redactó un informe con alguna conclusión que la mayoría de las veces coincide con la suya. En realidad, sólo lo hace para que no me sienta tan culpable por haber abandonado mi trabajo durante tanto tiempo, y lo que es peor, en el último periodo del mismo. Además de eso, cada dos días hago una llamada telefónica al centro, para que ella misma me ponga al tanto de las novedades e intentar hablar con Anahí. Pero esa segunda parte, todavía no ha sido posible en ninguna ocasión.

El primer día, un poco entrada la tarde, lo intenté. Llamé al centro y pedí que me comunicaran con su habitación. Pero al igual que pasó en la mañana cuando hablé con Marta, Anahí no se encontraba, y poner al personal a buscarla por todo el centro para una llamada personal, no me parecía demasiado profesional por mi parte. Así que, simplemente le pedí a Carla que le hiciera saber que había llamado. Por una cosa o por otra, así ha ido sucediendo cada día de las últimas dos semanas. Y aunque trato de no pensar demasiado en ello, me resulta extraño, muy extraño que en ninguna ocasión haya podido comunicarme con ella. Como si de alguna forma estuviera huyendo de mí, evitando mis llamadas. Y aunque me muera por escuchar su voz, por saber cómo se encuentra o por decirle cuanto la extraño a cada minuto, no puedo insistir demasiado. No puedo olvidar, que ese es mi trabajo, ella es mi paciente y Marta, antes que mi amiga, es mi jefa. A todo ello, le debo un respeto que trato de guardar lo máximo posible, a pesar de los acontecimientos, de mis sentimientos y de cualquier cosa. Además, me tranquiliza la idea de saber, que si algo grave estuviera ocurriendo, Marta no sería capaz de ocultármelo. O al menos, ese es el pensamiento que me hace racionalizar con la cabeza, continuar aquí y no dejarme llevar por el impulso de salir corriendo a buscarla, aunque me esté muriendo por abrazarla a cada segundo.

—¡Ya estamos aquí! —exclamó Daniel apareciendo por la puerta.

—¡Shh! —interviene mi madre dándole un suave manotazo en el brazo. —¿A ti aún no te queda claro que esto es un hospital?

—Y que además, nuestro padre está durmiendo —añadí sonriendo.

—Bueno, bueno, dejen de regañarme. —continuó mientras se acercaba a darme un beso en la frente —Encima que me alegro de ver a mi hermanita. ¿Cuántos años hace que no te veo todos los días durante dos semanas

seguidas?

—Desde que me fui de casa.

—Demasiado tiempo —volvió a intervenir mi madre. —¿No ha despertado?

—Ya sabes que es peor que un oso perezoso. Puede caer una bomba a su lado sin que se inmute. ¿Cómo encontraron a White?

—Perfectamente. —continuó ella —No me habías contado que estuviera tan bien educado. La casa está intacta, sus necesidades en la terraza y el pobre parece que lo único que necesita es compañía, porque nada más abrir la puerta, vino a nuestro lado y no dejó de perseguirnos ni un minuto.

—Así es mi pequeño —sonreí orgullosa.

—Deberías ir a descansar un poco ahora que estamos nosotros aquí. Estar todo el día frente a ese ordenador, te va a consumir la vista.

—Sí. En un rato iré para la casa. White necesita salir a la calle y correr un poco.

Mi madre asintió y volvió la vista hacia la imagen de su marido, aun profundamente dormido.

—Voy a bajar a la cafetería, para comprar a mis chicas favoritas un café bien calentito. —informó mi hermano —¿Necesitan alguna otra cosa? Dul, ¿Quieres algo de comer?

—No, gracias.

—Pero no has desayunado —inquirió seriamente mi madre.

—Aún no tengo hambre.

Me encogí de hombros despreocupada, pero a ella pareció no importarle en absoluto mi argumento

—Tráele algo de desayunar —sentenció observando a Daniel, quien me miró esperando mi aprobación.

No pude hacer más que sonreír resignada y darle el permiso, porque llevarle la contraria a mi madre, era más agotador que un pulso chino. Y al fin y al cabo, en esta ocasión tiene razón. Así que, mi hermano abandonó la habitación dejándonos solas, con mi padre aún dormido y en medio de un silencio sepulcral.

Estaba dispuesta a continuar mi trabajo, creyendo que su vista estaba centrada en mi padre, cuando la escuché intervenir una vez más.

—¿Cómo llevas tu proyecto de prácticas? —cuestionó, captando mi mirada.

—Bien. —respondí observando cómo se acercaba —En cuanto vuelva a la ciudad, espero acabar con los últimos detalles para solicitar fecha y presentarlo.

—Espero que tu padre ya se encuentre en casa para entonces. Si no, al hospital le va a tocar pagarnos un helicóptero de traslado, porque nada en el mundo va a impedir que tu familia esté presente ese día.

La miré sin decir una sola palabra, ni hacer un gesto, absolutamente sorprendida y ¿para qué negarlo?; desorientada ante su actitud. Siempre he estado a la defensiva con mi madre, siempre he tenido todos mis sentidos alerta, dispuesta a defenderme de cualquier comentario sarcástico que pudiera dirigirme. Y ahora, verla sonreír, mientras se muestra realmente interesada por mi vida, me resulta tan extraño, que ni siquiera sé cómo reaccionar. Por lo que opto por guardar silencio, corresponder la sonrisa y volver la vista a la pantalla del ordenador.

Lo cierto, es que en las dos últimas semanas, su actitud conmigo ha cambiado considerablemente. Conmigo y con todos. Hemos conseguido pasar quince días bajo una armonía sorprendente, sin discutir, sin llevarnos la contraria porque sí. Conviviendo entre estas cuatro paredes, como probablemente nunca hicimos en nuestra casa.

—¿Acudirá ella también? —volvió a cuestionar, rompiendo el silencio y consiguiendo que toda mi atención recayera en ella.

—¿A quién te refieres?

—A la chica que le robó el corazón a mi hija.

Permanecí absolutamente perpleja ante su afirmación. Y guardé silencio, mientras ella se sentaba a mi lado, como si acabara de decir algo completamente normal. Pero mi mente, no era capaz de asimilar el hecho, no sólo de que acabara de hablar en femenino, como si eso nunca hubiera sido un problema para ella, además, me pregunto de dónde demonios sacó que existe alguien en mi corazón.

—Yo sé que nunca he estado cerca, ni mucho menos, de ser una madre ejemplar, o aquella que tú deseabas tener. —continuó al darse cuenta de que no pensaba abandonar mi silencio —Soy consciente, de que durante toda tu vida, te he obligado a defenderte de mí. Como si no hubieras tenido suficiente con tener que defenderte del mundo —sonrió con ironía —Probablemente, eso no me lo perdonaré jamás. Porque de todos los errores que he cometido en mi vida, mi actitud hacía ti, ha sido el peor de todos. Pero aunque en ocasiones te cueste creerlo, tú estuviste nueve meses aquí —señaló su vientre con una sonrisa —Durante todo ese tiempo, el único mundo que conociste, fue mi vientre. Naciste de mí, Dulce. Te he visto crecer y pasar por todas las etapas que un ser humano debe pasar. Conozco absolutamente todas tus miradas. Sé distinguir cuando estás triste, preocupada, nerviosa, ilusionada o feliz... Y sé perfectamente, que aunque lleves dos semanas sin moverte de esta habitación más que para pasear a tu perro, cada segundo, tu mente ha estado en un lugar a muchos kilómetros de este hospital. En ocasiones, permaneces pensativa y sin darte cuenta, tus ojos adquieren un brillo distinto, como si te estuvieran invadiendo ciertos recuerdos que te hacen sonreír interiormente. Esos cambios, en la mirada de un hijo, sólo una madre los conoce, aunque siempre hayas creído que estoy muy lejos de conocerte realmente. Quizás así sea. Quizás nunca me haya molestado en averiguar cómo te sientes en cada momento. Seguramente, el miedo de verte crecer tan distinta a mí, me haya obligado a poner una barrera entre ambas que no ha hecho otra cosa más que alejarte. Pero a pesar de eso, y aunque muchas veces te he visto "sufrir por amor" —enfaticó las últimas palabras, haciendo un gesto de comillas con los dedos —La verdad es que nunca has tenido en tu mirada, el brillo que tienes en esos momentos de los que te hablo. Estoy segura, de que sería la primera vez, que no tendrías que defender tus sentimientos frente a mí y frente a nadie, porque el simple hecho de sentirlo, te basta para ti misma.

Cada palabra de este repentino e inesperado discurso de mi madre, estaba consiguiendo crear una sensación en mi pecho bastante difícil de explicar. Por un lado, estoy completamente segura de que jamás me ha hablado de esta forma tan sincera, tan relajada. Nunca me había sentido comprendida frente a ella. Pero por otro lado, la nostalgia y tristeza en sus palabras, me hacían sentir culpable. No quiero que se sienta mal, al fin y al cabo, me acostumbré a vivir de esa forma y el pasado no se puede borrar. Lo único que podemos

crear, es el presente, y de esta forma, modificar el futuro.

No obstante, permanecí callada. Alguna parte de mí, sigue sin poder abrirse. No sé cómo hacerlo.

Pero entonces, sentí su mano agarrar fuertemente la mía, obligándome a observar el gesto confundida durante unos segundos. Al ver que no desistía, ascendí la mirada y la encontré observándome, sonriendo, esperando pacientemente hasta que yo decidiera cuando hablar.

—Háblame de ella... —pidió en un susurro. —inténtalo.

—Es complicado —hablé por fin.

—¿Ella es complicada?

—No. La situación lo es. —aclaré —Pero con ella, todo es fácil. Es la mujer más especial que he conocido jamás. —suspiré —Pero no puedo hablar sobre ello. —la tristeza en los ojos de mi madre me obligó a continuar —No es por ti. Sólo que... es un tema del que no debo hablar.

—¿Ella te quiere?

Volví a suspirar. Y esta vez, pude sentir un atisbo de tristeza invadir mis ojos, al no tener respuesta para esa pregunta.

—Ojalá lo supiera —sonreí con ironía —Sólo sé, que con ella todo es fácil. Todo fluye. Desde el primer momento ha sido así. Cualquiera persona del mundo, podría opinar que una historia así, es dañina, que no puede llevar a ningún buen lugar. Antes, cuando dijiste que me habías visto en ocasiones, "sufrir por amor", recordé esa relación de hace años, en la que todo parecía destinado a salir perfecto, y sin embargo, nunca me llegué a sentir en paz. Siempre tenía una constante sensación de miedo, porque yo sabía que faltaba algo, no había seguridad. Una relación con muchos altibajos, en la que lo único seguro para mí, es que tarde o temprano, por cualquier motivo, iba a terminar. Con ella, aunque la situación sea una completa locura, aunque todo esté destinado al fracaso, tengo sensaciones que nunca antes había sentido.

—¿Cómo cuáles? —insistió —¿Qué te aporta esa chica?

—Me aporta tranquilidad cuando estamos juntas, al mismo tiempo, que una locura impredecible. Es la persona más luchadora que he conocido jamás, aunque el mundo entero pueda pensar lo contrario. Sólo frente a mí, se muestra

como una niña frágil, que necesita cuidados y protección. Y eso me hace sentir especial. Estar con ella, es descubrir un mundo nuevo, con los ojos de un niño que ve todo por primera vez. Es ternura e ilusión personificada. Me escucha y comprende, como nadie lo ha hecho nunca. Alguna vez... —salí por un momento del trance, y clavé la mirada en mi madre, descubriéndola emocionada por primera vez en mi vida. —¿Alguna vez has sentido en los ojos de alguien, que aunque no te diga absolutamente nada, siente tu dolor y tu felicidad, como si fueran suyos propios?

Ella, con los ojos ligeramente cristalizados, dirigió su mirada hacia mi padre.

—Si... —afirmó después de algunos segundos —Y nunca supe valorarlo. —su vista volvió a recaer en mí —Admiro de ti, que hayas sabido reconocer lo que estabas buscando, desde un primer momento.

—A veces en la vida, ni siquiera sabes lo que estás buscando, hasta que lo encuentras. Hasta que aparece alguien y te dice: "No soy perfecta, no vamos a vivir algo perfecto, pero aquí estoy. Ya no puedes escapar"

—¿Quieres escapar?

—No —sonreí —La verdad es que al único lugar que quisiera escapar, es a su lado.

—¿Qué es lo que te preocupa entonces? Porque no cabe duda, de que hay algo a lo que le estás dando vueltas desde que llegaste. ¿Por qué es tan complicado? Si todo lo que me cuentas es precioso.

—No puedo explicártelo. —suspiré volviendo a la tierra —Ni siquiera debería estar hablando de ella.

—Bueno, entonces voy a intentar aconsejarte desde la experiencia, porque en no hacer las cosas demasiado bien, soy la número uno. —sonrió. Aunque en dicha sonrisa había más resignación que cualquier otra cosa —Llevo más de veinte años, compartiendo mi vida con un hombre ejemplar, que en su momento fue capaz de dejarlo todo por mí y nunca ha cesado en su intento por agradarme para hacerme la mujer más feliz de mundo. Pero resulta, que yo nunca tenía suficiente. Ni con él, ni contigo, ni siquiera con tu hermano. Desgraciadamente, ha tenido que pasar esto, para darme cuenta del hombre tan maravilloso que siempre he tenido a mi lado y de la bonita familia que juntos

hemos construido. No es una familia perfecta, porque ninguna lo es. Pero aquí estamos. Todos juntos. Y de no ser por mí, habríamos pasado muchos más momentos como este, sin necesidad de que ocurriera una tragedia. Sinceramente, Dulce, yo no sé qué haría si llegara a perder a tu padre —volvió a mirarlo, dejándome observar de nuevo, una ligera emoción en sus ojos —Es el mejor hombre que la vida pudo ponerme en el camino y me dio a los mejores hijos que cualquier madre podría tener: estudiantes, trabajadores, responsables, pero sobretodo, buenas personas. Por eso, aunque nunca te lo haya dicho, admiro que tú seas capaz de valorar cosas tan sencillas como las miradas, o como las sensaciones que te hace sentir esa chica. Que no pidas nada más. Nunca has pedido nada más. Nunca te ha importado lo material, el dinero, ni siquiera el éxito... Siempre, te he visto moverte por amor. Y no sabes lo feliz que me hace saber, que por fin llegó a tu vida, la persona elegida para que le entregaras el tuyo. Porque no importa lo que suceda de ahora en adelante. Si sale bien, o si sale mal, si es complicado como tú dices, o está destinado al fracaso. Lo que importa, es que estás enamorada, hija. Hasta la última partícula de tu cuerpo, está loca de amor por esa muchacha. Y aunque exista eso, que no me puedes contar, estoy muy tranquila, porque sé que nunca hubieras sentido algo así, por alguien que no lo mereciera. Así que, confía en tu corazón, deja que él te guíe como has hecho siempre y lucha, porque como bien dices, muy especial tiene que ser esa chica misteriosa, para haberse ganado el corazón, siempre tan protegido, de mi hija.

Tras finalizar con una sonrisa cómplice, presionó mi mano, esa que en ningún momento de la conversación había soltado, y entrelazó nuestros dedos. Como si quisiera con un gesto, transmitirme toda la comprensión que no me había transmitido nunca. Ambas permanecimos en silencio un largo instante. Ella sabe perfectamente, que aunque en mi interior siempre haya necesitado esa comprensión, jamás lo admitiría. Quizás han sido demasiados años creando esta coraza alrededor de mi corazón, para que en dos minutos, sea capaz de abrir una brecha y dejar escapar mi orgullo. No creo que sea tan fácil. Aunque definitivamente, la vida no deja de sorprenderme últimamente.

—Llevo toda la vida queriendo tener esta imagen frente a mí, ¿y ustedes deciden hacerlo, cuando me encuentro incapacitado para inmortalizar el momento?

La voz de Daniel nos sorprendió a ambas, obligándonos a mirar hacia la

puerta, dónde lo encontramos prácticamente haciendo malabares para sostener tres cafés y algo que parecía ser un sándwich. Una imagen bastante graciosa, a decir verdad.

—Deja que te ayude —pedí llegando hasta él y arrebatándole uno de los recipientes con café, para ofrecérselo a mi madre.

Seguidamente, me dio el sándwich para que desayunara, y descubrimos que había traído otro igual para él, como si no hubiera desayunado ya. El estómago de mi hermano tenía cabida para tres desayunos, tres almuerzos y tres cenas, como mínimo.

Empezamos a disfrutar del desayuno, mientras mi padre continuaba durmiendo y absolutamente ajeno a cualquier ruido o conversación que existiera a su alrededor. Estoy segura, que daría lo que fuera por poder ver esta imagen de su familia más unida que cualquier día de navidad.

—¿Por qué no vas a la casa para que descanses unas horas? —preguntó mi madre una vez habíamos terminado —Te vendrá bien pasar algún tiempo con White y despejarte.

—Si, voy a aprovechar ahora que están los dos aquí para ir a pasearlo y descansar un poco. Este sillón de hospital me tiene los huesos entumecidos —Arqueé mi espalda sintiendo algo de dolor.

—Te estás haciendo mayor, Dul. —bromeó Daniel mientras comenzaba a ejercer una ligera presión sobre mis hombros, para masajearlos.

—Seguramente. Pero como sigas haciendo eso, te obligaré a estar así el resto del día.

—Luego te paso la factura. —informó —Mis manos tienen un precio. Y no todas las mujeres tienen el privilegio de ser tocadas por ellas.

—La humildad por encima de todo —le dije con ironía, rodando los ojos.

Él dejó un cariñoso beso en mi mejilla y observé a mi madre sonreír, al vernos pelear y reconciliarnos como siempre.

A continuación, me dispuse a guardar el ordenador en su maletín y recogí mi bolso dispuesta a partir hacia la casa.

—Cualquier novedad me avisan —les pedí, dándole a ambos un beso de despedida —No creo que tarde demasiado en volver.

—Descansa tranquila. Ya sabes que aquí todos los días son iguales. ¿Puedes poner en marcha la lavadora cuando llegues a casa? Dejé la ropa preparada, sólo tienes que presionar el botón. Ya está programada para el tipo de tejido, pero abre la puerta en cuanto acabe, si no, la ropa quedará con mal olor.

—Mamá, sé utilizar la lavadora, tranquila —le sonreí —¿Hay algo más que hacer? ¿Ir al supermercado...?

—No. Dejamos casi todo listo esta mañana.

—Está bien. Entonces me voy ya. Si quieren que traiga algo antes de venir, me hacen una llamada. Seguramente volveré para el almuerzo.

—Conduce con cuidado —fue la última indicación de mi madre, antes de que abandonara la habitación definitivamente y seguidamente, el hospital.

Tardé menos de cinco minutos en llegar a casa y nada más introducir la llave en la cerradura, pude escuchar al otro lado de la puerta, los olfateos desesperados de White. Cosa que me hizo sonreír. Pero en cuanto abrí, ese pequeño terremoto se abalanzó sobre mí, tratando de lamer cada espacio de mi rostro y moviendo como loco su cola, en señal de alegría.

—¿Cómo está el cachorro más bonito del mundo? —le pregunté mientras lo abrazaba y dejaba que me diera cariño —¿Aburrido? ¿Sí? Te abandono demasiado tiempo durante el día, ¿verdad, pequeño? ¡Venga, vamos a la calle!

Al escuchar las palabras mágicas, se adentró apresuradamente en la casa, dirigiéndose hacia el mueble donde suelo dejar su correa y se sentó justamente ahí, jadeando con la lengua fuera y con aparente expresión de no haber roto un plato en su vida.

No pude hacer más que sonreír y dar de cabeza.

—Como te extraño —le dije al tiempo que recibía un ladrido por su parte —Dame un minuto.

Me dirigí hacia el cuarto de la limpieza para poner en marcha la lavadora, como había dicho mi madre, antes de que se me olvidara. Así le daba tiempo suficiente para acabar, mientras White y yo dábamos un paseo.

Volví a la zona de la entrada y lo vi echado junto a la misma encimera, esperando pacientemente mi regreso, pero al verme subir las escaleras, decidió abandonar su puesto y comenzar a seguirme.

Llegué hasta mi habitación y allí busqué algo de ropa más cómoda. De pronto me pareció una buena idea que fuéramos a correr por los alrededores. A pesar del cansancio que tengo, eso servirá para reactivar mis huesos, despejar mi mente y para que White desahogue toda la energía que tiene acumulada por pasar prácticamente todo el día sólo en casa.

Comencé a cambiarme, sin ninguna prisa, con la parsimonia que me caracteriza y cuando estaba a punto de terminar, volteé, encontrándomelo sentado sobre sus patas traseras, justo en el umbral de la puerta y con su cabeza ligeramente ladeada, sin apartar su vista de mí. Esa imagen, automáticamente me recordó al primer día en que acudí a mis prácticas en La Cascada, cosa que me hizo sonreír casi inevitablemente. Han pasado tres meses y medio desde aquel día en el que tan nerviosa me encontraba. ¿Cómo es posible, que en tan sólo tres meses y medio, en mi vida hayan ocurrido más cosas que en veinticinco años?

—Me estás presionando —inquirí señalándolo con mi dedo índice y recibiendo un nuevo y sonoro "guau" como respuesta —Está bien, está bien, ya voy.

Terminé de vestirme rápidamente y esta vez sí, volvimos a bajar las escaleras, busqué su correa y se la puse antes de salir. No porque se fuera a escapar sin hacerme caso, sino porque a esta hora de la mañana ya hay demasiada gente caminando por las calles y llevar al perro suelto, aunque sea el más pacífico y bueno del mundo, me pude ocasionar algún problema.

Durante algunos kilómetros, pude conseguir que mi mente solo pensara en correr, en la velocidad y en mantener la respiración a un ritmo medianamente normal para no quedarme sin oxígeno. Pero resultaba bastante obvio que mi cuerpo ya se ha desacostumbrado al ejercicio, aunque también es bastante probable que mis pocas horas de sueño y el cansancio que deber estar acumulado en mis músculos, influyan negativamente. Aun así, sentir la brisa en mi rostro y respirar aire fresco mientras veo a White trotando a mi lado, es suficiente para que aguante algunos minutos más corriendo por estas calles.

Después de algún tiempo, decidí que nos detuviéramos en un parque cercano y buscamos un lugar no demasiado transitado para poder quitarle la correa. Una vez liberado, comenzó a corretear alrededor, olfateando todo a su paso y cuando ya había investigado suficientemente el lugar, regresó a mi

encuentro, para que le lanzara la pequeña pelota con la que solíamos jugar.

Continuamos jugando un largo rato, hasta que consideré que ya había agotado la suficiente energía y entonces volvimos a casa, trotando también, para que mi cuerpo no se enfriara y me costara más llegar.

En cuanto abrí la puerta, él se dirigió a la cocina para beber agua. Y yo, aunque el sofá estaba pronunciando mi nombre a gritos, tuve que acudir al cuarto de la limpieza para asegurarme de que la lavadora ya había terminado su trabajo. Al comprobar que así era, abrí la puerta y dejé que la ropa se aireara mientras acudía a la cocina a por un vaso de agua.

Una vez de vuelta en la sala, me dejé caer sobre el sofá, sintiendo al instante dolor en cada uno de los músculos, a medida que se relajaban. Pero antes de que pudiera realizar algún sonido de queja, White saltó sobre el sofá y estratégicamente acopló su cuerpo junto al mío.

—¿Y a ti quien te dio permiso para subirte al sillón? —le pregunté observando cómo se acomodaba cada vez más y miraba hacia otro lado, haciéndose el sordo —Si te ve mamá, vamos a terminar durmiendo en el coche. Lo sabes, ¿verdad?

A continuación, hizo una especie de sonido y sus "inocentes" ojos azules, volvieron a dirigirse hacia mí, haciéndome suspirar al recordarla, mientras le acaricio la cabeza.

—¿Crees que se encuentra bien? —continué preguntando como si realmente fuera a responderme, recibiendo una simple mirada por su parte —Sabes que si no la llamo a cada cinco minutos, es porque cualquier indicio de que no sea así, me hará correr a buscarla. Si hubiera ocurrido algo, Marta me lo habría contado... Pero no dejo de preguntarme cómo se encuentra, o si realmente lleva dos semanas evitándome. ¿Habrá olvidado ya, todo lo que vivimos? Ni siquiera te haces una idea de cómo la extraño —volví a suspirar —¿Crees que ella también me extraña? —otro pequeño sonido que no llegaba a ladrado, salió de su boca, haciéndome interpretarlo como una respuesta —¿Entonces por qué no responde mis llamadas? Sé que me fui sin despedirme, pero... no he dejado de intentar comunicarme con ella desde que llegué y... Dios, —suspiré de nuevo —estoy tan cansada, que ni siquiera puedo tener pensamientos lúcidos.

Tras decir eso, alzó ligeramente la cabeza para dejar un pequeño lametón

sobre mi mejilla y a continuación, la acomodó sobre mi hombro, acercando su cuerpo más al mío y dejándome observar como cerraba los ojos.

Continué acariciando su cabeza durante algunos minutos, hasta que entre pensamiento y pensamiento, fueron mis ojos, los que no pudieron retrasar más el cerrarse, permitiendo que me sumiera en un profundo sueño

Sin tener la más mínima idea de cuánto había transcurrido, extraños ruidos me hicieron abrir los ojos de una forma casi tortuosa. Sea lo que sea, lo que hubiera dormido, definitivamente, no había sido el tiempo suficiente para mis parpados, que estaban pesando toneladas ahora mismo.

Poco a poco, la luz fue entrando por mis ojos a medida que los abría, pero esa pequeña desorientación que se siente al despertar, en esta ocasión estaba ligeramente multiplicada, al sumarse con un profundo dolor de cabeza.

La imagen de Daniel fue lo primero que observé al abrir los ojos definitivamente. Me mira con una ligera expresión de pánico que aun no entiendo a qué se debe, y sin decir nada, comienza a hacer pequeños sonidos y señales para llamar la atención de White y que vaya hasta él. Es entonces, cuando el cachorro ya se encuentra siendo acariciado por mi hermano y yo trato de incorporarme mientras me sostengo la cabeza, cuando escucho la voz de mi madre aparecer por la sala. Daniel me mira divertido mientras continua acariciando a White. Si nuestra madre llega a verlo sobre el sillón, nadie hubiera sido capaz de librarnos de un gran sermón que duraría el resto del día.

En cuanto apareció frente a mí, me miró extrañada, probablemente confundida por encontrarme acostada en la sala en vez de en mi habitación. Seguidamente, observó cómo Daniel acaricia a White y volvió a mirarme con una ceja alzada, no muy convencida de la imagen que tenía frente a ella. Pero de pronto, otra voz apareció por detrás, consiguiendo la atención de todos, incluida la mía que se sumaba a la confusión.

—¡Hogar, dulce, hogar! —exclamó.

—¿Papá? —pregunté tratando de incorporarme más y sintiendo un ligero mareo que traté de disimular —¿Qué haces aquí?

—Por fin esos médicos decidieron dejar de utilizarme como su experimento de laboratorio, hija.

—Acaban de darle el alta —aclaró mi madre.

—¿Cómo? ¿Y por qué no me avisaron para ayudarlos a recoger todo?

—Porque llevas dos semanas prácticamente sin dormir, Dul —respondió Daniel —Suponíamos que estabas descansando.

—Y no merecía la pena despertarte para traer cuatro cosas —añadió mi madre.

En cuanto me puse en pie, volví a sentir la ligera sensación de que mi cuerpo dejaría de sostenerme en cualquier momento. Me llevé ambas manos a los ojos, para frotarlos un poco y seguí con mi camino para saludar a mi padre con un cariñoso abrazo, sin que nadie se percatara.

—Bienvenido a casa —le susurré. —¿Te encuentras mejor?

—Perfectamente, cariño. Estar entre esas cuatro paredes iba a volverme loco en cualquier momento.

—Bueno, estar loco no es tan malo —me encogí de hombros con una sonrisa. —Pero ahora tienes que cuidarte y hacer caso de las instrucciones que te hayan dado. Nada de volver a cometer las tonterías de antes.

—Ya, ya... —suspiró resignado —No sé por qué presiento, que aquí estaré más vigilado que en el hospital.

—Eso es que tienes una familia que te quiere.

—Voy a tener que sufrir amagos de infartos más a menudo, para que mi familia se reúna durante dos semanas con más frecuencia.

—No digas eso ni de broma —recriminó mi madre, mientras le daba un ligero golpe en el hombro y lo ayudaba a llegar hasta el sofá —Que Dulce ha tenido que abandonar su trabajo solo para estar a tu lado.

Los dejé "discutiendo" en la sala para dirigirme a la cocina a por alguna píldora que me quitara el dolor de cabeza. En cuanto encontré algo no demasiado fuerte, ya que soy bastante extraña para esto de tomar medicinas, la ingerí ayudándome de un sorbo de agua para tragarla con más facilidad. Entonces sentí la presencia de White a mis pies.

—¡De la que te acabo de salvar! —exclamó Daniel apareciendo —Mamá hubiera puesto el grito en el cielo si llega a ver a White subido sobre su caro sofá de "cachemir".

—Lo pondrá en cuanto descubra pelo canino por toda la superficie.

—Ah, pues ahí sí que ya no podré salvarte.

—¿Huimos? —pregunté descendiendo la vista hacia el cachorro y recibiendo un ladrido como respuesta. —Sabia decisión.

Se produjo un pequeño silencio en lo que enjuago el vaso que acabo de utilizar, cosa que casi me hace perderme en el recorrido que hace el agua al caer por mis manos.

—¿Está todo bien? —Interrumpió mi hermano, sacándome de ese estado de ausencia.

—Sí... claro —respondí cerrando la llave del agua —Ya está papá recuperado ¿Qué más podría estar mal?

—Bueno, no hay que ser demasiado inteligente para darse cuenta de que el cansancio te está pasando factura. Casi no te levantas del sillón hace unos minutos, tienes unas ojeras horribles, y apuesto a que tu escases de conversación es porque sientes que la cabeza te va a estallar. Eso es por no dormir, y no creo que lleves así dos semanas sólo por nuestro padre.

—Vaya, ¿Ahora además de arquitecto, eres médico y también psicólogo o adivino?

—Soy tu hermano —se encogió de hombros —Y te conozco desde que nací. Hablar de tus problemas no se te da bien y quejarte tampoco. ¿Recuerdas aquella vez, cuando éramos pequeños y la noche de navidad casi cojo una pulmonía que me tuvo una semana en cama, con fiebre, tos, etc.?

—Lo recuerdo —sonreí —Solo a nosotros se nos podía ocurrir salir a ver las estrellas durante horas con tremendo frio, mientras todos celebraban creyendo que estábamos durmiendo plácidamente en la cama.

—Tú también enfermaste. —continuó captando mi mirada —Y de no ser porque de pronto se te puso la nariz como para hacerle competencia a Rudolf, mamá nunca hubiera descubierto que también estabas ardiendo en fiebre.

—¿Y qué me quieres decir con esto?

—Que está bien bajar la guardia por una vez en la vida, Dul. Sé que no necesitas de nadie y que has aprendido a cuidarte solita durante toda tu vida. Pero no siempre puedes ser "Super Dulce". Te sientes mal, estás cansada,

porque no has conseguido pegar ojo durante las dos últimas semanas y además, tu mente no para de darle vueltas a algo que te tiene agotada mentalmente. Tómate un respiro. —pidió —Nuestro padre ya está en casa, nosotros nos vamos a encargar de que siga las instrucciones de los médicos y todo va a estar bien. Esta parte de tu vida ya está solucionada, ahora vas a tener que coger el teléfono y enfrentar esa otra parte, antes de que tu mente y tu cuerpo te digan "basta", y sea a ti, a la que tengamos que visitar en el hospital.

En cuanto terminó de decir eso, mi teléfono móvil comenzó a sonar, cosa que me hizo mirarlo con el ceño fruncido y él sonrió triunfante, como si algún ser superior le estuviera dando la razón. Miré la pantalla y el nombre de Marta aparecía intermitente, mientras este continuaba sonando. Lo observé durante algunos segundos, con un temor incontrolable que comenzaba a invadir mi estómago. Es la primera vez que Marta no espera mi llamada y se adelanta. Inhalo aire profundamente, observo a mi hermano y me decido a pulsar el botón que descuelga la llamada.

—¿Diga?

—¿Dulce? —preguntó al otro lado del teléfono.

—¿Cómo estás, Mar? Pensaba llamarte en unos minutos.

—Bien, yo estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo va todo con tu padre?

—Justamente acaba de llegar a casa. Le dieron el alta hace unas horas, aunque ya sabes, completa vigilancia para que no vuelva a ocurrir. Tiene que seguir los cuidados al pie de la letra.

—Entiendo. Ahora deberá cuidar su alimentación, sus rutinas y tomarse la vida con calma.

—Exactamente —confirmé —Pero... ¿Ocurre algo? Es la primera vez que llamas antes de que yo lo haga.

—No he querido molestarte demasiado con los asuntos del centro, ya bastante tienes con los problemas de tu familia. Pero hay algo que debes saber... —dudó —se trata de Anahí.

Escuchar su nombre, hizo que mi corazón quisiera dejar de latir por un instante, aunque lejos de eso, se aceleró, temeroso, ansioso.

—¿Qué pasa con ella? ¿Qué pasa con Anahí? ¿Le ocurrió algo? Dime por

favor.

—Dul, tranquila. No le ha ocurrido nada excesivamente grave. Pero me pediste que te informara sobre cualquier cosa que pasara con ella y me acaban de llegar sus últimos análisis. —en cuanto dijo eso, mi corazón volvió a bombear con mucha fuerza. La última vez que escuché esas palabras, no eran buenas noticias —Anahí ha bajado de peso considerablemente desde que te fuiste, y es algo que no entiendo. Tuve la oportunidad de verla personalmente cuando le entregué el paquete que me pediste y como te dije en su momento, se veía muy diferente después de ese fin de semana. No he dejado de estar pendiente de ella y realmente, no sé qué pudo haber ocurrido, ni cómo se las ingenió para saltarse los controles, porque no es normal un cambio tan drástico. Además, vuelve a no querer hablar con nadie. Así que, tratar de llegar a ella, me ha estado resultando imposible. Lleva dos semanas muy extraña, apenas sale de su habitación y cuando se acerca la hora en la que tú sueles llamar, ya no se encuentra ahí. No le había querido dar importancia a los hechos, porque decidí darle un voto de confianza, esperar a ver cómo evolucionaba y no juzgarla a la primera de cambio. Pero veo que esos hechos, volvieron a materializarse en algo físico y creí que debías saberlo.

Me llevé una mano a la frente, aturdida. Me siento temblar, con ganas de llorar, de gritar y de correr a buscarla en este preciso instante. Pero no soy capaz ni siquiera de pensar con claridad.

—Salgo para allá ahora mismo. —informé.

—Dulce, no es necesario. Pensaba pasar a visitarla ahora y tratar de hablar con ella una vez más.

—No, Marta. Si es necesario —aseguré desesperada —Había avanzado mucho. Algo tuvo que ocurrirle para que haya vuelto hacia atrás. ¡Mierda! No tendría que haberla dejado sola.

—No digas tonterías. Te fuiste porque tu padre estaba en el hospital, no por capricho. Dulce, está bien que quieras ayudarla. Pero no vas a poder culparte cada vez que ella recaiga y sabes que lo hará muchas veces. Esto no es fácil. Sabías que no sería fácil.

—Voy para allá, Marta. —repetí —En unas horas nos vemos.

—Está bien —suspiró resignada —Como quieras.

—No le digas nada. Gracias por avisarme.

Dicho esto, tras esperar su respuesta, colgué el teléfono. Fue entonces cuando recordé la presencia de mi hermano, al verlo de pie frente a mí, observándome con una mezcla de confusión, seriedad y no saber muy bien lo que decir.

—Vuelvo a la ciudad —le informé.

—Eso ya lo acabo de escuchar... ¿Anahí?

—No tendrías que haber oído su nombre. ¡Genial! —exclamé con ironía —Encima me salto el sigilo profesional.

De pronto, mi hermano comienza a tratar de esconder la risa que le está invadiendo, cosa que me hace mirarlo como si quisiera asesinarlo con los ojos.

—¿Qué se supone que es lo gracioso?

—¡No fastidies, Dul! No te has enamorado en tu vida ¿Y vienes a hacerlo de una paciente? —preguntó golpeando ligeramente su propia frente —Esto son cosas que solo le pueden ocurrir a mi hermana.

No pude hacer más que llevarme ambas manos a la cara, tratando de esconder tras ellas mi desesperación, mi agotamiento, mi confusión. Entonces, sentí el cuerpo de mi hermano refugiándose en su pecho y en la calidez de su abrazo.

—Nunca he dicho que esté enamorada —suspiré agotada.

—No hace falta que lo hagas —susurró besando mi cabeza —Cualquiera que te vea los ojos al pronunciar su nombre, se daría cuenta de ello.

XXII

Nunca, el trayecto de la casa de mis padres hasta la ciudad, me había resultado tan horrorosamente largo. En un momento dado, incluso llegó a parecerme que la carretera no tenía fin, volviéndose eterna con cada kilómetro. Apuesto lo que sea, a que White pensaba de la misma forma. De vez en cuando, lo observo a través del espejo retrovisor y lo descubro inquieto, moviéndose de un lado a otro del sillón trasero, hasta donde la correa le permite.

—Tranquilo pequeño, ya estamos llegando.

Lo único que intento hacer al hablarle, es tranquilizarlo con mi voz, o quizá tranquilizarme a mí. En momentos como este, me pregunto si alguna parte de él sabe lo que está ocurriendo y realmente está igual de preocupado que yo, o sin embargo, es mi propio estado de nerviosismo, el que le fue contagiado y a eso se debe su inquietud.

—A veces desearía que pudieras hablar. Algo me dice, que tendrías las palabras exactas para calmarme en este momento.

En ocasiones, compruebo la veracidad de ese mito que dice que los perros se parecen a los dueños. White, en cierta forma, es muy parecido a mí. Es un perro tranquilo, paciente, observador. Nunca expresa su alegría de una forma alborotada, como otros muchos cachorros de su edad. Y sobre todo, nunca te hace sentir sola, basta mirarlo, para saber que está presente, que te escucha, aunque probablemente no entienda ni una sola de las palabras que le dices. No es un "Super perro", ni mucho menos. Es algo más que eso... Es mi cachorro. Siempre será mi cachorro.

Y si realmente pudiera entenderme, le agradecería todo lo que sin saber, hace por mí a diario. Él siempre está conmigo, aguanta mis días malos y también los buenos. Me acompaña a cada lugar con alegría y disposición. Cuando lo necesito, no tengo más que descender la vista y ahí está, junto a mis pies, con su lengua fuera, como si eternamente sonriera. Y todo eso, a cambio de un plato de comida y unas caricias de vez en cuando.

Supongo, que cualquier ser humano quiere a su perro como parte de su familia, pero la conexión que yo tengo con White, es mucho más que eso. Él me eligió siendo apenas un cachorro y desde entonces ha estado siempre a mi lado. Es por eso, que a pesar de la insistencia de Daniel y de mis padres para que lo dejara en casa y volviera tranquila a arreglar mis asuntos, no pude hacerlo. No porque crea que va a estar mal cuidado, ni mucho menos. Sino porque él, con sus pequeños ladridos o su mirada inocente, me da la fuerza que en ocasiones me falta para enfrentarme a algunas situaciones. Y él, también sabe, que en todo lo que tenga que ver con Anahí, necesito un extra de fuerza y valentía, pues jamás nada me ha hecho sentir tan vulnerable como ella.

Detengo el coche justo en la puerta de mi pequeño apartamento. Me doy la vuelta y lo encuentro de pie sobre el sillón, jadeando y esperando impaciente que lo libere de la correa.

—Ya llegamos a casa —comento, más para darme unos segundos de relajación a mí misma, que para informarle a él sobre una situación que ya conoce.

Sin querer retrasar mucho más el momento, bajo del coche, abro la puerta trasera y lo libero, dirigiéndonos a continuación hacia nuestro hogar.

Al abrir la puerta, él se adentra husmeando todo a su paso, reconociendo cada rincón de su casa, y yo permanezco en la puerta, observándolo, hasta que pasados unos minutos, vuelve a mi encuentro y me arrodillo para acariciarlo.

—Eres el mejor amigo que alguien podría tener —Él ladra, como si hubiera entendido perfectamente la frase y empuja su cabeza contra mi cuerpo de un modo cariñoso. —Todo va a salir bien, ¿verdad? —vuelve a ladrar y yo sonrío, dándole un beso en su pequeña cabeza. —volveré en unas horas.

Tras decir esto, me levanto, y observándolo por última vez, mirándome fijamente mientras mueve su cola, sonrío y extraigo de él, la fuerza necesaria para enfrentarme a lo que venga a continuación.

Abandono el apartamento, vuelvo a mi coche y en cuestión de minutos abordo de nuevo la carretera, esta vez, para dirigirme con prisa a mi lugar de trabajo y averiguar de una vez por todas, que ha sido de ella durante estas dos últimas semanas.

No creo que haya tardado siquiera diez minutos en llegar a la puerta de La Cascada y estacionar mi coche a pocos metros de la entrada. Podría perfectamente vacilar antes de entrar, respirar hondo, tratar de calmar mi ansiedad, pero lo cierto es que no quiero hacer nada de eso, no quiero retrasar ni un segundo más, el momento de volver a verla.

Camino a toda prisa por la entrada, prácticamente ignorando al guardia que me ofrece una sonrisa.

—Doctora Andrade —observo como la secretaria se levanta, extrañada al verme —No sabía que iba a volver hoy, ¿Cómo se encuentra su...

—En unos minutos hablamos, Clara —interrumpo cualquier intento de conversación mientras veo las puertas del ascensor abrirse —Lo siento, tengo mucha prisa.

Las puertas vuelven a cerrarse, alejando de mi vista la imagen de aquella chica a la que prácticamente dejé con la palabra en la boca. Pulso el botón que lleva al tercer piso y espero impacientemente los minutos o segundos que este tarda en ascender. Tampoco este trayecto se me había hecho tan largo y desesperante nunca. El elevador se detiene, las puertas se abren y avanzo con prisa por el pasillo hasta la puerta de su habitación. Entonces si me detengo, frente a ese pedazo de madera, que es lo único que nos separa en este momento. Sostengo el pomo unos segundos e inhalo aire profundamente. Un gesto bastante iluso, pues no creo que haya nada en el mundo, capaz de conseguir que mi cuerpo deje de temblar como en este momento lo hace. Giro con sigilo el pomo y cuando quiero darme cuenta, ya estoy dentro, con la puerta cerrada tras de mí, en unos segundos en los que mi cuerpo parece haber adquirido vida propia, volviéndose automático.

Y ahí está ella, sentada sobre la cama, con las rodillas flexionadas junto a su pecho, la cabeza inclinada ligeramente hacia atrás, apoyándose en el cabecero, sin dejarme distinguir si sus ojos están cerrados o abiertos y sin hacer absolutamente nada.

Mi corazón se acelera de sobremanera, pero debe ser el único órgano de mi cuerpo que funcione en este momento, porque cada una del resto de extremidades, permanecen inmóviles. Creo incluso, que el trabajo de mis pulmones se detuvo en cuanto la vi. O quizás no, porque algo, tal vez mi respiración, le advierte de mi presencia. Alza la cabeza y me descubre aquí

parada, sin hacer absolutamente nada más que mirarla. Su expresión cambia en cuanto me ve. Incluso en la distancia, puedo apreciar su cuerpo tensarse. Su ceño se frunce ligeramente, extrañándose al verme. Probablemente, era a mí a la última persona que esperaba encontrar en este momento. Me observa fijamente sin decir nada. Y yo, la observo sin pronunciar palabra. No sé muy bien qué podría decir en un momento como este. Lo cierto, es que mi cuerpo entero me pide a gritos que vaya a abrazarla y que permanezca abrazándola el resto del día sin mediar una sola palabra. Mis ojos en cambio, quieren observarla. Observar esa imagen que han extrañado durante dos semanas. Observar los cambios, que estos pocos días han hecho en ella, consiguiendo que mi corazón se encoja a medida que mi vista lo asimila. ¿Cómo es posible que haya empeorado tanto en tan poco tiempo? Su rostro se encuentra más demacrado incluso. que cuando la conocí. Sus ojeras están terriblemente pronunciadas. Sus pómulos parecen haber sido absorbidos por algo, como si hubiera estado meses sin probar bocado. Sus labios, desde esta distancia podía apreciarlos de un color blanquecino, debido a la sequedad que debían estar sufriendo. Al igual que el color de su piel, carente de brillo... Por no hablar de su mirada, absolutamente apagada, sin rastro de esa luz que tanto me costó encontrar. Por algún motivo que aún desconozco, decidió cambiar su ropa deportiva, por el horrible pijama del centro, ese blanco que nunca quiso utilizar. Además, su cabello está recogido descuidadamente, haciendo que su rostro se viera aún más delgado si era posible. Cada uno de esos detalles, hacían un daño en mi interior, que jamás pensé sentir. Tanto, que apenas sin darme cuenta, mis ojos comenzaron a cristalizarse. Y ella, al percatarse de ello, desvió su mirada, dirigiéndola hacia la ventana que tiene a su izquierda.

Después de algunos segundos, aún sin saber qué hacer ni qué decir, sintiéndome completamente abatida y cansada, me senté sobre un pequeño banco que hay justo al lado de la puerta. Apoyé los codos en mis rodillas y me fue inevitable la necesidad de esconder la cabeza entre mis manos, a ver si de esta forma, el peso que sentía en todo mi cuerpo, cesaba por un momento. No quería llorar. Me negaba rotundamente a hacerlo presionando mis ojos con fuerza, sintiendo incluso latidos en ellos, debían estar enrojecidos. Mi lucha interna en este momento, es absolutamente agotadora.

—Siento haber tirado por la borda tu proyecto —habló por fin, dejándome apreciar un tono frío en su voz.

Alcé la vista y la encontré mirándome. Corroboré al instante, que la frialdad de su voz, también se había apoderado de su expresión y su mirada. Por lo que, solo pude exhalar el aire que había estado siendo retenido en mis pulmones.

—¿De qué hablas, Anahí? —pregunté confusa.

—Ya no tienes que ocultarlo más.

—Nunca he intentado ocultar nada.

—Sólo fue un dato que se te olvidó mencionar, ¿no?

—¿Él qué? —pregunté a medida que me levantaba del banco, pero sin avanzar hacia ella ni un solo metro —¿Qué te elegí a ti como proyecto de fin de carrera? ¿Qué tiene que ver eso con todo esto? ¿Contigo? ¿Con nosotras?

—¿Nosotras? —repitió sonriendo con ironía —¿Acaso alguna vez existió un "Nosotras"? ¿O todo fue parte de tu intento por rescatar a una pobre chica, para ganarte la mejor nota de la universidad?

—Creo que no tienes ni idea de lo que estás hablando.

—¿Ah no? Quizás sea porque te largaste. Porque me dejaste tirada, con una maldita nota de tres palabras. Dejando que me enterara de ese "pequeño dato" —volvió a enfatizar con ironía —al escuchar accidentalmente una conversación y no por ti misma. Quizás por eso no tengo ni idea de lo que estoy hablando.

—Así que, ¿eso es lo que ocurre? ¿Por eso estás así? ¿Porque me fui?

—¿Así como, Dulce? —preguntó levantándose y encarándome —¿Demacrada? ¿Abandonada? ¿Horrible?

—Perdida. —susurré con dolor —Vuelves a estar perdida.

—¿Quién te dice que alguna vez me haya encontrado? Si todo lo tuyo fue una mentira, quizás lo mío también lo haya sido. Unos días de falsa ilusión, no cambian toda una vida de realidad.

—No vas a conseguir herirme con tus palabras, si es lo que pretendes.

—No. Claro que no —se rio irónica —A Dulce nada le duele. Dulce no alza la voz, ni se altera. Todo está bien en su mundo. Nada le afecta. Siempre perfecta.

Aunque tratara de ocultarlo, sí me estaba hiriendo. Pero no precisamente sus

palabras. En este momento, no hay mucho rastro de la Anahí que hasta ahora conocía y definitivamente, estaba decidida a no continuar con esta conversación.

—Mejor hablamos en otro momento —sentencié dándome la vuelta con la intención de abandonar la habitación.

—No va a haber otro momento.

Esa frase, me hizo detenerme. En cierta forma, esperaba haber escuchado mal o que sólo fuera una manera más de hacerme daño. Así que, me voltéé para encararla de nuevo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que me voy —aclaró —Que ya no tiene caso, seguir esperando algo que no va a suceder.

Al escuchar eso, esa simple frase, que probablemente no fuera la más grave de las que hasta ahora había dicho o podía decir, por alguna extraña razón, sentí que todo se me vino encima. Todas las emociones contenidas, me asaltaron. En mi pecho parecía no haber espacio suficiente para mi corazón, ni para el paso del oxígeno. Siento una presión tan grande, que apenas puedo respirar.

Me senté nuevamente en el banco, clavando mi vista en el suelo un instante, sintiendo que me ahogaba, que el aire no tenía hueco para pasar por mi garganta, se encontraba de frente con un nudo que se lo impedía. Enredé mis dedos en mi propio pelo y apreté con tanta fuerza, que probablemente podría habérmelo arrancado. Entonces las sentí. Las lágrimas comenzaron a abandonar mis ojos sin control, como si alguien hubiera abierto la llave de paso y todo lo que había estado contenido, dejara de estarlo. Lloré... como jamás en mi vida había llorado. Mi cuerpo sufría espasmos y mi garganta emitía sollozos en su intento por respirar. No respiraba. El aire no pasaba y lo único que había en mi mente, eran súplicas para poder controlar el ataque de ansiedad que estaba sufriendo.

A mi alrededor no ocurría nada más. No se escuchaba nada más. Sólo mis sollozos, que de un momento a otro, después de varios minutos, comenzaron a descender. El oxígeno comenzó a llegar débilmente hasta mis pulmones y me aproveché de eso para centrar toda mi atención en respirar. Dejé de hacer

fuerza en mi cabello... Y respiré... Dejé de apretar mi mandíbula... Y respiré... Y así sucesivamente, hasta que mis músculos se relajaron y el aire encontró un hueco justo por el que atravesar el nudo de mi garganta. Dejé que mis pulmones recibieran el oxígeno necesario para darme un poco de fuerza y me armé de valor para alzar la vista.

Ahí estaba ella.

En el mismo lugar. Sin haberse movido ni un solo centímetro, como si se hubiera quedado petrificada, con una ligera expresión de pánico en su rostro. Sin decir, ni hacer, absolutamente nada.

Fue entonces cuando lo entendí.

Nada de esto tenía sentido ya.

Yo no le importo y quizás nunca le haya importado. Se me rompió el corazón en mil pedazos al entender, que acabo de derrumbarme frente a ella y no fue capaz de hacer absolutamente nada. Alguien a quien le importas, olvida su orgullo y corre para envolverte entre sus brazos. No te observa con esa frialdad, con la que ella me está mirando a mí en este momento.

Se acabó.

Me levanté, con mi rostro aún empapado por las lágrimas y sin si quiera mirarla, volví a dirigirme hacia la puerta. Pero antes de poder abandonar la habitación, sentí su brazo agarrarme con brusquedad, cosa que prácticamente me obligó a darme la vuelta.

—¿Ni siquiera ahora vas a decir nada?! —preguntó desesperada, permitiéndome ver como sus ojos también estaban empapados en lágrimas.

Tragué saliva, pretendiendo que ese gesto fuera suficiente para poder hablar. Ni siquiera estoy segura, de que mi garganta vaya a ser capaz de pronunciar algo.

—¿Qué quieres que diga?

—¡Algo, Dulce! ¡Por dios! —exclamó exasperada —¡Grita! ¡Enfádate! ¡Haz algo, maldita sea! ¡Di lo que sientes de una maldita vez! ¡Ódiame! ¡Ódiame ya!

—¿Por qué tengo que gritarte, si escuchas perfectamente, Anahí? —le pregunté tranquilamente, secando las lágrimas de mis mejillas —¿Por qué tengo que decirte lo que siento, si tienes una venda en los ojos, que no te permite ver

más allá de tus narices? Dime... —pedí observando confusión en su rostro —¿Qué quieres que haga? Tomaste la decisión ya, ¿no es así? Te rendiste. Estás decidida a marcharte de este lugar. Una vez más, pensando únicamente en ti. De eso se trata todo esto. De Anahí. Siempre de Anahí. Y no, no estoy enfadada si eso es lo que pretendías conseguir o lo que quieres escuchar. Y tampoco decepcionada contigo. Lo estoy conmigo. Porque creía que esto era diferente, creía que tú eras diferente. Que yo te... —suspiré resignada —Y nada de lo que puedas decir, ninguna de las palabras que sueltes por tu boca ahora mismo, va a conseguir herirme más de lo que me hiera, verte así de consumida. Porque podrás engañar a quien quieras, Anahí. Pero no a mí. Yo vi con mis propios ojos, como eres capaz de hacer las cosas bien. Cómo tienes la fuerza suficiente para salir de esa maldita enfermedad, si realmente te lo propones. Sin embargo, eres tú misma, la que está optando por hundirse cada vez más.

—Te crees que es muy fácil, ¿no? Que un día digo "basta" y ya está, se acabó. ¡¿Te crees acaso, que no se me hicieron eternos cada uno de los minutos en que no estabas aquí?! ¿Qué no me sentí como una basura cuando descubrí que para ti soy solo un maldito proyecto de universidad? ¿Un experimento? Y qué ni siquiera titubeaste antes de largarte corriendo, dejándome sola y vacía de nuevo, como una egoísta.

—¡Mi padre casi tiene un infarto, joder! —grité esta vez sí, con rabia —Y ni siquiera has sido capaz de preguntarme, qué ocurrió o cómo he estado las dos últimas semanas. ¿Quién es la egoísta, Anahí? ¿Quién es la que está tan hundida en su propia miseria, que no es capaz de ver lo que sucede a su alrededor? El proyecto... Sí. Es sobre ti. ¿Y sabes por qué? ¿Sabes por qué te elegí, a pesar de que me advirtieran, que era la peor opción que podía escoger si quería sacarlo adelante? Porque desde que llegué a este maldito lugar, desde que te vi caminando por ese pasillo, con la mirada perdida, lo único que he querido, ha sido cuidarte. ¿Se te olvida que hace tres meses, no pronunciabas ni una sola palabra? ¿Qué mis posibilidades de sacar algo de ti, era una entre cien? ¿Crees que eras un reto? ¿Qué no hubiera sido más fácil escoger a otra persona y lucirme con una investigación? ¿Pero sabes que habría ocurrido si hubiera hecho eso? Que entonces no hubiera podido estar cerca de ti. —sentencié, viendo a través de las lágrimas, como mis palabras se clavaban en ella igual que una cuchilla. Y Suspiré —Me equivoqué al pensar que

podía ayudarte. Y me equivoqué también al pensar, que sentías algo por mí. Algo lo suficientemente fuerte, para que quisieras salir adelante. Soy una estúpida y una ilusa. Nunca te ha importado nadie más que tú.

—Eso no es cierto —negó llorando —¿Tanto te cuesta entender, que me volví loca cuando te fuiste? ¿Qué te necesitaba aquí a cada momento? ¿Qué no sé cómo salir de esto si tú no estás? No digas que no siento nada por ti, Dulce... porque yo...

—¡No soy una maldita tabla de salvación! —interrumpí desesperada —¿Lo entiendes? Durante tres meses, lo único que he pretendido, ha sido enseñarte a amar la vida... por ti misma. No rescatarte. No hay nadie que pueda rescatarte, más que tú misma, Anahí. Entiéndelo de una vez, por favor, cariño.

Continúo sintiendo como las incontrolables lágrimas descienden por mis mejillas, impidiéndome tener una visión clara de ella. Pero a pesar de eso, sé perfectamente que está llorando. Que no ha parado de llorar desde que me levanté y que ambas sentimos cómo esta conversación, está desgarrando algo en nuestro interior.

—Si tuvieras idea de lo que significa estar ahí dentro... —continuó con la voz quebrada —Si tan solo supieras lo que se siente... El pánico, el terror de enfrentar un nuevo día. El simple pensamiento de que cualquier cosa, por insignificante que sea, te hará caer de nuevo y no vas a poder hacer nada por evitarlo... Si lo entendieras, sabrías que es como estar caminando continuamente sobre una cuerda floja, que cruza de lado a lado un acantilado. Cualquier movimiento mal hecho, te hará caer al vacío. Y créeme que no existe sensación de miedo más grande, que la de no controlar tu propia vida. —apartó la mirada —Jamás podrías entenderlo.

—Claro que no. Nadie te entiende, Anahí. —asegué con tono irónico, captando su atención y mirada confusa. —Nadie puede ayudarte, según tú. Nadie es tan sumamente especial, para hacerse una idea de lo que estás viviendo. Por supuesto que no. ¿Pero alguna vez, te has parado a pensar, qué sentimos los que estamos a tu lado? Te crees que vives sola, dentro de una burbuja, mientras los demás observamos todo desde una perspectiva exterior. Simplemente esperando... a ver qué ocurre, a ver como acabas con tu vida, sin que eso afecte en lo más mínimo la nuestra. Pero... ¿quieres que te hable de lo que significa realmente, tener miedo? —le pregunté, dispuesta a expresar por

primera vez, todo lo que tanto tiempo llevo aguantando, callando, controlando —Tener miedo, es que las únicas noches que he conseguido pegar ojo en los últimos tres meses, han sido esas en las que tú estabas a mi lado. En las que sentía tú mano agarrada a la mía y sabía que nada iba a ocurrirte, mientras yo estuviera ahí para impedirlo. Tener miedo, es vivir una pesadilla cada noche, en la que recibo una llamada diciéndome que tu cuerpo no aguantó más, que te tiraste por una ventana o que te volviste a tomar un bote de pastillas, consiguiendo esta vez tu objetivo. —sentí mi corazón hacerse más pequeño al pronunciar esas palabras que tanto me aterrorizaban —Tener miedo, es despertar cada día, con la sensación de que me falta el aire y sentir pánico a cerrar los ojos, porque esas pesadillas están ahí siempre. Tener miedo, es dedicar cada hora de mis días, a buscar una solución para ayudarte a superar esa maldita enfermedad y no encontrar absolutamente nada. Ni en libros, ni en informes, ni en ningún lado. Es sentirme inútil, porque en el fondo sé, que ninguno de mis intentos, ni nada de lo que haga, va a servir, porque tú eres la única que puede salvarte. ¡Es mirarme las manos! —exclamé observándomelas, al tiempo que cierro los puños con fuerza —y entender, que no sirven para nada, porque no van a poder rescatarte, mientras tú decidas quedarte hundida. —solté los puños y suspiré, volviendo mi vista a ella, que había apartado sus ojos hacia algún lugar en el suelo, lejos de los míos. Nos regalé a ambas, unos segundos totalmente necesarios entre tanto llanto, y continué con la verdad más absoluta que había dicho jamás —Tener miedo, Anahí... es estar enamorada de una persona que no le encuentra sentido a la vida. —en ese momento, su mirada volvió a clavarse en mis ojos, mostrándome un atisbo de sorpresa y confusión entre tantas lágrimas. —Y te equivocas, al pensar que la sensación de mayor miedo, es la de no controlar tu propia vida. Te aseguro, que es mucho más aterrador, ver como la vida de alguien a quien amas, se te va de las manos, sin que puedas hacer absolutamente nada por evitarlo. —inhalé aire profundamente y me sequé las lágrimas antes de continuar —Querías que te dijera lo que siento, ¿no? Pues ahí lo tienes. Mi iluso corazón, decidió enamorarse de la única persona que no quiere ser amada y de la única, que jamás podrá siquiera quererme. Porque es imposible que quieras a alguien, cuando sientes tanto odio hacia ti misma.

—¡Mira lo que tienes frente a ti! —gritó desesperada, señalándose a sí misma —¿Cómo puedes estar enamorada de esto? ¿Cómo puedes siquiera, continuar

mirándome con esa expresión de amor, a pesar de lo que ven tus ojos? ¿Por qué, Dulce? ¿Por qué me haces sentir culpable de lo que he estado pensando durante dos semanas? Soy una basura... ¿A caso no lo ves? ¿No ves que destruyo todo lo que me importa? ¿Qué te estoy destruyendo también a ti? ¿Cómo puedes amar eso?

—¿Sabes? En este momento, ni siquiera sé quién destruye más a quien. Creía que con simples gestos de amor, verías a la persona que realmente eres y aprenderías a quererte. Pero creo que eso, sólo te ha conseguido una excusa para seguir hundida. Tú sabes perfectamente el motivo por el cual me marché. Sabías que había ocurrido algo y que si no fuera grave, no me habría marchado. Pero claro... fue más fácil dejar que se te nublara la mente y aferrarte a eso para no luchar, ¿no?. Porque pelear cuesta, Anahí. Los brazos se cansan, las piernas a veces no resisten tanto camino, el corazón, no aguanta tanto resentimiento hacia sí mismo. Así que, es más fácil rendirse, dejarse morir... Yo no te hago bien —acepté entre lágrimas —creía que sí... Pero lo cierto, es que ponerte las cosas tan fáciles, no funciona. Ahora lo comprendo. El amor, por muy grande que sea, no puede salvar a quien no quiere ser salvado.

Traté de volver a secarme las lágrimas y negando continuamente con la cabeza, sin mirarla, decidí marcharme definitivamente.

—Dulce, no te vayas —suplicó llorando —Cuando estoy a tu lado, todo es fácil. Cualquier lucha es insignificante. Pero cuanto tú no estás, me siento perdida, —se llevó ambas manos a la cabeza —Enloquezco... Todo es ruido y no sé quién soy.

—Ahí está el problema, mi amor —susurré, sintiendo como cada palabra me rompía en mil pedazos por dentro —tienes que encontrarte tú misma.

Ella me miró fijamente. Siento su mirada ida, perdida, está aquí, me está escuchando, pero no está entendiendo. Su corazón no es capaz de comprender lo que le quiero decir.

—Te necesito, Dulce.

Me acerqué a ella y agarré suavemente sus mejillas, sintiendo como el recorrido de sus lágrimas llegaba hasta mis manos. La miré a los ojos durante unos segundos, y no me hizo falta sacar fuerza para volver a hablar. Las

palabras ya salen solas. Porque no puedo más.

—Pero yo no quiero, ni merezco que me necesites, Anahí... sino que me ames. —volví a sentir como mis lágrimas comenzaban a descender nuevamente —No puedo siquiera soportar, el pensamiento de una vida en la que tú no existas. No puedo. Y lo peor de todo esto, es que sé, que puedes salir adelante... Sé que puedes conseguirlo, porque lo he visto con mis propios ojos, porque yo conozco a la verdadera Anahí. La que se esconde detrás de ese miedo, detrás de ese resentimiento, la que se ilusiona con unos farolillos de luz, la que disfruta plantando un bambú, nadando en un lago, a la que le brillan los ojos cuando observa las estrellas, la que ríe a carcajadas hasta quedarse sin aire cuando le hago cosquillas, o incluso a esa, que tiembla cuando le hago el amor —me detuve unos segundos, antes de soltar su rostro y volver a separarme —Pero está claro que no quieres hacerlo. Y yo no puedo seguir aquí parada, viendo cómo te apagas... como se te va la vida... y la mía se va contigo. Necesitas la ayuda de alguien, que no sienta lo que yo siento por ti. Alguien a quien no te aferres como a un salvavidas. Que sea firme, que sea duro. El amor no sirve... Mi amor no te sirve.

—Dijiste que no lo harías... Dijiste que nunca me abandonarías.

—No lo estoy haciendo. Te estoy dejando libre, para qué elijas qué camino quieres tomar. Pero por ti misma y no por mí. Las opciones son únicamente dos; Vivir o morir. La primera, quizás sea la más difícil, implica una lucha constante, eterna, de la que no tendrás descanso y en la que sentirás la tentación de rendirte, en innumerables ocasiones. Pero a cambio de todo eso, experimentarás momentos que llenarán tu corazón de felicidad, cómo sé que has comprobado. En cambio la segunda, morir... es algo más fácil. Sólo tienes que bajar los brazos, dejar de pelear, limitarte a existir, hasta que llegue el día, en el que todo se detenga, en el que nada exista. Ni felicidad, ni yo... ni siquiera tú misma.

Después del silencio que se produjo, en el que ella no parecía tener nada más que decir, sacudí ligeramente la cabeza y con un suspiro abandoné la habitación, dando por finalizada la conversación y... todo. Pero antes de que pudiera siquiera dar dos pasos en el pasillo, sentí que sus brazos me volvían a retener, obligándome a dar la vuelta.

—¡Estamos hablando! —gritó mirándome con desespero —No puedes irte si

estamos hablando.

—¡No estamos hablando, Anahí! ¡Me estás gritando! Eso no es hablar. Ni siquiera estás escuchando lo que te digo. Hace unos minutos me dijiste que te ibas y ahora no me dejas marchar a mí. No sabes lo que quieres, nunca lo has sabido.

—Quiero... —comenzó llevándose ambas manos a la cabeza —Quiero que pares. Quiero que pares de sermonearme. Sólo necesito que estés aquí.

—¿Lo ves? —pregunté con dolor —No has escuchado ni una sola palabra de las que te he dicho. Yo no soy tu padre, Any. No soy una doctora ni tampoco una nutricionista. No te estoy regañando porque no comas, porque vomites o porque tus análisis sean un desastre. Estoy llorando, delante de ti. Me acabo de derrumbar frente a tus ojos y no fuiste capaz de abandonar esa postura ni un minuto. Te estoy suplicando que pares. Estoy sufriendo...porque te estás matando.

—¡Está bien! —exclamó con rabia, dejando a la vista el collar que le regalé, el cual se encontraba escondido entre el pijama y su cuello, y con un gesto forzado, lo arrancó lanzándolo a mi pecho. —¡Lárgate! ¡Vete si es lo que quieres! Al fin y al cabo, resultas ser como todos... No sé qué me hizo pensar, que podía esperar más de ti.

Al finalizar esa frase, observé como apartaba la mirada y volvía a llevarse ambas manos a la cabeza. Es la tercera vez que lo hace en lo que llevamos de "conversación", y su silencio de ahora consigue preocuparme.

—¿Qué ocurre? —le pregunté acercándome, pero ella me empujo ligeramente, con la poca fuerza que tenía y se apartó aún más, mirándome con rabia.

—Márchate. —pidió —Es lo que estabas haciendo.

Y antes de que pudiera volver a decir nada más, se desplomó entre mis brazos. Haciéndome sentir, que todo mi mundo se desmoronaba en ese instante, junto a su cuerpo.

—¡Anahí! —grité desesperada, colocándola sobre el suelo para intentar hacerla reaccionar. Acaricié sus mejillas, sin saber qué hacer —¡Mi amor! —las golpeé a continuación, con algo más de fuerza, dejando que el pánico se apoderara de mi cuerpo —¡Una ambulancia!

Sin saber cómo, ni de dónde había salido, Marta apareció a mi lado, agarrando mis mejillas para obligarme a mirarla. Aunque por algún extraño motivo, mis ojos veían como sus labios se movían, pero mis oídos no escuchaban ni una sola de las palabras que con desesperación me decía.

Volví mi vista hacia Anahí, encontrándola aún entre mis brazos, con los ojos cerrados y sin ningún signo vital aparente. Fue entonces, cuando al observar su cuerpo, el latido de mi corazón comenzó a volverse cada vez más lento, débil, convirtiéndose en el único sonido que soy capaz de escuchar en el espacio que me rodea.

XXIII

De un momento a otro, al sentir que alguien aparta su cuerpo de mis brazos, recupero la conciencia de dónde estoy. No sé cuánto tiempo a transcurrido. No he sido capaz de hacer otra cosa más que observarla, inconsciente entre mis brazos, su rostro empapándose con mis lágrimas y sin poder hacer algo más que llorar. Resulta curioso descubrir, cómo un acontecimiento puede paralizar tu cuerpo de tal forma, que ya no eres dueña de él. Sabes lo que está ocurriendo, ves a la persona que amas desfallecida entre tus brazos, notas la humedad de las lágrimas al caer por tus mejillas, sientes el nudo que de un momento a otro se formó en tu garganta. Pero eres absolutamente incapaz de articular una palabra o de mover un solo músculo, perdiendo incluso la noción del tiempo. Hasta que llega alguien, que automáticamente te hace volver al mundo real. Ese en el que te encuentras rodeada de extraños, que gritan a tu alrededor cosas sin sentido, cosas que tu no entiendes. Y es entonces cuando lo escucho:

—¡Parada cardíaca!!

Ese grito, esa frase. Me hace sentir exactamente igual, que si dos manos estuvieran estrujando mi corazón. El dolor en mi pecho es insoportable. No puedo respirar. Siento unos brazos rodeándome desde algún lado, mientras observo fijamente como una de las personas agolpadas sobre el cuerpo de Anahí, utiliza un aparato que produce descargas en su cuerpo. Sintiendo a la vez, como en cada uno de esos brincos sin reacción, una parte de mí, muere lentamente.

—No te vayas... —suplico en un susurro —Por favor, mi amor, no te vayas...

El médico decide abandonar las placas metálicas y coloca ambas manos en su pecho, ejerciendo presión sobre el lugar exacto en el que debe encontrarse su corazón. Presiona numerosas veces, dejando caer el peso de todo su cuerpo sobre sus brazos, tratando de que esas manos, vuelvan a poner en marcha su corazón. Él no desiste. No se rinde.

—Doctor...

Una voz femenina trata de interrumpirlo, pero él no hace caso. Continúa, continúa presionando su pecho sin parar. En ese momento, mi cuerpo reacciona, haciendo que me suelte de los brazos que han estado sosteniéndome. Me arrodillo junto a su rostro pálido e inmóvil, deseando con todo mi corazón, estar viendo en este momento sus ojos azules y no sus párpados cerrados. Apoyo mis labios en su frente y cierro los ojos, siendo completamente consciente de que mis lágrimas están empapando su rostro.

—Vuelve... —susurro —vuelve, vuelve, vuelve... —es lo único que soy capaz de decir, de suplicar continuamente, como si en mi vocabulario sólo existiera esa palabra —vuelve, vuelve, vuelve... Por favor, vuelve.

De pronto, su cuerpo deja de moverse, haciéndome entender que el médico cesó en la presión que estaba haciendo sobre su pecho. Mi respiración se detiene, mi cuerpo tiembla y el sonido de mi corazón acelerado, es lo único que invade mis oídos.

—Hay latido... —escucho en un susurro —¡Hay latido! —exclama un poco más fuerte, consiguiendo que alce la vista para mirarlo. Él también me mira y asiente, consiguiendo que en ese momento, la respiración regrese a mi cuerpo. —Bien hecho, muchacha. Bien hecho... —le susurra esta vez a ella —¡Vamos a trasladarla al hospital, enseguida!

Sus compañeros reciben las órdenes y se disponen a recoger todo el material que sin yo darme cuenta, habían traído. Poco a poco voy sintiendo como mi cuerpo recupera movilidad y consciencia.

—¿Alguien va a acompañarnos en la ambulancia? —pregunta el doctor, clavando su mirada en mí.

Entonces, siento unas manos sostener mis mejillas y de un momento a otro, me encuentro con los ojos de Marta, mirándome directamente.

—Dulce, escúchame. —pide con tono firme —Vete en la ambulancia al hospital. Yo tengo que quedarme algunos minutos para poner un poco de orden a todo este caos y advertir de lo sucedido al padre de Anahí —escuchar su nombre, fue motivo suficiente para que mi mente, volviera a estar en sintonía con mi cuerpo —Te prometo que iré enseguida ¿De acuerdo? ¿Dulce?

Simplemente fui capaz de asentir, antes de volver a escuchar la voz del doctor.

—Doctoras, nos vamos ya —informó, para que fuera cual fuera la decisión, alguna de las dos lo siguiéramos.

En ese momento, Marta hizo una suave caricia en mi mejilla, acompañada de una leve sonrisa, para hacerme entender que ya podía marchar. Y también supongo, para darme algo de tranquilidad en esta situación. Estoy completamente segura, por su mirada comprensiva, que entiende con total claridad, el efecto paralizante que acaba de ocasionar el miedo en mí. Un terror, que jamás pensé llegar a sentir.

Minutos más tarde, en el interior de la ambulancia, sostengo su mano fuertemente, mientras observo como una mascarilla le proporciona oxígeno y algunos cables la conectan a una pequeña máquina que refleja su ritmo cardiaco; ese, que hace tan solo unos minutos, debía ser una línea completamente plana.

—Enseguida llegaremos al hospital, doctora.

La voz del mismo médico que minutos antes le estaba practicando la reanimación, me hizo despertar, para dirigir mi mirada hacia él.

—¿Se va a poner bien? —hablé por fin, volviendo a mirarla.

—Eso no podemos saberlo. Por el momento, agradezcamos que se salvó a sí misma.

Al escuchar eso, volví a mirarlo, absolutamente confundida por el significado de esa frase. Cosa que él pareció notar.

—Créame que si esta chica no se hubiera aferrado a la vida con todas sus fuerzas, nosotros no podríamos haber hecho absolutamente nada por ella. Es fuerte, muy fuerte.

Dirigí mi mirada otra vez hacia ella, encontrándola exactamente igual. Respirando a través de una mascarilla, con sus ojos cerrados. Esos ojos que hace tan solo unos minutos me miraban a mí. Pequeña, delicada, tan hermosa como siempre me pareció, tan aparentemente frágil como un cristal y en el fondo, tan resistente como el mismísimo bambú.

—Lo sé...

La ambulancia se detuvo al instante, ocasionando que todo el mundo

volviera a ponerse en marcha y en cuestión de pocos minutos ya estábamos dentro del hospital. Traté de ir junto a ella, pero una enfermera me detuvo hablando cosas que ni siquiera alcanzo a escuchar. Mi vista y mis oídos están concentrados en observar cómo los médicos y auxiliares, hacen desaparecer la camilla por una puerta que queda lejos de mi visión.

—Necesito que me facilite su nombre —vuelve a repetir la voz.

—Dulce —respondo sin mirarla —Dulce Andrade.

—Encantada, doctora Andrade, yo soy Daniela. Pero me refería al de ella.

Su aclaración y también su nombre, consigue captar mi mirada confundida y me sorprende al descubrir a una chica tan joven, algunos centímetros más pequeña que yo, con el cabello castaño, recogido de una forma despreocupada y una dulce sonrisa dibujada en sus labios, a modo de comprensión.

—Oh. Ella... Ella es Anahí. Anahí Valente.

Permanezco en silencio mientras la observo apuntar los datos en el cuaderno que la acompaña. Es entonces, cuando mi mente decide volver a trabajar y algo en todo esto me descuadra.

—Aunque también ella podría haberse llamado Dulce.

Sé que mis pensamientos no están demasiado lúcidos en este momento, pero sí lo suficiente, para que me extrañe la seguridad con la que dio por hecho, que estaba diciéndole mi nombre y no el de ella.

La chica volvió a alzar la mirada y me sonrió.

—Podría. Y si yo no hubiera estado hace unos minutos en el centro de salud mental, escuchando como la otra doctora te llamaba por tu nombre, probablemente en este momento, Anahí habría quedado registrada como Dulce Andrade.

—¿Estabas allí? —pregunto sorprendida.

—Y también en la ambulancia —sonrió al ver como mi sorpresa aumentaba —Pero no te preocupes, es normal que no notaras quien había a tu alrededor. Sufriste un leve estado de shock producido por el miedo y lo único que existía en tu mundo, era ella.

Ella...

—¿A dónde la llevaron? —pregunté.

—A la sala de observación, con el resto de doctores. Hay que hacerle algunas pruebas, para ver si ha sufrido daños colaterales a causa de la parada cardíaca, y esperar que despierte cuanto antes. Así que ahora te toca tener mucha paciencia y esperanza.

—Es una luchadora —aseguré convencida, sintiendo como las lágrimas volvían a empañar mis ojos —Va a recuperarse.

—Y cuando lo haga, deberá agradecer, no sólo la segunda oportunidad que se le está brindando, sino el hecho de tener a alguien que crea en ella con tanta firmeza. Es afortunada.

Permanecí en silencio, observando aquella puerta por la que se había marchado, esperando que en algún momento reapareciera a través de ella, caminando por su propio pie. Unos pensamientos un poco ambiciosos, dada la situación. Creo que si eso llegara a ocurrir, correría a abrazarla y probablemente no volvería a soltarla jamás.

—Tengo que ir a ver cómo va todo —volvió a intervenir la chica —¿Necesitas algo? ¿Alguien a quien podamos llamar? ¿Un familiar suyo?

—No. Ya se están encargando de eso en el centro. Pero... sí hay algo que necesito.

—Lo que quieras, dime.

—¿Podrías mantenerme informada de la situación? Esperando aquí, sin noticias, voy a volverme loca.

—Tranquila —asintió sonriendo —En cuanto sea examinada, serás la primera en conocer su estado.

—Gracias.

—Si necesitas algo más, no dudes en buscarme.

Con una última sonrisa, recibiendo un simple y ligero asentimiento por mi parte, aquella chica con aspecto de enfermera, desapareció por algún lugar de la sala de espera. Dejándome sola, entre una multitud de personas desconocidas, que probablemente se encuentren a la expectativa de conocer el estado de algún familiar. Yo, me dejé caer sobre uno de los asientos, apoyé los codos en mis rodillas y simulé con las manos una guarida en la que necesitaba

esconder mi cabeza. Necesito apagar el interruptor de mi mente. Necesito que los minutos transcurran de la forma más veloz posible. Necesito que alguien salga por esa puerta, con la noticia de que todo está bien, de que ya está despierta. Volver a ver su mirada. Luchar otra vez por sacarle una sonrisa. Necesito hacerle saber, que ella le dio un sentido diferente a mi vida.

—¡Dulce!

Escuchar la voz familiar de Marta, me hizo levantar rápidamente y dirigir mi vista hacia la entrada de la sala, donde para mi sorpresa, la vi aparecer con Oliver Valente y sus guardaespaldas. Todos llegaron a mí en cuestión de segundos y sin darme tiempo a reaccionar, mi amiga me sumió en un cálido y reconfortante abrazo.

—¿Cómo estás? —susurró agarrando mis mejillas.

Simplemente pude asentir, sin saber muy bien lo que pretendía responder con ese gesto, sintiendo como las lágrimas de mis ojos, amenazaban con hacerme derrumbar de un momento a otro, en los brazos de mi amiga.

—¿Cómo está mi hija? —escuché por primera vez en meses, la voz de su padre.

Lo miré rápidamente. Estoy segura, de que en otra ocasión, mi mirada habría estado cargada de rabia, de coraje y de quien sabe cuántas cosas más. Pero en este momento, mis fuerzas no me permiten sentir otra cosa más que cansancio y preocupación. Una preocupación que también soy capaz de observar en el fondo de sus ojos. Por lo que me limito a suspirar, esperando que el oxígeno recargue un poco mi energía.

—Aún no hay noticias —respondo mirando a Marta —Los doctores la llevaron a la sala de observaciones. No ha recuperado la conciencia.

—Tranquila. Está en buenas manos. —aseguró mi amiga —¿Tú por qué no vas a tomar un poco el aire? Estás pálida, Dulce. Necesitas respirar aire fresco.

—¡No! —negué varias veces —Los doctores pueden salir en cualquier momento. Quiero estar aquí cuando suceda.

—Yo estaré aquí —insistió —Y te avisaré en cuanto aparezcan por la puerta. Pero necesitas aunque sea, salir a la entrada, o te va a dar algo. Por favor, cinco minutos.

Me tomé unos segundos para pensarlo y finalmente, no muy convencida de ello, acepté. No quería abandonar la sala por otra cosa que no fuera ir junto a Anahí. Pero Marta tenía razón, estaba comenzando a sentir mareo y el aire sigue llegando con dificultad a mis pulmones. Necesito tomar aire fresco aunque sea unos minutos.

—Avísame de cualquier cosa —pedí casi como una orden —Estaré justo en la puerta.

Ella asintió y sin siquiera mirar al resto de personas allí presentes, me dirigí a la salida de esta sala de espera, en la que las puertas automáticas se abrieron a mi paso, dejando que una ligera brisa acariciara mi rostro.

Inhalé ese aire muy profundamente, tratando de llenar mis pulmones de oxígeno y lo exhalé muy despacio, esperando que un milagro desapareciera el temblor en mis manos, el peso en mis hombros, la piedra de mi estómago o el nudo de mi corazón. Pero ni siquiera el aire más puro del mundo, podría conseguir tal cosa en este momento. No obstante, continué intentándolo durante algunos minutos. Observando ese cielo en el que las estrellas estaban cubiertas por una gran nube de contaminación lumínica evitando que pudiera verlas.

Ojalá pudiera verlas.

Ojalá estuviéramos en el lago, como hace dos semanas, observando aquel cielo, en el que los problemas parecían desvanecerse.

No tenía nada que ver con el cielo, ni con las estrellas. La tenía a ella a mi lado. Y eso era suficiente para que los problemas se desvanecieran.

—Por favor, Anahí, —suplicó interiormente, sintiendo las lágrimas comenzando a descender mejilla abajo —Por favor, no me dejes.

Entonces, sentí una presencia junto a mí, que me hizo abrir los ojos y dirigir la vista a mi derecha para encontrarme con la última persona que esperaba ver en este momento. A pesar de lo borrosa que se encuentra mi visión a causa de las lágrimas, puedo ver como él me mira en silencio durante unos segundos, los suficientes para decidirme a apartar los ojos una vez más, volviendo a mi antigua posición.

—Me culpas de todo esto, ¿no es así?

Permanecí en silencio algunos instantes más, analizando de nuevo, la diferencia entre el cielo que ahora observo y el que se aprecia en la casa del lago. Finalmente, suspiré.

—No culpo a nadie —sentencié con seriedad —Todos tenemos algo que ver.

—Anahí me preocupa. Aunque seas incapaz de creerlo.

—Señor Valente, —volví a suspirar encarándolo esta vez —usted no me conoce. Así que, ahórrese el tratar de averiguar lo que pienso o siento.

—No has cambiado desde la última vez que te vi. Tan rebelde como entonces... —suspiró —Tan parecida a ella.

—Sí que he cambiado... —susurro devolviendo la mirada a la lejanía.

Ella me cambió la vida.

Él permaneció observándome en absoluto silencio durante unos segundos. Sentía sus ojos clavados en mí, por lo que me vi en la obligación de retarlo con la mirada, hasta que comencé a incomodarme.

—¿Qué ocurre?

—Me recuerdas a alguien. —respondió.

—A ella, lo acaba de decir.

—No. A mí.

—¿A usted? —pregunté confundida con una sonrisa irónica —Discúlpeme, pero dudo mucho que usted y yo tengamos algo en común.

—De hecho, lo tenemos. —afirmó muy seguro —Se llama Anahí Valente. Y sí te digo que me recuerdas a mí, es porque al hablar de ella, veo en tu mirada lo mismo que había en la mía, cuando se trataba de mi esposa, la madre de Anahí. Mi hija es lo que más te importa en la vida ¿No es así?

No voy a negar que esa observación, me pilló absolutamente desprevenida y en cierta forma, me entristeció más de lo que ya estaba. Pero en este momento, mi estado a la defensiva hacia ese hombre, es mucho mayor que cualquier otro sentimiento.

—Lo que yo sienta por Anahí, es un asunto que a usted no le incumbe. Y le vuelvo a repetir, que usted y yo, no nos parecemos en absolutamente nada. Yo jamás sería capaz de abandonar a mi hija, de la forma en la que usted lo hizo.

—¿Crees que no estoy sufriendo con todo esto? ¿Qué no me duele ver a mi hija así?

—¡No me hable de dolor! —pedí comenzando a enfurecerme —Ni se le ocurra hablar de dolor o de sufrimiento, cuando es ella la que está en una cama, peleando por su vida. Cuando es ella, la que lleva años luchando con una enfermedad que la ha ido destruyendo y consumiendo poco a poco, sin que usted, haya movido un solo dedo por ayudarla. No se atreva a hablar de dolor, porque aquí la única que lo conoce, es ella.

—¿Y qué podía hacer, si yo mismo estaba perdido?! Nadie nace con un manual de "Cómo ser padre", ¿sabes?

—No se necesita ningún manual para dar un abrazo a tiempo. —sentenció —Ni siquiera se ha parado nunca a plantearse el porqué de todo esto. Cómo llegó Anahí a sentir tanto rencor hacia sí misma. Usted no lo ha hecho... Y ahora se siente culpable por ello. Pero siento decirle, que no soy yo la encargada de perdonarlo. No es a mí, a quien tiene que dar explicaciones. Así que le aconsejo, que si realmente quiere ser perdonado, comience a pedir ahora mismo, que Anahí abra los ojos cuanto antes. Porque si no es así, si Anahí muere, no solo habrá perdido a su esposa... y a su hija... también terminará perdiéndose del todo a sí mismo.

Dicho esto y sin darle tiempo a responder, me marché de su lado, volviendo al interior de la sala de espera, donde Marta y los guardaespaldas, aguardaban alguna noticia.

—¿Todo bien? —me preguntó preocupada en cuanto me vio llegar.

—Si ella llega a... —me detuve ante el simple pensamiento y observé a mi amiga —No voy a ser capaz de soportarlo, Marta. No podré hacerlo.

Sé perfectamente que Marta se refería a la conversación que acababa de tener con el padre de Anahí. Pero lo cierto, es que ese es el menor de mis problemas ahora mismo. Lo único que me importa, lo único que me preocupa, es que la mujer de la que estoy enamorada, se encuentra inconsciente en una cama, peleando por su vida.

Justo en el momento en que mi amiga se dispuso a responder, las puertas por donde anteriormente se la habían llevado, se abrieron, dando paso un doctor diferente al de la ambulancia. Eso sí, estaba acompañado por Daniela, la

enfermera.

—¿Familiares de Anahí Valente? —preguntó en cuanto se acercó a nosotros.

—¡Yo soy su padre! —intervino Oliver Valente, apareciendo por detrás
—¿Cómo está mi hija?

El suspense que de pronto se había creado, me obligó a apretar con fuerza los puños, tratando de retener lo máximo posible, esas lágrimas de terror que vuelven a amenazar con salir. Mi corazón late a toda velocidad y ya ni siquiera siento el oxígeno llegar a mis pulmones. Creo que llevo segundos reteniendo el aire sin apenas darme cuenta, sin querer siquiera observar al doctor. Limitándome a mirar al suelo, hasta que dé la noticia que tenga que dar.

—Fuera de peligro —informó consiguiendo, que esta vez sí, el alma regresara a mi cuerpo. Me llevé ambas manos al rostro y en apenas unos segundos, agradecí al cielo, al Universo, a Dios, o a quien sea que haya allá arriba, las palabras que devolvieron el aire a mis pulmones. —Por suerte, mis compañeros llegaron a tiempo para practicarle la reanimación cardiaca. Y aunque parece un auténtico milagro, Anahí se encuentra recuperándose fuera de peligro, aunque aún no ha recuperado la conciencia. En las pruebas que le realizamos, no hemos encontrado daños cerebrales aparentes. Pero su corazón estuvo demasiado tiempo sin bombear y sin llevar oxígeno a su cerebro. Hay que esperar a que despierte, para comprobar si hay daños.

—¿Qué daños?

—Pérdida de memoria, parálisis parcial, déficit del habla. Es imposible saberlo con exactitud. Aunque en las pruebas no se refleje, es posible que alguna parte mínima de su cerebro se haya visto afectada por la falta de oxígeno y hasta que no despierte, no podremos averiguarlo. Pero no se preocupen por eso ahora. Lo más grave ya pasó. Anahí despertará en cualquier momento y mientras más pronto lo haga, mejor.

—¿Pero que fue exactamente lo que le sucedió? ¿Una parada cardiaca, así, de la nada?

—No fue "De la nada", señor Valente. Es algo que desde hace tiempo se veía venir, según nuestros informes. Si no era la misma Anahí la que volvía a atentar contra su vida, iba a ser su cuerpo el que solicitara un descanso.

Cualquier ser humano necesita una serie de nutrientes, de los cuales, su hija carece en este momento. Y desgraciadamente, su corazón no pudo resistir más. Se rindió, cuando vio que ella también lo hacía. Es muy difícil anticiparse a ese hecho, saber cuándo va a suceder. Hay personas que aguantan más que otras. Pero Anahí ha llegado a un punto, en el que está demasiado débil. Parece incluso, que no hubiera probado bocado durante semanas. Así que, sinceramente les repito, que es prácticamente un milagro haber conseguido reanimar el corazón de alguien que ya se había rendido.

—Eso es porque aún no lo ha hecho —irrupí por primera vez, consiguiendo que todos me miraran —Aún no se ha rendido. —susurré— ¿Podemos pasar a verla?

—Sí, pero solamente uno de sus familiares.

En este momento, todas mis esperanzas de volver a verla cuanto antes, cayeron al piso, sabiendo perfectamente, que sería su padre el que podría pasar a estar con ella.

—Dulce... —escuché con su tono de voz —Entra tú. —mi sorpresa, al igual que la de casi todos los presentes, fue más que obvia al mirarlo con el ceño fruncido, confundida ante lo que acababa de pedir. —Estoy seguro, de que eso es lo que mi hija querría.

Lo observé con seriedad, sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Pero agradeciéndole en silencio y con cada poro de mi cuerpo, ese gesto que en este momento tanto significa.

—Discúlpenme —intervino el doctor —Pero las reglas del hospital indican, que solo puede pasar un familiar ¿Es usted familia de la paciente?

—Esta chica ha demostrado ser más familia de mi hija, de lo que he sido yo en toda su vida. Así que, como padre, autorizo que sea ella quien es esté a su lado.

Se volvió a producir otro silencio, durante el cual, yo simplemente puedo observar a Oliver Valente, aún incrédula. Y el doctor, parece estar sopesando la situación, no muy convencido.

—Está bien —aceptó por fin —Entonces acompáñeme, señorita.

El padre de Anahí asintió, indicándome que era el momento de seguir al

doctor.

—Gracias... —le susurré antes de apartar definitivamente la mirada, y pude ver un atisbo de sonrisa en su rostro siempre serio.

Aunque lo cierto es que no presté demasiada atención, pues sin perder más tiempo, seguí al doctor y a la enfermera, hasta la habitación donde ella se encontraba.

Una vez allí, él abrió gentilmente la puerta, invitándome a entrar.

—Si llegara a despertar mientras está usted aquí, no dude en avisar a alguna de mis compañeras —indicó señalando a Daniela, que recibió mi mirada con una sonrisa —Estarán por la zona y enseguida se pondrán en contacto conmigo para revisar a Anahí. Es importante que no se altere si despierta. Debe estar tranquila.

—No se preocupe —asentí simplemente, deseosa por entrar ya en esa habitación.

—Muy bien, entonces pasaré por aquí en un rato, a ver cómo va todo.

—Gracias.

—Si necesitas algo —intervino la chica, captando una vez más mi mirada —Estaré por aquí cerca.

Asentí, ofreciéndole lo más parecido que pude a una sonrisa de agradecimiento. Pero realmente, creo que mis labios ni siquiera llegaron a moverse un milímetro. Y ambos se marcharon, dejándome sola frente a una puerta, que una vez más, era lo único que me separaba de ella.

Entré sigilosamente en la habitación y mi corazón comenzó a latir desesperado, a medida que me acercaba a la cama e iba descubriendo su cuerpo recostado. Una imagen algo distinta a la que tuve en la ambulancia, porque en esta ocasión no hay ninguna mascarilla que la ayude a respirar y su cuerpo está cubierto por unas impecables sábanas blancas. Aunque igual que antes, sigue conectada a una pequeña máquina que refleja el ritmo de sus latidos.

Ya junto a ella, me permito a mí misma unos segundos de tregua para simplemente observarla. Observarla dormir profundamente, ajena a todo lo

que acaba de suceder. Ajena al miedo que probablemente no desaparecerá de mi cuerpo hasta que la vea con los ojos abiertos. Aunque a decir verdad, parece estar durmiendo de una forma tan profunda y tranquila, que dicha imagen, otorga a mi cuerpo casi la misma paz que me producía verla dormir en la casa del lago.

Sonrío, sintiendo como a mi corazón llega un soplo de aire fresco entre tanto pánico y siento la enorme necesidad de acariciar suavemente su mejilla, apenas rozando su piel.

—Aquí estoy, mi guapa —susurro sintiendo como mis ojos vuelven a cristalizarse, difuminando su imagen —Gracias... gracias por luchar. Gracias por no dejarme.

Me inclino ligeramente para depositar un cálido beso en su frente y no puedo evitar quedarme en esa posición un instante, sintiendo la suavidad de su piel en mis labios. La última vez que lo hice, su cuerpo se había desconectado de la vida, por unos instantes que a mí me resultaron eternos, y yo le suplicaba entre lágrimas que volviera. Esa imagen en mi mente, sigue haciéndome temblar, pero verla ahora, aparente y plácidamente dormida, me hace continuar agradeciéndole a quien sea, el hecho de que siga aquí.

Después de unos segundos, suspiro y me alejo. Aproximando una silla que hay junto a la cama para sentarme más cerca de ella. Continúa inmóvil, sin ninguna intención de despertar. Agarro su mano con cuidado, quiero sentirla, necesito hacerle sentir mi calor. Necesito que sepa que estoy aquí, junto a ella y que no voy a abandonarla. Entonces, vuelve a mi mente todo lo sucedido hace tan poco tiempo; la recuerdo a ella, llorando, reclamando mi abandono. Y me recuerdo a mí, también llorando, sin saber de qué forma hacerle entender que la amo. Que nunca pretendí irme así. Si no hubiéramos discutido, si no se hubiera alterado, esto no estaría pasando. Observo fijamente nuestras manos entrelazadas durante algunos segundos, recordando aquella primera noche en el lago, después de la fiesta. Dormimos así. Con nuestras manos entrelazadas, sin necesidad de hacer nada más. Con un gesto tan simple, sabíamos que estábamos ahí, la una para la otra. Nunca, nos ha hecho falta nada más. Y es entonces, cuando, sin ningún detonante aparente, me derrumbo.

Igual que hice en su habitación. Por el simple motivo, de tener tanto acumulado dentro de mí, tantas lágrimas y sentimientos retenidos. Me

encuentro absolutamente superada por toda esta situación. Su sufrimiento, su dolor, es algo que se vuelve cada vez más insoportable. ¿Por qué no puedo borrarlo de un plumazo? ¿Por qué tiene que pasar por todo esto? Millones de preguntas y ninguna respuesta. Simplemente, la continua sucesión de lágrimas descontroladas, empapando mis mejillas.

Durante minutos, durante horas. No lo sé. No sé cuánto tiempo transcurre entre sollozos y lágrimas de impotencia. Siento mi mano temblar mientras sostengo la suya. Pero poco a poco, el temblor va desapareciendo, la sensación de desahogo comienza a llegar, y con ella, siento un ligero movimiento en la mano que estoy sosteniendo, cosa que me pone alerta y casi en un acto reflejo, dirijo mi mirada hacia su rostro, el cual detiene de súbito mi respiración, al encontrarla con los ojos abiertos. Esos ojos que por un momento pensé que no volvería a ver. Esa mirada cristalizada, que no sé cuánto tiempo lleva observándome, pero está emocionada. Absolutamente todo en mí, vuelve a perder conciencia. Solo soy capaz de mirarla, grabando en mi retina esta imagen en la que sus ojos están abiertos. Ella, hace un pequeño movimiento con los labios, que consigue despertarme. Rápida y asustada me pongo en pie, y como si intentara hacer que nada sucede, comienzo a secar mis mejillas.

—Voy a llamar al doctor —es lo primero que mis labios son capaces de decir, mientras me dispongo a llevarlo a cabo.

Pero ella, que aún sostiene mi mano, ejerce una ligera fuerza sobre la misma, que me hace detenerme y mirarla. Continua moviendo los labios, como tratando de decirme algo.

—A... agua... —pronuncia por fin.

Claro, me percató de que sus labios están blanquecinos y absolutamente secos. Pero por suerte, en la pequeña mesilla que tiene a su lado, hay una botella de agua. Ni siquiera sé si puede beber, supongo que sí. Pero como no estoy segura aún del estado de sus funciones, suelto su mano para maniobrar con mayor facilidad y decido empapar una de las gasas que encuentro en la misma mesilla. Con sumo cuidado, comiendo a mojar sus labios, dando pequeños toques para que se empapen, mientras ella aspira, tratando de absorber el agua. Lo repito varias veces, hasta que me hace un señal de asentimiento, indicándome que ya es suficiente. Por lo que, vuelvo a poner el

agua y la gasa sobre la mesilla y la miro.

—¿Mejor? —ella vuelve a asentir, sin pronunciar palabra —Voy a buscar al doctor.

—No —pronunció débilmente —Que...quédate conmigo.

Sintiendo cómo todo mi cuerpo temblaba igual que si fuera la primera vez que hablo con ella, volví a sentarme, aunque no muy segura de que eso fuera lo que debía hacer. Pero lo cierto, es que sólo deseo mirarla y que esté tranquila.

—¿Qué... sucedió?

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Se quedó en silencio algunos segundos, como si estuviera pensando detenidamente la respuesta.

—Discutimos. —confirmó, dejándome claro que su memoria estaba intacta —Ibas a marcharte y... todo se volvió borroso. Perdí fuerza.

—Y te desmayaste —continué —Por eso estás aquí, en el hospital.

Trató de asentir como si lo estuviera comprendiendo todo. Como si ese hecho no fuera nada desconocido para ella. Como si en cierta forma, lo supiera. Y se volvió a crear un ambiente silencioso, en el que simplemente nos mirábamos, sin tener mucho que decir. Pero en el transcurso de ese silencio, las lágrimas volvieron a rebelarse, empañando mis ojos, aunque trato de retenerlas ahí con todas mis fuerzas.

—¿Y tú? —preguntó rompiendo el silencio —¿Por qué estás aquí?

—Porque te quiero.

Esta vez, fueron sus lágrimas las que comenzaron a descender por un lateral de sus ojos.

—Lo siento... —me dijo en un hilo de voz.

—¿Qué sientes?

—Que te hayas enamorado de mí.

—Yo no.

—¿Por... Por qué? —preguntó confusa —No lo comprendo. No soy más que una... anoréxica. Lo único que he hecho desde que llegue a tu vida, ha sido

hacerte sufrir, llorar... No mereces esto.

—Te equivocas. Pero ya hablaremos en otro momento. Ahora tienes que recuperarte.

—No. —insistió —Necesito saberlo. Necesito entenderlo.

—Si fueras capaz de verte con mis ojos, lo entenderías —aseguré mientras secaba sus mejillas con mi pulgar —Tienes anorexia, sí. Pero no eres "una anoréxica". Ni esta enfermedad, ni ninguna otra, definen lo que eres, Anahí.

—¿Y qué se supone que soy?

—Lo mejor que me ha pasado en la vida. —sentencié —Te equivocas al pensar que sólo me has hecho sufrir o llorar. Porque aunque me haya pasado años, creando y disfrutando momentos de soledad, para nunca necesitar a nadie, lo cierto, es que no conocí el auténtico significado de felicidad, hasta que tú apareciste y me lo enseñaste. Me hiciste entender que el amor, da un sentido diferente a cualquier cosa que hagas en la vida. Y siempre te voy a agradecer que hayas cambiado por completo el sentido de la mía. —me levanté de la silla y me incliné ligeramente sobre ella, dejando nuestros rostros a centímetros. Acaricié su mejilla, consiguiendo sonreír por fin —Siempre... te lo voy a agradecer, ¿lo entiendes? Pase lo que pase.

Se creó un momento de silencio tras mis palabras. Ella simplemente me miraba. Me observaba como nadie lo había hecho jamás. Como si yo fuera lo más alucinante que había visto en la vida.

—¿Vas a irte? —preguntó asustada después de un instante.

—No pienses en eso. Ya habrá tiempo para hablar con calma. Lo importante ahora, es que te pongas bien, ¿vale?

Ella asintió y no pude evitar la necesidad de darle un pequeño beso en la frente. En ese momento, se abrió la puerta, dando paso a la enfermera, que se quedó observando la imagen bastante sorprendida desde la entrada.

—¿Cómo?... ¿Cuándo...? —trataba de preguntar, deteniendo su mirada acusadora en mí —¿No se supone que ibas a avisarnos enseguida si Anahí despertaba?

—Lo siento —me disculpé —Estaba a punto de hacerlo.

—Es culpa mía —intervino Anahí —Yo la retuve.

Daniela asintió con una sonrisa y se acercó para comprobar el estado de la bolsa de suero que había a un lado de la cama.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Algo aturdida y cansada... Pero viva.

—Es normal, tu organismo lleva mucho tiempo careciendo de importantes nutrientes. Con este suero estamos intentando que los absorbas lo antes posible, para que poco a poco recuperes algo de fuerza.

—¿Me voy a poner bien?

—Eso depende de ti. Cómo el hecho de que estés viva.

—¿Qué significa eso? —preguntó confundida.

Daniela me miró con una sonrisa, esperando que fuera yo quien continuara hablando.

—Tuviste una parada cardiaca. —le aclaré —El doctor que te atendió, me dijo que si habías conseguido superarla, es porque tú misma te aferraste a la vida y... luchaste. —sus ojos se perdieron en la nada, como si estuviera pensando en algo. Y a decir verdad, no la encontré demasiado sorprendida con la noticia —Eres más fuerte de lo que crees. Aunque te sigas negando a verlo.

Devolvió su mirada hacia mí, provocando que permaneciéramos durante un largo periodo de tiempo, observándonos en silencio. Olvidando incluso, la presencia de la enfermera.

Dicen que no existe nada más interesante, que la conversación de dos enamorados que permanecen callados. En este caso, la única enamorada soy yo. Y no sé si al resto del mundo le pueda resultar interesante esta escena. Pero desde luego, nunca ha existido ningún otro silencio, que consiga llenarme tanto, como el que experimento cuando sin decirnos nada, lo sabemos todo.

—Creo que debería comunicarle al doctor que ya estás despierta, para que venga a revisarte.

La voz de Daniela nos sacó del trance a ambas y me hizo reaccionar.

—Yo voy a aprovechar para salir, en lo que él está aquí contigo.

—¿Te vas? —me preguntó mirándome preocupada.

—No —sonreí acariciándole la mejilla con ternura —Sólo tengo que conseguir una cosa y de paso hablar con Marta y tu padre. Deben estar preocupados en la sala de espera.

—¿Mi padre? ¿Está aquí?

—Si, —confirmé notando su sorpresa —De hecho, si yo estoy aquí contigo, es gracias a él. Sólo dejaban pasar a un familiar y dio su autorización para que pudiera hacerlo yo. ¿Quieres que lo llame?

—No. No creo tener demasiadas fuerzas para hablar de nada ahora mismo. Tengo mucho sueño y me gustaría simplemente... saber que estás aquí, a mi lado. A menos que...

—Estaré aquí en unos minutos —la interrumpí sonriendo, mientras hacía una leve caricia en su cabello. —¿Me la cuidas? —pregunté a Daniela con complicidad.

Esta, simplemente asintió con una sonrisa. Le dediqué a Anahí una última mirada y me dispuse a salir, cuando fui interrumpida por su voz.

—¡Dul! —me llamó, consiguiendo que volteara —Gracias... por estar, siempre.

—Siempre —confirmé.

Y sin decir más, abandoné la habitación.

En cuanto aparecí en la sala de espera, Marta y el señor Valente, corrieron prácticamente a mi encuentro, deseosos de recibir noticias.

—¿Cómo está? —me preguntó su padre.

—Despierta, desde hace algunos minutos. —informé tranquilizándolos —Se siente algo débil y cansada, pero está bien, dentro de lo que cabe.

—¿Y por qué estás aquí? —continuó Marta.

—Porque ahora va a pasar a verla el doctor y no quise interferir en su trabajo. Además, quería aprovechar para comprar algo en la tienda del hospital y también tranquilizarlos a ustedes.

—¿Sabe que estoy aquí? —volvió a hablar su padre.

Asentí.

—Pero está muy cansada, solo quiere dormir. Aunque quizás pueda convencerla, si quiere pasar a...

—No —interrumpió él —Será mejor dejarla descansar. Ya habrá tiempo para otras cosas. ¿Vas a quedarte con ella esta noche?

—Sí. No pienso dejarla sola.

—¿Y White? —preguntó mi amiga.

—Tiene comida y agua suficiente para pasar lo poco que queda de día y el resto de la noche. Mañana a primera hora, pasaré por mi casa antes de ir al centro.

—¿Cómo se te ocurre que vas a ir a trabajar mañana, Dulce? Ni se te ocurra.

—Estoy en el último periodo de mis prácticas, Marta, y ya he faltado demasiado por lo de mi padre. Aprovecharé las mañanas, que seguramente los médicos estarán trabajando con ella y cuando salga del centro vuelvo.

—La que va a terminar en un hospital serás tú, como sigas con este ritmo. ¿Aún no has comprobado que el cuerpo humano tiene un límite?

—Puede que el cuerpo tenga límites, pero en este caso, mi corazón no los tiene.

—Discutir contigo es una absoluta pérdida de tiempo. —resopló al tiempo que rodaba los ojos —Entonces yo voy a volver al centro. Cualquier cosa que necesites, no tienes más que avisarme, ¿está bien?

—Ve tranquila.

—Te llamaré en unas horas, para ver cómo sigue todo. —asentí y ella desvió su mirada hacia el padre de Anahí —Señor Valente, ¿Usted también se queda?

—No. Creo que Anahí está en buenas manos y por aquí no hay mucho que se pueda hacer. Así que, volveré mañana. —me sorprendí al ver como el hombre extendía la mano en mi dirección, esperando que se la estrechara —Gracias.

—Lo hago por ella, no por usted —aclaré entrecerrando los ojos, pero cediendo al gesto.

—Lo sé —se rio, negando ligeramente con la cabeza —Te doy las gracias por ser tan clara y no dejarte influenciar por mi nombre a la hora de defenderla.

Asentí, sin entender muy bien qué había que agradecer en eso. Desde mi punto de vista, cuando quieres a alguien, la defiendes, y poco te importa su padre, el presidente del gobierno o el mundo entero.

Con una última sonrisa por parte de Marta, ambos abandonaron el hospital y yo me dirigí a la pequeña tienda de accesorios, en la que apenas tardé unos minutos en encontrar lo que buscaba.

Una vez de vuelta en la habitación, llamé suavemente, entrando al instante en que escuché su voz dándome paso.

La camilla, esta vez, estaba ligeramente inclinada hacia arriba, permitiéndole a ella una más cómoda incorporación.

—Que rápido se fue el doctor. —comenté aproximándome.

—Sí —sonrió costosamente —No tenía mucho que decirme.

—¿Ninguna novedad?

—Nada que no supiera.

Se encogió de hombros, dejándome ver en su rostro una expresión de ligero desánimo, ante la cual, no supe muy bien qué decir. Realmente no creo que sea el momento ideal para hablar del tema. Su mirada me dice que necesita una tregua, un descanso. Quizás olvidarse por un instante de todo lo sucedido. Quizás, regresar a esos sentimientos que la invadían estando en la casa del lago, a esa paz que ambas sentíamos. Probablemente, necesita que ahora, seamos simplemente Any y Dul.

—¡Mira lo que traje! —exclamé emocionada sacando un libro de la bolsa.

—¿Un libro? ¿Dónde lo conseguiste?

—En la pequeña tienda del hospital. Tienen algunos ejemplares bastante interesantes y casualmente, hace tiempo que quiero leer este; "Come, reza, ama" de Elizabeth Gilbert. ¿Lo has leído?

—Vi la película —sonrió encogiéndose de hombros.

—Yo también —confesé.

—Seguro que libro es mejor. Pero no estoy segura de tener las fuerzas suficientes para leer en este momento.

—Es que nadie ha dicho que lo vayas a leer tú —le dije con misterio —Como no sabemos cuántas horas estaremos aquí, me pareció una estupenda idea ocupar el tiempo en una buena lectura. Así, tu mente se despejará y al menos hoy, seguro que concilias el sueño de una forma más tranquila y despreocupada.

Aprecié sus ojos iluminarse por un instante. Supe entonces, que la idea le había agradado más de lo que esperaba.

—¿Así que, me vas a leer un cuento como si fuera un bebé?

—Como lo que eres —confirmé.

Abrió enormemente sus ojos, sorprendida y fingidamente indignada, provocándome una risa instantánea. Negando ligeramente con la cabeza, me senté en la misma silla donde estuve minutos antes, junto a su cama. Abrí el libro y comencé a pasar páginas hasta que llegué al supuesto comienzo. Entonces carraspeé para aclararme la garganta y:

—"Di la verdad, di la verdad, di la verdad —comencé a leer. —Sheryl Louise Moller."

Me pareció un poco extraña la forma en la que comenzaba este libro, así que la miré con el ceño fruncido y la encontré sonriendo. Me encogí de hombros y sin decir más, continué.

—"La acepto al intentar resolver transacciones inmobiliarias en Bali, tal se describe en este libro." —parecía ser una introducción —"Introducción 0. Como funciona este libro 0. El abalorio..." No estoy entendiendo nada —dije confundida —como todo el libro sea así...

—Dul... —interrumpió mi concentración, captando al instante mi mirada —¿Podría abrazarte?

Está de más reconocer, que la pregunta, no solo me cogió desprevenida, sino que produjo tanta emoción en mi cuerpo, que las manos me temblaron consiguiendo que hasta el libro perdiera estabilidad en ellas.

Me levanté de la silla, dispuesta a inclinarme sobre su cuerpo para abrazarla, cuando comenzó a rodarse en la cama, dejando un espacio libre en ella y mirándome fijamente. Entonces, entendí lo que quería, y aunque no estuviera segura de que fuera demasiado correcto, su mirada suplicante,

consiguió que apartara las sábanas y me sentara cuidadosamente a su lado. Con mucha precaución para no desconectar las vías, ni hacerle daño.

Una vez acomodada, volví a dejar que nuestras miradas se encontraran, y para este momento, el temblor de mis manos, se había extendido por todo el cuerpo. Sonrió, a modo de agradecimiento y sin decir ni una sola palabra, dirigió mi brazo para que pasara por su espalda, y refugió su cuerpo junto al mío, apoyando su cabeza entre mi hombro y mi cuello, dejándome sentir ahí su pausada respiración y oler el aroma de su cabello. Su mano quedó apoyada en mi estómago y noté al instante como se aferraba con fuerza a mi ropa. Estoy segura de que podía escuchar perfectamente el latido de mi corazón acelerado. Pero no dijo absolutamente nada. Y yo... me limité a abrazar fuertemente su cuerpo con mi brazo libre, refugiándola más en mí, mientras con la otra mano, volví a abrir el libro.

—¿Pasarás aquí la noche? —susurró, consiguiendo erizar cada centímetro de mi piel, al volver a sentir su aliento en mi cuello.

—No me moveré de tu lado —sentenció.

Y esta vez sí, continué la lectura, dejando que poco a poco, se fuera sumiendo en un profundo sueño. Durante el cual, nada malo le sucedería, pues yo estoy aquí, a su lado, para cuidarla.

Para siempre.

XXIV

Un terrible espasmo sacudió mi cuerpo, haciéndome despertar bruscamente y aferrarme a lo que quiera que tuviera debajo. Por un momento no fui capaz de recordar dónde estaba y tampoco el motivo por el cuál desperté así de sobresaltada. Sólo siento mi corazón latir a toda velocidad dentro de mi pecho y mi respiración agitada.

Poco a poco, voy situándome en el tiempo y el espacio. Siento el cuerpo de Anahí bajo el mío y recuerdo que estoy en el hospital, en su cama. No sé en qué momento me quedé dormida, ni cómo llegamos a esta posición, pero la sensación de calor que me provoca su abrazo, la tranquilidad de escuchar los latidos de su corazón en mi oído, van devolviéndome la calma y seguridad que sólo siento cuando duerme a mi lado.

Alzo un poco la cabeza y me sorprendo al encontrarla con los ojos abiertos, observándome atentamente. Debo estar expresando la peor cara de pánico de la historia, porque su rostro parece preocupado mientras lleva una de sus manos a mi mejilla.

—Una pesadilla —informó acariciándome con ternura el rostro —Sólo estabas teniendo una pesadilla.

—¿Te desperté?

—Tranquila. Llevo un rato sin pegar ojo.

En ese momento, me di cuenta de que su otra mano estaba por detrás de mi cabeza, acariciándome suavemente el cabello. Y yo debo llevar horas durmiendo sobre su pecho. La verdad es que no lo recuerdo.

—¿Y por qué no duermes? —le pregunté.

—Me gusta acariciarte. Estaba disfrutando de la calma que me produce tenerte durmiendo en mi pecho. Y creía que tú también estabas en calma, durmiendo plácidamente. Pero te despertó una pesadilla.

Noté claramente la culpabilidad en su tono de voz.

—Ha sido un día muy largo y pesado.

Aunque traté de tranquilizarla, en su rostro seguía habiendo preocupación y culpabilidad. Me gustaría hacerle entender que ella no es culpable de mis miedos, ni de mis pesadillas, aunque sea la protagonista de ellos. Sólo que, realmente ha sido un día horrible, llevo dos semanas casi sin dormir y mi cerebro continúa a mil por hora. Seguramente haya sido por eso, que tampoco pude dormir tranquila esta noche. No por ella. Al contrario, despertar y sentirme en su abrazo, es toda la calma que necesito y que me gustaría sentir el resto de mi vida.

Levantar la mirada y encontrarme con sus ojos azules, sentir el latido de su corazón golpeando mi oído, estar envuelta en su calor durante toda la noche. Cada noche, de toda mi vida. Eso es todo lo que necesito.

—Entonces intenta dormir de nuevo —sugirió —Estoy aquí.

Volvió a llevar su mano libre a mi mejilla y me acarició con dulzura, tratando de aportarme con su gesto y su mirada, toda la tranquilidad para que pudiera descansar sin preocupaciones. Lo consigue. Absolutamente. Me basta mirarla a los ojos, para que cualquier temor desaparezca y en mi interior solo haya paz.

Recuesto la cabeza en su pecho, cierro los ojos y me concentro en el sonido de su corazón, pausado, tranquilo. Imagino que debe tener las pulsaciones a 60 por minuto, porque bombea una vez cada segundo aproximadamente. Me encanta escucharlo. En este momento podría asegurar, que es mi sonido favorito. Involuntariamente, trato de amoldar mi respiración a su ritmo, pero descubro que es inútil. Me marearía si sigo inhalando tan rápido. Sonrío estúpidamente. No puedo creer que esté analizando sus latidos. Debería estar ya en el quinto sueño. Sus caricias en mi pelo, me transportan a un estado de calma absoluta. Pero lo que está claro, es que el sueño parece haberse esfumado.

—¿Sigues despierta? —pregunto en un susurro, con miedo de despertarla.

—No. Tengo un robot automático acariciándote el pelo mientras yo duermo.

Alzo la vista con el ceño fruncido y encontrarme con su sonrisa de frente, hace que olvide cualquier protesta que estuviera a punto de realizar.

—No puedo dormir. —acepté con resignación, volviendo a recostar la cabeza

en su pecho.

—¿Estás intranquila?

Suspiré, disfrutando de sus caricias un momento más.

—No creo que nunca en mi vida, haya estado tan cómoda y relajada.

—Entonces debió desvelarte la pesadilla.

—Tal vez. O tal vez ya haya dormido demasiado.

—Tu cara no dice lo mismo —espetó, consiguiendo que volviera a alzar la cabeza. Pero antes de que pudiera quejarme, volvió a hablar —¿Quieres ver la tele?

Por primera vez desde que llegué, caí en la cuenta de que hay un televisor en la habitación. Ni siquiera me había percatado. Me encogí de hombros, no resultándome mala la idea, de que pusiéramos un rato la tele. Aunque por experiencia suponía, que a estas horas no debe haber nada interesante. Sin embargo, traté de incorporarme para alcanzar el control, que se encontraba sobre la mejilla, cuando sentí un agudo dolor por todo mi cuerpo, como si me estuviera rompiendo en pedazo. Mi expresión debió ser demasiado obvia.

—Tu cuerpo tampoco dice que hayas dormido suficiente —añadió con una sonrisa, estirando su brazo para alcanzar el control ella misma.

—Siento como si me hubiera pisoteado un equipo de rugby.

Es cierto. Todos los huesos me dolían, como si me hubieran pegado una paliza o un camión me hubiera utilizado como pista de derrape. No me había dado cuenta hasta ahora. Quizás porque no ha sido hasta ahora, que mi cuerpo ha podido relajarse, para percatarse de todos esos dolores.

Enciende el televisor y comienza a cambiar canales. Teletienda, videos musicales, más teletienda, tarot, y...

—Me encanta esta serie —informó.

Yo suspiré al ver que había decidido detenerse ahí.

—Odio este capítulo.

—¿Por qué?

Volví la mirada hacia ella y la confusión en su rostro, me indicó que definitivamente, no lo había visto.

—No tiene gracia si te lo cuento.

—¿Te gusta la serie? —preguntó, pareciendo sorprendida de que en este momento tuviera más información que ella.

—Es una de mis favoritas. Por eso odio este capítulo.

—¿Quieres que busque otra cosa?

—No, no. —negué, volviendo a recostarme —Vamos a cortarnos las venas en esta bonita noche de invierno.

—Que poética. —se rio, subiendo el volumen del televisor.

Esta vez, decidí recostarme un poco más a su altura, apoyando mi cabeza entre su hombro y su cuello. Rodeé con mi brazo su abdomen, sentí sus dedos volver a enredarse con caricias en mi pelo, el olor de su cuello impregnarme por completo, y así permanecimos durante minutos; disfrutando de la calma que se siente en un momento tan sencillo, como el de estar viendo tu serie favorita, con tu persona favorita.

Aproximadamente media hora más tarde, el capítulo llegó a su fin, y con él, mi vuelta a la realidad. Una realidad en la que mis mejillas, están tan mojadas como el cuello de Anahí. No pretendía abandonar esa posición en un futuro cercano. De hecho, me hubiera quedado inmóvil hasta que mis ojos decidieran cerrar el grifo de lágrimas, que en algún momento había abierto. No es que me sorprenda. Siempre me pasa. Bueno, en realidad sí me sorprende. No es normal que haya visto este episodio miles de veces y todavía me haga llorar. Pero aunque me hubiera quedado ahí durante horas, si fuera preciso, la mano de Anahí alzó mi mentón con mucha delicadeza. Me obligó a encontrarme con sus ojos, que me esperaban con muchísima curiosidad. No pude mantenerle la mirada más de un segundo.

—Estás llorando.

—Ya te dije que odiaba este capítulo. —respondí, frotándome los ojos. —Es cruel e innecesario. ¿Y sabes qué es lo peor? Que en la próxima temporada lo

reviven. ¿Ves por qué digo que es innecesario?

—Te agradezco el spoiler.

—¡Mierda! —exclamé llevando una mano a mi boca —Lo siento. Es que me sacan de quicio. Vivo indignada con los guionistas americanos y su manía de matar a los mejores personajes. Además es... es... —suspiré —Acaban de matar al amor de su vida. No los han dejado ser felices más de un capítulo. Es angustiante ver como la persona que amas se va, así, sin más. No es justo —la miré, encontrándola con una sonrisa —Y tú debes pensar que soy idiota.

—¿Por emocionarte con una serie?

—Te prometo que en la vida cotidiana, me cuesta muchísimo derramar una lágrima. Y probablemente, para el mundo resulta muy difícil de entender, pero es que, te pasas años viendo las aventuras y desventuras de un personaje en la televisión, o días leyéndolas en las páginas de un libro. Y al final, ese personaje, es parte fundamental de tu vida. Es ficticio, no existe, no es más que un actor, actriz o los dedos de una lunática transformando emociones en letras. Pero es parte de ti. Los conoces, aunque no existan. —hice una pequeña pausa —Olvidalo —volví a suspirar —Es ridículo.

—Me gusta. —sentenció, captando por completo mi atención y mirada confusa. —Me gusta que te emociones con una serie o con un libro. Eso quiere decir que estás viva, que sientes y que tu mundo no se reduce a esta realidad. Que tal vez, sea precisamente en otras realidades, donde dejas salir a la verdadera Dulce. Hay mucho aquí —señaló con su dedo en mi frente —Y me gusta que llores. No porque me agrada verte sufrir. Sino porque me dejas ver lo sensible que realmente eres y eso me hace sentir más cerca de ti. Me gusta que seas intensa y apasionada. Que sientas la vida como la sientes. Y como me la has hecho sentir a mí.

Me quedé sin palabras, observándola fijamente, sentí mi labio inferior temblar y unas nuevas lágrimas volver mi vista borrosa.

—Perdió al amor de su vida. —repetí en un susurro.

Ella sonrió y como si fuera un bebé desprotegido, atrajo mi rostro hacia su cuello, para abrazarme y que me refugiara en ese lugar, cuyo olor no podía transmitirme otra cosa más que tranquilidad.

—¿Pero ella no estaba enamorada del hermano? —preguntó después de

varios segundos.

—Te has perdido mucho.

—Eso parece. —confirmó, mientras sentía como mis lágrimas iban desapareciendo en la calidez de ese lugar —¿Y luego lo reviven?

—Ajá.

—¿Y están juntos?

—La matan a ella. —informé, sintiendo en el acto mi rostro siendo arrastrado. En un principio tuve la intención de quejarme, por haberme sacado de ese lugar tan cómodo y adictivo, pero en cuanto me encontré con sus ojos azules, cualquier intento de queja, se esfumó. Aunque su mirada de terror me obligó a continuar — Bueno, en realidad no la matan. La vinculan al cuerpo de su mejor amiga y la dejan en coma hasta que ella muera. Pero luego él quema su cuerpo sin querer. ¡Quema el cuerpo del amor de su vida! —exclamé, como si ni yo misma me lo creyera aún. — Y luego... —resoplé —Odio esta serie.

—¿Pero qué tipo de tortura china integrada en la sociedad es esta? —me preguntó escandalizada, consiguiendo que simplemente me encogiera de hombros —¿No decías que era tu favorita?

—Lo es. A veces. —aclaré —Y a veces la odio. Tenemos una relación muy tóxica.

—¿Cómo la que tienes conmigo?

—Lo nuestro no es un relación tóxica. —rebatí frunciendo el ceño —Todo lo contrario. Creo que tanto tú, como yo, cuando estamos juntas, todo lo que sentimos es... paz. Nos inspiramos a ser la mejor versión de nosotras mismas. Eso no es en absoluto, tóxico.

Ella sonrió, y aunque me hubiera quedado toda la vida observando esa sonrisa y esa mirada, volví a refugiarme en su cuello, antes de que alguna otra tentación se volviera insoportable.

—¿La veremos juntas? —volvió a preguntar, segundos más tarde.

—Que viva el masoquismo.



No dormimos en toda la noche. Bueno, tampoco es que faltara demasiado para que amaneciera, y yo me tenía que ir muy temprano para pasar por casa, pasear a White, dejarle comida, ducharme y a las 8:00 a.m estar en La Cascada. Además, tampoco podíamos arriesgarnos a que me descubrieran acostada en su cama tranquilamente, como si estuviéramos en un hotel y no en un hospital. Pero el caso, es que no volvimos si quiera a intentar dormir. Ni falta que me hace. Con las pocas horas que descansé sobre su pecho y las otras que permanecemos hablando, abrazadas, siento que recuperé toda la energía que había perdido en las dos últimas semanas. Aunque honestamente, sigo sintiendo como si un camión hubiera pasado numerosas veces por encima de mi cuerpo.

Al llegar al despacho de Marta, encuentro la puerta entreabierta. Iba a golpear con mis nudillos la madera, justo en el momento en el que la descubrí al frente, sentada en su mesa, como siempre, rodeada de un millón de papeles y con su mano moviendo un bolígrafo a toda velocidad, escribiendo quien sabe qué cosas. No la interrumpo. Me regalo unos minutos para observarla; tan concentrada en su trabajo como siempre, tan responsable y organizada, tan digna de dirigir este centro y todo lo que se le ponga por delante. Recuerdo el primer día que llegué a este lugar, su recibimiento, la tranquilidad que me aportó, la confianza que depositó en mí y la admiración que me despertó desde el comienzo. Admiración que no fue más que creciendo, a medida que la conocía. Es una gran profesional. La mejor que he conocido hasta ahora. Y es una gran amiga. Ayer, cuando sentía que en cualquier momento me desvanecería, ahí estaba ella, para sostener mis mejillas, obligarme a mirarla y traerme de vuelta al mundo real. La he puesto en muchísimos aprietos y cualquier otra persona me habría suspendido y echado a la primera de cambio. Sin embargo, ella siempre ha estado ahí, siendo ese "pepe grillo" que a veces me hace falta. Sin duda alguna, estos tres meses y medio en La Cascada, han aportado a mi vida, cosas que jamás imaginé. Me han puesto en contacto directo con la humanidad. Un contacto que hace muchos años había perdido. He conectado de manera directa, con personas de las que hace unos meses no conocía ni su existencia; Marta, doña Rosa, Anahí. Todas ellas, han aportado algo fundamental a mi día a día. Todas ellas, son las responsables de que estos cuatro años de carrera, merezcan la pena.

—Ahora entiendo lo que sentía Anahí, cuando te quedabas mirándola con cara de idiota —su voz me sacó por completo de mis pensamientos y la descubrí observándome con una sonrisa —Es todo un privilegio.

—Buenos días —sonreí accediendo al despacho —Iba a llamar, pero te vi tan concentrada.

—Que decidiste quedarte a observar lo sexy que me veo rellenando informes.

—Algo así.

Con una sonrisa por parte de ambas, me senté frente a ella.

—¿Has dormido algo? —me preguntó entrecerrando los ojos, como si fuera más un regaño que una pregunta.

—Algo.

—¿Y piensas formar frases de más de tres palabras hoy? ¿O vamos a estar así todo el día?

—Lo siento —me reí —¿Te puedo ayudar en algo?

—Creo que deberías irte a descansar. Parece que no has pegado ojo en toda la noche, ni en dos semanas.

—No. —negué numerosas veces con la cabeza —Por favor, déjame trabajar. Necesito tener la mente ocupada y llevo demasiados días sin hacerlo.

—¿No me digas que ya te hiciste adicta a la psicología? —se burló, guiñándome un ojo y extendiendo unos papeles frente a mí —Ayúdame a terminar esto y vamos a hacer la ronda.

—¡Perfecto!

Me puse manos a la obra rápidamente, absolutamente concentrada en ayudarla a terminar los informes. Tenía muchas ganas de hacer la ronda y ver a doña Rosa, saber cómo ha estado durante todos estos días que llevo sin venir a trabajar. Aunque por otro lado, es la primera vez que estoy en La Cascada sin Anahí. El hecho de no verla por los pasillos, asomarme a la ventana y que no esté en el jardín leyendo, la hora del almuerzo sin ella y el pensamiento de que está en el hospital, sola y que hasta dentro de varias horas, no podré estar con ella... me hace sentir, que será una mañana muy larga.

—¿Cómo se encuentra? —vuelve a interrumpir la voz de Marta.

Detengo el movimiento del bolígrafo y alzo la vista para mirarla, encontrándola observándome expectante.

—No durmió en toda la noche —informé —Nos pusimos a ver una serie y pasamos el rato hablando. Ninguna de las dos podía dormir. Bueno, yo lo conseguí unas horas, pero ella no. Y está mejor. El suero que le están administrando, le ha dado un poco de fuerza. Sin embargo, creo que lo peor va a ser, cómo lleve los próximos días; estar ahí vigilada, las comidas, no poder salir. Aquí hacía lo que quería, pero allí va a estar controlada y aburrida, y no sé hasta qué punto, eso será bueno —suspiré —Ni siquiera sé qué puede ser bueno ya.

—¿Han hablado de lo que va a ocurrir ahora? ¿Has notado algo diferente ella? ¿Alguna reacción ante lo ocurrido?

—Ni siquiera sorpresa —sonreí con ironía —Es como si ya lo hubiera anticipado. Como si supiera que esto, tarde o temprano, pasaría. Supongo que así era —me encogí de hombros —¿Quién mejor que ella para saberlo?

—¿Y no vas a sacar el tema? ¿No le vas a preguntar qué piensa hacer ahora? —negué ligeramente con la cabeza y quise volver al trabajo, pero su voz me lo impidió —¿Por qué?

—Tengo miedo. —reconocí volviendo a mirarla —Tengo miedo de enfrentar su respuesta o la ausencia de la misma. Tengo miedo de sentir indiferencia en ella. Estoy paralizada, Marta. Estoy bloqueada. Porque creía que habíamos avanzado mucho, que habíamos llegado a algún lugar. ¿Y ahora qué? ¿Estamos peor que al principio? Tal vez ahora no se haya tomado un bote de pastillas. Pero su corazón dijo "basta". Y me aterroriza la idea de que lo vuelva a hacer.

—Las cosas no están como al principio. —corrigió —Hace tres meses, cuando llegaste, Anahí se negaba a tener algún tipo de contacto con el mundo y con sus emociones. Quería dejar de existir, dejar de sentir. No sentía. Realmente no sentía nada. Y tú conseguiste lo que nadie más consiguió; devolverle sus emociones. Ella si ha desarrollado sentimientos hacia ti, Dulce. Y con ello, también se le han despertado el resto de sentimientos que tenía guardados; la tristeza, la rabia, la culpa. Eso, la convierten en la Anahí que es ahora y no en el robot que era cuando llegaste. El problema, es que todo en

esta vida tiene dos caras. Y en este caso, Anahí también ha desarrollado una importante dependencia emocional hacia ti. Fuiste la única persona que le devolvió su parte humana. La hiciste sentir viva y ver un mundo diferente. Es completamente lógico que haya pasado esto. Los apegos son inevitables para el ser humano. Desde que nacemos. Pero como bien sabes, existen diferentes tipos de apego. Y Anahí probablemente, nunca tuvo una figura de apego seguro en su infancia. Eso la ha condicionado a lo largo de toda su vida y la ha llevado a sentir esta dependencia hacia ti. Ese sentimiento de que si tú no estás, si tu figura no le da fuerza, no puede conseguir nada por sí misma.

—O sea, —exhalé aire con resignación —¿que yo soy ahora, su mayor enfermedad?

—No. Tú has sido su sacudida. Su punto de inflexión. Pero ahora, llegó el momento de soltarle la mano. Ahora, ella sola tiene que luchar por salir adelante. Porque ella misma lo desee. Porque quiera tener el control de sí misma y de una vida sana. Le has mostrado que puede existir una vida bonita, si ella lo decide, si ella lo elige. Eso es todo lo que puedes hacer. El resto, depende de ella.

"El resto, depende ella"

Quitarle la razón a Marta Andoni, es una completa tontería. Algo absurdo. Siempre ha estado en lo cierto, incluso cuando trataba de advertirme acerca de mi involucración personal con Anahí. Ella siempre lo supo. Mucho antes que yo. Y ahora... Ahora no sé, qué sigue. Me encuentro absolutamente perdida en esta historia. Paralizada, bloqueada, aterrorizada. Sólo sé, que durante todo el día, lo único que he deseado, ha sido terminar mi turno en La Cascada para ir a mi casa, pasear a White diez minutos y regresar al hospital, junto a ella. Es cierto que el trabajo me distrajo, hablar con Marta me desahoga, pensar por un momento en otras cosas, me da un poco de respiro. Pero la verdad, es que cada rincón de ese lugar, me recuerda a ella. Y estar allí, sin ella, es... Ni siquiera puedo explicarlo.

Cuando entro en la sala de espera del hospital, casi me quedo petrificada al ver a Oliver Valente sentado en una de las sillas, completamente solo. Sin rastro de sus guardaespaldas. Me extraña bastante, no sólo ese hecho, sino que esté aquí, cuando Anahí lleva en planta desde ayer, ya que la subieron desde urgencias justo después de hacerle las pruebas.

Mi cuerpo se tensa, como siempre que veo a ese hombre. Pero aun así, decido acercarme.

—Señor Valente. —el mencionado asciende la mirada sorprendido, pero creo que mi expresión de confusión es aún mayor. —¿Qué hace aquí?

—Bueno, mi hija está hospitalizada. No soy tan inhumano.

Alcé una ceja ante su comentario. De hecho, no me reí a carcajadas porque estamos en un hospital y además no tengo fuerza para hacerlo. Él debió notar que mi opinión era exactamente la contraria, porque bajó la mirada nuevamente.

—Me refiero aquí —aclaré volviendo a captar su atención —en la sala de espera de urgencias.

—Te estaba esperando.

Vaya, pues de todas las cosas que podía haberme respondido, está es la más inesperada.

—¿A mí?

—¿Quería saber cómo está?

—¿Y por qué no ha preguntado a los médicos, o ha ido a comprobarlo usted mismo?

—Los médicos dicen que está mejor. Recuperándose. Pero tú eres la única que puede decirme cómo se siente. ¿Y pasar a verla? No creo que sea lo más adecuado todavía.

—Es curioso. —ironicé frunciendo el ceño —Creo que interesarse por cómo se siente, ha sido exactamente lo más adecuado y necesario siempre.

—Nunca vas a dejar de atacarme, ¿verdad? ¿Siempre me vas a echar algo en cara?

Su expresión de desesperación e impotencia, me hizo bajar la guardia por un momento. Exhalé aire y decidí sentarme en la silla libre que había a su lado.

—Sí. —confirmé con total tranquilidad —Siempre que siga viniendo aquí a interesarse por ella, pero tenga miedo de enfrentarla. Decídase de una vez, señor Valente. O se preocupa por ella, o desaparezca de su vida para siempre. Pero no siga quedándose en el medio, porque estorba. —concluí— No puede mirarla sin sentir culpabilidad, por eso no es capaz de entrar a verla. Además, si no quiere que le diga lo que pienso, ¿por qué me espera?

Mirándome fijamente, sin decir absolutamente nada y aparentemente rendido, introdujo la mano por dentro de su abrigo y me entregó lo que sacó del bolsillo. Era una fotografía de una mujer muy hermosa y sorprendentemente parecida a Anahí. Obviamente, deduje que debía ser su madre. Pero no es exactamente igual que ella. Tenía el pelo más oscuro y los ojos de un celeste transparente. No eran del mismo color exacto de Anahí y tampoco la forma de los labios. De hecho, ahora que me detengo a analizar la fotografía, me doy cuenta de las similitudes físicas que Any tiene con este hombre que está sentado a mi lado. Es una especie de mezcla, entre estas dos personas.

—No es por culpabilidad por lo que no puedo mirarla.

Esa confesión me enfureció. Aunque por todos los medios, traté de no expresar mi coraje, ni con la mirada, ni mandándolo a la mierda.

—No es ella. —aclaré devolviéndole la foto —Puede que tenga un color de ojos muy parecido, una expresión casi idéntica y probablemente, una personalidad similar. Pero no es ella. Estoy segura de que su esposa era una gran mujer. ¿Y sabe por qué? Porque tiene usted una gran hija. Y la genética me obliga a pensar, que tuvo que sacar esa increíble personalidad de algún lado. Porque desde luego, de usted no la heredó.

Se creó un corto silencio en el que él esbozó una pequeña sonrisa y me miró con curiosidad.

—No tienes filtro, ¿verdad? Eres una imprudente, Dulce.

—Y usted un masoquista, señor Valente.

Dejó caer su espalda sobre el respaldo del asiento y una gran bocanada de aire fue expulsada de sus pulmones antes de mirarme.

—¿Sabes lo que es perder al amor de tu vida y verlo crecer cada día en la cara de alguien más?

—No es ella —repetí —Anahí no es su esposa. Y no. No sé lo que es perder al amor de mi vida. Pero sé lo que es, que la persona más importante para mí, se me vaya de las manos sin que pueda hacer nada por evitarlo. Eso es lo que ha tenido que vivir Anahí con usted durante veinte años. Ella no tuvo la culpa de lo que ocurrió, ni de que perdiera al amor de su vida. Usted sólo perdió a su esposa en aquel accidente. Ella, perdió a su madre y también a su padre. Una vez le gritó delante de mis narices, que su madre se avergonzaría de ella. Creo que debería empezar a aceptar, que es de su marido de quien se estará avergonzando. Porque esa mujer debió casarse con un hombre bueno, amoroso, que la amaba y que amaría a su hija por encima de cualquier cosa. Ella se fue, probablemente con la tranquilidad de haber dejado a su pequeña en las manos del único hombre que sabría cuidarla. ¿Qué cree que estaría pensando en este momento? —le pregunté sin esperar respuesta —No venga aquí buscando comprensión, señor Valente. Yo no soy nadie en su vida. Y tampoco busque su perdón para dormir con la conciencia tranquila. Luche por recuperar la confianza y el afecto de su hija, porque su mayor castigo, siempre

va a ser haberse perdido veinte años de conocer a una mujer extraordinaria.
—concluí —Enmiéndelo.

Dicho esto, me levanté de la silla y me encaminé hacia la habitación sin mirar atrás. Completamente indignada por la estúpida conversación que acabo de tener. Ni siquiera sé cómo pierdo mi tiempo hablando con ese hombre.

Entro en la habitación como un robot automático y el ruido de mi propio portazo, me hace volver a la tierra para observar como Anahí da un pequeño brinco desde la cama.

—Lo siento —me disculpé —Te asusté. ¿Estabas dormida?

—Estaba viendo tranquilamente la televisión, hasta que una chica con cara de querer matar a alguien, cerró mi puerta de un golpe con el que casi me da un infarto. ¿A quién quieres matar?

—A tu padre —reconocí avergonzada.

Ella permaneció en silencio, observándome aparentemente sorprendida.

—¿Está aquí otra vez?

—Estaba. Ahora ya no lo sé. —me encogí de hombros, mientras me acercaba —Pero oye, si quieres verlo, me trago mi orgullo con mucha dignidad y salgo corriendo a buscarlo.

Me incliné sobre ella para dejar un cálido beso en su frente y coloqué mi maletín en el suelo.

—No hace falta —indicó sonriéndome —dejemos tu orgullo intacto por hoy. ¿Qué quería?

—Saber cómo estabas. Creo que lleva horas y horas sentado en la sala de espera.

—Y le echaste la bronca, ¿no?

—No le eché la bronca. —me defendí con el ceño fruncido —Sólo le dije lo que pienso, de manera un poco brusca.

—Honestamente, me sorprende que no te hayas metido en problemas todavía, con la cantidad de veces que te has enfrentado a él. Una de dos; o está planeando tu exilio definitivo, o te escucha.

—Tal vez necesitaba alguien que le dijera de una vez las verdades sin filtro.

O tal vez, realmente está planeando mi exilio y esta es la última visita que puedo hacerte.

—Entonces habrá que aprovecharla bien —ambas permanecemos mirándonos fijamente con una sonrisa y un silencio extraño. —Hablando de padres. ¿Cómo sigue el tuyo?

Por primera vez, le agradecí que hubiera roto dicho silencio. No es que me resultara incómodo, pero no sé exactamente, cómo está nuestra relación o lo que sea que tengamos. No es algo en lo que haya querido pensar, aunque cada vez que la miro, tengo ganas de abalanzarme sobre ella y no dejar de besarla hasta quedarme sin aliento. Pero sé que no estamos en ese momento. A decir verdad, no sé en qué momento estamos. Pero sí sé que esa no debe ser nuestra mayor preocupación ahora.

—Bien. —respondí antes de que pensara que me había quedado muda —Ayer le dieron el alta y esta mañana llamé para ver cómo había ido su primera noche en casa. Está feliz. —sonreí al recordar sus palabras —Dice que dos semanas en un hospital lo estaban volviendo loco.

—Lo puedo llegar a comprender. —sonrió y empezó a desplazarse hacia un lado de la cama. Comenzó a palmear la parte que quedaba libre, invitándome a sentar —¿Qué tal con tu madre? Dos semanas allí deben haber sido una tortura para ti.

—Pues curiosamente, no —aclaré sentándome a su lado —Estuvo muy distinta. Creo que el susto le ablandó el corazón o le abrió los ojos. No lo sé. Pero tuvimos alguna que otra conversación interesante. Y sin pelear. Todo un milagro.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Será que nuestros padres se pusieron de acuerdo para enmendar sus errores? —pregunté en tono bromista.

—O será que los seres humanos somos tan estúpidos, que tiene que pasar una tragedia para abrir los ojos y valorar lo que tenemos.

Me quedé observándola en completo silencio, sin saber muy bien si estaba hablando de nuestros padres o de sí misma. O quizás de los tres. Pero está completamente en lo cierto, la mayoría de las veces ocurre. Mi madre, lleva toda su vida junto a un hombre bueno, que la ama con locura y como ella dijo,

nunca tuvo suficiente. Ni con él, ni con nosotros. Hasta que estuvo a punto de perderlo y entonces, se dio cuenta de lo afortunada que es, por tener una familia. El padre de Anahí, ha estado años atormentado por el recuerdo de su esposa, sin valorar que aún seguía teniendo a una hija maravillosa. Y ahora, no sé lo que pretende. No sé si está arrepentido, si sólo siente culpa o si realmente, lo que le ocurrió a Anahí le hizo sentir miedo. Miedo de perderla para siempre. Pero al final, llegamos continuamente al mismo punto; vivimos con una venda en los ojos, que nosotros mismos nos ponemos. No valoramos que hoy estamos vivos y que hoy, debemos correr a decirle a esa persona cuanto la amamos. A nuestros hijos, a nuestros padres, a nuestros amigos, a aquel o aquella que consideremos el amor de nuestra vida. Debemos hacerlo hoy. Y también mañana. Y nunca debemos callarnos un sentimiento por orgullo. ¿Qué importa si le conoces desde hace tres meses o tres años? ¿Qué más da el tiempo, si tú lo sientes? Hay que vivir con pasión. Hay que amar intensamente y reír hasta que duelan las costillas. Besar hasta quedarnos sin aliento y seguir besando después. Hacer el amor a todas horas y jugar como si fuéramos niños. Hay que dejar atrás el pasado, cicatrizar las heridas. Todos hemos sufrido, a todos nos ha roto el corazón otra persona, o incluso nosotros mismos, todos hemos perdido a alguien importante, todos nos hemos perdido en algún momento de la vida. Pero ahora estamos aquí. En algún punto. Hemos conseguido seguir caminando. Tenemos la vida en nuestras propias manos. La elección es nuestra.

—¿Y tú? —pregunté después de varios segundos divagando mentalmente —¿Qué has hecho en mi ausencia?

Ella suspiró pesadamente antes de responder.

—Ver la tele, seguir viendo la tele, mirar al techo, ver la tele, hablar con la enfermera. —se detuvo a mirarme frunciendo el ceño —Que por cierto, me preguntó por ti. Creo que le gustas.

—¿A Daniela? —pregunté sorprendida.

—Anda, si hasta su nombre sabes.

—¿Tú das por hecho que siempre le tengo que gustar a todas las mujeres?

—No. —se encogió de hombros —Lo que me parece impensable, es que haya una sola mujer a la que no puedas gustarle.

Permanecí observándola con una sonrisa. Su cara de resignación es entre tierna y divertida. Una vez más, me muero de ganas por girar su mentón, mirarla fijamente a los ojos y demostrarle con un beso, que cualquier mujer, es prácticamente invisible para mí, mientras ella exista.

Sin embargo...

—¿Y por qué no leíste? —pregunté cambiando de tema.

—Te estaba esperando. Lo empezamos juntas y tenemos que continuarlo juntas.

—Pues en ese caso, —traté de alcanzar el maletín que había dejado junto a la cama y lo puse sobre mis piernas para comenzar a abrirlo —Ya tenemos dos actividades a elegir; lectura o serie.

—¿Trajiste tu ordenador?

—Claro. Anoche quedamos en que veríamos la serie juntas y cómo no sabemos cuánto tiempo vamos a estar aquí, es un momento perfecto para empezarla.

—¿Te vas a quedar a dormir esta noche también?

—Si quieres librarte de mí, vas a tener que pedírmelo claramente. Porque si depende de mi propia voluntad, sólo pienso irme de aquí, cuando sea estrictamente necesario. Por ejemplo; para ir a trabajar o para que White no me denuncie por desamparo.

Pronunciar su nombre creó un brillo automático en sus ojos. Apoyó su cabeza en mi hombro y suspiró, mientras yo comenzaba a abrir el ordenador portátil.

—Lo echo de menos —susurró. —Nos he echado de menos.

—Nosotros también a ti, Any.

PRIMAVERA

*“Incluso después del invierno más desolador,
La esperanza puede volver a brotar como una flor”*

XXV

Ya han pasado dos semanas desde que Anahí ingresó en el hospital. Gracias al seguimiento obligatorio y a los aportes médicos, su estado de salud ha mejorado considerablemente. Así como, también lo ha hecho su aspecto físico y ha disminuido su debilidad.

En cuanto a mí, seguramente haya ocurrido todo lo contrario. Llevo el mismo tiempo, sin prácticamente apartarme de su lado. Duermo cada noche en el hospital, a primera hora de la mañana, voy a mi apartamento para bañarme y arreglar todo lo referente a White. Después me dirijo a La Cascada para trabajar y una vez termina mi turno, vuelvo al hospital. Esa rutina se repite cada día y lo cierto es que no me supone ningún esfuerzo llevarla a cabo. Hacerle compañía y los momentos que compartimos, es suficiente recompensa para el desgaste físico que también conlleva. A veces nos pasamos la tarde hablando, le cuento absolutamente todas las anécdotas que suceden en el centro, que no son pocas. Nos reímos juntas de todo tipo de tonterías, descargo alguna película para entretenernos, y en las noches, ya se ha convertido en costumbre, hacer una maratón de nuestra serie favorita. Podemos pasarnos horas y horas, capítulo tras capítulo. Bueno, lo cierto es que, ella se pasa horas y horas, yo suelo quedarme dormida diez minutos después de apoyar la cabeza en su pecho. Me siento tan relajada y el peso del día pierde tanto sentido cuando estoy ahí, siendo abrazada por ella, con su mano acariciándome, escuchando su corazón, que me es inevitable caer en el sueño más profundo. No he vuelto a despertarme sobresaltada en medio de la noche. Supongo que mi cuerpo asimiló que duermo cada día junto a mí y eso me ha dado la tranquilidad necesaria para descansar. En ocasiones, me quedo sentada en la silla de las visitas durante horas, con mi ordenador portátil sobre las rodillas, tecleando sin parar, concentrada en el desarrollo de mi proyecto mientras ella lee algún libro. Muchas veces he levantado la vista para descansar y me la encuentro ahí, mirándome atentamente, como si mover mis dedos a toda velocidad sobre el teclado, fuera algo muy interesante. Entonces le sonrío y ella también me sonrío, justo antes de volver su vista a la lectura. Otras veces, soy yo quien me paso la tarde leyéndole el libro que comenzamos

juntas el primer día. Realmente, hemos estado llevando una vida cotidianamente perfecta durante estas dos semanas. Repleta de cosas sencillas compartidas, que me han llenado por completo, que me han unido a ella, mucho más de lo que ya estaba. Hay momentos, en los que simplemente me pide que me sienta a su lado en la cama y se refugia en mis brazos como la primera noche. Entonces, dejamos que el silencio sea dueño de la situación. Me dedico a sentir su abrazo, su cuerpo, el calor de su piel haciendo temblar cada órgano, como si fuera la primera vez. Es curioso, pues en dos semanas no ha habido ni un solo beso en los labios, ni una sola muestra que sobrepase el abrazo intenso o las miradas en silencio. He tenido tiempo suficiente para aprender y comprobar, que lo que yo siento por ella, va más allá de lo sexual. Y aunque en ocasiones me muera por besarla, por volver a sentir sus labios, es en la calidez de sus brazos donde encuentro calma. He conseguido sentirme tan cerca de ella, como jamás me he sentido con nadie. Y me sorprende saber, que la mayoría de las veces, son las cosas más sencillas las que te unen a una persona.

—No puedo creer que hoy sea tu último día de prácticas —interrumpió Marta al entrar en su propio despacho, sacándome de mis pensamientos.

Me di la vuelta para mirarla, ofreciéndole una sonrisa. Llevo algunos minutos observando a través de la ventana, ese banco en el que tantas tardes compartimos Anahí y yo. Ese mismo, que fue testigo de nuestros más absolutos silencios y de nuestros primeros momentos de unión.

—Ha pasado muy rápido el tiempo —sonreí con nostalgia. —Aunque en realidad, parece como si llevara aquí toda la vida.

—Es que han sucedido muchas cosas desde que llegaste. Muchos cambios.

—Demasiados —volví a sonreír, creando un instante de silencio en el que volví a mirar hacia la ventana.

—¿Estás nerviosa por la presentación de tu proyecto?

—Por el momento no. Creo que ha sido la menor de mis preocupaciones últimamente.

—Me alegro, porque sé que lo harás perfectamente.

—¿Estarás allí?

—¿Acaso lo dudas? —preguntó alzando una ceja.

—No —sonreí —Solo quería confirmarlo.

—Estaré en primera fila.

—¿Sabes? Hace dos minutos no estaba nerviosa. Ahora comienzo a dudarlo.

—Oh... Así que, ¿ahora resulta que mi presencia te intimida? ¿a estas alturas?

—Es que, por un momento me acabo de imaginar la escena. Tú... mi familia... mis profesores... examinadores y profesionales que ni siquiera conozco. Todos esperando acudir a una brillante exposición como el resto. Y yo... ya sabes...

—Y tú... —interrumpió agarrando mis hombros —No eres como el resto. —sonrió —Eres una cabezota sin remedio, que en vez de elegir un proyecto con el que poder lucirte y asegurarte tu carrera, escogiste algo o a alguien, con lo que quizás nunca consiguieras nada. Y además de todo, ni siquiera seguiste las pautas que te habían marcado. Pero seguiste a tu corazón... e independientemente de cuál sea el resultado, al menos yo, estoy orgullosa de que lo hayas hecho. Es más, tengo una propuesta para ti.

—¿Qué tipo de propuesta? —pregunté sorprendida a la vez que extrañada.

—Si apruebas el proyecto, si deciden darte el reconocimiento oficial de graduada en psicología... Quizás te interese ser parte oficial y definitiva del equipo de "La Cascada".

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

—Con la condición de que no te vuelvas a enamorar de una usuaria —sentenció haciéndome fruncir el ceño —¿Qué?! La que debería quejarse soy yo, con los quebraderos de cabeza que me has traído.

—¿Estás hablando en serio? —pregunté aún alucinada.

—Completamente —sonrió —Admiro tu entrega, Dulce. Y... el mundo necesita un poco más de eso. Pero bueno, solo es una propuesta que quise dejar en el aire para que fueras analizándola. Primero tienes que afrontar esa presentación y defender tu trabajo con el mismo amor con el que sé, que lo has hecho.

—Gracias por todo, Marta.

—No tienes nada que agradecerme.

—No. Sí que tengo. No sólo llevas dos semanas ayudándome a cuidar a mi perro para que yo pueda estar en el hospital más despreocupada. Además, desde que nos conocemos, no has hecho más que intentar protegerme, preocuparte por mí, incluso pasar por alto cosas que no debías haber pasado. Siempre... de alguna u otra forma, te has puesto en mi lugar, me has entendido y ayudado. Y creo que nunca te he dado las gracias por ello. Eres una gran amiga.

—Tú también lo eres —asintió al tiempo que sonreía —Es extraño contigo; desde el principio me inspiraste necesidad de protección. Bueno no... —corrigió riendo —Al principio lo único que me inspiraste, fueron ganas de llevarte a la cama.

—Vaya —me reí también —Creo que nunca me lo habías dicho tan claro.

—Pero no te ilusiones, que al conocerte, mis tendencias sexuales hacia a ti, se esfumaron rápido.

—¿Me estas queriendo decir que cuando se me conoce, ya no soy sexualmente apetecible? —pregunté alzando una ceja ofendida.

—Para mí no. Comencé a verte como una especie de hermana pequeña a la que necesitaba agarrar de la mano, porque se estaba dirigiendo directita hacia un precipicio, por el que pretendía lanzarse de cabeza y sin cuerda.

—¿Un precipicio con nombre y apellido?

—Exacto. En cuanto la viste por primera vez, el resto del mundo pasó a ser invisible para ti.

—¿Tan obvia fui? —sonreí con resignación. —Parece que lo llevo escrito en la frente o tengo corazones rodeándome la cabeza. Porque no es normal que todo el mundo actúe como si fuera absolutamente predecible, cuando precisamente yo, no suelo mostrar mis sentimientos.

—Creo que ahí está precisamente la diferencia; cuando se trata de Anahí, te importa un pimiento lo que piense el mundo. Si tienes que mirarla, la miras. Si tienes que estar a su lado en silencio mientras lee, lo estás. Si tienes que abrazarla delante de quien sea, lo haces. Si tienes que enfrentarte a su padre o a un ejército por defenderla, te enfrentas. Porque lo sientes y porque no te

importa quién te pueda estar mirando. Entonces...—se encogió de hombros —No se trata de si eres o no eres obvia. Se trata de que eres tú misma. Y lo único que hace falta, es observarte un minuto, para darse cuenta que harías cualquier cosa por ella. Incluso alejarte, si eso supusiera su bienestar.

—La haría... —confirmé.

—¿Cómo sigue, por cierto?

—Algo mejor. No creo que tarden mucho más en darle el alta.

—¿Y qué piensa hacer cuando eso suceda? ¿Volver?

—No lo hemos hablado. De hecho, no hemos hablado absolutamente nada que tenga que ver con su enfermedad, ni con sus planes, ni con nada que vaya más allá del día siguiente.

—Parece que al final, ambas tienen el mismo miedo de enfrentar la situación.

—Puede ser, —suspiré —O quizás, sólo hemos querido disfrutar del tiempo que hemos tenido juntas, sin pensar en nada más allá.

—Dulce, eres una chica normal. Se te permite seguir teniendo miedo. No se va a acabar el mundo por ello.

Descendí la mirada y volví a suspirar. Al fin y al cabo, de nada sirve hacerme la fuerte frente a Marta. Y lo cierto, es que tiene razón; sigo estando aterrorizada.

—Mi miedo, es que han pasado cuatro meses y sigo sin tener las respuestas. Sigo sin saber qué hacer, cómo ayudarla. Pero enfrentar esa conversación una vez más, es como caer siempre en una misma espiral, que solamente gira, sin llevar a ningún sitio.

—Es que todas esas respuestas, las tiene Anahí. Como te dije hace dos semanas, tú ya has hecho todo lo que podías hacer por ella. Ahora, la decisión es únicamente suya y en algún momento tendrá que tomarla.

—¿Y si su decisión es seguir hundida?

—Confía en la vida —me pidió sonriendo con ternura —Y confía en la decisión que tomó tu corazón.

—No creo que me quede otra opción —volví a exhalar aire con una sonrisa —Y hablando de eso, creo que ya va siendo hora de volver al hospital.

Oficialmente, termina mi periodo de prácticas.

—Me va a resultar extraño no verte por aquí cada mañana.

—Vendré a visitar de vez en cuando. Se lo prometí a doña Rosa hace un rato, cuando fui a despedirme. Pero de todas formas, tú y yo nos veremos en la presentación de mi proyecto.

—Y no pienses que te vas a librar de mi tan pronto. Nos debes una cena a Claudia y a mí desde hace algunas semanas. Además, aún tengo las llaves de tu casa.

—Si no fuera por ti, White estaría subiéndose por las paredes, pobrecito. Pero sí, definitivamente, cuando se calmen las cosas, nos debemos una borrachera.

—¡Es un trato! —exclamó extendiéndome la mano.

Al tiempo que sonreía, estreché su mano sellando el trato y cuando quise darme cuenta, Marta me estaba sumiendo en un cálido abrazo que duró apenas unos segundos.

—Doctora Andrade, ha sido un auténtico placer, poder contar con sus servicios durante los últimos cuatro meses. Todo el equipo interdisciplinar del Centro de Salud Mental La Cascada, esperamos que su proyecto de fin de carrera sea todo un éxito. Y si decide aceptar nuestra propuesta, las puertas de esta residencia, estarán abiertas para usted en cualquier momento.

—Gracias por todo, Doctora Andoni. El placer ha sido enteramente mío.

Con una última sonrisa y la fingida formalidad que se debe tener entre jefa y empleada, abandoné el despacho de mi amiga, sintiendo mientras camino por los pasillos de esta residencia, que dejo atrás, el que quizás haya sido el periodo más importante de mi vida. Dejo atrás, un ciclo en el que he aprendido tantas cosas de mi misma, como de las personas que me rodearon. Tantas historias, tantas mentes diferentes, tantos corazones sintiendo distinto.

Lo dejo atrás, con una propuesta de trabajo sobre la mesa, sin tener ni la más mínima idea, de lo que será de mi vida a partir de ahora. ¿Le ocurrirá lo mismo a todas las personas que terminan sus estudios? Llevo cuatro años estudiando psicología. Entre libros, exámenes, clases y luego las prácticas. Esa ha sido toda mi vida desde que me fui de casa. Y ahora... todo acaba.

Justo cuando creía que ya había tomado rumbo, que había encontrado mi sitio dentro de mi carrera, estoy a un paso de graduarme. ¿Qué viene después? ¿Por dónde sigue el camino?

Tardé apenas unos minutos en llegar al hospital. Como cada día, me detuve en un pequeño puesto que hay en la entrada, donde una entrañable señora, vende flores de todo tipo. El aroma que desprende ese lugar, me transporta directamente a la floristería del pueblo, a mi infancia y también me lleva un mes atrás, cuando regresé después de tanto tiempo, para comprarle el bambú a doña Olga. Es agradable el olor de las flores. Y también es una buena forma de sentirte en paz y tranquilidad, antes de entrar a un lugar tan complicado como es cualquier hospital.

Al igual que todos los días, adquiriré una rosa blanca, que en apenas unos minutos se unirá a las anteriores, para adornar y otorgarle algo de vida al pequeño espacio que habíamos creado en la habitación. La rosa blanca, además de ser mi favorita, es símbolo de pureza. Otorga calma y esperanza. Dos estados, que según mi punto de vista, deberían priorizar la vida de Anahí.

Avanzo apresuradamente por los pasillos del hospital, tomo el ascensor hasta la tercera planta y una vez en la puerta, me detengo a suspirar, sintiendo cómo los latidos de mi corazón se aceleran, sabiendo que en unos segundos volveré a verla. Es increíble, cómo después de tantos meses y de estar llevando a cabo cada día la misma rutina, ninguno de mis órganos se acostumbra a esta extraña emoción previa a encontrarla.

Abro la puerta con sigilo, esperando hallarla acostada en la cama, esperándome como cada día. Pero me sorprendo, cuando la primera imagen que observo, es la de su padre, de pie junto a una maleta abierta que hay sobre la cama.

El señor Valente ha estado viniendo todos los días desde que la ingresaron. En un primer momento, permanecía en la sala de espera para que fuera yo quien le informara sobre las novedades. Pero poco a poco, fue adquiriendo el valor necesario para volver a enfrentarse a su hija. Hasta el momento no han tenido la conversación que después de tantos años deberían tener. Ni siquiera sé si quieren tenerla. Creo que no están preparados y supongo que no tiene importancia. Las cosas deben ir poco a poco. Por el momento, me parece un avance enorme que logren estar en una misma habitación sin discutir. Creo que

a Anahí le hace bien su presencia. Sentirlo cerca. Y yo, poco a poco he ido aprendiendo a controlar mis palabras. Al fin y al cabo, a mí me da igual como sea o deje de ser este hombre. Lo que me importa, es su forma de tratar a Anahí. Mientras eso vaya bien, estaremos en paz.

Él, se da cuenta de mi presencia y me mira en silencio, dejándome observar en su rostro, una expresión de no saber muy bien lo que decir. Pero es entonces, cuando la figura de Anahí se adentra en mi campo visual, a medida que se acerca hacia esa mencionada maleta, con algo de ropa doblada entre sus manos. Al percibir el repentino silencio, observa confusa a su padre y la mirada de este, la lleva directamente hacia mí. Conozco su mirada y sé perfectamente, que le sorprende verme, a pesar de que siempre vengo a la misma hora. Parece haber perdido incluso la noción del tiempo. Y yo... continuo confundida. Creo que mi cerebro aún no es capaz de asimilar lo que está pasando, o quizás no quiere hacerlo, porque un extraño sentimiento me abarca. Por primera vez, este no es un silencio que me haga sentir cómoda.

Reúno algo de valor, para cerrar la puerta tras de mí y terminar de adentrarme en la habitación, acercándome unos pasos hacia ella, que aún me mira fijamente.

—¿Qué está ocurriendo?

Ella suspira y aparta la mirada para continuar con su labor.

—Acaban de darme el alta. —informa.

Vuelve a crearse un instante de silencio. En teoría, esa noticia debería ser motivo de felicidad, pero la tensión que se respira en el ambiente, me hace ver que hay algo más. Algo está sucediendo.

—Pero eso debería ser bueno, ¿no? —pregunto confundida —¿No estás contenta?

Ella no responde, simplemente decide colocar las prendas dobladas en el interior de la maleta y se toma unos segundos antes de volver a enfrentar mi mirada.

Pero lo hace.

Lo hace y en su expresión me lleva a comprender, que necesita tomar fuerza para lo que quiera que esté a punto de decir.

—Me voy, Dulce. —dice sin más. Mi expresión permanece estática. Es obvio que se va, le acaban de dar el alta. Pero no entiendo por qué hay tristeza en su mirada. —Unos meses, dos años... o quizás uno, puede que incluso tres —se encogió de hombros —Quien sabe.

En ese instante, la confusión me asalta. Los latidos de mi antes acelerado corazón, parecen ralentizarse, aunque aun no entiendo del todo lo que está sucediendo.

—¿Co... como que te vas?

—Bueno... —interrumpió Oliver Valente —Yo las voy a dejar a solas, para que puedan hablar. En unos minutos vuelvo a recogerte.

Con esa indicación a su hija, la cual simplemente asintió, el señor Valente abandonó la habitación, pasando a mi lado y cerrando la puerta a su paso.

Ahora sí, estábamos solamente, ella y yo... y algo debía ser aclarado.

—¿Puedes explicarme lo que está sucediendo? Porque los dos tienen cara de pánico y no lo entiendo. ¿Cómo que te vas a ir durante tanto tiempo? ¿A dónde?

—A un centro especializado en trastornos de la conducta alimenticia. —confesó rápidamente, como si quisiera soltar la bomba completa antes de arrepentirse en alguna palabra —Una residencia alejada de la ciudad. En medio de la nada... Sin visitas... sin contacto con el exterior. Un lugar donde mi única compañía serán profesionales especializados en mi enfermedad, personas que la padecen, naturaleza y lo más importante; Yo, aprendiendo a convivir conmigo misma.

—Pe...pero eso es algo increíble —exclamé emocionada —Vas a recibir la ayuda que necesitas. Por fin decidiste luchar por ti misma. Es... es lo que debías hacer. ¿Por qué parece que no es lo que realmente quieres?

—Sin contacto con el exterior, Dulce —repitió, como si se me hubiera pasado por alto ese hecho, cosa que terminó de confirmar con mi expresión, algo por lo que además suspiró. Mi corazón comenzó a latir más rápido, debido al repentino estado de nervios en el que me sumió entender sus palabras —Lo último que quiero en esta vida, es cualquier cosa que me haga alejarme de ti, te lo aseguro. Pero es lo que necesito. —volvió a suspirar —Es lo que necesitamos.

Lo repitió dos veces, como si quisiera convencerse a sí misma. Y lo puede repetir veinte, que creo que no terminaré de asimilarlo.

—Bueno... Quizás sean solamente unos meses, o un año... o dos, pero yo voy...

—No —interrumpió moviendo su cabeza a modo de negación, al tiempo que fruncía el ceño —No voy a permitir que te quedes esperándome. —ahora sí, cierto atisbo de pánico comenzó a ascender por mi estómago, instalándose en mi pecho, temiendo absolutamente las palabras que estuviera a punto de decir —No voy a dejar que detengas tu vida por mí. Por primera vez, voy a dejar de ser egoísta contigo; te estoy dejando libre. —sentenció —Sean cuales sean los motivos que te unen a mí, tienes que romper las cadenas. Seguir viviendo. Porque yo no podré vivir en el presente, si sé que me estás esperando, que estarás sufriendo. No voy a ser capaz de soportar 700 días de ansiedad por volver a verte. Necesito aprender a vivir el día a día, superando cada hora y cada minuto, sin pensar en el siguiente. Saldré de ese lugar convertida en una persona diferente, Dulce. La Anahí que conoces, habrá dejado de existir. Así que, por favor te suplico, que no la esperes.

Me detuve a observarla unos segundos, permitiéndome un tiempo a mí misma, para analizar cada una de sus palabras y asegurarme de que no era un sueño. Sus ojos habían comenzado a volverse brillantes, indicando que unas lágrimas querían escapar en cualquier momento.

—¿Y qué pasa si esa es una decisión que yo no puedo tomar? ¿Qué ocurre si unos años no son tiempo suficiente para olvidarnos?

—Nada es eterno... —suspiró apartando la mirada —Ni siquiera el amor. Si no se alimenta —se encogió de hombros —en cualquier momento morirá.

¿Morir? Que irónico me resultaba ese pensamiento en este momento. Ojalá las cosas fueran así de sencillas. Ojalá el hecho de no ver a alguien, te hiciera olvidarla. Si así fuera, los niños no extrañarían a sus abuelos y abuelas cuando fallecen. Ni los hijos a sus padres. La muerte de un ser querido, no significaría nada, pues terminaríamos olvidándolos. Las rupturas sentimentales, serían simplemente otra parte del juego y no destrozarían el corazón de los enamorados. Y alejarte de alguien a quien quieres... sería fácil. Pero lo curioso del ser humano, es que cuando debemos decidir entre marcharnos o

permanecer, nos invade un miedo atroz. No importa cuántas veces en la vida tengamos que pasar por la misma situación, cuantas veces tengamos que decir adiós. Siempre sentimos el mismo pánico. Y eso ocurre, porque en nuestro interior, sabemos que el olvido no existe, que decir adiós siempre duele y que con el paso del tiempo, lo máximo que conseguiremos, es aprender a vivir de esa forma. Pero no olvidar... No creo en el olvido y mucho menos, en la muerte del amor. O por lo menos, no creo en la muerte de este amor que siento por ella.

—No lo comprendo —murmuré dejándome caer sobre la cama.

Clavé la mirada en el piso y sentí las lágrimas comenzando a descender por mis mejillas.

Ella detuvo su labor con la maleta y se sentó a mi lado. La escuché exhalar el aire de sus pulmones en forma de suspiro.

—Sabes que es lo mejor —susurró.

—¿Qué ingreses en un centro especializado? —pregunté enfrentando su mirada borrosa —Por supuesto. ¿Qué me estás diciendo adiós? Eso no lo comprendo.

—Dulce, te estoy matando —confesó, dejando que las primeras lágrimas descendieran por su rostro —Llevas dos semanas sin moverte de aquí. Llevas cuatro meses, dedicándome tu vida entera y sé perfectamente que estás dispuesta a seguir haciéndolo eternamente. Que te quedarías a mi lado, aunque ello te consumiera. No puedo permitirlo. —negó entre lágrimas —No puedo marchitar lo único que en veintiséis años, le ha dado sentido a mi vida. No puedo seguir poniendo sobre tus hombros, ese peso que supone, ser lo único que le da sentido a la vida de alguien. No lo mereces. Mereces ser una chica normal, enamorada de otra chica normal. —llevó una de sus manos a mi mejilla y trató de detener con su pulgar, el curso de algunas lágrimas —Lo mejor que he sido jamás, es lo que soy cuando estoy contigo. Me hiciste conocer a una Anahí diferente. Una que no sabía que existía y una que quiero que exista para siempre. No sólo cuando tú estés a mi lado físicamente. Quiero ser ella. Quiero ser la mujer de la que te enamoraste. Has hecho todo. Todo lo que podías hacer por mí y mucho más. Me has puesto frente a los ojos, una vida hermosa. Una que merece la pena ser vivida. ¿Sabes qué sentí cuando abrí los ojos y te vi junto a mi cama? ¿Llorando desconsoladamente? —le agradezco

que sea una pregunta sin intención de respuesta, porque soy incapaz de hablar — Sentí que estaba destruyendo lo único que me importa. Sentí pánico, Dulce, porque si me hubiera muerto por culpa de esa parada cardíaca, no te habría vuelto a ver jamás. Sentí miedo de morir. Por primera vez en mi vida. Yo, que hace unos meses me tomé un frasco de pastillas para acabar con la misma. Y ese es el regalo más grande que has podido darme. —aseguró con una sonrisa en medio de las lágrimas —Era cómo un árbol en otoño; seco, deshojado, sin vida. Y tú te atravesaste en mi camino, como la primavera se impone ante el invierno; frenándolo despacio y en silencio. Me frenaste, Dulce. Te llevaste el frío y llenaste con tu calor mi vacío. Fuiste mi primavera, mi amor.

Mi corazón se rompía en mil pedazos con cada una de sus palabras y las lágrimas no cesaban en su huida.

—¿Entonces por qué me dices adiós? —pregunté con un hilo de voz.

—Porque tengo que soltarte. Porque tenemos que soltarnos. —corrigió —En este momento, tenemos que soltarnos.

Traté de secar mis propias lágrimas y tragué saliva, esperando que eso fuera suficiente para hacer desaparecer el nudo de mi garganta, pudiendo decir algo más que una frase.

Me detuve en sus ojos, y a pesar de no verla con claridad, fue en ellos donde encontré la fuerza suficiente para hablar.

—Respeto absolutamente tu decisión, Anahí. —asegué asintiendo —Me siento terriblemente orgullosa de ti en estos momentos. Pero hay algo que debo dejarte muy claro; no sé lo que vaya a ocurrir en el transcurso de este tiempo. No sé si conocerás a alguien, si te enamorarás, o si yo lo haré. Te estás despidiendo de mí y... —me encogí de hombros, volviendo a tratar de limpiarme las lágrimas —no sé si te voy a volver a ver. Y esa idea me está matando. Pero si de algo estoy segura, es de que no importa cuántos días pasen, a qué distancia estemos, o qué camino tomemos, nunca... Escúchame bien —le pedí sosteniendo su mejilla —Nunca voy a olvidarte. Y aunque ambas vayamos a ser capaces de seguir adelante. Mi corazón nunca dejará de esperarte. Pero si tu preocupación es que sufra, que te extrañe tanto que no consiga ser feliz, despreocúpate. Porque no hay nada en este mundo que me haga más feliz, que saberte luchando por vivir. Que tu decisión fue pelear, y que estás ganando la batalla. Porque créeme, que eso es lo que vas a conseguir. Saldrás adelante

y terminarás amando a esa Anahí, de la que cualquier persona podría enamorarse. —bajó su mirada y con mucha delicadeza, la obligué a volver a enfrentarme —Yo siempre voy a estar aquí, Anahí. Siempre voy a estar para ti. En cualquier momento, en cualquier lugar.

—¿Cómo es posible que hasta en este momento, seas generosa? ¿Cómo puede ser, que me estés dejando marchar, después de todo lo que has aguantado y aun así, quieras dejar tus brazos abiertos para volver a recibirme?

—Porque mi intención nunca ha sido retenerte a mi lado a cualquier precio. Porque desde el momento en el que te conocí, tu recuperación y tu bienestar, han sido el motivo de mi lucha. Porque no planeé enamorarme de ti, Anahí. Cuando quise darme cuenta, ya había sucedido. Pero nunca he permitido que eso cambie las cosas. No somos dueños de nuestros sentimientos y no puedo evitar quererte. Pero sí somos dueños de nuestras acciones. Y en este momento, yo también elijo dejarte libre.

La puerta se abre de improviso, consiguiendo que mi atención se dirija hacia allí y me encuentre a un Oliver Valente, bastante sorprendido con la escena. Cosa que consigue poner mi cuerpo en una tensión repentina, mientras siento que la mirada de Anahí aún no se ha apartado de mí.

—Siento interrumpir... —se disculpa dudoso —Pero ya está todo listo. El coche nos espera.

Esa frase me hace exhalar un suspiro y olvidar por un momento la tensión que siento por la presencia de su padre. En este instante, lo único que me importa es que se acerca la hora. Que mi vida está dando unos giros drásticos últimamente, a los que no sé cómo enfrentarme. Voy a tener que despedirme de ella. Hace unos minutos venía a pasar una más de nuestras perfectas tardes y ahora... tengo que despedirme de ella. Y aún no sé, si seré capaz de hacerlo.

Con todo el dolor de mi corazón, me levanto de aquella cama, y comienzo a cerrar su maleta. Mis manos tiemblan mientras deslizo la cremallera, mis lágrimas caen sobre la tela, dejando pequeñas marcas en su equipaje. Entonces, siento sus manos, posándose sobre las mías para que detenga el movimiento. Me incorporo ligeramente, al tiempo que dirijo mi mirada hacia ella. Sé que en ningún momento ha mirado a su padre. Que todo el tiempo, sus ojos azules, esos que se encuentran cristalizados, me han estado mirando a mí. Lleva su mano hacia mi mejilla y desliza su pulgar sobre mi rostro,

acariciándome, tratando de calmar con su gesto mi temor.

Cierro los ojos, dejándome llevar por la tranquilidad que me producen sus caricias, su presencia. Inhalo aire profundamente, para que su olor me impregne y deseando que las lágrimas paren de brotar. Pero es inútil. Mi corazón está encogido y hay un nudo en mi garganta, porque aunque esto sea lo mejor, lo más conveniente, duele. Duele cómo si me estuvieran arrancando una parte del cuerpo, sin saber si algún día la volveré a ver. A sentir, a escuchar, a oler.

Entonces, comienzo a sentir la calidez de sus labios, rozando los míos. Su mano sostiene con decisión mi mejilla y mi corazón empieza a dejarse invadir por un hormigueo, que desde hace semanas no sentía. Deseo con todas mis fuerzas, que el tiempo se detenga en este instante. Deseo que este beso sea eterno. Las lágrimas descienden sin parar, mientras su boca se funde con la mía. Y aunque quizás debiéramos besarnos de forma desesperada, ansiosa, por ser la última vez, en contradicción absoluta, este beso está repleto de dulzura, de tranquilidad, de calma. Como si ambas quisiéramos prolongar la sensación el máximo tiempo posible. Saborear nuestros labios, sentirnos la una a la otra sin pensar en nada más. Deteniendo el tiempo, desapareciendo al mundo, como hemos logrado hacer desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron. Desde ese instante, que fue sólo el comienzo de una conexión inesperada, a la par que real.

Segundos más tarde, separó nuestros labios y juntó nuestras frentes. Sentí su respiración golpearme, y ella debía sentir la mía. Su mano se aferró con fuerza a mi cuello y yo sostuve su rostro, deseando en silencio, no tener que abrir nunca los ojos. No tener que despertar jamás de este momento.

—Gracias... —susurró.

—¿Por qué?

—Por no pedirme que me quede. Porque no hubiera sido capaz de marcharme si lo hubieras hecho.

—Vete, —supliqué en un susurro —Pero llévame contigo.

Su rostro se apartó ligeramente para mirarme confundida, y con una sonrisa en medio de las lágrimas, comencé a colocar sobre su cuello, el colgante que hace tan solo unas semanas le había regalado. Ese, que era exactamente igual

al mío y que con rabia me había devuelto el día que discutimos. Ese, que era la señal más clara, de que estuviera donde estuviese, siempre me tendría a su lado.

Observó el collar reposando sobre su pecho durante un instante y seguidamente, me miró. De una forma distinta, como si por primera vez, hubiera apartado de su mirada cualquier tipo de barrera y me estuviera permitiendo descifrar cada una de las emociones que la invadían. Miedo y tristeza, a la par que orgullo y valentía. Pero había algo más. Algo que no sólo tenía que ver con ella, sino también conmigo. Una emoción que yo le provocaba, la cual, no necesita ningún tipo de palabra o explicación. Y aunque no sé, con qué nombre definirla, es ese tipo de sentimiento que solamente puedes entender, cuando te ves en la mirada de alguien y tu corazón late a mil revoluciones por segundo. Sabiendo que ese brillo, tú lo estás causando. Que tú eres el motivo de ese sentimiento sin nombre. Y que ya puede salir corriendo o desmoronarse el mundo ahora mismo, porque nada será capaz de disfrazar, ni borrar, lo que te dice una auténtica mirada.

Me sonrío y asiente, como si realmente supiera lo que estoy pensando. Y yo correspondo a dicha sonrisa, sabiendo que tampoco necesito decirle una vez más lo que siento, pues mis ojos deben estar gritándolo en silencio. Y es que, es absolutamente imposible esconder tus sentimientos cuando miras a la persona que te los provoca.

—Anahí, —vuelve a interrumpir su padre, despertándonos del momento, pero sin conseguir que nuestras miradas se aparten la una de la otra —Tenemos que irnos. Lo siento.

—Sé fuerte... —le susurro a modo de despedida.

—Sé feliz.

Y esta vez sí, nos separamos definitivamente, sintiendo como ese alejamiento de nuestros cuerpos, es lo más duro que he hecho en toda mi vida. Ella se vuelve hacia la cama para bajar su maleta, y una vez lo tiene todo listo, sin volver a mirarme, se dirige a la puerta, donde su padre la espera. A pesar de todo lo que acaba de ocurrir, mi pecho no puede evitar ir encogiéndose cada vez más, a medida que la veo alejándose, y un nudo se forma en mi garganta cuando está a punto de cruzar la puerta. Quizás no la vuelva a ver más en toda mi vida. Y ese pensamiento me tienta terriblemente a retenerla, a

suplicarle que no se vaya, que no me deje. Quiero llorar como un bebé y aferrarme a sus brazos para que no se marche. Pero en vez de eso, aprieto mi mandíbula con fuerza, reteniendo las lágrimas y dejándola marchar...para siempre.

—Una cosa más; —volteó para mirarme, antes de salir —Nunca permitas que te aseguren, que tu forma de amar es excesiva. Nunca creas que entregarte como lo haces a las cosas, es en vano y sin sentido. Si todas las personas vieran la vida como tú la ves, si convirtieran el amor en una filosofía, en vez de sentirlo como un simple estado pasajero... Probablemente, el mundo estaría menos perdido. —aseguró —Gracias, por haberme dado el tuyo de una forma tan incondicional. Por elegirme para entregármelo sin esperar nada a cambio. Eres lo mejor que a cualquier persona le puede pasar en la vida, Dulce. Que nadie, jamás, te haga pensar lo contrario. Porque el simple hecho de conocerte, de estar a tu lado, o de entrar en tu corazón, es un regalo... Y es de idiotas, no saber apreciarlo.

Y ahí está... La única mujer a la que he amado en toda mi vida. Agradeciéndome algo que ni siquiera yo elegí sentir. Algo que ella misma hizo crecer. Algo que en este momento, me encoje el corazón, porque sé que el tiempo se está terminando, que está a unos segundos de cruzar esa puerta y desaparecer de mi vista. Quiero gritar que la amo, como jamás amé a nadie y que probablemente siempre vaya a amarla. Pero en vez de eso... mis ojos vuelven borrosa su imagen y las lágrimas comienzan a descender por mis mejillas una vez más, volviéndome imposible el hecho de poder controlarlas.

—Nunca te rindas —es lo único que soy capaz de suplicar, antes de que abandone definitivamente la habitación, de una forma rápida y tajante.

Permanezco en esa misma posición durante largos segundos, observando aún aquella puerta vacía. Quizás esperando que vuelva a aparecer para abrazarme, y una parte de mí, deseando que eso no suceda. Pues estoy segura, que de volver a sentir su cuerpo, no tendría la fuerza suficiente para dejarla ir.

¿Y ahora qué?

Es la única pregunta que asalta mi mente mientras me dejo caer de nuevo sobre la cama. ¿Qué va a ocurrir ahora? ¿Cómo voy a ser capaz de vivir sin saber nada de ella? ¿Sin saber cómo está, como se siente? ¿Cómo voy a arrancar de mi pecho esta unión tan fuerte? ¿Cómo voy a despertarme cada

mañana, sin la seguridad de que la veré en algún momento del día?

Las lágrimas continúan descendiendo sin control. Aún más imparables que antes. Expulsando en cada gota, un pedazo de mi corazón, que en este momento, sólo late porque mis órganos necesitan que la sangre les haga llegar el oxígeno.

Observo la puerta por la que se acaba de marchar, sintiendo que una parte de mí, abandonó esta habitación hace unos minutos, dejando un vacío que no sé cómo llenar. Pero a pesar de eso, no suplico en silencio que vuelva. Deseo que se vaya. Que se vaya lejos, porque es lo mejor para ella.

Y deseo algún día, haber podido encontrar respuesta a la siguiente pregunta;

¿Cómo vivo mi vida, sin ti, Anahí?

*“Me atravesé en su camino,
Como la primavera se impone ante el
invierno;
Frenándolo despacio y en silencio.”*

XXVI

Las paredes de estos despachos son agradables. Nunca me había fijado. Bueno, sí. Pero no cuando trabajaba aquí. Quiero decir que cuando tenía mi despacho, nunca me fijé en el color de las paredes o del techo. Me fijaba en todo su conjunto; un lugar agradable para trabajar y punto. Pero ahora, viéndolo desde esta perspectiva, desde este diván, asumo que está todo fríamente calculado. Las cuatro paredes tienen un color beige, crema, o no sé exactamente como definirlo, que resulta muy relajante. Además, el gran ventanal que hay siempre detrás del escritorio, hacen que estas oficinas sean muy luminosas. Y la luz, es símbolo de paz y tranquilidad. Por no hablar, de la música instrumental que tenemos de fondo; una fantástica pieza de piano, que suena débilmente desde algún reproductor.

Sí, todo está fríamente calculado, para que cualquier ser humano en busca de ayuda, que se recueste sobre este diván, llegue a un estado de relajación absoluta en el que sus quebraderos de cabeza y el motivo de su visita, dejen de bloquear su mente. Para cualquier ser humano, menos para mí, por supuesto. ¿Cómo voy a lograr semejante estupidez, observando estas paredes y escuchando un piano? Es imposible.

—Dulce, ¿Me estás escuchando?

La voz que viene de algún lugar a mi izquierda, me hizo salir abruptamente del estudiado análisis que le estaba haciendo a estos veinte metros cuadrados. Dirigí mi mirada hacia ella y me encontré con sus ojos verdes, clavados de manera intensa sobre mí.

—¿No se supone que soy yo, la que debería hablar?

—Si esperamos a que eso suceda, me temo que me estarías pagando por tratarte en silencio.

—El silencio es bonito. —comenté volviendo la vista al techo.

—Pero no demasiado útil en una terapia.

Suspiré resignada y decidí cambiar mi postura, temiendo que si permanezco medio acostada, mi mente va a volver a volar en cuestión de segundos. Así

que, me senté, quedando cara a cara con ella.

—¿Qué me decías?

—Que eres un caso perdido. —espetó.

—¡Oye! Eso no es muy profesional, doctora Acosta.

—Es que tú eres muy irritante, doctora Andrade.

Le sonreí. Con complicidad, con misterio y hasta con picardía.

—No soy doctora. —corregí.

—¿Y cuándo piensas ponerle remedio a eso? Llevas un año con tu proyecto terminado. ¿No crees que es hora de presentarlo?

—Opinas que eso supondrá cerrar la etapa, ¿no? Piensas que es necesario para culminar con esto.

—Pienso que ya tienes cerrada la etapa. —aseguró más convencida incluso que yo —Pero debes liberarte de eso en concreto. Por algún motivo, todavía no has querido hacerlo.

Suspiré y dejé caer los hombros con pesadez, sin dejar de ser observada en ningún momento por ella.

—El proyecto no era de mis mayores preocupaciones.

—El proyecto, es la culminación de cuatro años de tu vida. El fin de tu carrera universitaria. En algún momento tendrás que enfrentarlo. Si lo sigues posponiendo, no vas a poder avanzar profesionalmente. Estás preparada para afrontarlo, créeme.

—Está bien. —volví a suspirar —Solicitaré una nueva fecha esta misma tarde.

—¿Así? ¿Sin más? —preguntó perpleja —¿Me das la razón?

—¿No es eso lo que me estás pidiendo, Cris?

—Sugiriendo —corrigió —Y es normal que me sorprenda. Nunca haces caso.

—A ti sí te hago caso —me quejé —Si no, no habría dejado de tener las pesadillas.

—De eso precisamente te estaba hablando cuando me ignorabas. ¿Sabes lo duro que es, como terapeuta y como mujer, que las paredes te parezcan más interesantes que yo?

—No te ignoraba. —sonreí —Y no me parecen más interesantes que tú. ¿Me puedes repetir lo que me estabas diciendo? ¿O vas a seguir torturándome durante cuarenta minutos más?

—En primer lugar; ya quisieras tener cuarenta minutos más —informó señalando el reloj de su muñeca —Te quedan cinco, porque llevas contemplando las paredes, media hora aproximadamente. Y en segundo lugar; te preguntaba si recuerdas cuándo tuviste la última pesadilla.

Traté de hacer memoria. Echar la vista atrás y recordar el momento exacto en el que tuve uno de esos horribles sueños que me hacían despertar sobresaltada, temblando, y con un sudor frío recorriendo mi frente y espalda.

—Meses. —respondí —Hace varios meses.

—¿Y sabes lo que significa eso?

—¿Que mi paranoica cabeza ya dejó de ser paranoica? —bromeé con una ligera sonrisa.

—Que ya la soltaste. —concluyó ella —Rompió el vínculo con Anahí.

Escuchar su nombre provocó que mi corazón diera un vuelco inmediato y se pusiera a latir desesperado. Cuando ocurre eso, siento que una bola gigante se posiciona en mi garganta, impidiendo el paso del oxígeno.

Sí, ya veo lo roto que está el vínculo.

—Tus pesadillas eran fruto de la responsabilidad que sentías por ella. —continuó explicando —Tu necesidad de protegerla y tu miedo después de su marcha, provocaban que tu subconsciente almacenara toda esa información y en las noches la transformara en esas horribles pesadillas. Sesión tras sesión, hemos conseguido que entiendas y que asumas por fin, que no estás vinculada a ella y que no eres responsable de lo que le ocurra. Esté o no esté en tu vida, tú no puedes cargar con ello. La soltaste, Dulce. —repitió —Por fin, la soltaste.

Le ofrecí una media sonrisa tras su lógica explicación.

—Eso quiere decir, ¿Qué nuestras sesiones han terminado?

—Quiere decir mucho más que eso. Pero sí —confirmó poniéndose en pie y extendiéndome la mano —Nuestro trabajo juntas ha terminado, doctora Andrade. Salvo, que haya algo más en lo que pueda ayudarla.

Me puse en pie y estreché su mano como me pedía. Me recuerda mucho a Marta, en eso de llamarme doctora Andrade, sólo por molestar.

—Con todos mis respetos, doctora Acosta, espero que nada me haga tener que volver a su oficina.

—En calidad de paciente, yo también lo espero.

Su reluciente sonrisa, me obligó a permanecer observándola un instante, mientras nuestras manos continuaban unidas.

—Será mejor que te deje seguir trabajando —informé soltando su mano —Voy a ver si Marta está en su despacho, para verla antes de irme.

La chica asintió, y con una última sonrisa, me dispuse a avanzar hacia la puerta de su oficina.

—¡Dulce! —llamó, consiguiendo que me detuviera justo antes de salir —¿Te gustaría... ir a cenar conmigo? ¿Algún día?

Me tendría que haber sorprendido ante tal proposición. Mi corazón tendría que haber latido a toda velocidad a causa de los nervios porque no me lo esperaba. Pero la verdad, es que no ocurrió nada de eso. Puede que su propuesta no me haya pillado tan desprevenida como debería.

—¿Cómo una... cita?

Ella se encogió de hombros. Por primera vez desde que la conozco, noto cierta timidez en Cristina.

—Ya acabaron tus sesiones de terapia. Estaba deseando que este momento llegara, para no incumplir la regla de involucrarme con una paciente cuando te pidiera que salieras conmigo.

En ese momento, sentí mi expresión volverse seria. O más bien, pensativa. Romper reglas, involucrarse con una paciente.

—No tienes que responder ahora —aclaró al ver mi silencio —Sólo... piénsalo. Tienes mi teléfono.

Asentí, sin decir absolutamente nada. Volví a ofrecerle una sonrisa, y esta vez sí, abandoné su despacho.

Cristina Acosta; cabello castaño claro, estatura media, cuerpo estilizado, color de ojos en un punto entre el café y el verde intenso, sonrisa

deslumbrante. Mujer divertida, inteligente. Fue compañera de Marta en la facultad y buenas amigas. Es además, una gran psicóloga. Acudí en su ayuda por recomendación de la propia Marta.

Cuando Anahí se fue, mis pesadillas se convirtieron en algo diario y atormentante. Algo que no me permitía dormir de noche y me mantenía angustiada de día. Llegamos a la conclusión de que necesitaba ayuda profesional, algo a lo que, aunque en un principio no quise acceder, no tardé demasiado en aceptar. Realmente me estaba consumiendo esa forma de vida. Y como Marta no podía tratarme, porque nuestra amistad condicionaría su trabajo, me recomendó a Cristina. Durante los primeros meses, nuestras sesiones se llevaban a cabo en su consulta privada, pero pasado un tiempo, Marta le ofreció un puesto de trabajo aquí, en La Cascada. Así que, prácticamente por obligación, me vi en la necesidad de regresar. Nuestras terapias pasaron a desarrollarse en su nuevo despacho. Uno, prácticamente igual al que yo tenía cuando realizaba mis prácticas.

Me negué durante mucho tiempo a regresar a este lugar. No me sentía preparada para enfrentar estas paredes, estos pasillos, este olor. No me sentía con la fuerza suficiente para caminar por este lugar, sin que la imagen y el recuerdo de Anahí apareciera en cada esquina. Y al final, la vida me hizo venir a la fuerza.

Me gustaría decir que ya no sucede. Que puedo caminar tranquilamente por este pasillo, sin recordar el primer día que la vi, cuando chocamos y nuestras miradas se cruzaron por primera vez. Me gustaría asegurar, que mi corazón no se alborota cuando recuerdo ese momento, o que mi estómago no se encoge, cuando paso por delante del cuarto de baño donde una vez la vi hundida. Me gustaría decir, que cuando subo al tercer piso, para visitar a doña Rosa, no me detengo en la puerta de la que era su habitación, preguntándome quién la estará ocupando ahora, y que las imágenes de aquel fatídico día, no me asaltan como si hubiera ocurrido ayer mismo. Por un momento, lo revivo todo; la veo ahí, desplomada entre mis brazos, prácticamente sin vida, mientras mi corazón se encoge cada vez más. Y al segundo siguiente, el pasillo está completamente vacío y reina una calma absoluta. Pero mi corazón, exactamente igual de encogido que aquel día. También me gustaría decir, que mis piernas ya no me dirigen automáticamente hacia el jardín y que cuando cruzo la puerta, ya no espero verla sentada sobre nuestro banco, con un libro en la mano e ignorando

por completo al mundo. Me gustaría decir todo eso. Pero lo cierto, es que no puedo. Porque la realidad es que aquí estoy de nuevo, sentándome en nuestro banco, subiendo las piernas y abrazando mis propias rodillas, mientras observo fijamente el lado en el que ella solía estar.

Marta no se encontraba en su despacho. Así que, mientras todos esos recuerdos me invadían, como cada semana que piso este lugar, mis piernas me dirigieron hacia este sitio. Nuestro sitio.

Una hoja cae repentinamente sobre mi rodilla. La sostengo entre mis manos y me sorprendo al descubrir el color entre verde y amarillo que posee. Es bonita. Ascendo la vista y me encuentro directamente con el lugar del cual se desprendió dicha hoja, volviendo a sorprenderme con lo que observo. Es ese árbol que siempre ha estado aquí. Ese que el primer día que lo vi, se encontraba prácticamente deshojado, sin vida, desprendiendo una a una, las últimas hojas que el otoño dejaba en sus ramas y proporcionando un poco de sombra, a una chica casi tan apagada y sin vida como él. Ahora, sin embargo, se encuentra repleto de hojas verdes, volviéndolo uno de los árboles más bonitos y frondosos que he visto jamás. Además, tiene algunas flores amarillas que en otra época, jamás hubiera imaginado que podrían nacer de él.

El milagro que trae el paso de las estaciones; un árbol puede perder cada una de sus hojas durante el otoño, lucir seco y apagado mientras resiste al paso del invierno, y de pronto, cuando menos te lo esperas, una nueva flor vuelve a brotar, dando comienzo al principio de esta maravilla a la que llamamos; primavera.

Y el resultado, es este; un tronco fuerte, que resiste el paso de los años, de las tempestades y de las estaciones, dejando caer lo dañado, para volverlo a dejar crecer con mayor fuerza después. Renovado.

La sabiduría de la naturaleza.

—Bonito, ¿verdad?

La familiar voz que irrumpe sacándome de mis pensamientos, me hace apartar la vista de la copa del árbol para dirigirla hacia ella, parada junto al banco, con un rayo de sol impidiéndome que la vea con claridad. Pero aprecio perfectamente su bata blanca.

Se sienta, justo frente a mí, permitiendo que ahora sí pueda verla

perfectamente. Su sonrisa y su mirada, como siempre, cargada de ternura hacia mí. Aunque he de reconocer, que desde hace algún tiempo, su forma de mirarme no es como al principio. Siempre puedo notar cierto atisbo de preocupación en sus ojos. Y he de reconocer también, que está más hermosa cada día, si es que eso era posible.

Marta Andoni. Esta mujer que tan importante fue en mi vida desde el momento en el que la conocí, siendo mi tutora de prácticas, después mi amiga y ahora... Ahora es más importante que nunca.

—Nunca lo había visto así. —respondí refiriéndome al árbol.

—Llegaste aquí en pleno otoño. Es normal.

—¿Cuánto ha pasado ya?

—¿Me lo preguntas como si no llevaras la cuenta exacta? —alza una ceja para ponerle más ironía a su pregunta —Casi un año y medio.

—Casi un año y medio —repetí como si me costara asimilarlo —Es mucho tiempo y sin embargo, parece que hayan pasado cinco años.

—Es lo que ocurre, cuando los días se vuelven lentos y las noches largas. Y cuando tu vida, sufre en tan sólo unos meses, un cambio superior a todos los que pudiste haber experimentado en años anteriores.

Aparté la mirada de ella y permanecí en silencio un instante, analizando el significado de sus palabras.

—Deberían prepararnos para ello en la universidad, ¿no crees? —pregunté volviendo a enfrentarla —Deberían decirnos; Vas a empezar tu periodo de prácticas y tienes que estar lista. Alerta. Porque tu vida ya no va a ser la misma a partir de entonces. Estás a punto de experimentar el mayor cambio que has sufrido hasta ahora. Así que, si no estás preparada —suspiré —retírate a tiempo.

—¿Lo habrías hecho? ¿Te habrías retirado?

Su mirada permaneció clavada sobre mí de una forma más intensa. Esperando una respuesta absolutamente sincera por mi parte, o quizás, simplemente esperando que realmente tuviera la respuesta.

—No. —acepté por fin.

Exacto. Si alguien me hubiera advertido de cuanto iba a transformar mi vida, la decisión de hacer las prácticas en este centro, habría actuado exactamente igual. Habría venido aquella mañana, a la misma hora. Habría dejado que una desconocida, se atravesara en mi camino inesperadamente, cambiando por completo, todo lo que hasta ese día creía conocer de mí misma y del mundo que me rodeaba.

—Nunca vamos a estar preparados para las cosas extraordinarias que ocurren en nuestra vida, Dulce. —continuó Marta —Pasan, mientras estás viviendo. No avisan. No llaman a la puerta y nadie puede advertirnos sobre ellas. Están ahí, llegan y se van cuando les da la gana. Y entonces todo cambia. Y ese ciclo vuelve a empezar continuamente, a lo largo de nuestra vida.

¿Qué sentido tiene, entonces?, me pregunté. ¿Qué sentido tiene que ese cambio venga, te alborote la vida y luego se vaya? Sin más. Dejándonos con el duro trabajo de reaprender a vivir.

—Hoy fue mi última terapia —le informé después de unos instantes de silencio.

—¿Y qué tal?

—Perfectamente. Ya no hay rastro de las pesadillas y Cristina me sugirió que solicite fecha para presentar mi proyecto. Cree que es como el último paso necesario para culminar. Ya sabes.

—¿Lo harás?

—Supongo —me encogí de hombros —Aunque espero que no me den fecha para muy pronto. Debo preparar bien la exposición.

—Me parece bien.

—También me invitó a salir.

En ese momento, la mirada de Marta se clavó en mis ojos de forma extraña. Interrogante, curiosa.

—¿Lo harás?

—Parece que no te sorprende.

Ella apartó la vista hacia el frente. Me extraña su actitud, es cierto que no parece en absoluto sorprendida.

—Hace tiempo me pidió permiso para hacerlo.

—¿Te pidió permiso para pedirme una cita? —reí sorprendida.

Volvió a mirarme, pero su semblante continúa serio, sin dejarme saber muy bien lo que está pensando.

—Quería saber si entre nosotras había algo o tenía vía libre.

En este momento, fui yo la sorprendida. O bueno, no tanto sorprendida, sino intrigada.

—¿Y qué le respondiste?

—Que entre nosotras no hay nada y que podía hacer lo que creyera conveniente.

Asentí y aparté la vista esta vez yo.

—¿Lo harás? —volvió a preguntar, consiguiendo que enfrentara sus ojos una vez más —¿Vas a salir con ella?

Me encogí de hombros despreocupada, sin saber muy bien qué responder.

—Quizás haya llegado el momento de abrirme ante esas "cosas extraordinarias", como tú dices. Tal vez debo prepararme para un nuevo cambio.

Ella sonrió, pero no era una sonrisa de ternura, ni de comprensión. Era una sonrisa cargada de ironía. Y de pronto, su mirada se perdió en algún lugar del cielo.

—El día que te conocí, una de las primeras cosas que vi de ti, fue cuando te acercaste a la ventana de mi despacho. —recordó señalando hacia la misma. En ese momento, me di cuenta de que no estaba mirando al cielo, sino hacia su ventana —Estabas ahí arriba, observando algo que había en este banco. Preguntándote y preguntándome, quién era ese algo. Recuerdo que tu mirada era de absoluta curiosidad. Te brillaban los ojos —volvió a enfrentarme —Al día siguiente, viniste y te sentaste justamente donde estás ahora. Cuando te vi desde arriba, me resultó extraño y curioso al mismo tiempo, que hicieras tal cosa. Me quedé observándote un rato y a veces, te veía alzar la vista para mirarla, como me estás mirando a mí en este momento. A partir de entonces, nunca dejaste de repetir lo mismo, día tras día.

—¿Qué me quieres decir con esto? —pregunté apretando con fuerza mi mandíbula.

No es mi intención ponerme a la defensiva con ella, aunque ella parezca estarlo conmigo esta mañana. Pero lo cierto, es que no sé para qué me relata los hechos, como si yo no los hubiera vivido. Como si mi cerebro fuera lo suficientemente inteligente, para ser capaz de no recordarlo.

—Que las cosas extraordinarias y los cambios, llegan sin buscarlos y sin que te des cuenta. No existe un "tal vez". Sucede o no sucede.

—¿Y qué pasa si lo tengo delante y no lo veo? ¿Qué pasa si tengo justo en frente, la posibilidad de avanzar y la dejo ir?

—Has avanzado, Dulce. Por supuesto que has avanzado. —aseguró —Abandonaste tu apartamento, cogiste a tu perro y te fuiste a vivir a tu casa del lago. Decidiste suspender la presentación de tu proyecto, porque no te sentías con la fuerza suficiente para enfrentarlo. Trabajas en una floristería, ayudando a una vieja amiga de tu abuela y sé que eso te llena más de lo que te llenaría estar aquí. La relación con tu familia ha mejorado y pasas con ellos más tiempo del que has pasado en toda tu vida. Decidiste recibir ayuda profesional para acabar con ese tormento que te estaban causando unas pesadillas. Has seguido con tu vida. La marcha de Anahí no te mató, como ningún ser humano muere cuando alguien se va. Y ahora, estás lista por fin, para presentar tu proyecto y cerrar ese libro de una vez. Sólo quiero que no te engañes, que no intentes demostrar nada, porque con eso, lo único que vas a conseguir será frustrarte más. Nadie te va a obligar a sentir algo que no sientes. Ni siquiera tú misma. Y si te fuerzas a ello para demostrar que estás bien, que eres fuerte y que nada te afecta, como llevas haciendo un año, vas a seguir encerrándote en ti misma, como también has hecho durante un año. Una vez me dijiste, que sabías que nunca te habías enamorado, porque siempre habías podido elegir. Siempre habías podido decidir si estar o no con alguien, si tener una cita, conocerla o simplemente, no perder el tiempo. Creo que en este momento, te estás preguntando si quieres o no quieres, tener una cita con Cris. Porque es una mujer estupenda y una candidata perfecta, para pasar una noche o incluso una vida. El problema, es que mientras lo haces, estas aquí sentada, precisamente en este banco.

Si algo tienen en común los cambios inesperados, además de llegar sin

previo aviso, es que son como las estaciones. Cuando aparecen, cuando pasan por nuestra vida, arrasan con todo lo que encontraron, a veces para bien, a veces para mal, pero nunca sobrevivimos a un cambio siendo la misma persona que éramos antes de que nos arrasara.

Y aquí estoy yo, sin saber exactamente quién soy ahora.

XXVII

Finalmente lo hice.

Llamé a Cristina y la invité a cenar. Por primera vez desde hace mucho, me atreví a tener una cita con alguien, o por lo menos, algo parecido a una cita, porque después de la cena, Marta y Claudia nos esperan en el bar al que solemos salir de vez en cuando.

¿Qué por qué lo hice?

Supongo que tengo que comprobar por mí misma, en qué punto está mi vida sentimental. No necesito salir con alguien o enamorarme, para que mi existencia sea completa. Sola, estoy perfectamente. Mi vida ha tomado un rumbo, que quizás nunca pensé que tomaría tan pronto. Es cierto que siempre quise vivir en la casa del lago y que alguna vez, aseguré que me haría cargo de la floristería de doña Olga. Pero si hace poco más de un año me hubieran preguntado, cómo veía mi vida en un futuro cercano, en unos meses, jamás habría dicho así. Supongo que todo se ha ido dando de esa manera. Las cosas han ido sucediendo tal cual, para llegar a este punto. Anahí se fue y yo me sentía incapaz de presentar un proyecto en el que cada palabra habla de ella. Era realmente imposible. Igual que me hubiera parecido imposible trabajar en La Cascada. Aunque hubiera presentado y aprobado el proyecto, convirtiéndome oficialmente en psicóloga, probablemente no habría aceptado la oferta de Marta. Así que, bueno, se puede decir que hui despavorida a refugiarme en mi lugar favorito. Me alejé de todo lo que me recordaba a ella, escapándome a un sitio que aún me recordaba más a ella. Porque sí, cada metro de aquella casa y de todo su exterior, cada esquina del pueblo y cada lugar al que miro, me recuerda a ella. Duermo cada noche en la misma cama donde le hice el amor por primera vez y a veces, me despierto deseando que al abrir los ojos, ella esté ahí, como aquella mañana, durmiendo plácidamente con una sonrisa en su rostro. Pero nunca está. Cuando el sol entra por mi ventana, anunciando la llegada de un nuevo día, mi cama está vacía. Y mi corazón... mi corazón sólo se siente vivo, cuando de un salto imprevisto,

White aparece a mi lado, como si hubiera sentido el momento exacto en el que desperté y la tristeza que comienza a invadirme. Jugamos un rato y prácticamente como si no hubiera ocurrido nada, me levanto de la cama para empezar un nuevo día. Esa es mi estrategia; no pude escapar de su recuerdo. Así que, tuve que aprender a vivir con él. Y también gracias a mi labor en la floristería, todo ha sido un poco más fácil. Doña Olga se siente mayor y muy cansada, por lo que, la primera vez que fui a visitarla para darle la noticia de que me mudaría al lago durante un tiempo, vio los cielos abiertos y aprovechó la ocasión para pedirme que la ayudara un poco. Me ha estado enseñando durante meses, todo lo referente al oficio, al cuidado de las plantas, de las flores y la gestión general de la tienda. La verdad, es que es un arduo trabajo el que se realiza, y no sé cómo durante tantos años, ha podido hacerlo ella sola. Por suerte, White se pasa el día allí conmigo y ambos encontramos paz en ese rincón tan lleno de naturaleza y tranquilidad. Nunca pensé que las flores necesitaran tanto cuidado y dedicación. Ahora comprendo perfectamente, que esa mujer haya dedicado su vida a ello y que ahora, cada vez se desprenda un poco más de la tienda, dejándola a mi cargo. Así que, se puede decir que en un año, las cosas han cambiado mucho y muy inesperadamente. Y eso me gusta. Me gusta dónde estoy, lo que estoy haciendo y me siento bien la mayor parte del tiempo. Por eso, en este momento, sólo necesito saber lo que siento. Necesito saber si voy a ser capaz de rehacer mi vida en ese sentido. Es lo único que ahora mismo tengo fuera de control. Y no quiero. Quiero respuestas.

Pero no estoy usando a Cristina para aclararme, ni mucho menos. Si accedí a salir con ella, es porque me gusta. Porque es una mujer interesante, inteligente, divertida, preciosa y que además, conoce a la perfección mi historia. No tengo que fingir ser alguien que no soy. No tengo que hacer como si el paso de Anahí por mi vida, no hubiera arrasado por completo la misma. Ella lo sabe. Sabe lo que sucedió. Como psicóloga nunca me ha juzgado y si a pesar de todo ello, se ha interesado por mí como mujer, merece por lo menos una oportunidad.

—Siento el retraso —escucho su voz, interrumpiendo la nula lectura que estoy haciendo a la carta del restaurante —Había muchísimo tráfico.

Miro la hora que indica la pantalla de mi teléfono y sonrío inevitablemente, antes de alzar la vista para verla casi sentándose frente a mí.

—Te retrasas dos minutos.

—Por eso —se encogió de hombros mientras colocaba su chaqueta en el respaldar de la silla —No me gusta hacerte esperar. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—No demasiado, tranquila.

—Menos mal, es que hubo mucho trabajo hoy. A penas tuve tiempo de pasar por casa y darme una ducha. —señaló su cuerpo —Mira como vengo.

—Estás preciosa, Cris.

Tras mi frase, se formó un silencio en el que ella permaneció mirándome con curiosidad.

—Acabo de notar tanto ímpetu en tu voz —dijo con ironía —Que casi me lo creo.

—Te lo digo de verdad, estás muy guapa.

Me ofreció una sonrisa. No sé si satisfecha con mi respuesta o no, la verdad es que lo dije completamente en serio. No está vestida de una forma muy excesiva, al igual que yo. Ya que esto no iba a ser más que una cena informal y luego unas copas. Pero ella es una mujer preciosa. Así que, no iba a dejar de estarlo por muy sencilla que vistiera. No entiendo por qué dice que mi voz no resultó convincente o sin demasiado ímpetu.

—¿Has pedido algo para tomar? —me preguntó echando un ojo a su carta.

—No. Estaba esperándote porque no sabía qué querías.

Justo en el momento en el que ella iba a hacer un gesto para que nos atendieran, el camarero apareció junto a nuestra mesa, con su cuaderno de anotaciones.

—Buenas noches, señoritas ¿saben ya lo que desean tomar?

—¿Vino? —preguntó Cristina, pidiendo mi aprobación con una mirada.

Asentí de acuerdo y la voz del camarero volvió a hablar.

—¿Desean alguno en especial? ¿O la recomendación de la casa?

Cris volvió a mirarme, esperando que fuera esta vez yo quien respondiera.

—La recomendación de casa estará bien —concluí.

—Perfecto. En unos minutos regreso y les tomo nota de la cena.

Sin decir más, el camarero desapareció de nuestra vista, dejando tras de sí un silencio absoluto que no duró demasiado.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer con tu proyecto?

—La semana que viene lo presento —informé notando sorpresa en su rostro —Es la única fecha disponible, porque alguien decidió cancelar su presentación. Si no, tendría que esperar dos meses más. Y sinceramente, no quiero esperar más. Creo que cuanto antes lo haga, mejor.

—Me parece la mejor decisión. ¿Y crees que te dé tiempo de prepararlo?

—Me sé de memoria cada palabra que escribí en esas páginas. Además, el hecho de no haber querido presentarlo hasta ahora, no quiere decir que lleve un año sin tocarlo. He tenido tiempo suficiente para leer, releer, modificar y dejarlo tal y como lo quería. Después de nuestra última sesión, cuando solicité la fecha, le di un último repaso y lo dejé completamente listo. Así que, sí, supongo que ya llegó la hora de que vea la luz. Mañana lo llevaré a imprimir y el resto de la semana me dedicaré a preparar la presentación.

—¡Vaya! —exclamó aún sorprendida —Lo tienes todo organizado.

—Últimamente me gusta tenerlo todo bajo control.

En ese momento, el camarero volvió a aparecer trayendo consigo su bebida. Colocó dos copas sobre la mesa, sirvió un poco en cada una, para que pudiéramos probarlo, y así lo hicimos ambas al mismo tiempo. Tomamos un sorbo de vino, que en cuanto accedió a mi paladar, impregnándolo de esa mezcla de sabores dulces y afrutados que conocía a la perfección, un millón de recuerdos asaltaron mi cabeza. Me transporté a aquella noche, a nuestra primera cena juntas. Lo más parecido que hemos tenido a una cita. Ví a Anahí frente a mí, saboreando el pescado que había preparado, recordé nuestra tarde de pesca, la tristeza que encogió mi corazón mientras me contaba su historia y las risas descontroladas que sufrimos apenas unos minutos después. Recordé nuestra continua bipolaridad, su risa, aquella que jamás me hubiera cansado de escuchar, aquella que aún puedo oír a la perfección como si la tuviera riendo junto a mi oído. Recordé su lista de sueños, nuestro juego de espuma mientras lavábamos los platos, más risa, lágrimas... nuestro primer beso. La primera vez que sentí sus labios y mi corazón se aceleró como jamás antes había

hecho. Me recordé a mí, haciéndole el amor, con mi cuerpo temblando mientras la amaba como nunca amé a nadie. Recuerdo sus ojos, mirándome como si en ese momento, en su pequeño y frágil mundo, sólo existiera yo.

Mi vista se vuelve borrosa de un momento a otro y me veo en la necesidad de apretar con fuerza mi mandíbula para no ceder ante las emociones.

—Dulce... —susurra la cálida voz de Cris, haciéndome regresar.

Ascendí la vista y ahí estaba ella, con su mirada verde y dulce clavada sobre mí, esperando que mi mente estuviera aquí presente y no en ningún otro lugar. Me ofreció una sonrisa y con la mirada señaló al camarero, consiguiendo que me percatara de que el hombre está esperando nuestra aprobación hacia el vino. Cuando consigo estabilizarme, simplemente asiento, tratando de borrar de mi cerebro, cualquier imagen o recuerdo que pretenda torturarme. Entonces, él deja la botella sobre la mesa, justo en el lugar donde mi mirada decidió quedarse clavada, y ahí está:

"VV"

"Viñedos Valente"

A pesar de que ya lo anticipara, a pesar de que haya intentado controlar los recuerdos que el sabor del vino trajo a mi memoria, sabiendo perfectamente que estaba tomando un Valente, el mismo que tomamos esa noche, el favorito de mi abuelo y el legado de su familia, el hecho de leer su apellido plasmado sobre esa botella, dio un vuelco a mi corazón, demostrándome que no, no lo tengo todo bajo control.

En ese momento, mi teléfono sonó, interrumpiendo por completo cualquier intento que estuviera haciendo mi mente por evadirse de nuevo. Eché un vistazo rápido hacia el aparato y vi en la pantalla un mensaje de Marta. Con mi dedo índice deslice la pantalla táctil para leerlo.

"Ya estamos en el bar, las esperamos donde siempre."

En este momento, sólo puedo desear que ella esté aquí, que me evite el tener que ascender la mirada para explicarle a esta mujer, por qué mi mente se evade con tanta facilidad. Por qué no soy capaz de permanecer en el presente y por qué, se me sigue encogiendo el corazón cuando me invade un recuerdo. Necesito que Marta esté aquí y que me saque de mis pensamientos como sin querer acaba de hacer.

Asciendo la vista con miedo y ahí sigue estando Cristina, con la misma dulzura y comprensión en sus ojos. Mirándome fijamente, como si tratara de descifrarme. Si lo hiciera, si pudiera tener acceso a mi mente, probablemente saldría corriendo en este mismo instante. Sin embargo, ella continúa mirándome.

—Marta, —informé para romper el silencio —Que ya están en el bar. Y nosotras sin cenar —sonreí —les va a tocar esperar.

—Me tomé la libertad de pedir por las dos —mi expresión debió ser de absoluta extrañeza preguntándome en qué momento —Te quedaste ausente otra vez y no quise interrumpirte o hacer que el camarero volviera más tarde. Supuse que Marta debía llegar en cualquier momento al bar. De todas formas, pedí dos platos diferentes. Así que, te quedas con el que más te guste.

—Gracias —le ofrecí una sonrisa, no sé si de agradecimiento o de disculpa —Hiciste bien. Seguro que me gustan ambos.

Se volvió a crear un instante de silencio en el que su mirada permaneció fija en la mía. Es el momento perfecto para escapar bebiendo un sorbo de vino. Pero en este caso, sería peor el remedio que la enfermedad.

—Es la primera vez que sales con alguien en mucho tiempo, ¿verdad?

—Vaya, ¿tanto se me nota? —bromeé —Creía que lo estaba disimulando bien.

—Tu cara de pánico te delata.

—No tengo pánico —espeté.

—Si lo tienes —rebatí —Estás asustada, porque llevas mucho tiempo sin salir con alguien y porque crees, que el haber decidido darte una oportunidad para conocerme fuera del terreno profesional, te pone en un compromiso. Crees que yo estoy esperando algo de esta noche, de ti. Temes que vaya demasiado rápido y tú no estés lista. Tienes miedo de que la situación te supere y eso te bloquea.

La miré entrecerrando los ojos de forma intimidante.

—¿Psicóloga dentro y fuera de la consulta?

—Mujer —aclaró —Sé que no estás lista, Dulce. No voy a lanzarme a tu cuello esta noche y tampoco mañana. Ni siquiera sé si algún día lo haré.

Puedes relajarte.

Suspiré y bajé la mirada. Dejé que el aire contenido en mis pulmones y el peso de mis hombros, cesara un poco en la presión que están ejerciendo sobre mi cuerpo. Y entonces, me sentí con fuerza suficiente para enfrentarla de nuevo.

—¿Por qué me invitaste a salir, Cris?

—Porque me gustas —sentenció —Porque me pareces una mujer interesante, inteligente, irónicamente divertida, guapa y creo que merece la pena conocerte. Pero eso no quiere decir que esté deseando que suceda algo en concreto. Quiero conocerte fuera de una consulta. Quiero saber qué hay detrás de la Dulce con el corazón roto. Quiero disfrutar de esta cena y de esta noche, sin mayores pretensiones. Todo comienza con una amistad, ¿no? A veces se queda sólo ahí y otras veces, crece, sin que te des cuenta. ¿Qué tal si empezamos por el principio?

Por primera vez, desde que llegué a este restaurante, desde que la vi sentarse frente a mí o incluso desde que accedí a salir con ella, sentí que un peso se desvanecía de mi espalda. Algo se marchaba. Era como si sus palabras me hubieran liberado de una carga que yo misma me impuse.

La observé fijamente, completamente intrigada y ella me ofreció la misma dulce sonrisa de siempre. Asentí, completamente de acuerdo con su propuesta.

El principio. Comencemos por el principio.

La cena transcurrió entre risas y anécdotas. Me sorprende darme cuenta de la cantidad de cosas que tenemos en común Cris y yo. El hecho de haber estudiado la misma carrera, en la misma universidad, mismos profesores y además, haber trabajado en el mismo lugar, hace que podamos hablar de muchas cosas. Entre ellas, el futuro; me contó que al acabar psicología, no tenía ni la más mínima idea de hacia dónde encaminarse. Estuvo trabajando en un colegio, como orientadora de adolescentes y me aseguró que vivió más cosas durante ese periodo, que el resto de su vida. Y que ahí conoció a una niña, que sufría violencia intrafamiliar, la cual le hizo soñar con algún día poder montar su propio centro de día. Un lugar al que los niños y niñas con problemas familiares, pudieran acudir para realizar talleres, recibir apoyo en sus tareas y organizar actividades con las cuales pudieran expresarse y

descargar todas esas emociones que llevan dentro. La idea me pareció alucinante y admirable. Ella asegura que no es algo fácil. Tiene que conseguir los recursos necesarios y el dinero suficiente, además de un equipo de profesionales que estén dispuestos a prestar sus servicios sin recibir nada a cambio. Por eso abrió su propia consulta y por eso más tarde, aceptó la propuesta de Marta. Puede que sea difícil, que le vaya a llevar años de trabajo, pero estoy segura, por la convicción y el brillo que veo en su mirada, que lo va a lograr. Hay algo en lo que me recuerda a Marta y es precisamente en ese brillo que desprenden sus ojos al hablar de su profesión y de lo que pretende hacer con ella. Ve un millón de posibilidades en la psicología y me sorprende saber que no siempre fue así. Que fue el propio camino, el que la llevo a ir definiendo sus sueños.

Sin duda, es una mujer mucho más interesante de lo que creía.

Llegamos al bar en cuestión de minutos. Ni siquiera tuvimos que ir en coche, porque el restaurante estaba muy cerca. Al entrar, nos percatamos de lo vacío que se encuentra. Supongo que aún es demasiado temprano y un viernes por la noche, el mundo empieza a emborracharse más tarde. No tardamos ni treinta segundos, en divisar a Marta y Claudia, esperándonos en el lugar donde nos solemos poner.

—¡Dichosos los ojos! —exclama Claudia en cuanto llegamos hasta ellas —¡Dulce la ermitaña!

—Mal empezamos —advertí asesinándola con la mirada.

—Ni se te ocurra quejarte. Que esta noche te va a costar compensar tu abandono.

—Que comience la tortura —me resigné rondando los ojos —¿Qué están tomando?

—Yo, mi segundo Daikiri, y Marta... —hizo una pausa para mirarla —San Francisco. —informó resoplando.

—¿Sin alcohol? —pregunté perpleja.

Claudia se encogió de hombros y mi mirada fue a parar rápidamente sobre Marta, que por primera vez desde que entré, también me miró. Sin expresión alguna, eso sí. Simplemente me miró fijamente.

—¿Tienen algún problema en que no me apetezca tomar alcohol?

—Nosotras no. Pero tú, debes tenerlo —aseguró Claudia —Eres Marta Andoni. Te bebes hasta el agua de los floreros —Marta le dirigió una mirada asesina que no me hubiera gustado nada que fuera para mí. Pero a Claudia le es indiferente y vuelve mirarme —Yo creo que está enamorada. Y debe haber discutido con su amor, pero no quiere contármelo. Porque eso de no querer alcohol, Marta... es como si Dulce no quisiera a White —concluyó muy segura —Cosas que anticipan el fin del mundo.

No pude evitar reír mientras niego con la cabeza. Claudia y sus ocurrencias... Nunca cambiará.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunto a Cristina, que ha estado observando la escena con una sonrisa eterna.

No tuve que hacer presentaciones porque ellas se conocen casi más de lo que la conozco yo. A eso se refería Claudia con lo de mi abandono. Desde que me mudé al lago, son escasas las veces que he venido hasta la ciudad para salir con ellas. Ha habido alguna que otra ocasión, pero muy pocas. Básicamente, porque si salgo y tengo que conducir hasta el lago a altas horas de la madrugada, no puedo beber. Así que, suelo venir a cenar y pronto me voy a casa. Sin embargo, en mis ausencias, Cris si ha estado saliendo con ellas, prácticamente cada fin de semana. Así que, como digo, se conocen a la perfección.

—Creo que me apunto al San Francisco —respondió.

—No me lo puedo creer —intervino Claudia —¿Otra enamorada? Dul, no me falles —me suplicó con la mirada.

—¡Ah! ¿Ya no soy Dulce la ermitaña? —mi burla la obligó a poner expresión de cachorrito desvalido. Alcé mi mano frente a ella —¿Equipo alcohol?

—¡Alco-ho-li-zate! —exclamó en tono cantarín chocando su palma con la mía.

Me decanté por una cerveza y aunque a Claudia no le parecía suficiente, es lo que más me apetece en este momento. Creo que con el vino de la cena y esta cerveza, es alcohol más que suficiente para una noche. Hace mucho que no bebo hasta el punto de emborracharme, de hecho, hace más de un año, que no voy más allá de una cerveza o una copa de vino. El alcohol es un depresor y

aunque bien es cierto, que cuando comienzas a sentir su efecto, te produce una euforia divertida y adictiva, más tarde, cuando realmente ha invadido cada parte de tu organismo, todos tus sentimientos y emociones afloran de una manera incontrolable. Te vuelves más cariñoso, más sexual, más desinhibido. Tu amor aumenta y tu tristeza también. De pronto, sientes unas ganas inmensas de demostrar afecto y al segundo siguiente, quieres llorar desconsoladamente. Si extrañas a alguien, el alcohol te hará extrañarla el doble, desear con todo tu corazón que estuviera ahí contigo y no dónde quiera que esté. Y eso te lleva de nuevo a la tristeza, a la melancolía y al final, ¿de qué sirve aquella euforia del principio, si mañana vas a estar peor?. Porque desgraciadamente, esos sentimientos, no se marchan cuando se va su efecto. Continúan ahí, haciéndote sentir un vacío insoportable. El alcohol es como la llave de nuestra caja de pandora; cuando consigue abrirla, todas esas emociones se alborotan y descontrolan. No importa cuánto o durante cuánto tiempo te hayas esforzado para mantenerlas controladas, bajo llave. Si por un momento flaqueas, si por un momento permites que salgan, al día siguiente, todo será como volver a empezar con el doble de esfuerzo. Porque si algo te hace daño una vez, puedes soportarlo, pero si después de un tiempo, te das cuenta de que no has avanzado nada, de que eso sigue doliendo como el primer día, la sensación de frustración se suma a la tristeza y tu peso cae sobre tus propios hombros. Así que, no. No voy a dejar que el alcohol abra mi caja de pandora. Porque no sé si sería capaz de resistirlo.

Pasamos el resto de la noche hablando, riendo de vez en cuando. Aunque bueno, realmente, las únicas que se han estado riendo, son Cris y Claudia, porque Marta y yo tenemos una cara de pocos amigos que no sé ni cómo nos aguantan.

No he hablado con ella desde la última vez que estuve en La Cascada. Lo único que nos hemos dirigido, han sido unos mensajes cuando le informé la fecha que me habían dado para la presentación y cuando le sugerí lo de esta noche. Sus respuestas fueron escuetas y aunque traté de no darle importancia al tema, esta noche me está confirmando que algo le pasa conmigo. Algo que tengo que averiguar.

—¿Podemos hablar un momento? —aprovecho para preguntarle, en un instante en el que las chicas parecen distraídas con otra cosa.

Su mirada se dirige hacia mí, probablemente por segunda vez en toda esta noche, y sin decir más, asiente y se levanta para dirigirse hacia la salida del local.

Una vez en el exterior, lo primero que hace es llevarse un cigarrillo a la boca y encenderlo. Esta imagen me resulta tan familiar. Desde que la conozco, sólo he visto a Marta fumar en dos ocasiones. No puedo evitar que el recuerdo de aquel día, me invada de manera súbita. Aquel día en el que, Anahí y yo nos olvidamos del mundo en el jardín de La Cascada. Aquel primer día en el que, con un ataque de cosquillas, me hice adicta a su risa. Y el mismo día, en el que jugó a querer besarme, consiguiendo por un momento, que me quedara sin aliento y estuviera al borde del paro cardíaco. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que unos simples recuerdos, me provoquen las mismas sensaciones que me provocaba ella? ¿Cómo es posible que mi corazón quiera salir disparado, al recordarla encima de mí, jugando como si el mundo no existiera?

Suspiro.

Y al alzar la vista, me doy cuenta de que Marta me está mirando seriamente.

—¿Qué ocurre? —me atrevo a preguntar por fin.

—¿Y a ti? ¿Qué te ocurre?

—A mí, nada —me encogí de hombros —Llevo toda la noche tratando de divertirme.

—¿Y lo has conseguido?

—Sí. —volví a encogerme de hombros despreocupada —He estado bien.

Su sonrisa irónica y su negación con la cabeza, me confundió todavía más.

—Por favor, Marta, ¿Me vas a decir qué te pasa? Llevas tiempo muy extraña. Estás como enfadada conmigo y no entiendo por qué.

—No estoy enfada contigo, Dulce. Estoy preocupada por ti, que es distinto.

—¿Preocupada por qué? ¡Estoy bien!

—¡Por dios, Dulce! ¡Deja de decir que estás bien! —exclamó clavándome su mirada —Deja de tomarme por imbécil.

—¡No te estoy tomando por imbécil! —exclamé, esta vez yo, comenzando a impacientarme —Pero es que no entiendo lo que te pasa.

—Me pasa que no soporto más, verte así. Que llevas un año tratando de fingir que no ha pasado nada, alejándote cada vez más del mundo. Queriendo hacernos ver a todos, que en ningún momento has estado destrozada. Y me pasa que sé, que Cristina no es más que otro intento por demostrarte a ti misma, que has avanzado. Me pasa que te estoy viendo equivocarte y no sé cómo frenarte, porque te cierras. Te cierras a mí y a ti misma. Te autoconvences y vas hacia adelante como un potro desbocado y lo único que consigues, es acumular tus emociones. Y el día que salgan, el día que decidan salir... —hizo una pausa y exhaló aire —¿Te crees que estoy ciega? ¿Qué no veo como tu mente lleva dispersándose toda la noche? ¿Crees que no lo he visto antes? ¿Piensas que no te conozco, Dulce? ¿Qué en un año y medio no he tenido tiempo de conocerte? Comencé a hacerlo desde el primer momento en el que entraste a mi despacho aquella mañana, y por mucho que lo intentes, por mucho que te cierres, sé lo que vas a sentir mañana por la mañana. Sé lo que va a suceder cuando cometas el error de estar con alguien a quien no amas.

—¿Pero por qué no me dejas avanzar?! —le pregunté desesperada —¿Desde cuando eres tan pro Anahí?! ¿Por qué no me dejas estamparme por mi misma y descubrir lo que realmente siento?

—¿Porque te quiero! —me gritó —¿Es que no te enteras? —se formó un silencio. Un silencio en el que nuestros ojos permanecieron mirándose fijamente, hasta que ella volvió a hablar —¿Sabes qué? Está bien, Dulce ¿quieres seguir adelante? ¿Quieres avanzar? Pues muy bien. Tienes dos opciones en este momento; vuelves adentro y te vas con Cristina y con medio bar si quieres, a la cama. O te vienes conmigo a casa. —concluyó —Es muy simple. Tú eliges.

Me quedé completamente en silencio, observándola.

Observando su mirada expectante clavada en mí.

Dirigí la vista hacia puerta del bar, por la que aún continúan saliendo personas que seguramente hace unos segundos, se estaban divirtiendo en el interior. Y me pregunto a dónde van. A dónde se van esta noche. ¿Estarán saliendo de ese bar con la persona que aman? ¿Irán ahora a sus casas, a pasar una noche perfecta con la única persona con la que desean estar? ¿O serán solo ligues de una noche? Tal vez ni se conozcan. Tal vez no sepan nada el uno del otro. Ni sus sueños, ni sus aspiraciones, ni sus temores.

Suspiré. Y me permití unos instantes para pensar en lo que realmente quería.

Entonces, volví a mirar a Marta.

—Vámonos a casa —pedí.

XXVIII

Por fin llegó la hora.

El momento que durante más de un año he estado aplazando. Por inseguridad, por incapacidad, por temor, quién sabe. No es fácil enfrentarte a algo que te cambió tanto. A algo que, teniendo que ser simplemente un trabajo universitario, se convirtió en la primera de todas las decisiones que tomé dentro de un camino. Un camino, que marcó un antes y un después en mi vida. Un camino que hoy termina.

Y quizás ese, haya sido mi temor hasta hace muy poco. Quizás no me atrevía a escribir la palabra "FIN" en esta historia. Pero lo cierto, es que el fin, no implica el olvido. Normalmente, cuando lees una gran historia, un libro que por uno u otro motivo, llega a tu corazón de manera diferente, no importa que lo acabes. No importa que leas el último capítulo, la última hoja, que cierres las páginas y lo coloques al fondo de un mueble de madera, con cientos de libros más. No importa que nunca más vuelvas a abrirlo para sumergirte en sus páginas. Porque con que lo hayas hecho una vez, es más que suficiente. Todo lo que tuviste que aprender de él, ya lo hiciste. Esas lágrimas que derramaste, las sonrisas que dibujaste, las veces que te emocionaste y aquellas que gritaste, todo, está dentro de ti. Cada lección aprendida, cada personaje conocido y cada experiencia adquirida. Todo, lo llevarás contigo para siempre. Porque no eres la misma persona antes y después de leer un libro. Al igual, que no eres la misma persona, antes y después de vivir una historia. Y esta historia real, sin duda, ha sido la más maravillosa que a mí me ha tocado vivir. Así que, aunque en este momento esté a punto de cerrar mi libro. Todo, absolutamente todo, lo llevaré dentro de mí, para siempre.

Pero ahora es el momento de compartirlo con el mundo. De mostrarlo sobre ese atril, que iluminado apenas por un tenue foco, espera mi llegada para contarle a estos conocidos y desconocidos invitados, una historia que probablemente, poco tenga que ver con lo que vinieron a escuchar.

Camino con paso decidido, escuchando únicamente el ruido de mis zapatos al golpear el parqué del pequeño escenario de actos, sintiendo nervios y

temblor por todo mi interior. Nunca se me ha dado bien hablar en público y tener la certeza de que todos los invitados y examinadores, esperan algo muy distinto a lo que voy a exponer, aumenta mi estado de nervios y ansiedad.

Una vez llego a mi lugar, coloco el proyecto impreso sobre el atril y me detengo unos segundos para tomar aire. Respiro hondo, cuento hasta tres y aunque podría haber contado hasta cien, sin sentirme preparada, decido enfrentar la situación de una vez por todas.

Alzo ligeramente la vista al frente y aunque mis ojos se irritan por la luz del único foco que alumbra en mi dirección, soy capaz de distinguir rostros conocidos en primera línea de público; algunos de mis profesores de universidad, esperan expectantes. Mis padres, me observan con una mezcla de emoción y orgullo. Daniel, sonrío comprensivo, cómo siempre y asiente con la cabeza, como si en silencio me estuviera diciendo "Tú puedes". A su lado, se encuentra Marta, que cuando nuestros ojos se cruzan, con un gesto trata de indicarme que mire hacia sus manos. Lo hago y mis ojos se iluminan en cuanto descubro que está mostrándome una foto de White. No puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mis labios y una sensación de tranquilidad me inunde. Cuando vuelvo la vista hacia su mirada, ella también sonrío y me guiña un ojo. Daniel niega ligeramente con la cabeza mientras se ríe y yo trato de expresarle un infinito y silencioso agradecimiento a Marta, porque eso, era exactamente lo que necesitaba para adquirir la fuerza necesaria.

—Buenas noches —comienzo, agradeciendo que mi voz no se haya quedado atascada en algún lugar de mis cuerdas vocales —En primer lugar, me gustaría agradecer a cada uno de ustedes, su presencia hoy aquí. Su asistencia, a la que seguramente sea, una de las noches más importantes de mi carrera. Estoy casi segura, de que todos ustedes, llegaron hasta aquí esperando escuchar una gran presentación sobre un proyecto de psicología, realizado por una de las tantas alumnas de la universidad en la que trabajan. Efectivamente, en unos minutos comenzaré a mostrarles el proyecto que desarrollé hace poco más de un año en el Centro de Salud Mental La Cascada. Pero antes de hacerlo, me gustaría aclarar, que éste, está muy lejos de ser un proyecto típico de psicología, en el que se analizará la conducta de un paciente y se intentará modificar la misma, a través de terapias, durante un periodo de tiempo limitado. Éste, no es más que un proyecto de vida, de aprendizaje, de búsqueda. Pero sobre todo, es un proyecto de amor.

Detuve un momento mi discurso, para permitir a los presentes, asombrarse y murmurar acerca de lo que acabo de decir. Probablemente se estén preguntando de qué demonios estoy hablando. En un momento de pánico y duda, dirijo mi mirada hacia Marta, seguramente esperando encontrar confusión o decepción en ella. Pero lejos de eso, su sonrisa sigue intacta y me observa fijamente, con la foto de White entre sus manos. Por un momento, me pregunto qué haría él si estuviera aquí. Y sonrío al pensar que seguramente, estaría moviéndose y ladrando para que lo dejaran venir a mi lado. La verdad, es que sería mucho más fácil hacer esto, si lo tuviera a él aquí, junto a mis pies. Él, que es el único que conoce cada palabra que tengo escrita. El único que ha vivido cada momento conmigo. Vuelvo a mirar a Marta y la veo asentir, indicándome que es momento de continuar.

—Si deciden que no quieren perder su tiempo, escuchando algo diferente a lo que han estado escuchando en los últimos días o en los últimos años, es el momento perfecto para que se marchen. Lo tomaré como un suspenso anticipado —sus risas, consiguieron que mis nervios se aliviaran un poco —Pero si deciden permanecer en la sala, prometo aclarar con todo detalle, el significado de las palabras que tanto les acaban de sorprender.

Vuelvo a quedarme en silencio un instante, echando un vistazo alrededor del salón, observando cómo absolutamente nadie se levanta, pero dejándoles el tiempo suficiente para que pudieran hacerlo.

—Entonces, —continué —Agradeciendo una vez más, la oportunidad que me dan al escucharme, no quiero hacerles perder el tiempo con más preámbulos. Comenzaré leyendo el prólogo de un proyecto, cuyo nombre entenderán a lo largo del desarrollo. En este momento, da comienzo y les presento;

"La Luz De Tu Mirada"

Descendí la vista hacia el atril y visualizando el temblor que aún invade mis dedos, abrí el cuaderno titulado con dicho nombre. En la primera página, un prólogo que yo misma escribí hace tan sólo unos días. Cierro los ojos, respiro hondo una vez más, y al abrirlos, comienzo con la presentación;

—*"Hay veces en la vida, en que un camino que creías erróneo, termina llevándote al lugar exacto donde debías estar.*

Algunas personas, pasan su existencia lamentando la manera en la que les

tocó vivir, sin hacer absolutamente nada para cambiarlo. Otras, simplemente aceptan los hechos, como si la decisión no fuera con ellos. Pero en cambio, existen unas, escasas, pero aun sobrevivientes, que deciden tomar las riendas de su vida y hacer que cada decisión tomada, sea un paso firme dentro de su camino. Un camino que sólo ellos eligen.

Ese tipo de personas no abundan hoy en día, pero existen. Y no nos equivoquemos, esas personas no son seres divinos, dotados de una sabiduría superior, que tienen éxito en todo o carecen de problemas. Al contrario. Pero ahí se encuentra precisamente la diferencia, ellos eligen. No eligen su destino o las cosas que pueden suceder. Pero sí, deciden de qué forma exactamente van a afrontar lo que ocurra.

Esas personas, tarde o temprano, encuentran su camino y se dan cuenta de que cada aparente error, no es más que una prueba, un simple paso que te lleva a un lugar predestinado. Un sitio, una hora y un momento, en el que sólo tú debías estar.

Yo, Dulce Andrade, comencé perteneciendo al segundo grupo de personas, esas que aceptan los hechos como si la decisión no fuera conmigo. Una chica introvertida, creativa, amante de la música, de la escritura, de la fotografía y de cualquier medio de expresión, mediante el cual, pudiera mostrarme como realmente soy, aunque simplemente sucediera en la soledad de mi cuarto. Acepté ir a la universidad y estudiar una carrera que todo el mundo admiraba y sin embargo, a mí no me llenaba. O al menos eso creía... hasta aquel día. Ese día que simplemente fue el principio de un gran cambio, o más bien, de una revelación.

Aquí comienza la historia de una simple chica, estudiante de Psicología, conformista a la vez que soñadora, que a pesar de su corta edad, creía haber aprendido todo del ser humano, a través de libros y psicoanálisis, hasta que de un momento a otro, la vida se encargó de demostrarme que el único y verdadero aprendizaje, es la experiencia. Fue entonces, cuando mi mundo dio el giro exacto y necesario, para situarme en el camino que debía recorrer. El único camino que me llevaba hacia... La luz de su mirada."

Durante las siguientes dos horas, hablé de Anahí. Sin mencionar su nombre, apellido ni ningún tipo de datos personales. Conté nuestra historia, desde el

primer segundo en el que nuestras miradas se cruzaron, hasta el momento en el que nos despedimos en aquel hospital. No lo conté sólo cómo una historia de amor, sino cómo un proceso de aprendizaje y crecimiento, para dos personas que vagando sin rumbo, se encontraron en el momento justo y necesario que debían hacerlo.

Durante los 120 minutos en los que sólo dejé de hablar para tomar agua y continuar, no escuché ni un solo murmullo, ni una sola queja. Sorprendentemente para mí, pude mirar a cada una de estas personas directamente a los ojos, como si les estuviera contando la historia de mi vida a unos grandes amigos. Sin tener nada que esconder, ni ocultar. Sintiéndome orgullosa de cada paso dado a lo largo de este camino.

Realmente, de eso se trataba todo esto; hace ya mucho tiempo, que aprobar o suspender el proyecto y por lo tanto, mi carrera, dejó de ser la máxima prioridad de mi vida. Desde que la conocí, todo se redujo a ella. A lograr una mejoría en su estado, no sólo físico y mental, sino también emocional. Y sin darme cuenta, la mejoría también llegó a todos y cada uno de los aspectos de mi vida. Es así, como los hechos extraordinarios suceden; sin que los veas venir. Y ella, siempre será, mi mayor y más real, hecho extraordinario.

—Soy muy consciente, de que esta no es la presentación que todos ustedes esperaban escuchar —continué para concluir —Y que este proyecto, está muy lejos de ser el gran trabajo de investigación que quizás debí haber hecho desde un principio. Sé perfectamente, que rompí la primera norma que cualquier profesional de la psicología debe cumplir, en cuanto a involucrar mis sentimientos personales dentro de mi profesión. Y sé que quizás, eso tenga como consecuencia, que ustedes no me consideren apta para desempeñar este trabajo. Pero les aseguro, que si en este momento tuviera la oportunidad de volver atrás y cambiar algo de lo ocurrido hace un año y medio, hasta el día de hoy, seguiría exactamente los mismos pasos que comencé a dar, desde que vi a esa chica por primera vez. Respeto enormemente a cada uno de ustedes. La forma en la que trabajan, me ha servido de inspiración durante cuatro años de mi vida. Todos han plantado en mí, una pequeña semilla de aprendizaje que cultivo cada día. Y en ningún caso, se me ocurriría cuestionar sus métodos. —hice una pausa para tomar aire, y suspiré antes de continuar —Pero existen momentos en la vida, en los que te encuentras con personas a las que intentas salvar, sin darte cuenta, de que son ellas quienes te están salvando a ti. Yo no

me considero mejor que nadie. No creo haber descubierto una nueva forma de tratamiento contra la depresión, contra el suicidio juvenil, y mucho menos, contra los trastornos de la conducta alimentaria. Lo único que hice durante cuatro meses, fue darle todo mi amor a alguien que gritaba en silencio por una mirada comprensiva, por una caricia sincera, o por un abrazo lleno de calor. Ella, tenía sin saberlo, tanto amor acumulado en su interior, que al no poder expresarlo, la sumió en un vacío donde aparentemente, no le hacía falta darlo y mucho menos recibirlo. Pero sólo se engañaba a sí misma y al mundo que entonces la rodeaba. Al igual que yo, me quise engañar durante mucho tiempo. Nosotros, los profesionales de esta disciplina, nos esforzamos mucho por hacer entender a las personas, que no necesitan amor para vivir. Pero estamos equivocados. Quizás sea cierto que no lo necesitamos para sobrevivir. Comida, agua, oxígeno y sueño, son los elementos indispensables para que un ser humano exista. Pero déjenme decirles, que las emociones y los sentimientos, son indispensables para sentirse vivo. El afecto, el cariño, el amor, son necesarios para llenar nuestra vida de instantes de felicidad. Y eso es lo que la mayoría de nosotros anhela alcanzar; la felicidad. Esa, que quizás no sea una meta tal y como la enfocamos, sino una colección de momentos inolvidables. Momentos que nos dejen sin aliento, que nos hagan vibrar y pongan nuestro corazón a bombear como una potente máquina que hace funcionar nuestro cuerpo. Y al final del camino, tanto ustedes como yo, nos daremos cuenta de qué esos momentos de felicidad que hemos experimentado a lo largo de nuestra vida, han sido dirigidos por el amor hacia cualquier cosa que hayamos realizado o persona que hayamos conocido. Y lo más importante aún, por el amor hacia nosotros mismos. Porque sin ese, la ansiada felicidad, no será más que un espejismo, algo que en cualquier momento nos pueden arrebatar de las manos. Así que, puede que el amor, no sea necesario para respirar, para que nuestro corazón bombee sangre, o para que nuestros riñones funcionen. Pero sí es necesario para sonreír, para que los problemas, las crisis, las guerras, la corrupción, o la falta de dinero, no consigan arrebatarnos nuestra esencia como personas y esa plenitud, que cualquier ser humano tiene derecho a poseer. Quizás en este momento, ustedes se estén preguntando; por qué pienso así, si nuestra historia no tuvo un final feliz como el de los cuentos de hadas. Si tal vez ella aún no ha llegado a recuperarse y ni siquiera sé, si en algún momento de mi vida volveré a verla. Esto no es un cuento de hadas, es cierto. Desde luego, yo no soy un príncipe azul, y creo que ella, lo último que

se sentía, era como una princesa. Tampoco sé que ha sido de su vida durante este año, si ha conseguido recuperarse o si en algún momento volveré a verla. Pero les aseguro, que independientemente de que nuestra historia, haya llegado a su final, gracias a ella aprendí, que estar lejos de alguien, no significa dejar de estar a su lado. Cada mañana me despierto, deseando y pidiéndole a Dios, al universo o a quien sea, que en ese lugar en el que ella esté amaneciendo, encuentre un motivo para sonreír. Que cada día, esté un poco mejor que el anterior. Que siga luchando por su vida, como decidió empezar a hacer el día en el que tuvimos que separarnos. Y también aprendí, que amar es mucho más que estar enamorado. Es una filosofía de vida. Es entregarte al máximo a cualquier cosa, sin miedo de lo que pueda suceder. Así que, yo no hice una gran investigación y tampoco encontré la cura a ninguna enfermedad mental. Lo único que hice, fue buscar con ahínco, una pequeña luz en la mirada de una chica. Y curiosamente, mientras la buscaba, fue esa chica la que llenó de luz mi vida. La que me hizo comprender que era yo, quien debía estar ese día, en ese lugar, para conocerla, para que juntas fuéramos más allá de nuestros límites. Para vivir. Para vivir con todo el significado que conlleva esa palabra. Como ninguna de las dos habíamos vivido antes. Así que, honestamente, no sé quien salvó a quien. –me encogí de hombros –Ella no era ni es un juguete roto. Era simplemente una chica, con un corazón enorme, pero tan lastimado y vacío que no recordaba cómo utilizarlo, cómo hacerlo funcionar. Y una vez, una adorable mujer me dijo, que cualquier corazón, por muy dañado, vacío u oscuro que esté, se cura con amor.

Un silencio sepulcral se adueñó de la sala tras pronunciar la última palabra. Un ligero temblor, amenazó con volver a invadir mis manos mientras veía a los invitados observándome. Aunque lo cierto, es que en este momento, la sensación de desahogo que tengo, es superior a cualquier miedo. Y mi corazón late acelerado y emocionado, porque por primera vez, he sido capaz de expresar mis sentimientos absolutos ante el mundo.

De pronto, comienzo a escuchar unas palmadas, provenientes de uno de los profesores más estrictos de mi universidad. Me mira seriamente y tras él, una sucesión de aplausos se desencadena. Observo a Marta y me parece distinguir una ligera emoción en sus ojos mientras me aplaude con orgullo. Justo detrás de ella, me percato por primera vez de la presencia de Cris, que también aplaude y asiente con una sonrisa. A su lado, doña Rosa, tratando de limpiar

sus ojos, como si algunas lágrimas hubieran escapado de ellos. Intuyo que así era, porque Cris pasa su brazo alrededor de sus hombros y la sumerge en un cálido abrazo. Le sonrío y como si de una abuela orgullosa se tratase, me envía un beso desde la distancia. Un beso que va directo a mi corazón. Mi tensión se aleja definitivamente y por fin lo siento. Ahora sí. Ya está hecho.

Después de algunos minutos, el moderador decide intervenir para detener los aplausos y el pequeño alboroto que se formó.

–Por favor, vamos a comenzar con la ronda de preguntas, por parte de los examinadores a la alumna.

Todos obedecen y rápidamente, una de mis maestras alza su mano para que le den la palabra.

–¿Qué ha aprendido usted exactamente, acerca de la psicología durante su periodo de prácticas, Dulce?

–Durante el tiempo que duró mi trabajo en la cascada y el desarrollo de este proyecto, he aprendido infinitas cosas de todos los trabajadores, usuarios, y especialmente de mi tutora, la doctora Marta Andoni. Pero creo que la más importante, es que ella me enseñó a ver la psicología como una forma de vida. No se puede tratar desde una perspectiva simplemente técnica o biológica. No podemos vernos a nosotros mismos como seres divididos en partes. Somos un todo. Un conjunto. Y todo dentro de nosotros, está conectado. Me aseguró desde el primer día, que los libros y manuales, deben servirnos de apoyo y guía, pero cada ser humano, es absolutamente único y hay que procurar ahondar en el fondo de eso que está en desequilibrio en su interior. Sólo de esa forma, podremos ofrecerle las herramientas necesarias para que sean su propia salvación.

En cuanto terminé de responder, busqué automáticamente su mirada. Me recibió con una sonrisa, mientras asentía con una expresión cargada de orgullo.

–¿Y a usted, como persona? –intervino otro de mis profesores –dejando a un lado lo que nos contó hace un momento, ¿qué le ha aportado la psicología?

Hoy sé que la psicología forma parte de mi vida, porque todos tenemos una mente, un cuerpo y un alma que debemos explorar. He aprendido a conocerme y a conectar con el mundo, absorbiendo absolutamente todo lo que él quiere

enseñarme. He aprendido que la vida misma, es la mejor universidad y que todos los seres humanos, somos un poco psicólogos. Todos queremos comprender. Comprendernos.

–¿Por qué cree que deberíamos aprobar su proyecto?

–Porque si deciden creer, que esta cantidad de divagaciones han servido para algo, si consideran que he contribuido en lo más mínimo para ayudar a una persona, cuatro años de estudio, han dado sus frutos. Y porque hoy, lejos de lo que pensaba hace poco más de un año, sé que quiero dedicar una parte de mi vida profesional a esto.

–¿A sí? ¿Hacia que lado enfocaría su profesión, si llegáramos a considerarla apta para ejercer la misma?

–He descubierto que no nací para sentarme en una consulta, con todo el respeto que ello me supone. Durante algún tiempo, olvidé el motivo por el cuál elegí esta carrera. Olvidé, que en algún momento de mi vida, soñaba con cambiar el mundo. Últimamente, he tenido que aprender a vivir con unos recuerdos que me hacían permanecer continuamente en el pasado, y mientras lo hacía, mientras luchaba contra ello, me di cuenta de que era una lucha inútil, porque el pasado es parte de nosotros. Y no importa cuánto huyamos de él, siempre nos va a estar pisando los talones. Creo que la memoria nos convierte en lo que somos. Nuestros recuerdos, nos permiten construirnos y reconstruirnos día tras día. Y yo quiero luchar para que ninguna persona en el mundo, pierda la esencia de quien es. Me gustaría dedicar mi tiempo a la investigación. Quiero contribuir para hallar, desde un punto de vista psicológico, una forma de prevenir el alzhéimer.

Mi mirada se dirigió a doña Rosa de manera automática, para descubrirla llevándose las manos hacia su boca, en un gesto entre sorprendida y emocionada. Le sonreí y asentí. Confirmándole que esto tenía mucho que ver con ella, y también con Anahí, y también conmigo. Porque absolutamente todo lo que ha ocurrido en mi vida, ha sido un paso para estar donde estoy hoy. Quizás en un principio no estaba segura de ello. Dejaba que el río me llevara y aceptaba lo que sucedía. Pero hoy entiendo, que siempre he sido yo, la que ha tomado las decisiones para estar donde estoy, consciente o inconscientemente. Y que todo lo que he hecho, me hace sentir orgullosa de la persona en la que me convierto cada día. Y no porque tenga una carrera universitaria, un trabajo

en una floristería o una casa heredada. Eso no son más que cosas materiales. Sino porque tengo el control de mi vida. Porque yo decido, dónde y cómo quiero vivir. Y esa, es la mayor satisfacción para un ser humano.



Ha sido una noche de lo más peculiar. He estado horas teniendo que socializar con maestros, examinadores e invitados. Agradeciendo sus felicitaciones, escuchando sus recomendaciones y algún que otro regaño por parte de los profesores de más confianza. A pesar de todo e independientemente del resultado, me siento satisfecha. Porque no me subí a aquel escenario para mostrar al mundo algo en lo que no creo, una persona que no soy. Me puse frente al atril, dispuesta a defender exactamente todo aquello en lo que creo. Así que, decidan lo que decidan, la sensación de descarga y plenitud que siento con respecto a este tema, es absoluta.

Nunca había visto un brillo de orgullo en los ojos de mi madre, y esta noche lo tenía. Mientras exponía y también cuando se acercó a mí para darme su enhorabuena. Ambos lo tenían. Daniel me sumió en uno de sus reconfortantes abrazos y por primera vez, supe apreciar lo que significaba haber compartido algo tan importante para mí, con mi familia. Tal vez todavía no he aprendido a expresarlo debidamente. Tantos años encerrada en mí misma, no se pueden desvanecer de la noche a la mañana. Ni siquiera en un año. Pero vamos por buen camino. Lo presiento. Aunque ahora estoy aquí, mientras la mayoría disfruta de la celebración típica posterior a una graduación. Mi graduación. Yo estoy aquí, en el exterior de esta casa, en la que hay gente que ni siquiera conozco, porque todos los que presentamos este día, celebramos en el mismo lugar. Así que, los tres pisos de la casa, están abarrotados de invitados y graduados a los que probablemente no haya visto nunca. Aquí, en la gran terraza del segundo piso, también hay gente, pero por suerte a nadie le apetece quedarse apoyado en una barandilla, para observar árboles iluminados por la única luz que otorga la luna menguante de esta noche.

—Ya eres oficialmente toda una doctora —escuché una conocida voz desde

atrás.

Me di la vuelta y ahí estaba Marta, sonriendo como siempre. O más que nunca, porque cada vez que el brazo de mi hermano rodea su cintura, el brillo en los ojos de ambos, es imposible de disimular. Y el mío también, siempre que los veo.

—En realidad aún no. —negué correspondiendo a la sonrisa —Ahora hay que esperar los resultados del proyecto, así que no cantemos victoria por el momento.

—Lo eres. —sentenció Daniel, dejando un cálido beso en mi frente —Eres la mejor psicóloga del mundo.

—Vaya, gracias por la parte que me toca —espetó Marta con una sonrisa.

—Tú eres la mejor novia del mundo —respondió encogiéndose de hombros —Como psicóloga no te conozco. Y... es mi hermana. No puedo ser objetivo.

—Gracias por la parte que me toca ahora a mí.

—Quiero decir que para mí, siempre vas a ser la mejor en todo. —aclaró frunciendo el ceño —Yo no sé para qué me esfuerzo. Es imposible quedar bien con ustedes.

—Pero nos amas —susurró Marta, mirándolo con picardía.

—Esa es su salvación y mi condena. —finalizó dándole un pequeño beso en los labios —Voy a ver si papá y mamá siguen por aquí. Nos vemos en un rato. —me guiñó un ojo y se dio la vuelta para marcharse. —¡Cuídamela!

—¿A quién se lo estás diciendo? —pregunté confundida observándolo alejarse.

Él, se dio la vuelta y nos miró a ambas.

—A las dos. —aclaró con una sonrisa —Cuando se pelean, se vuelven insoportables.

Volvió a voltear y se marchó definitivamente, dejándonos a solas.

—No estamos peleadas —murmuré como si todavía pudiera escucharme y miré a Marta, sonriendo al ver la forma en la que continúa mirando a mi hermano. —Tienes cara de idiota.

Dicha cara se esfumó, y me lanzó una mirada fulminante que no dejaba de

ser graciosa.

—Pero tú si estás un poco insoportable. —contraatacó.

—Gracias por tu eterna sinceridad.

Le sonreí y ella también sonrió, dejando escapar un suspiro y apoyando sus espaldas en la barandilla. Yo volví a mi antigua posición, apoyando las manos en la misma para contemplar los árboles que se veían en el frondoso bosque que hay detrás de la casa.

—Daniel tiene razón. —volvió a hablar después de un instante —Lo eres, Dulce.

—¿Insoportable? —pregunté frunciendo el ceño —Ya me lo acabas de decir.

—Psicóloga —aclaró —Una buena psicóloga. Independientemente de lo que ellos consideren que debe ser una psicóloga, e independientemente de lo que también tú creas, por tus venas corre la vocación de ayudar. Y eso te convierte en más doctora que a muchos de los profesionales que hay por el mundo. Realmente quiero felicitarte y esta vez no te estoy hablando como amiga o como cuñada. Sino como profesional de una disciplina tan complicada. Conseguir modificar algo, por pequeño que sea, en la vida de un ser humano, es una tarea más difícil de lo que la gente cree. Conseguir crear un mínimo de ilusión, en una persona que tiene un corazón tan lastimado y vacío, es un trabajo de años, de terapias, de charlas y más charlas, con las que quizás nunca se llegue a conseguir nada. Pero tú lo lograste en apenas unos meses. Es más, me atrevería a decir que pusiste un grano de ilusión en su vida desde el primer minuto. Fuiste la chispa, que la hizo frenar en su huida sin sentido. Y todo, simplemente con amor. Y sé que has sufrido, Dul. Ha pasado más de un año y sigues hablando de ella como si fuera...

—Lo mejor que me ha pasado en la vida —sentencié clavando mi mirada en ella —siempre lo será. —me encogí de hombros y suspiré —¿Ya no estás enfadada conmigo?

—Nunca lo he estado —aclaró —Pero me da impotencia, Dul. Cuando tomas esa actitud de no escuchar a nadie y te cierras. Me da impotencia. Porque sé que sufres, que has estado sufriendo. A pesar de las palabras bonitas que hayas dicho hoy y de que lo bueno sea superior a cualquier otra cosa. Sé que sufres y no soporto que me apartes. Por eso me desespero y me dan ganas de darte un

cogotazo para que reacciones.

—Marta, —volví a suspirar —eres mi ejemplo profesional, mi mejor amiga y además, mi cuñada. Eres una hermana para mí y una de las personas más importantes de mi vida. Te aseguro que lo último que pretendo, es apartarte. Pero yo sólo... soy así —me encogí de hombros —Me pierdo, constantemente. Y necesito encontrarme por mí misma.

—Todos nos perdemos. Todos hacemos gilipolleces y cometemos errores. Pero mi misión, como tu mejor amiga, como tu cuñada y como tu hermana, siempre será tratar de evitar que los cometas.

—No lo iba a hacer —le aclaré, dejando caer mis hombros con pesadez —No me iba a acostar con Cris la otra noche, aunque me hubiera quedado con ella. Sólo estaba tratando de disfrutar de una noche agradable sin pensar en nada. Pero no la iba a utilizar, cuando sé que no estoy preparada aún. Y sí, no te voy a negar que me encantaría tener la certeza de que algún día, una mujer me hará sentir lo que me hizo sentir Anahí. Porque me da pánico que no sea así. Y puede que esté confundida también en eso. Puede que no deba aspirar a sentir lo mismo, porque puede que no suceda jamás. Pero Cris es una mujer increíble y querer conocerla, no es un delito.

—La extraño. —me dijo sin más, consiguiendo confundirme.

—¿El qué?

—La cara de idiota con la que aparecías cada mañana en mi despacho. El brillo en tus ojos al mirarla o al hablar de ella. Esa sensación que me dabas al mirarte, cuando Anahí pasaba por delante de ti. Era como si tu mundo se tambaleara de tal forma, que tenías que agarrarte a cualquier cosa para sostenerte en pie. Era bonito verlo, porque a pesar de la preocupación que me hacías sentir, te veía viva. Te veía vivir en una montaña rusa constante de emociones, que lejos de ser perjudicial, te llevaba a una calma absoluta. ¿Por qué? —me preguntó con cierta expresión de curiosidad —¿Qué te hizo enamorarte de ella? ¿Por qué ella y no otra?

Perdí mi mirada en el bosque durante unos segundos y suspiré, antes de comenzar a hablar.

—¿Alguna vez has sentido una conexión tan fuerte con alguien, que te basta una mirada para comprender y sentirte comprendida? Estoy segura que sí,

—aseguré volviendo a enfrentarla —porque es lo que veo, cuando miras a mi hermano. Daniel y tú son las dos últimas personas que pensé ver enamorados algún día de mi vida. Ambos disfrutaban de la soltería, coqueteaban con todo lo que se moviera, y eran incapaces de comprometerse. Pero de pronto, se encontraron, y nació entre ustedes algo que no había nacido con nadie más. Eso me pasó a mí con Anahí. —volví a suspirar —No fue un amor a primera vista, ni algo que surgió de la nada. Pero no sabría explicarte en qué segundo exactamente sucedió, o en cuál de las miradas comencé a sentir diferente. Simplemente puedo decirte que cada tarde, me sentía más y más unida a ella. Cómo si habláramos un idioma que nadie más iba a poder entender. Cómo si el simple hecho de estar la una frente a la otra, cada día, nos estuviera uniendo de una forma muy sutil y silenciosa. Tanto, que cuando quise darme cuenta, ya estaba hecho.

Marta permaneció observándome en silencio, cómo si algo se le estuviera viniendo a la mente.

—¿Has escuchado alguna vez hablar de la conexión cuántica? —me preguntó, provocando que negara confusa. —Es cuando dos partículas que en algún momento estuvieron unidas, quedan de algún modo relacionadas para siempre. No importa la distancia entre ambas. Aunque se hallen en extremos opuestos del universo, la conexión entre ellas, es instantánea y eterna.

—Nunca lo había escuchado. —reconocí —Pero en algo sí tienes razón; siempre voy a estar unida a ella, aunque nos encontremos en extremos opuestos del universo. Jamás podré olvidar lo que me hizo sentir. Lo que me hizo vivir en unos meses.

—¿Aún estás enamorada de ella?

La pregunta me pilló completamente desprevenida. No me lo esperaba y no fui capaz de responder con rapidez. Quizás porque es algo que no me pregunto desde hace mucho.

—¿Cómo puedo saberlo? Si hace más de un año que no la veo. ¿Cómo puedo distinguir si lo que siento es amor o nostalgia por los recuerdos? He querido salir con otra mujer. Quiero conocer a otra mujer. Supongo que eso es un paso. Supongo que eso me sitúa un poco más cerca de... avanzar.

—O significa que tienes miedo. —sugirió ella, echando por la borda mis

teorías, como siempre —Miedo de aceptar que sigues enamorada de una persona que ya no está. Que su marcha te devastó, aunque no lo digas en voz alta. Que vives en un conflicto constante, porque una parte de ti desearía que estuviera aquí y la otra, siente que está en el mejor lugar que puede estar. Porque sientes que si la extrañas, eres egoísta y porque lo único que te mantiene fuerte, es saber que está luchando. El día en el que te despiertes y Anahí no sea lo primero que venga a tu cabeza, el día en el que te vayas a dormir y no pienses en ella al cerrar los ojos, el día en el que dejes de quedarte ausente en medio de una conversación, porque algo te hace recordarla, logrando que te brille la mirada. El día, en el que esos momentos, dejen de ser los únicos que aceleran tu corazón. Ese día, sabrás que ya no estás enamorada. —concluyó —Y si aun así, no te parece suficiente, si crees que necesitas una prueba más. Espera diez segundos, y dime lo que sientes.

Su repentina sonrisa y su silencio posterior, me confunden.

—Buenas noches, —susurra una voz, dando un vuelvo inmediato a mi corazón.

Me doy media vuelta de manera automática, y siento que mi mundo se desmorona, en el instante en el que me encuentro de frente con esos ojos azules que pensé no volver a ver jamás.

Es ella.

Anahí.

Está aquí.

El corazón se me acelera, la respiración se detiene y me siento obligada a agarrar fuertemente la barandilla que tengo a mi espalda.

—Esa, —susurra Marta junto a mi oído —es la cara de idiota. No te conformes con menos.

Deposita un cálido y tierno beso en mi mejilla y comienza a caminar para alejarse del lugar, pero justo en el momento en el que pasa junto a ella, pone una mano sobre su hombro y la veo ejercer una ligera presión. Ambas se miran y se dedican una sonrisa. Marta acaricia su rostro con dulzura y se aleja definitivamente, provocando que su mirada, esa mirada que durante tanto tiempo he extrañado, esa, que es la única capaz de conseguir empañar mis ojos, vuelva a clavarse en mí.

Entonces, me sostengo más fuertemente a la barandilla, como si sintiera que en cualquier momento, mis piernas van a dejar de mantenerme en pie.

Está aquí.

XXIX

No sé cuánto tiempo ha transcurrido. Cuántos minutos o segundos llevo mirándola sin mediar palabra. Ni siquiera siento el paso del oxígeno o algún sonido que me haga comprobar que estoy respirando. Lo único que puedo hacer, es clavar mis dedos en la barandilla que tengo a mi espalda, para que la fuerza de mis manos me haga confirmar que sigo viva, que estoy despierta y que esto no es un sueño. Que ella no es un sueño.

Porque perfectamente podría serlo, ¿no? Podría haberme quedado dormida en cualquier momento, mientras contemplaba los árboles y podría estar soñando con lo único que deseaba que pasara esta noche y lo único que he deseado cada noche y cada día del último año.

Aunque bueno, de ser así, creo que ya me hubiera roto la cabeza por haberme quedado dormida de pie. Es impresionante la cantidad de estupideces que podemos llegar a pensar los seres humanos cuando estamos nerviosos, paralizados, petrificados. Cuando le ordeno a mi cuerpo que haga algo, y él simplemente puede observar a la persona que tiene en frente. Esa ligera sonrisa que dibujan sus labios desde que apareció. Esos ojos tan llenos de brillo, que siguen teniendo el poder de humedecer los míos.

Comienza a acercarse sin pronunciar una palabra, consiguiendo que con cada paso suyo, mi corazón aumente el ritmo de sus latidos. Y yo, el único movimiento que puedo hacer, es el de girar ligeramente mi rostro para observarla detenerse a mi lado, mirando al frente. Permanece contemplando el bosque que hace tan sólo unos minutos yo observaba con tanto interés y gracias a eso, me permite apreciar su perfil.

¡Está hermosa, por dios!

Hasta este momento, ni siquiera me había percatado de ello. Mi mirada no había podido dirigirse a otro lugar que no fueran sus ojos o su pequeña sonrisa. Pero ahora, desde esta posición, recuperando un poco el control de mi cuerpo, me doy cuenta de que su cabello luce de un castaño ligeramente más oscuro, aunque continúa con unos reflejos claros, como si el sol hubiera mechado su pelo de manera natural. Está muy lejos de ser el cabello

descuidado que solía tener antes, recogido despreocupadamente, con apariencia débil y apagada. Al contrario, puedo ver que ha crecido considerablemente, formando unas ondas naturales. Y lo más importante, desprende brillo, fortaleza y vitalidad.

La piel de su rostro también parece más oscura, o más dorada, mejor dicho. Cómo si llevara un año en las playas del caribe y no en un centro de rehabilitación. Además, el hueso de sus pómulos no se ve tan pronunciado como antes, ni su piel escamada, ojerosa o apagada. Tiene los ojos ligeramente maquillados y desde esta posición, puedo apreciar perfectamente, la pequeña luz que la luna irradia sobre ellos, volviéndolos más brillantes.

Continúa mirando al frente, sin decir una sola palabra y provocando que tenga que seguir con mi análisis. Porque sinceramente, no encuentro otra cosa mejor para hacer en este momento, que mirarla. Ni siquiera estoy segura de poder hacer algo más, si en algún momento me lo propusiera. Ni siquiera respirar me parece necesario ahora mismo.

El curioso y elegante "mono" negro con el que decidió vestirse esta noche, deja sus brazos al descubierto, permitiéndome ver una ligera marca en sus bíceps. Tiene un brazo igual de fino que siempre, pero a comparación con hace tan sólo un año, ahora no se ve delicado, frágil y fácilmente rompible. Se ve fuerte. Al igual que su abdomen, que si bien es cierto que siempre estuvo un poco marcado, indicándome su afición por el deporte, la primera vez que la vi desnuda, sus costillas se encontraban muy pronunciadas y además, nunca la vi lucir este tipo de ropa. En la cascada, siempre vestía con prendas holgadas o de deporte, que no permitiera apreciar la realidad de su cuerpo. Sin embargo ahora, puedo ver perfectamente su abdomen al descubierto, su cintura rebosando salud y no la apariencia de romperse en cualquier momento.

En definitiva...

–Todavía no te escucho respirar.

El susurro de su voz me hizo alzar la vista automáticamente para descubrirla mirándome con una pequeña sonrisa. ¿Cuánto tiempo lleva así? ¿Cuándo tiempo llevo haciéndole un escáner exhaustivo? ¿Y cuánto tiempo más, piensan estar mis cuerda vocales sin funcionar?

–Dulce, en serio, respira –me pidió con cara de preocupación.

–Estoy respirando –respondí por fin.

En cuanto hablé, noté un ligero brillo invadir sus ojos, como si se hubieran humedecido. Tampoco tengo muy claro si es por su parte o por la mía, porque creo que hace varios minutos que mi vista está borrosa por lo mismo.

–Lo sé. Tienes el pecho agitado –informó con una sonrisa, apartando su mirada hacia el bosque nuevamente –Extrañaba tu voz.

Me volví a quedar en completo silencio. Quiero decirle tantas cosas, que mi cerebro no es capaz de procesar ninguna, y siento que si trato de hablar, todas y cada una de las palabras se van a quedar atoradas al final de mi garganta.

Ella vuelve a dirigir su mirada hacia mí, haciendo temblar cada centímetro de mi cuerpo por culpa de un escalofrío que me recorre de pies a cabeza.

¡Joder! ¿Cómo es esto posible?

–Enhorabuena, –susurró –Ya eres oficialmente psicóloga.

–Todavía no.

Sonrió ante mi tajante respuesta.

–Ya veo que no has cambiado.

Yo también sonreí. Creo que es la primera vez que soy capaz de gesticular desde que la vi aparecer. Y me muero por llevarle la contraria, por decirle que está equivocada y que ni siquiera yo misma, sé hasta qué punto, he cambiado en el último año. Pero sin embargo, simplemente puedo sonreírle, mientras el tiempo amenaza con detenerse nuevamente en nuestras miradas.

–¿Cómo es posible que esta sea tu fiesta y nos hayas tenido media hora buscándote? –interrumpe una voz, haciéndome despertar y voltear. –Lo tuyo no es normal.

Claudia me mira con los brazos cruzados bajo su pecho y el ceño fruncido en una expresión de querer matarme. Cristina sin embargo, que está a su lado, me ofrece una dulce sonrisa, como siempre.

–Quería tomar aire.

–Llevas tres horas tomando aire y la fiesta empezó hace tres horas y quince minutos –espetó alzando una ceja.

–¿Te importaría dejar de regañarme como si fuera una niña?

–Es lo que eres –se encogió de hombros –Una niña que en el último año se ha vuelto una aburrida y en vez de disfrutar de su fiesta de graduación, está aquí... –dudó al percatarse por fin de la presencia de Anahí –bien acompañada.

Suspiro y doy de cabeza con una sonrisa incrédula. Definitivamente, Claudia no tiene remedio.

–Claudia, Cris, les presentó a Anahí. Anahí, estas son; Claudia, una amiga y... Cris, –miré a la psicóloga, para descubrirla absolutamente sorprendida e intrigada –otra amiga.

Anahí le ofreció una sonrisa a ambas, antes de que Cristina hablara por primera vez.

–Encantada de conocerte, Anahí. Dulce me ha hablado mucho de ti.

–¿Ah sí? –preguntó ella, observándome con cierta curiosidad y desconfianza.

–Pues a mí, no, –intervino Claudia –Pero claro, como a mí ninguna me cuenta nada. ¿Desde cuándo son un equipo ustedes, si ésta no sale de su lago nunca? –le preguntó a Cristina –Voy a pensar que están quedando las tres a mis espaldas –su tono se volvió amenazante al mirarnos a las dos, y se encogió de hombros –Un gusto, Anahí. Te aconsejo que te unas a mi equipo, porque si no, te puedes encontrar con que estas dos se van solas a cenar –mi cuerpo se tensa al escuchar eso y solo puedo desear que Claudia no empiece a meter la pata –y luego vuelven, creándose una tensión cortante en el ambiente, y nadie bebe –continúa mientras trato de asesinarla con la mirada. Sin éxito –y Dulce termina yéndose con Marta a su casa, dejándonos cruelmente abandonadas en un bar. ¿A ti qué te pasa? –me dio un pequeño golpe en el hombro –¿Y desde cuando no me cuentas que te habías enamorado de una paciente? –mi respiración se detiene fulminantemente –O sea, sí recuerdo aquella noche en el bar, cuando Marta mencionó algo. Pero no creía que fuera en serio. ¿Y por qué no me lo cuentas? ¿Eres idiota? A mí, que somos familia. Si no llega a ser por mí, jamás habrías conocido al amor de tu vida. Somos... –se llevó una mano al mentón, pensativa, mientras yo sólo podía desear que me tragara la tierra o alguien le amordazara la boca –Si yo soy la dueña, de la madre de White, ¿qué se supone que somos? –me pregunta, como si fuera lo más importante del asunto –Bueno,

ya se me ocurrirá algún nombre para nuestro parentesco. El caso, es que eres idiota. Y yo necesito una copa.

–¿Pero qué te pasa?! –exclamé exasperada –Por favor, cállala.

Mi mirada suplicante recayó sobre Cris, que no dejaba de mirar a nuestra amiga, tan atónita como yo. Aunque a ella le causaba cierto nivel de gracia. Pero a mí, no tanto.

–Me pasa que la próxima semana empiezo mis prácticas y estoy de los nervios. –suspiró dramáticamente –¿No lo comprendes? ¿Cómo estabas tú antes de empezar? ¿Recuerdas tu primer día? –miré de reojo a Anahí, que también observaba a Claudia, con una expresión imposible de descifrar – Claro. Lo tienes que recordar, porque fue el día que conociste a esa chica. ¿Me pasará lo mismo? ¿Conoceré al amor de mi vida en unos días? ¡Oh dios! ¡Qué emocionante! –exclamó –Por cierto, ¿de verdad no sabes nada de ella? Ahora entiendo por qué llevas un año vagando por el mundo como alma en pena, deprimida y aislada de la sociedad. Muy mal, Dul. Muy mal. Porque si esa chica vuelve, tiene que verte feliz y hermosa, para caerse de espaldas. Aunque sigues estando igual de buena, pero...

–Dios, necesito una copa –murmuré comenzando a ahogar una risa, no sé si de nervios o de incredulidad.

–¿Ahora bebes? –volvió a la carga con expresión de confusión –¿Ahora vas a beber algo más que una pobre cerveza? Por qué...

–¡Quítale la pila! –exclamé mirando a Cristina suplicante –¿Pero qué tenía tu cena?

–No me simpatizas, ermitaña. No me simpatizas. –frunció el ceño hacía mí y acto seguido cambió de tema –Mejor me voy a buscar otra copa. Anahí, nuevamente, encantada de conocerte. Y hazme caso, no te unas al lado oscuro. Se mi amiga.

–Eso acaba de sonar muy desesperado por tu parte –intervino Cris.

–Es que no me dejan otra opción.

Dicho eso y después de encogerse de hombros como si nada, comenzó a caminar en dirección hacia una mesa donde habían bebidas, dejándonos a las tres absolutamente perplejas mirándola.

–Por favor, no dejes que conduzca. –pedí mirando a Cris.

–No está borracha –aclaró –Es así de nacimiento. Parece mentira que aún no te hayas acostumbrado.

La chica me miró con una sonrisa entre tierna, comprensiva y hasta con lástima, por el apuro que me acaba de ver pasar.

–Voy a asegurarme de que no está bombardeando al camarero. –informó, consiguiendo que asintiera completamente de acuerdo. Entonces nos miró a ambas –En un rato las veo.

El silencio vuelve a adueñarse de la situación, mientras permanezco observando como Cris se aleja. Con la ridícula situación que acabo de vivir, mis nervios de hace un momento, terminaron esfumándose. Pero lo cierto, es que no soy capaz de asimilar aún, qué acaba de pasar, qué está pasando y por qué esta noche está resultando tan extraña.

–Vaya, –volví a escuchar la voz de Anahí en un susurro –Cuanta energía acumulada.

–¿Acumulada? –le pregunto riendo –Esa no deja que la energía se le acumule ni dos minutos. Es hiperactiva.

–Acabo de comprobarlo. Me hizo un resumen de todo un año en treinta segundos. Y sin darse cuenta.

La miré en el acto. Por un momento, tuve la esperanza de que no hubiera escuchado nada, o entendido, o que simplemente lo ignorara. Pero no. Escuchó absolutamente todas las palabras de la imprudente de mi amiga. Y ahora no sé si tengo que explicar alguna parte o debo cambiar sutilmente de tema, porque me mira fijamente y siento mis piernas flaquear nuevamente y amenazar con dejar de sostenerme.

–¿Cómo está White? –pregunta sin más, después de algunos segundos.

–Cada día más guapo e inteligente.

–Y a ti se te sigue cayendo la baba.

Me sonrío y sólo puedo encogerme de hombros.

–Soy una madre orgullosa.

Nuestras miradas volvieron a quedarse clavadas la una sobre la otra,

mientras un nuevo silencio se hace dueño de la situación.

–¿Y tú? –me atrevo a preguntar por fin –¿Cómo estás?

Se detuvo un momento, supongo que a pensar qué o cómo responder. Pero justo en el momento en el que iba a hacerlo, una voz volvió a interrumpir nuestro intento de conversación.

–¡Por favor, por favor, por favor! –se acercaba un suplicante Daniel – Necesito tu ayuda.

Nunca había visto a mi hermano con esa expresión de cachorro desamparado. Así que por un momento, sólo por un momento, me preocupé. Hasta que sacó de su bolsillo una pequeña caja y la abrió frente a mis ojos, mostrándome un resplandeciente anillo que me dejó atónita.

–¿Le gustará?

–¡No! –exclamo sorprendida.

–¿No? –pregunta él mirándome aterrorizado –¿Por qué no?

–Quiero decir que... ¿Lo vas a hacer? ¿se lo vas a pedir?

–¡Por fin te encuentro! –exclamó Marta, apareciendo por detrás. Menos mal que mi hermano fue rápido y guardó la caja en cuanto escuchó a su novia. Porque si hubiera tenido que esperar por mí... –¿Qué estás haciendo aquí?

A pesar de la mirada amenazante de mi cuñada, Daniel parecía no percatarse de nada.

–¿No puedo hablar con mi hermana?

–No deberías, en este momento.

Gracias a su insistencia, Daniel volvió la vista hacia mí, dándose cuenta por fin de que estaba acompañada.

–¡Oh! Lo siento mucho –se disculpó extendiendo su mano –Soy Daniel, el hermano de Dulce. –esta vez me miró a mí –¿Desde cuando tienes tan buen gusto?

Mi rostro debió ponerse pálido o morado al instante. ¿Qué tienen hoy en mi contra?

–Mucho gusto, –respondió ella, estrechándole la mano y captando su

atención –Soy Anahí.

–Encantado, A... –él volvió a mirarme perplejo –¿Anahí? ¿Tu Anahí? ¿Tú eres su Anahí? –le preguntó.

Por favor, tierra... ¡trágame ya!

–Cariño, –intervino Marta –Tienes la boca abierta y están saliendo extraños sonidos de ella.

–¿Quieres que la abra para otra cosa?

Se acercó con picardía a sus labios, revolviéndome el estómago en el acto.

–¡Oh, por dios! ¿No tienen otro lugar mejor, para decir y hacer esas cosas?

–No seas envidiosa –espetó Daniel, pasando un brazo alrededor de los hombros de Marta y mirándome triunfante. –Tú ya tienes a la tuya. Deja a mi mujer en paz.

–¿Sabes que tú mujer quiso llevarme a la cama antes que a ti? No presumas tanto.

En ese momento, se volvió a crear un silencio sepulcral y nuevamente quise que la tierra me tragara. ¿Quién me manda?. Observé de reojo como la mirada de Anahí iba directa a los ojos de Marta, con una expresión de absoluta sorpresa. Sin embargo, Daniel me mira como si quisiera fulminar a su pobre hermana. Y Marta vuelve la vista también hacia mí, enarcando sus cejas y sus hombros.

–Eres consciente de que te estás perjudicando a ti misma, ¿verdad? –me preguntó.

–¡Me tienen estresada! –exclamé –Entre Claudia y él, es imposible que me centre.

–Eso es porque todavía no me conocía –volvió Daniel al tema.

Lo miré alzando una ceja. Cómo diciéndole en silencio. que eso ni él mismo se lo creía. Y todas las miradas recayeron de pronto sobre Marta, esperando que se pronunciara.

–Siento en este momento, tres espadas muy afiladas rozando mi cuello – comentó intercalando su mirada entre los tres –Me voy a buscar a Claudia y Cris, a ver si hay menos tensión que aquí.

Dicho eso, se dio media vuelta y se alejó dignamente, dejándonos a los tres observando su marcha.

–Y se va –comenta mi hermano, encogiéndose de hombros –Sin aclararlo.

–Eso es porque no te iba a gustar la respuesta.

–Cállate –me ordenó frunciendo el ceño –No tienes ningún tipo de compasión con tu hermano pequeño. –bufó –Pero díganme; ¿le gustará?

–¿El qué? –pregunté.

–¡El anillo, Dulce! ¡Céntrate!

–Daniel Andrade, ¿de verdad le vas a pedir matrimonio a Marta Andoni? Dios... ¿Cómo quieres que me centre? Esto es un día histórico.

Él se encogió de hombros inseguro.

–Le encantará –intervino Anahí –A mí me encantaría.

La observé con intriga durante un instante. Hasta que la voz Daniel volvió a relucir.

–Gracias. Entonces ya sé que si me dice que no, puedo intentarlo contigo.

La palma de mi mano, fue directamente a parar al hombro de mi hermano sin siquiera darme cuenta. Me percaté, porque sentí un ligero hormigueo recorrer la misma y él me mira con una sonrisa de venganza.

–Es una buena idea –volvió a intervenir Anahí, consiguiendo que desviara la mirada hacia ella –Una vez me dijeron que tendría que casarme contigo, si quería conseguir la receta secreta del pescado al horno Andrade. Y... –se encogió de hombros –todo sea por la receta secreta.

En este momento, no sé si matarla o sonreírle. Porque me está provocando un conflicto interno, en el que tengo ganas de hacer lo primero, pero mis labios sin embargo, hacen lo segundo.

–En ese caso, me temo que no tengo nada que hacer, –vuelve a hablar mi hermano –porque la única que conoce dicha receta, es Dulce. Así que, vas a tener que casarte con ella.

Ella me mira. Siento su mirada clavada en mí, pero en algún momento, la mía fue a parar a algún lugar del suelo y no me atrevo a enfrentarla.

–Aceptaré. –vuelvo a mirar a mi hermano, después de unos segundos –Si Marta Andoni tiene que casarse con alguien, ese sin duda, vas a ser tú.

–¿Estás tratando de arreglar lo de hace un momento? Porque funciona.

–No, –sonreí –Eres el mejor hombre que se le pudo cruzar en el camino y ella la mejor mujer que se te pudo cruzar a ti. Si se dejaran escapar el uno al otro. Sería un error del que se arrepentirían toda la vida.

Se formó un instante de silencio. Daniel me mira fijamente con una sonrisa y Anahí no tengo la más mínima idea de lo que hace, porque sigo sin atreverme a enfrentarla.

–Te quiero. –susurra mi hermano.

–Yo también te quiero –sonríó –¿Lo vas a hacer esta noche?

–No, por supuesto que no. Esta es tu noche. Y bastante histórico es que me hayas dicho que me quieres –se burló, obligándome a rodar los ojos –Sólo quería saber tu opinión antes de hacerlo. Últimamente no hemos tenido demasiado tiempo para hablar, con todo este lío de tu proyecto y lo tensas que estaban las cosas. Bueno, aunque en realidad, tampoco es que lleve tiempo barajándolo. La semana pasada, me detuve instintivamente frente a una joyería, vi este anillo en el expositor y lo primero en lo que pensé, fue que me encantaría verlo en su mano, durante el resto de mi vida. Así que, decidí compararlo, porque esas cosas no se sabe cuándo pueden volver a pasar. Ya sabes. Ya me conoces.

–Es bonito, –intervino la voz de Anahí –Ver a alguien y tener la certeza de que quieres pasar el resto de tu vida con esa persona. Es bonito. –esta vez, sí la mire con curiosidad. Sin embargo, ella continúa mirando a mi hermano –Así que, hiciste bien.

–Me caes bien, Anahí. –aseguró él, ofreciéndole una sonrisa antes de volver a mirarme –Me gusta. Y ahora entiendo muchas cosas.

Yo asentí de acuerdo, siendo testigo de que se volvía a crear un momento de silencio, en el que mi hermano me mira fijamente. No sé si tratando de decirme algo o porque se le está pegando eso de evadirse.

–Las dejo solas. –informó –Voy a ver si Claudia no ha acabado con la poca cordura de mi novia. Está un poco intensa hoy, ¿no?

–Si te escucha, te mata.

–¿Claudia o Marta?

–Ambas –me reí.

–Pero cómo tú eres la mejor hermana del mundo y no vas a decir nada – aseguró dándome uno de sus besos en la frente –Y cómo tú eres la mejor futura cuñada del mundo y tampoco vas a decir nada –continuó besando caballerosamente su mano y dándome ganas de matarlo –Estoy a salvo.

–Lárgate –le ordené en tono amenazante.

Él me guiñó un ojo y volvió a dirigir su mirada hacia ella.

–Espero volver a verte pronto, Anahí. Y bienvenida.

Recibiendo una sonrisa por su parte, mi hermano terminó de alejarse definitivamente, dirigiéndose hacia el lugar por el que momentos antes se había ido Marta. Creo que mis ganas de matarlo, aumentan con cada paso que da.

–Parece buen chico. –interrumpió la voz de Anahí mis pensamientos homicidas –Y muy simpático. ¿Cuánto hace que Marta y él son pareja?

–Se conocieron cuando mi padre estuvo en el hospital. No sé en qué momento exacto comenzaron a salir formalmente. Pero se podría decir que a partir de ahí, fue creciendo y ya no se han vuelto a separar.

–Vaya. –comentó con sorpresa –Pues hacen una bonita pareja.

–Son tal para cual –aseguré sonriendo –Y se adoran. Nunca había visto dos personas, que estuvieran tan aparentemente predestinadas a no funcionar, y sin embargo, encajaron de una forma tan asombrosa. –desvié la vista hacia ese lugar en el que vi a Marta y Daniel volviendo a encontrarse –Es increíble. Pero mágico.

–Yo sí. –sentenció, consiguiendo captar mi atención –Ya lo había visto antes.

El silencio, nuestro silencio, volvió a hacer acto de presencia, dejándonos con el único lenguaje que siempre expresan nuestras miradas al encontrarse.

–Me temo que tengo que irme. –informó después de un instante, dejándome ver cierta tristeza en el fondo de sus ojos –Mañana debo hacer algo muy

temprano y...

–Lo entiendo, –la interrumpí –No te preocupes. Además, esto hoy ha sido una casa de locos. Ni siquiera nos han dejado hablar.

–Pero lo haremos –aseguró –Quiero decir, si tú quieres. En los próximos días...

–Sí, –volví a interrumpir –Está bien.

–Bueno, pues...

–Que tengas buena noche.

–Gracias. –sonrió –Tú también. Y otra vez; Enhorabuena.

Asentí, tratando de ofrecerle una sonrisa lo más real posible. Dándome cuenta de que, el hecho de verla marchar, sigue provocando la misma exacta sensación dentro de mí.

–Hasta pronto. –susurra comenzado a caminar.

Me gustaría detenerla, me gustaría que mis piernas tuvieran vida propia y me llevaran corriendo para abrazarla. Me gustaría que mi cuerpo no estuviera petrificado ni mi cerebro bloqueado. Me gustaría haberle dicho tantas cosas, desde el momento en el que la vi aparecer.

–Dulce, –vuelve a llamar, volteando para mirarme. Se queda en silencio, observándome y dejando que la observe, cómo si al igual que yo, quisiera decir un millón de cosas y no supiera por dónde empezar, o no encontrar las palabras exactas. Duda, espera, y... –Me alegro de volver a verte.

Volví a asentir. Y mis labios no fueron capaces de pronunciar absolutamente nada. Ni un "Yo también", ni un "No te vayas", nada... Simplemente pude quedarme a observarla marchar, sintiendo como una vez más, aquí estoy, despidiéndome de ella y viéndola alejarse, sin saber cuándo la volveré a ver.

Otra vez.

XXX

Ha pasado una semana. Una semana desde la presentación de mi proyecto, una semana desde aquella noche tan peculiar. Pero sobre todo, una semana desde que vi a Anahí por primera vez después de un año. Una semana desde que mi cuerpo despertó de un letargo en el que había estado sumido desde que ella se marchó. Mis manos no habían vuelto a temblar de esa forma, ni mis piernas a flaquear. Tampoco mi corazón se había acelerado como se aceleró cuando escuchó su voz o la miré a los ojos. Ni mis cuerdas vocales habían dejado de funcionar fulminantemente o mis pulmones dejado de recibir oxígeno de un momento a otro. Nada de eso me había ocurrido, salvo en los momentos en los que su recuerdo me asaltaba. Que ilusa fui, pensando que podía intentar sentir algo por alguien, si me daba la oportunidad de conocerla. "Algo", tal vez sí. Pero "algo", no es TODO. Que estúpida soy, al creer que después de un año, esas sensaciones tendrían que haber desaparecido o al menos disminuido. Cosa que no han hecho en absoluto. Es más, me atrevería a decir que incluso han aumentado. Llevo más de un año, sintiendo mi cuerpo inerte. Carente de sensaciones que lo hagan vibrar. Ninguna sonrisa me hace estremecer, ningunos ojos me dejan tan hipnotizada como los suyos. Ninguna mujer sobre la faz de la tierra, me hace sentir lo que Anahí me hace sentir.

Y es tan bonito, como desesperante. Porque después de un año, todo se despertó dentro de mí y ahora... Ahora vuelvo a estar en el mismo punto que al principio; sin saber nada de ella y sin tener consciencia de si la volveré a ver o no. No ha llamado, no ha aparecido. No he tenido ni una sola noticia suya. Por no saber, ni siquiera sé qué significó su aparición aquella noche. No sé si ya salió del centro en el que estaba. Si tan sólo fue esa noche. No sé qué es de su vida, donde está, qué está haciendo, ni qué pretende hacer. Y ojalá pudiera decir que no me importa. Que no he estado pendiente del teléfono durante una semana esperando una llamada suya. Pero una vez más, no puedo decirlo. Así que, lo único que me queda, es desahogar mi frustración, corriendo como cada mañana antes de comenzar la jornada en la floristería. Corro a una velocidad moderada, por la carretera que hay de mi casa al pueblo. Con la única compañía de White, que se pierde entre los árboles y vuelve a aparecer para

ajustar mi ritmo. Con él y con un silencio casi absoluto. No hay coches, no hay personas. Sólo aves y el sonido del agua al otro lado de los árboles. Un olor que jamás podría describir, me acompaña cada mañana. Es un olor a naturaleza y vida. Me encanta vivir aquí. Me encanta empezar mis días de esta forma, liberando endorfinas en plena naturaleza. Me encanta correr y correr y correr, con la sensación de libertad que provoca el aire golpeando mi rostro y la visión de un irradiante sol apenas empezando también su jornada. A veces llego hasta la orilla dónde el agua se ve de color calipso y aprovecho para darme un baño en esa parte del lago. Me siento sobre una roca algunos minutos, observando como White corre de un lado para el otro, chapoteando, entrando y saliendo del agua constantemente y me imagino que a ella le encantaría, cómo mismo le encantó aquella mañana. Eso sólo puedo hacerlo los domingos, porque el resto de la semana, al tener que ir a trabajar, sólo me da tiempo de correr unos pocos kilómetros, sin alejarme demasiado de la casa y sin entretenerme dentro del lago. Como ahora, que a toda prisa tengo que ducharme para llegar a tiempo.

Ni siquiera desayuno en casa. Por suerte, en la floristería tenemos una cafetera eléctrica. Así que, de camino suelo comprar algo en la pastelería de la esquina y un poco de fruta por si me da hambre a lo largo de la mañana. A veces, el dueño del bar de enfrente, me trae un café recién hecho, porque dice que eso de las cafeteras eléctricas, no es café, sino agua oscura con olor a café quemado. Y tiene razón, para qué mentir. Así que, con mucho gusto recibo su café y le regalo una de las flores más bonitas que tenga ese día, para que se la lleve a su esposa. Dice que gracias a mí, su matrimonio ha recuperado una chispa que hace años tenía perdida. Y puede parecer una tontería, pero eso me llena de una felicidad casi absoluta. Me parece increíble como con algo tan sencillo, se puede contribuir a mejorar la vida de alguien. Ahora entiendo perfectamente, lo que doña Olga me dijo el día que vine a buscar el bambú y lo mucho que la satisface su trabajo. Al final, no importa a lo que te dediques, siempre puedes contribuir a la felicidad de otra persona. Y al final, el amor consiste en eso; en mantener viva la llama a base de detalles. No hay otro secreto más que enamorar y dejarse enamorar diariamente, como el primer día.

La vida en el pueblo está apenas comenzando a esta hora. Los pequeños comercios empiezan a abrir, los niños y niñas comienzan su jornada escolar,

los pescadores salen a ganarse la vida, como cada día desde hace muchos años y todo el mundo se saluda amablemente. Esa es una de las cosas que más me gusta de este lugar; las personas siempre tienen una sonrisa lista para ofrecerte, aunque su día sea el peor de la historia. Eso no ocurre en las grandes ciudades, donde todo el mundo van con prisa, mirando su teléfono o pensando en sus problemas. Nadie alza la vista para mirarte a los ojos, nadie se da cuenta de que otra persona existe. Siempre me había gustado eso, no voy a mentir. Esa sensación de pasar desapercibida para el mundo. De no tener la obligación de sonreír, si he tenido un mal día o simplemente no me apetece. Siempre me ha gustado ser invisible. Pero desde que estoy aquí, he descubierto que sonreír es casi tan necesario como respirar. Una vez, leí un artículo en el que se hablaba de la magia de la sonrisa. Aseguraba que cuando somos pequeños, se nos enseña que la madurez tiene que ver con la seriedad y la responsabilidad. Así que, cuando crecemos, creemos que estamos maduros porque nos ponemos serios, somos realistas o nos olvidamos de soñar. Son pocas las veces en que sonreímos a un desconocido, simplemente porque sí, sin motivo alguno. Y lo cierto, es que cuando sonreímos a una persona, le estamos diciendo muchas cosas, entre ellas, que nos gusta que comparta el espacio con nosotros. Esa persona decodifica el mensaje y nos devuelve la sonrisa, creando exactamente la misma sensación en nosotros. Así que, se puede decir que la sonrisa tiene un poder mágico, es como un virus que se propaga si nosotros decidimos propagarlo. Y durante ese momento, durante esos segundos en los que estás mirando la sonrisa que te ofrece una persona y se la devuelves, tus problemas desaparecen. Es magia. La magia de la vida.

Abro la puerta de la floristería y el olor inunda mis fosas nasales en cuanto accedo al interior. Enciendo las luces y cuando voy a colocar la alfombra de bienvenida que solemos poner en la acera, Agustín, el dueño del bar, me saluda efusivamente desde el frente. Correspondo al saludo y le sonrío, como cada mañana. Y también como cada mañana, comienzo a dar los pasos necesarios antes de comenzar a trabajar; preparo comida y agua para White en su lugar de la parte trasera de la tienda, enciendo la cafetera, me coloco mi delantal de jardinería, pongo algo de música en mi ordenador portátil y cuando el café está listo, comienzo a desayunar mientras reviso los pedidos y arreglos que tenemos para hoy. Es lo primero que hago cada mañana, porque me gusta tenerlos listos cuando el cliente venga a recogerlos, a veces son varios en un

mismo día y si quiero que queden perfectos, no puedo hacerlo con prisa. Además, si termino pronto, entre hueco y hueco del resto de quehaceres, suelo leer algún artículo de psicología en las revistas semanales que me compro. Nunca hay tiempo para aburrirse en este lugar. Siempre hay algo que hacer. Así que, termino de desayunar y me dispongo a empezar por fin, con este trabajo que al menos durante el tiempo en el que lo estoy realizando, consigue hacerme evadir de cualquier cosa. Música, flores, plantas y mucha creatividad durante minutos, horas o el tiempo que sea necesario para que los encargos queden tal y cómo a mí me gustaría recibirlos o regalarlos. Doña Olga siempre me dice que ese es el secreto, hacer cualquier cosa, con todo el cariño y esfuerzo con el que a mí me gustaría que lo hicieran para mí.

No sé cuánto tiempo transcurre, hasta que escucho la campanita de la puerta sonar, indicándome la presencia de un cliente. Iba a levantar la vista del ramo que estoy preparando, pero la rapidez con la que veo pasar a White, que estaba cómodamente acostado, me deja perpleja. Porque sólo se suele levantar cuando viene doña Olga, pero aun así, se queda en el mismo lugar. No sale corriendo como un rayo hacia la puerta, como acaba de hacer ahora mismo.

Alzo la vista entre confundida y divertida, queriendo averiguar qué mosca le picó y lo entiendo perfectamente, en el momento en el que lo veo ahí, junto a la puerta, moviendo la cola y todo su cuerpo como si fuera una serpiente, mientras es acariciado por ella.

Ella.

La única capaz de conseguir que nuestro sistema se acelere, sin importar la cantidad de tiempo que haya pasado.

Zarandea su pelo blanco entre risas y recibe numerosos lametones por todo el rostro. Creo que incluso le está hablando, pero no soy capaz de escuchar nada. Mi conducto auditivo dejó de funcionar en cuanto me encontré con esa imagen tan perfecta frente a mí. Y no sé si es que mis oídos no funcionan o que el latido de mi corazón es tan fuerte, que me impide escuchar algo que no sea él.

Poco tiempo después, ella se levanta y nuestras miradas se encuentran por fin. Pero el miedo se ve claramente reflejado en su rostro, cuando nuestros ojos se cruzan.

–¡Dulce, estás sangrando!

Su exclamación me hace bajar la vista rápidamente hacia mis manos para darme cuenta de que, efectivamente, estoy sangrando. No sé en qué momento las tijeras confundieron mi dedo con el tallo de la flor.

–¡Mierda! –me quejé dolorida, dirigiéndome rápidamente a la pequeña pila, en la cual abrí la llave para que el agua cortara ese desangramiento momentáneo.

De un momento a otro y a una velocidad sorprendente, Anahí llegó hasta mi lado y agarró mi mano sacándola del agua. No sé cómo es posible que la sangre siga corriendo, si no siento que mi corazón continúe bombeando en cuanto sus manos tocan mi piel por primera vez en tanto tiempo.

La observo, viéndola completamente preocupada. Ajena al hecho de que ni siquiera soy capaz de sentir dolor si me está tocando. Ascende la vista y me descubre mirándola, lo que en un principio supongo que la confunde porque no me estoy quejando. Pero la preocupación no tarda en desaparecer de sus ojos, cuando ambas nos damos cuenta de que hace muchísimo tiempo que no estamos tan cerca la una de la otra. Desde aquella despedida, sus ojos y su cuerpo, no habían estado tan próximos a los míos.

–Es sólo un corte –susurro rompiendo el silencio –No me voy a desangrar.

–Pues no es lo que parecía.

–Los superficiales son a veces demasiado llamativos. Pero no te preocupes, estoy acostumbrada. En un rato deja de sangrar.

–Me alegra que te hayas vuelto una experta en arrancarte los dedos, –ironizó agarrando un pequeño trapo de tela que hay junto a la pila –Pero ponte esto, para que no se te infecte.

Rodeo mi dedo índice con la pequeña tela varias veces y al final hizo un nudo para que no se soltara.

–Ahora parezco E.T –comenté poniendo el dedo imposible de flexionar frente a sus ojos.

Emitió una sonora risa que no me esperaba y amenazó con dejarme nuevamente petrificada. Cuánto extrañaba su risa, por el amor de dios.

–Qué idiota eres. –acusó, negando ligeramente con la cabeza.

–Y tú que amable.

Nuestras miradas volvieron a quedarse fijas la una en la otra, mientras nos es imposible evitar sonreír. Y sinceramente, me habría quedado así durante horas o toda la vida si fuera necesario.

–¿Qué te trae por aquí? –pregunté sin embargo.

Ella se apartó y comenzó a caminar por la tienda, permitiéndome una tregua en eso de mi petrificación ante su presencia. Observó cada planta y cada flor, acarició algunas y se inclinó para oler otras, antes de voltear para volver a mirarme.

–Así que, ¿a esto te dedicas ahora?

–Entre otras cosas –me encogí de hombros.

Asintió y volvió a analizarlo todo con detenimiento. A veces, se inclina ligeramente para acariciar a White, el cual, no se ha despegado de su lado. No sé si es su silencio, su misterio, o qué, pero algo me está impacientando.

–¿Eres feliz? –pregunta volviendo a mirarme –¿Esto te hace feliz?

La curiosidad se ve claramente reflejada en sus ojos. Y yo tendría que haber sido capaz de dar un tajante y veloz "Sí". Pero lo cierto, es que teniéndola delante, todos mis anteriores significados de la palabra felicidad, pierden su sentido.

–Estoy bien –respondo volviendo a encogerme de hombros.

–Bien, no es feliz.

Suspiro y aparto la mirada de ella. ¿Qué quiere exactamente que le diga? ¿Qué no? ¿Qué por muy plena que me sienta con mi vida ahora mismo, siempre me va a faltar algo? ¿Qué siempre voy a estar deseando poder compartirlo con ella? ¿Qué me gustaría que no siguiera apareciendo, con esa sonrisa y esa mirada, para demostrarme que todo lo que creo bueno, resulta perfecto cuando la tengo enfrente?

–¿Qué quieres, Any? ¿Qué estás haciendo aquí?

–Vine para hablar. Creía que el otro día habías dicho que querías hacerlo.

–Sí. Pero hace una semana de eso. No he sabido nada de ti desde entonces y ahora estoy trabajando. ¿Quién te dijo qué estaría aquí?

–No estoy diciendo que hablemos ahora, Dulce. Y no importa quién me lo haya dicho. Sólo quiero... –bajó la mirada dudosa –Pedirte una cita.

Creo que me esperaba de todo, menos eso.

–¿Una cita?

–Bueno, nunca llegamos a tener una. Y creo que hay demasiadas cosas de las que hablar, sin que nos interrumpan. Así que, una cena estaría bien para comenzar ¿no crees? ¿A qué hora terminas de trabajar aquí?

Me quedé mirándola perpleja y con el ceño fruncido. Apuesto a que puede ver cierta desconfianza a través de mis ojos. O bueno, no es exactamente desconfianza. Pero me resulta raro. Muy raro. ¿Una cita? ¿Ella y yo?

Su mirada continúa expectante y cada vez más insegura por mi silencio.

–A las ocho.

–¿Te gustaría que nos viéramos esta noche? –me hizo ver un alivio automático en su expresión –Puedo venir sobre las nueve y vamos a cenar a un restaurante que hay por esta parte del lago. Lo vi hace unos minutos, cuando estaba buscando aparcamiento.

–¿Vas a quedarte en el pueblo todo el día?

–Estoy hospedada en un pequeño hostel para pasar la noche. Y creo que estaré todo el día paseando por aquí. Ya sabes que cuando me trajiste, me encantó. Quiero recordar un poco, caminar, respirar, no sé.

Ahora mismo, no sé exactamente qué es lo que me sorprende más; si el hecho de que esté aquí, que me haya pedido una cita, que haya alquilado una habitación para pasar la noche o que pretenda estar horas y horas caminando por el pueblo hasta que yo salga de trabajar.

–Cuando piensas demasiado, razones –continuó –Y cuando razones, te entra el miedo. Y cuando te entra el miedo, dejas de ser tú. Así que, me voy a ir sigilosamente, –comenzó a avanzar de espaldas a la puerta –antes de que me rechaces la invitación. Esta noche a las nueve, te estaré esperando aquí. –se inclina ligeramente para acariciar a White –Hasta pronto, precioso.

Y con ese susurro a mi cachorro, ya no tan cachorro, cruza la puerta y se va. Dejándome absolutamente perpleja, con los brazos cruzados bajo mi pecho, el

ceño fruncido y una sensación interna bastante extraña. Una mezcla de confusión y nervios que no sé cómo manejar.



El día ha transcurrido lentamente. MUY lentamente, para ser exacta. Es esa sensación en la que los minutos parecen horas, sólo porque estás deseando que llegue un momento o un día determinado. Y parece que mientras más lo deseas, más despacio transcurre esa distancia temporal que te separa de él. En este caso es muy extraño, porque podría jurar que todo mi cuerpo tiembla nervioso y que no he sido capaz de hacer nada decente a lo largo del día. Mi concentración se esfumó en algún momento. Y todo por las ansias que me da el saber, que voy a volver a verla. Es exactamente esa sensación que tenía cada mañana, cuando me despertaba para ir a la cascada. Esa hora que transcurría lentamente, porque pronto la vería caminando por aquel pasillo, al principio sin dirigirme si quiera una mirada y luego, compartiendo algunos minutos de risa.

Pero al mismo tiempo, estoy asustada. Mi cerebro no para de dar vueltas y a medida que avanzan los minutos, más ganas tengo de correr en la dirección contraria. Es una contradicción constante entre la mente y el corazón.

Cuando llego a casa, de lo único que tengo tiempo es de darme una ducha rápida y vestirme con lo primero que encuentro. Es curioso, porque esta situación también me recuerda a mi primer día de prácticas, cuando me pasé minutos delante del espejo, tratando de elegir la ropa adecuada, mientras White me miraba atento desde atrás. En esta ocasión no dispongo de ese tiempo, pero él sigue ahí, justo detrás de mí, observándome con su cabeza ligeramente ladeada como si supiera exactamente a dónde voy. A lo mejor lo sabe. A lo mejor es capaz de distinguir que estos nervios de hoy no tienen nada que ver con los que sufrí el otro día, cuando estaba a punto de exponer mi proyecto. A lo mejor, algo dentro de mí, le hace saber cuándo se trata de Anahí y cuándo no.

Una vez lo tengo todo listo, acaricio por última vez a mi pequeño, y abandono la casa dirigiéndome hacia el coche. El camino también se me hace

eterno, aunque el pueblo esté apenas a unos minutos. Por suerte, consigo estacionar el auto en el mismo lugar donde lo hago por la mañana, muy cerca de la floristería. Son las nueve en punto. Así que, aligero un poco el paso mientras me encamino hacia la misma.

Al doblar la esquina, ahí está ella. Como una silueta en medio de la oscuridad de la noche, consiguiendo que mi corazón se acelere con cada paso que me aproxima. La puedo ver sonreír. A medida que nuestra distancia se acorta, aprecio con más claridad su sonrisa y sus ojos, ambos iluminados por la luz de la luna y por un tenue foco que hay alumbrando la calle.

Está más hermosa que esta mañana y más hermosa que la otra noche. ¿Cómo puede ser, que mientras más la veo, más bonita me parece?

Inhalo aire profundamente, esperando que el oxígeno sea suficiente para calmar los latidos acelerados de mi corazón.

–Hola, –susurro en cuanto me detengo a unos centímetros de ella.

–Así me saludabas cada día, durante dos meses seguidos –sonrió –Es curioso, todo lo que ha pasado desde entonces.

Asiento mientras correspondo a la sonrisa.

La verdad es que tiene razón, es curioso todo lo que ha pasado desde entonces. Y me sigue sorprendiendo algo; que ella recuerde cada detalle. A veces olvido que durante esos dos meses, ella también estaba allí aunque no pronunciara palabra. Se me olvida, que estaba tan presente como yo. Que en esta historia, ambas hemos estado igual de presentes desde el primer minuto.

Suspiro. Porque verla observándome tan fijamente en este momento, después de todo lo que ha pasado, lo que hemos pasado, no me permite hacer otra cosa más que suspirar. La he extrañado tanto.

Y ahora está aquí. Conmigo.

–¿Vamos a cenar? –me pregunta sonriendo –Me muero de hambre. –esa expresión me pilló tan desprevenida, que aunque no me hubiera gustado mostrar mi sorpresa, debió notarlo en mi cara, porque amplió su sonrisa –Tenemos mucho de qué hablar.

–Estoy impaciente.

Y sin decir más, nos encaminamos hacia el restaurante. Apenas tardamos

cuatro o cinco minutos en llegar, pero fue un camino completamente silencioso. Aunque no por ello resultó incómodo. Al contrario, caminar por este lugar en su compañía, disfrutando del silencio y la calma, es indescriptiblemente perfecto.

Encontramos una mesa para dos, muy bien situada junto a un ventanal desde el cual se podía ver a un lado la plaza central del pueblo y al otro, el lago. O más bien, lo que las farolas del paseo permitían ver de él.

–¿Quieres vino? –me preguntó en cuanto nos sentamos, ya que el camarero no se había marchado aún. Asentí –¿Tiene algún Valente?

–Por supuesto. Pero no es una cosecha demasiado antigua la que nos queda. –respondió el hombre –Tenemos otros reservas, si lo prefiere.

–No. El que tenga estará bien.

–En seguida se lo traigo.

El camarero desapareció, volviendo a dejarnos a solas y su mirada se desvió hacia el ventanal para contemplar la calle o algo que hubiera en ella.

–¿Haciendo crecer el negocio familiar?

Vuelve su atención hacia mí y se encoge de hombros con una sonrisa.

–Para bien o para mal, creo que es el mejor vino que hay en el mercado.

–Estoy de acuerdo. –sonreí.

Veloz como una liebre, el hombre volvió a aparecer con nuestra botella. Sirvió un poco en cada copa, puso dos menús sobre la mesa y volvió a desaparecer.

–Por esta noche –dijo Anahí alzando su copa –Por todas las noches que hemos compartido. Ya sea en este pueblo, en un hospital, en la memoria... Dónde sea.

Escuchar eso, me hizo apretar la mandíbula casi involuntariamente y estoy segura de que mis ojos se clavaron en los suyos de forma penetrante. Recordar el hospital y todas las noches que durante más de un año, me he pasado extrañándola, mis pesadillas, todo, me crea un nudo en el estómago que no puedo deshacer.

Sin embargo, alzo la copa y correspondo al brindis, bebiendo a

continuación un sorbo de vino. En cuanto el líquido baja por mi garganta, el recuerdo de la otra noche viene a mi mente; cenaba con Cristina y tomar un vino como este, me hizo recordarla, deseando con todo mi corazón, que fuera únicamente ella, la persona que tuviera enfrente.

Ahora es así. Es ella la que está aquí. Y creo que una parte de mí, aún no llega a asimilarlo.

–Si antes me parecía un misterio tu mente, ahora veo jeroglíficos salir de tu cabeza.

Me ofreció una sonrisa, e hizo un gesto divertido por el aire, como si esos jeroglíficos de los que habla, estuvieran revoloteando alrededor de mi cabeza. Supongo que para tratar de suavizar su comentario. Pero la verdad es que no tengo ni idea de lo que habla.

–¿Por qué dices eso?

–Por tus cambios constantes de expresión. –aclaró haciendo más pequeños sus ojos –En un momento puedes estar relajada, receptiva y al instante siguiente, alerta, tensa. Es como si una parte de ti luchara contra la otra. Como si una te dijera; "tranquila". Y la otra; "Cuidado".

–¿Y no somos así los seres humanos? ¿Siempre con una contradicción interna?

–Tú no. –rebatí mirándome con curiosidad –Tú eras imprudente. Te dejabas llevar. Sin miedo.

–Las cosas cambian –suspiré apartando la mirada –La gente cambia.

–¿Qué ha cambiado? –insistió.

–Mejor, dime tú qué ha cambiado. –rebatí volviendo a enfrentarla – Apareces después de un año en mi fiesta de presentación, luego vuelves a desaparecer, una semana más tarde te presentas en mi trabajo. –me encogí de hombros –¿Qué significa?

–Que quería verte. –dijo sin más. Pero al darse cuenta de que mi expresión no cambia, continúa –No desaparecí durante una semana. Estaba haciendo algo importante.

–Muy bien.

Sin intención de continuar una conversación que parecía no llevar a ninguna parte, desvié la mirada hacia el menú, para elegir mi cena.

Ella suspiró, como si se estuviera dando por vencida, y a continuación escuché ruidos a los que quise no prestar atención, para no tener que volver a alzar la vista. Pero un objeto se interpuso entre el camino de mis ojos y lo que intentaba leer, captando por completo mi atención y confusión.; una bolsa con una caja de tamaño mediano en su interior.

Alzo la mirada y la observo atentamente, esperando algún tipo de aclaración.

–Son cartas –explicó –Una carta por cada día que pasé lejos de ti. Si las lees, entenderás dónde estuve esta semana y todo lo demás. No puedo resumirte el último año en una noche, Dulce.

–¿Ah no? –bufé –Díselo a Claudia. Te enseñará a hacerlo en un minuto.

Lo cierto, es que me extraña esto de las cartas. No es algo que esperaba, y no tengo ni la más mínima idea de lo que cuenta en ellas. Así que, no sé bien cómo reaccionar ante ello.

–¿Es verdad lo que dijo el otro día? –volvió a hablar, después de un instante de silencio.

–¿El qué de todo?

–Lo de tú y este último año. –aclaró mirándome fijamente –Tristeza, aislamiento.

–Eso no importa.

Intenté escapar de sus ojos, pero cuando bajé la vista, volví a escuchar su voz, captando de nuevo mi atención.

–¿Y lo de esa chica? ¿Cristina? ¿Saliste con ella en sentido...

–Una vez. –la interrumpí –Fuimos a cenar.

–¿Y qué paso?

–Que volviste.

Mi manera tan directa de concluir, mirándola fijamente a los ojos, pareció haberla sorprendido. Sin embargo, su mirada tampoco se apartó de la mía.

–¿Te gusta?

–Era mi terapeuta. –aclaré después de un suspiro –Ni si quiera me había parado a pensar en esa posibilidad, hasta que acabamos la terapia y me invitó a salir. Acepté. Y fin de la historia.

–¿Terapeuta? –preguntó sorprendida y con cierta expresión de preocupación
–¿Has ido a terapia?

–Pesadillas. –volví a aclarar –Sólo tenía pesadillas. Ella hizo que se fueran.
–concluí, queriendo cambiar de tema –¿Podemos dejar de hablar de mí?

Ella vuelve a suspirar, cómo si algo esta noche le estuviera costando mucho esfuerzo. Y yo, aparté la mirada hacia la ventana, perdiéndome por un momento en lo poco que se veía del lago a lo lejos. Entonces, el camarero llegó para tomarnos el pedido de la cena. La verdad es que ni siquiera me había vuelto a acordar de él hasta ahora.

Ambas encargamos dos tipos diferentes de pescado y el hombre desapareció nuevamente, dejándonos con este lío en el que se ha convertido nuestra vida. O mi vida.

–¿Qué quieres saber?

La irrupción de su voz, me hizo mirarla alzando una ceja, cómo si la respuesta a su pregunta fuera lo más obvio del mundo.

–Estoy fuera del centro. –comenzó a explicar –Aunque no del todo. Decidí salir hace poco más de una semana, pedí consejo y me dijeron que estaba lista. Así que, ya no duermo allí, pero mi tratamiento no ha terminado. Voy a continuar asistiendo al centro de día y a sus actividades. Así que, bueno, –se encogió de hombros –se puede considerar que estoy dada de alta, pero con un medicamento de por vida.

Honestamente, escuchar eso, me alegra mucho más de lo que realmente estoy expresando. No sé, qué me pasa. No sé por qué siento este bloqueo emocional.

–¿Cómo supiste lo de mi proyecto?

–Marta. –informó, creándome una profunda confusión en el acto –Ha estado yendo a verme desde que ingresé, en calidad de psicóloga, por supuesto. Parte de mi terapia es con ella.

–¿Ella supo de ti durante todo este tiempo? –pregunté perpleja.

–No podía decir nada, Dulce. Así que no te enfades con ella. –me pidió, anticipándose a mi cara de pocos amigos –¿O crees que a mí, me habló de ti alguna vez? Y no es porque no intentara sacarle cualquier cosa, créeme. Pero no. Desde el comienzo me advirtió que quería estar conmigo durante el proceso. Pero que no podría hacerlo, si yo no ponía de mi parte dejándote a un lado. Acepté. Y me ayudó muchísimo. Aunque era una tentación diaria, eso de no poder preguntar por ti. –confesó –Hace dos semanas, durante una de nuestras sesiones, me dijo; "No te diría esto, si no supiera que estás preparada y que ha llegado el momento. Pero hay un lugar dónde creo que debes estar" No hizo falta nada más. –concluyó encogiéndose de hombros –Sabía que tenía que ver contigo. Y una semana más tarde, ahí estaba. Viéndote llevarle la contraria al mundo y defendiendo tus convicciones. No creo que las cosas hayan cambiado tanto como dices.

–¿Estuviste también ahí? ¿Durante la exposición?

–Escuché cada palabra que dijiste. –confirmó, sorprendiéndome aún más –Y cada una, me hacía sentir más orgullosa que la anterior.

Me quedé observándola fijamente, tratando de averiguar algo en el fondo de su mirada. Tratando de descifrarla o tratando de encontrar respuesta a todas esas preguntas que durante un año me he estado haciendo. No entiendo nada. Realmente, no entiendo nada. Hace una semana, ella no estaba aquí. Yo sólo podía extrañarla. Y durante un año me he impedido a mí misma, llorarla. Desde aquella tarde en la que nos despedimos en el hospital, no he vuelto a derramar una sola lágrima. Porque no era justo. Porque esto era necesario y no debería dolerme. Y ahora, siento todas las emociones acumuladas dentro de mí, sin saber cómo salir, qué pensar, qué sentir.

Los platos de comida aparecen como por arte de magia encima de la mesa y entiendo, que ni siquiera me percaté, del momento en el que el camarero vino a dejar la cena.

Comenzamos a comer en completo silencio. O bueno, ella come, yo parece que estoy asesinando por segunda vez a este pobre pescado.

–Él no tiene la culpa –comentó, consiguiendo que detuviera mi labor para mirarla –De lo que quiera que estés sintiendo. El pescado no tiene la culpa.

–¿Y quién la tiene?

No sé si eso sonó a pregunta o acusación, porque la verdad es que no pretendía que pareciera lo segundo. Pero creo que mis ojos hoy están en sintonía con mi cerebro y no con mi corazón, porque puedo ver cierto atisbo de dolor en el fondo de su mirada.

–Lo siento –me disculpé suspirando y volviendo a mi labor con el pescado
–No pretendía que sonara así.

–Tranquila.

Ambas continuamos comiendo en silencio. Aunque creo que en esta ocasión, y muy curiosamente, es ella la que más lo hace. Porque a mí me está costando tragar tanto, como si me estuviera comiendo un solomillo, en vez de un pescado. Sin embargo, ella ingiere cada pedazo por sí misma. Sin necesidad de hacer ningún juego para distraerla o sin cualquier otra artimaña que se me ocurra sobre la marcha. No soy capaz de explicar la felicidad que me transmite esa imagen. No encuentro las palabras adecuadas para describir el orgullo que siento. Pero al mismo tiempo, me pregunto "¿cómo?". O sea, en este momento parece como si su vida hubiera avanzado kilómetros durante el último año, mientras la mía retrocedía continuamente.

Ella parece ahora tan segura y fuerte. Tan decidida y directa. Y yo, me siento como un pajarito que apenas acaba de abandonar el cascarón; asustada, débil, sin saber reconocer cómo me siento ante lo que me rodea.

–Esa camiseta –comentó volviendo interrumpir nuestro silencio y captando mi mirada –Es la que llevabas el día que nos conocimos.

La apreciación me sorprendió considerablemente. ¿Cómo es posible que lo recuerde? O más bien, ¿Cómo es posible que se haya fijado? Si vagaba por el mundo como un cuerpo sin alma. Si aquella mañana, lo único que hizo fue tirar mis documentos, mirarme fijamente y cambiarme la vida. ¿Cómo puede saber qué ropa llevaba?

–Esto no está funcionando. –suspiró, dejando caer sus cubiertos sobre el plato –Tú y yo no somos de citas, Dulce. Tú y yo no podemos sentarnos a cenar y hablar de lo bonita que ha sido la vida durante el último año. Porque no ha sido bonita. –concluyó, haciéndome estar de acuerdo por primera vez en toda la noche –Tú y yo somos Anahí y Dulce. Somos esas de las miradas

imposibles, de horas en silencio, de risas sin sentido. De sentarnos frente a un lago y hablar de nuestros miedos, de nuestra oscuridad. No somos de citas. Y esto no está funcionando –repite, sacando de su cartera un billete y soltándolo sobre la mesa –Ven. –pidió levantándose decididamente y logrando que permaneciera mirándola sorprendida, sin moverme ni un centímetro –¡Vamos, Dulce, acompáñame!

Agarra mi mano con desesperación, y sin darme tiempo a discutir, simplemente a llevarme la bolsa que me dio hace unos minutos, me saca casi a rastras del restaurante.

No dijo una sola palabra durante todo el trayecto. Lo único que puedo sentir, es el tacto de su mano sujetando la mía y tirando de ella como si fuera una niña pequeña que no quiere ir al colegio. La simple sensación de su piel, de nuestras manos unidas, me hace estremecer sin que pueda controlarlo. Y no poder controlarlo, me llena de frustración.

Llegamos a un lugar muy cerca de la plaza central y de pronto, hizo que nos detuviéramos.

Soltó mi mano y se adelantó un paso. Permaneció así durante un instante, dándome la espalda en completo silencio, consiguiendo que cruce los brazos y me pregunte; qué pretende exactamente.

–Aquí lo supe –comentó mirando al cielo.

–¿Aquí supiste el qué?

Se dio la vuelta para enfrentarme de nuevo, descubriendo una expresión de absoluta confusión en mi rostro.

–Que te quería. –aclaró, consiguiendo que mi corazón diera un fuerte golpe contra mi pecho –Aquí. Cuando estabas detrás de mí, abrazándome, mientras contemplábamos los fuegos artificiales. Te miré y tú también me miraste. No sé qué estabas pensando en ese momento, ni siquiera sé si lo recuerdas –se encoge de hombros. Por supuesto que lo recuerdo –Sólo sé, que vi en tus ojos, más amor del que jamás había visto en nadie. Y supe que te quería. –repitió – Quizás en ese momento, no entendí exactamente de qué forma. Pero después de casi tres meses, aquí, acepté que habías entrado de alguna manera en mi corazón.

Permanecí en completo silencio, con los brazos cruzados bajo mi pecho, y la bolsa con la caja colgando de una de mis manos. No sé a dónde quiere llegar, pero tengo una sensación interior, que me incomoda.

–¿Qué me quieres decir con eso?

–Que estoy aquí, Dulce. –señaló su propio cuerpo –Tratando de llegar al tuyo. Y no me dejas. Tienes una barrera entre nosotras, que no sé cómo atravesar.

Suspiro.

–¿Y qué quieres que te diga, Anahí?

–Lo que sientes. –aclaró con cierto tono suplicante –Sólo dime lo que sientes.

–¿Sabes? Creo que ya lo he hecho bastantes veces. –volví a suspirar –Creo que siempre he sido yo, quien ha expuesto sus sentimientos sin ningún tipo de reparo. Pero sin embargo, no puedo decir lo mismo de ti.

–Lo estoy haciendo.

–¡Estás hablando en pasado! –exclamé alzando ligeramente la voz –Ha transcurrido más de un año.

–Pero estoy aquí, ¿no? –me preguntó con expresión de confusión –¿Eso no te dice nada?

–¿Y qué? ¿Piensas qué es suficiente? ¿Qué acaso no necesito escuchar lo que quieres, qué estás haciendo aquí, o lo que pretendes? ¿Por cuánto tiempo vas a estar, Anahí? ¿Cuándo te vas a volver a marchar?

–¿Qué te hace pensar que lo voy a hacer?

–Es lo que siempre haces. –suspiré pesadamente –Te marchas, continuamente. Desde que te conozco, tengo miedo de perderte. ¿No lo ves? –le pregunté cansada –Cuando tu padre te quiso llevar, me asustó la idea de que lo consiguiera. Cuando te vi en el baño vomitando, me aterrorizó que pudiera pasarte algo. Cuando casi te mueres entre mis brazos... Yo... –unas lágrimas amenazaron con empañar mis ojos al recordarlo, pero pude retenerlas –Y cuando te fuiste. –concluí –Siempre te pierdo, Anahí. Constantemente. Y me he

pasado más de un año tratando de luchar contra el dolor que ello me causaba. Acepté que te habías ido, porque era lo mejor para ti y no tenía derecho a extrañarte. Acepté que debía dejar a un lado mi necesidad de protegerte, si quería avanzar. Y avancé. Y quise salir con otra mujer, pensando que tal vez algún día –me encogí de hombros –sentiría algo por ella. Y ahora estás aquí de nuevo. Y todo lo que creía o fingía tener superado, se desvanece como un castillo de arena cuando me miras. Y entonces, el resto del mundo se vuelve invisible para mí. Porque estás tú. –la señalé, sintiendo su imagen borrosa y mi voz comenzando a quebrarse –Y descubro que vuelvo a tener miedo. Y las cosas no funcionan cuando existe el miedo. Porque no importa lo que yo crea ver en tus ojos, no importa lo que crea que sentías o sientes, porque no lo dices. Nunca lo haces. Y la realidad, es que siempre te vas. Te marchaste, sin decirme ni una sola vez que me querías. Me pediste que no te esperara, y yo me quedé aquí, aprendiendo a vivir sin ti. Y ahora ni siquiera sé dónde estoy parada ni qué quieres de mí. Sólo sé que llevo un año tratando de controlar algo que se me va de control cuando te veo. No puedo dejar de tener miedo en una semana, ni en una noche. No sé si algún día dejaré de tenerlo, Anahí. –me encogí de hombros –No lo sé.

Por primera vez en mucho tiempo, siento un extraño alivio dentro. Como si algo que tuviera guardado y que no era correcto expresar, al ser expulsado por fin, hubiera dejado un hueco abierto para el paso del oxígeno.

Ella permanece mirándome sin expresión alguna. Dejándome apreciar cierto brillo a través de sus ojos, cómo si ambas estuviéramos conteniendo unas lágrimas que a toda costa no queremos que sean derramadas.

Tal vez sea su momento. Tal vez ésta, sea la ocasión para que hable y diga algo que evite mi marcha. Tal vez yo estoy deseando que lo haga. Escuchar una palabra, una frase, algo que se lleve el miedo de mi corazón y me permita correr a abrazarla, porque es lo único que estoy deseando hacer desde que la vi aparecer frente a mí.

Pero no lo hace. Permanece en silencio, como siempre.

Y yo suspiro.

–Me alegra tu mejoría, –comenté rompiendo el silencio –Siempre supe que

lo ibas a lograr.

Y sin decir más, siendo completamente consciente de que ella tampoco iba a hablar, volví a suspirar, grabé su imagen en mi cabeza y me di la vuelta dispuesta a marcharme.

Esta vez fui yo la que se marchó.

Esta vez fui yo, la que me alejé, sintiendo como mi corazón se rompía en mil pedazos con cada paso. ¿Cuántas veces se puede romper un corazón que ya está roto?

No lo sé. Lo único que sé en este momento, es que a veces, el amor no basta. Por mucho que mi corazón desee correr a abrazarla, por mucho que mi cuerpo experimente mil sensaciones estando junto a ella, por mucho que me dé cuenta, de que mis sentimientos no han disminuido en lo más mínimo a pesar de su marcha, eso no es suficiente. Porque la realidad, es cuando Anahí se fue, se llevó consigo una parte de mí, que nunca había mostrado a nadie, que ni siquiera yo, sabía que existía. La vida cambia a las personas y tal vez, la Dulce que ella conoció, ya no exista. Tal vez ya no sepa cómo querer.

Tal vez nuestro destino, nunca haya sido enamorarnos.

XXXI

Las experiencias de la vida, nos cambian. Para bien o para mal, lo hacen. Es imposible que volvamos a ser la misma persona, después de haber sufrido un daño. Nuestra perspectiva cambia, nuestra actitud también. Y tal vez, ni siquiera lo hacemos a propósito. Simplemente, sucede. Te despiertas un día y ya no eres la misma persona. Y a veces, ni siquiera sabes cómo regresar a ser quien eras.

No estoy culpando a Anahí por haberse marchado. No estoy diciendo que sea responsable de mi actitud o de mis sentimientos. Ahora más que nunca, me alegro de que lo haya hecho. De que tomara la decisión de luchar. Porque lo consiguió. Está mejor de lo que nunca la he visto, y eso me llena de orgullo y felicidad. Es todo lo que deseé desde que conocí parte de su historia. Pero así como su aparición, cambió mi vida. Su marcha también lo hizo. Y no es culpa suya. Probablemente sea mía, por pensar que no iba a suceder, que iba a ser capaz de soportarlo. Por negarme durante todo un año, a aceptar que me dolía su ausencia. Porque ese ha sido el mayor problema; he tratado de fingir que estoy bien con tanto ahínco, para demostrarme a mí misma que no podía dolerme, que ahora mis emociones están acumuladas y son como globos en un mundo de alfileres. Siento que si las dejo salir, todas van a ser alcanzadas y destruidas.

–No quisiera ser esa pobre planta –interrumpe una voz, sacándome abruptamente de mis pensamientos y trabajo.

Alzo la vista y ahí está Marta, junto a la puerta, con los brazos cruzados bajo su pecho y alzando ambas cejas. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? Si ni siquiera escuché la campana.

Vuelvo a dar un hachazo, pretendiendo continuar con mi labor de cortar o asesinar estos tallos.

–Oye, a mí ni se te ocurra ignorarme. –advirtió volviendo a irrumpir mi tranquilidad.

–¿Qué? –hablé por fin, alzando la vista para mirarla –¿Vienes a abogar a favor de tu nueva amiga?

Una de sus cejas permaneció alzada, mientras con la otra trataba de fruncir, lanzándome una expresión algo indescifrable.

–¿A ti se te metió el olor de tanta marihuana en el cerebro?

–Aquí no hay marihuana. –espeté frunciendo el ceño.

–Pues parece.

Nuestras miradas se quedaron fijas la una en la otra durante varios segundos. Como si estuviéramos haciendo una competencia de aguante. Pero finalmente, ganó ella, porque negando ligeramente, volví a descender la vista para continuar con mi trabajo.

–¿De verdad piensas ignorarme? Porque mira que tengo muchísima paciencia para estar aquí de pie toda la mañana hasta que decidas hablar. Recuerda que soy psicóloga.

–¿A qué viniste, Marta?

–A darte esto –comunicó, lanzando un sobre que se interpuso entre las flores de mi mesa de trabajo –Es la calificación de tu proyecto. Llegó ayer.

Agarro el sobre y lo miro durante un instante. En esta cosa tan pequeña, está escrito mi futuro profesional. Y no es eso lo más importante, o lo que me podría interesar, sino que además, también está escrita la calificación que aquellas personas decidieron darle a nuestra historia. Pero sinceramente, no creo que sea el mejor momento para descubrir lo que hay en el interior del sobre. No me siento preparada, ni con ánimo de saber si finalmente, soy o no soy, graduada en psicología. Así que, lo aparto colocándolo a un lado.

–Gracias –murmuré –¿Necesitas algo más?

–Que dejes de comportarte como una niña de cinco años –concluyó, haciéndome levantar la vista de nuevo –Bueno, no. Porque una niña de cinco años, al menos patearía, gritaría y se encargaría de que el mundo tuviera bien claro por qué está enfadada. Pero tú, actúas más bien como una adolescente herida; te encierras en ti misma, te cabreas con el mundo, y que no se nos ocurra intentar llegar a ti, porque lanzas rayos x con la mirada.

–¿Y que se supone que tengo que hacer? ¿Agradecerte, porque durante más

de un año has tenido plena consciencia del estado y paradero de Anahí y no se te ocurrió nunca, decírmelo? ¿Eso es lo que tengo que agradecerte? ¿Qué hayas visto como me volvía loca por no saber si estaba bien o mal, y no hayas sido capaz de darme un motivo para vivir tranquila? ¿Eso, tengo qué...

–¡Eh, eh! ¡Para el carro! –me interrumpió gesticulando con las manos –Que te quede clara una cosa; que tú te hayas pasado la ética profesional por las narices, no quiere decir que todo el mundo vaya a hacer lo mismo.

Eso me dolió. Me dolió más de lo que realmente expreso apretando mi mandíbula y volviendo a bajar la mirada.

–Pero sí. Es precisamente todo eso, lo que deberías agradecerme –informó consiguiendo que volviera a mirarla –¿Crees que yo tenía algún interés especial u obligación en acudir a un centro cualquiera, para tratar a una chica cualquiera, con desórdenes alimenticios? ¿Crees que tenía necesidad de aumentar mis horas de trabajo y reducir mi tiempo libre en el traslado que supone ir hasta un lugar que está a las afueras de la ciudad? ¿Por qué crees que lo hice, Dulce? ¿Por mí? –pregunta sin intención de esperar respuesta –No. Lo hice por ti. Porque tú no ibas a poder estar cerca de ella, pero yo sí. Yo iba a poder asegurarme, de que el motivo por el que mi mejor amiga, se iba a pasar un año sufriendo, merecería la pena. Porque esa chica, iba a salir adelante, y yo iba a estar ahí para verlo, para contribuir y para un día, ver en la cara de mi mejor amiga, una felicidad absoluta, porque la mujer que ama está recuperada y volvió a buscarla. Y sin embargo, me encuentro con esto; con una mujer asustada, que tiene tanto miedo de lo que ha sentido y siente, que es incapaz de ver con claridad, se frustra consigo misma y lo paga con quien menos debe. –suspira y niega con la cabeza –Has hecho todo lo que no debías hacer, Dulce. Te has pasado un año luchando por no estar triste, por no llorar, obligándote a no extrañar, a no caer, cuando sabes perfectamente, que todo eso es necesario. Que dejar salir la tristeza, es tan necesario como la felicidad, porque si no, finalmente ocurre lo que te está ocurriendo a ti; tanto tiempo acumulándolo, que ahora llega ella, la única que pone patas arriba tu mundo, y esas emociones acumuladas, están dentro de tu pecho como una olla a presión a punto de estallar, y no sabes cómo controlarlas. No puedes controlarlas y te vas a terminar ahogando en ellas. ¿De qué tienes miedo? ¿De qué se vuelva a marchar? ¿De tener que volver a aprender a vivir sin ella? La vida es eso, Dulce. La gente va y viene, por diferentes motivos que muchas veces no se

eligen, y continuamente hay que aprender a vivir con las partidas. Pero ahora está aquí. Y tú solita la estás echando.

–¿Por cuánto tiempo, Marta? –le pregunté impacientándome –Si apareció tambaleando absolutamente todo mi mundo y se volvió a marchar por una semana, en la que no supe si estaba viva o muerta. ¿Crees que yo puedo vivir con esa continua incertidumbre de que una persona vaya y venga cuando se le antoja? ¿Crees que no me angustia? ¿Sabes lo que ocurrió la primera vez que estuve dos semanas lejos de ella? Que cuando regresé, se había destruido a sí misma. Y un paro cardíaco, casi la hace morir entre mis brazos. ¿Crees que no he sentido pánico durante todo este año, de que eso pudiera volver a ocurrir? Cada día. –concluí –Cada día lo sentía y me vi en la obligación de ir a terapia para superar ese maldito miedo y esas malditas pesadillas. Y ya no sé nada de ella, Marta. No sé qué siente y si pretende quedarse, o si a la primera de cambio, va a abandonar su vida de nuevo. No puedo no tener miedo.

–Estaba haciendo unas audiciones para entrar al Conservatorio Nacional de Música, Dulce. –informó sorprendiéndome –Por eso tuvo que salir de viaje de forma imprevista, porque si no lo hacía ahora, tendría que esperar un año más. Y lleva meses preparándose para ello. Por eso no pudo decirte nada. Quería regresar con la noticia en mano, para dártela personalmente. Anahí ha cambiado muchas cosas en su vida durante su periodo de ingreso. Cosas que te harían sentir orgullosa y feliz. Y si la dejaras entrar, tú misma las verías.

Me quedé en silencio. Analizando las palabras y la información que Marta tiene y de la que yo carezco. Sin saber muy bien cómo sentirme respecto a ello.

–Ni siquiera sabemos cómo tener una conversación fluida. –susurré. –Ya no tenemos comunicación.

–Es que es imposible tener una conversación fluida contigo en este momento, Dulce. ¿No lo ves? O te grito y te regaño como si fueras una niña, o no me escuchas. Lo llevo viendo más de un año. Y ella es con lo primero que se encontró al volver. ¿Cómo quieres que te cuente las cosas, si es imposible acceder a ti?

–Pues tal vez, esto sea lo que hay ahora. Tal vez cambié. Tal vez ya no sepa como abrirme, tal vez cerré la puerta y yo misma haya perdido la llave.

–Pues te aconsejo que la busques. Te aconsejo que la busques y abras la puerta, porque si no, un día te vas a dar cuenta, de lo irónico que resulta, que por tu miedo a perderla, hayas terminado perdiéndola de verdad. A la única mujer que has amado en tu vida. Y lo que es peor; a ti misma. Porque cuando te des cuenta de ello, serás consciente de que dejaste pasar la mejor oportunidad que la vida te dio para tener eso, que durante un año te ha estado faltando para ser completamente feliz. Porque está muy bien eso de conseguir tus metas, Dulce, de luchar por la vida que siempre quisiste. Está perfecto y lo conseguiste. Y eso debe hacerte sentir orgullosa de ti misma. ¿Pero de qué sirve todo eso? ¿Si tu miedo te está llevando a perder a la persona que amas? ¿Dónde está entonces, esa valentía y esa fuerza?



Jugar con el viejo velero teledirigido que me regaló mi abuelo, es una de las cosas más relajantes del mundo. Me siento aquí, en la pasarela de madera, con White a mi lado, observando atento las maniobras que hago con el barco. Por suerte, he conseguido después de mucho tiempo, que permanezca sentado y no se lance al agua para acabar con mi juguete. Al principio lo hacía, y me divertía mucho verlo tratando de nadar para alcanzarlo, mientras yo se lo alejaba aún más. Creo que por eso dejó de hacerlo. Llegó a la conclusión de que ese pequeño navegador, era más rápido que él. Así que desistió de su idea, y ahora simplemente se queda a mi lado, atento y alzando sus orejas cuando realizo una maniobra que no se espera. Es relajante, porque durante estos minutos, no pienso en nada. Simplemente en pasear el velero por todo el lago, como si yo misma estuviera surcando los mares. Pero he de reconocer, que en esta ocasión es algo diferente. No puedo evadirme del todo, porque de mi mente no se apartan los pensamientos sobre los últimos días y sobre la conversación que tuve esta tarde con Marta. Sé que ella tiene razón. Sé que soy yo, la que está fallando con su actitud en este momento. Pero es que no puedo evitarlo. Realmente, no puedo controlar el pavor que siento y eso me ahoga. Porque me gustaría ser la Dulce de hace un año, me gustaría ser aquella chica que se abrió ante una desconocida y dejó que sus sentimientos fluyeran sin temor. Me gustaría tener una conversación con Anahí, como la que tuvimos sentadas en este mismo lugar, cuando me contó su historia, provocándome lágrimas y tristeza, y segundos más tarde, nos reíamos por haber liberado el pescado de nuestra cena. Me gustaría ser esa chica que no tenía miedo. Me gustaría poder escuchar todo lo que tiene que contarme.

Un ladrido de White me sobresalta, haciéndome pegar un pequeño brinco.

—¿Estás loco? —le pregunto frunciendo el ceño —Casi me da un infarto.

Él me mira con su cara de no haber roto un plato en su vida y apoya su cabeza en mis piernas. Sé perfectamente, que es su manera de decirme; "Deja de pensar".

Suspiro y me doy cuenta de que llevo minutos con el velero detenido a unos

metros de nosotros. Por eso ladró. No le debe parecer demasiado divertido, que el juguete permanezca quieto en el agua, mientras yo trato de arreglar el mundo en mi cabeza.

Me levanto para dirigirme un momento a la casa. Tantas horas aquí sentada, me dio sed. Y lo peor es que ni siquiera sé, qué hora de la noche debe ser, pero intuyo que no demasiado temprano y lamentablemente, mi sueño parece haberse esfumado por completo.

Llego a la cocina y abro el frigorífico para sacar la jarra de agua, me sirvo un vaso y también lleno el recipiente de White, que vino tras de mí en busca de lo mismo. Cuando estoy bebiendo un sorbo del líquido y me dispongo a guardar la jarra de nuevo, un papel que hay en la puerta, llama mi atención al cerrarla. Y no precisamente, porque no lo haya visto antes. Sino porque en mi lista de sueños, hay una frase sin marcar; "Escribir algo importante". Creo que mi proyecto, es suficientemente importante, como para que esta casilla quede como un sueño más cumplido. Así que, agarro el bolígrafo y hago un pequeño símbolo a su lado, en forma de "V" alargada. Pero al seguir realizando un recorrido por ella, hay otra palabra que llama mi atención; "Encontrarla".

Esa sí está marcada.

Lo hice el primer día que estuve aquí después de haber venido con ella. Cuando decidí por fin, vivir en esta casa. Lo hice, porque a pesar de su marcha pocos días atrás, sabía perfectamente, que Anahí era ELLA. La mujer que siempre había soñado. La que, con sus complicadas circunstancias, me hizo sentir todo lo que nadie me había hecho sentir. Era ella. Yo lo sabía. Y también sabía, que sucediera lo que sucediera a partir de entonces, ya la había encontrado.

Me encaminé de nuevo hacia el exterior, pero algo en la sala me hizo detenerme. Ahí está la caja que me entregó anoche. Esa que contiene todas las cartas que supuestamente me escribió durante su ingreso. Y junto a ella, el sobre que Marta me llevó hoy a la floristería.

Suspiro y creo que es el momento adecuado para llevarme ambas cosas hacia el exterior y atreverme por fin a enfrentarlas.

Me siento junto a White, que muy inteligentemente, regresó al lugar donde estábamos hace unos minutos. Coloco la caja a un lado y la abro, descubriendo

en su interior, cientos y cientos de sobres cuidadosamente ordenados y clasificados por fecha. ¿Cuántos debe haber? Es imposible averiguarlo y desde luego, no me voy a poner a contarlos.

Saco el primero y lo abro con cuidado, desdoblando la hoja que hay en su interior. Vuelvo a suspirar, tratando de encontrar en el oxígeno, la fuerza necesaria para comenzar a leer estas palabras escritas de su puño y letras.

Y comienzo:

"Hola,

Hoy fue mi primera sesión con una de las psicólogas. Me sugirió que comenzara a escribir un diario durante mi estancia, porque según ella, escribir es una buena forma de dejar fluir las emociones y conocer lo que yo misma siento. Llevo aproximadamente una hora frente a una hoja en blanco y sólo he puesto "Querido Diario". Creo que fue una idea estúpida. Nunca se me ha dado bien expresar mis sentimientos. Pero de pronto, pensé en ti y en la manera en la que siempre has logrado que me abra, aunque sea un poco. Que hable contigo como si hablara conmigo misma. Así que, se me ocurrió la idea de escribirte cartas. Tal vez funcione. Sé que no las vas a leer, pero tal vez pueda engañar a mi corazón, como si al final del día pudiera entregártelas. Es una buena forma de sentirte cerca, aunque no estés a mi lado. Y "Hola", me parece una buena manera de comenzar. Es lo que tú me decías cada tarde, cuando llegabas al banco y me encontrabas leyendo en silencio. No recibías respuesta, pero sin embargo, sabías que estaba ahí. Ahora yo tampoco recibiré respuesta a mi "Hola", pero también sé que estás aquí.

En cuanto al resumen de mis primeros días en este lugar (esto lo digo con un suspiro), han sido un desastre. Me siento ahogada, Dulce. Este lugar es muy bonito, pero me siento ahogada. No creo que vaya a ser capaz de aguantar. ¿Tanto tiempo sin saber de ti? ¿Cómo lo voy a soportar? ¿En qué momento se me ocurrió hacer esto? Ojalá estuvieras aquí. Ojalá me dijeras que soy fuerte y que puedo hacerlo. Sé que es exactamente lo que harías.

Te necesito tanto.

Anahí."

Esa primera carta me encogió el corazón de sobremanera. Ni siquiera me

puedo imaginar lo que pudo haber sentido esos primeros días. Ese primer día en el que entró a ese lugar, sin saber cuándo conseguiría salir. Ella allí, yo aquí. Ambas con una incertidumbre insoportable dentro del corazón.

Inhalo aire profundamente y me decido a abrir el siguiente sobre.

"Hola,

Hoy he tenido un día más o menos bueno. ¿Sabes quién vino? Tu doctora Andoni. Y extrañamente, me alegré de verla (este encierro no me está haciendo bien). Me dijo que quiere estar presente en el proceso y que movió sus contactos para ser mi terapeuta, pero que sólo podrá hacerlo, si acepto no preguntarle nada sobre ti. Lo veo un poco complicado, porque hasta ahora, tú has sido bastante protagonista de mis sesiones, y si ella es la encargada, con más razón lo vas a ser. Dice que puedo y debo hablarle sobre ti, pero como lo haría a cualquier psicóloga, como parte de mi proceso de recuperación. No tratando de averiguar algo. Acepté, aunque te esté pareciendo extraño. Porque aunque no pueda preguntarle por ti, el simple hecho de verla a ella, me hace sentirte muy presente. Que irónica es la vida. Yo que no soportaba verla cerca de ti, ahora estoy sintiéndome cerca de ti gracias a ella.

Dijo que tú no sabes nada. Creo que cuando te enteres, la vas a matar.

El resto todo ha sido igual y rutinario.

Te necesito tanto.

Anahí."

Me hizo mucha gracia imaginar su cara al ver a Marta aparecer. Es como si la estuviera viendo en vivo y en directo. Seguro que primero tuvo la tentación de hacer berrinche y arrugó la frente como siempre hace y poco a poco, fue cediendo. Siento un poco de envidia inevitable. Marta ha estado presente en su día a día durante más de un año. Y yo no.

Continúo leyendo algunas cartas más.

"Hola,

¿Crees que Marta esté enamorada? Últimamente tiene un brillo en los ojos

muy gracioso. Espero que no sea por ti... ¿Estarás enamorada tú de alguien? Dios, esto es insoportable.

Te necesito cada día más.

Anahí"

"Hola,

Hoy conocí a un chico. Sí, hay un chico con trastornos alimenticios aquí. Yo creía que solía afectar sólo a las mujeres, especialmente en plena adolescencia, pero resulta que no. Isaac tiene anorexia. Es muy gracioso. Se pasa el día haciendo chistes que son tan estúpidos, que me hacen gracia. No conozco aún su historia, pero sé que tarde o temprano me la contará.

Te necesito tanto.

Anahí"

"Hola,

¿Adivina qué descubrí hoy? ¡Hay un piano! ¡Y es precioso! Está en una de las salas de lectura y se puede ver el jardín si te sientas en él. No entiendo por qué nadie lo toca.

Tal vez algún día lo haga. Cuando no haya nadie en la sala.

Te necesito aquí.

Anahí"

"Hola,

Isaac me manda a decir que se muere por conocerte. Dice que debes ser la mujer perfecta, porque todo el tiempo hablo de ti con los ojos iluminados. Le respondí que tengo los ojos azules, que por eso se iluminan cuando hay sol, y que tú no eres perfecta, que eres una terca sin remedio. No me creyó.

Sí eres una terca. Pero es parte de tu encanto.

Te necesito, Dulce.

Anahí"

No puedo evitar reírme con sus últimas cartas. Cada día me hablaba de ese tal Isaac, y ya me está entrando una gran curiosidad por conocerlo. La veo bien. Siento como si poco a poco hubiera ido encontrando su sitio a lo largo de las semanas.

"Hola,

Hoy toqué el piano. No podía dormir y sentía que me ahogaba entre las sábanas. Tenía un nudo en la garganta que no me dejaba respirar y decidí levantarme para solucionarlo. Entonces pasé junto a la sala de lectura y lo vi ahí, completamente a oscuras. Todo el mundo dormía y la tentación era demasiado grande. Recordé aquella noche en el lago. La primera noche en la que hicimos el amor. Recordé la manera en la que me mirabas cuando saliste del baño y te sentaste a mi lado para verme tocar y cómo me sentí yo, tocando después de tantos años, gracias a ti. Así que, me senté y comencé a dejarme llevar por la música. No sé cuánto tiempo transcurrió. Sólo sé que en un momento dado, miré hacia el jardín y ya era de día. Un nuevo día para seguir luchando sin haberme rendido. Ojalá lo hubieras visto.

Cómo te extraño.

Anahí"

–¡Muy bien! –exclamé acariciando a White con lágrimas de emoción –¡Lo consiguió! Consiguió evitar caer. ¡Vamos, Any! ¡Tú puedes!

El pequeño ladra, dejándose contagiar por mi entusiasmo y yo continuó leyendo.

"Hola,

¿Recuerdas las clases de cocina de las que te hablé? Pues hoy me tocó a mí, ser la Chef estrella. Pensaba sorprenderlos con un delicioso pescado al horno Andrade. Pero cómo todavía no nos hemos casado, no pude. Tengo que hacer algo para conseguir esa receta. ¿Sigue libre tu hermano?

Es una broma, no frunzas el ceño como una gruñona.

Finalmente preparé cappelloni al prezzemolo. ¡Y fueron un éxito! Estas clases son muy divertidas. Dice la nutricionista, que es nuestro momento de reconciliación con la comida. Y creo que funciona. Aunque yo no haya tenido un problema directo con ella, creo que funciona. Ver a Isaac comerse

unos cappelloni con cara de felicidad, ha sido la culminación perfecta para este día.

Bueno, no. La culminación perfecta es poder estar contándotelo a ti. Nunca pensé llegar a sentir tanta satisfacción al ayudar indirectamente a alguien. Es bonito. Ahora entiendo por qué estudiaste psicología.

A lo mejor me da por estudiar cocina o nutrición. ¿Te imaginas? ¿Una chica con trastornos de la conducta alimentaria, que sea Chef o Nutricionista? Sería toda una paradoja. Pero tú dices que todo es posible.

Te extraño muchísimo.

Anahí"

"Hola,

Hoy estuvo por aquí el señor Oliver Valente (he decidido no volver a llamarlo "Papá", hasta que lo sienta como tal). Creen que es parte importante de mi recuperación. Ya han pasado algunos meses desde que estoy aquí y creemos que poder perdonarlo, es fundamental para ir cerrando heridas y perdonarme a mí misma. Creo que vendrá una vez a la semana, para mis sesiones con Marta.

Habló de ti, ¿sabes? Dijo eras la única persona que alguna vez le había plantado cara. Y que eso lo obligó a frenarse y mirar a su alrededor. Me sentí orgullosa. ¿Cómo es posible que nos hayas cambiado la vida a todos?

Te extraño mucho.

Anahí"

Como mismo tú me la cambiaste a mí, mi amor. Es curiosa la manera en la que, a lo largo de las cartas, ha dejado de despedirse con un "Te necesito" y lo ha cambiado por un "Te extraño". Es bonito.

"Hola,

Hoy ~~mi pa~~ Oliver, trajo una fotografía de mi madre. Llevaba muchísimos años sin ver ninguna y hoy nos tocó analizarla frente a un espejo. ¿Sabes que nunca me había dado cuenta de que tengo un color de ojos parecido a los de ella, pero la forma es muy similar a los de él? Es curioso, porque creía que no nos parecíamos en nada. Me dijo que ese gesto que hago de

arrugar la frente, también lo heredé de él. Nos pusimos a hacerlo al mismo tiempo y Marta nos miraba como si fuéramos un par de locos. Fue un momento divertido.

Me regaló la foto y aquí la tengo. Era hermosa ¿sabes? Mi madre y tú, son las mujeres más bonitas que he visto en mi vida.

Te extraño mucho.

Anahí"

"Hola,

Acabo de terminar un libro que te encantaría. Se llama "Cómo enamorarse" de Cecelia Ahern. La historia es tan parecida a la nuestra, que llegué a pensar que usabas un seudónimo y tú la escribiste. Bueno, en realidad no se parece tanto, pero trata de una chica, Christine, que un día va caminando por un puente y ve a un chico (Adam) a punto de suicidarse. Consigue convencerlo para que no lo haga, pidiéndole que le dé un plazo de dos semanas. En dos semanas tiene que haberle demostrado, que la vida merece la pena. Si no, volverá a intentarlo. ¿Qué crees que pasa? Hacen muchas locuras, se sumergen en aventuras y poco a poco parece conseguir que Adam se vuelva a enamorar de su vida. Pero al igual que en nuestra historia, no todo es tan idílico. ¿Crees que sea capaz de cambiar su actitud para siempre? No te voy a contar el final del libro, ni si ellos terminan enamorados o no (porque la ex novia de Adam entra en juego) Pero sí te voy a decir, que viven algo mágico y que a veces, aunque sea pasajero, encuentras ese motivo que te hace frenarte y ver la vida de diferente manera. Adam encontró a Christine. Yo te encontré a ti.

Te extraño mucho.

Anahí."

"Hola,

Hoy fue un día terrible. Volví a sentir el agobio de estar encerrada en este lugar. Sin saber de ti y sin poder salir corriendo. No me apetecía ir a la terapia, escuchar a nadie ni tener que hablar con nadie. El pobre Isaac pagó las consecuencias de mi mal humor. Además, la sala del piano estaba

concurrida y no me gusta tocar delante de nadie. Así que, me puse en internet, a buscar algunas partituras y di con una canción que me hizo pensar en ti. Se llama "Footprints in the sand" de Leona Lewis. Eso me tranquilizó, porque es exactamente lo que tú me hubieras dicho. Es curioso, cómo a veces, las cosas llegan cuando más las necesitas. Cuando me siento perdida, encuentro tus huellas en la arena. Creo que la escucharé, cada vez que me sienta perdida.

¿Te parecería una locura que audicionara para entrar al Conservatorio Nacional de Música? A mí, sí. Porque ni siquiera soy capaz de tocar delante de mis compañeros. ¿Cómo voy a hacerlo delante de un jurado o de cientos de personas?

Quién sabe. Tal vez algún día, si salgo de aquí.

Te extraño mucho.

Anahí"

Antes de continuar, decido buscar en mi teléfono, la canción de la que me habla en la última carta. Nunca había oído hablar de ella y quiero saber por qué le recordó a mí. Escribo en un buscador de videos el título que me dijo "Footprints in the sand", y por supuesto, selecciono uno que tenga subtítulos en español, ya que mi inglés es bastante pobre. Le doy al play y comienzo a escuchar la preciosa melodía que acompaña a una voz aún más bonita, mientras leo la traducción:

"Tú caminaste junto a mí, dejando huellas en la arena. Ayudándome a entender hacia donde voy. Tú caminaste junto a mí, cuando estaba completamente sola. Con tanto del camino sin conocer. Entonces te oí decir: Te prometo estar siempre ahí, cuando tu corazón esté lleno de lamentos y triste. Te guiaré, cuando necesites a alguien. Tú, mis huellas en la arena, podrás encontrar.

Ví mi vida, a través del cielo pasar. Tantas veces había sentido mucho temor. Y justo cuando mi camino perdido pensé, tú me diste fuerzas para continuar. Ahí fue cuando te oí decir: Te prometo estar siempre ahí, cuando tu corazón esté lleno de lamentos y triste. Te guiaré, cuando necesites a alguien, mis huellas en la arena, podrás encontrar.

Cuando esté abatida, sé que estarás ahí, porque puedo sentirlo cuando

dices... Te prometo estar siempre ahí...Cuando necesites a alguien, mis huellas en la arena podrás encontrar."

Unas lágrimas comenzaron a descender por mis mejillas desde la primera frase de la canción hasta la última. El solo hecho de imaginar que cuando estaba triste y perdida, se aferraba a nosotras para seguir adelante, me encoge el corazón. Porque durante mucho tiempo, mi mayor miedo fue no poder estar ahí. No poder estar cuando eso sucediera. Y ahora descubro, que sí estaba. Ella me tenía presente.

Decido poner la canción en repetición para que siga sonando mientras continúo leyendo la cartas, si mis lágrimas me lo permiten.

"Hola,

¿Recuerdas lo que te dije del conservatorio? Lo hablé con Marta. Dijo que le parecía una idea perfecta. Que era bueno que comenzara a hacer planes de una vida fuera de aquí y que si la música era mi sueño, tenía que luchar por él. Le pregunté qué pensarías tú y se rio. De vez en cuando sigo intentando sacarle información, pero no hay manera. Se ríe y me ignora. La verdad es que es una mujer increíble. Me cuesta incluso creer que no te enamorarás de ella.

Ojalá no te hayas enamorado de nadie. Fui una estúpida al pedirte que no me esperaras. Ahora sé que algún día voy a salir de aquí y ojalá supiera que vas a seguir estando ahí. Espero que estés siendo muy feliz. Te mereces tenerlo todo.

Te extraño cada día.

Anahí"

–Ni de Marta, ni de nadie. Tú eres la única, Anahí.

"Hola,

He comenzado a componer una canción. Quiero tenerla lista para cuando salga y haga las audiciones para el conservatorio. Pero me siento un poco bloqueada en este punto. Tal vez deba mostrársela a alguien. ¿Crees que Marta quiera escucharla? Es que estoy intentando expresar un poco lo que ha sido mi vida y no sé cómo continuar. Todavía no le he encontrado nombre. Hablaré con Marta.

Te extraño.

Anahí"

Llegados a este punto, la extraña sensación que sentía al principio porque Marta hubiera estado presente, en vez de yo, ha ido quedando completamente anulada a lo largo de las cartas. No puedo sentirme más feliz y tranquila, de que precisamente sea mi amiga, quien haya estado ahí para ella. Cuidándola. Siendo ese apoyo profesional y personal que necesitaba. Me gusta. No lo sabía, pero me gusta.

"Hola,

He decidido cortarme el pelo (No, yo sola no, tranquila). Isaac es peluquero, así que estoy en buenas manos (espero). El caso es que últimamente siento que no me dejo media cabeza en el cepillo cuando me peino. Y eso me gusta. Así que vamos a hacerme un corte para sanearlo y que crezca con más fuerza. Tal vez me haga algo más. Creo que también le diré a Jessica que me arregle las manos. Las uñas me crecen muy rápido y me incomoda tocar el piano. Sí, sí, esto es prácticamente un salón de belleza. Mañana te cuento cómo quedó el invento.

Te extraño.

Anahí"

"Hola,

Pues el invento quedó perfecto. Ese hombre es un artista con las manos. De verdad, deberías verlo. Finalmente me cortó el pelo (no demasiado) y decidimos oscurecer un poco, dándome un color muy parecido al mío natural. Con la cantidad de sol que estoy tomando aquí dentro, se me iba a estropear más. Así que, decidí ir encaminándome para que recuperara su brillo natural. Te vas a pensar que estoy en un spa y que todo el día me lo paso relajada en la piscina como si estuviera de vacaciones. Pero no, eh. Lo prometo. Lo que pasa es que veinticuatro horas dan para mucho, si las sabes aprovechar.

Espero que este nuevo look, te guste tanto como a mí.

Te extraño.

Anahí."

–Hasta con un pájaro de sombrero me gustarías, Anahí.

"Hola,

¿Sabes quien estuvo aquí hoy? David. No creo que lo recuerdes por el nombre, pero te hablé de él una vez. Es mi ex novio. Hemos llegado a la conclusión, de que para avanzar, es preciso cerrar ciclos. Y David, hace tiempo que merece una explicación por mi parte. Así que, le pedí a Oliver que lo llamara. Estuve varias horas hablando con él. Me alegró ver que ha rehecho su vida. Lo vi feliz y eso me gusta, porque yo nunca pude darle lo que él necesitaba. Le pedí perdón por ello y por haberlo apartado sin explicación. Le deseo lo mejor. Se lo merece, es un buen chico.

Si estuvieras leyendo esto, te estarías preguntando por qué recibo visitas de todo el mundo menos de ti. Bueno, no eres un ciclo que quiera cerrar. Y aunque en algún momento, Marta y el resto del equipo consideren que ya estoy lista para recibirte, que ya no tengo esa necesidad hacia ti, no quiero que ocurra aquí. Quiero que la próxima vez que nos veamos, Dulce, sea yo quien vaya a buscarte. Quiero estar lo suficientemente fuerte, para luchar por ti.

No pienses que no te extraño, porque lo hago a cada instante. Pero tal vez, ya no necesito tu presencia física para seguir adelante. He entendido que estás conmigo todo el tiempo, aunque no te vea.

Eres parte de mí.

Anahí."

"Hola,

¡Ya sé cómo se va a llamar la melodía! ¿Qué te parece, "Corazón de bambú"? Creo que le viene como anillo al dedo. Sé que algún día podrás escucharla, pero te cuento que es una canción que comienza de forma triste y melancólica, pero a medida que avanzan los acordes, la fuerza aumenta. Es una contradicción constante entre lo melancólico y lo alegre. Pero finalmente, la vida de la melodía, se impone ante esa melancolía y finaliza con una calma absoluta. Además, estoy añadiéndole unos toques orientales que me gustan mucho. Todavía no está acabada pero definitivamente, creo que Corazón de Bambú, es su nombre.

Pronto la escucharás.

Te extraño.

Anahí"

"Corazón de bambú". Miro hacia mi izquierda y ahí está, a lo lejos, ese pequeño pedazo de madera, que aunque desde aquí no alcanzo a leer, pone exactamente eso; "Corazón de Bambú – AyD".

Sonríó orgullosa y continuó leyendo el resto de cartas, mientras pienso que algún día escucharé esa melodía.

"Hola,

No tengo ni la más mínima idea de cómo comenzar esta carta, porque me tiemblan los dedos al escribirla. Es la última carta que te escribiré estando aquí dentro. Es emocionante. Por fin creen que estoy lista para salir. Y aunque yo tengo ciertas dudas, creo que debo intentarlo. Marta me dijo que era el momento y por su expresión, sé que tiene algo que ver contigo. Así que no lo dudé ni un instante. Sólo espero que no te vayas a casar y me esté haciendo salir para impedirlo o algo por el estilo, porque hace mucho tiempo que no monto a caballo para raptarte a lo Julia Robert en Novia a la fuga. Esta tarde llamé al conservatorio para informarme sobre las pruebas, ¿Y adivina qué? ¡Son la próxima semana! Es como si todo se hubiera acomodado para suceder. Cómo si el universo me estuviera guiando. ¡Estoy nerviosa! ¿Crees que lo haré bien? Ya he conseguido tocar delante de Marta, de Isaac y hace unos días hice un pequeño concierto para todos los compañeros y profesionales. Fue muy bonito. Se emocionaron y me sentí increíblemente bien, al ver cómo mi música les llegaba. Así que, supongo que sí, que estoy lista.

Y voy a verte de nuevo. No me lo puedo creer. Ha pasado más de un año. ¿Cómo estarás? ¿Cuánto habrás cambiado? ¿Seguirás teniendo ese poder de hacerme temblar con sólo mirarme? Estoy segura de que sí, porque tiemblo con tan sólo pensar en ti. Tengo tantas cosas que decirte, Dulce. Y al mismo tiempo, deseo tanto disfrutar de nuestros silencios.

Voy a extrañar mucho a Isaac y algunos compañeros. Pero estoy segura de que cuando él salga, formará parte de mi vida. Quiero que así sea. El loco se puso a dar saltos por todo el centro cuando se lo conté. Y esta noche hacemos una fiesta de despedida. Así que, tengo que dejarte ya. Pero te veo en unos días (que bonito se lee).

Te quiero.

Anahí."

Mi corazón late a toda velocidad. Y no sé si el motivo es todo lo que he leído en estas cientos de cartas, sentirme en este momento tan partícipe de su vida, o ese "Te quiero" del final. O tal vez sea, que a mí también me emociona leer que en unos días íbamos a vernos. Pobre, si llega a saber el accidentado primer encuentro que finalmente tuvimos, y el desastroso tercero, no creo que hubiera estado tan emocionada. O quizás sí. Porque yo lo estaba, a pesar de cómo resultaron las cosas.

La última carta permanece entre mis manos y una pequeña lágrima cae sobre ella, mientras observo cómo el sol comienza a salir, dando la bienvenida a un nuevo día. Llevo toda la madrugada aquí sentada, leyendo una tras otra, cada una de sus cartas. Cada uno de los días que permaneció en ese centro. Me siento tan parte de su vida ahora mismo. Tan presente en cada momento, en cada avance y recaída. Tuvo muchas. Tuvo muchos momentos a lo largo del año, en los que quiso rendirse, en los que la situación la superaba y quiso tirar la toalla, pero finalmente, siempre hallaba una forma de continuar. Eso me hace sentir tremendamente orgullosa. Es una guerrera. La más fuerte que haya conocido jamás.

Y yo soy una estúpida por tener tanto miedo. Me ha vuelto siempre tan vulnerable, tan frágil y fuerte al mismo tiempo, que me da pavor. Porque la realidad, es que cuando Anahí se fue, dejó un vacío dentro de mí, que a pesar de todo lo que me esforcé por tener esta vida, jamás pude llenar. Me dio terror, descubrir con el paso de las semanas, de los meses, que nada me hacía sentir tan plena, como los momentos de simplicidad que viví junto a ella. Porque mientras trataba de demostrarle lo bonita que es la vida y lo mucho que merece la pena, yo me fui enamorando de la misma. Mientras trataba de hacerla reír con cualquier tontería, descubrí partes de mí que no conocía. Y a final de cuentas, la realidad es que por muchos momentos de miedo o incertidumbre que haya pasado, las sonrisas y la felicidad, siempre han estado por encima de ellos. Y eso es amor. No cuando hay más lágrimas que sonrisas. No, cuando sientes una inseguridad constante. No, cuando la ausencia de paz, es todo lo que experimentas. Esto es el amor; sentirse presente aunque no

estemos físicamente. Recordar momentos que compartimos y sonreír interiormente, sentir mi corazón acelerarse. Es un amor bonito, cuando esa persona, consciente o inconscientemente, te lleva a ser una mejor versión de ti misma.

Durante un año, me esforcé por llenar ese hueco que ella había dejado en mi vida, frustrándome por no conseguirlo. Sin darme cuenta, de que es completamente normal, sentir vacío y tristeza, cuando algo o alguien que llena de felicidad tu vida, desaparece. Es normal y debemos aceptarlo. Debemos pasar por todas y cada una de esas etapas, que en psicología llamamos fases del duelo. Porque la tristeza es necesaria en la vida. Nos lleva a tener que reencontrarnos y reconstruirnos. Y eso es emocionante si lo sabemos apreciar. Es emocionante, tener en nuestras manos el control para decidir lo que queremos cambiar cada día. Es tan necesario llorar, como reír. Comerse el mundo o no querer salir de la cama. Hay que pasar las etapas de un duelo emocional, porque superar cada una de ellas, nos lleva a acercarnos poco a poco, a esa mejor versión que se construye de nosotros mismos, cuando aprendemos algo. Todas las emociones son necesarias y guardarlas dentro de nosotros, nos puede llevar a convertirnos en alguien que no reconocemos. Eso es lo que no hay que permitir. Así que, si hay que llorar, se llora, si hay que sufrir, se sufre, si hay que extrañar, se extraña. Pero nunca hay que detenerse, ni permanecer estancado en esa tristeza. Se siente, se supera, se hace a un lado y se continúa.

Resulta que a lo largo de las cartas, descubrí cómo ella fue superando cada uno de sus días, aferrándose a nuestro recuerdo como algo positivo. Extrayendo de ellos, toda la fuerza que necesitaba. No evitando sentir dolor. Al final, ella lo supo hacer mejor que yo. Ella, que por culpa de un dolor acumulado a lo largo de los años, llegó a sumergirse en ese vacío que me hizo conocerla. Ella, finalmente aprendió la lección que la vida decidió enseñarle.

—Es una guerrera —le susurro a White, sintiendo una lágrima caer por mi mejilla —Sin escudo y sin espada. Pero es una guerrera de la vida. —él ladra como si me entendiera —La he extrañado tanto, pequeño. Tanto —intento detener con mi mano el recorrido de las lágrimas, pero parece imposible. Parece que ya no quieren estar más tiempo retenidas. —Ojalá estuviera aquí. Ojalá pudiera

decirle...

–Tú ya has dicho suficiente. –susurra una voz, consiguiendo que White ladre y salga corriendo por encima de mí –Ahora me toca a mí. –miro hacia mi izquierda –Porque aquí estoy.

Aquí está.

Una imagen distorsionada a través de mi vista borrosa a causa de las lágrimas. Una silueta que reconocería hasta en la más profunda oscuridad. Una voz que conseguiría transmitirme calma, incluso en el peor punto de cualquier tormenta.

Esa es ella.

Con mi perro a sus pies, moviéndose desesperado para darle una bienvenida que yo no soy capaz de darle. No puedo moverme y tampoco puedo hablar. Porque en este momento, sólo deseo mirarla. Y si mi cuerpo me lo permitiera, me levantaría de este lugar y la abrazaría como el día en el que decidió hablar por primera vez, o la noche en que apareció después de un año. Porque la realidad, es que siempre regresa. Aunque hace unas horas mi miedo me cegara y fuera incapaz de verlo desde esta perspectiva, Anahí siempre vuelve. Incluso cuando todavía no se ha ido. Siempre está.

Después de ser acariciado y quedar satisfecho, White vuelve a su lugar a mi lado. O eso intuyo al sentirlo pasar, porque mi mirada es incapaz de apartarse de ella. Y ella tampoco parece querer apartar la suya de mí.

Comienza a avanzar, haciéndome sentir que cada paso suyo, acelera un poco más el ritmo de mi corazón. Se sienta a mi izquierda y con el movimiento, la brisa trae hasta a mí, su tan característico olor. Ese que ni en un millón de vidas olvidaría. ¿Cómo es posible que todo lo que representa una persona, pueda transmitir paz? Su olor, su voz, su mirada, su presencia. Todo.

Estamos tan cerca, que en medio de nosotras sólo queda un último sobre blanco, reposado sobre la madera. Veo sus ojos tan próximos a los míos, que soy incapaz de parar de llorar. Quizás porque hasta este momento, no me he permitido aceptar completamente, que está aquí, que regresó. Aunque hace una semana que nos volvimos a encontrar, no es hasta ahora, que soy consciente de que está aquí, conmigo.

Suspira y desvía la mirada hacia la inmensidad del lago, como ya hizo una

vez hace algún tiempo.

–La otra noche, –comenzó a hablar, volviendo a enfrentar mis ojos –durante la presentación de tu proyecto, me di cuenta de algo muy importante. Algo que tú misma me repetiste anoche; siempre has sido tú, la que has contado esta historia. Te subiste a un escenario y le hablaste a un grupo de personas, sobre algo que tal vez no les interesara en lo más mínimo. Les hablaste de mí, de ti y de nosotras. Y lo hiciste de una forma tan dulce y esperanzadora. Tan tú. Que lograste hacer que ellos me vieran a través de tus ojos. Conseguiste que incluso yo, lograra verme cómo tú me ves. Y en ese proceso, me di cuenta de que nadie conoce mi perspectiva de la historia. Quería subirme a ese escenario y contarle a esos desconocidos, cómo la chica que estaba exponiendo su trabajo de universidad, cómo ese simple trabajo de universidad, cambió mi vida para siempre. Pero ese era tu momento. Por eso aquí, en este lugar dónde una vez encontré las palabras adecuadas para abrirte mi corazón y que accedieras directamente a mis sentimientos, quiero tratar de encontrar de nuevo, esas palabras perfectas que definan lo que supuso tu aparición en mi vida.

Permanece un momento en silencio, tal vez esperando mi aprobación para continuar, tal vez intentando transmitirse fuerza a si misma. No lo sé. Sólo sé que me mira y las lágrimas no cesan en su huida de mis ojos. Creo que aunque intentara decirle algo, no podría. Sólo quiero escucharla.

–Antes de conocerte, –continúa tras un suspiro, volviendo a perder su mirada en el horizonte –Me encontraba perdida en la oscuridad más absoluta en la que un ser humano puede sumergirse. La vida no tenía sentido para mí. Deseaba ser invisible. De hecho, lo era. Para la persona que más quería en el mundo, era absolutamente invisible. Y me creí tanto su indiferencia, que quise ser invisible para el resto del mundo también. Quise desaparecer. –confiesa, dejándome ver unas lágrimas asomar a través de sus ojos –Dejar de existir. Dejar de ser esa persona del espejo, a la que él detestaba y que yo también terminé detestando. Pero un día, cuando creí haberlo logrado, cuando al mirar en el espejo, sólo veía vacío y un alma consumida, vagaba por los pasillos de una residencia, sin escuchar, sin ver, sin sentir, sin ser. Hasta que de pronto, un impacto inesperado, me obligó a encontrarme con unos ojos, que a pesar de mi invisibilidad, me vieron. Me miraste. –recordó volviendo su vista hacia mí – Me viste. Y yo me vi reflejada en tus ojos, Dulce. Durante unas milésimas de

segundo, me trajiste de vuelta a un mundo, del que había logrado escapar. Durante unas milésimas de segundo, me sentí viva, presente y real. Y aunque en ese momento, mi mente era puro ruido sin sentido, mi corazón, ese que creía muerto, había dictado algo. Quise alejarme de esa sensación lo máximo posible, pero por otro lado, necesitaba comprobar que no volvería a sentirlo. Que una simple mirada, no iba a destrozar el mundo paralelo que me había construido. Tenía la esperanza de haber sido invisible también para ti. Pero resulta que ahí estabas. –sonríe entre lágrimas –Al día siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar. Para hacerme saber, que me habías visto. Que en tan sólo un segundo, habías atravesado mi mundo de invisibilidad y que ya no iba a poder volver a él, porque ahí estabas para impedírmelo. Mi mente huía y mi cuerpo te buscaba. Mi mente tenía miedo y mi corazón se volvía adicto a lo que le hacías sentir. Porque realmente, creía que estaba muerto, hasta que apareciste tú, y lo descubrí acelerándose sin permiso. –sus palabras consiguen que al mío le ocurra lo mismo –Y a pesar de todo ello, seguía pensando que te cansarías. Que si no te hablaba, ni te miraba, si no te hacía sentir que estaba presente, tarde o temprano, te cansarías. Una parte de mí, lo deseaba. Deseaba que eso sucediera. Que te marcharas. Y la otra parte, temblaba cada mañana, al escuchar tus pasos en el pasillo. O cada tarde, cuando llegabas con tu almuerzo para hacerme compañía. No sólo no te cansaste, sino que en tu silencio, conseguías acercarte cada vez más a mí. Eres una terca, ¿sabes? –sonríe, y por primera vez, yo también sonrío –Fuiste logrando que cada día esperara tu presencia, que la deseara, que me detuviera a observar esos gestos que tenías hacia mí y que me preguntara por qué. ¿Por qué a mí, sin conocerme de nada? Pero a pesar de esas dudas y preguntas, te sentía real, Dulce. Tan real como nunca sentí a nadie con quien pude tener grandes conversaciones. El día que Oliver llegó para llevarme, tuve que tomar una decisión. Probablemente, la más importante que hasta ese instante había tomado. Pero en ese momento, no sabía que realmente estaba decidiendo entre lo que decía mi cabeza, que me alejara y continuara como hasta ese momento; invisible, hasta que un día todo acabara. O mi corazón, que se encogió al verte suplicar que no me marchara, que no me rindiera. Y ese día, elegí. Decidí quedarme. Te elegí a ti. –sentenció, provocando una sensación de euforia y nervios dentro de mi pecho, que no puedo definir con claridad –A partir de entonces, nuestra relación aumentó. Nuestra cercanía crecía. Pero mi infierno permanecía. Mi lucha cabeza/corazón, no hacía más que avanzar. Mi enfermedad seguía

estando ahí, mientras tú me dabas cada día un nuevo motivo para que mereciera la pena vivir. No sabía cómo lidiar con esa contradicción. No sabía cómo salir y ni siquiera sabía si realmente quería salir. No podía hacerlo. –negó ligeramente con la cabeza –Pero me trajiste aquí. A este maravilloso lugar que fue como si nos sumergiéramos juntas en una burbuja de perfección, en la que éramos exactamente quienes queríamos ser. Conseguiste que se borrara el miedo. Por primera vez en mi vida, me dejé llevar. Olvidé quién había estado siendo durante tantos años, y me dejé amar. Me descubrí temblando con las caricias de una mujer –confesó, logrando que su mirada azul hiciera también temblar cada centímetro de mi cuerpo –Me descubrí deseando tus besos, sintiendo que tu abrazo, era el único refugio que me daba paz. Y nunca me había sucedido, Dulce. Ya no sólo con una mujer. Tampoco con un hombre. Y no entendía esa atracción y ese sentimiento tan intenso y desconocido. Pero no me detenía a pensarlo, porque la realidad, es que era feliz. Fui tan feliz, como no había sido nunca antes. Y entonces lo vi. Que sí podía salir del infierno. Pude dejar de escuchar voces cuando me ponías una comida delante. Pude ir sola al cuarto de baño, sin que esa bruja que había dentro de mí, me gritara que debía arrodillarme para vaciar el peso de mi corazón. Porque mi corazón ya no sentía peso. Era libre. Pude mirarme al espejo sin sentir asco del reflejo. ¿Sabes por qué? –pregunta sin intención de esperar respuesta –Porque tú mirabas ese reflejo con amor. Tú me mirabas a mí, con amor. –asentí y nos quedamos un instante en silencio, hasta que decide continuar –Pero salimos de la burbuja, volvimos a la realidad, tuviste que marcharte y la bruja que tenía en mi cabeza, volvió. Me hizo creer que aquello había sido tan sólo un espejismo. Que sólo era capaz de luchar, si tú eras mi motivo. Y mi motivo no estaba. Así que, me rendí. –admitió dejando caer sus hombros –Dejar de pelear es fácil. Lo difícil, es mantenerse en la lucha día tras día. Demostré que ella tenía razón; yo no te merecía. No merecía tu amor, porque me rendí a la primera de cambio. Porque fui egoísta, con la persona que menos merecía que lo fuera. Esta enfermedad es así; llega un momento en el que no tienes en cuenta absolutamente nada más que tu dolor. Y el que le puedas estar causando a las personas que hay a tu alrededor, no importa. El tuyo siempre va a ser mayor. No estaba acostumbrada a que alguien me quisiera de forma tan incondicional como tú. Así que, no supe ver lo injusta que estaba siendo contigo. Quise que te marcharas, que me dejaras en paz. Porque tú eras lo único que me mantenía en ese conflicto y quería que me

dejaras volver a mi oscuridad. Si tú no esperabas nada de mí, volvía a tenerlo fácil. Podía volver a rendirme. Y estaba segura de que lo harías, ¿sabes? Cuando te eché de mi vida en la cascada, estaba segura de que no volvería a verte jamás. Que ya te habías cansado de una loca, que primero te exige que te quedes y luego te grita que te marches. Creía que tú también te habías rendido. –negué ligeramente, mientras siento las lágrimas continuar su descenso por mis mejillas –Y cuando abrí los ojos en el hospital y te vi derrumbada, sufriendo, pero ahí, conmigo, entendí que no podía seguir arruinando tu vida de esa forma. Me prometí que jamás volverías a derramar una lágrima de dolor, mientras yo pudiera impedirlo. –lleva una de sus manos a mi mejilla y con su pulgar, trata de tener el recorrido de una de las lágrimas. Pero hay otra y otra y otra y lo único que consigue, es erizar mi piel a causa del contacto con la suya –Por primera vez en mi vida, decidí hacerme cargo y responsabilizarme de la única persona, que permaneció a mi lado aún después de echarla. La única que fue capaz, de amar la peor versión de mí, sin esperar jamás conocer a la mejor. Sentí miedo de morir y no volver a verte jamás. –confesó inhalando aire para recuperar fuerza –Pero creo que no lo aceptaba todavía. Con el paso de los días en el hospital, con esa cotidianeidad que vivíamos cada tarde y cada noche, viendo series, leyendo, mirándote mientras trabajabas en tu proyecto, tan concentrada y tan bonita, observarte mientras dormías y disfrutar absolutamente cada minuto, sin importar si estaba en un hospital o en un precioso lago, supe que quería eso. Supe que quería esa vida, Dulce. Quería vivir así. Quería llenarme de cosas simples que me hicieran sentir como me estaba sintiendo en ese momento. Ví que la vida podía ser bonita y sentí la necesidad de luchar por alcanzarlo. Y sabía que eso sólo iba a ocurrir, si esa voz, se callaba para siempre. Tenía que hacer algo para controlarla. Y ese algo implicaba estar lejos de ti durante un tiempo. Pero sabía que iba a merecer la pena, por duro que resultara. Y te tuve que romper el corazón, otra vez. –me acarició, obligándome a inhalar el aroma que desprende su mano acariciando la piel de mi rostro –Pensaba volver. Por supuesto que iba a volver a buscarte. Cuando hubiera aprendido a ser esa mujer de la que me sintiera orgullosa, esa que tú merecías. Pero no podía decírtelo, no podía hacer que me esperaras, porque todavía no sabía si iba a ser capaz de lograrlo. No podía tenerte años con tu vida en pausa, esperando por mí. –aparta la mano de mi mejilla, haciéndome exhalar –Todo lo que sucedió dentro del centro, ya lo sabes. Fuiste parte fundamental de mi recuperación, desde el momento en el que nos

conocimos hasta cada segundo que permanecí allí dentro. Porque lo que sentí por ti, fue tan mágico y bonito, que me daba fuerza cuando ese monstruo me hacía pensar que no las tenía. Fuiste su enemigo número uno, hasta que conseguí ponerme la armadura y derrotarla por mí misma. Un día me dijiste, que era imposible que te quisiera, cuando ni siquiera sentía un poco de aprecio hacia mí misma. Hoy sé, que ambas estábamos un poco equivocadas. Porque sí te quería. Y tal vez no estaba tan perdida cómo creíamos. Pensaba que eras mi salvadora y yo tu condena. Pero con el tiempo aprendí, que ambas fuimos un regalo en la vida de la otra, porque tú también te sentías perdida. Y nos encontramos. –asentí y sonreí ligeramente en medio de las lágrimas –Sé que ella sigue ahí, y que toda mi vida voy a tener que luchar. Porque tal vez quiera volver a aparecer en algún momento. Pero también sé, que soy lo suficientemente fuerte para derrotarla cada vez que lo intente. Y sé, que no quiero perder ni un minuto más, de esta segunda vida que el universo decidió regalarme, o a la que yo decidí aferrarme. Porque ya ha pasado más de un año. Un tiempo necesario, para comenzar a convertirme en esta mujer que tienes frente a ti. Un tiempo más que suficiente, para adquirir la fuerza necesaria para empezar a luchar. Mi vida ha estado marcada por pérdidas, Dulce. Perdí a mi madre hace tantos años que ni lo recuerdo. Mi padre perdió al amor de su vida y nunca pudo superarlo, consiguiendo que yo lo perdiera también a él y a mí misma. No voy a ser él. No voy a lamentarme eternamente por lo que la bulimia, la anorexia, el vacío y toda esa bomba que llevo dentro, me haya arrebatado. Porque curiosamente, también me dio lo más bonito que he conocido. Y es que al final, así es la vida; hasta de lo peor, puedes extraer lo mejor. –sonrió y ojalá pudiera decirle lo orgullosa que me siento de ella –Tengo mucho camino por recorrer y me estoy convirtiendo en la mujer que realmente quiero ser. Y es una mujer, de la que estoy segura que te podrás enamorar, Dulce. Y tal vez no sea la misma Anahí de antes. Tal vez tú también hayas cambiado y tal vez no sepas cómo te sientes en este momento con respecto a mí. Y tal vez estés pensando, que llevo una hora hablándote del pasado, de lo que sentía y no de lo que siento, como siempre hago. Pues lo que siento, es que tengo toda una vida por delante para hacer muchas cosas. Entre ellas; volver a conquistarte. –aseguró, logrando acelerar mi corazón –No tengo prisa. Y créeme que lo voy a lograr, porque quiero vivir una larga y bonita vida a tu lado. –hizo una pausa y sonrió entre lágrimas –Porque te amo, Dulce.

Mi corazón acelerado, dio un vuelco en el interior de mi pecho al escuchar esas palabras. Las lágrimas que brotan con más fuerza, me nublan cada vez más su visión. Y sólo soy capaz de escuchar en mis oídos, el eco de esa frase que tanto soñé escuchar de sus labios.

"Te amo"

Mi respiración se acelera. Quiero decirle tantas cosas y me siento tan incapaz de pronunciar alguna, que aparto la vista de sus ojos un momento y la dirijo hacia el lago, porque sé que si me sigue mirando, continuaré sin poder hablar. Suspiro mientras observo como el sol, en algún momento comenzó a aparecer por encima de los árboles, dejando un tono anaranjado en el cielo y un reflejo del mismo color en el agua. ¿Cuántas veces me he sentado aquí, a extrañarla en silencio? ¿Cuántos amaneceres o atardeceres, he deseado poder compartir con ella?

Suspiro profundamente una vez más.

–No puedes. –negué volviendo a mirarla y notando una automática confusión en su rostro. Llevé mi mano a su mejilla y la acaricié con dulzura, mientras sus lágrimas mojan mis dedos. Me permito unos segundos para observarla. Cierra los ojos, suspira y vuelve a enfrentarme. Esos ojos azules, me miran temerosos, esperando que continúe hablando. Y yo, hago lo único que esos ojos me inspiran a hacer; Sonrío. –No puedes conseguir algo que ya habías logrado. No puedes volver a conquistarme, Anahí, porque no he dejado de amarte ni un solo día de mi vida. –aclaré, comenzando a notar una luz en su mirada –Así que, no puedes volver a enamorarme, porque...

Y sin decir más, me incliné ligeramente hacia adelante y rocé sus labios de una vez por todas. Sin tiempo, sin permiso. Sintiendo como en el momento exacto del contacto, un hormigueo recorre todo el interior de mi cuerpo. Ella tarda un poco en reaccionar y es el momento perfecto para separarme unos milímetros y confesarle aquello que tanto tiempo llevo callando.

–Porque yo también te amo. –susurro.

Abre los ojos y me encuentra sonriendo a unos escasos milímetros de su boca. Mi corazón late desenfrenado, en cuanto vuelvo a percibir esa luz que durante tanto tiempo estuve buscando. Esa luz, que si en algún momento vuelve a desaparecer, lucharé por conseguir encontrar. Esa luz que ha sido el motivo y

la causa de todo esto.

Sus cuerpo se acerca a mí, y justo en el momento en el que voy a sentir de nuevo sus labios, un extraño sonido y la sensación de algo cayendo al agua, nos hace separarnos para comprobar de qué se trata.

Un sobre blanco, comienza a nadar sobre la superficie del lago, alejándose mientras el agua lo empapa y destruye poco a poco.

Sonrío.

–¿Qué es eso? –pregunta observándolo confundida –¿Una de mis cartas? Creía que estaban todas dentro de...

–El resultado de mi proyecto –aclaro interrumpiéndola –Ahí va mi futuro profesional. Directo a reunirse con Willy.

–¡¿Qué?! –exclama mirándome asustada –¡Pero hay que ir a buscarlo! ¡Se va a empapar!

–Es sólo un sobre con una hoja de papel en su interior.

–Pero es tu proyecto. Has trabajado mucho en él. Ese papel lleva escrito tu futuro, Dulce.

–El resultado de mi proyecto, lo tengo justo aquí –aclaré, señalando con mi dedo índice sus ojos –Y mi futuro, –continué abrazando su cuerpo y colocándola a horcajadas sobre mis piernas, para poder mirarla de frente y sentirla más cerca –No tengo una bola de cristal que me haga averiguar cómo será. Y desde luego, no va a estar escrito en un papel. Pero hay algo que sí tengo en mis manos ahora mismo; mi presente. Y en mi presente, quiero besarte hasta quedarme sin aliento y seguir besándote después. Porque no hay nada, Anahí Valente, que me impida hacer en este momento, lo que llevo más de un año deseando volver a hacer.

Un ladrido inoportuno de White, consigue que ambas demos un pequeño brinco y lo miremos. Él, baja la cabeza, recostándose nuevamente sobre la madera. Sé que sólo quería hacernos saber que está presente. Es su manera de decirme; "Ey, no te olvides de mí". Nunca podría hacerlo. Porque en este momento, sé que tengo a mi alrededor, absolutamente todo lo que deseo tener.

–O casi nada. –sonríe volviendo a mirarme.

–Nada.

Y esta vez sí, atraigo su cuerpo, abrazando su cintura y consigo que nuestras bocas se unan por fin. Nuestros labios se encuentran, contándose en silencio, cuánto se habían extrañado. Sus brazos rodean mi cuello. Mi lengua busca la suya, y la suya busca la mía. Tal y como ha sido nuestra relación desde el comienzo; siempre hemos estado ahí, buscándonos la una a la otra. Siempre hemos hallado, la forma de encontrarnos, en cualquier momento, en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia. Mi corazón se acelera, mi piel se eriza y un hormiguelo imparable recorre mi espalda. Entonces entiendo perfectamente, lo que Marta me dijo la noche de mi exposición; "No deberías conformarte con menos".

Nunca deberíamos conformarnos con menos. Debemos aspirar, a ese tipo de amor capaz de acelerar nuestro sistema y traer paz a nuestro corazón. A ese que esté dispuesto a luchar por nosotros, de la misma manera que nosotros estamos dispuestos a luchar por él.

Y es que, a veces ocurre, te vuelves fría, distante, incapaz de ofrecer a nadie lo que probablemente merezca, porque ningún órgano de tu cuerpo recuerda ya cómo querer. Pero entonces, sientes sus brazos a tu alrededor, besa tu frente, alzas la vista y ahí están sus ojos, diferentes a todos los demás. Te sonríe, consiguiendo desestabilizarte de un momento a otro, haciéndote saber, que espera pacientemente a que estés lista. Y tú no te das cuenta, pero son ese abrazo, ese beso, esa sonrisa y esa mirada, los que consiguen abrir una ligera brecha, en el muro de contención que rodeaba tu corazón. Aquella barrera inquebrantable, que sin tu permiso se había construido, comienza a deshacerse como un castillo de arena, cuando es abatido por la única ola que consigue alcanzarlo. Es entonces, cuando el miedo se desvanece. Cuando descubres, que nunca olvidaste cómo querer, simplemente tenía que aparecer esa mirada, que te hiciera volver a creer. Y nosotras, nos ayudamos mutuamente a volver a creer.

De Anahí aprendí, que sólo existen dos maneras de vivir; con pasión o sin ella. Así que, ¿Qué importa quien haya salvado a quién? Lo que importa, es que hemos llegado hasta aquí. Yo no voy a permitir que una simple hoja, decida quién soy, y ella no va a dejar que una enfermedad, defina quién será el resto de su vida.

Ambas tenemos un futuro por escribir. Un futuro que está únicamente en nuestras manos.

Tal vez es cierto, que la vida no es un cuento de hadas con final feliz, como advertí desde el comienzo. Pero también es cierto, que existen historias, que te enseñan mucho más que mil cuentos de hadas. Te enseñan a ser fuerte, paciente, a vivir, con todo lo bueno y lo malo que esa palabra incluye. Te enseñan a amar, a soñar y a volar sin necesidad de despegar los pies del suelo. Te enseñan que un gesto de cariño a tiempo, puede restaurar cualquier corazón perdido. Son precisamente, ese tipo de historias, por las que debemos luchar. Sin miedo. Para aprender, que la vida, con su oscuridad, sus sombras y su luz, es mucho más bonita e interesante que cualquier cuento de hadas. Y que siempre, hay un final feliz esperándonos a la vuelta de la esquina. Sólo tenemos que aprender a construir el camino que nos lleve hacia él.

Ciertamente, esto no ha sido un cuento de hadas. Y este no es mi final feliz. Porque espero que esto, no sea más que el comienzo de la más maravillosa historia, que jamás vaya a vivir.

“Siempre hay un...

VERANO

...Después del invierno”

EPÍLOGO

Este es uno de los paisajes más bonitos que he podido ver jamás. Cientos y cientos de vides a mi alrededor, ocupan las hectáreas del mayor viñedo que existe en la mismísima Toscana Italiana. No se ve nada más a lo largo de los kilómetros. Mire hacia dónde mire, sólo hay montañas repletas de uva, un pequeño camino de tierra que las recorre y un radiante sol alumbrando esta media mañana de uno de los países más bellos de Europa.

Árboles, olor a uva, pájaros revoloteando, sol, vida.

Respiro profundamente.

Pura vida.

Siento mi teléfono vibrar en el bolsillo de mi pantalón y trato de hacer malabares para sacarlo y atender la llamada. Una instantánea preocupación me invade al ver el nombre de quien llama.

–¿Está bien? –pregunto preocupada sin siquiera saludar. –¿Cómo está?

–Bien, –responde la voz al otro lado –Está bien. Y yo también. Gracias por preguntar.

–¿Seguro? –insisto –¿Estás haciendo todo como te lo indiqué?

–Dulce, sé perfectamente lo que hay que hacer; comida, agua y tres paseos al día. No es más que un perro.

–Vuelves a referirte a White de esa forma, –comienzo a advertirle a mi hermano frunciendo el ceño –Y te juro que te quedas sin la comisión que te prometí por cuidar de él. ¡No es sólo un perro, animal!

–¡Lo sé! ¡Lo sé! –exclama entre risas burlonas –Es el niño de tus ojos. Menos mal que tu hermano soy yo.

–Activa el altavoz –pedí ignorándolo –Quiero hablar con él.

–Madre mía... –no lo veo, pero puedo asegurar que está rodando los ojos – Todo tuyo.

–¡Hola cachorro!

–¿Cachorro? ¡Tiene tres años!

–Cállate. ¿Te está cuidando bien el idiota de tu tío? Mira que si no, lo dejamos sin dinero. –aseguré como si realmente me estuviera entendiendo –Tú vigílalo. No sé quién estará cuidando a quien.

Escucho un sonoro ladrido que casi rompe uno de mis tímpanos.

–¿Te responde? –pregunta Daniel –No me lo puedo creer. Esto me da un poco de miedo. Además, si no me vas a pagar.

–No subestimes la inteligencia de tu sobrino –sonríó con orgullo –Siempre ha sido muy listo. Y por supuesto que no te voy a pagar. Esto lo haces por amor a tu hermana.

–Hablando de familia y de amor, ¿cómo está mi cuñada? ¿nerviosa?

Detengo mi mirada sobre ella en cuanto la menciona. Unos metros por delante de mí, sentada sobre una pequeña esterilla en medio de los árboles, realiza sus ejercicios diarios de yoga, como si el mundo fuera completamente ajeno a ella en este momento. Estoy segura de que ni siquiera se ha dado cuenta de que ya estoy de regreso. Y no es porque esta pequeña Scooter celeste no haga un ruido espantoso, no. Sino porque durante sus ejercicios, ya puede caer un meteorito a su lado, que nada la va a sacar de ese momento consigo misma. Me encanta contemplarla mientras lo hace. Ya sea aquí, en los viñedos de su familia, o en nuestra propia casa, cuando me levanto para ir a trabajar y el olor a café me invade en cuanto pongo un pie fuera de la habitación. Me sirvo una taza y salgo al porche, para observar cómo frente al lago, le da la bienvenida a nuevo día entre estiramientos y posturas con las que yo me partiría la columna si intentara hacerlas. Siempre está White a su lado. Y siempre, comienzo mis mañanas, analizando lo perfecta que es mi vida desde que los días empiezan así. Incluso el café preparado por ella, sabe infinitamente mejor. Ni siquiera sé a qué hora exactamente se levanta, sólo sé, que es su rutina diaria y cuando termina esos ejercicios y me descubre mirándola como una imbécil, sonrío, me roba el café y me da un beso antes de que pueda protestar. Luego nos prepararnos para ir a correr juntas durante algunos minutos y después, cada una comienza su jornada laboral.

Así que, por muy bonito que sea este paisaje, estas montañas, estos viñedos

y el sol radiante de Italia, lo que consigue que este momento y todos los momentos de mi vida sean perfectos, es ella.

Se pone de pie, no sin antes colocarse el pequeño sombrero beige que había dejado a un lado. Enrolla su esterilla y se da la vuelta, encontrándose conmigo. Sonríe en cuanto me ve y sin esperar un segundo más, corre para llegar hasta aquí, con una expresión de absoluta felicidad en el rostro. Su corto vestido blanco, se mueve con la brisa y el movimiento, y mi corazón aumenta su velocidad con cada paso que la acerca.

–Sabes que sigo estando aquí, ¿verdad? –pregunta la voz de mi olvidado hermano –¿Puedes dejar esa cara de idiota que debes tener y responderme?

–Que lo haga ella misma.

En cuanto llega a mi lado con una amplia sonrisa y se cuelga de mi cuello, activo el altavoz del teléfono, sintiendo cómo su olor y sus ojos azules, amenazan con dejarme hipnotizada, para no variar.

–¿Cuñada? –pregunta Daniel –¿Puedes darle a mi hermana un cogotazo para que despierte?

–Creo que prefiero darle un beso, cuñado. –sonríe y acaricia mi mejilla – ¿Con esta cara, quien va a poder pegarle?

–Yo –asegura –Pero claro, tú eres su novia. Y el motivo por el cual babea constantemente. Así que, ¿qué vas a decir?

–¿Qué le voy a hacer? Me encanta que babeo.

Su pícaro mirada desciende hacia mis labios, consiguiendo hacerme sentir que esta corta distancia que nos separa, es una auténtica tortura.

–Ya lo sé, ya. No me hagas imaginar cosas sexuales, te lo pido por favor.

–¡Daniel! –exclamé desviando la mirada hacia el teléfono –Déjate de perversiones. ¿Dónde está Marta para que te controle?

Unos segundos de silencio, dan paso a una nueva voz.

–¡Doctora Andrade! –la efusividad de mi cuñada me provoca negar ligeramente con la cabeza mientras sonrío. Aunque ya no puedo quejarme de que me llame doctora –¿Cómo va el sueño italiano?

–Perfecto. –aseguré mirando a Anahí –Esto es perfecto.

–¿Y Any? ¿Está por ahí?

–Aquí estoy. –responde desviando su vista hacia el teléfono.

–¿Nerviosa?

–¿Porque mañana tengo un concierto muy importante, en el cual, por primera vez estará toda mi familia paterna? –pregunta con tono irónico y una sonrisa –
¿Por qué iba a estar nerviosa?

–Es mucha presión, sí. Pero eres una pianista excelente.

–¡La mejor! –exclama Daniel.

–La mejor. –susurró sonriéndole.

Ella me corresponde la sonrisa, y apoya su frente en mi mejilla.

–Oigan, ¿cómo está el cachorro? –pregunta –¿Lo están cuidando?

–Otra igual, –bufó mi hermano.

–Demasiado bien, diría yo. Como no vengan pronto, me parece que aquí el señorito no lo deja ir. Le hace más caso a White, que a mí.

–Eso debe ser cosa de familia –interviene Anahí, ganándose que mi mano haga presión en su costado, amenazándola con cosquillas.

Automáticamente pegó un brinco y emitió una pequeña risa, al tiempo que golpea mi hombro para que no se me ocurra.

–Bueno, chicas, –vuelve a hablar mi hermano –Mejor las dejo, porque esto tiene toda la pinta de empezar a volverse en contra de los Andrade.

–No se pueden juntar –añadí.

–No. Y siempre salimos perdiendo.

–Nos tienen dominados.

–Absolutamente. –confirma.

Sentí los labios de Anahí tan cerca de mi oído, que mi piel se erizó antes incluso de que abriera la boca.

–Quejica. –susurra.

Su aliento hace temblar cada centímetro de mi cuerpo y sus dientes

atrapando el lóbulo de mi oreja, consiguen que quiera lanzar el teléfono por los aires y hacerle el amor en medio de los árboles, encima de esta moto o donde sea.

Sin embargo, me aparté y la miré amenazante, diciéndole con los ojos que se detuviera antes de que acabara mal. Y ella, en ningún momento aparta la picardía de su expresión. Es más, me reta, la descarada. Cosa que no mejora para nada el asunto.

–Cuídense mucho –me despido de mi hermano –Luego hablamos.

–Ustedes también. –responde –Te quiero, cuñada. Mucha mierda para tu gran noche.

–Gracias, cuñado. Te quiero mucho.

Y con una sonrisa, cuelgo la llamada, tratando de no borrar la expresión amenazante de mis ojos mientras la miro. Aunque ver como se llevan, me transporta a un estado de idiotez tan grande, que lo dificulta.

–Eres una tramposa.

–¿Tramposa por qué? –pregunta acercándose sugerentemente a mis labios –
¿Por dominarte con mis besos?

–Precisamente por eso.

–¿No quieres que lo haga más?

Susurra golpeándome con su respiración.

–No quiero que dejes de hacerlo.

Sus dientes atrapan mi labio inferior, sin darme tiempo a decir ni hacer nada más. Sus dedos se enredan en mi pelo y abro la boca desesperada por recibirla. Atraigo aún más su cintura y la coloco en medio de mis piernas mientras nuestras lenguas juegan sin control. Siento un terrible calor ascender por todo mi interior y hasta puedo asegurar estar temblando. Pero llega un momento en el que me quedo sin aire y a ella parece ocurrirle lo mismo. Así que, desciende la intensidad del beso y finaliza volviendo a atrapar mi labio inferior entre sus dientes.

Cuando abro los ojos, su expresión de deseo me vuelve aún más loca de lo que ya estaba.

–¿Cómo es posible que siempre terminemos así? –susurro tratando de recuperar el aliento.

–¿Así cómo? –pregunta volviendo a besarme.

–Así.

Mis ojos no pueden apartarse de sus labios al tenerlos tan cerca y siento como una especie de imán que me lleva continuamente hacia ellos.

–Nos amamos, nos deseamos y somos absolutamente adictas la una a la otra.

–En eso tengo que darte la razón. –sonrío y alzo la vista para mirarla a los ojos.

Es increíble que con el tiempo que ha pasado, siga causando las mismas sensaciones en mí que el primer día. Bueno, no. Sin duda, lo que siento al mirarla, aumenta a cada minuto. Eso que dicen por ahí, de que cuando te acostumbras a ver a una persona, los nervios o las mariposas del estómago desaparecen, en mi caso aún no ha sucedido. Y sinceramente, no creo que suceda en un futuro muy cercano. Porque mientras más la veo, mientras más la conozco y mientras más momentos compartimos, más me enamoro de ella. Es alucinante.

–¿Sabes qué día es hoy? –permanece pensativa un momento, tratando de averiguar la fecha en la que estamos. –Hoy hace dos años que comencé mis prácticas en la cascada.

Sus ojos se agrandan enormemente.

–¡¿Hoy hace dos años que nos conocimos?! –

–Así es.

–Vaya. Ni siquiera sabía en qué día vivía.

–No creo que eso haya cambiado mucho –me burlé, recibiendo un manotazo. –¡Oye, agresiva! Como te iba diciendo, creo que es un buen momento para... – me inclino ligeramente para alcanzar la caja cuadrada que todo el tiempo ha estado en el reposapiés de la moto y vuelvo a la misma posición, entregándosela. –cumplir otro sueño más, de tu lista de sueños.

–Comernos una pizza, sobre una Vespa, en medio de la mismísima Toscana Italiana. –recordó con los ojos iluminados.

Asentí y mi cuerpo comenzó a temblar, en cuanto empezó a abrir la caja de la pizza, descubriendo lo que había dentro de ella. Triángulos de pizza perfectamente cortados, sí. Pero no es precisamente eso, lo que la hizo abrir los ojos enormemente, mientras mira la pequeña caja que hay en el centro, mostrando un pequeño anillo de oro blanco y rosado, gracias al cual, mis ahorros del último mes, desaparecieron.

Su vista vuelve a mí, completamente perpleja y supongo que esperando alguna palabra o explicación. Definitivamente, no es buen momento para que mis cuerdas vocales decidan empezar a fallar. Pero sin embargo...

—¿Te gustaría casarte conmigo? —susurro, como si esta vez, ellas no necesitaran permiso de mi cerebro para ponerse en funcionamiento.

Su perplejidad aumenta y vuelve a descender la vista hacia el anillo, consiguiendo que mi nerviosismo también crezca.

—Ya sé que no es la pedida más romántica de la historia. Un anillo en una caja de pizza. —bufé insegura, consiguiendo captar su vista de nuevo —Y que sólo hace seis meses que estamos oficialmente juntas, aunque lleve casi dos años enamorada de ti. No tienes que pensar en un futuro cercano, no tiene que ser ahora. Yo simplemente, fui al pueblo, para comprar la pizza y ahí estaba este anillo, en el expositor de la joyería. En cuanto lo vi, supe que era perfecto para ti y no pude resistirme. Eso debe venir también de familia. —bromeé nerviosa —Esto es sólo una forma de decirte, que estos dos años que llevo conociéndote, han sido los mejores de toda mi vida. Y que quiero seguir disfrutando de eso cada día. Quiero despertarme en la mañana y verte hacer yoga mientras me tomó el café antes de que me robes la taza. Quiero verte consentir a White y que le des comida, cuando piensas que no me estoy enterando. Quiero estar en primera fila de cada uno de tus conciertos por el mundo, y ver cómo te conviertes en la mejor pianista de la historia. Quiero seguir despertándome en medio de la noche y verte a mi lado, con una sonrisa en los labios y preguntarme siempre, qué estarás soñando. Aunque nunca lo vaya a averiguar, porque por la mañana no lo recuerdas. Quiero que vayamos a correr juntas cada mañana. Los domingos a comer con mi familia y seguir fastidiando a tu padre lo que me queda de vida. Quiero que vayas a recogerme al trabajo y que algunas tardes, te la pases sentada en la floristería, concentrada en el PC y en tus proyectos, o leyéndome algún nuevo artículo de

psicología para mí investigación. Quiero verte cuidar nuestro bambú con tanto mimo como haces cada día, esperando que pronto empiece a crecer. Quiero conocer el mundo de tu mano, y ver como esa lista de sueños aumenta, después de cada sueño cumplido. Quiero una sencilla vida a tu lado, Anahí. Eso es todo lo que significa este anillo.

Ella permanece mirándome en silencio, obligándome a tragar saliva y haciéndome sentir que el tiempo se ralentiza en medio de su escases de palabras.

–No sé... –comienza, logrando que mi corazón se acelere nervioso y asustado –No sé si pueda esperar a volver a casa, para casarme contigo. –mi expresión de confusión debió ser demasiado obvia, porque sonrío y me acaricia la mejilla –Lo haría en este mismo momento –aclaró. –No necesito seis años para saber que quiero pasar el resto de mi vida contigo. Y tampoco necesito un papel que lo confirme. Pero quiero casarme contigo. Necesito la receta de ese pescado al horno.

Mis ojos se entrecerraron automáticamente. Lo que consiguió provocar una irritante sonrisa en sus labios.

–Por esto quiero casarme contigo –susurra juntando nuestras frentes – Porque estoy enamorada de tu cara de gruñona cuando te molesto, de la de idiota que dicen que se te queda cuando me miras, de tu expresión de felicidad cuando logramos algo, de tu concentración cuando estás trabajando, de tu entusiasmo a la hora de empezar algo nuevo, de tu disposición para acompañarme hasta aquí a reunirme con mi familia y dar ese concierto que me tiene de los nervios. Y porque consigues que en medio de cualquier situación de nervios o estrés, me detenga, te mire y agradezca a quien sabe quién, que hayas aparecido en mi camino. Porque me enamoro cada día más de ti. Y por esto, quiero casarme contigo.

Sonrío, sintiendo como mi corazón disminuye el ritmo de sus latidos, anunciándome que ya se encuentra tranquilo. O todo lo tranquilo que su presencia le permite. Ella saca el anillo de la pequeña caja y me lo entrega al tiempo que me arrebató la pizza, para que pueda colocárselo con comodidad. Así lo hago, sostengo su mano izquierda sobre la mía, e introduzco la pequeña joya en su dedo anular.

Probablemente mis ojos estén iluminados en este momento. Le queda

precioso. Y realmente emociona. Puede que para algunas personas, el matrimonio no tenga ningún valor. Que no sea más que un papel y dos firmas en él, que comprometen a estar juntos hasta que la muerte o el divorcio los separe. Puede que así sea la realidad. Yo misma, no le daba demasiada importancia hasta hace muy poco tiempo. Pero lo cierto, es que al pasar por la joyería y verlo expuesto, imaginé ese día como si lo estuviera viviendo. Me imaginé al final de un altar, de un pasillo o de lo que sea, observándola mientras se aproxima hacia mí, como tantas mañanas sucedió en la cascada. Me imaginé con el corazón acelerado, su mirada sobre la mía y diciéndole a todas las personas importantes para mí y para ella, que ésta, es la mujer con la quiero compartir mi vida. Y eso, emociona.

–No le cuentes a nadie que te lo pedí con una pizza, por favor. –le suplico –
Tenemos que inventar una manera más romántica.

–Es la forma más bonita en la que podrías haberlo hecho, mi amor. Comer una autentica pizza italiana, sobre una scooter en medio de la Toscana, era uno de los sueños de mi lista. Casarme contigo, es sin duda alguna, otro sueño que debemos añadir. Y esto es lo que tú haces continuamente desde hace dos años; ayudarme a cumplir mis sueños y a seguir soñando después de hacerlos realidad.

Sonrío y con esa sonrisa y ese nuevo sueño por cumplir, comenzamos a disfrutar de una simple y sencilla pizza, en medio de un inmenso viñedo. Para que cuando lleguemos a casa, podemos tacharlo de su lista, añadiendo otros tantos a la de ambas.

Y es que, la vida con Anahí, es una continua sucesión de sueños cumplidos.

La brisa golpea mi rostro, mientras conduzco la moto a toda velocidad por el camino de tierra. Sus brazos rodean mi cintura y su barbilla está apoyada en mi hombro. Siento su respiración en mi oído y de vez en cuando, sus besos en mi cuello me hacen sonreír.

La entrada a la inmensa casa de sus abuelos paternos, está siempre repleta de gente. Son muchísimos los trabajadores que se hacen cargo de los Viñedos Valente. De ahí que logren obtener la mejor cosecha y el mejor vino del mundo. Además, sus abuelos son personas sumamente cariñosas y amables, y desde luego, la adoran. Ni siquiera parece que hayan estado años sin tener contacto.

En cuanto detengo el motor del vehículo, la señora Valente se voltea y con una enorme sonrisa, comienza a hacer aspavientos con las manos en nuestra dirección.

–*¡Mia bella Anahí! ¡Dulce bambina! ¡Venite qui!*

Con su entrañable acento italiano, reclama nuestra presencia. Y Anahí, sin dudarle ni un minuto, corre como una niña pequeña correría a los brazos de sus abuelos. La señora la envuelve con cariño, logrando que incluso mis ojos se empañen de emoción. Su risa, mientras la señora le cuenta algo y le entrega un racimo de uvas, podría escucharse perfectamente por toda la Toscana. La alegría y plenitud que siente en este momento, es absolutamente contagiosa y me obligan a permanecer mirándola emocionada. Ella se percata de que aún no me he movido ni un centímetro y vuelve para buscarme. Caminando con una sonrisa en su rostro que es muy difícil de describir.

–Las acaban de recolectar –informa entregándome uno de los racimos –
¡Están buenísimas!

Antes de que pueda decir nada, introduce una uva en mi boca. Que efectivamente, está deliciosa.

–¡Vamos! ¡La abuela quiere que ayudemos a aplastarlas! –exclama emocionada –Vamos a terminar bonitas.

Agarra mi mano y se voltea, completamente dispuesta a dirigirnos hacia allá. Pero me veo en la necesidad de detenerla un momento. Se da la vuelta confusa y me mira, esperando que hable.

–Gracias. –susurro.

–¿Por qué?

–Por hacer que regrese, la luz de tu mirada.

Ella sonríe.

Y sin detenernos ni un segundo mías, nos encaminamos corriendo hacia el lugar donde sus abuelos esperan nuestra presencia para pisotear la nueva recolecta de uvas que algún día, se convertirá en un vino Valente.

La vida es como un continuo paso de estaciones. A veces, incluso en medio del mías soleado verano, puede caer una tormenta que amenace con oscurecer nuestros días. Otras veces, nos encontramos en medio de un desolador invierno que parece no tener fin. Pero no hay que olvidar algo; las hojas secas hay que dejarlas caer, para que algún día puedan volver a crecer. Y nosotros somos como el árbol que con el paso de los años, sigue dando sombra y cobijo a aquel banco de la cascada, donde tantas tardes pasamos. Cada año, durante una época determinada, sus hojas caen, haciéndolo lucir apagado y sin vida. Pero eso, es sólo algo necesario para que posteriormente, un nuevo brote pueda crecer en él, tal y cómo la esperanza crece en nosotros, para volver a florecer.

Se tu propia primavera.

DEDICATORIA

A quienes alguna vez sintieron el frío del invierno.
A Ella.

AGRADECIDIENTOS

A cada uno/a de ustedes, que me han acompañado a lo largo de los años, en cualquier formato y desde cualquier parte del mundo. A la diseñadora gráfica de esta obra, por su entrega, por su trabajo y por su admiración (#DeLaoALao). A quienes se unieron con La Luz De Tu Mirada y a quienes se unirán.

Este sueño es NUESTRO.

“Aprendí que existen cosas tan insignificantes o pequeñas, donde te puedes sentir feliz, en paz, y apreciar las maravillas que te ofrece el MUNDO. Sólo en ese instante, comenzaremos a vivir y entender que en las peores situaciones o circunstancias, puedes encontrar lo más espléndido o lo más bonito que se te puede cruzar en la vida (...) Que si hay una despedida, no debemos encerrarnos y querer olvidar. Es más, hacer todo lo contrario; RECORDAR todo aquello que nos daba fuerza, todas las enseñanzas y cosas buenas que nos pudo otorgar la otra persona para salir adelante en nuestras vidas.”

Francymar.

“Se convirtió en mi historia favorita, lo que me dejaste como enseñanza, removiste recuerdos, sentimientos que no tengo todavía en claro por qué los había dejado atrás. Me hiciste llorar, reír, enojar.”

Viviana.

“Esta historia fue maravillosa de principio a fin. Uno de los mensajes que más me gustó, es que te enseña que para poder querer y estar con alguien, primero tienes que quererte a ti mismo. Sólo así podrás valorar, cuidar y disfrutar del amor cuando tienes a la persona perfecta a tú lado.”

Stefy.

“Se convirtió en mi libro favorito, es una hermosura. Con La Luz De Tu Mirada lloré mucho, pero por todas tus palabras, esas metáforas que escribes, más bien tu manera de escribir me llega mucho. Era tanto así, que me hacías llorar, pero eran unas lágrimas de emoción, porque todo era tan real. Leyendo tu gran historia, aprendí que las cosas debemos hacerlas por nosotros mismos, porque si quieres se puede y se logra, y nadie más podrá hacerlo por ti. Que el amor real permanece sin importar la distancia, el tiempo o la situación, y que siempre podemos y debemos luchar. Cuando empecé a leer la novela estaba medio deprimida, pero después ¡Bum! algo cambió en mí, Dulce me hizo entender, que siempre hay que mirar lo bueno por encima de lo malo, y al final tendré mi recompensa.”

Michy.

“Es increíble como cada una de tus historias, llegan en un momento crucial a mi vida. LLDTM es, de principio a fin, un recordatorio de que la vida está llena de pequeños momentos, únicos e irrepetibles, y que precisamente son estos, los que están repletos de felicidad absoluta. Me recordó que cuando se está en el peor de los pozos y no ves salida, no importa cuanta ayuda te ofrezcan, si uno no quiere ser salvado, no habrá forma de que otra persona lo haga por ti. Para poder aceptar el amor que los demás te entregan, hay que primero amarte, aceptar cada defecto y amarlos. Entender que si somos pequeños desastres, somos unos hermosos desastres. También me recordó, que el amor no debe ser egoísta y que cuando uno de verdad desea avanzar, es paso a paso. Así se recorren kilómetros.

Cony.

“Esta historia me dejó absolutamente todo; fuerzas para seguir mis sueños, para conseguirlos. La viví tanto como tú. A cualquier lugar que iba, buscaba darle un aspecto, darle claridad a mi mente de lo que sería. Siempre imaginándome qué era lo que habías escrito en tanto tiempo. Esta historia ha sido mi acompañante durante los últimos años. Lo que significa, la historia resuelta como tal, tan cotidiana, tan básica, tan llena de pensamientos increíblemente arreglados en tu cabeza, directos al corazón de quien quiera

leerlos, socia. Créeme, olvidándome de que eres mi socia, te admiro. Siempre será así.”

Marce.

A TI.
GRACIAS.